LEONARDO VALENCIA

La escalera de Bramante

La Huerta Grande

ESLES DE CAYÓN
2024

© De los textos: Leonardo Valencia, 2019

Madrid, edición en La Huerta Grande, enero 2024
Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición
ISBN: 978-84-18657-47-4
DL: M-33138-2019

Diseño de cubierta: La Huerta Grande
Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid
Impreso en España/*Printed in Spain*
Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Los discípulos de la luz
sólo inventaron tinieblas

Robert Desnos

a Nella

a Mauro y Olivia
make my old excuse

ÍNDICE

I. MOVIMIENTO PERPETUO

II. VIDAS PARALELAS

1. Dijo que para pintar un pedazo de carne cruda 27
2. De manera que el talento de Landor 43
3. Álvaro dijo que su memoria no era tan buena 79
4. La historia del retrato de Dora Lerner 107
5. Dijiste que te morías de hambre 131
6. Dora Lerner se marchó sin mirar atrás 169

III. LAS TROYANAS

Me llamo Clara 193
Antes me llamaba Clara 201
Antes me llamaba Eli 215
Antes me llamaba Ana 226
Antes me llamaba Ida 235
Antes me llamaba Olga 247

IV. ALQUIMIA DE LA ERRANCIA

1. Dijo que era igualito a su viejo 263
2. Debieron ver tan insignificante e inofensivo a Landor 305
3. Dijo que sobrevivir de esa manera en París 329
4. Ese domingo 379
5. Dijo que vendría al día siguiente 411
6. Waldig o Claro del bosque 457

V. LOS INFORMES DE TALTIBIO

1. Domingo, 14 de septiembre de 1986 491
2. Viernes, 19 de septiembre de 1986 507
3. Domingo, 21 de septiembre de 1986 526
4. Martes, 14 de octubre de 1986 542
5. Lunes, 27 de octubre de 1986 560
6. Martes, 28 de octubre de 1986 561

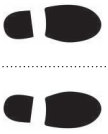
VI. EL DEMONIO DE CANTUÑA

1. Dijo que debíamos hablarle a Raulito de los viejos tiempos 565
2. Dijo que había sido el Cuervo 611
3. Él le dice que no se mueva 649
4. Dijiste que había que devolverlas al fuego 681
5. Salen del avión y sienten el golpe de calor 715
6. Protocolos de la descomposición 737

Agradecimientos 759

I. MOVIMIENTO PERPETUO

La vida de Landor siempre estuvo marcada por el movimiento. Era un movimiento impredecible que lo hizo recorrer el Norte, donde vivió su infancia y juventud, luego el Oeste y después el Sur. Hacia el Sur fue donde más lejos llegó. Cuando alcanzó el Paralelo 0°, la línea perfectamente trazada que atravesaba la Mitad del Mundo, colocó un pie en el hemisferio norte y el otro en el sur.



Más que sentirse un titán, Landor recordó a la Baba-Yaga de los cuentos de su madre que tanto lo aterraron: era una bruja del bosque que tenía una pierna sana y la otra de hueso. También pensó que el mundo se había reducido demasiado si alguien como él podía poner un pie en cada lado del mundo como si fuera una proeza. Concluyó que era la señal de que había llegado el fin de la era de los titanes y que no había más lugar para ellos.

Cuando traspuso el trópico de Capricornio y vio el confín del círculo polar antártico, concluyó que había llegado muy lejos y que lo mejor sería volver a casa. No era por miedo al frío polar,

ni a las incómodas condiciones para llegar a él. Aunque vio grandes nevadas en su país y en muchos otros, nevadas que parecían anular la presencia del hombre con un delicado embozo, lo que en realidad lo intimidó fue ver extensiones tan vastas de blancura, como si el mundo, luego de tantos movimientos y gentes y paisajes, le planteara un escenario descomunal e inexplorado. Pensó que era como un lienzo que sólo podrían pintar, allí sí, los titanes. Supo entonces que se había equivocado respecto a los titanes, y que éstos todavía contaban con territorios que el hombre no había podido inundar con su estulticia o su voracidad, mientras que él, en la medida de sus fuerzas, se refugiaba en ese pequeño espacio libre de un lienzo despejado y limpio, donde el mundo volvía a empezar a su manera. Ante el hielo vasto del Polo Sur, que se perdía en el horizonte como el mar blanco de un planeta frío, sufrió de un vértigo inesperado, se despertaron en él los posibles trazos de un cuadro descomunal y se quedó paralizado frente al terror blanco.

Lo mejor sería volver a casa, se dijo.

Sólo entonces se dio cuenta de que no tenía una casa. Es cierto que tuvo muchas, y muchas de ellas hermosas, y hasta departamentos con grandes vistas, pero todas habían sido alquiladas, como correspondía a alguien como él, marcado por el movimiento. Sin embargo, pensó que era como no haber tenido ninguna. Así que decidió volver y conseguirse una propia. Sería la última. No quería moverse nunca más y dejaría que fueran otros quienes recorrieran las zonas exteriores a los límites que él se trazó. De esa manera explicaba cómo llegó a su casa definitiva y cómo se acabó para siempre la era de los antiguos titanes.

Según su mapa fantasma de la vida, los titanes por venir nunca tendrían un lugar definitivo, sino que errarían por el mundo volcados sobre sí mismos.

Neptuno favorece a los que se atreven

Según el mapa real de su vida, Kurt Landor nació en 1937 en Kriebethal, un pueblo sajón del sureste de Alemania. Estudió pintura en Dresde, después se marchó a París, recorrió el norte de África, fue a Ecuador, Perú y Argentina —desde donde vio, en el malecón de Ushuaia, las nieves polares que lo hicieron reflexionar sobre los titanes—, volvió a Europa y se mudó de París a Barcelona, donde residió ocho años. Finalmente se estableció en un poblado al norte de la Costa Brava, en Sant Pere Pescador, donde compró su casa. Ésta tenía varias habitaciones de techos altos y una torre, con un reloj de sol modernista, desde donde contemplaba, por encima de los sembríos de girasoles, el medallón azul del Golfo de Roses. Instaló en la torre lo que él llamaba su taller pequeño, donde tenía un escritorio, que básicamente le servía para leer y revisar sus bocetos y cuadernos de apuntes sobre el seguimiento de su trabajo. El taller grande estaba al costado de la casa, con amplios ventanales que daban al jardín. El resto de las habitaciones estaban destinadas a la biblioteca, al estudio lleno de libros de su mujer, la sala, el comedor, la cocina, los dormitorios —que cuando los hijos se fueron de casa se convirtieron en la extensión de la biblioteca de su mujer— y había, además, una bodega subterránea donde se guardaban botellas de vino y aceite, pero sobre todo, ocupando un espacio más parecido a un búnker, estaban archivadas todas sus pinturas en anaqueles móviles. Lo que más le agradaba era el jardín, un amplio espacio verde, descampado, con muros de laja techados con buganvillas, largas jardineras de piedra volcánica y macetas de barro con magnolias, geranios y cactus floridos. A las dos semanas de instalarse en su nueva casa, mientras seguían haciendo adecuaciones y desembalando cajas, descubrió que en el reloj de sol de la torre modernista había una inscripción

latina que decía *Favet Neptunus Eunti*. Sorprendido por el descubrimiento, por su incomprensible ceguera de la inscripción, se lo comentó a su mujer. ¿Cómo era posible que no se hubieran percatado? ¿Qué significaba? Debían averiguarlo. Ella le dijo que sí lo había visto y que eran tres las posibles traducciones. Él la escuchaba atentamente, sabiendo que ella le haría revelaciones eruditas y sorprendentes. ¿Cómo hacía para saber tanto? ¿En qué momento leía? Ella había sido así desde que la conoció: no se le escapaba nada. Quizá por eso no pintaba. Ella tenía demasiadas palabras en la cabeza y a él, en cambio, las palabras se le iban sin darles importancia.

—Puede significar *Neptuno favorece a los que viajan,* o *Neptuno favorece a los que se marchan,* y hasta *Neptuno favorece a los que se atreven.*

Ella le explicó que la inscripción la debió colocar un nantés a comienzos del siglo XX, o un propietario que hubiera estudiado en el Lycée Clemenceau de Nantes, que tenía ese lema por divisa, o simplemente fue un relojero francés de paso por la Costa Brava. Él le preguntó por qué no se lo había dicho. Y ella le respondió que no le pareció importante, sobre todo para no hacerlo caer en sus supersticiones. Él se enfurruñó, salió a mirar de nuevo la inscripción y se dijo que de allí no se movería aunque se acabara el mundo. Había vivido en cuatro ciudades de tres países. No quería moverse más. Lo cumplió: aunque siguió viajando se afincó allí para siempre. Había exigido el fin del mundo para que lo movieran de ese sitio. Pensaba que era un requisito que nunca se cumpliría. Destruido el mundo, qué sentido y qué posibilidad habría de marcharse a otro espacio. Ese pensamiento lo tranquilizaba. Decidió que lo que realmente decía la inscripción era una de las versiones de su mujer: *Neptuno favorece a los que se atreven*.

Cuando miraba su jardín, no pensaba nunca en el fin del mundo, sino únicamente en lo que había en él. En un extremo

su mujer sembró un huerto con tomates, rábanos y berenjenas. El único árbol era un limonero. La única mascota, una gata angora que recogió en el paseo marítimo de Empúries, a la altura de las ruinas del muelle griego. La gata estaba tan flaca y desnutrida que la bautizó con el nombre vertical de Lilí. En cuestión de meses el nombre se volvió paradójico porque la gata engordó hasta convertirse en una masa peluda y dormilona. Su mujer, aficionada a la literatura rusa, decía que lo mejor habría sido cambiarle el nombre por una aliteración ovoide como Olga o Ivanovna o Varvara. Nunca le cambiaron el nombre. Lilí solamente levantaba las orejas cuando él se echaba en la tumbona y hacía crujir el trenzado de ratán bajo el limonero.

Durante la primavera y el verano, y a veces en los días todavía soleados del otoño, él trabajaba junto al limonero. Antes de ponerse a pintar palpaba los limones amarillos entre las ramas de hojas verdes, seleccionaba el que estaba maduro, lo arrancaba despacio, limpiaba con la manga de la camisa la corteza rugosa del limón y se lo acercaba a la nariz. Lo olía satisfecho. Ésta debería ser la fragancia del óleo del amarillo de Nápoles, le decía a la gata, que no le hacía ningún caso. Sólo Lilí y su mujer sabían de su frustración de que los colores con los que trabajaba no tuvieran olor, no el de sus pigmentos y aceites, sino el olor vivo de lo que representaban al usarlos. Esa combinación, esa propiedad olfativa trasladada al color, era imposible. La visión del color, aplicado con maestría a la forma de un limón o de una naranja, era tan poderosa que podía levantar por sí misma olores y hasta las sensaciones del tacto. Era el trazo y el contorno de lo pintado lo que señalaba al cerebro la plenitud fragante de los pigmentos. El lenguaje secreto de su arte no sólo era silencioso, sino inoloro. Y como él veía el mundo de acuerdo con lo que figuraba en sus cuadros, se desencantaba cuando comprobaba que el mapa químico de la realidad no se correspondía al que

figuraba en su mapa fantasma. Por eso necesitaba rodearse de flores y plantas, y la mayor cantidad posible de objetos palpables y fragantes para tocar y oler, porque sus materiales de pintura no tenían el olor de la realidad. Deberías dedicarte a la escultura, le dijo su mujer. Y él le respondió que lo había intentado, y muy pronto, apenas entró en la Escuela de Arte en Dresde. Se dio cuenta de que a pesar de la asepsia de los colores su mundo le entraba básicamente por los ojos. ¿Y por qué no aprendes a cocinar?, insistió ella, con ese laboratorio de pigmentos que tienes el taller parece más bien una cocina. Probó a cocinar y lo dejó rápidamente porque los olores eran excesivos y se aburría. Hasta que en un viaje a Tokio, cuando empezó a exponer dos veces al año en una galería de Shinjuku, descubrió el sushi. Fue una visión tan simple como deslumbrante: sobre una tablita había varias piezas de nigiri de atún, alternadas con salmón, anguila y caballa, suavemente atadas a los bollitos de arroz por láminas de nori en las que fulguraban las estrías de las algas. Se acercó a olerlo y no había olor, o era mínimo frente a esos golpes de color. Se trajo de Japón los instrumentos necesarios para preparar sushi y lo hizo con una pasión que sólo estaba reservada para que la disfrutaran su mujer, sus hijos todavía pequeños y sus mejores amigos, porque le requería un día entero de preparación y un ordenamiento de la mesa que más que un banquete parecía una exposición minimalista que contemplaba y comentaba durante diez minutos antes de empezar a comer, para la desesperación de sus invitados. Decía que colocar las piezas de pescado crudo de diferentes colores sobre los bollitos de arroz era como echar en un lienzo gruesas paletadas de óleo a la manera de Van Gogh. Estas mesas, en realidad, añadía su mujer, son lo más próximo al expresionismo abstracto que has hecho nunca. Ella se lo decía en broma. Él sabía que era cierto: su técnica de pintura y su enfoque de los motivos que pintaba buscaban continuar una

tradición de siglos, y a él no le preocupaba para nada, más bien era su mayor satisfacción, estar al margen de los aspavientos y concesiones de la pintura contemporánea. Has caído en anacronismo, querida, le respondía él, el sushi tiene más de mil años, así que es más antiguo que Caravaggio o Rafael. Mejor comamos, invitaba su mujer.

Carpe diem

En su jardín, luego de oler el limón, lo posaba sobre la mesa y empezaba a trabajar. Cuando quería descansar, se echaba en la tumbona de ratán y observaba lo que había pintado. Luego se quitaba las gafas de carey, se pasaba las manos por la cabeza tratando inútilmente de domesticar la antorcha de sus canas revueltas, y tomaba una siestecita de media hora. La costumbre de echarse en una tumbona al lado del caballete le vino desde su época de estudiante en Dresde, porque no tenía dinero para una cama y un colchón y lo único que pudo comprar en un mercado de segunda mano fue una tumbona del ejército norteamericano que era una pesadilla para dormir toda una noche y que cambió apenas pudo. Le vino de maravillas cuando descubrió que le servía para descansar un rato y luego seguir trabajando sin la pereza de un sueño largo.

Años antes de instalarse en su casa definitiva, las escuelas de bellas artes apreciaban tanto su técnica al óleo que lo invitaban con frecuencia para que diera conferencias y talleres. Él, generoso como siempre, partía de viaje con una pequeña maleta de cuero, dispuesto a compartir lo que sabía. A donde iba decía lo que pensaba, concentrado en las palabras verdaderas. Las palabras verdaderas siempre tenían consecuencias. Nunca se enteraba de lo que provocaba a su paso. Luego de dar sus clases, salía

a caminar por las calles de la ciudad a la que estaba invitado, no para hacer turismo, a menos que viajara con su mujer, que era lo más frecuente, sino para cosechar un motivo que pintar y, si era posible, sorprenderse por algún árbol particularmente vistoso. Se decía a sí mismo que era como un recolector del Pleistoceno. Su procedimiento de trabajo fue siempre el mismo. Cuando encontraba el motivo —si lo encontraba, y esto no siempre ocurría— tomaba tres fotos con su vieja cámara Zorki, todas desde el mismo ángulo por si alguna le quedaba borrosa. Las tomaba en blanco y negro, para asombro de sus seguidores y espanto de los críticos que siempre habían elogiado en él la riqueza de detalles y la intensidad cromática de su paleta, que la comparaban con la escuela flamenca del siglo XVI. Después hacía un rápido esbozo a lápiz en una libreta con hojas a cuadros, anotaba al margen las tonalidades, con letra minúscula y clara, y las vinculaba con flechitas que apuntaban al lugar correspondiente del boceto. Hecho esto, siempre con el mismo procedimiento, como puede comprobarse en los archivos de su casa en Sant Pere Pescador, regresaba al hotel a toda prisa, con la cabeza agachada, fijándose en sus propios zapatos al caminar para evitar ver a su alrededor más motivos que lo distrajeran. Una vez que llegaba a la habitación guardaba los esbozos en su maleta y se echaba en la cama. Extrañaba la quietud de su jardín, tumbado bajo el limonero, y escuchar a su mujer llamándolo a comer o reprochándole que no hubiera sacado las bolsas de basura.

Su prisa por volver a casa tenía una razón un poco difusa pero punzante: Landor intuía que le iba a faltar el tiempo. Los motivos para pintar que había cosechado a lo largo de su vida se acumulaban como una deuda pendiente que no sabía si llegaría a pagar. No sólo por la cantidad, sino también por lo interminable de muchas pinturas que no había logrado resolver o que todavía consideraba inacabadas, como la *Heterocromía de Dora Lerner* o el

Jardín colgante para Maggie, o su gran proyecto de los seis cuadros de *Waldig*. Que son siete, según su mujer, si se incluye el «cuadro vacío» de *Cielo de Empúries*.

El mundo tiene muchos más motivos de los que yo puedo llegar a pintar, decía para argumentar sus retrasos. Aún así él no discriminaba un motivo de otro, de manera que su deuda de bocetos pendientes había alcanzado proporciones monstruosas. Aún así, durante veinte años siguió dando sus conferencias y talleres.

Hasta que un día decidió dejarlos.

Tomó la decisión luego de un cálculo sin rebate: si le dedicaba dos semanas a cada motivo pendiente, lo que era poco tiempo para su ritmo de trabajo, y aunque fuera en lienzos de pequeño formato, debía pintar los próximos trescientos cuarenta y ocho años. Eran demasiados, y eso lo sofocaba. Lo que no podía sospechar era que tenía menos tiempo del previsto. Sólo le quedaban dos años de vida.

II. VIDAS PARALELAS

1

Dijo que para pintar un pedazo de carne cruda se necesitan seis colores. ¿Eso dijo, Cónsul? Eso mismo, Raulito: seis colores. No dijo de inmediato qué colores eran, no tenía prisa por nombrarlos, lo mirábamos a la espera de lo que diría. Landor repitió que frente a los últimos minutos de esplendor de un pedazo de carne, recordemos los seis colores y apartemos impurezas y distracciones, así capturaríamos el brillo agónico y salvaríamos la leve materia del recuerdo en un cuadro definitivo. ¿Seguro que dijo eso, Cónsul? No me llames Cónsul, Raulito, sabes que no me gusta, dime Abu o Ñato, no Cónsul. Bueno, bueno, no te volveré a llamar así, mira que eres quisquilloso, a mí me pones diminutivo y no me quejo. Si quieres no te digo Raulito, sino Raúl a secas, o Coloma, como en el colegio. Ya es tarde para cambiarlo, Abu, yo no me hago problemas, y no me has respondido si Landor dijo eso de *brillo agónico* y *leve materia del recuerdo.* Dijo exactamente eso, Raulito, tal cual. Chuta que estaba inspirado el gringo, ¿o te lo estás inventado ahorita? Pero si tú también estabas ahí, viejo, ¿cómo me lo voy a inventar? ¿Ya estás desconfiando de nuevo? Cómo voy a desconfiar si tienes una memoria del carajo, sólo que me suena raro, y tú metes labia a cualquier pendejada. Entonces en qué quedamos, Raulito, ¿me crees o no me crees? Te creo, te creo, sigue contando.

Es como si todavía pudiera verlo delante de nosotros, allá abajo, junto al atril. Landor estiró su brazo izquierdo con el puño cerrado y levantó un dedo por cada color nombrado. Uno: púrpura. Dos: blanco. Tres: siena. Cuatro: gris. Cinco: azul. Para el sexto color, alargó la mano derecha, levantó el pulgar y dijo: Amarillo. Luego se volteó hacia la pizarra y escribió con letra pequeña los seis colores. Después volvió a mirar hacia su auditorio y explicó que el siena debía ser natural; el amarillo, de Nápoles; el gris, de tonos plateados.

Las manos de Landor estaban libres del peso de un pincel. Las movía como si las palabras no bastaran e intentara atrapar las tiras flotantes de un fantasma deshilachado que giraba delante de él, invisible para los demás.

Pero abandonó de pronto a su fantasma, como interrumpido por el recuerdo de una idea definitiva que podía perderse si no la decía en ese instante. Se quedó quieto, levantó una mano y advirtió que nunca se pinta un pedazo de carne cruda con el color evidente de la sangre: el rojo.

Y remató tres veces:

—Nunca, nunca, nunca.

Al repetirlo agitó la mano con el dedo índice alargado, negando también con el gesto lo que negaron sus palabras. Pensé que se estaba despidiendo, no como si él se marchara, más bien a la manera de un padre regañón que le dice adiós al hijo que se va lejos de casa y le recuerda, por última vez, con ese dedo negador, que no vaya por el camino proscrito, que no se desvíe de la ruta y que ya no hay marcha atrás. ¿Fue eso lo que te cabreó, Ñato? ¿Que el gringo se pusiera en plan papá prohibiendo utilizar el color rojo? Éso fue, Raulito, me cabreó su prohibición. Y nunca la olvidaste, mira que ha pasado tiempo. Han pasado veinte años, Raulito. ¿Cuánto has dicho? ¿Veinte años?... Han pasado veinticinco años, Raulito… ¿Pero no dijiste veinte años, Ñato?

Es como si fuera ayer que estábamos en esa conferencia en la Escuela de Bellas Artes... Son veinticinco años, Raulito, veinticinco, y cada vez estás peor de la memoria. Cada año te lo vuelvo a contar y cada año lo olvidas. No puede ser tanto, Abu, qué putada es el tiempo, ¿en qué se nos fue? Ni que lo digas, viejo, es un soplo, un resplandor, como el agua de una cascada que se pulveriza en el aire antes de tocar la tierra. ¿Quieres decir que el tiempo es una línea recta que se escapa al infinito? No, Raulito, más bien nosotros somos el punto donde el tiempo se volatiliza y se pierde. No lo detenemos, no podríamos, y lo terminamos convirtiendo en una dispersión enloquecida de ondas concéntricas, de semicírculos ascendentes, cóncavos y convexos, como la escalera de Bramante. ¿La escalera de la iglesia de San Francisco, Abu? Esa misma, viejo, la que diseñó Bramante. Pero no la construyó él, Abu, ¡fue el diablo! Bueno, Raulito, no vamos a discutir lo mismo otra vez, y me estás interrumpiendo de nuevo, así no voy a terminar nunca. Bueno, bueno, sigue contando, no te interrumpo más.

Cuando Landor repitió tres veces la palabra *nunca* en el anfiteatro de la Escuela de Bellas Artes, Álvaro Abugatás pensó que eran tres arañas que subían rápidamente a la última fila, daban un salto para comprimirse en el aire como flechas y se clavaban en sus oídos:

nunca nunca nunca

A su lado, Raulito Coloma dormía la borrachera de la noche anterior con los brazos cruzados sobre la banca. No había escuchado nada y recién iba a despertarse.

Al principio, Álvaro no hizo mucho caso de lo que decía Landor, de quien no sabía nada, ni había visto un cuadro suyo. Hasta olvidó que esa mañana vendría a dar una de las conferencias de los invitados internacionales que traía el Cuervo Ramí-

rez a la Escuela de Bellas Artes. La conferencia se titulaba *Los cuerpos inertes en la técnica al óleo.* Eran otras las preocupaciones de Álvaro: las borracheras de Raulito, el abandono en el que cayó su amigo luego de la última desaparición de Laura y, sobre todo, lo que más lo atormentaba, decirle que se marcharía de nuevo al extranjero, que se separarían otra vez como ocurría desde que se conocieron. Sólo que ahora Álvaro se marchaba por su propia cuenta. Ya no te llevaban tus viejos, Abu, te ibas tú solito, con tu plata, al lugar que tú elegías, y no como la mascotita del taita. Así era, Raulito, me largaba por mi cuenta, y lo que me apenaba era dejarte, no era el momento ideal. Nunca llega ese momento, Ñato, nunca, tú siempre con la fantasía del momento ideal, no pensé que te atormentara tanto tener que decírmelo ese día. Una cosa sí me esperaba de ti, Raulito. ¿Qué cosa, Abu? Que al decidir marcharme por mi propia cuenta me cambiarías de rango y dejarías de llamarme Cónsul de una buena vez, qué manía la tuya. Para mí siempre serás Cónsul, Ñato, el único embajador era tu taita, no te preocupes que ya no te diré Cónsul, a veces se me escapa. Cómo son las cosas, Raulito, yo que siempre me quejaba de que mis padres me llevaban a vivir al extranjero, de un sitio a otro, como si fuera una mascotita, como dices, que no pudiera quedarme aquí de una vez por todas, tener amigos fijos, una rutina, y a los pocos meses que volvemos a radicarnos, mi papá se muere y yo busqué irme. El que hereda no hurta, Abu; era inevitable, dabas los mismos pasos de tu taita. Siempre pensé que terminaría ocurriendo lo mismo contigo. Eso nunca me lo dijiste, Raulito. Cómo te lo iba a decir, si ese día yo estaba con un chuchaqui del carajo y tú estabas cabreado con la prohibición del gringo. ¿Te acuerdas entonces, Raulito, te acuerdas? Alguna cosita, Abu, debió ser así, me lo acabas de contar.

Lo cierto es que esa mañana remota, mientras Landor seguía hablando de los seis colores, Álvaro se dio cuenta de que

Raulito se estaba despertando: entreabría los ojos enrojecidos e hinchados, giraba la cabeza y le empezaba a hablar con una voz que se abría camino entre los pedregales de la resaca:

—Toma nota, Cónsul. El Cuervo va a joder por las fórmulas del gringo.

No dijo más y se volvió a dormir sobre la banca. Álvaro lo había escuchado muy bien y seguía sin tomar apuntes en sus tarjetones. Fueron los otros quienes se aplicaron. Cuarenta alumnos escribieron al pie de la letra lo que dijo Landor, veintinueve lo hicieron con caligrafía ilegible en cuadernos que no volverían a consultar, y cinco subrayaron la consigna sobre cómo pintar un pedazo de carne fresca. Sólo tres estudiantes sentados en la penúltima fila, delante de Álvaro y Raulito, los de Introducción a la Caricatura —Román, Castro y Andrade—, hacían retratos en carboncillo de Landor. ¿Seguro que eran ellos, Cónsul? Sí, Raulito, ellos mismos: Román, Castro y Andrade. ¿Andrade, el que tuvo la galería? Sí, ese mismo. Grandísimo hijo de puta, Ñato, me robó durante años, le dije que no vendiera las imitaciones de las cantuñas que hacían mis talleristas, no había manera. No te amargues, Raulito, no vale la pena. Cada uno de los tres caricaturistas tenía un estilo diferente, aunque coincidían en que casi no era necesario exagerar los rasgos de Landor. Los gruesos lentes de carey enmarcaban su rostro duro, de ojos vivos y concentrados, mentón firme y barbilla estrecha. Su aspecto resultaba menos rígido por la mata revuelta de cabellos negros, espigada de canas, como si un viento súbito lo persiguiera sólo a él. Aún así, los caricaturistas acentuaron las distorsiones: Román amplió la antorcha de pelo canoso con las ondulaciones del carboncillo, Castro dio más volumen al cráneo y Andrade incidió en la cuadratura de las gafas con líneas más gruesas, achinando los ojos de Landor.

Álvaro vio cómo Román empezaba a retratar a Raulito. Iba a decirle que no lo hiciera. No fue necesario. Despertándose de

nuevo, salvado como siempre por ese mecanismo de anticipación que lo alertaba del peligro, Raulito levantó levemente la cabeza, abrió un ojo ardido de venitas rojas que clavó en Román para que desistiera. Ya le habían hecho demasiadas caricaturas. Román se echó para atrás. Raulito se volvió a recostar con los ojos entreabiertos. Tenía por almohada el brazo y de la cabeza destacaba un pequeño claro en la coronilla, indicio de una calvicie a pesar de las crenchas negrísimas y sedosas que le cubrían las orejas y la frente. Álvaro sabía que aunque su amigo hubiera bebido hasta muy tarde o incluso no hubiera dormido toda la noche, no faltaba nunca a las clases por la mañana. Era como si no estuviera, entregado a dormir con sobresaltos en los que apenas atrapaba una pista, alguna frase clave a modo de anzuelo con la que sacaría a flote el orden de las clases, y que sólo podría recomponer con cierto sentido gracias a esos apuntes. ¿Tomar apuntes de una prohibición? ¿Para qué, Raulito? ¿Qué clase de sugerencia era eliminar el rojo para pintar un pedazo de carne fresca? Ya ves, nunca le hice caso. Hiciste todo lo contrario, Abu, qué caracho. Álvaro no se molestaba porque le pidiera siempre los apuntes. Él mismo le daba poca importancia a esos apuntes, útiles solamente porque en el acto de escribir, las palabras entraban en la corriente del recuerdo. Si algo debía perdurar, pensaba, quedaría en su memoria sin necesidad de apuntarlo, y aunque años después las palabras no fueran las mismas que se dijeron, incluso si hubiera muerto quien las pronunció, serían veraces y definitivas, la muestra de que perviven no por su resistencia, sino por esquivar al azar las consumaciones del tiempo. De manera que Álvaro no volvía casi nunca a esos tarjetones. Cuando los consultaba, semanas o meses después, apenas podía descifrarlos o incluso los malinterpretaba, mientras llevaba a la práctica dibujos, mezclas de colores, pinturas, tanteando técnicas y procedimientos como si nunca antes hubiera tenido las

fórmulas y consejos, y fuera en el mismo acto de pintar donde descubría una verdad no escrita, completamente nueva. En realidad, que Raulito lo instigara a tomar apuntes era parte de una rutina de alertas mutuas que venía de alguien que era más que un compañero de clase o un colega, si no su mejor amigo. Si Raulito está aquí, pensó Álvaro, aunque dormido y con resaca, es por mí, porque decidió seguir la misma carrera de Bellas Artes para que estuviéramos juntos. Y ahora cómo decirle lo que había decidido, cómo explicárselo para que no pareciera una traición, una huida, un abandono, justo en esos meses en que su amigo parecía estar más desprotegido, doblegado por el alcohol y sobre todo por Laura. O mejor dicho: por el recuerdo de Laura, porque ella parecía haber quedado atrás. No había quedado atrás, recurrente fantasma que si bien los deslumbró a los dos, sólo carcomió el carácter de Raulito.

Cuánto había cambiado su amigo, pensó Álvaro. ¿Fue sólo por Laura? ¿O había algo más? ¿Qué quedaba de aquel chico de camisas chillonas al que le resbalaba el mundo y que, de un día para otro, quiso mimetizarse con la nueva ciudad a la que había llegado a vivir? Esta transformación no fue muy rentable, viendo el resultado de Raulito, allí, medio dormido, resaqueado, perdiéndose lo que se suponía que era lo mejor de las clases: las conferencias magistrales de los profesores visitantes.

Dejó esos pensamientos y siguió la conferencia de Landor, que lo distrajo un momento de sus preocupaciones, regresándolo a ese campo de batalla de su deslumbrado aprendizaje durante el primer año de universidad. A cada rato llovían ideas, técnicas y posibilidades que parecían salir de cada obra o pintor que descubría. Todo sumaba. Y ahora venía ese tal Landor a imponer una resta. ¿Por qué rechazar el rojo? Es cierto, pensó, que el rojo era el color—evidente—de—la—sangre, y aún así, ¿debía ser tan radical? ¿No habían incluido otros pintores el rojo

al mostrar un herido o un brazo amputado o un bodegón de carne? ¿O más bien era él quien no lo había visto bien y seguía entendiendo lo que los últimos meses lo dejaba perplejo, que el arte no era lo que él pensaba, que no había copia de lo real ni sentimientos desbordados para pintar los cuadros que admiraba, sino un elaborado manejo técnico que permanecía oculto a los profanos y que terminaba por revelar ideas distintas al propósito original de sus autores? El rojo, ese color que tanto le gustaba, ¿debía prohibirse? ¿Por qué esa restricción? ¿Qué ocurría con los otros cuadros donde el rojo era el color primordial? ¿O no fue estrictamente rojo lo que creyó ver? ¿Se abrían nuevos caminos al dejar de usar el rojo?

—Cónsul, apunta lo que dice el gringo.

Raulito lo hizo encarar de nuevo a la realidad. Su voz ronca se escuchó más de lo conveniente.

—No es gringo —replicó Álvaro—. Es alemán.

—Da lo mismo. El Cuervo pedirá las fórmulas.

Como si lo hubiera escuchado allá abajo, en primera fila, una cabecita con un rígido pelo negro pegado a las sienes se ladeó hasta revelar su ganchuda nariz y unos ojos que se fijaron en la última fila: era el doctor Ramírez, el Cuervo. ¿Cómo puede un pintor llamarse a sí mismo *doctor*?, le había dicho Raulito en la primera clase de Bellas Artes. Eso sólo ocurre aquí, ¿no, Cónsul? Él estaba de acuerdo: sólo aquí, Raulito, en este país de doctores-pintores. Habrá que dejarlo graznar al Cuervo Ramírez, ¿no, Ñato? Que grazne lo que quiera, Raulito, no tiene la menor idea de lo que es pintura. Eso le había dicho a Raulito, riéndose ambos.

—Levántate, Coloma —susurró Andrade entre los estudiantes de Caricatura al descubrir la mirada de Ramírez. Raulito no hizo caso o no reaccionó a tiempo. El Cuervo entrecerró los ojos como si hubiera agarrado a su presa.

—La cagaste, pendejo —dijo Andrade—. El Cuervo se nos va a cargar en la próxima clase.

—Ándate a la mierda —dijo Raulito, y hacia Román—: Si vuelves a dibujarme te voy a sacar la chucha, ¿te quedó claro?

Álvaro ya no se sorprendía de la procacidad de su amigo. Cuando se conocieron, Raulito nunca usaba malas palabras. Fue al regreso cuando se encontró con su nuevo lenguaje. Y tú nunca te desahuevabas, Ñato, siempre circunspecto, siempre serio. ¿Yo era así, Raulito? Sigues siéndolo. ¿Por qué crees que te decía Cónsul? ¿Por huevear?

Román señaló hacia abajo alzando las cejas, apuntando con la cabeza. Había pasado el peligro. El Cuervo Ramírez se daba la vuelta en dirección al estrado para seguir escuchando la conferencia. A ratos volteaba a su derecha, sonriendo a la mujer del pintor, congraciándose con ella, como pidiéndole disculpas por el murmullo de los alumnos.

Álvaro se había fijado en ella cuando entraron.

Aunque desde la última fila no eran nítidas las facciones ni el color de los ojos, destacaba el pelo rubio y ensortijado de la mujer, de un brillo dorado de jarabe de maíz, desparramado sobre una ruana de la que sobresalía el negro cuello de tortuga del suéter. Álvaro vio al Cuervo Ramírez revolotear alrededor de la mujer, indicándole que se sentara a su lado, en primera fila. Ella no le hizo mayor caso, concentrada en mirar el auditorio y a los estudiantes, como calculando su acústica, su público, el beneficio o desperdicio que tendrían las palabras del pintor. No era un gesto despectivo el de la mujer, sino una preocupación habitual, una forma tímida mal proyectada que la hacía pasar por desdeñosa. Así la habrían mirado los alumnos, pensó Álvaro. Conociendo el temperamento de sus compañeros, esa rubia era una ofensa, Raulito, un recordatorio de lo que ellos, allí, no eran ni tenían. No me acuerdo, Ñato, ¿una rubia? Cómo te vas a

acordar, si estabas con chuchaqui, Raulito. ¿Y era un hembrón, estaba buena? Sí, muy guapa. ¿También era gringa? No, Raulito, era argentina.

Una vez que se sentó, la mujer se olvidó de los estudiantes y se concentró en la conferencia de Landor. Álvaro la observaba mientras pensaba en la prohibición del rojo. ¿Qué era lo que lo inquietaba?, se preguntó. Al mismo tiempo sentía como si algo estuviera por volver a su memoria y no supiera qué: un nombre, un cuadro, un gesto, algo que se oponía instintivamente a la prohibición y la negaba, una palabra que tenía en la punta de la lengua, todavía invisible, puro aliento. ¿Qué conocería la mujer sobre las prohibiciones de las que hablaba el pintor? ¿Las habrían discutido? ¿Cuáles serían las experiencias que habrían compartido y llevado a Landor a esa conclusión? ¿Estaría ella de acuerdo? Él había visto más de un animal muerto en las cacerías de su padre, de los que sólo quedaban los trofeos de cabezas enmarcadas en lo alto de las paredes del salón de su casa. O incluso en esas corridas de toros donde en primera línea, a pleno sol, había visto las estocadas en los lomos de las bestias que sangraban en la arena. O en las autopsias que su hermano Rogelio ejecutaba con sangre fría en los cuerpos tajados de conejos y ranas para sus clases de disección, y que describía en cartas perversamente detalladas a manera de informes de que aprovechaba el tiempo estudiando Medicina en La Salpêtrière. Quizá fue para llamar la atención de la mujer que Álvaro encontró el impulso definitivo y tomó forma. Levantó la mano, la agitó y dijo que tenía una pregunta.

Fue tan rápido que apenas dio tiempo para que los de Caricatura soltaran sus carboncillos y bajaran los blocs. Raulito abrió los ojos, se giró y vio en la frente de su amigo las dos marcas del acordeón del ceño y la mano que pedía la palabra. Se irguió sobre un brazo, se tapó media cara y murmuró *putamadre, Cónsul.*

Abajo, Landor detuvo su discurso y miró en dirección a Álvaro. Ramírez, la mujer y el resto de la clase voltearon a escuchar la primera pregunta que interrumpía la conferencia.

Sin que se entendiera muy bien lo que quería decir y hacia dónde se dirigía, Álvaro dio un rodeo. No tenía una pregunta concreta. Animado por el recuerdo de un cuadro de Araceli Gilbert que había visto semanas atrás, quiso sabotear el *dictum* de Landor. No recordó en ese momento el título del cuadro. Pues sería la única vez que te falló la memoria, Ñato, como la excepción que confirma la regla. Ya ves, Raulito, a todos nos puede pasar, y yo estaba nervioso, tenía que reaccionar a lo que dijo Landor. ¿Cómo me dijiste que se titulaba el cuadrito de la Gilbert, Abu? Era el *Réquiem por Sidney Bechet*, Raulito. Ah, sí, el *Réquiem*.

La intervención desarticulada de Álvaro se abrió camino cuestionando si alguna vez, además de tocar un pedazo de carne cruda en un mercado, el señor profesor había visto una pierna, o un brazo, o al menos un pie o un dedo en el momento mismo de la amputación, o si había visto un animal sangrando, muerto o destazado, como ocurre cada día en los camales donde las vacas y los toros reciben estocadas certeras en la yugular y se rompen diques de sangre que se vierten por los desagües.

—¿Bastan allí esos seis colores? —preguntó con un resto de voz que se ahogaba—. ¿Por qué no se puede utilizar el rojo si son charcos de tinta lo que sueltan los cuerpos?

El resto de los alumnos volteó hacia Landor para ver cómo encajaba la pregunta. Raulito se restregó la cara soñolienta, dio un suspiro de alivio y se quedó observando a su amigo. Román, Castro y Andrade buscaron los carboncillos que habían caído al piso. Ramírez sonrió arrugando su nariz y sopesó satisfecho la intervención del alumno porque se quebró la apatía típica de las conferencias de la mañana. Poco le importaba la pertinencia de lo que yo pregunté, Raulito, sino únicamente que podría de-

cirle al invitado que su charla había despertado el interés de los estudiantes. Sólo la rubia de la ruana se me quedó mirando, y aunque estaba lejos pude notar, allí sí, que tenía los ojos verdes, de un verde marino, eléctrico en su transparencia. Ni siquiera me di cuenta de que Landor estaba sonriendo, y cuando me di cuenta dijo en tono de salmodia, perfectamente pronunciado en francés: Ô rouge rouge et bleu rouge. Traduce, Ñato, qué manía la tuya de meter otros idiomas de contrabando. ¿Qué significa? Era un simple juego de palabras, Raulito: *Oh rojo rojo y azul rojo*. Cómo me iba a olvidar con ese ritmo: Ô rouge rouge et bleu rouge. ¿Y por qué dijo eso? ¿Te estaba tomando el pelo? ¿Sarcástico, el compadre? No, viejo, lo explicó él mismo de inmediato. Era un verso de Robert Desnos.

—Una broma —dijo Landor y cambió la expresión risueña por un gesto serio—. Respecto a lo que dice, lo entiendo. Sí he visto animales sangrando y hombres sangrando, más de lo que me habría gustado. Cuando aparece la sangre es un estallido. Pero lo que quiero decir no es eso. Se trata de copiar la realidad mostrándola aparentemente dormida, cuando ya todo ha pasado o está a punto de pasar. Usted no debe considerar únicamente los momentos de sangre o muerte o amputaciones y heridas. Más bien tiene que fijarse en el anuncio de ese estallido… Esa sensación de… ¿Cómo decirlo? En alemán lo llamamos *Bevorstehen*. La sensación de…

Landor se interrumpió y volteó hacia la mujer, como si al verla, quisiera recordar la palabra que se le escapaba. Ella levantó ligeramente la cabeza y dijo con una claridad suave y firme que se escuchó nítida en el anfiteatro:

—Inminencia.

Él extendió la mano como diciéndole a los alumnos que era eso.

—Gracias, Maggie… Inminencia.

Recuperó la misma postura con la que venía hablando y miró hacia lo alto sin distinguir claramente a Álvaro.

—Lo más importante es la inminencia de lo inevitable. La sensación de que la violencia ha pasado y la carne ya se desangró. Y hacerlo por vía indirecta, ya que sólo captamos reflejos y sombras. Mejor dicho, reflejos de sombras. Lo que es más importante es el aire enrarecido de lo inerte en un bodegón, esas capas profundas de las naturalezas muertas, donde hay un espectro frío que parece dormido, como ese corderito del *Agnus Dei* de Zurbarán. ¿Lo recuerdan?

Landor curvó sus manos como si estuviera cogiendo una pelota invisible. Fue en ese momento que noté el español que hablaba Landor, Raulito. Mi pregunta debió descolocarlo del guión de conferencia seguramente repetida decenas de veces. Tenía un acento ligeramente español, neutralizado, como el que hablan en Barcelona, sin ceceo, y a veces colocaba alguna expresión porteña, seguramente por su mujer. ¿La rubia era argentina, entonces? Sí, creí que te lo había dicho.

—Es ese corderito blanco con las patas atadas —continuó Landor—. No sabemos si realmente está dormido o muerto. Tienen que imaginarlo contra el fondo negro y vacío del cuadro. Quizá la lana del cordero está a punto de mancharse, si es que ya no está empapada en sangre por debajo y no alcanzamos a verlo. Sólo hay blanco y negro, salpicaduras marrones, cobrizas, unas cuantas líneas y la franja que sugiere una mesa de piedra. Zurbarán no agrega nada más. Sin embargo, allí está el sueño. O la muerte.

Replegó las manos y se dirigió hacia la pizarra para escribir el título de ese cuadro y el de los otros que iba nombrando. Se sacudió el polvo de la tiza y volvió a dirigirse hacia Álvaro.

—Usted tampoco verá una gota de sangre en *La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp,* de Rembrandt, ni en un cuadro de

Simonet que me gusta especialmente, *La anatomía del corazón*. Con esto quiero decirle que un pintor no hace autopsias. No es policía ni carnicero ni cazador. Si usted deja caer una gota de pintura roja, por más que a usted o a mí o a todos nosotros nos guste el color rojo, el espectador no pensará en una herida sino en un error del pintor. O, lo que es peor, en una intromisión vanidosa.

Álvaro no replicó. Siguió encallado en la respuesta de Landor, como si tuviera que reordenarla de varias maneras, un rompecabezas que no pudo componer mientras escuchaba el bombeo de su corazón y sentía, una vez más, que no dijo lo que ni él mismo sabía con precisión. Se había librado a medias de esa incomodidad, o al menos lo intentó, y quizá lo único que consiguió, sintiéndose torpe, fue llamar la atención de la mujer y lograr, de paso, que la soberbia del pintor le soltara una ironía. ¿El rojo era una intromisión vanidosa? Acaso él mismo, pensó, era un vanidoso por haber hecho esa pregunta torpe. ¿Te quedaste cojudo, Ñato, no? Pues sí, Raulito, me sentía un pendejo, no quería quedarme callado. Hiciste bien, no hay que quedarse callado. Sólo que hice mal la pregunta, Raulito. No hay pregunta mala si realmente quieres aprender, Abu, y así fue como aprendimos, a punta de preguntar lo que nadie preguntaba y metiendo la pata, ¿no?

Landor continuó con su charla en el mismo punto donde la había dejado. Explicó que el amarillo de Nápoles era conocido en la antigüedad como *giallorino* y fue usado durante tres mil años, desde la época de los babilonios. Aunque se le seguía diciendo amarillo de Nápoles los pigmentos no venían de allí y ahora debían pedirlo como antimoniato de plomo. Hasta escribió en la pizarra la fórmula química: $Pb_2Sb_2O_7$. Es tóxico, añadió, y dijo que no existe un amarillo que al mezclarse con aceite tuviera la misma textura, nobleza y resistencia en un lienzo. Siguió enumerando pigmentos, tierras y árboles de los que

se obtenían otros colores, explicó rápidamente cómo mezclar de manera más efectiva las resinas y las lacas, y mencionó otro laberinto de nombres; parecía más una clase de química que una de pintura. No hubo más preguntas. Para terminar señaló que el tiempo es un soplo, un resplandor, como el agua de una cascada que se pulveriza en el aire antes de tocar la tierra. Concluyó resumiendo que eso era lo que quería explicarles y les agradeció su atención. De ahí sacaste lo de la metáfora del tiempo como agua de una cascada, Ñato. Sí, Raulito, y además fue curioso que un par de horas después recién me di cuenta de que Landor nunca habló de ninguna de sus propias pinturas, ni las mostró, nada. Fue como si él hubiera desaparecido detrás de lo que había dicho.

Los aplausos resonaron en el anfiteatro. Crujieron las bancas de los alumnos al ponerse de pie. Los de Introducción a la Caricatura guardaron sus blocs. Álvaro le dijo a Raulito que lo invitaba a tomar un café.

—Mejor un cebichito para el chuchaqui —pidió Raulito—. Me muero de hambre y de sed.

Álvaro cogió su mochila, guardó sus tarjetones y bajó despacio por las escaleras. El Cuervo Ramírez se había levantado de un salto a estrechar las manos de Landor, mientras inclinaba la cabeza en un vaivén reverencial. Raulito se apoyó en el hombro de Álvaro mientras le decía:

—Míralo al doctorcito. Diligente y sobón.

Le tenías manía al Cuervo en esa época. Él la tenía conmigo, Ñato, ya no sé por qué, siempre me jodía. Bueno, Raulito, no era para tanto. Además, ¿quién se iba a imaginar que él me ayudaría con lo de Rogelio? Vaya casualidad, Ñato, el cuervito Ramírez al final resultó ser buena gente.

La mujer se puso de pie sin prisa, esperando que poco a poco los estudiantes se dispersaran. Cuando Álvaro pasó a su lado,

ella lo miró y le sonrió borrando la apariencia despectiva que él le supuso. Comprobó la transparencia verde de sus ojos, como de fondo marino. La mirada borraba el resto de su rostro. Con esa mirada ella le había dicho que apreciaba su discrepancia con el maestro, que no debía sentirse avergonzado por su turbación porque al final fue el único que se atrevió a hacer una pregunta, y que él, con un poco más de experiencia y trabajo, terminaría por entender la manera de trabajar de su esposo. Fue apenas un instante. Eso le bastó a Álvaro. Veintinueve años después, cuando la volvió a ver, ya no encontraría la misma juventud que lo sorprendió esa mañana inicial, pero seguiría intacta la actitud alerta y comprensiva, la sonrisa y la hiriente transparencia verde marina que lo había calmado luego de su pregunta.

¿Y yo qué hice, Abu? ¿Nos fuimos a tomar algo? Me diste una palmadita en el hombro, me dijiste que me avispara, que se me estaba cayendo la baba por la gringuita, que debía tener unos veinte años más que yo, que debía fijarme en mujeres más jóvenes y que de una vez nos fuéramos por ese cebichito porque te morías de hambre. ¿Todo eso te dije? Éso mismo, Raulito, tal cual. Qué memoria tienes, Abu, qué memoria, y la mía en cambio, ya ves, convertida en polvo, en hilachas, en nada. No te preocupes, viejo, la recuperaremos, volverás, no dejaré que nos gane la curva del olvido, te lo prometo.

2

De manera que el talento de Landor se convirtió en su principal problema. Cuidaba reproducir con fidelidad cada detalle del modelo original, convencido de que para estimular al espectador hay que ser exactos. No es que desconfiara de la fuerza subjetiva del artista, creía en ella, sabía que eran fuerzas irradiantes y dispersas, por lo que prefería encapsularlas en pequeñas dosis de rigor para dirigir mejor su intensidad. Para ser fiel a los detalles lo tranquilizaba tomar fotos. Así detenía a su modelo y podía seguir aceptando los motivos nuevos que surgían aunque él no hubiera terminado los cuadros anteriores. Siempre le gustó ese desfase que había adoptado como método de trabajo. Sentía que sus intervalos ponían freno al tiempo. Sólo mucho después descubrió que lo que ocurría era una sincronización más bien diferente. No es que detenía el tiempo, sino que lo desdoblaba, lo multiplicaba a través del prisma de su método de trabajo. Volvía simultáneos los tiempos, aunque sólo pudiera ver uno de ellos por vez. Llegó a abrir un cuaderno donde registraba las fechas de inicio y terminación de sus cuadros. También apuntaba los motivos que estaban pendientes por trabajar. Soy un contador, decía, y en efecto ese cuaderno era de contabilidad, con una columna del Debe y otra del Haber. Sus cuentas, en cambio, las llevaba en cuadernos blancos con un orden indescifrable y efectivo para él, de manera que siempre tuvo una economía

equilibrada y sin sorpresa. Todo estaba orientado a que pudiera pintar sin problemas. Uno tras otro avanzaba bocetos a lápiz y plumilla, reproducciones estrictas de su modelo, tan acabados en sí mismos que podían valer por obras finales si no fuera porque en las definitivas añadía tantos detalles, una capa nueva que no se veía en el boceto y saltaba a la vista al contrastarlos. Una vez hecho el boceto, apuntaba en la columna del Haber y mantenía en la columna del Debe el cuadro a color. Cuando el cuadro estaba concluido, trazaba dos líneas paralelas sobre la columna del Debe y daba por cerrado ese trabajo.

Con ese método era feliz. Aunque él lo catalogaba como un simple trámite cumplido, una pequeña gestión bien hecha por la que sentía un momentáneo dominio sobre el tiempo. Por eso no era inhabitual que les dijera a quienes le pedían un encargo, que les daría su cuadro en el plazo mínimo de un año, y podría extenderse seis meses más. ¿Tanto tiempo?, preguntaban. Él, en vez de argumentar con los trabajos pendientes y las características técnicas del cuadro, como si las explicaciones de sus técnicas sólo debieran estar destinadas a quienes formaban parte de su gremio, les respondía con un tono lento e incuestionable: para pintar ese cuadro *debía subir a hombros de un titán*. Los compradores tomaban una bocanada de aire, recordaban el prestigio del pintor y aceptaban pensando que era una excentricidad inevitable que el artista de talento dijera que para pintar debía subir a hombros de un titán. Como no se les iba la vida por cuestión de un cuadrito, y como no había otra alternativa para tener una obra suya, lo dejaban pasar.

Cuando terminaba el cuadro, pintado al óleo, destruía los bocetos previos —si es que su mujer o uno de sus hijos no guardaban alguno como si lo salvaran de una hecatombe— y escribía en sus cuadernos de contabilidad en el taller pequeño. Luego citaba a los compradores, develaba el cuadro y se com-

placía viéndolos quedarse atónitos. Cuando finalmente articulaban unas palabras siempre decían que había valido la espera. Empezaban a hacer más observaciones sobre las maravillas de su técnica, mientras él, que no tuvo ninguna prisa al aceptar el encargo y pintarlo, debía hacer un esfuerzo de paciencia para disimular su deseo de que se marcharan lo antes posible y poder continuar con los cuadros pendientes. Y aunque había dicho muchas excentricidades por sus demoras, jamás se le ocurría mencionar que le resultaba doloroso separarse del cuadro, aunque hubiera sido un encargo, aunque él representara lugares o personas que no conocía, pero que por las semanas, los meses y en algún caso hasta los años, al haber convivido con ellos al pintarlos, sentía que eran parte de él, y así cada entrega era un desmembramiento, un descoyuntarse silencioso e invisible que resistía sólo porque lo estaban esperando nuevos cuadros. Es como cuando un hijo se marcha de casa, le dijo su mujer, que nunca había pensado en ningún drama por vender un cuadro, hasta que el mayor de sus hijos se fue a estudiar al extranjero, y entonces ella se solidarizó con su esposo. Se parece, le respondió él, y yo también había pensado lo mismo, hasta que me di cuenta de que no, es diferente porque el cuadro que entrego está listo, mientras que nuestro hijo todavía es un boceto y no podremos ver cómo se irá a concluir. Mejor no sigás, le decía ella, que alternaba el alemán y el francés con el español, su lengua materna, según el momento y la tensión del tema que trataran.

En ocasiones, Landor no dormía en su tumbona de ratán, simplemente se echaba a descansar. Para fastidiar a la gata, hacía crujir la tumbona. Lilí levantaba la cabeza con las orejas alertas. A la tercera o cuarta vez, Lilí sabía que era una falsa alarma y lo miraba reprobándolo, defraudada. Él sonreía y pensaba que debía haberse comprado un perro en vez de haber recogido a la gata. Como a su mujer le encantaban los gatos, la aceptó y ter-

minó encariñándose con ella. La gata, por su quietud, había sido una modelo impredecible de varias litografías que formaban parte de la serie *Mascota en el jardín*, muy cotizada en las galerías francesas y suizas, por lo que comprobó que era la mejor mascota posible para franceses y suizos, así como perros para los españoles y caballos para los ingleses. De haberse fijado antes en los gatos, pensaba, quizá habría resuelto uno de los problemas que tuvo cuando empezó a pintar con modelos vivos. Apenas podían quedarse quietos cuarenta y cinco minutos, como mucho una hora, mientras que su gata se quedaba recostada una o dos horas y movía la cola o sacudía levemente las orejas. Aunque más que descansar en la tumbona, Landor miraba el limonero y escuchaba las voces de unos niños que jugaban en la masía abandonada que estaba a cien metros de su casa. La tranquilidad que lo invadía parecía no perdonarle su placidez, de manera que empezaba a recordar.

La primera imagen que le venía a la mente era la fábrica de papel de Kriebethal en la que trabajó su padre. Luego venían otras imágenes intermitentes: a veces aparecía el camino del bosque hacia Waldheim, de allí daba un salto a los días en la escuela de Bellas Artes en Dresde, sus primeros días en Francia cuando conoció a su mujer, los viajes que hizo con ella al norte de África y Sudamérica, los del Oriente. Los recuerdos se materializaban delante de él con una nitidez absoluta, como si el aire ardiera de luz hasta convertirse en una pantalla del más puro cristal. Así recordaba la época en que aprendió a preparar sus propias pinturas, poco antes de trasladarse a Dresde. Se reía solo al recordarlo. La primera vez se pasó en la mezcla de arseniato y acetato de cobre. Hizo tanto color verde que no se le ocurrió nada mejor que emplearlo en pintar paisajes y árboles con copas frondosas, no porque le interesara la naturaleza, sino porque le parecía la solución más práctica, además contaba con la quietud

de los árboles, a los que retrataba como si fueran personas. Fue concentrarse en la fabricación de su propia pintura, y haberse excedido, lo que lo llevó a fijarse en los árboles de la escuela flamenca y holandesa. Empezó copiando los frondosos bosques de Rubens, que en sus cuadros subía la línea del horizonte lo más alto posible para aferrarse más a la tierra, y lo imitó. Luego, un poco saturado del derroche, se dio cuenta de que en otro pintor, el holandés Hobbema, los árboles tenían una entidad propia y destacaban no sólo por el follaje sino por el trazado sinuoso del tronco, resaltado sobre una línea del horizonte más bien baja, lo que les daba una perspectiva aérea y leve. Ese aprendizaje no se habría dado si no hubiera cometido lo que él llamaba un *error de cocina*. Y como no conseguía modelos que permanecieran inmóviles durante dos o tres horas, cayó en la cuenta, gracias a Rubens y Hobbema, de que los árboles estaban a su disposición el tiempo que quisiera, al menos hasta que se fuera el sol, y al día siguiente estarían en la misma posición, esperándolo.

Sólo cuando llegó a estudiar a Dresde descubrió el placer de pintar modelos profesionales en el salón de clase. Aún así, el placer se convirtió en un nuevo problema porque también le resultaba demasiado corto el tiempo mientras calculaba los detalles del volumen, la línea y la proporción, la fantasmal anatomía bajo la piel y las combaduras del cuerpo al fijar la osamenta, determinantes para la levedad y la gracia del gesto. Observaba a sus modelos como si quisiera traspasar la carne hasta tocar el trazo del fondo de los huesos. Las mujeres que modelaban para él eran las primeras en percibir la fijación de su mirada, sostenida por ese impulso interior que neutralizaba a sus propios ojos frente a lo más cercano, que eran ellas mismas, como si la mirada se estuviera esforzando en recordar un cuerpo remoto, evocado por el cuerpo presente, lo que daba a entender a las modelos que él era más bien melancólico y pensativo, y no el observador

escrupuloso que era en realidad. Eso sacaba alguna sonrisita en las modelos. Él ni pestañeaba, levemente molesto por el cambio del rictus en las modelos que se reían.

Luego que había creído lograr la estructura del esqueleto, empezaba por lo más externo, una oreja, el pelo, la curva de la nariz o la sombra de los ojos. Como se había tomado tanto tiempo con el boceto y las primeras pinceladas, el profesor, el viejo Thomas, daba por concluida la sesión y les decía que podían salir. Los estudiantes, cansados de estar tanto tiempo inmóviles, se marchaban a tomar una cerveza, de ser posible con la modelo, que se reía con ellos. Esto lo incomodaba a él, porque apenas había empezado a tomar forma su lienzo prácticamente limpio.

Del lado de Porbus

Sólo uno de los compañeros en la escuela de Dresde, un berlinés alto que parecía inconmovible a las conversaciones del grupo de estudiantes en el salón de clase, seguía delante de su propio lienzo. El lienzo estaba lleno de líneas y colores, como si el personaje retratado hubiera querido escapar y el berlinés hubiera tensado cuerdas para mantenerlo quieto.

Se acercó y lo observó, mientras el berlinés, agotado de tanto agitarse frente a su figura, se lamentaba:

—Para qué quiero reproducir a esta mujer, si ella está aquí, inabarcable, mucho mejor de lo que cualquiera de nosotros podrá lograr. Es inútil querer copiarla. Hay que resumirla, recordarla, trasponerla.

No sabía qué responder a lo que había dicho su compañero. Nunca se planteaba problemas de este tipo. Sin embargo, se alejaba y se aproximaba una y otra vez al lienzo del berlinés. Le dijo que aprendería y que sólo necesitaba paciencia y concentrarse en

las líneas de fuerza. Señaló con la punta del mango de su pincel el cuello de la figura y le explicó que debía reforzar el meridiano desde donde se proyectaba la línea del mentón, y que luego podía hacer lo que quisiera: cubismo o cualquier variante, pero debía quedar firme la línea del mentón. El berlinés miró el retrato, miró a su compañero. Luego volvió a mirar el retrato y dijo:

—Tienes razón, *pequeño maestro*. A ver si reemplazas al viejo Thomas como profesor. Déjame ver lo que has hecho tú.

El berlinés apenas alcanzó a ver un tenue boceto a carboncillo de la cabeza y la espalda de la modelo, y la única mancha: una curva de color salmón que parecía una oreja. El berlinés sonrió por lo poco que él había pintado, y le dijo que era lo más parecido que había visto nunca al cuadro de Porbus en el cuento de Balzac. Landor no le respondió nada porque no conocía el cuento y como no tenía intención de leerlo alzó los hombros y dijo puede ser. Al berlinés también le llamó la atención la tonalidad espesa del blanco con el que estaba tratada la tela. Tocó un extremo del lienzo como si quisiera comprobar su sospecha. Le preguntó si usaba blanco de plomo para un lienzo de clase y él le explicó que era dióxido de titanio.

—No lo conocía —dijo el berlinés.

—Es un pigmento nuevo que traen de Norteamérica. No viene puro, así que tengo que tratarlo. Es más barato.

El berlinés no insistió en seguir hablando sobre los pigmentos y le preguntó a qué se debía que apenas hubiera pintado una silueta y una oreja. Él le dijo que para él era bastante. Han sido dos horas de clase, dijo el berlinés. Es poco, dijo él. El berlinés le dijo que no entendía por qué debía sufrir por eso, porque lo podía continuar en la próxima clase, o se lo imaginaba en casa y listo.

—No —le dijo al berlinés—. La posición y la luz serán distintas. Yo seré distinto. Necesito cuatro o cinco horas con un modelo inmóvil.

—Imposible —se reía el berlinés—. Tendrías que pintar, no sé, estatuas o… cadáveres. Esos sí que no se moverán.

No le explicó al berlinés que ése era precisamente su problema, que estaba harto de pintar estatuas y copiar reproducciones. Mucho menos le iba a decir que había pintado árboles hasta cansarse y menos aún que nunca se le había pasado por la cabeza la extravagante idea de pintar cadáveres.

—Mejor vamos a tomar una cerveza —dijo el berlinés—. Ya encontraremos la manera para que tengas tu modelo inmóvil.

Cómo habían cambiado el berlinés y él mismo, pensó Landor en su tumbona, y no sólo de edad, sino de países. Cuántas vueltas llegaron a dar, incluso juntos. Y, en realidad, si no hubiera sido por el berlinés, no se habría marchado de Dresde y no habría conocido a su mujer. ¿Qué estaría haciendo su amigo en ese mismo instante, al otro lado del mundo? Tenía que llamarlo, hacía meses que no se comunicaban.

Dale la espalda al bosque

Desde la primera vez que se encontraron, tenía presente que dejaron a un lado el tema de la modelo inmóvil cuando el berlinés tuvo la ocurrencia de proponerle que fuera a pintar en una morgue, porque tenía un primo, médico forense, que podría facilitarle la entrada. Una vez allí, decía el berlinés, los cadáveres se quedarían quietos lo necesario y así podría convertirse en el pintor de un moderno *Cristo yacente* a la manera de Mantegna, o incluso podría inspirarse para pintar un muertito descarnado como el del retablo de Isenheim. Miró al berlinés con la boca abierta y pensó que le estaba tomando el pelo. Llevaban algunas cervezas y empezaron a contarse sus vidas, lo que antecedía a la llegada de ambos a Dresde, y como era muy poco lo que tenían

por contar o eran exageraciones adolescentes, decidieron preguntarse cómo habían decidido convertirse en pintores. El berlinés lo tuvo claro desde un principio porque en su familia hubo buenos dibujantes por el lado materno. Tenía un tío en Torgau que pintaba marinas en sus ratos libres, y sus abuelos paternos habían sido impresores en Leipzig durante tres generaciones. El berlinés sería la ovejita negra que iba a dejar el negocio familiar por la pintura.

Landor le explicó que su caso era lo contrario. Entre sus antepasados nadie se había dedicado a la pintura. Lo único que pudo favorecer su vocación fue el trabajo de su padre en la fábrica de papel de Kriebethal. De manera que nunca le faltó dónde dibujar y pintar. Desde muy pequeño llenaba papeles sin ningún tipo de limitación, aunque los cuidaba y evitaba gastos innecesarios, incluso animado por saber que tendría muchos a su disposición, a la espera de sus dibujos. Había un pequeño ritual cuando su padre traía de la fábrica un nuevo manojo de papel. El padre extendía los cuadernillos sobre la mesa de la sala y los acariciaba con deleite, como si comprobara la tersura de las fibras. Él imitaba ese gesto, aunque en su manera de acariciar la superficie del papel había más bien curiosidad e ilusión: anticipaba lo que iba a dibujar en esos prometedores espacios en blanco. También pensaba que era incomprensible la explicación que le daba su padre de que el papel provenía del bosque de abetos que cada mañana veía camino a la escuela en Waldheim. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que se transformara a esos árboles de corteza rugosa en el papel dócil y plegado de los cuadernillos? A veces, cuando volvía de la escuela y sus compañeros se detenían a jugar a la orilla del Zschopau, él miraba los abetos que bordeaban el camino y dudaba si entrar en el bosque o quedarse jugando con sus amigos. Se prometía que algún día entraría

en el bosque. Seguramente en lo más profundo había árboles más delicados que servían para hacer el papel en la fábrica de su padre. A sus siete años, sin embargo, tampoco le resultaba fácil entrar solo en el bosque. Su madre, como la mayoría de madres de Kriebethal, lo había intimidado con cuentos y leyendas sobre las oscuras interioridades del bosque, del riesgo de dormirse y tener un *albtraum*, un sueño del duende, o de que se le apareciera la bruja que la madre citaba de cuentos rusos a los que era tan aficionada, la Baba-Yaga, con su cabaña con patas de gallina que se movía de un lado al otro del bosque, con la historia de la niña que para escapar de la cabaña debía cumplir una fórmula: entregar un pañuelo, poner aceite a una puerta, dar un pedazo de jamón, tender una toalla que se convertiría en río. La Baba-Yaga tenía dientes de acero, una pierna sana y otra de hueso, porque pisaba en el mundo de los vivos y en el mundo de los muertos, y revoloteaba en un almirez vigilando el paso de la cabaña con patas de gallina. *Dale la espalda al bosque y mírame.* Eso decía la Baba-Yaga: Dale la espalda al bosque. Y mírame.

Cuentos rusos, se quejaba su padre, no deberías meterle miedo al niño, y la madre agitaba la mano para que no la interrumpiera mientras ella contaba preparando la cena y él, sentado en un rincón, estaba aferrado al taburete escuchándola. De poco servían las minuciosas y complejas explicaciones del padre para combatir el súbito vuelo convincente de los cuentos. Así fue como el bosque y la fábrica de papel correspondían a los extremos en los que se situaban los diferentes relatos de sus padres. Mientras el padre le hablaba del troceado de los troncos, la elaboración de la pasta, la criba, la disgregación de las fibras, el secado y el almacenamiento de las resmas, toda esa filigrana de la eficacia técnica que punzaba la materia real y la transformaba aparatosamente en

una insignificancia doméstica, la madre, en cambio, apenas susurraba con un delicado aliento los arcanos de niños que se perdían con los ojos abiertos y el corazón zumbando en medio de un bosque desgreñado, y que en el extremo del miedo y del desaliento, llegaban a la cabaña con patas de gallina de la bruja que los engordaba para luego comérselos. Por venir tan leves y en lo íntimo, sin finalidad visible, los cuentos eran terribles y eficaces, y se grababan en su mente con una inscripción cifrada —*albtraum, albtraum*, resonaba la palabra, *sueño del duende*— que no había manera de borrar con un *cálmate* o un *era simplemente un cuento*. Aunque nadie le impedía entrar en el bosque, pensaba mirando los abetos en el camino a Waldheim, era el temor infundado por la madre lo que lo frenaba de una manera invisible y salvaje.

Entrar a la fábrica, en cambio, tenía una prohibición expresa, y que apenas se limitaba a los muros que rodeaban el edificio principal de Kriebethal. A su padre, riguroso católico sajón, le parecía inapropiada la presencia de su hijo en el lugar de trabajo de los adultos. Para compensarlo, el padre le explicaba, paso a paso, el proceso de la elaboración de papel. Le daba los detalles, aunque nunca lo llevaba a la fábrica. Las explicaciones no alcanzaban con la misma docilidad la fijación que tenían, como un tallado insondable en la parte trasera del cráneo, los cuentos de su madre. Cada vez que pasaba junto a los abetos y tocaba la corteza rugosa de los troncos, suponía que su padre lo engañaba y no lo llevaba a la fábrica porque lo que en realidad hacían era cortar abetos especiales, muy delicados, en láminas que lijaban durante horas hasta lograr los pliegues finos para las resmas. Algún día entraría a la fábrica y conocería la verdad, se decía cada noche mientras acariciaba las hojas de papel hasta quedarse dormido.

El sueño del duende

Los últimos años de la guerra estuvieron estrechamente vinculados a esos sueños recurrentes en los que siempre estaba solo frente al bosque del camino a Waldheim. Los árboles no parecían rígidos, más bien ondulaban en su plástica materia de sueño. Años después se diría que en un sueño se combinaban los árboles ondulantes de Hobbema y la frondosidad flamenca de Rubens. En ese momento, de niño, sin ninguna idea de los pintores que conocería en el futuro, en su sueño los árboles que veía eran los abetos del bosque de Waldheim, agitados por corrientes de aire que los inflaban como si la mano de un titán moldeara el bosque desde adentro, a la manera de un telón ondulante. Él estaba afuera, en el camino, sin saber cómo descorrer ese telón. Luego de unos segundos el telón se aligeraba, removido por un viento que levantaba las cortinas de un balcón velado, aunque sin llegar a mostrar lo que estaba detrás. Ya no era una mano la que lo movía desde adentro, sino el soplo de un titán. ¿Qué le quería susurrar removiendo las cortinas del bosque? Él escuchaba con atención. Sólo era el viento. Hasta que por fin el viento se detenía, las cortinas se replegaban y el bosque se rendía con una calma súbita de marioneta abandonada. Era una falsa calma. Ido el viento, venían las voces. Era la peor parte del sueño porque empezaba la pesadilla y él se removía en la cama como ofrecido a un sacrificio ceremonial.

Al principio le parecía escuchar el canto de un niño o de una niña. Los confundía mientras trataba de reconocer la canción, sin ningún resultado. El problema es que la canción iba y venía. Quien la cantaba no se resolvía a salir del bosque o volver a su centro. Cuando tenía más cerca las palabras de la canción, esta bajaba al sotobosque y, con un brevísimo soplido, las palabras salían levantando el borde inferior de la cortina. La canción des-

aparecía, y daba paso a una niña de pie frente al bosque, que lo miraba con ese aplacado y amenazante terror que siempre tienen los niños que miran y no sonríen, y que es mucho más que la sorpresa de un animalito indefenso o la desolación de un pequeño ser incomprendido resistiendo a los mayores. Era la pura contemplación sin intención, el mero mirar. Era a él a quien observaba la niña del pelo desgreñado y la blusita rota. Cargaba una cesta vacía. ¿Se había escapado de la cabaña con patas de gallina de la Baba-Yaga? ¿Había entregado el pañuelo y habría puesto el aceite a una puerta y habría dado el pedazo de jamón y habría tendido una toalla convirtiéndola en río para que no pudieran seguirla los secuaces de la Baba-Yaga?

Cuando él quiso hablarle a la niña —*dale la espalda al bosque y mírame*— ella se alejó deprisa, no hacia Kriebethal sino hacia Waldheim, bordeando el bosque, dándole la espalda a Kriebethal, como si lo rechazara a él y se diera cuenta de su error. Todas eran susposiciones, porque en su sueño nunca podía conversar con la niña, ni siquiera alcanzaba a retener los rasgos de su rostro, porque aunque lo miraba fijamente, lo único que recordaba era el movimiento al voltearse, el escorzo de la mejilla y el pelo sacudido al darse vuelta. Cuando ella desaparecía en la primera curva del camino a Waldheim, él se aproximaba al lugar de la cortina del bosque por donde había salido la niña. Esa era su oportunidad, pensó.

Verticales de sombra

Landor tomó un extremo de la cortina, la levantó y se agachó para ver el interior del bosque. Un suave viento frío se escapaba por debajo de la cortina. Alcanzó a distinguir unos pocos árboles más que resguardaban un claro de bosque. Lo velaban

dejando pasar verticales de luz entre las sombras de los troncos. Era un horizonte troceado. Si caminaba, el claro parecía moverse, se borraba a ratos, volvía a ratos, como si una columnata laberíntica se pusiera en marcha. Al caminar en medio de las intermitencias, vio en las ramas las patas de gallina de una cabaña, vio a un gato, vio una puerta abriéndose y no fue necesario que viera nada más porque escuchó el grito de una mujer. Se corrió la cortina del bosque. Se le abrió el claro. No era la niña ni era la bruja. Era una mujer. Una mujer que atravesaba el claro. Una mujer desnuda. Una mujer entrando en el bosque. Él la veía. ¿En dónde estaba? Veía una mujer desnuda atravesando el claro para meterse en el bosque. Un bosque y un claro atravesado por una mujer desnuda. ¿En dónde estaba? Verticales de luz y verticales de sombra, y una mujer desnuda.

Y él, ¿dónde estaba?

El bosque interminente se abrió todavía más. Él estaba en la orilla del claro. La cabaña con patas de gallina tenía las puertas abiertas. No se movía ni un centímetro. No debía. No podía moverse. Por la puerta abierta. Por ahí asomaba. Por la puerta asomaba la punta de una nariz. Él la estaba viendo, la iba a ver completa. La cabaña con patas de gallina se empezó a mover hacia él. Y se despertaba del sueño como quien llega al centro de un cuento atroz.

Cenizas sobre Kriebethal

Los soldados alemanes replegándose derrotados hacia Berlín no eran ningún cuento para niños, mucho menos un sueño, no al menos en esos años. Kriebethal había sido un rincón olvidado que nunca sufrió ningún ataque durante la Segunda Guerra Mundial. Entre el catorce y el quince de febrero de 1945, du-

rante el bombardeo de Dresde, sí que fue recordado, aunque no por una intención directa, sino más bien por un error de cálculo, frecuente entre los pilotos aliados a quienes se les convertía en un trabalenguas la topografía menor de Sajonia... Las bombas que cayeron en los alrededores de Dresde provocaron una lluvia de cenizas que llegó a más de cincuenta kilómetros al este, alcanzando Kriebethal, Erlau Döbeln, Gebersbach y otras poblaciones vecinas. Los daños habrían sido menores si en la fábrica de Kriebethal no se hubieran confiado en que después del primer día del bombardeo, es decir, del infierno que cayó del cielo en ese rincón del mundo el catorce de febrero, no se alargaría el ataque al día siguiente. Ordenaron a los empleados que volvieran aquel mediodía del quince de febrero para limpiar la lluvia de cenizas que se había acumulado en la fábrica, el patio y los depósitos.

El padre de Landor cumplió esa orden como todos los demás. En medio del pandemonio de los cientos de cazas y de los B-17 de la Primera División del Octavo Comando de bombarderos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que avanzaban hacia Dresde para rematarla, en Kriebethal se escuchaban gritos de auxilio y se vociferaban nombres en medio de la crepitación de los incendios. Las cenizas seguían cayendo y no había manera de controlarlas, más que cenizas parecían moscas encendidas que no perdonaban ningún resquicio inflamable. Se empezaron a dañar las fachadas y las bodegas, el fuego se extendió hasta las calderas y las plantas hidroeléctricas, y en cuestión de horas ardieron como si estuvieran hechas del mismo papel inflamable que elaboraban.

Sabiendo que su padre estaba en la fábrica, desobedeció la prohibición de su madre y salió corriendo a buscarlo. Reconoció desde lejos el humo que rodeaba la gran chimenea. La gente corría tapándose la boca con pañuelos y trapos para no respirar

las cenizas que caían con la cadencia ondulante y ominosa de la nieve. Algunos se metían a las aguas del Zschopau para apagar la quemazón de la ropa, del pelo. Los gritos de búsqueda se confundían con los del dolor de la piel calcinándose. No sabía cómo pero él sí podía respirar. Las volutas parecían esquivarlo, desviándose a su paso. El aire caliente y calcinado había adoptado las mismas corrientes del frío de febrero, desplazándolo, y ese calor le restaba peso a los objetos que se movían o desencajaban sin nadie que los empujara, cobrando vida.

Cuando llegó a la fábrica se encontró con los portones abiertos de par en par y con el fuego que salía como una lengua voraz por el lado del río del edificio. Para su asombro el lugar se había transformado, ya no era inexpugnable y a nadie le importaba en ese momento que un niño entrara en el recinto, cubierto de polvo y embarrándose con el agua de las cubetas que bailaban de mano en mano hasta vaciarse inútilmente sobre las llamas. El fuego que venía del interior de la fábrica lo rechazó un instante, como si no quisiera dejarlo entrar. Bordeó la cadena humana sin reconocer en ninguno de ellos a su padre. Sin reconocer ningún rostro, todos cubiertos por la máscara polvorienta de las cenizas, preguntó por su padre. No le respondieron. Parecían estar a punto de decirle que se fuera a casa. *Dale la espalda al fuego y vete*. Lo miraban extrañados y siguieron de largo. Lo que él había imaginado como un lugar idílico, con el diminuto jardín inglés que describía su padre como una excentricidad de los dueños, no era más que una explanada atiborrada de cascotes, tierras, charcos de agua, y un hacinamiento de escritorios, lámparas, sillas y archivadores que iban rescatando del interior. Su padre no aparecía. Recordó que podía estar en la zona del almacén, de la que siempre hablaba. Preguntó por las bodegas, y le señalaron que era de donde venía el fuego. *Dale la espalda y vete*. Corrió hacia el lugar, tapándose la nariz por el humo cada vez más fuerte que

cubría el cielo de Kriebethal. En medio de la confusión había hombres que se separaban de la doble cadena de rescate y de transporte de agua, o que salían enhollinados de una masa de tupido humo. Era difícil reconocerlos así. Confundió a más de uno con su padre, hasta que vio a un hombre que estaba sentado junto a un cúmulo de cascotes. Le pareció extraño que su padre no estuviera ayudando a apagar el incendio, aunque también eran muchos los hombres que tampoco hacían nada, tendidos en el suelo o de rodillas, cubiertos de polvo o boca abajo.

Se acercó hacia su padre y lo reconoció igual de sucio que el resto, sólo que él se balanceaba y parecía estar hablando solo. No hablaba solo. Le estaba hablando a los restos dispersos de cascotes a sus pies. ¿Por qué su padre le estaba hablando a las piedras?, se preguntó. ¿Qué le decía a las piedras? Sintió la mirada de su padre. Sus ojos coincidían a la misma altura porque estaba sentado. Aunque sintiera los ojos de su padre, parecía que no lo hubiera reconocido. No me ha reconocido, pensó. Su padre miró al cielo de Kriebethal que asomaba en un forado del techo. Por allí caían las discretas y perversas volutas de ceniza, por allí el aire caliente, por allí los rumores de armatoste de los aviones que roturaban el aire. Lo llamó por su nombre y su padre bajó la mirada.

Entonces sí lo reconoció. No hubo sorpresa. Parecía muy cansado. Le sonrió. O eso supuso él. Como también supuso que su padre trataba de disculparse por dejarse ver en esas condiciones, cuando siempre iba limpio e impecable. Al menos eso supuso o recordaría haberlo supuesto. A su padre diciéndole que lo sentía, que debió haberlo traído a la fábrica antes, que le iba a mostrar cómo hacían el papel. Le habría dicho a su padre que no era necesario, que mejor se fueran a casa, que mamá estaba asustada. El padre continuaría diciéndole que le iba a mostrar los troncos troceados, la pulpa de madera, los encolados y que

ahora sí iba conocer el misterio del papel. Eso quiso suponer.

Lo que vio fue distinto. Su padre no había dicho nada. Vio cómo su padre se inclinaba hacia delante para levantarse. Vio cómo frunció la cara, estremecido por un dolor que lo tiraba del centro de la columna. Vio que se puso de pie. Vio que su padre dio un paso, cerró los ojos, frunció el ceño, mostró los dientes. Vio cómo el rostro se dilató en un instante. Y lo vio desplomarse.

Se acercó corriendo hacia su padre. En ese momento sintió que le faltó el aire. Cerró los ojos aturdido por los gritos, por el insólito calor de horno recién abierto, por el crujido que estremecía los cimientos del edificio y por el paso de los titanes que habían decidido marcharse de un mundo sobre el que llovía fuego.

Gramática del eco

Cincuenta y seis años después, echado en la tumbona de ratán, Landor abrió los ojos para dejar de recordar aquel mundo abandonado por los titanes. Ahora, próximo al mar apacible que se curva a lo largo del Golfo de Roses y se estira como una península de aguja hasta el enmarañado acantilado de Cap Norfeu, olía la brisa del mar que llegaba hasta su jardín, y se dijo una vez más que no se movería de su casa porque el mundo había sido destruido hace tiempo. Lo sabía con certeza porque vio esa destrucción y, sin habérselo propuesto, de manera indirecta, llevaba pintando durante toda su vida el mapa despoblado de sus propios cuadros.

Los recuerdos de su infancia en Kriebethal parecían seguir en la pantalla del cielo, como si todavía estuviera en la taberna de Dresde contándole su vida al berlinés. Más aún, como si apenas

unos minutos atrás hubieran pasado los bombarderos al lado del cuerpo desplomado de su padre. Esos momentos persistían como un eco en el jardín de su casa. Estaba recordando las primeras conversaciones con el berlinés y terminó evocando la muerte de su padre. Todo venía junto. Y seguramente venía distorsionado, como el eco devuelto por distintas superficies. ¿No era el mundo una caja de resonancia que multiplicaba el movimiento y las palabras de los hombres? ¿No eran sus propias pinturas un eco de lo que él imaginaba o veía, un resplandor de un color más vivo que se había marchado para siempre? Quizá, concluyó Landor, si queremos ver el mundo estamos obligados a guiarnos por la gramática del eco. No era otra cosa lo que él había hecho al aprender la maestría de su arte. Hay que aguzar el oído, escuchar atentamente, para que la débil duplicación del sonido, devuelto por quién sabe qué pared o concavidad, diga lo más importante de la voz original. Cuántas paredes hay en los pintores flamencos, pensó Landor, siempre dispuestas a devolver ecos de colores y sugerir que más allá de lo pintado hay siempre algo más, aunque no se pueda ver.

Pero no sólo es la voz original lo que se escucha. Además de reducirse en la duplicación, el eco incorpora algo nuevo, lo que aporta la superficie en la que rebota. Lo que absorbe la superficie refractante del sonido es la cesión de la voz original para persistir en su viaje. También es la única manera para que la superficie reflectante, la que media, se incluya en ese viaje. Y lo hace con una modulación nueva, más leve, señal de que la voz ha continuado su viaje y cambia en su recorrido. Lo mismo pasaba con los colores y el espectro de la luz. Se acordó de los *maîtres à la chandelle*, que pintaban cuadros con figuras en medio de oscuras noches impenetrables donde una de ellas sostiene una vela y con esa pequeñísima luz ilumina una parte del cuadro. ¿Colocar la fuente de luz dentro del cuadro o fuera del cuadro? En cualquie-

ra de los casos era un reflejo, un rebote de la luz que, desde fuera, desde donde estaba el espectador, caía sobre él.

Camino a Waldheim

Se levantó de la tumbona de ratán y despertó de nuevo a Lilí. Esta vez la compensaría por despertarla. Fue a la cocina, tomó la botella de leche de la nevera, cogió un tazón, lo llenó a medias y lo calentó unos segundos en el microondas. Metió la punta del dedo meñique en la leche y comprobó que estaba tibia. Volvió al jardín y lo dejó sobre la baldosa, junto a la cesta de la gata. Lilí se desperezó sin prisa. Sólo cuando él volvió a su caballete bajo el limonero, se acercó al tazón y bebió un poco.

Durante quince minutos Landor intentó retomar el cuadro que pintaba. No pudo. Se volvió a echar en la tumbona de ratán. Lo mejor era desplazar el recuerdo al momento en que estaba en la taberna con el berlinés. Recordó al amigo que sonreía, y que también se había quedado callado cuando le describió lo que vio en la fábrica de papel. El berlinés le contó a su vez que él se había salvado de milagro, porque si bien se había traslado a vivir a Dresde desde muy pequeño, pocos días antes del bombardeo fue a Torgau para visitar al tío que pintaba marinas. Poco antes de regresar, habían escuchado del bombardeo por la radio, por lo que no se movieron de Torgau. Mientras el berlinés siguió detallando la supervivencia luego del gran bombardeo, Landor sintió que su reticencia había cedido mucho, acaso porque empezaba a articularla para seguir con nuevas confidencias. No recordaba nada de los meses siguientes a la muerte de su padre. Sólo tiempo después, instigado por la curiosidad de su mujer por saber qué había pasado en esos años de la posguerra, revisó los libros de historia y las crónicas que ella le traía para escudri-

ñar lo que había vivido. Quienes habían vivido esas historias habían sido otros, no él, los protagonistas de las largas listas de generales y divisiones y frentes y políticos y tratados, un desfile de nombres y cifras de muertos o suicidas o encarcelados o en fuga, de refugiados, de manera que sintió como si nada de eso hubiera pasado con él.

Recordó el día que volvió a la escuela. A pesar de la cercanía, Waldheim había sufrido menos daños que Kriebethal. La escuela reabrió como si nada hubiera pasado. Había pasado todo, por supuesto. Una vez que se acabaron los ataques aliados y entró el ejército ruso, parecía que había un furibundo deseo de olvidar lo antes posible las consecuencias de la pesadilla de los últimos meses. Las clases serían irregulares y muchas de ellas improvisadas, la vida debía seguir y había que mantener a los niños ocupados. Así que cumplió también las órdenes de ese deseo de olvidar. Ese primer día de retorno a clase salió temprano en la mañana. Pasó rápidamente frente a los restos de la fábrica de su padre. Los empleados sobrevivientes y algunos habitantes del pueblo, a lo largo de varias semanas, empezaron a reparar la fábrica, las casas, las calles, los jardines, con laboriosos silencios desconocidos que lo sorprendieron como si se tratara de un grupo de sonámbulos trabajando en medio de un sueño. Cuando llegó a la orilla del Zschopau no encontró a sus compañeros habituales con quienes iba caminando hasta Waldheim. Era una mala señal. Vio el puente del tren y pensó que les propondría ir por los rieles hasta Waldheim. También lo tenían prohibido, pero esta vez ya no los detendría nadie.

Como sus amigos no llegaban, comprobó que nadie lo estaba mirando y se subió al puente. Aunque no habían pasado trenes los últimos días, observó en ambas direcciones de la vía por cautela. Nadie venía, nada se escuchaba. Avanzó rápidamente, cruzó el río, pasó frente a las pocas casas que estaban a varios

metros de las vías y cuando se alejó de las últimas construcciones vio cómo los rieles se adentraban en la parte más espesa del bosque. Hacia allí se dirigió contento de que nadie lo hubiera descubierto. Poco antes de entrar en el bosque, notó que en el confín de la última casa junto a la vía, del lado del río, había dos tiendas de campaña y un par de soldados rusos en la orilla. Uno estaba lavando platos y tazones, y el otro extendía la ropa del rancho en un tenderete improvisado mientras le hablaba a gritos a su compañero con palabras indescifrables e intimidantes. Lo mejor era no detenerse más, no fuera a ser que lo descubrieran, pensó, así que siguió el camino de los rieles y entró en el bosque. A medida que avanzaba, sólo se escuchaban sus pasos en el incómodo balasto de las vías y los trinos de los pájaros que venían del bosque. A su izquierda se empezó a elevar el terreno, de manera que los abetos se alzaban solemnemente por encima suyo, mientras que a su derecha el río seguía fluyendo. Sólo el camino de los rieles estaba despejado a medida que se espesaba el bosque. Se detuvo y se encontró entonces con la disyuntiva de siempre: seguir recto hacia la escuela o entrar en la parte tupida. Pensó que a lo mejor los soldados rusos habían puesto en fuga a los seres de leyenda que lo poblaban, y así finalmente podría entrar y recorrerlo. ¿Quién lo detenía? A esas alturas, nadie. Ni siquiera los cuentos de su madre. En la escuela podría decir que llegó tarde porque se derrumbó alguna casa o que su madre estaba enferma, y en efecto lo estaba. En los últimos meses había infinidad de pretextos para justificar retrasos e inasistencias, sin exigir mayores explicaciones. Los adultos inclinaban la cabeza y miraban hacia otro sitio, como si ya no pudieran regir ningún tipo de orden. Ahora podría entrar y ver lo que había sido prohibido para él. Sintió una brisa que venía desde el interior del bosque. No lo dudó más. Miró por última vez hacia los dos extremos de la vía del tren y entró.

Las voces del bosque

Crujía la hojarasca bajo sus pisadas. Qué diferente era caminar por las vías a hacerlo en el bosque, pensó. Mientras se adentraba en la espesura, subiendo la colina, sintió el cambio de temperatura, mucho más frío que en las vías, porque el sol apenas alcanza las copas de los abetos. Los troncos parecían columnas de un templo destechado, y las ramas trenzadas, una red de brazos que se tocaban mutuamente. A medida que se abría camino en zigzag los troncos ocultaban cualquier perspectiva, apenas dejaban resquicios que invitaban a seguir, a desvelar lo que protegía el bosque. Paradójicamente, se sentía tranquilo. Allí nadie lo descubriría escapándose de la escuela. Era como si en ese lugar no hubiera pasado nada, como si la guerra sólo hubiera buscado sitios poblados, plazas y caminos. Quizá debieron refugiarse allí. A medida que subía, el bosque se llenaba de ruidos de pájaros, de movimientos invisibles de animales e insectos huidizos escondidos entre las betigueras y las madreselvas. Percibía el húmedo olor de las flores que brotaban, en ese inicio de verano, indiferentes al ritmo de los hombres. ¿A esto debía temer? A poco de pasar sobre unos arbustos encontró un sendero que bajaba hacia el río. Lo tomó de subida y se sintió satisfecho, libre, sin que nadie lo estuviera controlando. Más bien parecía como si el bosque le estuviera animando y dando fuerzas para avanzar. ¿Era esta calma lo que no querían sus padres, y el resto de padres de Kriebethal, que no experimentaran por sí solos esa sensación de libertad?

Luego de un tramo uniforme, el sendero se curvó a un espacio abierto a lo lejos. ¿Era ése el claro del bosque? Sería un espectáculo llegar hasta allí, se detendría y contemplaría lo que siempre había querido ver, descubriendo que sus fantasías sólo eran consecuencia de las historias de su madre, una confusión más de las que siempre había sentido ante algo hasta llegar a

verlo y comprobar que sólo eran cuentos de los adultos y que la realidad no era la misma que lo que había imaginado, decepcionándose de inmediato y perdiendo el interés, como con un juguete desmantelado, para seguir tras otras fantasías que prometían más mientras no fueran contrastadas.

Los árboles, sin embargo, empezaban a cambiar. Tenían cortes y raspaduras, el suelo se volvía irregular por las ramas caídas y se iba abriendo la espesura. Cuando dio un salto sobre un montón de ramas y tierra levantada llegó a ver un espacio abierto e iluminado.

Apoyó su mano sobre un tronco astillado y vio un amasijo de hierro retorcido en medio de un hueco brutalmente abierto en la tierra. No lo reconoció de inmediato hasta que identificó las llantas quemadas de un Jeep volteado. El bosque, o lo que quedaba de él al otro lado del claro, estaba pelado a punta de granadas. Los troncos caídos dibujaban triángulos contra los árboles erguidos, y las cortezas desgarradas por los cascos de metralla se mezclaban con las ramas amontonadas que aplastaban los arbustos del sotobosque. Dos brechas partían de una de las esquinas opuestas del claro, como si alguna tropa hubiera pasado por allí sólo para abandonar al jeep. Quizá fue en ese lugar donde fueron atacados y los soldados se marcharon abandonando la pieza inservible. Mientras trataba de reconstruir lo que había pasado, escuchó unas voces. Más que voces era un forcejeo intercalado de grititos y de las mismas expresiones agudas y extrañas que había escuchado a los rusos.

Baba-Yaga

Se agachó por instinto. Sólo le vino a la cabeza la palabra *albtraum* que tanto le había repetido su madre. ¿Era eso? ¿Estaba él metido

en el sueño del duende? ¿Estarían forcejeando el duende y la Baba-Yaga, disputándose el dominio del bosque? ¿Qué pasaba si lo descubrían allí escondido, observando lo que no debía? Seguro que dejarían de pelear y se lo repartirían entre los dos, o llamarían a la cabaña con patas de gallina para encerrarlo allí y engordarlo y luego comérselo. Escuchó el crujido de unas ramas y los gritos más agudos de una mujer. El duende debía estar defendiéndose de la Baba-Yaga. A lo mejor era más poderosa y maligna de lo que había imaginado, dando gritos de furia, y sólo por un esfuerzo enorme el duende, tirándole de los pelos, dándole patadas, se podría librar de ella y escapar del bosque. A lo mejor sería su aliado y, juntos, vencerían a la Baba-Yaga.

Luego de escuchar una especie de ronquido, volvió el silencio. No era cualquier silencio, sino uno tenso, a la espera de nuevos sonidos. Decidió asomarse por encima del tronco para ver si los distinguía. Se levantó con cuidado y observó el claro buscando de dónde provenían los ruidos. Al otro lado del claro, hacia su derecha, detrás de unos arbustos de belladona moteados de frutos negros, dos cuerpos echados parecían arrastrarse, uno encima de otro, entre ropas revueltas. No podía distinguirlos, salvo por el color de la piel del que estaba encima, con una espalda blanquísima que no dejaba de temblar. Se escondía y se asomaba alternativamente para ver si el movimiento terminaba y podía reconocer lo que hacían, quiénes eran. Vinieron más ronquidos, una exhalación y de nuevo el silencio. Se volvió a levantar de su escondite y miró detenidamente. A punto estuvo de esconderse de nuevo cuando vio que uno de los cuerpos se puso de pie, se acomodó los pantalones, buscó una camisa en el suelo, la sacudió y se empezó a secar el rostro. Estaba demasiado lejos como para reconocer el rostro del hombre, aunque su figura no le recordaba a nadie. No podía ser el duende. El otro cuerpo no se movió. Así era muy difícil reconocerlo. Su suposición de

que sería la Baba-Yaga, de que el duende, bajo la forma de ese hombre la había vencido, se deshizo cuando escuchó un sollozo entrecortado. El hombre sacudió la camisa, se la puso y dijo algo incomprensible estirando la mano hacia la mujer. No hubo respuesta. Ella no levantó su mano. Seguía temblando echada en el suelo. El hombre se inclinó y la levantó contra su voluntad. No llegó a alzarla por completo porque ella se quedó postrada, de rodillas. El hombre se frotó la nuca, se sentó en cuclillas y empezó a hablarle a la mujer, intentó acariciarle el pelo. La mujer volteó el rostro por completo hacia la zona frondosa del bosque. El hombre se puso nuevamente de pie, como si no supiera qué hacer, como si estuviera esperando a que ella se acomodara y se recompusiera y dijera algo, y mientras esperaba miró a su alrededor, se detuvo, se agachó, levantó una chaqueta que sacudió, buscó en los bolsillos, sacó una cajetilla, tiró de nuevo la chaqueta al piso y encendió un cigarrillo. La mujer no decía nada y lo único que se escuchaba eran sus discretos gimoteos, cada vez más distanciados, y los sonidos dispersos del bosque que empezaban a tomar protagonismo, pero frágilmente, como si un movimiento o una palabra de la mujer fueran lo mínimo necesario para volverse a callar.

Esos minutos se le hicieron larguísimos. Ya no pensaba en la Baba-Yaga, ya no pensaba en el duende. Tenía ganas de irse sin que lo notaran. Pensaba en esto cuando la mujer se levantó, siempre de espaldas a él, sin que pudiera verle el rostro. Extendió los codos con el mismo gesto que tenía su madre cuando se ponía una blusa y la abotonaba dándole la espalda. Se acomodó el cabello, se estiró la falda y la ciñó en la cintura. Luego se quedó quieta, eternamente quieta. Un temblor, como por una corriente de frío, la sacudió, y luego volvió a quedarse quieta. Buscó en el piso, se inclinó a coger algo, lo sacudió y lo extendió sobre su cabeza. Era un pañuelo oscuro. Se quedó de pie. En

realidad, no estaba callada. El silencio del bosque dejó escuchar que seguía gimoteando con hipidos entrecortados. El hombre la miraba a unos metros de distancia, con el cigarrillo en los labios, ahora sentado, colocándose las botas con un plegar y estirar las piernas, y moviendo la cabeza hacia un lado como si quisiera distender los músculos del cuello. Poco a poco las sacudidas del pecho de la mujer se fueron reduciendo. Levantó la cabeza y giró ligeramente su rostro hacia el lado donde estaba el hombre.

Desde su escondite alcanzó a ver la punta de la nariz de la mujer como si un brillo iluminara finamente su figura. ¿Y si la Baba-Yaga no fuera una bruja?, pensó. ¿Si fuera una mujer como la que estaba allí? En sus sueños la Baba-Yaga se le aparecía por la nariz, mientras giraba el rostro. Tenía una nariz larga, curva, con verrugas, que se anticipaba en mucho a la revelación del rostro. Quizá se había equivocado y éstos eran, en realidad, el duende y la Baba-Yaga. Su madre los había descrito mal.

Dio un paso hacia atrás y pisó sin querer una rama, y fue como si en el bosque se hubiera trizado su armazón. Fue la mujer la que se dio vuelta y miró en dirección a su escondite. Él no alcanzó a verle el rostro de frente, porque ya se había agachado. Sólo que al agacharse hizo más ruido y se resbaló.

No sólo que lo habían escuchado, sino que ella lo había visto. Ahora era él quien los escuchaba. La mujer cambió el registro y daba gritos entremezclados con sollozos. El hombre la interrogaba con monosílabos. Se hizo un silencio. Luego el hombre empezó a vociferar imperativamente en varias direcciones acercándose cada vez más hacia su escondite. Escuchó pisadas en hojas y ramas, un taconeo accidental de las botas, luego un silencio seguramente debido a que el hombre había salido al claro. La tierra removida, sin ramas ni hojas, amortiguaba sus pasos. Qué va a pasar, pensaba temblando, ahora qué va a pasar.

Una piedra al alcance de la mano

Aquí el relato se quebró en su memoria. También se quebró en el momento en que se lo contaba al berlinés. Sólo años después, bajo el limonero de su casa, abrió los ojos y entendió que esos fragmentos se estaban recomponiendo en el cielo nítido de Sant Pere Pescador. Fue como si desde ese mismo cielo nítido y enorme, aparentemente inerte, bajaran unas manos fuertes y lo tomaran del pecho de su camisa y lo levantaran en vilo.

Cerró los ojos de nuevo.

Los volvió a abrir.

Estaba allí, en el bosque de Waldheim, frente a ese soldado ruso que lo sacaba de un manotazo de su escondite y le gritaba palabras incomprensibles, sin importarle que fuera un niño. Mientras lo zarandeaban, mientras empezaba a sonar en su cabeza un zumbido como nunca había escuchado antes, entrevió a la mujer. Enmarcado por el pañuelo oscuro, el rostro estaba hinchado con un intenso rubor. Sólo los ojos, abiertos por el terror, parecían despedir un brillo verdoso o gris o azul. No podía distinguirlos porque el soldado lo sacudía muy fuerte. Alcanzó a ver que los ojos de ella parecían emerger en medio de un rojizo hervor infernal, como si cada uno tuviera un color distinto. Era imposible reconocerla y la podía ver de frente. El soldado ruso le empezaba a hacer daño. Su única reacción, instintiva, como para justificar su presencia allí ante el ruso, fue decir Baba-Yaga. Lo repitió varias veces: *Baba-Yaga, Baba-Yaga, Baba-Yaga*. El ruso se detuvo y lo lanzó al piso como si le tuviera repelencia por su fragilidad:

—*Chto vy govorite durak!* —dijo.

Se lo quedó viendo mientras él seguía repitiendo *Baba-Yaga, Baba-Yaga*, *Baba-Yaga*. El ruso bufó, alzó los hombros, y se dio la vuelta para hablarle a la mujer entre risas. Sólo en ese instante

creyó reconocer a la mujer. Ella había bajado el rostro por su indefensión, aturdida y avergonzada. ¿Era la hija del panadero de Waldheim, a quien veía cada mañana cuando llegaba a la escuela? No sabía su nombre, pero era ella. Aunque su rostro estuviera compungido y no reconociera el color de sus ojos, era la misma. ¿Eran verdes o azules o grises? A medida que el ruso seguía riéndose y mirando a la mujer, pensó que debía abalanzarse sobre él, coger una piedra y darle en la cabeza. No pudo moverse. No había piedras a mano. ¿De dónde sacar fuerzas? ¿Cómo enfrentarse a él? Cuando se dio cuenta de que no recordaba el rostro del ruso —un vago contorno castaño en el pelo, unos pómulos de acero, un aliento acre, todo desdibujado, como atravesado por un torbellino de polvo, salvo las voces, las palabras incomprensibles y la furia y luego la risa— y que no podía hacer nada, sintió que la sangre hervía en su cuerpo y se echó a correr por el bosque. Lloró esquivando los árboles, lloró tropezando, lloró por los golpes en su rodilla, lloró porque no entendía ese aplomado dolor de cabeza que amenazaba con tumbarlo. Sólo se detuvo cuando el zumbido dentro de su cabeza estaba a punto de estallar.

Cuando su respiración empezó a recuperar su ritmo habitual, miró alrededor y sintió el sol que entibiaba en lo alto de las copas de los árboles. No había nadie. Ni siquiera se entreveía el claro del bosque, sólo los gruesos troncos de los abetos y los ruidos minúsculos de origen difuso. Kurt Landor sintió que la sangre se le remansaba en espesos lagos en su cabeza. Se sintió inútil y torpe, enredado en el ovillo de su indignación. Odió como nunca ser tan pequeño y no haber tenido la fuerza ni el tamaño para enfrentar a aquel hombre y llevar a la mujer hasta Waldheim. Cuando abrió los ojos, tenía la vista nublada, y a medida que se le aclaraba la visión se fijó en la corteza de los abetos que empezaron a adquirir en los surcos y nudos los trazos de

caras hoscas y ceñudas que parecían reprobarlo desde lo alto, inmóviles y amenazantes. No supo cuánto tiempo se quedó allí. No supo cómo volvió a casa.

Y no supo nunca cómo contar lo que había visto. Se quedó callado durante días, decaído y con fiebre. Cuando se recuperó volvió a la escuela, pero sin asomarse siquiera a las vías del tren que bordeaban el bosque de Waldheim. Nunca volvió a ver al ruso ni a la hija del panadero que un día se marchó a trabajar a Leipzig y de la que no supo nunca nada más, ni lo preguntó. ¿Estaba seguro de que era ella? No le contó a nadie lo que había visto, ni al mes siguiente ni en los próximos años, hasta que un día se marchó de Kriebethal a estudiar a Dresde y sólo entonces la confianza que le trasmitía su nuevo amigo berlinés y un exceso de cervezas, como nunca las había bebido, vencieron su mutismo, haciéndole creer que entonces sí podría sincerarse y decir lo que no le había dicho a nadie. Cuando más creyó que podría reconstruir y decir lo que había ocurrido en el bosque de Waldheim, sintió vértigo, lo que estaba a su alrededor empezaba a dar vueltas. Fue el berlinés quien lo sostuvo por los hombros cuando salieron a la calle y vomitó las cervezas como si el impulso del recuerdo, que movió sus pulmones y su lengua para contar lo que había contado, también hubiera revuelto su estómago, y tuviera que echarlo todo, todo por completo.

Serendipity

Landor se estremeció en la tumbona de ratán. Se volteó para ver a Lilí y comprobar si la había asustado con su sobresalto. Esta vez la gata no había reaccionado, plácidamente dormida por el tazón de leche tibia que le había servido, ya no sabía si unos minutos o unas horas atrás, a tal punto perdía la noción de

las horas en el verano, a la sombra del limonero. Nunca llevaba reloj. Odiaba ver el tiempo marcando su paso. Además, nadie lo urgía ni apresuraba mientras se dedicaba a pintar, salvo su mujer cuando lo llamaba para comer y él, entonces, dejaba lo que estaba haciendo como si hubiera estado esperando ese momento para volver satisfecho a la casa.

¿Por qué debía soñar con esos recuerdos difíciles de su infancia en Waldheim y los primeros meses en Dresde? Podría hacerlo con alguno de los tantos viajes que había hecho con su mujer, mucho más placenteros, y no estaría mal, pensaba, volver a hacer nuevos viajes, si no fuera porque cada vez se sentía más cansado y urgido por los encargos o los compromisos con sus hijos y sus nietos. Pero nadie elige los recuerdos. De inmediato recapacitaba su idea. ¿*Nadie*? Sí, los recuerdos los elige *Nadie*. Son ellos los que nos nombran, pensó, los que buscan un nombre para acabar con ese anonimato dormido de la desmemoria y despertarse con una palabra que se clava como un letrero definitivo que nada significa para los demás. Era inútil contarlo, se dijo, y quizá a eso se debía que no se lo contaba a nadie, o mejor dicho, que lo callaba en sus cuadros, esperando a ver si alguien, algún día, pudiera escucharlo como él. Recordó una película que le había gustado mucho, en la que unos fantasmas parecían recorrer un enorme museo en medio de públicos de distintas épocas, y en el recorrido una mujer estaba extasiada delante de un cuadro y lo único que les dijo a ellos era que entre ella y ese cuadro había una historia secreta. Ah, gran película, se dijo, aunque no recordaba ni el nombre del director ni su título. Se lo comentaría a Magdalena y ella le devolvería los nombres, tan acusiosa en recordar no sólo directores y títulos, sino hasta actores secundarios y películas inhallables.

Debe de ser un aviso, pensó Landor, una de esas alertas que de tanto en tanto le decían que debía retomar algo pendiente o

inconcluso. Sin embargo, el verano no era la mejor época para ponerse con cuadros conflictivos. La modorra que le producía el calor desaceleraba su ritmo y no sería hasta las primeras semanas de otoño que volvería a trabajar durante varias horas en su taller.

Observó de nuevo a Lilí y le envidió la placidez con la que se entregaba al sueño. Su pelambre blanca contrastaba con el rellano de lajas negras en la que estaba echada a la sombra del terrado. Esa actitud de su gata, entregada a un presente sin prisas, sin memoria, era el estado ideal en el que prefería vivir. Sólo eso le permitía centrarse en la materia de sus pinturas. Nunca había pensado en esto viendo a Lilí. No se le había ocurrido jamás trasmitir esa sensación en ninguna de las piezas que había pintado inspirado en la gata. Quizá esa era la señal que estaba esperando para un motivo más para pintar: una gata en calma para la cual el tiempo se vuelca sobre ella misma, sobre su propio yacer inocente, volcada a un sueño tan blanco como ella misma. Quizá un díptico, pensó. En uno de ellos la gata duerme y en la otra apenas levanta la oreja como cuando cruje la tumbona de ratán. Nada más: sólo una oreja levantada, y el resto la minucia puntillosa de los colores y los detalles a los que él se aplicaba y que borrarían los malos recuerdos que él no había convocado.

Estaba allí el motivo. Debía fotografiarlo. Debía tomarle una foto a la gata. Se levantó con cuidado de la tumbona, sin hacerla crujir en exceso, a buscar la cámara de fotos digital que le había regalado su mujer para animarlo a buscar nuevos motivos que pintar, más vistosos y coloridos, y sin necesidad de esperar al revelado de las habituales fotos en blanco y negro de la Zorki. Sin embargo, nunca la utilizaba. Este podía ser un buen momento para que su mujer viera que apreciaba sus regalos.

Dora Lerner

Fue a la biblioteca. Buscó la cámara entre los anaqueles de los candelabros que coleccionaba su mujer y la encontró posada junto a la carcasa de la Zorki. Bastó que viera su vieja cámara para que recapacitara. ¿Cómo se le pudo ocurrir tomar otra foto para un cuadro nuevo cuando sabía que no podía comprometerse a nuevos trabajos? Renuncia, se dijo, renuncia de una vez, aunque sea bueno que todavía tengas ese impulso, que te dejes llevar por lo que ves con el rabillo del ojo como si no quisieras que se te escape nada. Además, a la gata la has pintado muchas veces, recuerda más bien la infinidad de fotos que has tomado con tu Zorki. Es verdad, se respondió a sí mismo, aceptando sus propios escrúpulos. Tomó la Zorki y acarició la carcasa en la que estaba grabada la marca en letras cirílicas. Cómo le había durado ese armatoste, pensó, esos buenos aparatos que se hacían antes con el deseo de durar, y que por eso mismo eran tan caros y quien se lo compraba hacía una especie de pacto o compromiso para toda una vida de usos y cuidados.

Definitivamente los recuerdos no lo iban a dejar en paz. Al día siguiente del papelón que había hecho en la taberna, el berlinés dio con la solución para que pudiera pintar con modelos que resistieran sus exigencias de inmovilidad. Para contarle su solución, cargó a la espalda su mochila y lo fue a buscar hasta el pequeño estudio en la Holbeinstrasse. Todavía con resaca, lo hizo pasar y se volvió a echar en la tumbona colocada al lado de su caballete. El berlinés le dijo que era una buena idea tener una tumbona para descansar en las pausas y él le explicó que era una costumbre reciente y que la tumbona la había comprado en un mercado de segunda mano porque no tenía dinero para una cama. Sin embargo, había descubierto que por sus grue-

sas caderas y las piernas cortas, y la barriga que se le empezó a pronunciar desde tan joven, estaba hecho como para quedarse tumbado, dispuesto a todos los manierismos de la quietud, que tanto apreciaba. Soy como una odalisca, dijo riéndose, a pesar del dolor de cabeza.

—Me equivoqué entonces —dijo el berlinés—. Más que un pequeño maestro, eres el pintor de la tumbona.

Él replicó diciendo que sería como una araña en su red, paciente, inmóvil, hasta que cayeran uno a unos sus modelos, mientras que tú, le decía al berlinés, con lo alto e inquieto que eres, irás por el mundo con tu trazo rápido, marcándolo, dándole pinceladas, desbaratando la realidad que tanto te cuesta pintar.

—No lo sé —dijo el berlinés—. Sólo he logrado llegar a Dresde y no quisiera irme de aquí. Pero no he venido para que hablemos de mí. Tengo la solución a tu problema.

—Descarté la morgue —le dijo.

—Pero sigue en pie si quieres —dijo el berlinés, sonriendo.

—Ni lo sueñes.

—Por eso tengo una alternativa menos repelente. Lo que necesitas es una cámara fotográfica.

Él le explicó que no tenía dinero suficiente como para permitirse una cámara. El berlinés le dijo que eso no era un problema, que él le prestaba la suya, y que justamente había venido para dársela. El berlinés abrió su morral y le entregó la Zorki.

Esa misma tarde empezó a tomar fotos. La llevaba siempre con él, aprendió a tomar fotos a los modelos de la escuela, incluso cuando las enviaba a revelar pedía ampliaciones que le resultaron muy útiles para completar lo que apenas podía lograr en cada sesión con los modelos. Así superó el límite de tiempo que era capaz de quedarse inmóvil cualquier persona, o incluso una modelo profesional. Al menos las que ellos conocían, porque en realidad pocas modelos había que fueran lo

suficientemente profesionales. Todavía no había llegado a la escuela de bellas artes la chica de Praga que se cubría la cabeza con un pañuelo negro estampado de nenúfares. Ella, Dora Lerner.

El nombre vino así, de pronto. Todo encajó en su cabeza lentamente, sin avisarle, como si su mente hubiera estado rondando en el pozo de los recuerdos.

Dora Lerner y sus ojos de dos colores.

Un esplendor inacabado

Cuando su mujer entró en la casa cargando las bolsas de la compra y una canastita repleta de albahaca para los tallarines al pesto que tanto le gustaban a él, lo saludó quejándose de que todo había subido de precio, y que de ahora en adelante sembraría la albahaca en el huerto del jardín. Siguió hablándole a la espera de ese momento en que él la ayudaba a descargar la comida y la guardaban juntos comentando los detalles más pequeños. Landor, en cambio, le dio un beso en la mejilla, balbuceó una especie de disculpa y pasó hacia la bodega.

Su propósito era otro. Bajó por las escaleras, abrió la puerta de la bodega, pasó de largo frente a la repisa de vinos y se aproximó a los anaqueles de sus pinturas. Empezó a mover un lienzo tras otro hasta que encontró lo que buscaba. Se inclinó para tomar el lienzo desde la base del bastidor, lo sacó hasta colocarlo bajo la luz del foco más cercano y contempló, en su esplendor inacabado, el retrato de una mujer que no tenía nombre. Pero sí que lo tenía. Era el cuadro que ahora se conoce como la *Heterocromía de Dora Lerner*.

Supo, al verlo, que debía acabarlo. También supo que había pasado demasiado tiempo. Voltéo el lienzo y buscó en el

bastidor el año que él siempre anotaba al iniciar un cuadro. Allí estaba, en la esquina inferior: 1961. Lo había dejado inacabado cuarenta años. Lo acabaría ahora, aunque no supiera que sólo le quedaban dos años de vida.

3

Álvaro dijo que su memoria no era tan buena como suponía. Por ejemplo, Raulito, no recordé el título del cuadro de Araceli Gilbert en la conferencia de Landor. Eso le puede pasar a cualquiera, Abu, seguro que lo recuerdas ahora sin problema. Ahora ya no vale, Raulito, fue en ese momento. Pues recuérdamelo que ya lo olvidé. Te lo dije hace un ratito: *Réquiem por Sidney Bechet*. Eso, viejo, el *Réquiem*.

Se acordó del título apenas salieron de la facultad y se lo quiso decir a Raulito. Este caminaba a duras penas, apoyándose en su hombro para no tropezar mientras bajaban de la universidad y cruzaban la avenida América. Mejor era darle tiempo a Raulito para que se tomara un café bien cargado que le sacudiera la resaca, y entonces sí volvería a conversar, a discutir sobre arte, y esperaría el momento para decirle que se iba a marchar. Mientras caminaban, Álvaro pensó en cómo habían cambiado, qué diferente fue esa primera vez que perdieron el bus luego de que los castigara el padre Espinosa y tuvieran que irse caminando a casa. Eso fue en el primer año de colegio. ¿Seguro, Abu? Seguro, Raulito, primer curso, colegio San Gabriel, fuiste el único alumno nuevo que entró ese año

El nuevo llegó con una semana de retraso y en su primer día también llegó tarde, casi a media mañana. Toda la clase caló de inmediato al costeño antes de que el padre Espinosa dijera

su nombre y le indicara que se sentara detrás de Álvaro. Qué casualidad, Ñato, ¿no te parece? Sí que lo fue, viejo, podían haberte sentado dos bancas más allá o yo no haber ido ese día a clases y quizá no estaríamos aquí conversando. No hubo tiempo para más comentarios en clase porque sonó la campana del recreo y salieron volando. Fue a la salida del aula que el nuevo se presentó dándole la mano: Raúl Coloma. Y él, dándole la suya: Lo sé, lo dijo el padre Espinosa, y añadió: Yo me llamo Álvaro Abugatás. Sin que pudieran decirse más que sus nombres, Jara pasó dándole un codazo a Raulito: Ñaño mono dirás, más bien, ñaño mono. ¿Eso dijo Jara? No me digas que no te acuerdas de eso, Raulito, dijo eso y tú le diste un puñetazo que yo no me esperaba y que Jara no habrá olvidado nunca. Chuta, Ñato, es verdad, ahora me acuerdo, pobre Jara. El puñetazo tumbó a Jara como si fuera un títere y de pronto la bronca se armó entre los alumnos. Los amigos de Jara lo ayudaron a levantarse mientras éste se sujetaba la nariz que le sangraba sin parar. Empezaron a rodear a Raulito mientras el murmullo crecía. A su lado, más bajo que él pero más firme, Álvaro habló claro, como no hablaba nadie en medio del cuchicheo de los estudiantes, y les dijo que no jodieran al nuevo y todos en coro, uy, ya le salió novio al *ñaño mono*, uy, uy. ¿Están celosas?, preguntó Álvaro. Colorado, furibundo, abriéndose paso entre los estudiantes que se hacían a un lado, el padre Espinosa apareció de la nada: ¿Qué está pasando aquí?, ¡carajo! Dijeron a coro que el nuevo le había pegado a Jara, que qué se había creído, mono salvaje. Carchense, más bien, dijo alguien en broma. Estás mal, replicó otro, esos aguantan y no pegan. Ya te voy a mostrar si no pegamos, jueputa, replicó Herrera en el fondo, el único carchense de la clase. ¿Había uno de Carchi, Abu? Eran de toda la sierra, Raulito. Tipazos los carchences, viejo, muchos de mis amigos del Mejía serían de Carchi. ¡A callarse, carajo!, se impuso el padre

Espinosa. Raulito, más que cabizbajo, parecía alicaído, como si no fuera con él el asunto, como si se hubiera arrepentido. Álvaro explicó con sangre fría que había sido una provocación, que el nuevo no había hecho nada y que había sido Jara el que había empezado. No pudo seguir. Más colorado todavía, extendido el fuego a su calva pecosa y prieta, chirriando los dientes como si se mordiera las ganas de caerles a correazos, y al mismo tiempo como si se estuviera riendo de la eterna pelea de adolescentes, el padre Espinosa sentenció: al rectorado, señor Coloma, mal empieza desde el primer día, y usted, señor Jara, se me va ahorita mismo al dispensario que me está dejando hecho una porquería el corredor. Pero padre, replicó Álvaro, el nuevo no inició la pelea. Pero nada de nada, respondió el padre Espinosa, usted mismo lo lleva al señor Coloma al rectorado, explica allá lo que ha pasado, y luego se vuelven a mi oficina. ¿Y fuimos al rectorado, Ñato? Te salvaste por los pelos, Raulito, el padre Bayas había salido y la secretaria nos mandó de regreso donde el padre Espinosa, y ahí nos puso el castigo. ¿Qué castigo, Abu? La cojudez de llenar las dos pizarras con lo de que *no se pega a los compañeros de clase*. Cómo te vas a olvidar, Raulito, si el padre Espinosa a mitad del castigo nos dijo que la letra era muy grande y a empezar de nuevo y estuvimos una hora más con las muñecas destrozadas, jodido el curita. Era buen tipo el padre Espinosa, Ñato, yo lo seguí tratando luego de que te fuiste y de vez en cuando se acordaba muerto de la risa del puñetazo: Coloma, me decía, con su pedagogía contundente logró con Jara lo que cinco profesores no pudieron desde que entró en primer grado. La verdad es que no volvieron a molestarte, Raulito, tenías buen puñete. Tenía, Abu, mírame ahora cómo estoy, no mato ni una mosca.

Cuando terminaron de llenar las dos pizarras y Espinosa los largó a sus casas, cabreados por el castigo aunque divertidos por la cara inflamada de Jara, se dieron cuenta de que habían

perdido el bus del colegio y ganado un nuevo amigo. Yo vivo en La Mariscal, dijo Raulito, yo también, dijo Álvaro, por la Veintimilla y 12 de octubre, chuta, qué casualidad, yo también por la Veintimilla, sólo que del otro lado, por el parque Andrade, junto a la 10 de Agosto, dijo Raulito, vamos a pata si te animas. Vamos, pues. Volvieron caminando a sus casas y se contaron media vida: Álvaro que su viejo era embajador y que acababan de volver de Estados Unidos y que tenía un hermano mayor, Rogelio, y Raulito que su viejo era músico y que acababan de llegar de Guayaquil luego de la muerte de su mamá. Álvaro dijo lo siento y Raulito no supo qué decir. Por eso te joden con lo de mono, añadió para que su amigo no se pusiera triste, por haber nacido en Guayaquil. Por eso, dijo Raulito, bueno, mi mamá sí es… sí era de Guayaquil, y mi viejo es quiteño y tengo sangre quiteña y seguro que hasta sangre de indio debo de tener porque me amamantaron las longas de los huasicamas. ¿En serio?, preguntó Álvaro. En serio, respondió Raulito. Bajaban por la Mariana de Jesús, doblaban por la Amazonas y bordeaban el parque de La Carolina. ¿Eso te dije, Abu, que tenía sangre de indio? Eso, Raulito, ya estabas traumado con lo de tus orígenes quiteños. Puta, Ñato, tan guambrito y maniático. No lo parecías, Raulito, más bien me dio curiosidad que tu viejo fuera músico y te pedí que me siguieras contando.

Se lo contó. Semanas después, luego de la fiesta que le hicieron a Raulito por su cumpleaños, luego de escuchar al padre de su amigo hablando medio ebrio entre los retazos de lo que decían las tías y primas, Laura incluida, Laura sobre todo, Álvaro pudo recomponer la historia completa de los padres de su amigo. Francisco Fidel Coloma, más conocido como Efeefe por las dos iniciales de su nombre, no le había dado una vida fácil a la madre de Raulito, Rosalba, una guayaquileña alta y robusta que deslumbró al músico serrano cuando él la vio en sandalias con

sus largos pies de uñas pintadas. Los pies de Rosalba tenían un empeine de canela pulida y las uñas variaban del rosa al naranja en unos finos dedos que dormían, desnudos y apiñados, una siesta. Ella lo aceptó con una condición: no quería irse a vivir a Quito —me ahogo en las montañas, *mi vida*, decía Rosalba, me quedo sin oxígeno a más de dos mil metros de altura, ni hablar de mudarse— por lo que el músico, a quien se le revolvía el mundo cuando ella le decía *mi vida*, y que a fin de cuentas se pasaba más de la mitad de su tiempo viajando a dar conciertos, decidió quedarse en Guayaquil. Siete años duró el flechazo fetichista de los pies de Rosalba.

Raulito nació en Guayaquil y pasó una infancia feliz, salvo por las ausencias de su padre por las giras de conciertos y porque luego vendrían años de infierno. El músico terminó hartándose de Guayaquil y del calor, y la madre sucumbió a una serie de enfermedades —culpa de los efluvios malsanos del estero, del río y los manglares, del calor, de las montañas de basura en descomposición, explicó Efeefe— hasta que apareció un melanoma fulminante. Raulito nunca mencionaba a su madre, y eso que tenía clavada su imagen agónica poco antes de los estertores, hasta que un día Álvaro lo escuchó contarle el día de su muerte. En los últimos minutos de Rosalba, sin saber qué decir, su hijo le susurró al oído *aquí estamos, aquí estamos* y ella, con el poco aliento que le quedaba, con los ojos cerrados y el mentón elevándose como si ofreciera su cuello a la muerte, le respondió: *lo sé, mi vida, lo sé*. Luego ella no dijo más, dio un suave ronquido y exhaló. Raulito lloró a lágrima viva agarrado a la cintura de su padre, y apenas notó que cuando levantaron la sábana para cubrir el rostro de Rosalba, los pies quedaron al aire libre. Fue en ese mismo instante que estalló el dolor de Efeefe, que había querido parecer imperturbable por su hijo, aunque tenía los ojos vidriosos de tanto beber durante la agonía. Al ver los

pies indemnes de Rosalba, sin las uñas pintadas, aunque igual de desnudas como siempre, sólo que esta vez de una desnudez absoluta e irreversible, sin alma, sin vida, como si sólo por la muerte los pies se hubieran levantado de su siesta perpetua y en ese momento finalmente estuvieran erguidos, Efeefe Coloma se dio cuenta no sólo de que todas las discusiones con su mujer habían sido absurdas, además de inútiles, sino que ya no tenía ningún motivo para seguir viviendo en Guayaquil. A la semana siguiente del entierro, encargó a las hermanas de su mujer que vendieran lo poco que tenía junto a Rosalba, y volvió a Quito con su hijo.

Por el desfase del calendario escolar entre Costa y Sierra, Raulito tuvo que esperar unos meses hasta que lo ubicaron en el primer curso del colegio San Gabriel, con alumnos un año mayores. Era un colegio caro para el presupuesto de los Coloma, pero Efeefe quiso hacer el esfuerzo y allí estaba. El niño había heredado la complexión de la madre costeña. Era alto para los chicos de su edad, con un cuello largo y los hombros ligeramente encorvados, como si se arqueara para proteger una barriguita que empezaba a asomar y que terminaría marcándose años más tarde. Era un personaje extraño entre el resto de alumnos. Su manera de hablar rápida, sus camisas ligeras y chillonas, incluso sus movimientos desenvueltos al moverse, eran idénticos a los de su madre y delataban ese desenfado costeño que contrastaba con sus compañeros de colegio. A poco de observarlo tenía también sus momentos melancólicos, con la mirada perdida, único punto en el que se percibían los rasgos paternos, y un gesto que era el mismo de su padre cuando tocaba la guitarra o el acordeón y bebía: alzaba las cejas, torcía levemente la boca como si su lengua rastreara un trocito de carne entre los dientes.

Álvaro percibió de inmediato en Raulito esa sensación de extrañeza en la nueva ciudad, ese cambio de un clima a otro, de

pasar del nivel del mar a las alturas andinas, esa adaptación que le cobraría a su nuevo amigo un peaje de años para dejar de ser un animalito de la costa en la intemperie serrana. ¿No le había pasado lo mismo en el internado de Boston al que tanto llegó a odiar, mientras su padre y su madre vivían en Washington, y en el que era notable la diferencia entre él y el resto de los alumnos, o al menos frente al núcleo duro de los que no eran, como él, hijos de extranjeros o enviados desde otros países, como el grupo de chinos e indios, sino que formaban parte de las familias del Este americano? Fue allí donde sintió la conciencia de su apellido de origen libanés cuando algunos judíos lo empezaron a excluir de sus conversaciones. Incluso descubrió que había una pequeña colonia de ecuatorianos, casi todos manabitas, que la tomó con él por ser el único serrano. Una mañana los manabas le recitaron a coro que los serranos eran tercos, que los serranos eran hipócritas, que los serranos eran brutos, que los serranos eran sucios, que los serranos eran bajitos, que los serranos eran rencorosos. ¿Era él serrano o medio serrano o medio libanés? ¿Qué mismo era? Con la flema que tenía su padre en las reuniones diplomáticas, Álvaro los miró durante unos segundos, entre sorprendido por la certeza con la que hablaban y lo inútil que resultaba esa certeza, y les dijo que tenían toda la razón, que ellos sabían mucho sobre los serranos mientras que él no sabía qué decir de los costeños, menos aún de los manabas, y que algún día, sin falta, lo prometía, iría a explorar la fauna y la flora costeña. Se marchó sin decir más mientras los manabitas trataban de entender por qué no se había molestado y a qué se debían las cosquillas que les roía el estómago con eso de la fauna y la flora.

Cada vez que Álvaro volvía a Ecuador y compartía con la gente de su ciudad y su familia, sus palabras y sus rasgos pasaban desapercibidos. Se sentía extraño, diferente al resto, porque

en el extranjero había perdido meses y años que todos habían vivido en su país de nacimiento. Esos meses quedaban suspendidos como periodos con paréntesis, donde él se convertía en una interrogante sin respuestas nítidas. ¿Era paréntesis mi vida fuera, Raulito, o lo era la vida en Quito? No sé, Ñato, eso lo debes saber tú. Lo sacaba de quicio cada vez que llevaban a las visitas a dar un paseo por el monumento del Paralelo 0º, la mismísima Mitad del Mundo, la obsesiva línea imaginaria que atravesaba y dividía el mundo en dos, donde los turistas alardeaban de poner un pie en un hemisferio distinto, uno en el norte y otro en el sur, mientras que a él, para no elegir entre el norte o el sur, le gustaba caminar haciendo equilibrios de funambulista sobre la línea misma, a modo de cuerda floja, aunque estaba a ras del suelo. Muévete, sonso, le gritaba Rogelio, ¿al norte o al sur? Álvaro se lo quedaba mirando: da lo mismo, Rogelio. No es lo mismo, le replicaba su hermano. Deja de fastidiar a tu hermano, decía el padre. Qué diferencia con lo que ocurría con sus viejos cuando estaban en el extranjero, ellos no tenían la menor nostalgia ni la menor duda, no al menos como las de Álvaro. ¿Ni siquiera tu viejo, Ñato, que representaba al país? Ni por asomo, Raulito. Nunca aparecían las costumbres de sus abuelos en Ambato, ni la nostalgia por los kebabs, el té, los falafels que tanto le gustaban a Álvaro y que su abuela Dinah preparaba con tanto ritual. Desde que tenía memoria, sus viejos en el extranjero se dedicaban a la parafernalia flotante y ritual de los diplomáticos: conferencias, cocteles, visitas, cenas y devoluciones de cenas y contradevoluciones—de—cenas, siempre con platos ecuatorianos, para que prueben delicias, que un hornado, que un yaguarlocro, que una fanesca, hasta que se perdía el norte de quién invitó primero o al último y sólo quedaba el ritmo de repetir una y otra vez las invitaciones donde desfilaba la gastronomía de medio mundo. Tampoco faltaban los paseos a los

jardines botánicos que fascinaban a su madre y a su hermano Rogelio, o a los clubs de caza a los que iba su padre, a veces con él, pero sobre todo con Rogelio, y que lo acogían de inmediato como si fuera una gran hermandad secreta. El mundo, desde la perspectiva de su padre, era un lugar de rincones hospitalarios, a la espera.

Cuando volvían a Ecuador, las actividades eran un repaso de viajes y excursiones a los valles, a las papas con zarza de Píntag, a los lagos para espiar gaucabas y gallaretas revoloteando al paso de las canoas de totora bajo la imponente vigía de la cima nevada del Imbabura, o a las carreras de autos alrededor de Yaguarcocha. Álvaro se acercaba a las orillas de la laguna con la esperanza de que en las aguas rojizas del lago saliera a flote algún fantasma de los miles de caranquis degollados por la venganza del Inca. Nada asomaba en Yaguarcocha, salvo botellas de cerveza vacías y colillas de cigarrillos. ¿A tantos mataron?, preguntaba Raulito. Miles, una sangría, mi viejo decía que este país está teñido de sangre de indios. ¿Eso decía? Eso, y mi vieja repelaba a mi viejo con que no nos dijera boberas.

Si ese desfase le había ocurrido a él, pensó, qué no pasaría Raulito viniendo de la Costa. Le advirtió de los cambios por el clima, los mismos que él sentía cuando venía a pasar vacaciones. En Boston caía nieve, aunque en Quito era peor por la altura: te aplanarás, le advirtió a Raulito, te quedarás pasmado, no tendrás ganas de levantarte de la cama, querrás irte a dormir pronto, te acostumbrarás al roce húmedo de las chompas, al olor a lanas filtradas de naftalina, a la mezcla de un polvo casi acristalado, dulzón y salobre al mismo tiempo, al metabolismo del cuerpo absorbiendo vorazmente su propio sudor como si la piel, a dos mil ochocientos metros de altura, estuviera muerta de sed. Eso estoy esperando, decía Raulito no como un desastre sino como una ilusión, siempre me gustó el frío cuando veníamos de va-

caciones a Quito y a Imbabura. Pero no pasaba nada. Raulito seguía con sus camisas chillonas, y sólo cuando ya entraba la noche se ponía un suéter ligero. Le encantaba el frío. Resultó ser que esos primeros meses en Quito más bien habían sido un alivio para él. El calor le recordaba las últimas semanas de su madre sudando en la cama, puro huesos por la quimioterapia, abanicándola con las fundas de los discos de vinilo de Olimpo Cárdenas, Julio Jaramillo, Alci Acosta o los hermanas Miño Naranjo, todos de la colección de su padre y que él confundía de tanto escucharlos en su casa.

En aquellos ochos meses del primer año del San Gabriel hicieron varias caminatas de regreso a casa. ¿Te acuerdas de la frase clave, Raulito? Cómo no, Cónsul, *pam pim pum*, y te pegabas unos vuelos del carajo, peor que si estuviéramos fumados, y no teníamos idea de lo que era estar fumados.

Quito estaba trenzada en sus bordes por callecitas irregulares y casitas apelotonadas. Algunas pretendían trepar las laderas del Pichincha y se quedaban en el intento. Otras, las que se afilaban en diagonal hacia el noreste, parecían rebalsar las cimas para volcarse en las quebradas rumbo a Tumbaco y Conocoto. Álvaro miraba, imaginaba la ciudad desde lo alto de su vuelo, como si fuera un lienzo enrollado que se iba abriendo poco a poco. ¿Cuántos habitantes tenía Quito entonces, Ñato? No sé, Raulito, debía estar por llegar al millón. No era tan pequeña, entonces. Eso no es nada, viejo, ahora casi tiene dos millones, y sigue siendo la misma. No tienes idea, Ñato, no la conoces en verdad, aunque hayas nacido aquí, llevas mucho tiempo viviendo fuera.

Mientras Álvaro seguía en su vuelo fantástico sobre la ciudad, veía a Raulito allá abajo con su camisa verde-limón. Lo miraba no como a un objeto más, sino como a alguien decisivo que lo estuviera sosteniendo con una cuerda y él, Álvaro, fuera

una cometa. Álvaro-cometa. Tenían doce, trece años, y su imaginación era más intensa que la realidad. No vayas a soltar la cuerda, Raulito, pensaba en las alturas de su fantasía, atraído por el espacio más vasto y libre de los picachos nevados de la cordillera, puntos cardinales que señalaban las diferentes rutas de la tierra. Seguro que veías cóndores, Cónsul, ¿no? No se veían cóndores, se lamentaba Álvaro, nunca veía cóndores. El primer cóndor real de su vida lo vería meses después en Roma, apocado y triste en un rincón de una jaula del zoológico de Villa Borghese, y allí empezarían sus pesadillas de aves gigantescas que sobrevolaban por encima de él y caían en picado para atraparlo entre sus garras. Los picachos nevados eran más que señales: eran provocaciones. Cada uno de esos nevados lo obligaba a elegir un rumbo, flechas de un mapa planetario que le prometía la caja de un tesoro muy lejano, al otro lado de las montañas. Siempre estaría lejos el tesoro, como lo demostraban los viajes y sobre todo la mirada de su padre, excursión tras excursión al extranjero. Cuántas veces mi viejo había desplegado en el avión un mapa del mundo para indicarme de dónde partían y hacia dónde iban. No sólo me señalaba el trayecto, Raulito, sino que, apoyando el dedo índice y el dedo medio en una especie de compás, simulaba las piernas de un gigante que pasaba de un país a otro en el mapa. Era la vuelta al mundo en dos dedos, Raulito. Cansados, los dedos de su padre saltaban del mapa y se posaban en la nariz de su hijo, y resbalaban y caían. El viaje más importante, decía mi viejo, fue el que hice de Ambato a Quito. ¿Tu viejo era ambateño, Ñato? Y no sólo eso: hijo de libaneses, te lo conté el día que nos conocimos y tú dijiste caracho, no pareces turco, y yo te expliqué que hacías mal en seguir esa costumbre de llamar turcos a los libaneses, y tú te disculpaste, y yo te decía que en realidad a quien me parecía era a mi madre, ella sí quiteña de toda la vida. Los míos vienen de Imbabura me

explicabas. Sí, te respondí, ya me lo habías dicho. ¿Ah, sí? Sí, ya ves, todos venimos de distintas partes, de manera que no hagas caso si te joden con lo de mono, Raulito.

Entonces Álvaro-cometa sentía un tirón desde abajo. Allá estaba Raulito, siempre volviéndolo a la realidad. Empezaba a bajar de su alto mirador flotante sobre el cielo de Quito, sin prisa, como correspondía a los superhéroes de sus cómics y series de ficción. Esa era la cualidad de su fantasía: un salto súbito al cielo, un vuelo libre y un regreso lento, como si a falta de explicaciones se percibiera que al bajar lo sostenía un arnés oculto, como en las películas de bajo presupuesto y peores efectos especiales, que le permitían mover brazos y piernas como un actor que simula mal la levedad, hasta que con un ¡paf!, doblando las rodillas, se volvía a posar en el mismo punto en el que lo había lanzado el trampolín fantástico.

Sólo he subido una vez a un avión, de Guayaquil a Quito, le dijo Raulito. Estaba tan aterrado, se movió tanto esa vaina, que ni siquiera quise ver por la ventana, me daba vértigo, sólo quería aterrizar de una vez en Quito y bajarme de avión, te acuerdas que le decían el Cóndor. ¿Por las alturas a la que volaba, viejo? No, qué va, porque las alas subían y bajaban y porque caía en picado al momento menos pensado. Anda, eso no lo sabía, Raulito, la verdad que en esa época nunca tomé ese avión a Guayaquil, y si pasamos un par de veces por ahí era para irnos a Salinas y la Costa del Sol. Íbamos en auto. Mejor, Ñato, los aviones se caían como moscas en esos años. Quizá por eso nunca quise viajar. Así que ya ves que por eso me perdí de conocer el mundo. Conocías Quito y Ecuador como la palma de tu mano, Raulito. Eso sí, viejo, a fondo, hasta en su más recóndita miseria y esplendor.

Años después, cuando volvió de Italia, fue Raulito el guía por las calles del centro y el sur de Quito, pero en aquella época

del primer año de colegio fue Álvaro quien lo orientó por la ciudad. Después del parque La Carolina tomaban la avenida de la República hasta la 6 de Diciembre, a veces iban por la Amazonas, y el límite era la Veintimilla, donde se separaban: Raulito iba hasta el oeste y él subía hacia la 12 de Octubre. No es que Álvaro conociera mucho la ciudad. Sería mejor decir que la conocía desde el auto de sus padres. En esos trayectos los lugares por los que pasaba eran una escenografía rápida y breve para la que no había tiempo ni importancia, salvo eludirla o no tomarla en cuenta, fijo el destino que su viejo había establecido —como lo hacía con el mapa del mundo— y del que él sólo podía escapar si abría la puerta del auto. Con Rogelio, su hermano, miraban desde el parabrisas trasero del auto y aprovechaban para saludar y hacer señas o quedarse perplejos frente a los rostros duros e inescrutables de los conductores que parecían conducir a ciegas. Tardaban mucho en reaccionar a las muecas que les hacían. No haberse bajado del auto cuando quiso hacerlo le dejó a Álvaro una lista pendiente de sitios por visitar y detenerse. Por eso los paseos con Raulito fueron una conquista a pie, una aventura despojada que los emocionaba, el primer triunfo adolescente. Se libraban de sus familias. Avistaban las fisuras de cemento cuarteado de las casas abandonadas, los techos de tejas rotas, los jardines descuidados con arriates de retamas puntiagudas y supirosas marchitas que habían perdido su intensidad malva.

Esas caminatas eran las mejores aventuras, era por lo que valía la penar estar en el colegio, ¿no, Cónsul? Pero no era eso lo que más llamaba la atención de Álvaro. Era el rostro de la gente, esa escala tan diversa donde de pronto saltaba un torcimiento, un brillo oscuro, y, como denominador común, la laberintíca e inestable clasificación de tipos humanos que Raulito todavía no alcanzaba a distinguir, todos igualados bajo el prepotente sol del mediodía andino. Ese mismo sol, como la ringlera de

etiquetas que sólo aparecían entre susurros o exabruptos, como si no pudieran sostener una vida media real, desaparecía drásticamente en la tarde y daba paso a la verdadera esencia de la ciudad: el frío continuo y paralizante, sin nombre, que entumecía el cuerpo y se filtraba por ventanas mal selladas o se compactaba en los mismos vidrios, y que frenaba el avance de los cuerpos, más bien encorvados, prietos, comprimidos, siempre ocultos, en los que Álvaro encontraba la mirada taimada de la gente de su ciudad, y que sólo se quebraba cuando iban en grupos que esperaban llegar a un lugar caliente, a una tienda o a sus propias casas. No es que hiciera mucho frío. Para eso el que había pasado en Washington y Boston. Más bien se debía a la altura andina, a esa sensación de agobio, como si el aire se volviera liviano y débil, insuficiente para llenar los pulmones, y apenas diera un margen mínimo para caminar porque pocas horas después volverían a sumergirse en una densidad de recipientes en conserva: ancianos que los escrutaban desde las puertas de las casas como si por ser chicos de doce años fueran seres de otro planeta. Sí que lo éramos, Cónsul, marcianitos, carajo, pendejitos. Sus cuerpos, demasiado jóvenes, todavía no habían sido derrotados y plegados por culpa de las chirapas, con una vida solar tan breve al mediodía entre dos paréntesis de oscuridad y frío.

Tan breve, sí, pensaba Álvaro, de una intensidad que era lo que más quería de su ciudad, ese sol andino que a diferencia del sol de la costa no sólo servía para exaltar el cuerpo, vencer al aire helado, dilatar el espacio y dar color y relieve y hasta sabor a los objetos, sino que iluminaba con una intensidad quisquillosa que a todo volvía traslúcido, como si la luz del sol los atravesara y pudiera mostrar su esqueleto en un movimiento vivo, con una irradiación tan fuerte que casi resultaba mejor no verla frontalmente: ahí las miradas esquivas de los serranos, explicaba Álvaro, no podemos ver directamente este sol tan crudo.

Luego, cuando volvían la noche y el frío, volvía una forma de arrepentimiento, carcomidos por no haber afrontado la revelación plena de la luz. Lo que ocurría en la tarde, la noche o el amanecer tenía sus tibiezas y su calma dentro de las casas. Eran para él las entrañas invisibles de un organismo ajeno.

En una de las salidas del colegio, Raulito le propuso que viniera esa noche a la casa de sus tíos porque mataban dos pájaros de un tiro. ¿Esta noche? Sí, Cónsul. Celebraban su cumpleaños y daban una fiesta por el lanzamiento de un disco del grupo de su padre. Acostumbrado a que las invitaciones en su familia se dieran con semanas de antelación, Álvaro aceptó sin reparos, confiado en que le darían permiso. ¿Esta noche?, preguntó su madre. ¿Coloma, te suena, querido? No, mujer, dijo su padre. No sé, ¿le damos permiso? ¿Dices que vive en la Veintimilla, por el parque Andrade? Sí, papá. Eso está por la 10 de Agosto, querido, lejísimos. No hay problema, mujer, le diré a Enrique que te lleve. ¿De acuerdo, Álvaro?

Le dijo que *no* con el chofer, *no* con el auto. Eso dijo. Su amigo vendría a buscarlo y se irían caminando. Fue el primer *no* que recordaba haberle dicho a su viejo. Los padres se miraron, alzaron las cejas, se sonrieron y le dijeron que estaba bien, pero que aquí no era como en Boston, que había que ir con cuidado por la ciudad, que no viniera muy tarde. Y con una sonrisa, guiñándole su viejo: cuidado terminas chumado. No, papá, dijo Álvaro. ¿Yo chumado? Ya no soy un niño, pensó. Cuando llegó Raulito, más bien temprano, no fueron directamente a su casa, sino que aprovecharon para caminar y seguir descubriendo la ciudad a su ritmo. Atravesaron El Ejido, picaron unas papitas con ají, subieron por la Riofrío hasta la Venezuela, vieron la enorme escalinata del Mejía. Ése iba a ser mi colegio tres años después, Ñato. Ése había sido el colegio de mi viejo, Raulito, muchos años antes, siglos antes. No friegues, Ñato, qué honor,

haber estudiado en el mismo colegio de tu padre. Fue allí donde se daría la segunda transformación de Raulito. Volvieron por la avenida América, bajaron por el mercado de Santa Clara, cruzaron la 10 de Agosto y entraron en la oscuridad de los altos eucaliptos del parque Andrade. En el trayecto le advirtió Raulito: no te asustarás, Cónsul, ya te avisé que mi familia es de músicos. Álvaro sonrió: la mía de diplomáticos, Raulito, estoy entrenado para no asustarme de nada.

Cuando llegaron a la casona, vio que tenía tres pisos, una media agua en el patio, y un perro aburrido y tembloroso. ¿Era Bobbie, Ñato? Sí, viejo, era Bobbie. Luces y voces en lo alto: detrás de la casa se levantaba otra, adosada, con una galería curva que se perdía detrás de la fachada principal, como si la casona se introdujera en un interior oscuro.

Pensó que se encontraría con personas parecidas a su amigo, tan altas y desgarbadas como él. Lo que encontró fue diferente: allí Raulito también era una rareza. El tío y el padre, Efeefe, eran menudos, casi idénticos. Patuchos, feos, broncíneos, decía Raulito, con el pelo oscuro y grueso como cerdas, pero bueno, músicos, Cónsul, todito venía en la sangre. Qué fue, mijo, dijo Efeefe. Qué fue, papá, qué fue, tío Héctor, mi amigo Álvaro Abugatás. La mano húmeda, los ojos vidriosos: soy el papá de Fernandito. ¿Fernandito?, Álvaro casi se troncha de risa. Lo disimuló. Eres el hijo del embajador, ¿no? Álvaro estrechó manos con fuerza, mucho gusto, señor, sí, señor. El tío y el padre ya estaban ligeramente borrachos. ¿Una copita, mijo? Todavía no, papá, gracias, negó Raulito. Fue la única vez que Álvaro lo escuchó rechazar un trago. Y nunca más rechazaste ninguno, Raulito, qué te pasó. Ya no vuelvas con lo mismo, Ñato, esa es historia pasada, ni una gotita me dejan tomar ahora, ¿no te parece suficiente castigo?

Por las escaleras bajó la tía Carmen con una bandeja vacía. Ahí te diste cuenta, Cónsul, que mi viejo y mi tío, además del

trago y la música, compartían la afición por las costeñas, más bien altas, bien formadas, blancas, locuaces. La tía Carmen no era como Rosalba. Era de Manabí, y también a diferencia de Rosalba, sus hijos no se parecían a ella sino al padre. La excepción, la única excepción, la maravillosa y terrible excepción entre los primos se acercó dando gritos desde la escalera: primo, primo. Se presentó solita: Laura. No era nada timorata como las otras chicas que conocería esa noche. Qué diferentes eran frente a las amigas que iba a tener su hermano Rogelio cuando volviera de Boston y lo pusieran en el Colegio Americano. Eran mayores, se creían las dueñas del mundo y eran las dueñas del mundo. Cierto ve, Cónsul, ¿por qué a ti te pusieron en el San Gabriel y a tu ñaño en el Americano? Cosas de mi vieja, Raulito, que él ya tenía algunos años en los colegios gringos y que lo mejor era que siguiera en la misma línea, total no le faltaba nada para terminar el colegio y luego se iría a estudiar medicina a Francia. Lo cierto es que Laura hasta se les parecía un poquito a las amigas de Rogelio, desarmaba por sus movimientos serenos, por sus palabras, por esa mirada pícara que sostenía sin vergüenza como comprobando, como calando.

Era guapa, pensó: castañita, con la carita redonda y los ojos verdes, y las orejitas que le sobresalían por el pelo, alta, de cintura gruesa. Tenía dos años más que ellos y se hacía notar con gracia y guiaba a todo el mundo como si estuvieran perdidos y ella hubiera venido a restaurar el orden y acomodarte en el lugar que te estaba esperando. Presentarás a tu amigo, dijo Laura, y sin esperar a lo que había pedido le estampó a Álvaro un beso en la mejilla y lo miró como si fuera a instalarse junto a él o estuviera por resolver una duda. Pero no era eso, no. Volteó hacia Raulito, lo tomó de la mano: llegas tardísimo, primo, como siempre, ya todos están arriba. Raulito miró a Efeefe, al tío Héctor, a la tía, como pidiendo permiso: suban, mijitos, suban. Miró a Álvaro.

Vamos, Cónsul. ¿*Cónsul*?, saltó Laura, ¿y eso? Es que su taita es embajador. Ah, dijo Laura. Un par de escalones más adelante se detuvo, e inclinándose hacia Álvaro, dos, tres escalones más abajo, el pelo que le caía perfumado a la altura de sus ojos, y ese perfume, y esos ojitos, preguntó: ¿Qué diferencia hay entre un cónsul y un embajador? Álvaro casi se queda pasmado por la pregunta. Varias, dijo. Lo más importante, abrevió: El cónsul hace todo el trabajo y el embajador va a las fiestas. Entonces para ir a los cocteles primero hay que trabajar mucho, dijo Laura. Muchísimo, dijo Álvaro, aunque no es garantía de nada, más bien es cuestión de empaque. Hasta Raulito lo vio con cara de sorpresa. ¿Empaque? *De pinta*, explicó Álvaro, a un embajador se lo nota incluso en su cargo de cónsul, y no todo cónsul tiene pinta de embajador. Ah, dijo Laura, el rostro ligeramente torcido, a punto de decir algo, pero no lo dijo, y tironeó a Raulito: Vamos, primo. Le caíste fatal, Ñato, un sobrado, me dijo, ya luego se le pasó. Lo sé, viejo, en esa época era la verdad, y el primero en decirlo era mi viejo, no sólo era cuestión de empaque sino de orígenes. A él le costó muchísimo abrirse camino en la Cancillería, era una lacra ser de origen libanés, y no te digo a los costeños.

Subieron por una escalera por la que caían luces, sonidos, vocerío. Era una terraza de piso de madera, techada con estructura de metal, mal pintada, con las esquinas oxidadas y un olor a ladrillos húmedos, atenuado por el calor de los cuerpos. Habían dispuesto mesas con bandejas tapadas con telas que parecían sudarios, botellas de ron y colas, varias sillas donde algunos conversaban sentados. Abrazaron al cumpleañero, lo felicitaron, Laura daba mil vueltas junto a las otras mujeres que le fueron presentadas a Álvaro como primas, tías, amigas. Esta es Margarita, Rosita, Claudia, Eliana, enumeraba Laura, y ellas sonrisitas, miradas de reojo, miradas bajas, salvo Eliana, salvo

ella. Las mayores pululaban subiendo, bajando platos, servilletas, tenedores. Parecía imposible que hubiera tanta gente en esa terraza.

Fue presentado uno a uno a los músicos a los que nombraban por el dueto o terceto musical al que pertenecían. Hermanos Durán: Jorge y Kléber Durán, mucho gusto. Hermanos Vásquez: Ricardo y Pablo Vásquez, encantados. Hermanas Carrión: Lupita, Dorita, Isabelita Carrión, hola, mijo. Hermanos Bedoya: Strudel y Juanito Bedoya. Explicó Raulito: Ellos no cantan y son tíos míos porque son hermanos de la tía Carmen. Sólo respondió Juanito Bedoya: Un gustazo, joven, ¿compañero del Raulito? Callado, seco, con un brillito en los ojos, Strudel Bedoya lo miraba fijamente. ¿*Strudel*? Álvaro se dio cuenta de que parecía importarle poco ponerse a hablar como hacía el resto, y además con ese nombre, pensó, aunque tenía los ojos vidriosos, eran limpios y lúcidos, no así su hermano, Juanito Bedoya: Tómese un traguito con nosotros. Le pusieron un vaso en la mano: Coca-Cola-y-ron-con-hielitos. Mi primer trago, Raulito. No friegues, Cónsul, ¿el primero de veras? Los hombres vestían de terno, con las camisas ajadas en los cuellos, las solapas retorcidas, el pelo que empezaba a revolverse y las mujeres con flequillo, algunas sin cejas o pintadas, como geishas desgreñadas, con mucho rímel en los ojos, vestidas de blusa y falda, o vestidos de una sola pieza, verdes o rosados o azules, satinados, con medias de nailon y zapatos negros de tacón alto: miradas dulces, bocas tristes, arrugaditas y locuaces. Cómo hablan las viejas, le susurró Raulito, que se volvía a escapar arrastrado por Laura, quien le guiñó un ojo a Álvaro: Acompaña a la Eliana, *Cónsul*. Raulito cagado de la risa: mi prima ya te decía Cónsul. A quienes no le presentaron a Álvaro, quizá porque estaban sentados en una esquina, fue a dos ancianos con sombreros de Pamatug, que conversaban animadamente mientras sostenían

en la mano un puñado de mote y habas que comían despacio. Eliana lo miraba sentada junto a la mesa. Él se acercó a dejar el trago y le habló con el pretexto de preguntarle quiénes eran los ancianos. Son los *Taitas, los maestros,* dijo ella, seca, como fastidiada. Iba a preguntar qué era un *taita-maestro* pero ya estaba de nuevo Juanito Bedoya: ¿Otro traguito, joven? No, gracias, aquí tengo el mío. Ése ya está vacío, joven. No, de verdad, muy amable. No sea tan formal, joven, tómese otrito. Se acercó una de las hermanas Carrión: Verás que es guambra, Juanito, no lo vayas a chumar tan tiernito. No jodas, Lupita. Usted no le haga caso a Juanito, joven, ¿me oyó? La oyó, sí, poco después ya estaba de nuevo Juanito, buscando el consentimiento de Strudel: A lo mejor el joven querrá un whiskycito, ¿no, Strudel? Strudel nada, sonrisa ladeada, resignado, sí, no había duda.

Álvaro tenía otro vaso en la mano. Se sintió tentado a explorar un corredor que partía de la esquina de la terraza. El corredor estaba cerrado. Era una especie de alero que bordeaba el interior de la casa sobre un patio oscuro del que no se veía nada. No lo dejaron alejarse. Lo sentaron en una silla con un plato de hornado y un tenedor junto a unas chicas que apenas si hablaban atentas a los movimientos de Laura, mirándolo a él de reojo, pero él sólo parecía sentirse identificado con Eliana. ¿No tomas nada?, le preguntó. Eliana estaba enfurruñada. Cedió cuando Álvaro le pasó un vaso. Esta sólo tiene Coca-Cola, ¿salud? Ella cogió el vaso y, como si lo hiciera por compromiso, brindó con él. Álvaro se fijó en las casas vecinas, más bien lúgubres y hieráticas, con asomos de luz que se filtraban por las cortinas cerradas, y las más remotas que titilaban fragmentándose mientras subían por las laderas del Pichincha, hasta desaparecer. Laura dice que tu papá es embajador, dijo Eliana. Su voz empezaba a coger forma, tímida, curiosa. Sí, embajador, un trabajo como cualquier otro. ¿Y has viajado mucho? Un poco

sí. Y Eliana mirándolo, como si de pronto le descubriera algo interesante. Se alzaron voces entre el barullo: Tráigalo al primo, Laurita, pidieron. Sacaron guitarras, un acordeón. Y al rato, de una puerta que Álvaro no había visto, salió Raulito con un regalo a medio abrir. Tenía el pelo alisado, como si le hubieran pasado un peine en el último instante. Laura lo empujaba hacia el centro de la terraza.

Empezaron a tocar un ritmo agudo, entrecortado, que resquebrajó el ambiente en medio de las llamadas al cumpleañero que no sabía dónde esconderse. Álvaro escuchó las guitarras, el bombo leguero, las primeras palabras de la canción: *a* dónde iré, a dónde, ayayayay, f*orasterito, a dónde iré, triste y solito.* Ya se fregó Raulito, pensó Álvaro, y yo también. Alguien lo arrastró de la mano. ¿Elianita? Se movieron sillas, bailotearon zapatos y tacones, y seguía llegando gente, le pusieron otro vaso de lo mismo, Coca-Cola-y-ron pero éste sabía más a limón. *No sé lo que voy a hacer en mi amargura.* Mira que tocar esa canción, pensó Álvaro, ganas de fastidiar. Le volvieron a preguntar su nombre, si estudiaba en el mismo colegio que el *Fernandito*, lo que le sonó rarísimo. *A dónde, por dónde iré, ayayayay.* ¿Eso era estar chumado? El principio indiscutible era llamarse por los apellidos, y que si era buen estudiante, si se le notaba mucho lo costeño al Fernandito. Álvaro asentía, negaba, asentía. ¿Le gusta la música nacional, verdad? Asentía a Juanito Bedoya, y para cortar las preguntas, él se las hacía de vuelta. Que qué es eso que tocaba, qué notas musicales eran. Ya le explico, joven, decía Juanito. *Triste y solito, forasterito*, sin perder de vista cómo Laura revoloteaba alrededor del primo. Nada que ver, Juanito, replicó Strudel, hablando por primera vez: Se toca mi menor y sol mayor para el fondo lento. Lo que llamaba la atención de Álvaro era que la prima no soltaba a Raulito. ¿Nadie se daba cuenta? ¿Sólo él? *Verás que en el porvenir a donde voy, lamentable es mi fracaso, forasterito.* De

pronto, un taconazo triple —Lupita, Dorita, Isabelita—, luego otro aullido —los hermanos Durán—, y al ratito el mareo era rampante en Álvaro y su lengua no dejaba de preguntar, superado su recato y el sentirse extraño entre toda esa gente a la que nunca había visto y el vértigo de una canción tras otra. Qué música están tocando: cumbia, joven. Pasillo, joven. Yaraví, joven. Alzó los hombros y Elianita, como si quisiera desentenderse de la evolución de la fiesta, también preguntaba: ¿Conoces Estados Unidos? ¿Washington, Chicago, Los Ángeles? Del vértigo lo sacó una mano milagrosa —disculparás que me lo lleve un ratito, Elianita— y lo arrastró al estrecho pasillo: te están chumando, Cónsul. Sonrió como un tonto. ¿Eso era, Raulito? ¿Eso era emborracharse? Tienes que tomar un poco de aire, pendejo. Laura está loquita por ti, Raulito, qué suertudo. Es mi prima, Cónsul, ya estás chumado. Pues-está-loquita-por-ti.

Avanzaron por el pasillo, donde el aire se volvía más ligero y los ruidos se opacaban. Raulito abrió una puerta, lo empujó adentro y la cerró. Prendió la luz. Se pasó la mano por la cabeza para despeinarse. Te avisé, ¿no? Álvaro ni siquiera quiso responder viendo la pequeña habitación con un pequeño catre arrimado a la ventana en medio de guitarras colgadas de una viga y estanterías a desbordar de cununos, rondadores, bocinas de huarumo, y, por el suelo, arpas y acordeones. Encima del catre, pegado a la pared con cinta Scotch, llamó su atención un afiche negro en el que se asomaban, saliendo de las sombras, cuatro rostros de melenudos, uno de ellos con las manos abiertas cruzadas sobre el pecho como si estuviera dentro de un ataúd. No alcanzó a leer lo que debía ser el título del disco o del grupo musical. A un lado, como trepándose por la parte, una angosta estantería, seguramente de discos, tenía libros apiñados donde no cabía ninguno más, a lo mucho las postales que se asomaban como finas lengüitas de serpiente.

Es mi grupo favorito, dijo Raulito. Eso dijo. No me habías dicho nada de tu prima, dijo Álvaro, pero su amigo ya se agachaba revolviendo entre los discos. Es linda tu prima, caracho. Está loca, Cónsul. Es de locos tu familia. Raulito dejó de buscar entre los discos y lo miró de frente: No aguantas ni un trago, Cónsul. Y Álvaro sonreía: Tres.

Raulito levantó la tapa de una cómoda, desplazó una plataforma de madera con un tocadiscos. Mi joya, dijo acaricando una placa negra en la que decía Soundmaster PL186. Lo encendió girando una perilla. Sacó un disco que reproducía el mismo afiche que colgaba sobre la cama. Lo tomó por los bordes y lo colocó delicadamente en el plato, luego alzó el brazo con la aguja y, a punto de posarlo, miró y apuntó delicadamente a un surco del disco de vinilo.

Mientras sonaban unos chirridos debajo del montón de aparejos, Álvaro no pudo distinguir lo que decía la letra. Son ingleses, dice Raulito, me lo regaló mi tío Strudel. ¿De verdad se llama así tu tío o me estás tomando el pelo, Raulito? Bueno, no se llama Strudel de verdad, se lo pusieron porque estudió música en Alemania, y además tiene una tienda de discos. Me regaló este disco por mi cumple. Levantó la funda de cartón y ahora sí pudo leer lo que decía: *Queen II*. ¿Escuchas bien, Cónsul? Más o menos, hay mucho ruido fuera. Sí, es una vaina mi familia, voy a subir el volumen, ¿escuchas? Bueno, sí, soy malo de oído. Da igual, Cónsul.

¿Qué dice?, volvió a preguntar Raulito. Y él lo repetía: *Listen to the breeze…Whisper to me, please*. Repítelo, más despacio, dijo Raulito, quiero que me digas lo que dice la letra. Le pasó un lápiz y un cuaderno. Volvió a levantar el brazo con la aguja y lo colocó al inicio de la canción. Qué época, Ñato, escuchábamos discos de vinilo y con las agujitas de lectura. Eso era música, Raulito. Creo que no, Ñato, era puro chirrido y si la aguja no estaba limpia, ter-

minaba rayando los discos, si es que no lo rayábamos nosotros tocándolos, era la edad de piedra. ¿Y por eso destruiste toda tu colección de vinilos, Raulito? No la destruí, Cónsul, la transformé, que es muy distinto: ahora duermen el sueño de Cantuña. Mira que se volvieron a poner de moda esos discos, desperdiciaste una fortuna, Raulito. La gané, más bien, Ñato, esos gringos pagan fortunas por cosas que no te imaginas.

Álvaro escuchó una vez más la canción. Poco a poco anotaba la letra hasta completarla. Escribía mal. Estaba chumado. ¿Qué le diría a sus viejos? Se reirían de él. Luego de escuchar cuatro veces la canción, le entregó a Raulito el papelito con la letra. No, Cónsul, no sé inglés: tradúcelo. Sí, le temblaba la voz. Lo tradujo: *Incluso en los valles bajos / Donde los rayos de sol / Eran tan cálidos y tiernos / Ya nada puede crecer* /¿No puedes verlo? /¿Por qué tuviste que dejarme?... /*Nunca jamás*… Raulito tenía los ojos húmedos, los labios le temblaban. *Why did you deceive me?... You send me to the path of nevermore*. Espera, todavía falta, dijo Álvaro. Raulito se tumbó sobre la cama, también debía tener algunos traguitos encima, pero entonces por qué sacudía los hombros y esa voz cómo si se estuviera ahogando. ¿Qué pasa, oye? Ni ahogo ni nada. No llores, Raulito, no llores. No sabía qué hacer allí con su amigo, pobre, había perdido a su mamá, le dio palmadas en la espalda, hecho el duro. ¿Y nos quedamos escuchando los discos de Queen, Ñato? Un ratazo, Raulito, sonaba muy bien tu equipo nuevo si no hubiera sido por la fiesta. De hecho, podíamos haber hecho ahí la otra fiesta. Una pena que te hayas deshecho de los vinilos, Raulito. ¿Y dónde los íbamos a escuchar, Cónsul, ahora que han sacado ve tú a saber qué nuevos formatos? ¿O te crees que aquí las monjitas tienen uno de esos aparatos? Y si lo tuvieran, ¿nos dejarían escucharlo? Quién sabe, Raulito, les ha de gustar la música, ¿no? Como mucho escuchan radio y los conciertos que pasan por la televisión, y los

cantitos de las misas dominicales, Cónsul. Pues a ver si un día nos vamos a escuchar a tus cantuñas, Raulito, si es que suenan. Ni me hagas acuerdo, Cónsul, las pobres deben estar abandonadas en el páramo… y claro que suenan, cojudazo, qué crees, el asunto es saber escucharlas. Ya, ya, no digo que no, Raulito, qué ocurrencia eso de derretir tus vinilos para rellenar cantuñas y dejarlas en el páramo.

Él estaba a punto de abrazar a Raulito por verlo llorar desconsolado. Entonces se abrió la puerta. Laura de nuevo: vio a su primo boca abajo en la cama, sacudiendo los hombros. Vio a Álvaro. Vio el tocadiscos. Se acercó, levantó el brazo con la aguja y se acabó la música. Álvaro se levantó cediéndole el puesto y se alejó hacia la puerta. Primito, susurró Laura. Se sentó en la cama. No llores, primito, no llores. No es justo, sollozaba Raulito. Sí, no es justo, repetía Laura. A la tía no le gustaría verte así, primito. Ella se inclinaba, le frotaba la espalda, le mecía el pelo, le daba besitos como a un niño. Todos te quieren, primo. Todos han venido por ti, primo. Tu amigo te ha venido a ver. Vamos, primo, y hacia Álvaro no dudó: No seas malito, tráele una colita. Había en ella convicción: amparaba a Raulito. Sí, cómo no. La verdad que no sospeché que te gustaba mi prima, Cónsul. Era guapa, Raulito, y tenía mil atenciones contigo. Yo te hacía más con Eliana, Ñato, creo que fue esa noche que la conociste, ahí es cuando quisiera recordar mejor y no tener este coco inútil, apenas si me acuerdo de esa fiesta.

Esa noche, en la fiesta de los Coloma, todos bailaban y cantaban. Se abrió camino hasta la mesa de las bebidas, cogió un vaso y lo llenó de Coca-Cola. De regreso, lo golpearon ligeramente en la espalda, ¿o fue él quien tropezó?, se regó un poquito del vaso, hasta que salió al pasillo y se acercó al cuarto. Le daba vueltas la cabeza. ¿Eso era estar chumado? ¿Qué diría su mamá? Nunca más donde ese amigo, se la podía imaginar, nunca más

esas malas compañías. Cuando regresó al cuarto de Raulito, la puerta estaba entrecerrada. Iba a abrirla por completo. Alcanzó a ver que Laura acariciaba las mejillas de Raulito, le acomodaba un mechón de pelo, susurraba sin que Álvaro pudiera escucharla, y dudó si entrar, si quedarse mirando, fascinado por la ternura con la que ella lo calmaba. Decidió no entrar cuando Laura empezó a darle besitos en la frente, en la punta de la nariz. Cuando llegó a la boca, Raulito abrió las manos, clavado en seco mientras Laura le rozaba las comisuras, una y otra vez, sin dejar de susurrar, acercándose, alejándose, quedándose quietecita, hasta que él, que no sabía qué hacer con sus manos, terminó apoyándolas en las caderas de ella, más bien por inercia.

Por el pasillo se escucharon pasos. La tía Carmen venía abrazada por Strudel, que trataba de sostenerse apoyándose con una mano en la pared y con la otra en su hermana: has bebido mucho, ñaño, ven, échate un ratito en la cama del Fernandito. Álvaro volvió a mirar al interior de la habitación de Raulito: seguían en el borde de la cama, besándose. La van a cagar, pensó. Se le regó otro poquito de Coca-Cola. Bebió un sorbo para evitar que se regara más, se sorbió un dedo mojado y avanzó en dirección a la tía Carmen y Strudel. ¿Lo está pasando bien, mijo? Sí, señora, cómo no, señora. Qué bueno, mijo, usted es bienvenido en esta casa, considérela suya. Estábamos escuchando el disco que usted le regaló, le dijo Álvaro. Strudel lo miró fijamente como si tratara de reconocer quién le estaba hablando. Nos está mostrando a Laura y a mí su nuevo disco, el de *Queen*, insistió Álvaro. ¿Otro de tus regalitos?, dijo la tía Carmen con tono de llamarle la atención, y entonces sí que Strudel sonrió. Los estás enviciando con gringadas, recriminó la tía Carmen. No pasa nada, hermanita. Bueno, bueno, lo hablamos después, y ahora échate un ratito nomás en el cuarto de Fernandito. Vea, mijo, no sea malito y ábranos la puerta. Corrió

hacia la puerta. La van a cagar, pensó. Podría avisarle a Raulito que venían donde ellos. Empezó a llamar en voz alta a su amigo, tosió una, dos veces, y abrió la puerta sin mirarlos, como para darles unos segundos, haciéndose el desentendido, hablándole a los adultos en el corredor: Ya está, dijo. Gracias, mijo, y seguían aproximándose hasta entrar.

Laura, de pie, terminaba de acomodar el pelo de Raulito: Siempre se despeina, primo, siempre con los pelos rebeldes. Él se liberó suavemente, dio media vuelta y apagó el tocadiscos cuando entraban sus tíos. Laura insistió: un peine era de haberle regalado al Raulito para esos pelos rebeldes. ¿No es cierto, mamá? Así es, mijita, dijo la tía Carmen, y ahora dejemos descansar a Strudel. Lo sostuvieron mientras él buscaba con la mano la cama. Le sacaron los zapatos y quedó tumbado, ovillado hacia un lado, sin decir más.

La tía Carmen y Laura salieron conversando, delante de ellos. Álvaro se apoyó en la balconada mientras Raulito cerraba la puerta para que los ruidos no molestaran en la habitación. Parecía que nada hubiera pasado. ¿Se lo había imaginado o era consecuencia de estar chumado? Antes de dar explicaciones le preguntó si él se había chumado alguna vez.

—No —dijo Álvaro—, ¿y tú?

—Alguna —dijo.

Era inevitable para Raulito: a veces acompañaba a su padre en las giras por los pueblos cercanos a Quito. Lo dejaba encargado a las longas mientras en la casa principal de los hacendados el padre tocaba, bebía, perdía la conciencia, y al niño, también perdido en la confusión, desorientado, a punto de llorar, las longas amamantándolo aunque tenía tres, cuatro años de edad. Así que no sólo corría sangre indígena por mis venas, decía Raulito entre risas, orgulloso, provocador, sino leche de india, para que luego digan que soy mono. Se estaba reponiendo Raulito, se

hacía el duro, asunto olvidado el llanto, el recuerdo de su vieja y los mimos de Laura.

—Vamos a la fiesta, Cónsul.

Siempre era su amigo quien ponía el punto final, el que lo llevaba a otro sitio, siempre era él quien decía vámonos. Que ya te vi conversando con Eli, Abu. ¿Elianita? ¡Te acuerdas de ella, viejo! De eso sí, Ñato, fue en el primer año de colegio, ¿no? Sí, esa fue la primera vez que vi a Elianita, ¿quién iba a sospechar lo que nos esperaba? Pocos meses después Álvaro se marcharía otra vez de Quito. Sería la primera vez que abandonaba a Raulito. Y ahora, cuando ya no eran los muchachitos de primer año, sino que habían entrado a la universidad, lo volvería a abandonar. ¿Cómo decírselo, cómo explicarle que se iba de nuevo? Al final lo dijiste, Cónsul, sí que lo dijiste, de eso me acuerdo. ¿Y te acuerdas dónde te lo dije, Raulito, qué era lo que comimos cuando te lo dije? ¿Te acuerdas de eso? Vamos, haz un esfuerzo, tú puedes.

4

La historia del retrato de Dora Lerner había permanecido en silencio hasta el momento en que Landor lo sacó de la bodega de su casa en Sant Pere Pescador. No podía tener nombre, pensaba, porque no estaba acabado. A partir de ese momento el cuadro absorbió sus siguientes semanas de trabajo. ¿Por qué y en qué momento lo había abandonado? No quería calcular cuántos años habían pasado desde que lo empezó, en su pequeño departamento de estudiante en Dresde, el año que Dora Lerner entró en el salón de clase de la escuela de Bellas Artes. Fue el primero en verla. Luego, para su desgracia, la vio el berlinés.

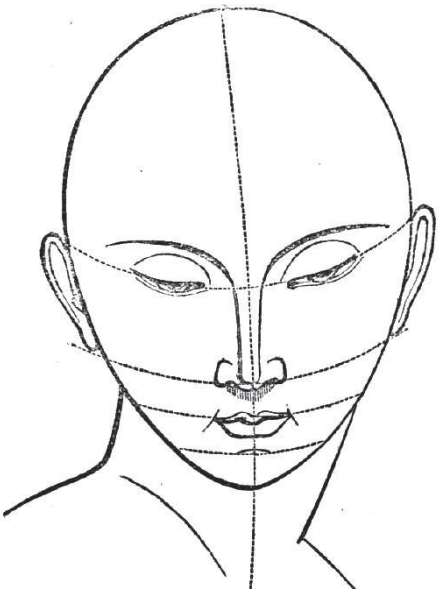
Según Landor, en el primer instante ante una pintura no se necesitan palabras. Incluso hay que librarse de ellas. El espectador que contempla la obra de arte repite el mismo instante mudo en que el pintor, abandonado al silencio buscado en su taller, sin interrupciones, sin esperar a nadie, se detiene delante del lienzo en blanco y tantea sus materiales como si no supiera qué escoger. Es ahí que se borra el pensamiento del pintor, cualquiera de sus previsiones o proyectos para el nuevo lienzo, y la mano parece decidirse por un carboncillo o un lápiz, un color u otro, y el pintor presiona los tubos, y el color aparece como si viniera corriendo hacia él desde lejos, y se impone sin explicaciones, argumento él mismo, críptico, discreto, amenazante, indicando a ciegas un trayecto desco-

nocido. Ni las palabras ni las personas son necesarias cuando uno descubre una pintura, piensa Landor. A veces hasta la expresión de asombro del acompañante del espectador son un estorbo, si está acompañado o si quien lo acompaña está cerca. Tienden los museos a dispersar grupos y parejas, y a eso se debe tal dispersión, a la soledad intransferible de ese primer instante. Ese brevísimo tiempo, unos segundos apenas, se consumirán y se irán, porque al minuto siguiente el campo del asombro queda roturado por el siglo, el título, el nombre del pintor, su relato, su técnica, su soporte, su clasificación, su leyenda, y con todas referencias como que la pintura se desfonda, y nosotros empezamos a caer en ese forado, y para no caer nos agarramos de las palabras como estacas, como hitos, como límites, y así quedarán encerradas la impronta y la primigenia emoción, aplastadas por la sed de referencias para poseer lo visto, domesticadas en mala hora la plenitud de la imagen y la dimensión inédita de esos colores. Sólo cuando el espectador se haya marchado el cuadro volverá ocasionalmente a su memoria, y ni siquiera allí escapará de los nombres que han sometido la intensidad de los colores y la interpretación o fantasía personal, hasta anularlos o reprimirlos detrás de las figuras del cuento dicho o escorado por la modesta etiqueta donde operan el crítico, el historiador, el museo y la época. Un guía en un museo, concluye Landor, nunca te hará ver un cuadro. Está ahí para que no te pierdas, literalmente: *para que no te pierdas en ti mismo*.

Pañuelo de nenúfares

Era pequeña y robusta, con las caderas anchas y el rostro delicado. Podía pasar por una campesina por el tono bronceado

de su piel. Por la vestimenta arrugada y el pañuelo negro estampado de nenúfares que contorneaba la forma de su cabeza, se podía pensar en una gitana. Nadie acertaba con ella. Ninguno de los estudiantes esperó mucho de ella cuando se bajó la túnica negra por los hombros y sólo dejó al descubierto el busto de senos diminutos. Lo que parecía pudor por la cabeza inclinada era sólo la mecánica de su movimiento: se agachaba para mirar si la túnica estaba bien replegada sobre las caderas. No había ningún pudor cuando levantó la cabeza con los grandes ojos abiertos, de mirada fija, donde destacaba en el ojo izquierdo una pequeña mancha blanca, una especie de catarata que quebraba la tonalidad morena de la mujer y que volvía inquietante sentirse mirado por ella si no se estaba dispuesto a asumir la asimetría incisiva de ese ojo manchado. Los ojos de Dora Lerner estaban concentrados, volcados hacia dentro como en los ciegos, mirando o escuchando algo que escapaba al resto y que ella parecía haber descubierto exclusivamente. Landor la observó sin importarle su estatura, ni las tetas incipientes, ni los ojos disímiles y turbadores, sino aquel hermoso y preciso cráneo contorneado por el pañuelo colocado en la misma posición del dibujo que estudió esa mañana cuando se despertó. Sólo que en el dibujo la mirada es baja. Dora, en cambio, mira de frente, como si pidiera cuentas y no estuviera dispuesta a escuchar una respuesta dilatoria. El gesto es el mismo. La realidad no es más que un *totum revolutum* disponible para ser orquestado, moldeado o retratado según la mirada, que busca o inventa o cree encontrar la segunda parte complementaria de la primera que vio, como él, esa mañana, quizá porque en la mañana lo que realmente encontró no fue un dibujo de una cabeza sino un anzuelo para recorrer el día hasta cumplirlo en la realidad.



Aquel dibujo no tenía los ojos expresivos y directos de Dora Lerner. Mientras seguía trazando líneas de fuerza en su boceto inicial, Landor le dijo al berlinés que la mirada de la chica le recordaba los retratos de las mujeres inescrutables de Bronzino. Como no recibió respuesta, Landor giró hacia Dieter y lo encontró pasmado, con el carboncillo sostenido en el aire mientras su mirada se abismaba. Casi le dijo que parecía estar viendo un fantasma. Se contuvo y se acordó que había traído con él la Zorki, así que la sacó y empezó a tomar fotos antes de que la modelo se moviera. El clic de la cámara llamó la atención de Dora Lerner. En vez de detenerse en Landor, ella descubrió la mirada del berlinés. Aprovechando que tenía su atención, el berlinés le pidió que se quitara el pañuelo. Lo dijo en voz tan baja que no quedó claro si Dora lo había escuchado.

Sí lo escuchó, pero ella no reaccionó. En ese momento, Landor mostró la cámara para atribuirse la distracción. Dora Lerner no dijo nada. Su expresión era salvajemente reprobatoria por la captura no avisada. Algo se templó en su cuerpo, una perplejidad atávica ante una máquina amenazante por incomprensible. Era indiferente a lo que ocurriera mientras posaba desnuda. El berlinés insistió hablando un poco más alto, y añadió que el pelo es el mejor contraste para enmarcar el rostro.

La mirada de Dora Lerner se reconcentró como un gato alerta y miró con reprobación al berlinés, dándole a entender que no estaba allí por gusto o profesión, sino por la paga. Sin embargo, el profesor Thomas le indicó que debía quitarse el pañuelo. Ella apenas asintió, acercó las manos al mentón como si quitárselo fuera el gesto definitivo e impúdico de su desnudez. Cuando lo empezó a desatar, Landor tomó una secuencia de fotos que registró las manos de Dora Lerner desciñendo el nudo que cedía fácil, el deslizarse del pañuelo que reveló que no habría ningún derroche de pelo, ningún giro forzado o de seducción. Dora Lerner llevaba el pelo corto, casi a rape en la nuca y en las sienes, como un soldado raso. No volvió a mirar a nadie, ni al berlinés ni a Landor, concentrada en el ángulo de la pared del taller que se juntaba con el techo y sostenía minúsculas telarañas. Una virgen extasiada, pensó Landor, y decenas de cuadros vinieron a su memoria. Dora Lerner no se volvió a mover, inmune a los dolores musculares de permanecer tanto tiempo posando, ni siquiera una hora después cuando se empezaron a marchar uno tras otro los estudiantes. Sorprendido por la inmovilidad de Dora Lerner, el viejo Thomas se acercó para decirle que la clase había acabado. Ella pareció despertar de su trance. Tomó su pañuelo de nenúfares, se cubrió de nuevo la cabeza, se subió la túnica y salió del salón sin decir palabra.

Ojos de dos colores

Ah, la timidez, pensó Landor en su tumbona de ratán. Si se comparaba con su amigo berlinés, era claro que no tenía su facilidad de palabra, salvo cuando hablaba de sus materiales de pintura. Lo demás era un campo de silencio. Del berlinés era la teoría de que los artistas siempre están buscando un maestro imposible. Él mismo la repetiría durante muchos años y sólo cuando comprobó que sus alumnos habían encontrado uno u otro maestro, a veces demasiados maestros, entendió que decir eso ya no era suficiente, y que más bien lo que sus alumnos necesitaban escuchar era la necesidad de enfrentarse a los maestros, de asumirlos y superarlos, incluso rebatirlos desde su propio terreno, y reducir la cantidad de maestros que parecían agobiarlos más que servirles de orientación. Esa seguridad del berlinés quedó demostrada con Dora Lerner. Desde el primer momento dijo que ella era la perfecta modelo inmóvil para Landor.

—¿Y por qué no para ti?

—No —dijo el berlinés—. Yo jamás podré hacer un cuadro perfecto de esta mujer. Mira lo que he hecho.

El berlinés le indicó las siluetas y líneas en su propio lienzo y que desfiguraban el cuerpo de la mujer contrastado sobre una ristra de manchas. Está muy bien, le dijo Landor. Qué va a estar bien, se quejó el berlinés, no me atrevo con los colores. ¿Cómo pintarías ese tono de piel que va del canela a las zonas de sombra de las axilas, el cuello y el vientre que se hunde entre los pliegues de la túnica negra, y al mismo tiempo las cejas y el pelo negro tan intenso que parece recién bañado por la noche. Y sobre todo sus ojos: ¿te has fijado que cada uno tiene un color distinto? Landor respondió que no, que no se había dado cuenta de que eran de dos colores, sólo se fijó en esa mancha que tiene en el ojo izquierdo.

—Salta a la vista —dijo el berlinés—. Tiene un ojo castaño y el otro ligeramente violeta… Y no te preocupes —añadió—, yo le pediré que modele para ti. Así tendré el pretexto perfecto para hablar con ella.

—No tendré cómo pagarle —se excusó Landor.

Dieter miró a su amigo y tal como había hecho con la Zorki, tal como haría unos meses después, hizo un gesto de despreocupación, porque ya se encargaría él de solucionar ese problema. De hecho, lo que quería pedirle era que pintara el retrato de Dora Lerner para él. Un encargo, pequeño maestro, el primero de tu vida, le dijo.

Sabor de almáciga

Cuando Dora Lerner llegó al pequeño departamento de Landor, llevaba una pequeña boina parisina que alteraba su expresión. No estaba retraída como en la Kunsthalle, sino más bien alegre. Sonrió a Landor, que de inmediato trató de reconocer los dos colores de sus ojos. Dora Lerner pasó rápidamente la puerta, de manera que Landor se quedó con la mano en la manija y la vio recorrer su pequeño estudio como si estuviera tanteando el terreno. Se detuvo en los cuadros y bocetos entre los que abundaban los árboles. Esto parece un bosque, dijo Dora Lerner, ¿de dónde son? Landor no le iba a decir la verdad, que se había dedicado a pintar árboles porque había hecho demasiada pintura verde, que no había pensado retratar ningún bosque en concreto, así que le explicó que eran árboles de los alrededores de Waldheim, su pueblo natal. Supongo que en tu país también habrá buenos bosques, añadió para que hablara un poco más de su país.

Dieter le había contado que ella hablaba un alemán básico, que venía de Praga, que podía posar y que pidió mucho más

dinero de lo que él supuso. La invitó a tomar una cerveza para negociar el precio y consiguió una rebaja mínima porque ella no cedió. Hablaba como si no hubiera alternativa, dijo Dieter, como si estuviera vendiendo el animal más preciado de una granja. No habló más. Acordaron que fuera al día siguiente al departamento de Landor y que harían las sesiones que su amigo considerara necesarias. Y allí la tenía él, finalmente, preocupado por saber qué iría a pintar de ella y con la misión de obtener más datos: dónde vivía, a qué se dedicaba, por qué había venido a Dresde.

Dora Lerner no le respondió a Landor sobre los bosques de Praga. Un pequeño lienzo con un bosque de tilos inclinados hacia la izquierda llamó su atención. Este te salió torcido, le dijo. No están torcidos, replicó Landor, es el viento que los empuja. No hay viento, dijo ella. Acércate un poquito más y lo verás. Dora Lerner se aproximó, miró el detalle de las ramas y las hojas de los tilos como si quisiera escuchar el paso del viento. De pronto se echó para atrás. Vaya, dijo, está pasando el viento. Dio un respingo una vez aclarado el asunto y siguió recorriendo el departamento viendo tarros de pintura, botellas de aguarrás, matraces de Erlenmeyer, quemadores de gas, tubitos dispuestos en gradillas manchadas de colores, saquitos de pigmentos, y un laberinto de espátulas, pinceles o simples trozos de madera embardurnados, muchos de ellos resecos y abandonados a su suerte. Esto parece más un laboratorio que un estudio. Un poco, sí, dijo Landor, que iba detrás de ella explicándole el nombre de cada objeto por el que preguntaba. Dora Lerner se detuvo frente a un vaso de precipitado lleno a tope de trozos amarillentos. Lo levantó e inhaló de él. Huele muy bien, dijo, ¿qué es? Almáciga, le explicó Landor cogiendo delicadamente el vaso, aunque ella retuvo un pedazo del tamaño de una cereza. La uso para mis pinturas, añadió, la mejor la traen de la

isla de Quíos, algún día quiero ir allá para ver cómo la extraen del lentisco. Pues huele muy bien, dijo ella. Seguro, dijo Landor, antes se utilizaba para perfumar las encías. Dora Lerner dudó al principio. Se puso el trocito de almáciga en la boca, mirando burlonamente a Landor, mientras la rumiaba con exageración, como si fuera una ternera con un bocado de heno. Menos preocupado por el trozo de almáciga que por la mirada fija de Dora Lerner, se dio cuenta de que el berlinés tenía razón: ella tiene los ojos de dos colores. El derecho es castaño y el izquierdo, manchado por esa catarata turbadora, es violeta. Dora Lerner se sacó de la boca el trocito de almáciga con la punta de los dedos, lo colocó sobre la mesa y dijo que sabía muy bien. Deberías dárselo a tu amigo, dijo, tiene un aliento fatal. Landor se quedó petrificado por la confidencia. Bueno, dijo Dora Lerner sacándose la boina, no tengo tiempo que perder y el reloj ya empezó a correr para esta sesión. Como había visto una frazada extendida delante del caballete junto a la pequeña ventana, se acercó hasta allí y empezó a desnudarse.

—¿Cómo quieres pintarme? —preguntó—. Si me desnudo de cuerpo entero te tendré que dar la espalda. Con el frío que hace me dará una pulmonía y Dieter me dijo que necesitas que esté inmóvil más de una hora.

Casi no le dio tiempo a responderle. Ella ya se había quitado la boina, colocándola delicadamente sobre una silla. El resto fue rápido y expeditivo, como si no tuviera el menor pudor. Se deshizo del abrigo, que reveló que llevaba una combinación inverosímil: una falda de paño y una camisa de hombre a cuadros. Landor se quedó inmóvil, más que asombrado, la observaba desnudarse. Mientras trataba de pensar cuál podría ser el mejor ángulo, percibió que los movimientos de ella al abrirse la camisa no tenían ninguna actitud de pudor, como si estuviera a solas, o más, intuyó Landor, como si fueran dos cosas distintas ella y

su cuerpo. No supo por qué tuvo ese pensamiento. Cuando ella se quitó la camisa le dio la espalda, mirando hacia la ventana, y pudo contemplar su pequeña espalda marcada por los omóplatos y las hendiduras de la columna. Había algo áspero en su piel, y a la altura del ángulo inferior del omóplato, confundiéndose con la tensión de la piel por el hueso, había un lipoma. No lo había notado porque cuando posó en el salón de clase sólo la había visto de frente.

—Te has hecho daño en la espalda —dijo.

Dora Lerner movió la cabeza como si se fuera a voltear a verlo. No avanzó. Tampoco reaccionó sorprendida, como queriendo averiguar más. Ella sabía de ese lipoma. El silencio se hizo incómodo. El cuerpo y ella, pensó en ese instante Landor, habían vuelto a juntarse.

—Espera —le dijo—. Creo que sólo te voy a hacer un retrato.

Ella alargó el brazo, cogió la camisa y se volvió a cubrir.

—Mejor —dijo Dora Lerner—. Tu estudio no es muy caliente que digamos.

Algo se ha revuelto en ella, pensó Landor. Tuvo la certeza de que no debía pintarla desnuda y que allí, únicamente con él, a diferencia del salón de clase, estaba desprotegida, y acaso había sido impertinente comentándole lo que había visto en su espalda y que ella había olvidado y ahora él se lo había recordado. Tenía que ir más allá. A fin de cuentas, lo más llamativo de Dora Lerner eran la cabeza y los ojos disímiles.

—Ponte el abrigo —le dijo Landor.

Dora Lerner se puso el abrigo, volteó hacia Landor y esperó que él le indicara cómo debía sentarse y hacia dónde mirar.

—Quiero que cojas las solapas cerrando más el abrigo, como si tuvieras frío.

—Me caes bien —dijo ella.

Cuando volvió a encontrarse con el berlinés, le dijo que quizá se debió a lo que había ocurrido, y que le pidiera vestirse, que Dora estuvo un poco locuaz. Pudo averiguar mucho más, no sólo por la distensión de no tener que quedarse desnuda, sino al decirle que, aunque no debía moverse, podía hablar, sólo moviendo los labios, y que así le resultaría menos pesada la sesión. Lo que averiguó es que Dora Lerner tenía veinte años, de manera que era un año menor al berlinés y dos a Landor. Es lo único que supo de su pasado, porque el resto era sólo hablar de futuro. Quería irse a París para hacer estudios de dramaturgia y por eso estaba ahorrando dinero. Lo único que había conseguido era trabajar como niñera. Pagaban muy mal, menos que como modelo, y por su mal alemán ni siquiera le habían dado la oportunidad de trabajar en ninguna obra de teatro. Ni en las más miserables, dijo, ni siquiera en papeles donde casi no tenía que hablar. Alemania no era para ella. Lo suyo era Francia. Cuando estuviera allá, ganaría dinero para comprarse una boina diseñada por Lilly Daché, y sonrió satisfecha. Siguió hablando de su fascinación por París. Landor le advirtió de las dificultades del idioma. Ella le explicó que su madre había sido profesora de francés, y que no era solamente por eso que París es París, sino por lo que ocurría allá en pintura, en cine, en música. Todos los pintores, añadió, deberían ir a París. Landor no comparte su entusiasmo. Francia le resulta ajena. Sus pintores eran unos manieristas demasiado académicos, y le argumentó que París, desde hacía cuarenta años, sólo valía por los pintores excéntricos que se fueron a vivir allí. Además, si él se fuera, extrañaría demasiado Alemania, la comida, el idioma, y sobre todo los bosques. Allá también hay bosques, le dijo Dora Lerner, aunque tienes razón, a los franceses les interesan más los jardines. Y qué jardines, añadió, y le sigue hablando de su fascinación por París. Y luego el Sena, con los paseos a la orilla, flanqueado de plátanos.

—En Praga me decían que se parece al Vatlava —dijo Dora Lerner—. No sabes cuántas veces, desde mi departamento de la calle Bilkova, miraba las aguas del Vatlava e imaginaba que era el Sena. Sólo que de inmediato veía a la gente caminando y me daba cuenta de que no, que no sería nunca como el Sena.

Dora describía su pasión por la ciudad, sus distracciones y oportunidades, los estímulos artísticos y las posibilidades que había allí para la danza y el teatro. Seguramente la espoleaba una fijación por alguna biografía, novela o película que convertía a la capital francesa en un buen sitio al cual dirigirse, abandonando su pequeño cuarto de un pequeño apartamento en Josefov, el barrio judío de Praga.

Muy eslava esa pasión francófila, pensó Landor, que más bien prefería Italia. Como ella había vuelto a hablar de Praga, le preguntó qué hacía allá y si pensaba volver algún día.

—No más preguntas sobre Praga —le dijo—. Mejor concéntrate y píntame, que ya me tendré que ir.

Landor, que había estado coloreando el ojo turbio del retrato, levantó la mirada del lienzo y, sorprendido, descubrió de nuevo en ella el rictus áspero, un trazo oscuro en el entrecejo, el mentón rígido. Sus cambios de humor eran abruptos.

—Si hablas bien francés —le dijo para animarla— en París conseguirás actuar.

Dora le respondió que sabía mejor ese idioma que el alemán.

—Dime algo en francés —le pidió Landor.

Ella se quedó callada un momento, ahora sí fijando de nuevo la mirada, pero con certeza empezó a decir, como si lo hubiera tenido contenido y pudiera librarse de las palabras por el golpe rítmico: Ô rouge rouge et bleu rouge et jaune sílice…

—Mejor que no —se paró en seco.

—¿Me lo puedes traducir?

—No —dijo Dora Lerner.

La moneda de Caronte

Cuando una historia se levanta en medio de la nada mirando hacia atrás para rastrear su origen, se da cuenta de que no podrá encontrarlo nunca. Dará mil vueltas, tendrá que dar mil vueltas para abarcar el espacio recorrido por el tiempo. En cada vuelta creerá detectar la percusión que la convirtió en eco, la chispa de la que surgió lo que ahora, al final, es un resplandor enloquecido buscando en la oscuridad. En esas vueltas de búsqueda, pensaba Landor, lo que fue un sencillo gesto, una anécdota simple, una frase al paso, o hasta un error o una insignificancia, cambia de rostro —se convierte en un rastro del origen— y se entiende que esa historia siempre estuvo trabajando a escondidas, con una lenta paciencia.

¿Cómo fue que no nos dimos cuenta de lo que le ocurría a Dora?, se preguntó Landor, ¿si parecía tan obvio, tan claro en sus conexiones, tan simple? Lo sabría mucho después, cuando ya era inútil y hasta podía explicar en parte las turbaciones de esa mujer que terminaría destruida.

—¿Por qué crees que es inútil? —le dijo su mujer—. No hay que temer a los relatos sobre la muerte. El relato de una muerte es más suave que la muerte. Se la relata para dar un conocimiento aproximado de una experiencia de la que no hay retorno. Y agradece que lo puedas contar, y mientras más claro puedas contarla mejor. Lo que te debería preocupar es que de pronto empieces a balbucear sobre la muerte.

—No te sigo, querida —dijo Landor.

—Perdona —dijo ella—. Estaba pensando en ese mito sobre Caronte. Tiene un hueco. Según el mito griego, se le paga a Caronte una moneda para cruzar en su barca la laguna Estigia hacia el otro mundo. Si lo miras con cuidado, y este es el hueco del mito, esa moneda en realidad no circulará en el mundo de

los vivos. De manera que la transacción es un simulacro. El mito dice que la moneda se debía colocar debajo de la lengua del muerto. ¿Por qué? Porque con esa moneda debajo, esa lengua ya no podrá contar claramente cómo es el otro mundo.

Landor miró a su mujer con admiración y, al mismo tiempo, con escepticismo. En su manera de razonar le gustaba ir paso a paso, mientras que ella siempre se arriesgaba con saltos en los que no se podía ver el proceso.

—¿Te has puesto una moneda bajo la lengua? —le preguntó Landor.

—Ya veo por dónde quieres ir —dijo ella—. Pues fíjate que sí me he puesto bajo la lengua alguna moneda de chocolate. En realidad no es que no se pueda hablar. Puedes hablar, mal, lo que digas saldrá distorsionado, no se reconocerá plenamente tu voz. Un balbuceo. Un balbuceo de la muerte. Mientras no hayas pasado al otro mundo, tienes la moneda debajo de la lengua, y por lo tanto balbuceas sobre la muerte. Si tienes la moneda debajo de la lengua es porque quieres ir al lado de la muerte, pero todavía no has entrado, no has dado la moneda todavía a Caronte. ¿Me sigues?

—Te sigo —dijo Landor, intrigado.

—Esto quiere decir —continuó ella— que una vez que entregas la moneda y has pasado al otro mundo, ya no tienes obstáculo para hablar. Lo que es un indicio: si el relato sale perfecto, es porque algo murió, pagó el precio para ser contado. El único problema es que no te podrán escuchar. El relato perfecto sobre la muerte es inaudible. Así que la disyuntiva es esta: si queremos escuchar un relato sobre la muerte, será inevitablemente imperfecto.

—Ahora sí que no te sigo —dijo Landor.

—Tu cuadro sobre Dora —dijo ella—. Iba a ser un retrato sobre la vida, sobre una guapa niña de Praga, y ha terminado

siendo un retrato sobre la muerte. Quizá por eso no puedes terminarlo. Es un cuadro balbuceante, si quieres.

—Será mi moneda —dijo Landor, y con el índice abrió la boca y apuntó debajo de su lengua.

—Tonto —dijo su mujer.

Brundibár

Había demasiados malentedidos en la vida de Dora Lerner. Empezando por su propio padre, Leopold Lerner. Antes de que ella naciera, había emigrado a inicios de 1930 a Berlín. No era un completo extraño, porque había nacido en Silesia y sus antepasados eran alemanes. A los pocos meses de llegar solicitó ingresar al Partido Comunista Alemán, y quien lo atendió fue un miembro del departamento de

Agitación y Propaganda que registró su inscripción sin hacerle mayores problemas por ser checo y judío. Tres años después, luego del incendio del Reichstag, el padre de Dora Lerner fue arrestado junto a otros comunistas acusados de provocar el incendio. Poco importaba que fuera checo y judío, sino comunista. Finalmente fue liberado y volvió a Praga. Allí conoció a la madre de Dora, una actriz de teatro y profesora de escuela de origen moravo, también con antepasados alemanes, y con una gran afición por la cultura francesa. Al año siguiente, en 1938, nació Dora Lerner.

Pero los acontecimientos fueron a peor. El 15 de marzo de 1939 Hitler invadió Checoslovaquia. El padre de Dora ya no fue perseguido por comunista sino por judío, sin que importaran sus orígenes alemanes. Leopold Lerner solicitó ayuda a sus amigos checos comunistas. No le dieron ninguna, demasiado preocupados ellos mismos en sobrevivir luego de la disolución

del Partido Comunista Checo. Más bien fueron sus antiguos amigos de Berlín quienes lo ayudaron un tiempo, hasta que la crisis por la Solución Final hizo imposible cualquier intercesión. Leopold Lerner fue enviado a la cárcel. Recién a inicios de 1942, la madre de Dora, por no ser judía y valiéndose de sus orígenes alemanes, consiguió que enviaran a su marido al ghetto de Terezín, ubicado a sesenta kilómetros de Praga, y que, en realidad, era un campo de concentración creado por los nazis para dar la apariencia de que los judíos vivían en excelentes condiciones, excelentes al menos para el rango asignado a los judíos. Para ver a su marido con frecuencia, la madre de Dora montó obras de teatro infantiles en el centro de Terezín para distraer a los niños. El 10 de Agosto de ese mismo año llegó un amigo de la madre de Dora, el compositor Hans Krása. Krása se propuso montar una ópera infantil para la que había compuesto la música, y le preguntó a la madre de Dora si su hija podía participar. Dora lo hizo feliz. La obra contaba la historia de dos niños con una madre enferma a la que el médico recomendó que tomara leche. Como los niños no tienen dinero, se dedican a cantar en una plaza. Pero en la plaza hay un organillero despótico, Brundibár, que se cree dueño de la misma y no los deja cantar. Ayudados por un perro, un gato y un gorrión, los dos niños convocan a todos los niños del barrio, le quitan el protagonismo al organillero y reúnen el dinero. Molesto, Brundibár les roba. Entre los niños y los animales doblegan a Brundibár, recuperan el dinero y cantan su victoria sobre el tirano.

No fue así

Cuando los nazis descubrieron que Dora era hija de Leopold Lerner, decidieron internarla en el campo de concentración.

La madre reclamó inútilmente. Prefirió quedarse si su hija y su marido seguían allí. Ese mes de octubre de 1943, cuando Dora tenía cinco años, fue el único que recordó haber vivido junto a sus padres. Fue sólo ese mes. La noche del 11 de noviembre, el *Lagerkommandant* Anton Burger hizo salir a las cuarenta mil personas que vivían en el ghetto para hacer un censo. Se tuvieron que quedar varias horas fuera, en medio de una llovizna fría, mal arropados, de manera que muchos de ellos murieron de hipotermia y por la confusión creada entre la gente que se arracimaba para proteger a los más débiles, a los enfermos y a los niños que, como Dora, resistieron la intemperie abrazados por sus padres. Debilitado por los años de encarcelamiento, Leopold Lerner no sobrevivió. Dora y su madre siguieron confinadas en el ghetto. A veces, recordando esa noche atroz en la que estuvieron bajo la lluvia, temblando de frío, a Dora se le confundía el rostro de su padre con el de otros prisioneros del campo porque todos iban con la cabeza rapada. Especialmente con uno de ellos, un francés del que su madre se hizo muy amiga y con quien conversaba largamente en ese idioma, sobre teatro, pintura, cine. A ratos, para no aburrir a la niña con las largas conversaciones eruditas que mantenía con la madre, el francés, tan flaco como su padre, la abrazaba y le cantaba canciones y le recitaba poemas. Los poemas no eran los habituales, sino poemas muy divertidos, en los que no importaba lo que se decía sino los sonidos laberínticos que parecían dar vueltas y más vueltas dentro del poema como si quisieran escapar pero no pudieran hacerlo.

Nos tâches tachent
tour a tour les tours
d'alentours.

Luego venía otro que era el más difícil, que cada vez que lo leía, el francés lo escribía donde fuera posible, para que la niña viera cómo las palabras cambiaban aunque mantenían el mismo sonido:

Rose aisselle a vit.
Rrose, essaie là, vit.
Rôts et sels à vie.
Rose S, L, have I.
Rosée, c'est la vie.
Rrose scella vît.
Rrose sella vît.
Rrose sait la vie.
Rose, est-ce, hélas, vie?
Rrose aise héla vît.
Rrose est-ce aile, est-ce elle?
Est celle
AVIS

Dora lo escuchaba divertida, sin entender nada. Le pedía a su madre que se lo tradujera, y ella, ya sin ánimo de reír, sin fuerzas, compadecida de aquel francés que estaba hecho un guiñapo y aún así sacaba fuerzas de la nada para distraer a su hija, le dijo que mejor no, que era imposible traducirlo al checo o al alemán, que debería aprender bien francés para entender, y que más que entender lo importante era escuchar y reírse.

Ella siguió actuando en la obrita sobre Brundibár, pero en cada representación le iba perdiendo el interés. Como el francés la veía triste y sin ánimos, le preguntó qué le pasaba. Ella le explicó que ya no tenía ganas de actuar en la obra. El francés le dijo que era normal, que si iba a ser actriz no podía fiarse sola-

mente de la emoción inicial, y que más bien debía olvidarse de ella misma y agarrarse bien a las palabras, que ellas la sacarían a flote. Dora no comprendió en un primer momento lo que quiso decir el francés. Hasta que se dio cuenta de que cuando él le recitaba un poema, sus ojos —empequeñecidos detrás de sus lentes redondas— se llenaban de vida. Así que cuando notaba a su vez que el francés estaba decaído, le pedía un poema para reanimarlo. Era eso lo que él había querido explicarle. Tenía que agarrarse de las palabras.

Ante la cercanía del Ejército Rojo, los nazis huyeron de Terezin el 3 de mayo de 1945. El 8 de mayo, los rusos y grupos de partisanos checos tomaron el campo. Se escandalizaron por lo que ocurría en el ghetto. Empezaron a limpiarlo y crear un registro real de los prisioneros. Desde Praga vinieron escuadrillas de médicos y enfermeras para atender a los miles de enfermos y desahuciados que morían a la misma velocidad con la que los iban atendiendo y registrando. Para contrastar el registro de los nazis con los que ellos elaboraban, llamaban en voz alta a los prisioneros para verificar si estaban allí, si habían muerto o habían sido deportados. Uno de los encargados de llevar las listas para establecer los primeros diagnósticos, fue un joven médico checo, Josefa Stuny.

Según Dora Lerner, Stuny tenía una voz aguda cuando leía los nombres de su lista. Se volvió más aguda, como si temblara, cuando nadie respondía al nombre que él pronunciaba una y otra vez, con un tono desesperado que no había tenido hasta ese momento con ningún otro nombre de la lista y que correspondía al del amigo francés de su madre. Dora tiró de la manga de Stuny y le indicó que debía ir a la barraca número dos. Lo acompañó. La barraca número dos estaba atiborrada de más de cien personas echadas de cualquier manera, abigarradas en las esquinas, con ocasionales espacios un poco

abiertos donde los que estaban en mejores condiciones formaban un corro para jugar cartas. Stuny volvió a decir el nombre y esta vez se hizo un leve movimiento entre los postrados, como abriendo un claro. Alguien levantó la mano. Dora dio un saltito y se aproximó corriendo, con Stuny detrás. Cuando llegaron hasta él, Stuny casi no podía hablar, en parte por el asombro de ver a quien suponía que debía ver y sobre todo por lo flaco y macilento que estaba. Tímidamente le preguntó, también en francés:

—*Connaissez-vous le poète Desnos*?

El francés respondió con la misma voz débil de los últimos días, aunque con los acentos graves que Dora admiraba:

—*Robert Desnos c'est moi.*

Stuny se quedó de pie, sin saber qué hacer, hasta que Dora se acercó al francés, contenta de verlo luego de varios días. El francés también se alegró cuando la reconoció y, llenándose de ánimo como ocurría cada vez que le decía un verso a Dora, le soltó otro de sus juegos de palabras que ella nunca pudo olvidar: Ô rouge rouge et bleu *rouge*. Dora sonrió. Stuny entonces también se aproximó, se agachó e inclinó la cabeza hacia el francés y empezó a explicar que se había encontrado con su nombre, que conocía su poesía, que admiraba a los surrealistas y que en *Nadja* había visto una foto en la que aparecía. Habló atropelladamente. El francés se acomodó los lentes para ver bien a Stuny, y lo que vio fue un reflejo indirecto de su propia miseria y por un momento creyó que era una especie de ángel vestido de paisano que venía, no a sacarlo de la postración, sino a recordarle quién había sido y que probablemente ya no podría volver a ser. Luego vio que los ojos de Stuny estaban llorosos y comprendió que no era más que un muchacho asustado que admiraba la poesía y le había tocado un mundo donde la poesía se había

retirado a los cuarteles de invierno. Dora volvió a repetir el mismo juego de palabras —Ô rouge rouge et bleu *rouge*— y dijo que por fin había terminado la guerra y que lo primero que haría en Praga sería aprender francés.

Era el 4 de junio de 1945.

Desnos murió cuatro días después. Como se incineraban varios cadáveres al mismo tiempo, Stuny pidió que se hiciera una excepción con el poeta francés. Fue así como las cenizas de Robert Desnos fueron confinadas en una pequeña urna que terminó traslándose a París, donde están enterradas junto al muro oeste del cementerio de Montparnasse.

Un salvavidas sobre una tumba

Años después, cuando Landor y su mujer vivían en Barcelona, ella hizo un viaje de trabajo a París. En esos días, vio la reposición de un documental de Jean Barral de 1959 sobre Robert Desnos, *La belle saison est proche*, y decidió ir a visitar la tumba del poeta en Montparnasse. Cuando la encontró, tomó una foto, no tanto por la tumba en sí, no solamente por las flores y notitas habituales, ni por las piedritas que repetían el apellido del poeta que constaba en la inscripción de la tumba, sino porque sobre ella habían puesto un objeto inesperado, un salvavidas blanco y azul sobre el centro de la cruz de piedra que la corona. Landor estaba de viaje, dando sus conferencias en alguna parte del mundo. Ella le mostraría la foto con el mismo asombro de siempre con la que descubría que las historias del pasado seguían volviendo de formas inesperadas.

Nunca directamente, y nunca pronto, sino más bien tarde, pensó Landor, las historias revelan un pasado en círculos progresivos. Esa dilación, en vez de debilitarlas por los rodeos, refuerza su revelación. Es verdad que los detalles secundarios se acumulan al repetirse una y otra vez. En la sucesión anillada los que son esenciales se fijan, quedan soldados y orientan la mirada o la escucha al punto de revelación que parece vibrar como un eco y un posible final. Aun así, nada termina y las historias siguen viajando, nómadas siempre, sólo para mostrarse incompletas, parciales, amenazantes, dando vueltas en nuevos asombros, círculos móviles que inquietan pero que también calman porque aquello no le ha ocurrido al que lo escucha y ojalá jamás le ocurra. Allí está el relato para advertir y evitar lo que se cuenta. Apenas roba la atención mientras los futuros acontecimientos acechan, imprevisibles, por más anticipación y cautela que busque evitarlos. También ocurre a veces lo contrario, que el relato anticipa lo real, lo prepara, amolda al oyente y lo predispone a un

encuentro futuro, y así lo mejora y lo agranda y, a veces, lo dignifica y lo hace feliz y lo salva. Toda historia es eco y resplandor de una percusión y una chispa en un centro oculto, se dijo Landor. También se dijo que ya estaba bien de tantos recuerdos, y que debía a ponerse a terminar, de una vez por todas, ese retrato tanto tiempo abandonado. Aunque todavía faltaba un giro en esa historia de mil cabezas.

Lo que Dora Lerner sabía

Dora Lerner no supo quién era realmente el amigo francés de su madre sino mucho después de que dejarán atrás el encierro en Terezín, como si en ella también las historias estuvieran actuando retrospectivamente, pensó Landor, levantando el polvo que las ocultaba. Dora supo que el francés había sido un poeta muy conocido y buscó sus libros, primero en traducciones checas y luego en francés. Francia parecía haberle estado enviando mensajes: primero por la afición de su madre, luego por Desnos, y finalmente, al cumplir doce años, cuando su madre le explicó el pasado de su padre, que había estado casado con otra mujer con la que había tenido un hijo, y que ella, luego del encarcelamiento de Leopold Lerner en Berlín y de sus intentos por liberarlo, se había suicidado en el Landwehrkanal. A su medio hermano lo habían enviado a París para internarlo en La Pouponnière, una villa de Maisons Laffitte, cerca de París, bajo la dirección de un tal doctor Costler, y que eso lo sabía porque había recibido una carta de aquel medio hermano queriendo tener noticias del paradero de su padre. Desde ese día, Dora Lerner se propuso ir a París.

Si lo hubiera sabido cuando la conocí, pensó Landor, ¿qué habría podido hacer? Sólo quería pintar un retrato de ella por

encargo de su amigo Dieter. Cuando estuvo a punto de terminar la primera sesión con Dora Lerner, sonó la puerta de su estudio. Era el berlinés. Le abrió la puerta. Dora se había puesto la boina y se acercó a la mesita en la que estaba el vaso de precipitado con los trozos de almáciga. Cogió el que había probado y se lo mostró a Landor como pidiéndole permiso.

—Le daré buen uso —dijo, y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

Sólo volvió tres sesiones más. En estas, Landor sólo alcanzó a fijar las manchas de color en la zona donde irían los ojos y dio contorno al cráneo y el mentón. No más. Escuchó muchas de las historias que ella accedió a contarle, salvo la más importante, la del medio hermano que vivía en París. Durante esas semanas, notó que el berlinés había adquirido la costumbre de andar rumiando siempre un trocito de almáciga.

En la que debía ser la cuarta sesión, luego de un retraso de dos horas, quien llegó no fue Dora Lerner, sino el berlinés. Por primera vez lo vio abatido. Entró en su estudio sin saludarlo y se echó en la tumbona de Landor.

Dora Lerner se había marchado a París.

5

Dijiste que te morías de hambre y que querías noquear al chuchaqui, Raulito. ¿Eso dije? Sí, más bien sacarle la chucha al chuchaqui, te habías vuelto un boca sucia. Éramos guambras, Ñato. Ya, ya lo sé, dabas miedo puteando por cualquier tontería, el asunto es que salimos de la universidad y nos fuimos caminando hasta la Amazonas. Debíamos ir a paso de tortuga, Ñato, nunca pude caminar bien con el chuchaqui. Nadie puede, Raulito, ¿recuerdas que íbamos a comer un cebiche en la Amazonas? Es cierto, un cebichito, eran buenísimos esos cebiches de concha negra, a ver si un día nos vamos a pegar uno de esos, ¿no te parece? Por mí encantado, Raulito, que estas caminatas bajando a Guápulo me matan y no tengo tu aguante. Eres un flojeras, Ñato, un intelectual y un pintor de taller. No he vuelto hace mil años, Raulito, seguro que ya no están los mismos restaurantes. Sí, el barrio se fue a la mierda, zona roja, ¿puedes creerlo? A lo mejor queda alguna cebichería con terracita, a pleno sol. Aunque también deberías probar un caldo de gallina criolla que hacen en una hueca de Lloa. Levanta muertos, Ñato.

Estaban sentados bajo la sombrilla. El sol se clavaba en la terraza tal como lo hacía en el resto de la cordillera andina, desnuda bajo el azul rotundo del cielo por la transparencia del aire. Raulito se frotaba las manos por el cebiche de concha que estaba a punto de llegar, mientras Álvaro se preguntaba si era

el momento de decírselo, o si era mejor limitarse a lo del tío de Raulito, o primero una cosa y luego la otra, así dolería menos, tarde o temprano tendría que decírselo, pobre. Terminó diciendo que seguramente su tío Strudel tenía algún disco de Bechet. Raulito entreabrió los ojos, no para responder sino para ver cómo el mesero bailoteaba con la bandeja y la posaba en la mesa: dos platos soperos a punto de desbordarse por la oscura marejada de limón y cebollas, moteada de hojitas de perejil y los anaranjados corales de las conchas que repuntaban carnosos como islitas de colores. Raulito agarró la cuchara, no se abalanzó al plato. La sumergió lentamente, deleitándose en medio del extracto de los limones, como si al sumergir la cuchara estuviera reproduciendo el mismo gesto de los concheros al introducir sus brazos en los manglares para extraer las conchas.

Álvaro también empezó a comer, recordando a Strudel. Raulito siempre le hablaba de su tío. Sólo lo había visto esa vez en la fiesta, y semanas después conoció el local poco antes de marcharse a Roma. Conoció también a Bobbie, la mascota de Strudel, echado en el patio interior, entre las sillas de mimbre. Este perro es sordo, decía Strudel, chiquito y sordo, aunque es el mejor compañero en una casa de discos, no aúlla si no le gusta una canción. ¡Te acuerdas de Bobbie!, qué memoria la tuya, Cónsul, yo me había olvidado de él, ni me acuerdo cuándo murió. Vivió muchísimo, Raulito, como veinte años, y apenas era un cachorrito cuando se lo regalaron a tu tío y él lo dejaba en el patio del local. Era una ladilla ese perro, Cónsul, dormía todo el día, se alocaba cuando veía un ratón, de hecho los exterminó, era un tigre, ahí chiquito como lo veías, no sé cómo vivió tanto, ¿veinte años dices? Era un Yorkshire Terrier, Raulito, esos perritos falderos viven como las viejas, y chillan como las viejas, tú siempre le decías a tu tío que se comprara uno como el del afiche de la entrada, ¿te acuerdas de Nipper, el perrito del logo

de la RCA Victor? Claro… Nipper, sólo que a mi tío le gustaba Bobbie, y ya ves, no me acuerdo cuándo murió. Fue por el 2000, Raulito, un drama para tu tío, ocurrió justo en una de mis visitas, íbamos a celebrar juntos el fin del mundo y fue el mejor fin de año. Seguro, Cónsul. ¿No me digas que no recuerdas que estuve aquí, Raulito? Eso sí, me acuerdo, cómo no. Bueno, da igual, no te preocupes, el asunto es que tu tío estaba destrozado, viendo cómo Bobbie se iba apagando de a poquitos hasta que murió. Ya lo creo, adoraba a Bobbie. Eso no dejaba a un lado que había sido un perro ladilla, jode que jode, y feroz con los ratones, Ñato: tigre más que gato.

En aquel entonces Álvaro no sabía casi nada del pasado de Strudel. Las cartas que Raulito le enviaba a Roma le fueron describiendo cómo el tío era su referente y su cobijo, casi cumpliendo el papel de su propio padre, que seguía viajando por sus conciertos y, al volver, los pocos días que pasaba en casa, estaba siempre bebiendo y de fiesta en fiesta. Por las cartas supo del pasado de Strudel, sus viajes de estudio, su encontronazo con la Ensslin, las reuniones que se hacían en Discos Bedoya, las maravillas del Patio de los Cristales, todo contado con un pulso eufórico que provocaba en Álvaro una nostalgia que no había sentido nunca, ya que jamás tuvo un referente tan cercano que se quedara en el país mientras él viajaba por el mundo, ni siquiera sus abuelos en Ambato, porque nunca escribían, y en cambio Raulito era un corresponsal feroz.

Pero las cartas, de pronto, se interrumpieron. Álvaro pasó más de seis meses sin tener noticias de Raulito. Y como si hubiera coincidido con la desaparición de su amigo, ese año empezó a hacer sus descubrimientos. Su propósito era comentárselo a Raulito, pero cuando se ponía a escribir nunca pasaba de la primera página, como si se sintiera derrotado al querer contar lo que vivía en Roma, sus paseos a solas por la

ciudad, libre como no lo había sido nunca, como si hubiera bastado llegar a Roma para que sus padres se despreocuparan de él y le permitieran ir y volver a pie a su colegio, o ir a las casas de sus nuevos amigos, o simplemente hacer una deriva por la ciudad. Este cambio de actitud en sus padres le llamó la atención. Lo que se le hacía más difícil de explicar a Raulito era lo que aprendía en el colegio, sobre todo las clases con sus nuevos profesores y con uno de ellos en especial, que lo iba a poner al día en italiano, el profesor Taviani. A poco de tomar el ritmo en las clases particulares de gramática y fonética italianas, Taviani decidió que lo mejor sería iniciar a Álvaro en la lectura de la *Divina Comedia*. Era una afición personal de Taviani que siempre empleaba en sus clases particulares, y que nadie rechazaba porque se veía mal. No se conocía el origen de su afición, aunque Taviani decía estar preparando una recopilación de ensayos, y nadie insistía al respecto porque se distraían escuchándolo recitar los versos de Dante. Álvaro tenía ganas de contárselo a Raulito, y podía haberle resumido la trama del libro, desde las torturas de los cantos del *Inferno* y la promesa de la revelación de esa misteriosa Beatriz que aparecería en el *Paradiso*, que tanto enfatizaba Taviani que había que leer para entender de verdad la *Divina Comedia*. Eso habría sido fácil reproducirlo en una carta. Lo difícil era repetir la entonación medida y puntual de Taviani recitando los versos, describir el mecanismo, que para Álvaro resultaba mágico, de conectar cualquier acontecimiento con lo que había dicho Dante, como si el mejor punto de apoyo para ver el mundo fuera esa obra, o mejor todavía, como si el mundo convergiera en ella, y, desde allí, volviera a salir disparado hacia el exterior. Pero Taviani era prudente, explicaba Álvaro, antes de entrar en la *Divina Comedia* había que pasar por el portal de *La vita nova*. *Trovai Amore in mezzo della via*, decía Álvaro.

—Te estás volviendo un ratón de biblioteca —se burlaba Rogelio, y mostraba dos dientes como si estuviera mordiendo el aire—… Mejor mira películas en vez de tanto libro.

El cine era la pasión paralela de su hermano. Una tras otra, Rogelio traía películas que convocaban a su madre y, a veces, al padre, si no estaba en la embajada o de viaje. No era un gusto parejo, sostenido, sino simplemente voraz. Veían desde películas de Totò a las de Antonioni. Rogelio se aficionó especialmente a las de Fellini. Le gustaba *La dolce vita*, *Amarcord*, y la que para él era la mayor película de Fellini: *Ocho y medio*. Álvaro prefería las de Antonioni. Qué vaina, Cónsul, ustedes eran unos superintelectuales desde tan chiquitos. Cosas de mi vieja, Raulito, que estaba obsesionada por meternos en cuestiones de cultura, libros y películas. En cambio mi taita nada, Cónsul, ni me llevaba al cine. La tuya era una familia dedicada a la cultura, Raulito, a la música, tuviste a Strudel y toda la gente que convocaba en las reuniones en el Patio de los Cristales. Además era puro cuento la afición de mi hermano, la usaba como tapadera con un amigo libanés, Marcel Khoury, para ver las películas de Edwige Fenech y ese cine pornocómico de los setenta que en los ochenta se empezaba a difundir en cintas de video. Allá en la Residencia todavía tienen un reproductor de VHS, Cónsul. No frieges, Raulito, ¿en serio? En serio, Ñato, si quieres pregúntale a Judith, la enfermera, y cuando quieras trae alguna de las películas de Fellini, que no lo veo hace mil años. A mí me gustaban más las de Antonioni, Raulito. Eso me acuerdo, Cónsul, te pasabas hablando de *El desierto rojo*, y si me preguntas de qué trata la película, no tengo la menor idea. Bueno, compadre, eso no es problema, en Antonioni poco importa lo que se cuenta, las historias son muy leves, el asunto es verlas pasar, respirar su paso, y la verdad es que con el tiempo la sorpresa fue descubrir que quien terminó por gustarme más fue uno al que no le hici-

mos ningún caso, Rossellini, sus películas sólo las vi más tarde, cuando ya me había ido de Roma. Así pasa a veces, Cónsul.

Rogelio y Álvaro discutían una y otra vez sobre si era mejor Fellini o Antonioni, o cuál era la mejor película de Fellini. Les encantaba la escena de *La dolce vita* cuando el helicóptero sobrevuela Roma cargando la enorme estatua de Jesús y el protagonista ve a unas mujeres bañándose en una piscina y desde el helicóptero les pide sus teléfonos y ellas le dicen que no, muertas de la risa. Rogelio decía que ocurría lo mismo en *Ocho y medio* con el personaje del director de cine que está flotando en lo alto como un globo sostenido en la playa por su productor, la misma idea de lo alto y lo bajo, el cielo y la tierra, aunque mejor desarrollada, superior. Por eso es que siempre imaginabas que sobrevolabas Quito, Cónsul, como en la película. No, compadre, eso lo pensé yo siempre, mucho antes de ver la película, y me encantó verlo en *Ocho y medio,* sólo que eso no se lo iba a decir a Rogelio en nuestras discusiones. Álvaro replicaba a su hermano que no, que en *Ocho y medio* era una cosa abstracta y que en *La dolce vita* era más espontánea, más rica, y hasta más amenazante, porque esa estatua de Jesús se podía caer en cualquier momento, incluso sobre las mujeres. Cuando Rogelio se encontraba sin argumentos, porque también se había sumado su padre a la defensa de *La dolce vita*, cambiaba de tema, encaprichado, entonando la cantaleta de la niña en *Ocho y medio:*

—Asa nisi masa —decía Rogelio.

Cuando algo le gustaba, repetiría *asa nisi masa* hasta el cansancio. Si veían pasar un helicóptero frente a su casa, ya estaba Rogelio señalándole a Álvaro con un dedo y repitiendo *asa nisi masa, asa nisi masa.* Cuando no le gustaba alguna cosa, Rogelio alteraba las vocales: —*Oso Nisi Moso.*

Cuando ironizaba: —*Usu nisi musu.*

Cuando era desdeñoso: —*Ese nisi mese.*

Cuando le resultaba indiferente: —*Isi nisi misi*.

Álvaro estableció rápidamente un código con su hermano para que no los entendieran sus padres. Al hacer sus comentarios sobre Dante, Rogelio murmuraba *isi nisi misi*. Si le proponía ir al cine, Rogelio sonreía *asa nisi masa*. Si lo amenazaba con decirles a sus padres que se había escapado de nuevo, Rogelio alzaba los hombros *isi nisi misi*. Y cuando Álvaro quería llevarle la contra a Rogelio, que venía entusiasmado murmurando *asa nisi masa* porque quería proponerle hacer algo que lo distraería de sus lecturas, le respondía con un verso cifrado que había encontrado en Dante: *pappe Satàn, pappe Satàn aleppe*. ¿Qué significa?, le preguntó Rogelio. Nadie lo sabe, dijo Álvaro. ¿Ni Taviani? Nadie. Eso es *asa nisi masa*, dijo Rogelio. *Pappe Satàn aleppe*, respondió Álvaro.

—Chicos —decía la madre—. Me van a marear con tanta palabrería.

Y los dos, para terminar de irritar a su madre, entremezclaban sus contraseñas: *Asatán alisi aleppasa. Asatán alisi aleppasa.* Lo pasaban muy bien en realidad. Por primera vez, Álvaro sintió que en Roma su extranjería no era tan radical como la que había vivido en Washington y Boston. Tampoco tenía muchos amigos en el liceo donde estudiaba, a diferencia de su hermano, que estaba terminando el último año y tenía en su clase a un compañero libanés, Marcel Khoury, hijo del embajador libanés. Los Khoury eran cristianos maronitas y tenían familiares en Ecuador, lo que hizo que los padres desarrollaran una amistad por partida doble. Empezaron a frecuentar la iglesia maronita de Porta Pinciana, que estaba muy cerca de casa. Rogelio empezó a interesarse en los orígenes libaneses de los abuelos, mientras que su amigo Marcel no toleraba la liturgia, así que se aguantaba durante la misa y luego incitaba a Rogelio para que se escapara con él. Álvaro incluso tuvo un poco de celos de Marcel

Khoury porque acaparaba a su hermano, y él no podía competir con la libertad de movimiento de la que disponía Marcel por su edad. Qué iba a saber yo en ese momento, Raulito, que mi hermano se había enamorado de Marzi, la hija menor de los Khoury, una muchachita de quince años que era toda una belleza. ¿Como las turquitas guapas, Ñato? ¿Con las cejas marcadas, ojos claros o de color miel, y párpados que parecen garras? Más o menos, Raulito, yo sólo la conocería años después. Incluso llegué a sospechar que Rogelio quiso irse a estudiar a París porque Marzi estaba allá en casa de unas tías. Los Khoury, luego de que se marcharon de Líbano por todos los problemas que hubo en la década del setenta, se instalaron en París, que siempre fue el referente para ellos. Cuando nombraron embajador al padre de Marcel, tanto él como Marzi fueron a Roma, y la niña se había habituado a la ciudad, a la lengua, pero los padres querían que estudiara en Francia, así que la mandaron para allá. Tarde supe que sí, que Rogelio y Marzi se encontraron allá, y me dio hasta un poquito de envidia esa historia entre ellos. Olvidé el tema y Rogelio, luego de que regresó a Ecuador, no volvió a tocarlo.

Como compensación a no haber encontrado un amigo tan cómplice como el de su hermano, Álvaro se refugió en las clases de Taviani y en las del resto de profesores. Esas clases lo entusiasmaban de una manera que no entendía ninguno de sus compañeros. Taviani le hizo entender a través de Dante el poder de la imagen rotunda y precisa, la intensidad de un trazo acotado que tiene debajo un espesor de capas sucesivas que no se ven aunque tiemblan en la superficie, insinuándose. ¿Así que tu primer maestro de pintura fue un poeta medieval, Cónsul? Pues sí, Raulito, nada es perfecto, no nació aquí mi vocación, supongo que eso nunca me lo perdonaste. No te preocupes, Ñato, ya no tengo esos prejuicios, además, tú no tenías remedio, cuando volviste a Ecuador tenías clarísimo que querías ser pintor,

y yo nunca lo había sospechado. Yo tampoco me imaginé que terminarías siendo escultor, Raulito. Ni yo, Cónsul, qué crees, y además ni siquiera estoy seguro de que lo mío pueda llamarse escultura. Lo es, Raulito, lo es. Sólo he movido piedritas, Ñato, nada más, las he puesto en otro sitio. ¿Y no es eso el arte, Raulito, mover una cosa de un sitio a otro, refrescarle los elementos al mundo para que se dé cuenta de lo que tiene? No sé, Ñato, no me preguntes qué es el arte, no tengo respuesta.

Álvaro mencionaría siempre que terminó dedicándose a la pintura por los estímulos visuales de la escritura de Dante. De esto no sospechaba nadie en su familia. Incluso sus padres, viéndolo tan concentrado en los estudios de italiano y literatura, le preguntaron si estaba pensando en dedicarse al periodismo o ser profesor. Álvaro los miraba seriamente, mientras Rogelio se reía a espaldas de ellos, y entonces él, mirando a su hermano, abría la boca en forma de «o», y sin hablar dejaba en claro que decía *oso nisi moso*. Poco después, viendo el ceño de su madre y la mirada de su padre, dijo que le gustaba la pintura y no explicó más.

Eso también quiso contárselo por carta a Raulito. Nunca lo hizo. Pasaron dos años sin correspondencia hasta que una tarde, al volver del liceo, la madre le dijo que tenía una carta de Ecuador en su cuarto. Álvaro la vio apoyado en una esquina de su escritorio. Era un sobre amarillo, perfectamente cerrado y reluciente, con la caligrafía nítida de Raulito. Contenía una carta larga, la más larga que le había escrito su amigo, y tenía que serlo por lo que contaba: la historia con Laura.

Raulito escribió lo que había pasado en la disquera de Strudel. Laura venía a ayudar, ordenaba los discos nuevos, a veces atendía al público, hacía un poco de limpieza en el local, cepillaba a Bobbie y lo bañaba una vez por semana, a regañadientes de la mascota que parecía detectar el día del baño y se refugiaba

en el Patio de los Cristales. Strudel la dejaba estudiar y pasar las horas leyendo o escuchando música echada en el laberíntico sofá del patio interior. O la dejaba encargada del negocio cuando se iba a hacer diligencias. Hasta le dio un juego de llaves del local. Allí, en esas ausencias de Strudel, Raulito encontró de la mano de Laura su mejor refugio durante los primeros dos años en Quito, un verdadero paraíso. Fue allí donde Laura le descubrió el vicio de la lectura, gracias al sofá para echarse a leer, a las ausencias de su padre, a las horas libres que tenía por la tarde, con Bobbie como único testigo, siempre discreto y medio dormido. Laura le fue pasando un libro tras otro a Raulito, y a eso se sumaba Strudel, involuntariamente, porque algunos autores le venían a regalar sus obras, y allí estaban muchos de esos libros, uno tras otro, en la pequeña estantería del Patio de los Cristales. Fue ese el paraíso que derivó en purgatorio y terminó en infierno, pensó Álvaro. No por Strudel, que cuando los descubrió desnudos y dormidos entre las mantas, no dijo nada por pura compasión a la orfandad de Raulito y porque sospechaba del genio de Laura, y quién era él para entrometerse con los dos adolescentes, él que venía a traer la libertad de pensamiento que había aprendido en Europa; de manera que lo único que hizo fue dejarles al alcance de la mano algunos preservativos entre los libros de la estantería, lo que selló el secreto y la admiración incondicional por el tío Strudel, y de Bobbie, cómplice con siestas interminables, de las que a veces los despertaba porque estaba persiguiendo ferozmente un ratón que se había colado en el patio.

La carta de Raulito había dado cuenta hasta ese momento de la historia con Laura, dejándolo a Álvaro con envidia por esa intimidad tibia. Roma le daba otras compensaciones, y las vivía solo. Casi como intentando palpar mejor lo que le contaba su amigo, le pidió que le comentara de esos libros que leía. Raulito,

que no sabía qué decirle, le compraba un ejemplar adicional y se lo enviaba sin darle mayores explicaciones.

Cada vez que llegaba un paquete al negro buzón de Vía Pinciana, Álvaro se alegraba, se iba a su cuarto, desgarraba el paquete y así fueron desfilando varios títulos uno tras otro. Se sentaba en su escritorio, miraba por la ventana que daba al pinar de Villa Borghese y se imaginaba que era un emperador que recibía noticias de las regiones más remotas de su imperio al otro lado del mundo.

Siempre ocurría lo mismo: los empezaba a leer, luego interrumpía la lectura y no volvía nunca más a ellos. Te aburrían, Cónsul, dime la verdad. Un poco sí, Raulito, en realidad el asunto más bien es que no estaba preparado, o más bien estaba desenfocado por mis lecturas italianas, lo que leía en los libros que me enviaste me parecía poco. Y un carajo que poco, Cónsul, déjate de hacerte el bueno ahora, eran una mierda de libros, tan pretensiosos como lo eras tú, lo bueno no eran las novelas sino los poetas, eso lo descubrí mucho más tarde, quizá porque fuiste tú quien machacó tanto con lo de Dante por aquí, Dante por allá. Si al menos me hubieras enviado algún libro de Montalvo, Raulito, la cosa habría sido distinta. Ya, Ñato, no se me ocurrió, o seguramente a Laura no le gustaba, sólo las novelas. Todas esas novelas que me enviabas se me iban de las manos, Raulito, las hojeaba mi mamá, a veces mi viejo, en realidad quien las leía era Rogelio. Las devoraba, eso nunca me lo expliqué y nunca me contaba la razón de su entusiasmo, como mucho decía están bien, nada más, o se cabreaba por lo que contaban las novelas, casi todas sobre gente marginada, campesinos e indígenas, ya sabes, lo de siempre con eso de las novelas comprometidas. A veces Rogelio consultaba a mis viejos por algún detalle o palabra que se le escapaba, a mí ni caso, yo era el hermanito menor, Raulito. A Marcel Khoury siempre le contaba lo que había leí-

do, como si no quisiera quedarse atrás en relatar historias y contar detalles del pueblo de su país, que nada tenían que ver con la vida que habían tenido los Abugatás. Quería imitar la manera entusiasta con la que su amigo describía los pueblos de Líbano, las playas de Batroun y Byblos, las ruinas de Baalbek, y a las que, por momentos, Rogelio alcanzaba con puntos de referencia ecuatorianos, pero se quedaba siempre atrás cuando Marcel empezaba a contar otro tipo de historias, los atentados con fuego de metralletas al presidente libanés Gemayel, la ocupación de las Granjas de Shebaa por parte de los israelíes en los territorios ocupados de los Altos del Golán. De un día a otro, Rogelio dejó de interesarse en las novelas ecuatorianas y se concentró en libros franceses, preparándose para ir a estudiar a Francia. Tu hermano siempre ha sido un misterio, Cónsul, así que no te martirices, porque lo mismo habría pensado él de ti, viéndote a los quince años obsesionado con un libro escrito seis siglos atrás sobre castigos en el infierno y viajes al Paraíso, para él eras, como dirías tú, un *nerd*. Es que no te puedes imaginar cómo me impactó Dante, Raulito, me desestabilizó por completo, no hacía más que encontrar en la realidad lo que mencionaba en sus versos, como lo que te había pasado con Laura y que era lo mismo que le pasó a Francesca y Paolo en el círculo de la lujuria, ¿te acuerdas? Ahorita mismo no, Cónsul. Pues que eran cuñados, Francesca estaba casada con el hermano de Paolo y un día que estaban solos, Dante dice *soli eravamo e senza alcun sospetto*, leían un libro sobre la historia de amor de Lanzarote y de pronto se miraron a los ojos y Paolo la besó *tutto tremante*. Lo mío no fue exactamente así, Ñato, Laura era mi prima. Ya lo sé, no seas pendejo. Y no fui yo quien la besó, Cónsul, fue ella quien tomó la iniciativa. Yo creía que había sido al revés, Raulito. No, fue ella, Ñato. Ya ves que a mí también me falla la memoria, Raulito. Pero todavía citas a Dante y yo en cambio ni me acuerdo del

número de teléfono de Tania. ¿Cómo está Tania, Raulito? Está cada vez más guapa, viejo, se parece a su madre como una gotita de agua, sólo que su carácter es más suave.

Álvaro intentó muchas veces responderle a Raulito con una larga carta. Siempre volvía a sentirse derrotado. Plagaba borradores de menciones eruditas que desviaban su propósito original y ocultaban la revelación, así que terminaba destruyendo los borradores. Sí le enviaba postales de los cuadros que veía en el Museo Vaticano y en la Galería Nazionale, o incluso reproducciones de ilustradores de la Divina Comedia. ¿Fue entonces que empezaste a escribir con los tarjetones, Cónsul? Sí, fue entonces, Raulito, empecé con las postales, que me exigían escribir poco y breve, y de ahí pasé a los tarjetones que compraba en una papelería al lado del Panteón, donde también compraba cuadernos de tapas florentinas, alguno te envié, ¿te acuerdas? Seguro, Ñato, seguro. Entre las clases de Taviani sobre Dante, las de dibujo, y esa papelería con papeles tan tersos, creo que allí nació mi interés por la pintura. En realidad, estaba un poco asustado. No sabía lo que me estaba ocurriendo, pensaba que era un pasatiempo más, no sospechaba qué sería de mi vida. Si a ti te sorprendía, Cónsul, no te imaginas cómo me sorprendí yo mismo.

Enviarle esas postales era una manera de que Raulito también *viera* lo que él veía y que empezaba a deslumbrarlo: el dibujo y la pintura. De las postales pasó a los tarjetones en los que dibujaba y añadía notas, brevísimas explicaciones que se fueron reduciendo hasta desaparecer a medida que los dibujos se volvían más elaborados.

Pero él no llegó a verlo en sus visitas a Ecuador. La primera vez el padre de Raulito se lo había llevado a Galápagos. La segunda, Álvaro apenas se quedó una semana en Quito porque hicieron un viaje al Oriente con un grupo de amigos de sus

padres. Llamó a la casa de Raulito. Nadie contestó el teléfono. Cuando fue a buscarlo, nadie abrió la puerta. Estuvo a punto de ir hasta Discos Bedoya para preguntarle a Strudel. Finalmente no lo hizo.

Le envió tarjetones comentándole las veces que había intentado verlo. No recibió respuesta. Pensó que Raulito se había resentido con él. No fue así. De nuevo retomaron el contacto con otra carta de Raulito que Álvaro sacó del buzón negro de Vía Pinciana y que lo sorprendió. Aunque venía en el mismo tipo de sobre amarillo de siempre, ahora estaba arrugado, con una cinta adhesiva que se retorcía cerrando la lengüeta del sobre.

Era diferente a las cartas anteriores. Había pocas anécdotas, casi todas volcadas a reflexiones amargas y hasta algún desvarío donde se quebraban las oraciones, a tal punto que, luego de releerla varias veces, pensó que Raulito la había escrito un poco alcoholizado, o bajo el efecto de una droga, o dramáticamente melancólico, porque no había otra forma de entender su manera de escribir y el peso de la distancia frente a Laura, de la que Raulito tampoco había dado tantos detalles.

En respuesta, Álvaro finalmente pudo escribirle una carta completa. Y por primera vez pudo valerse de sus referencias a Dante. Le respondió que la historia con la primita Laura había sido un viaje del Paraíso al Infierno, una *Divina Comedia* a la inversa, no el viaje hacia Beatriz desde el Infierno al Paraíso, sino el abandono de Laura desde el Paraíso hacia el Infierno. También le dijo que se olvidara de su prima, que se buscara otra chica y, en un alarde de lo que empezaba a leer en estos años, del que luego se arrepentiría, añadió que se dejara de vainas con mallarmeanas beatrices de la destrucción. A vuelta de correo, Raulito le preguntó qué pendejada era esa de las «mallarmeanas beatrices de la destrucción». Eras un pedante, Ñato, con tus referen-

cias hipercultas, hecho el intelectualoide a los dieciséis años, me daba un cabreo leer tanta cojudez que citabas cada dos por tres, en vez de decirme las cosas tal cual. Lo sé, Raulito, fui una bestia. Y qué diablos era lo de las mallarmeanas beatrices. Era algo que decía Mallarmé, que la destrucción lo había inspirado, decía «la destrucción fue mi Beatriz». Pedante y exacto, Ñato, sólo que a mí me pasó al revés: Laura fue mi destrucción, ¿no te parece?... ¿No?... ¿No dices nada, Cónsul?

Las cartas siguieron llegando, aunque esporádicamente. En las vacaciones del tercer año en Roma, Álvaro le anunció a Raulito el día de su llegada a Quito. Se reunieron pocas horas después de desempacar las maletas. Raulito fue a buscarlo a su casa. Álvaro escuchó el timbre y bajó corriendo él mismo para abrirle. Se asustó al verlo, casi no lo reconoció: la ropa gastada, descosida, manchada. Los ojos enrojecidos, vidriosos, apenas con un brillo de alegría por reencontrarse después de… ¿tres años? No me acuerdo, Cónsul. Sí, tres años, Raulito. Lo invitó a pasar. Raulito dijo que mejor era que se fueran a caminar. Álvaro no insistió, se despidió de su madre dando un grito y cerró la puerta.

La transformación de Raulito en Quito había sido tan implacable como la suya en Roma. No sólo era cuestión del clima o de Laura, sino la misma adolescencia que giraba a ritmos inesperados. Álvaro lo miró con más atención mientras caminaban alrededor de su casa. Raulito se había convertido en un ejemplar acabado de esa abducción andina: estaba chapudo, con las mejillas rojizas y la piel reseca por el sol serrano y el frío. Estaba más alto, también más encorvado, lo que acentuaba la barriga de Raulito. Hablaba como entre murmullos, con un exceso de gerundios y frases no resueltas. Despedía un discreto olor a sudor pasmado, a fritura recubierta con trazas de limón y cerveza, e iba muy arropado, con chompas de lana o de cuero, que hacía

imposible reconocer al muchacho costeño que iba tan ligero en medio del frío. Te has vuelto un serrano típico, le dijo Álvaro, y Raulito, en vez de reclamar, sonrió quedo y miró a otro lado. Le contó que descubrió el frío en el colegio Mejía, a donde se había cambiado Raulito. Nunca le quedó claro a Álvaro si el cambio fue por cuestiones económicas o porque expulsaron a su amigo del San Gabriel. En el Mejía tenían que hacer natación, le contó Raulito, y había un profesor de gimnasia, retaco y dictatorial, que llevaba unos lentes de culo de botella, el Cacha Flor, que para el examen final los obligaba a lanzarse al agua desde las rampas más altas.

—Sólo aprobaba al que se lanzaba desde los cinco metros, Ñato. Yo a punto estaba de no lanzarme, pero viendo la cara del Cacha Flor, puteándome por cobarde, como lo hacía con todos los que no se lanzaban, no me iba a quedar atrás y me lancé. Fue un frío brutal, Ñato, como caer en medio de una paila y que te dieran vueltas hasta convertirte en helado. Cuando saqué la cabeza, hasta el aire era caliente. Entre el frío y la tembladera, se me fue el calor para siempre.

Ése había sido su bautizo frío en el colegio Mejía. Con razón, pensó Álvaro, qué cambio. Ya era un longo del Mejía, dijo Raulito, y el culpable fue el Cacha Flor.

Raulito terminó el penúltimo año del colegio raspando la suspensión en casi todas las materias, lo que era ya batir un récord mundial hacia abajo, salvo en Historia Natural, y no tenía idea de lo que iba a hacer cuando fuera a la universidad. Ya veremos cuando regrese, le dijo Álvaro, yo voy a estudiar Pintura, a pesar de mis viejos, que me lo permiten sólo si al mismo tiempo hago diseño gráfico, deberías apuntarte a Pintura, que siempre tuviste buena mano para el dibujo. Raulito le dijo que lo pensaría. Horas después de hablar de mil tonterías, el tema de Laura se asomó como un hilito que bien podía

perderse en la conversación. No se perdió: estaba atado al cuerpo de Raulito.

De regreso a Roma para terminar el último año de colegio, luego de haber visto cómo se había desastrado su amigo, Álvaro volvió a su ejemplar de la *Divina Comedia*, revisó los versos del Canto V, y allí, en esos versos donde los dos hermanos caían rendidos uno en brazos del otro, eran otros a quienes él veía: brillaban los cuerpos de Laura y Raulito, engarzados por un libro que también se les caía de las manos. La imagen escrita ocultó la imagen real y le dio una forma definitiva a la que Álvaro podía volver una y otra vez, tanto así que olvidó el murmullo tímido de su amigo cuando le empezó a contar lo que le había pasado con Laura, en medio del humo de los cigarillos y de los tragos de una pequeña cantina de La Mariscal, a donde lo había llevado Raulito. ¿El Woodstock? Ese mismo, Raulito, ya funcionaba en esa época. Allí le contó Raulito a Álvaro del cuerpo de Laura, de los ojos de Laura, de los labios de Laura, de cómo había terminado la historia con Laura.

Raulito habló como nunca había hablado. Lo que le contó se plasmaba en la mente de Álvaro con la precisión rotunda de Dante en las palabras que puso en boca de Francesca, cuando ella cuenta cómo Paolo la besó *tutto tremante*. Álvaro sabía que su amigo estaba pasando un mal rato, pero que se recuperaría, que cuando él volviera a Quito y ambos ingresaran a Bellas Artes, la vida sería diferente. El horizonte es móvil a los diecisiete años y caminaremos liberados hacia ese horizonte, pensaba. Yo no tenía idea, Raulito, ni la menor idea. La puta torre de marfil, Cónsul. Pues era la única que yo había conocido para resistir tantas mudanzas con mis viejos, Raulito. Fíjate que te funcionó la torre de marfil, es lo más sorprendente, tú estás con la mente lúcida, sano, hecho un tigre, Cónsul, y mira cómo he terminado yo, encerrado aquí en Residencia aséptica, a su manera es una

torre de marfil, lo que demuestra que, a cada hombre, tarde o temprano, en algún momento de su vida, le toca encontrarse con su torre de marfil. O con la muerte, Raulito. Calla, Cónsul, a esa no la menciones. Lo decía por mí, viejo, yo que me creía indestructible en esa época ni sospechaba que todo se vendría abajo con la muerte de mi padre. Nadie se lo imaginaba, Cónsul, tu viejo sí que parecía indestructible, a mí hasta me daba miedo cuando iba a tu casa y veía todos esos trofeos de cazador, esas cabezas embalsamadas de tantos animales. No me lo recuerdes, Raulito, eso no me lo recuerdes.

Su padre iba siempre con Rogelio a cazar cuando volvían a Ecuador. A Álvaro no le gustaba ir, así que su padre sólo lo llevaba cuando iban de caza menor, por tórtolas. Él recordaría ese ulular de las tórtolas en los paseos que daría años después en el *Jardin d'Acclimatation*, cerca de la rue Lafitte. Al principio, cargaba un cuaderno para dibujar las montañas y las tórtolas. Se las mostraba a su padre para recibir sus halagos. Este miraba los dibujos un momento, sin darles mucha importancia, y le decía que se concentrara en las tórtolas reales y la cacería tal como lo hacía Rogelio, que parecía un sabueso inquieto que no podía detenerse sino seguir rastreando cualquier señal o atisbo de tórtolas. Una vez que empezaban a caminar por los rastrojos le encargaba a Álvaro los cartuchos y la bolsa de yute para cargar las tórtolas. Recordaba a su padre con dos dedos posados sobre los labios, como si sostuviera un cigarrillo invisible, para decirle que hiciera silencio. Siempre se preguntaba por qué su padre utilizaba dos dedos en vez de uno solo. Nunca se atrevió a preguntárselo. Avanzaba cautelosamente detrás de él, hasta que su padre se detenía, levantaba la escopeta, cerraba un ojo con fuerza como si le guiñara a la muerte y luego de un larguísimo silencio disparaba. El padre resistía el estallido como un resorte firme mientras las tórtolas, espantadas, se dispersaban en vuelo.

Álvaro cerraba los ojos con el disparo y los abría para alegrarse de que huyeran. A la orden de su padre los dos hermanos lo seguían y resultaba que no todas las tórtolas alcanzaron a huir: una o dos habían caído en medio de los sembríos. Un día encontró a una que aleteaba a pesar de que los perdigones le habían volado un ojo y perforado el ala. El padre la recogió, tomó el pico entre sus dedos y le dijo que para no hacerla sufrir debía aprender lo que él iba a hacer: presionó el pico y de un súbito giro de muñeca le torció el cuello. Cuando encontraron dos tórtolas que también estaban agonizando, el padre le dio una a cada hijo. Rogelio lo hizo de inmediato. Álvaro cogió a la tórtola sin convicción, sintió la vibración tibia del animal intentado aletear, y apretó el pico. El conato de aleteo lo asustó y estuvo haciendo esfuerzos para no soltarlo mientras se esparcían las pequeñas plumas de la tórtola. Fueron cinco minutos largos y la tórtola seguía viva, con los ojos desquiciados, con lentos pestañeos. Finalmente se le cayó de las manos. El padre, irritado, la tomó del piso y le torció el cuello. Álvaro se estaba mirando las manos manchadas de sangre con plumas. Lamentaba haber defraudado a su padre. Y lo turbaba ver sus manos con ese color palpitante que rebosaba de pequeños brillos.

Álvaro no quiso ir nunca más. Sólo iba Rogelio, que no sólo era un cazador experto, sino el favorito del padre. Le compraron a Rogelio una Beretta ultraligera de calibre dieciséis porque la Winchester del padre era demasiado pesada. Ése fue apenas el inicio de la colección de armas de Rogelio: vinieron una Rizzini Premier, una Nenelli, luego nuevamente una Beretta, pero esta vez modelo Urika, hasta que terminó heredando la Winchester de su padre, con la que algún día, afirmaba Rogelio, iría a cazar leopardos a las sabanas africanas. Esa colección de armas fue en realidad la solución para Álvaro, que se dedicó a la pintura sin mucho entusiasmo por parte de su padre. Como era tan alto el

gasto en armas invertido para Rogelio, nadie se atrevía a reprocharle a Álvaro que siguiera adelante con su vocación de pintor. El padre lo que necesitaba era un cómplice para las cacerías. Rogelio había asumido ese papel. Incluso se había aficionado a la gente de los pueblos y campos por donde iba a cazar, tan abierto para hablar con los campesinos como el padre: Rogelio se hacía amigo de los indígenas, les hablaba con sus propias expresiones, les ofrecía copitas de aguardiente que llevaba en un botellín y que su padre toleraba con benevolencia sólo por favorecer la afición por la caza de su hijo. Cuando volvieron de Roma, y Rogelio se quedó instalado en París para sus estudios de Medicina, el padre no insistió más para que lo acompañara. Se iba solo los domingos al amanecer. Álvaro aprovechaba para ponerse a pintar en el invernadero de su casa, o ir a algún museo, hasta que el padre volvía con diez o quince tórtolas que las empleadas se encargaban de desplumar y preparar al horno. Álvaro nunca se las comía, lo que terminaba por irritar a su padre.

Cuando el padre enfermó y no tuvo fuerzas para ir de cacería, cambió la relación hacia la afición de su hijo por la pintura. Por la reclusión forzada de su padre enfermo, lo acompañó casi todo el tiempo, y él, a su vez, se interesó por sus trabajos. Álvaro aprovechó esta nueva disposición para empezarle a mostrar sus pinturas y hablar sobre ellas. Recordaría siempre esas semanas como las más intensas que pasó con su padre. Se dio cuenta de que él no entendía su interés por la pintura abstracta. Le parecía absurdo pintar solamente combinando colores y formas que no representaban nada, nada asible. Nada a qué disparar, bromeaba el padre. Álvaro se reía, pero seguía mostrándole bocetos y lienzos. Su padre conocía a muchos pintores, les había organizado exposiciones en los consulados y embajadas en las que había trabajado, y ahora, cuando descubría la manera de pensar de su hijo, poco podía hacer para promover su trabajo artístico,

y hasta se preguntaba en voz alta, delante de Álvaro, cómo era posible que hubiera descubierto ese tipo de pintura de la que nadie hablaba en sus círculos. Sólo cuando le mostraba reproducciones de Monet o Cézanne, veía en su padre una especie de comprensión y se abría un diálogo entre los dos, lo que era de todas maneras parcial, porque lo que destacaba Álvaro en esos pintores eran pequeños detalles en los que el padre ni siquiera se había fijado. El asunto es que vendas, le decía a Álvaro, lo demás es cuento. Álvaro callaba: lo que menos le pasaba por la cabeza era vender sus pinturas porque nadie estaría interesado en comprarlas. Ya se encargaría él de no depender de la venta de sus cuadros. Una noche, para calmar la preocupación de su padre, se animó a decirle que además de pintura estudiaría diseño publicitario. El padre de Álvaro apenas sonrió por el dolor y le dijo que estaba bien.

Rogelio vino de visita, y no quiso ir de cacería, preocupado por la salud del padre. Este le dijo que fuera, que le daría una alegría. Así lo hizo. Trajo unas cuantas tórtolas y un par de conejos que pusieron al padre de buen humor. Como parecía estable, Rogelio se volvió a marchar porque tenía que retomar clases y prácticas. Luego el padre volvió a decaer rápidamente. Álvaro se quedó la mayor parte del día junto a la cama de su padre. Cuando se cansaba, iba a pintar al invernadero. De vez en cuando volvía a la habitación del enfermo y viendo sus muecas de dolor o incluso los gemidos que daba, recordó lo que había aprendido durante las pocas ocasiones que lo había acompañado de cacería. ¿Había alguna forma así de sencilla como la de torcerle el cuello a una tórtola para que su padre dejara de sufrir inútilmente? ¿Podría él tomarle con suavidad la cabeza y de un movimiento rápido aliviarle esa tortura?

Allí empezaron sus insomnios. Se levantaba abruptamente a las dos de la madrugada para ir a ver cómo estaba su padre. A

veces su madre estaba a su lado, medio dormida, y la enviaba a la cama diciéndole que él se encargaba. Una noche, horas antes del amanecer, dejó a su padre dormido, se puso una chompa, fue al invernadero y colocó un lienzo sin saber con exactitud qué iba a pintar. Al ver cómo la noche empezaba a diluirse lentamente alrededor de los picos del Pichincha en un color lo más parecido a un profundo azul de Prusia, decidió empezar a pintarlo. El amanecer se iba aclarando cada vez más. Él resistía con la tonalidad que le había llamado la atención y que parecía moverse rápidamente hacia el oeste. Sostenía el pincel embebido con el acrílico cuando sintió que alguien se asomaba a sus espaldas.

No se movió, no se dio la vuelta, ni siquiera respiró por unos segundos, para que su padre pudiera verlo por primera vez pintando. Acaso se aproximaría y, en silencio, observando la superficie de bordes limpios del lienzo con esas manchas azules que empezaban a tomar el cuerpo afantasmado de una aparición, su padre haría sonar las zapatillas en el piso de madera del invernadero, tosería discretamente para anunciar su presencia y, con la voz débil de los últimos días, le diría que al fin había entendido qué era lo que le interesaba pintar, que lo comprendía, que siguiera adelante.

Álvaro percibió la presencia de su padre, con ese silencio parecido al que le imponían sus dos dedos sobre los labios en las caserías, y hasta por un segundo se estremeció pensando que él mismo se había convertido en una presa, en una de esas tórtolas que no sospechaban que venían por ellas y que todo acabaría con el brutal estallido de un disparo. Álvaro se sintió incómodo e iba a dejar de fingir que no se había dado cuenta de su presencia cuando escuchó la voz de su padre susurrándole que no se moviera, que siguiera pintando, que no había venido a distraerlo. La calma de su padre lo hizo sonreír porque no entendía de dón-

de había sacado fuerzas para sugerir calma, cuando él mismo no la tenía para resistir el dolor.

Dio media vuelta mientras le decía que cómo había cometido la imprudencia de salir al frío del invernadero. Se quedó con la palabra en la boca. No había nadie detrás de él.

Así fue la última noche del padre de Álvaro.

—Manjar de los dioses, Ñato —dijo Raulito saboreando el cebiche—. Ahora una bielita para refrescar esta garganta de tarro.

—Te estás jodiendo con tanto alcohol, Raulito —dijo Álvaro—. Sólo trago y trago. Te voy a decir el *Mono Temático*.

—Gracias por la invitación, Cónsul. Pero no me friegues el banquete. Además, el que está jodido eres tú por chullacromático. No me dirás que eso de querer pintar sólo con un color es algo normal. El Gringo te ha sacado de las casillas en clase, ¿no? Lo de haberlo traído para la conferencia parece hecho aposta por el doctorcito Ramírez para cargarse tu chullacromatismo.

—Es alemán, no gringo —dijo Álvaro.

—Y dale con la misma vaina —dijo Raulito rozando con la punta de los dedos el haz de sol que caía al borde de la sombrilla—. Y casi la cagas poniéndonos en evidencia con el doctorcito. ¿Cómo se te ocurre preguntar tan temprano en la mañana y yo durmiendo? —Ya que terminaste, vamos a ver a tu tío.

—¿A Strudel? —Raulito se frotó las manos como si se esparciera el poco de sol que rozó con la punta de los dedos.

Álvaro buscó en la billetera para pagar. Se levantó, se acercó al mostrador y pagó.

—Sí —dijo—. Quiero ver si tiene algo de Sidney Bechet.

—Te tiene orate el cuadro de la Gilbert, Cónsul. Vamos, pues.

Llegaron casi al final de la avenida Amazonas y vieron el local de Discos Bedoya. No había cambiado en nada: las mismas

vitrinas a tope de discos long—play, ligeramente polvorientas en las esquinas, el letrero y los afiches con letras irregulares, de colores planos, y las siglas indescifrables EMI, JVC, y la más memorable: la de RCA VICTOR con el gramófono y Nipper, el perrito alerta que parece no saber qué suena dentro de la bocina. ¿Realmente Nipper escucha o ve? ¿Qué ve?, se preguntó Álvaro mientras Raulito entraba en la tienda.

Allí estaba el hijo pródigo, pensó: Strudel abrió los brazos con gran escándalo abandonando a los clientes. ¿Le contaría finalmente las aventuras en Alemania que le había resumido Raulito en sus cartas? ¿Los conciertos de Mingus? ¿Lo que había pensado aquí antes de marcharse? ¿Lo qué pensó allá para finalmente volver? Strudel era un mensajero de mi propio futuro, Raulito, lo que yo estaba a punto de hacer: marcharme.

—Ya me decía por qué no venías —dijo Strudel.

Álvaro se alegró por el tuteo, mientras veía cómo se le entristecía el rostro a Strudel por un recuerdo súbito.

—Antes que nada…—empezó a decir—. Lamento mucho lo de tu papá. Me habría gustado acompañarlos. Estuve de viaje por el manso Guayas. Espero que Raulito te lo haya explicado.

—Se lo dije, tío.

Sí, me lo habías dicho meses atrás, Raulito, cómo iba a olvidarlo, estuviste conmigo, te quedaste toda la noche en el velatorio, ayudaste a cargar el ataúd de mi viejo, te quedaste sobrio por primera vez en meses, y cuando volvimos a casa y fui yo el que quería echarse unos tragos, estuviste medido, me llevaste a tus antros a los que no sabía llegar y de los que no habría podido volver si no me hubieras llevado de la mano. Era lo menos que podía hacer, Ñato, lo peor es la muerte de un taita. Sí, yo iba dando tumbos y cuando llegué a casa vomité en plena sala. Mi vieja no me dijo nada, estaba hecha polvo la pobre. Me imagino, Abu. Rogelio, en cambio, me dio una requintada, que era una falta de

respeto a la vieja. Tu papá estaba todavía tibio en la tumba y tu hermano ya asumía de padre. Sólo fue esa vez, Raulito, nunca lo volvió a hacer, más bien los papeles cambiaron poco después, ¿te acuerdas?

—Pero no nos pongamos tristes, pasen, pasen —dijo Strudel—. Vamos por un café. Queda algo de tarta.

Pasaron al Patio de los Cristales. Seguía igual: el amplio sofá recubierto de mantas, la estantería de libros, la repisa de hormigón con la pequeña hornilla, los sillones de mimbre, las mismas macetas de barro con cactus y el arriate que, sin embargo, estaba con las plantas secas, y sobre todo los vidrios del invernadero por los que podía mirar las cimas del Pichincha asomando por encima del muro medianero y de la casa vecina. Y allí, echado, seguía Bobbie, más viejo y perezoso. Alzó las orejas al escucharlos, no levantó la cabeza. Raulito lo sacó del sofá y Bobbie, a regañadientes, se abrió camino hasta volver a echarse al lado de una silla de mimbre. Strudel desmontó la cafetera, la rellenó de agua, de café. Se infló de golpe: la cafetera es italiana, dijo para darle gusto a Álvaro, pero el mejor café es de Colombia. Prendió el fuego de la hornilla, colocó la cafetera, abrió una gaveta, sacó dos cucharitas, platitos, tazas.

Mira que decirle *Strudel*, Raulito, vaya nombre más cojudo. Tenía su historia, Cónsul, tenía su historia. Lo sé, compadre, y me encantaba su historia, porque pudo ser la mía, qué pena que nunca la supimos completa y a tiempo. Por supuesto, no se llamaba Strudel, sino Octavio Ildefonso Lenin Bedoya. Sí, viejo, mejor era llamarlo Strudel. Esta manía de los nombres largos, certificados de que hay, de que no hay, de que hubo, de que nada, hasta que viene el segundo bautizo, Raulito, y el apodo o la apócope desenvainan el lado cortante de la verdad. Strudel es hermano de la tía Carmen y ambos son primos de los hermanos Coloma. Espera, Raulito, que eso nunca me quedó claro: ¿se

casaron entre primos? Así es, viejo, la tía Carmen se casó con el hermano de mi papá, primos. O sea, que es tía tuya dos veces. Eso. Qué embrollo. Lo que Álvaro no le dijo a Raulito es que Laura, entonces, era dos veces prima suya. Mejor ni tocarle el tema.

Strudel habría sido un intérprete más de la familia de músicos, de no haber sido porque sentía que no tenía tanto talento para el canto y los instrumentos, aunque sí la capacidad de estudio y trabajo. Así que postuló a una beca para estudiar musicología en la *Hochschule für Musik* de Freiburg y la ganó. Algo había de justicia poética, pensó. No podría ser músico, pero estudiaría la música de su país como no lo había hecho nadie en la familia. Culpa de la rama Bedoya, le dijeron los Coloma, porque eran profesores universitarios. El padre de Strudel, Juanito y Carmen, don Ramiro Bedoya era un viejo profesor de Filosofía marxista en la Universidad Central, encerrado en sus libros y que, al parecer, lo único que había conseguido frente a su esposa era ponerles a sus hijos un tercer excéntrico nombre de raigambre marxista. Aunque por su familia materna todo indicaba que seguiría la tradición de la música nacional, en Freiburg quedó deslumbrado con los conciertos de *jazz* y *rock*, y le pareció cada vez menos importante la música de su país frente a lo que estaba pasando en el mundo a inicios de la década de 1960: tantos grupos, estilos, innovaciones, y allá, en Ecuador, nada de eso llegaba o llegaba tarde, salvo los libros marxistas de su padre que circulaban no sabía cómo y en ediciones nuevecitas. Así que además de estudiar los orígenes de la música de su país, Strudel se dedicó a escaparse de Friburgo los fines de semana en viajes a conciertos en Berlín, Damrstadt, Bonn, Hamburgo, y a veces, sacrificando comidas y otros gastos, iba hasta Londres y París. De pronto descubrió un mundo con tantas posibilidades, que quería aprovechar todas las que pudiera. No resultó como pen-

saba. Mientras él más quería que lo introdujeran en las nuevas corrientes musicales, apenas lo escuchaban o lo veían, como si su rostro oscuro, de pómulos marcados y nariz ganchuda, invitara a preguntar qué pasaba en Bolivia, en Perú, en Colombia, en Cuba —en Ecuador ni de asomo, eso quedaba en África, ¿no?—, y que podía concluir en preguntas inverosímiles sobre si había un sentido místico en llevar poncho o por qué él no llevaba el pelo atado en una cola. Todo el mundo quería saber de esos remotos puntos de América Latina que se desdibujaban sin fronteras, y él, resumiendo, decía una y otra vez que no tenía la menor idea o callaba, lo que acentuaba involuntariamente el enigma que buscaba borrar. El asunto fue a más luego del 9 de octubre de 1967, con la muerte de Ernesto Che Guevara en Bolivia. ¿Quién era el Che, qué hacía un argentino enviado por Cuba a Bolivia, por qué peleaban en el Congo? Strudel callaba, alzaba los hombros, suspiraba. Lo consultaron como si fuera un experto y él que había querido olvidar el embrollo marxista de su padre. Terminó por no querer salir de Freiburg, donde los alemanes eran menos entrometidos. Se encerraba a escuchar música y a estudiar entre montañas de partituras. Cuando no salía a comer, se preparaba en casa el único plato que le gustaba de la gastronomía alemana, por sano, por fácil, por barato, por resistente: los postres de manzana, el delicioso strudel. Hacía paseos interminables por la Selva Negra, en parte porque no quería ver más gente que se le avalanzaba a preguntarle por América Latina, sobre todo porque el paisaje de la Schwarzwald le recordaba las colinas suaves de los valles quiteños y varios rincones de Cotacachi, la tierra de los Coloma. Estaba *solo, solito*, les escribía a sus primos. *Vuélvete, carajo,* le decían los primos.

Pero él no volvía. De tanta soledad una noche en un concierto en el que se presentaba Charles Mingus, se quedó pasmado cuando encontró a dos rubias, una alemana de pómulos altos

y labios rígidos, más bien seca y dura, y la otra, una californiana monumental y sonrisitas, la que empezó conversando con él sin hacerle ninguna pregunta cuando supo que venía de Sudamérica, sin decirle nada de los ídolos que lo perseguían como fantasmas tutelares. No así la rubia de pómulos altos, que tampoco dijo nada y lo miró de reojo, un segundo apenas, una mirada, un brillito vivo en su cara de palo, como que entendía o quería entender. Tampoco conversó con él, enfrascada en beber cerveza y escuchar la música. Fue la californiana quien se volcó a hablar de Mingus, de que era divino y que ahora se lo veía cansado, que ya no era el mismo. Por curiosidad y por darle cuerda a la rubia, Strudel le dijo que se explicara. Ella contó que había escuchado a Charles Mingus en su mejor época, en el festival de Newport, cuando tocaban con él Richard Williams, Booker Ervin y Roland Hanna. Habían pasado diez años. Ahora no era lo mismo, había perdido empuje. Strudel casi se indigna porque Mingus era su reciente dios particular. Como no quebraron la conversación hacia ninguno de sus demonizados temas de origen, lo dejó pasar y se dejó envolver por el parloteo de la californiana. La alemana seguía sin decir nada, ni siquiera le dio otra mirada de reojo cuando Strudel empezó a hablar de *jazz* y explicó que estudiaba música en Friburgo. Mientras la californiana le daba cervezas susurrándole al oído anécdotas y chismes sobre Mingus, y de paso le rozaba la oreja con la puntita de la lengua, Strudel veía el rostro de la alemana, intrigado por su sequedad, tan triste ella, y algo había que le recordó, sin saber bien por qué, ese rostro perdido de las ancianas indígenas que iban de visita a la casita de su familia materna en Cotacachi: inexpugnables, como si royeran los pedruscos de un vientre destruido o abandonado. Strudel llevó la fiesta en calma y se dejó llevar. Se acostó esa misma noche con la californiana. Al día siguiente, desnuda y enorme en la cama, con los senos más grandes que había visto en su

vida, ella le dijo que lo había confundido con un mexicano, que era decirle que le daba igual que fuera de Ecuador o de cualquier otro lugar siempre que fuera más abajo del río Bravo. No la volvió a ver. A la que sí volvió a ver fue a la alemana, y casi le dio un susto cuando los mismos pómulos, los mismos labios duros, la misma expresión inescrutable reaparecieron para finalmente revelarle lo que no habló ni por asomo esa noche.

Fue de vuelta a Quito, cuando al leer el periódico vio la noticia del encarcelamiento de Gudrun Ensslin en Hamburgo. Era ella, no había duda: la musa fría de la banda terrorista de los BaaderMeinhof, la implacable de la *Rote Armee Fraktion*. No se lo dijo a nadie, como tampoco a nadie le explicó que ahora entendía que todos los que le preguntaban por la revolución y la guerrilla sólo lo hacían para hacerse los interesantes, cuando la misma Ensslin, la dama roja, ni siquiera abrió la boca.

Chi ama assai, parla poco, recordó Álvaro una de las expresiones recurrentes de Taviani. Eso era: quien ama mucho, habla poco o no dice nada. Strudel había cambiado de pensamiento y de domicilio. Había regresado a Ecuador porque extrañaba el sabor de su tierra y había acumulado los conocimientos en música que consideró suficientes. Necesitaba, decía, hacer trabajo de campo, *in situ*. La razón verdadera era que se le había acabado la beca y las renovaciones y no tenía la menor gana de hacer trabajos como los turcos para sobrevivir en un país donde lo seguían viendo como mensajero-del-futuro-y-de-la-revolución.

Sin embargo, diría luego Strudel, cuando se vuelve, todo se revuelve. A poco de instalarse en Quito, descubrió que sus estudios alemanes no le sirvieron para conseguir ninguna plaza de profesor en el Conservatorio, donde lo miraban con sospecha, no por ser un Bedoya, sino por ser parte de una familia de músicos, los Coloma. Así que se sumó a la ola de ventas de discos de la industria discográfica. Con el apoyo de la fami-

lia abrió Discos Bedoya, con la leyenda discreta por pequeña, colocada bajo el nombre, pero pretensiosa por lo que decía: *Las músicas del mundo*. No sólo se vendían discos de música nacional sino de música clásica, de rock, de lo que se pudiera vender porque sólo había un puñado de tiendas de discos de verdadera calidad, además de ser un espacio de discusión sobre música, lo que era el verdadero deleite de Strudel. Discos Bedoya tenía un amplio espacio de atención al público, donde se colocaban los muestrarios de los discos, una esquina interior con un par de sillones para escuchar las grabaciones y que se desmontaba rápido para organizar debates, evocando las tertulias en las que había participado en Alemania. También había un despacho pequeño con dos escritorios y, al fondo, pasando el pequeño corredor, se llegaba al Patio de los Cristales, un pequeño patio interior que Strudel techó como si fuera un invernadero. Colocó tres cazuelas de barro con cactus y un arriate en forma de herradura donde sobresalían arbustos de manzanilla y de menta, y varias macetas con cebollas y geranios. Estrenó las sillas de mimbre, la estantería de medio cuerpo con libros que se inclinaban a derecha e izquierda, y como eje o mirador del patio, estaba el plácido sofá cubierto de tantas mantas que no se podía saber qué mismo soportaba ese arcoiris lanudo y deshilachado, una invitación viva a echarse en él, y donde Raulito y Laura habían encontrado su único rincón. Esto cuando el habitante permanente del lugar, Bobbie, de mala gana se movía para continuar su siesta interminable del sofá a las sillas de mimbre que tenían, todas, un cojín rojo. Puso también una mesita donde se servía café para los amigos y la familia, acompañado por el postre marca de la casa: los pasteles de manzana. Strudel siempre estaba ocupado atendiendo al público, a distribuidores y músicos, y propiciando lo que se volvió una obsesión para él: un acercamiento

filosófico a la raíz de la música indígena. Empezó a traer a los *taita-maytrus* para charlas inverosímiles en las que éstos casi no abrían la boca salvo para responder con monosílabos a los elaborados discursos de Strudel sobre la migración de la dulzaina desde la Edad Media hasta los páramos andinos, o para debatir sobre el sonido profundo de los tambores huancaras y sus nexos con otras tradiciones tamboriles de la costa del Pacífico. El local fue viento en popa a pesar de las veleidades del propietario que le alegraban la vida, a tal punto que se daba lujos en las charlas y hacía digresiones trufadas de germanismos *more* Adorno y Escuela de Frankfurt, un indicio de que los mecanismos mentales que Strudel había asimilado en Alemania eran un revoltijo que producía ruido sin saber a dónde se dirigía. Un día, finalmente, contó la anécdota de su encuentro con Gudrun Ensslin. Algo vibró en el ambiente: seguramente fue una fantasía suya, pero no, algo sí vibró, y un par de muchachos lo vieron con admiración. En las tertulias de Discos Bedoya, en el Patio de los Cristales, se empezó a hablar de política y se aplaudía fervorosamente el rescate etnomusical del profesor Bedoya. Discretamente fue arrinconada la música de rock que tanto le gustaba, a pesar de que vendía bien, aunque no tanto como los duetos y tercetos de música ecuatoriana. Para cuando se dio cuenta, Strudel empezó a recibir visitas de europeos del este, de cubanos y exiliados sudamericanos. De cuando en cuando, aparecía algún antiguo compañero de su antigua facultad, o amigos de esa época alemana como Thomas Markai, un ejecutivo húngaro que pasaba regularmente por Quito para hacer negocios en América Latina, o Petrus Greiner, un librero de Bad Nauheim que vivía fascinado comparando la Selva Negra con las suaves colinas y pendientes de Cumbayá, remarcando que el clima era mucho más puro en esta zona andina. El local se convirtió en un punto de encuentro informal donde

se mezclaba todo tipo de personajes previo a la farra que luego seguirían en los bares cercanos. En esa época Strudel conoció a algunos de sus mejores amigos: Chiang Kai-shek Villalba y el Omoto Pérez. Precisamente el chino Chiang había abierto un bar a dos calles de Discos Bedoya, el Woodstock, donde trabajaba con el Omoto Pérez y que se había convertido en el bar de referencia para artistas, poetas y el resto de la bohemia que empezó a pulular por esa zona de La Mariscal. En la disquera de Strudel nunca faltaban los Coloma y la tropa de colegas músicos, radiodifusores, periodistas, distribuidores musicales y dueños de bares y locales que venían a Discos Bedoya, a pesar de la rarísima palabrería de Strudel, para consultar sobre los «hermanos» o «hermanas» más promisorios del pasillo ecuatoriano de los próximos meses. Nunca faltaba Laura, que llevaba a Raulito sin mucho esfuerzo. Lo tenía detrás, como un guardaespaldas lánguido. Raulito deliraba por los postres del tío Strudel, quien terminaba regalándoles discos de muestra para que escucharan antes que nadie lo que se pondría de moda. Por lo general eran discos sencillos de siete pulgadas y algún que otro LP. Aunque parecía que Strudel hubiera cedido terreno frente a la ola de música ecuatoriana que arrasaba en su negocio, siempre guardaba su oído para otros ritmos y grupos. En realidad, entre tanto flujo de músicas, Strudel se había vuelto ecléctico. Sólo en algunos clientes, y en especial en sus dos sobrinos, encontró interlocutores con quienes compartía sus gustos musicales, y a quienes se aplicó a contarles la experiencia de sus viajes, su cultura dispersa y brumosa en la que siempre rebuscaba citas, alusiones y pensamientos que despejaban el paisaje turbio de su cultura que no era estrictamente musical.

La cafetera empezó a silbar. Bobbie levantó la cabeza, mirando con desconfianza el bufido humeante. Gruñó.

—Ya la escuché, Bobbie —dijo Strudel apagando el fuego, y el perro volvió a recostarse—. Este perro se hace el sordo, no dice ni mu cuando ponemos música. Sí reacciona con la cafetera. ¿Una o dos de azúcar?

Álvaro asintió: Una. Estaba atento, sin hablar, oliendo el café, pensando en que también Strudel terminó por volver, y para qué, para tener en secreto lo que había estudiado y aprendido, y soltarlo de vez en cuando, con énfasis, como quien saca a pasear a una mascota verosímil. ¿Para servir café, para vender discos, para tener la licencia de hablarle de tú a un chico de veinte años, sin que nadie lo comprenda, sin ganas de que lo comprendan? No había más aventuras en Strudel, pensó Abugatás. Los héroes no sirven café. ¿O sí lo sirven y él no podía comprenderlo? Tomó el primer sorbo de la taza pensando: *tengo que marcharme de este país, tengo que ver cómo se lo digo a Raulito*.

—El mejor —repitió Strudel—. Café colombiano.

—A mí me sabe igual —refunfuñó Raulito.

Sentado en la calma del Patio de los Cristales, Álvaro se sentía cómodo. Se preguntó por qué él no tenía un lugar así de apacible, por qué no le había ocurrido una historia como la de Raulito con Laura, con lo difícil que había sido, pero con un lugar así, recluido del mundo, donde el mundo se volvía tibio y con ese perfume de madera vieja, terroso, como si siempre hubiera estado allí. Raulito, en cambio, no parecía estar muy cómodo allí, medio tumbado en el sofá multicolor, escarbando en sus bolsillos de los que sacaba cantos rodados que colocaba en la mesita, al lado de las tazas y la cafetera humeante, trazando un círculo. Bobbie alzaba las orejas cuando lo veía moverlas. Ya estabas con lo de las piedras, Raulito, las llevabas en los bolsillos como si fueran canicas, y las sacabas para hacer montoncitos en cualquier sitio donde te quedabas sentado.

Eran bocetos, Cónsul, mapas a escala, el bueno de Bobbie se me quedaba viendo como si no entendiera qué mismo hacía. Nadie lo entendía, Raulito, ni siquiera yo me daba cuenta, hasta que lo hiciste evidente.

Sí, Ñato, qué habría sido de mí sin mis piedritas, es lo único que va a quedar de mí. Te olvidas de tu hija, Raulito. Qué bestia que soy, Ñato, hasta me olvidé de ella. Voy a tener que conseguirme una libreta y empezar a apuntar para no olvidarme lo importante.

Álvaro preguntó por Sidney Bechet. Strudel, que tomaba un poco ensoñado su café, volvió a tener el rostro vivo, los ojos alertas al oír el nombre del músico, entusiasmado porque al amigo de su sobrino le gustara el *jazz*, el buen *jazz*.

—Cuentos, tío —dijo Raulito, dejando a un lado el círculo de piedras que había hecho en el centro de la mesita—. A este lo que le interesa es un cuadro.

—No entiendo —dijo Strudel.

—Verás, tío —dijo Raulito, y le explicó que se trataba del cuadro de Araceli Gilbert en homenaje al músico negro: el *Réquiem por Sidney Bechet*.

—Sé poco de pintura —suspiró Strudel—. Y miren que aquí pasa la bola de pintores. Sí creo que tengo un par de cositas de Bechet. Voy a ver. Ustedes coman tranquilos y tómense otro cafecito, que se les enfría.

Raulito no había tocado el pastel. Dio un sorbo al café, lo colocó en el centro del círculo de cantos rodados, alisó las mantas que cubrían el respaldo del sofá, y se echó lentamente, reposando la cabeza, mirando al techo acristalado abierto al cielo, a la maciza cumbre verde del Pichincha, erguida como un frontón, como un guardián tutelar, amenazante y al mismo tiempo protector. A Álvaro, mientras comía el pastel de manzana, no se le escapó la mirada perdida de su amigo.

—¿Fue aquí, no? —preguntó.

Su amigo seguía mirando la cima del Pichincha. Estaba buscando otra piedrita en el bolsillo. Parecía no haber escuchado la pregunta. Finalmente, sacó la mano del bolsillo y se quedó mirando la piedrita. Era blanca. Al abrir la mano en medio del círculo de seis piedritas negras, posó la blanca en medio. Bobbie levantó de nuevo las orejas, miró la piedrita blanca, sacudió el hocico y se volvió a recostar.

—Aquí mismo, Cónsul.

Una aguda lucidez brilló en sus ojos. Está de vuelta, pensó Álvaro. Raulito se levantó del sofá y fue hasta la estantería de los libros. Sacó uno y empezó a pasar las hojas del librito, sin ganas de leerlo, sino como si quisiera recordar que en algún momento lo había leído.

—Tú no te has enchuchado con nadie, ¿no? —dijo Raulito—. Ni siquiera con Elianita. Mira que la tienes de media vuelta a la pobre. Y de las italianas nunca me has dicho nada.

—Tengo mis historias —dijo Álvaro.

Raulito puso el índice entre las páginas, cerró el libro, encaró de nuevo a su amigo.

—Puro cuento —dijo—. Qué historias serán.

Dejó el libro encima de los demás, volvió al sofá y, al paso, le dio un suave puntapié a Bobbie. El perro dio un chillido y se desplazó unos centímetros, gruñendo.

—Qué manía la tuya de darle patadas —dijo Abugatás.

—Pataditas nomás —dijo Raulito—. El asunto es que no vamos a entendernos. Tú pasas como rozando las cosas, curioso, divirtiéndote, profundizando en Bechet o en la Gilbert. Yo estoy como enganchado, como si me hubieran salido raíces y de pronto me quisieran trasladar a otro sitio tirando de las raíces, llámalo como quieras. No se puede decir, y si lo digo, aguas. Caí como un cojudo con Laura.

Ya me habría gustado a mí pasar por lo que te ha pasado, pensó Álvaro, tus desgarros son imaginarios: estás aquí, no te has movido, tienes este rincón, la tuviste a ella. En el fondo no has cambiado: fue como cuando lloraste en tu cuarto recordando a tu mamá. Entonces sí que te habían desgarrado de Guayaquil.

—¿La has vuelto a ver? —preguntó.

Raulito se levantó del sofá, buscando a Bobbie, agachándose para acariciarle el lomo, disculpándose por haberle dado un puntapié. Bobbie no le hizo caso. Álvaro dejó el plato vacío en el borde de la mesita con el círculo de piedras.

—No —dijo Raulito—. Apenas cumplió dieciocho se fue a vivir con un director de teatro colombiano, Néstor Arango. Sus viejos estaban hechos una furia, sobre todo mi tía Carmen. No querían ni verla. A mí me dijo que estaba harta de su familia, que la música no era lo suyo, que estaba cansada de esta dinastía de mediopelo de los Coloma. No tenía el menor remordimiento por haberme dejado a un lado un año atrás. Nada, Ñato. Alguna vez me había dicho: te imaginas si seguimos juntos, Coloma & Coloma, como para salir corriendo. Y se fue corriendo.

—¿Pero sigue en Quito?

—Van de gira por varios sitios —dijo Raulito—. Una vez me los encontré aquí. Strudel estaba más nervioso que yo. Ese colombiano, Arango, es un güevón, un barbudo que siempre pasa mudo. Le lleva diez años a Laura. No sé qué le ve ella. Conmigo siempre fue amable, cariñosa, que primito y primito y dale con seguir despeinándome. No me quejo de eso. Hubiera querido cabrearme, odiarla, mandarla al diablo. No pude, Ñato. Fue una desgracia que fuera mi prima. Sus viejos no lo supieron nunca. Ella era experta para despistarlos. Me sentí como extranjero en mi propia familia, con la única complicidad del Strudel,

que tampoco se atrevía a decirme nada. Extranjero otra vez, Ñato. Cambiemos de tema, mejor.

Y lo dice, pensó Abugatás, hasta tú eres extranjero, Raulito.

—¿En serio no te amarraste con ninguna italianita?

—Nada serio —sonrió Álvaro—. Me hacía el difícil. Cuando sabes que tienes que volver, uno debería tomárselo a la ligera, pero yo me la tomaba a la seria. Además, qué iba a hacer, no podía quedarme, mis viejos se venían. Me imaginaba un dramón sentimental.

—Qué cojudo —dijo Raulito—. Estabas en la tierra de los dramones y rodeado de italianas a pedir de mano. Puta que Dios da barbas al que no tiene quijada. Tú siempre un güevonazo con impermeable. Todo te resbala, nada te toca. ¿Cómo lo haces?

—La costumbre de ir de un sitio a otro.

—Cónsul, pues.

Ahora sí, dos pájaros de un solo tiro, éntrale, pensó Álvaro:

—Ya quisiera que me salieran raíces como a ti —dijo—. Ahora mismo ni siquiera sé si voy a quedarme más tiempo por aquí.

Raulito se sentó en una de las sillas de mimbre, como si quisiera tomar distancia y mirarlo mejor. Estaba sorprendido.

—¿Te vas de nuevo? No me digas que tu vieja quiere irse.

—Para nada.

—¿Entonces?

—*L'élan acquis* —dijo Álvaro.

Ahorita se cabrea Raulito por citar en otro idioma, pensó.

¿Pero por qué tendría que callarme? ¿Para terminar como Strudel? Quizá debería abrirme una tienda de pinturas y listo, mi vieja tranquila y el viejo en su tumba, contento, porque puse los pies en la tierra, la misma en la que está enterrado. Vasija de barro, Raulito, la canción que detestabas es la que mejor nos

pinta: *yo-quieroque-a-mí-me-entierren-junto-a-mis-ante-pasados*. Estoy cagado. De barro, Raulito.

—¿Lelan aquí? ¿Quién es Lelan?...

—*L'élan acquis*, Raulito. Gide, el impulso adquirido… o el vicio de mi taita, como dices. ¿Sabías que a mi viejo le decían Pata Loca?

Raulito se enderezó:

—¿Estás hablando en serio?

—Te juro —dijo—. Le decían Pata Loca.

—Digo lo de irte de nuevo, güevón. ¿Es en serio?

Sí, Raulito, me iba a marchar. Eso te preocupaba, yo lo sabía, mirándome alerta, esperando una respuesta definitiva. Pero no había respuesta, Raulito, yo estaba muerto de miedo y tenía que buscar pretextos, justificaciones. Al principio no te entendía, Cónsul, pero no sabes cómo aprecié que te quedaras todavía un año más. ¿Qué podía hacer, si no sabía cómo era marcharse por mi propia cuenta, mis viejos siempre me habían llevado y organizado todo, pero esta vez yo iba a irme solo. Fuiste valiente, Ñato, te admiré, nunca he dejado de hacerlo. Irme no era valentía, Raulito, era una costumbre, también un hartazgo y una fuga sin fin.

—Es en serio, entonces —dijo Raulito—. Tú eres el Pata Loca, Ñato. Igualito a tu viejo.

6

Dora Lerner se marchó sin mirar atrás. No avisó a nadie, no tuvo ninguna forma de piedad para Dieter, el berlinés, que descubrió con esa marcha que su deseo se había enraizado en ella. Fue arrancado de cuajo. No es que ella no tuviera deseo, sólo que no se concentraba en un cuerpo único, como ocurría con Dieter, sino que se abalanzaba hacia el horizonte, hacia-otro-sitio del que había escuchado hablar y no conocía. Era tan fuerte y vertiginoso ese deseo, que la dejaba inmóvil, pasmada. Por eso ella se podía quedar quieta durante varias horas cuando Landor la pintaba. Miraba con los ojos abiertos resistiendo lo que veía, calculaba por dónde enfrentarlo cuando llegara el momento. Ella sospechaba hasta de la posibilidad de que fuera una distorsión óptica lo que observaba, un trampantojo que pudiera llevarla a la muerte, un falso horizonte. Cuando Landor revisó, cuarenta y dos años más tarde, el ojo pendiente en el cuadro inacabado —y que ahora se conoce como *Heterocromía de Dora Lerner*— llegó a la conclusión de que sólo se abren los ojos de esa manera, como lo hacía ella, no porque había visto algo nuevo sino porque había reconocido algo que ya había visto y que no esperaba volver a ver. Felina, suspicaz, estaba armada de todas las defensas, más alerta mientras más frágil, lista para anticiparse a los predadores

y a la muerte. Eran los ojos que moldea el terror. Su amigo Dieter, pensó Landor, había quedado atrapado por esa mirada. Se había equivocado. No supo ver esa alerta en ella. Vio sus ojos, su forma, su apertura esférica, el brillo acuoso que lustra su agudeza, y se creyó observado a fondo y se abismó en ellos. Pero no la vio porque no sabía lo que ella realmente estaba viendo. Lo sabría dentro de poco.

El encadenamiento del mundo

Dos meses después de que Dora Lerner se marchara a París, Dieter fue tras ella. Las primeras semanas resultaron un drama. También una suerte, pensó Landor años después, porque nada habría pasado en su vida tal como pasó. No sospechó que la marcha de ella y del berlinés era la señal definitiva de que su vida estaría marcada por el movimiento. El viaje por carretera le tomó a Dieter dos días conduciendo a solas su viejo Trabant, sin saber si la encontraría, si ella se alegraría de verlo, si estaba dispuesta a aceptarlo y, en el caso de que ella no lo aceptara, si conseguiría el dinero para pagarse la gasolina del regreso a Dresde. Envíame una postal, le dijo Landor, y me cuentas cómo te fue.

No le envió una postal, sino una carta apresurada que su amigo escribió el mismo día de su llegada. Empezaba con un dibujo del berlinés retratándose a sí mismo como un titán apoyando las dos manos en los campanarios de Nôtre Dame / «aquí me tienes, como uno de tus queridos titanes, para que veas que todavía no se han extinguido» /, también describía su llegada, que la primavera era mucho más amable que en Dresde y que el día anterior su paisano, el piloto alemán Edgar Barth, había quedado en séptimo lugar en el circuito de Le Mans. Describió también el

hotelito del boulevard Edgar Quinet que le había recomendado Dora y la cita que tendría al día siguiente con ella, que apenas tuvo tiempo de dejarle un mensaje en el hotel porque debía volver rápidamente al noroeste de París para cuidar a los niños de un matrimonio francés hasta el día siguiente. La carta terminaba con una parrafada de entusiasmo por esa sensación de libertad que no había sentido nunca y que vivió por primera vez en las calles de París, como si hubiera ido para pasar ese día intenso y no el tiempo impreciso que nunca quiso calcular, y que haría lo posible para quedarse allí, atrapado en su fascinación por Dora, pero también sorprendido por la variedad de autos nuevos que parecían ir de un sitio a otro con una velocidad que nunca había visto en Alemania del Este y que dejaban a su Trabant como un cachivache motorizado de otro mundo. A continuación, venía un garabato que Landor creyó que se trataba de un guerrero griego colocado de perfil y con los brazos abiertos como si el *Hombre de Vitrubio* de Leonardo da Vinci hubiera volteado el rostro a un lado dispuesto a dar un salto de baile. No había ido al Louvre, a donde quería ir con Dora, sino al Jeu de Paume. Se entusiasmó con los posimpresionistas y llegó a la galería de Colette Allendy, donde vio obras de Auguste Herbin, Georges Vantongerloo y Guy de Lussigny. Cenó un trozo de carne que nunca supo definir, ahogado en un mar de salsa, se bebió una botella de Beaujolais y regresó al hotel muerto de cansancio. Sólo alcanzó a terminar la carta para Landor.

Al día siguiente continuó explorando la ciudad. No movió el Trabant del lugar donde lo había estacionado al llegar y recorrió la ciudad a pie para no gastar en gasolina y porque se avergonzaba de su pequeño auto gris. Al volver a media tarde al hotel, casi no notaba su propio cansancio por el deslumbramiento de lo que había visto durante el día. Lo peor era que no había podido hablar con nadie. Apenas sabía dos o tres expresiones en francés

y en la calle no había escuchado a nadie hablando su idioma. Había iniciado la segunda carta para Landor, pero esta no la terminaría de escribir ese día, ahogado por su propio entusiamo por la hora que faltaba para la llegada de Dora.

A la espera

Ese mismo entusiasmo agonizaría a lo largo de la tarde como agonizó esperando a Dora Lerner. No llegaba al hotel, y no llegaría ni una ni dos ni tres horas después. Sin ganas de hacer otra excursión por París, tampoco quiso quedarse en la habitación, desde donde veía el cementerio de Montparnasse, lo que no le resultaba nada prometedor, así que salió únicamente a dar una vuelta alrededor del cementerio, siempre pasando de regreso por el hotelito para escuchar del recepcionista que no había venido nadie a verlo. Ni habían llamado.

A la tercera vuelta al cementerio ya no quiso preguntar y prefirió sentarse en el Trabant aparcado en la esquina de Edgar Quinet. Varias veces confundió a mujeres solas que parecían dirigirse al hotel y estuvo a punto de bajarse del Trabant, pero de inmediato se detenía ante su equivocación y se hundía en el asiento. Cuando una pareja se detuvo en la puerta del hotel, apenas iluminados por el poste de la calle, y los vio conversar como si tuvieran que decidirse a entrar o marcharse, ya no tenía fuerzas ni ánimo de volver a desengañarse. Pero esta vez sí era ella. Como si el hombre hubiera consentido a Dora lo que iba a hacer, ella lo abrazó rápidamente y se alejó hacia el hotel mientras él la miraba entrar. No se marchó de inmediato. Parecía tranquilo, con las manos en los bolsillos, de los que sacó un cigarrillo de papel de maíz. Tenía un aire desenvuelto, a medias lobezno por la melena oscura que le llegaba a los

hombros. Mientras dio unos pasos hacia la esquina, iba fumando y fijándose en sus propios zapatos. Raspó el tacón de uno de ellos en el borde de la acera como si quisiera deshacerse de una suciedad. Se dejó el cigarrillo en los labios, se agachó y la melena cayó velando su rostro mientras deshacía el nudo del cordón del zapato, lo ceñía y lo volvía a anudar más fuerte. Dora salió del hotel y caminó hacia la esquina, miró a un lado y a otro, y luego dio alcance al hombre. Cruzaron unas pocas palabras, a las que el hombre asintió, y terminó indicándole a ella que volviera. Dora no parecía muy animada, se despidió del hombre y volvió a entrar en el hotel.

Me va a esperar, pensó Dieter.

Sólo que no quiso entrar de inmediato a encontrarse con ella, sino ver con más detalle quién la había acompañado. El hombre empezaba a remontar el boulevard Raspail. Dieter se bajó del Trabant y caminó deprisa para no perderlo de vista en medio del gentío. Cuando el hombre llegó al cruce de Raspail y Montparnasse, tiró la colilla del cigarrillo y bajó por la rue de Bréa. Dieter lo seguía a una distancia prudente. Pensó que tendría que vérselas tarde o temprano con él, y que debía decidir si encarar directamente a Dora para que le dijera quién era o si era mejor dejar que ella misma se lo dijera. Esto no había entrado en sus planes.

La rue de Bréa era muy tranquila, con su suave pendiente en diagonal, y Dieter veía a aquel hombre caminando como si estuviera en su casa, en realidad sin mirar la ciudad, hasta que se detuvo. Por una especie de instinto o porque quizá sentía que lo estaban siguiendo, el hombre se detuvo. No volteó a ver a Dieter, que también se paró en seco, arrepentido por la persecución. Lo único que hizo el hombre fue levantar el rostro hacia el edificio que tenía al lado, como si hubiera recordado algo, quizá porque él, o algún conocido, habían vivido antes allí. Miraba

hacia los apartamentos como si fueran cajitas de secretos entre los que dudaba dónde estaría el que lo implicaba, pensó Dieter. Bajó la cabeza, tanteó en los bolsillos y de una cajetilla sacó otro de sus cigarrillos de maíz. Lo encendió, mirando nuevamente hacia el edificio. Y allí sí Dieter sintió que probablemente el hombre se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo. ¿Cómo pudo percibirlo en medio de la gente? Tampoco era que hubiera ido tras suyo durante tanto tiempo. El hombre inhaló de nuevo de su cigarrillo de maíz y echo el humo en dirección al edificio. Dejó el cigarrillo entre los labios, se pasó las manos por la melena, acomodándola, volvió a coger el cigarrillo, se sacudió los hombros como si quisiera quitarse de encima la sensación de que lo estaban persiguiendo, y siguió caminando. Cuando dobló por la rue Vavin, Dieter se dijo que era inútil seguirlo y regresó al hotel.

El callejón del deseo

Dora estaba sentada en la recepción hojeando una revista. Cuando Dieter quiso recriminarle la demora, fue ella la que se le adelantó. Le reclamó, sin ningún escrúpulo, a pesar de que había sido ella quien no había venido a la hora fijada, ni avisado por teléfono, por qué la había dejado esperando, que estaba cansada y que no podía quedarse mucho rato. El berlinés no le respondió y le pidió explicaciones sobre el hombre con el que había estado. Pequeña, erguida en su furia contenida, parecía crecer por encima del berlinés, encorvado por el cansancio.

—Me has seguido —dijo ella, cambiando de expresión.

Miró al recepcionista que parecía no hacer caso de la conversación entre los dos.

—Mejor vamos a tu habitación.

No hablaron mientras subían las escaleras, tampoco cuando él abrió la puerta de la habitación, ni cuando la cerró. Ella se acercó a la ventana, bordeando una silla y una mesita atiborrada de papeles del berlinés, donde estaba la segunda carta, todavía inconclusa, para Landor, y miró hacia la zona oscura del cementerio. Dieter, a pesar de que al saberla allí, a solas con él, luego de dos meses de no verla, y sentir que su deseo se concentraba en un impulso por abrazarla, se dejó llevar por el orgullo herido e insistió con su pregunta sobre el hombre. Dora Lerner no le respondió, dio media vuelta, lo miró con un gesto definitivo —mientras Dieter comprobaba una vez más que tenía una pupila de color castaño verdoso y el otro ligeramente violeta— y entonces fue que ella le dijo que nunca la volviera a seguir, que podría regresarse en ese mismo instante a su maldito país y que se olvidara de ella para siempre. Dora Lerner cerró los ojos, dio un pequeño gruñido y se dio media vuelta, acercándose otra vez a la ventana. Entre la ansiedad y la fatiga, Dieter estaba a punto de derrumbarse. Se sentó en la cama. Dora lo hizo en la silla junto a la mesita, cruzando los brazos, dándole la espalda.

Dieter se echó por completo en la cama, mirando el techo, y le dijo que él la había estado esperando cuatro horas y que lo mínimo que podía hacer era explicarle su retraso, y que nada de malo tenía haberle preguntado por aquel hombre que la acompañaba.

Ella no dijo nada. Entraba una ligera corriente de aire frío por la ventana. La cerró. Miró sobre la mesa los papeles en los que él había estado garabateando y escribiendo. Volteó a verlo y le dijo que estaba bien, que le iba a decir quién era ese hombre, con una condición. Dieter sintió que volvía a tener fuerzas. Se irguió en la cama y se quedó sentado y le preguntó cuál era esa condición.

—Que no nos volvamos a ver nunca más —dijo ella.

Dieter se dio cuenta de cómo su deseo correteaba por su cuerpo y se le iba a los pies, como si quisiera salir huyendo. Sin pensar que alguna vez diría lo que iba a decir, sintió una fuerza que lo impulsó a hablar. Le preguntó a Dora por qué había tanto misterio, que si ese hombre era su amante o lo que fuera, no pasaba nada, y las cosas quedarían claras entre ellos. Ella le dijo que no había nada que aclarar, no al menos para ella, y que había sido él quien venía a esa ciudad sin que nadie lo hubiera llamado y, además, exigiendo cuentas. Él le dijo que no era eso, que no era como lo decía. Ella parecía no escucharlo.

—La verdad es que tampoco te conviene saber nada —dijo Dora Lerner—. ¿Crees que esto es un juego? ¿Que puedes venir así de pronto y entrometerte en mis asuntos? Dedícate a tus pinturas, pasea por los museos y las galerías, y vuelve a tu país. Tu amigo Landor te debe estar esperando. De paso dile que me disculpe por no haberme quedado para seguir posando para su lento retrato. Ya encontrará otras modelos. Y lo mismo deberías hacer tú.

—Yo no quiero pintarte —dijo Dieter.

Pero ella no lo escuchó.

Se levantó, abrió la puerta y se fue.

E io sarò tua guida

No la volvió a ver durante tres días. Había cometido un error siguiendo a aquel hombre. No bajó de la habitación en dos días, completamente desanimado para seguir viendo una ciudad que no tenía ningún sentido si no podía compartirla con Dora. En la noche del segundo día rompió la carta que había empezado a escribirle a Landor y empezó otra donde detalló todo lo que había pasado en su desencuentro con Dora Lerner. Luego hizo uno tras otro, dibujos de ella que terminaban reventados por líneas

que se sumaban hasta desfigurarla. En otro folio que sumó a la carta para Landor describió su error al haberse fijado en ella, que cómo había sido posible que entre todas las mujeres que había en Dresde tenía que haberse fijado en una extranjera desconocida, que el deseo regía sin medir las conveniencias, y que su pulsación lleva a orillas desconocidas con propósitos también desconocidos, y que uno no era más que un títere empujado por fuerzas que cumpliendo objetivos completamente alejados de lo uno siquiera podía sospechar, y que el problema era que arrastraban a más gente de la que uno suponía. Sólo ellas, las mujeres, eran conscientes de cómo se movía el mundo por el deseo, y por eso mismo sus pasos eran más firmes, mientras que el de los hombres, ciego y torpe, no tenía ninguna conciencia de lo que provocaba, únicamente concentrado en dirigir sus fuerzas a un único punto fijo, indiferente a él. Se fue quedando dormido mientras escribía las últimas líneas. Eran las cuatro de la mañana.

Al tercer día lo despertó una llamada de la recepción. Tenía una visita. Dieter se vistió deprisa y bajó pensando que finalmente Dora se había arrepentido de su decisión y venía a buscarlo para reconciliarse. La sorpresa que tuvo fue que no sólo estaba ella esperándolo allí, sentada en el sofá de la recepción, con el mismo rostro impasible de tres días atrás, mirando hacia la calle. Allí estaba otra vez, fumando sus cigarrillos envueltos en papel de maíz, aquel hombre del que ella no había querido decirle nada. Dora, sin saludarlo, mirando el aspecto descuidado de Dieter, sin hacer ningún comentario, le indicó que salieran un momento. Una vez en la acera, viéndolos acercarse, el hombre echó la colilla al piso, fijó la mirada en Dieter con el primer gesto amable que él veía desde que había llegado. Lo observó incluso con cierta ternura que desarmó a Dieter por lo inesperado, como si hubiera sido aquel hombre quien realmente lo hubiera

estado esperando. No fue necesario que Dora dijera nada porque el hombre se aproximó extendiéndole la mano.

—Me llamo Milos —dijo.

Sin consultar nada, empezó a caminar como si los llevara a un sitio previsto. Dieter no puso ningún reparo, entusiasmado por volver a ver a Dora y saber que algún giro iban a dar los acontecimientos, por más negativos que fueran, y porque era mejor que seguir encerrado en el hotel. Milos hablaba un alemán suave y con tono juguetón, y que a Dieter, luego de varios días sin escuchar hablar en su idioma, le pareció un murmullo acogedor, tanto así que no entendía por qué le resultaba tan familiar. Milos le preguntó cómo se encontraba, si le gustaba París, mientras entraban a una cafetería, y a él no le dio tiempo de responder. Milos pidió café para todos. Dieter hizo unos comentarios de ultratumba sobre lo que había visto de la ciudad, sin decir que los últimos tres días no había salido de la manzana del hotel, alargándose en explicaciones sobre el Jeu de Pomme, las galerías de arte y los nuevos modelos de autos. Milos lo observaba risueño, atento a lo que contaba, alzando las cejas cuando Dieter repuntaba la voz con algún detalle entusiasta, y siempre acomodándose la melena que persistía en caerle sobre las sienes. Le dijo que en París había muchas posibilidades para los pintores y diseñadores. ¿Porque él era pintor o estudiaba Historia del Arte? ¿No iba a ser un crítico o historiador del arte nada más? Dieter le respondió que no, que le gustaba pintar al oléo, el dibujo, y hacer serigrafía, que en un principio cursó un año de Arquitectura, pero no lo habían entusiasmado los estudios, así que se había concentrado en Bellas Artes. Milos asentía, como diciendo «bien, bien». Dora, en cambio, estaba callada, sorbiendo de su café como si fuera una más de los comensales del sitio y le hubiera tocado sentarse al lado de los dos hombres. Milos se puso a explicar que él llevaba viviendo en París más de

venticinco años, que había nacido en Praga, como su hermana Dora.

Así que era su hermana. ¿Por qué a ella le había costado decírselo? Habría sido tan simple, se habría evitado ese infierno encerrado en el hotel. Se dio cuenta de que, en realidad, había sido muy torpe con sus celos. Agachó la cabeza, sintiéndose culpable, al mismo tiempo esperanzado en que Dora, como parecía insinuarse por haber venido a buscarlo, hubiera cambiado de actitud. Ella seguía sin decir nada. Milos sí hablaba, y Dieter prefirió concentrarse en escucharlo porque ahora iba a entender mucho de lo que pasaba por la mente de ella. Le explicó que tenía cinco años cuando sus padres habían migrado a Berlín, instalándose cerca de la Bonner Platz. Mi barrio, dijo Dieter, y de pronto entendió por qué le resultaba tan familiar y acogedor el tono de Milos, reproduciendo el mismo acento berlinés de su infancia. Siguió contando que su padre se había instalado en el Barrio Rojo porque era simpatizante del Partido Comunista Alemán. Dieter sonrió instintivamente, nunca supo por qué, quizá porque en su familia a nadie le había interesado la política, o quizá porque, visto retrospectivamente, en la Bonner Platz siempre había una especie de aura de respeto, a veces de conmiseración combinada con solidaridad hacia los comunistas. En ese momento Dora dejó su taza de café y le habló en checo a Milos con un tono de llamado de atención que no fue necesario para Dieter saber lo que le decía. Milos no le hizo caso, sonrió para sí mismo, y sin ninguna transición, mirándolo a Dieter a los ojos, como si esperase una respuesta en ese mismo instante, le preguntó si estaría interesado en un trabajo. Él entendió claramente lo que le proponía. Trató de reconocer algún parecido entre los dos hermanos. No encontró ninguno. Milos era mucho mayor a ella, debía llevarle por lo menos veinte años, con el rostro ancho y suave, los ojos sí, castaños como uno de los de

Dora, pero uniformes. Sus facciones no daban certeza sobre su edad. Podía ser menos la diferencia con Dora. Algo no quedaba claro. Antes de que Dieter respondiera a la oferta, más bien quería preguntar a qué tipo de trabajo se refería, Milos le explicó que él llevaba una imprenta donde también hacían trabajos de diseño y maquetación y que sí él, Dieter, tenía habilidad para hacer ilustraciones, era justamente lo que necesitaba. El berlinés dijo que sí a todo. Dora Lerner dio un resoplido de fastidio, como si en ese momento hubiera comprobado que Milos cumplía lo que había tenido en mente.

—*Donc, vous avez du travail* —dijo Milos Lerner—. ¿Quieres conocer la imprenta? Harás un par de pruebas y luego hablamos sobre tu sueldo.

Tabiques de Babel

Todo fue demasiado fácil y acogedor con el hermano de Dora, le explicaría a Landor meses después, y lo seguiría recordando a lo largo de los años. Eso ocurre cuando uno tiene veinte años, decía Dieter, y cuando todavía no se tiene su propio nombre o no se ha creado ninguno. Me lo explicaría el mismo Milos tiempo después, en otra ciudad y en otras condiciones. A esa edad uno cree que todo le viene como predestinado, como si cada rincón del mundo nos hubiera estado esperando. Claro que nos estaban esperando, explicaba Milos con morosos argumentos que no repetían, como en eco, los que le había enseñado su padre comunista en Berlín: nos esperan para explotarnos, porque estábamos en la mejor época de nuestra vida para aprender a obedecer y creer que debíamos tener gratitud por la oportunidad de aprender. Milos tenía una larga historia de explotación, desde que fue adolescente en Francia

y quedó huérfano, internado en La Pouponnière, una villa de Maisons Laffitte, cerca de París, donde conoció al Dr. Costler, que al saber que hablaba tantos idiomas prácticamente lo tenía a mano para que lo ayudara con los refugiados y también como conejillo de indias para enseñarle su idioma, el húngaro. Y lo aprendió, porque, como él creyó, lo estaba esperando. Del húngaro pasó al inglés, y entre tantos idiomas se convirtió en el corrector de la correspondencia de trabajo del Dr. Costler. Sólo Milos podía revisar y corregir textos en checo, alemán, francés, húngaro e inglés. Empezó a visitar las redacciones de las oficinas de información para refugiados, y se volvió asiduo a las imprentas, donde aprendió el que sería su oficio mientras seguía aprendiendo vorazmente otros idiomas como el ruso y el polaco. Esas historias que descubría Dieter, y en el entorno de Milos había muchas, lo distrajeron lo suficiente como para hacerle creer que esa primera semana de infierno de su llegada debía pasar como un mal sueño.

La Imprenta Barbadrac quedaba en el número 39 de la rue des Annelets, en el lado norte de Belleville. Allí trabajaban Milos y un hombrecito canoso, Zdeněk, también checo, de Brno, que hacía de portero y cargaba y descargaba cajas sin quejarse, apenas dando pequeños resoplidos. Nunca contaba nada. No hacía falta. Eran los demás, ese flujo interminable de colaboradores que pasaban por Barbadrac, quienes se quedaban conversando más tiempo de lo que les tomaba cumplir con sus encargos. Desde fotógrafos a traductores, repartidores de cajas y tintas, cargadores de resmas de papel, y junto a ellos otros que no se sabía a lo que venían, pero preguntaban siempre a Zdeněk por el jefe. También trabajaba con él un chico bretón, Jêrome, encargado del montaje de los artes, y que se ponía ceñudo al concentrarse en una maqueta o acomodar los diseños de Dieter. Bastaba que los concluyera para empezar a reírse de cualquier

detalle. Al salir de la imprenta para ir a comer, Jêrome señalaba siempre, muerto de la risa, que era el colmo la errata del letrero con el nombre, que debía decir *Bardadrac* y no *Barbadrac*. Milos alzaba los hombros y le susurraba en alemán a Dieter que le gustaba así, a fin de cuentas él era un bárbaro de Europa del Este para los gramáticos parisinos.

El trabajo del Dieter consistía en ilustrar folletos, revistas, volantes, tarjetas, invitaciones, diplomas y hasta certificados para pequeñas empresas y asociaciones de emigrados de Europa del Este que residían en Francia. Ocasionalmente ilustraba libros de pequeño formato. De todo pasaba por la imprenta. Estaba ubicado en un despacho que compartía con Jêrome, aunque este se había reservado el rincón más alejado de la puerta, al lado de una ventana que daba a un patio interior. Comprendió que no sólo estaba allí por recibir luz directa del sol, sino por las voces. El despacho apenas estaba separado de la salita de recepción por un tabique que no filtraba lo suficiente las conversaciones, Dieter estaba prácticamente al lado del tabique. Al principio quiso descifrar qué se hablaba, pero apenas retenía alguna palabra porque eran muchos los idiomas, y desistió. No le dio más importancia, concentrado como estaba en su trabajo. Él no había ganado nunca tanto dinero por lo que consideraba un placer: pintar y dibujar. Y lo hacía bien, muy bien, tanto que Milos siempre lo felicitaba, y Dieter trataba de quitarle importancia señalando que a él lo que le gustaría es hablar varios idiomas.

—El problema no son los idiomas —decía Milos—. Mucha gente puede hablar varios. No es difícil. Aprendes uno o dos, y los demás vienen en tropa. El problema es encontrar diseñadores con talento, porque todos los que vienen a esta ciudad vienen con el propósito de ser pintores.

Dieter quiso contenerse. No pudo y dijo:

—Yo también quiero serlo.

—Lo sé —dijo Milos Lerner alzando las cejas, sonriendo y meneando la cabeza—. Y tienes mucho talento. También sabes que hay que vivir de algo, que el arte no da para tanto, así que sabrás equilibrar las dos cosas. Además, no viniste a esta ciudad por eso.

Dieter enrojeció y Milos cambió rápidamente de tema. Siempre terminaba invitándolo a almorzar o a tomar una cerveza al final de la jornada. Milos llegaba antes que todos y nunca se sabía a qué hora se marchaba por la noche. Dieter no empezaba temprano. Zdeněk abría la puerta de la imprenta, lo saludaba y lo dejaba pasar. Poco después, corriendo, siempre atrasado, entraba Jêrome. Milos no esperaba que los demás se quedaran como él. Cuando veía a Dieter dispuesto a quedarse hasta más tarde de la hora de la salida, le decía que tenía que ir a descansar porque si no empezaría a cometer errores. Dieter se marchaba y Milos seguía allí en Barbadrac como si fuera su casa. En su oficina, en una pequeña habitación junto al escritorio de Milos, había una litera. Llegó a sospechar que Milos a veces dormía allí, y sólo iba a su casa de madrugada para ducharse, desayunar, y volver a las ocho y media en punto.

Era como si no tuviera familia.

La tenía.

Pero no allí.

Nunca se elige el nombre propio

Cada semana, Milos hacía un viaje a las costas francesas. Turnaba los destinos. Cada quince días iba a Rouan y Le Havre, y luego a La Rochelle y Saint-Nazaire. Llenaba su furgoneta de cajas y materiales impresos que repartía en esos puertos y volvía con

nuevos encargos y con ideas en las que ponía a trabajar a Dieter, diseños que este hacía sin entender el idioma de las publicaciones que ilustraba y a las que Milos no hacía más que pequeños retoques. Lo que llamaba la atención de Dieter es que su jefe siempre iba acompañado de dos o tres personas distintas. Ayudaba a Zdeněk a cargar las cajas y veía a los pasajeros sentados en la furgoneta. Y dentro de la zona de carga casi siempre había alguna maleta o baúl. Lo mismo al regreso. Descargaba las cajas y allí, al fondo, estaban otras maletas. También había otros pasajeros que esperaban la descargada, sacaban su equipaje y Milos los despedía efusivamente y se ponía a disposición de ellos, que se alejaban bajando por la rue des Annelets. La única diferencia era cuando volvía de La Rochelle y Saint-Nazaire. En ese caso traía una canasta grande llena de pescado que repartía entre sus empleados; un festín celebrado por Zdeněk. Pero Milos, de estos viajes, venía rendido, menos entusiasta de lo habitual. Faltaría todavía un tiempo para que Dieter supiera a qué se debía ese cambio, aunque ya había visto y conocido mucho de su nueva e inesperada vida, como le escribía a Landor en sus minuciosas e ilustradas cartas.

Dieter se cambió a un hotelito más económico cerca de la imprenta, donde estuvo un par de semanas hasta que Milos le dijo que tenía un estudio en el barrio de Plaisance, en el distrito 14, al sur de Montparnasse, como si una fuerza lo volviera a empujar por esa zona. Pensó que Milos había querido observarlo un poco hasta ofrecerle el estudio. No preguntó más. El estudio estaba bien equipado. Los muebles y las vajillas, la cama y las cortinas parecían envejecidos, pero estaban limpios. Dieter se instaló con la esperanza de vencer la extraña indiferencia de Dora, que sin embargo le había resuelto con Milos lo que ni él mismo sospechaba: instalarse un tiempo en París. Milos nunca tocaba el tema, a pesar del comentario que había hecho sobre

las razones de su traslado a París. Más bien le preguntaba a Dieter si tenía planes de instalarse en Francia. Dieter no lo tenía muy claro. Le explicó que había considerado quedarse por un tiempo nada más, unos cuatro o cincos meses, que dependería cómo se iba sintiendo —aquí desviaba la mirada y Milos asentía riéndose—, y que en el trabajo se lo pasaba muy bien. Aunque extrañaba a su familia y a la Escuela de Bellas Arte de Dresde, y en especial a Landor. Le contó que su mejor amigo tenía un talento fuera de sitio, que no quería ser un pintor, sino que *ya era* un señor pintor. Estás convencido del talento de tu amigo, ¿verdad?, le decía Milos. Totalmente, y lo mejor es que él ni se da cuenta, dijo Dieter.

—Pues dile al señor Landor que venga para acá —dijo Milos.

Fue allí mismo, se lo recordaría Dieter cada vez que podía, que lo empezaron a llamar el *señor Landor*.

También era cierto, le continuó explicando Dieter a Milos, que le gustaba aprender el francés y que sólo en París podía tener acceso a museos y galerías que en Dresde era prácticamente imposible, porque la política cultural bajo la orientación soviética había convertido su país en el sitio menos interesante del mundo.

—Eso es lo de menos —le decía Milos—. Ni pienses en volver a Alemania del Este.

Las razones que le dio Milos lo sobresaltaron. Era cierto que había mucha tensión en Berlín entre los rusos y los norteamericanos, pero eso no era algo que a él le preocupara en especial. Milos le dijo que debía preocuparse. Y Dieter trasladó la preocupación a Landor. Vente, le escribió, acá hay trabajo de sobra y puedes continuar tus estudios en alguna academia. Landor ni siquiera pensaba responderle al respecto. No tenía ganas de alejarse de Dresde. A vuelta de correo le seguía preguntando por Dora Lerner. Dieter le daba largas.

Ella parecía haber olvidado la primera discusión. Tampoco es que estuvo a disposición del berlinés. Se la encontraba un par de veces a la semana, cuando ella iba hasta Belleville, donde comentaba los ensayos que estaba haciendo en un pequeño teatro del Marais. No se quedaba mucho rato. Luego se iba a conversar diez minutos a solas con Milos en su oficina, con la puerta siempre abierta. Hablaban en checo. Dieter no necesitó muchas explicaciones para darse cuenta de que ella parecía insistir en un tema, como si preguntara una y otra vez, a la espera de una respuesta, y Milos respondía de manera suave, con esa comprensión inagotable que parecía tener hacia medio mundo. Varias veces los escuchó discutir, en realidad sólo a ella, que elevaba mucho la voz, y cuando la veía salir, ella lloraba. Salía a la calle y se sentaba en la vereda. Dieter se acercó una vez para consolarla y se puso de cuclillas a su lado.

—Déjame —le dijo Dora.

Ella se levantó y se fue.

Dieter estuvo a punto de seguirla. Antes fue a la oficina de Milos y se lo consultó.

—Ve si quieres —le dijo él con un tono neutro, próximo a la apatía—. Servirá de poco. Lo mejor es dejarla tranquila.

Dora volvía al día siguiente, y traía dulces o pastelitos, a veces panecillos rellenos de compota que hacían delirar a Zdeněk, y en su cara la expresión suave de pedirles disculpa por el espectáculo del día anterior. Dieter la escuchaba pedirle disculpas a Milos. Él ya la había perdonado y en realidad no era necesario que ella hiciera nada para conseguirlo. En esos momentos, hasta Dieter conseguía una cita con ella y quedaban para ir al cine o a uno de sus ensayos de teatro. Más que un hermano para Dora, Milos parecía un padre con conciencia de culpa. No era ninguna de las dos cosas. Se lo contaría Milos una noche que estaban terminando la maqueta de una serie de folletos.

—Dora es mi media hermana —le dijo, y en ese momento el acento berlinés de Milos Lerner empezó a volverse seco y áspero—. Teníamos el mismo padre, pero madres distintas. Mi padre y su madre murieron en el campo de concentración de Terezín, al norte de Praga. Fue una muerte ridícula, como todas las muertes de la guerra. A un *Sturmbannführer* de apellido Burger, Anton Burger, se le ocurrió hacer un censo del campo en pleno frío de noviembre. Hizo que salieran de los barracones cuarenta mil personas, mal arropadas y desnutridas, de pie, a cinco grados bajo cero. Trescientas murieron de hipotermia. Dora se salvó porque la abrazó fuerte un prisionero, un prisionero muy prestigioso, un poeta francés, Robert Desnos. Ya la escucharás recitando sus poemas, como si ella fuera la *mystérieuse* de la que habla Desnos. Creo que fue más por lo que le contaba el poeta sobre París que por encontrarme yo aquí, que tenía tantas ganas de venirse para acá. Desnos murió de tifus poco después que liberaron Terezín. Está enterrado en Montparnasse. No te sorprendas si algún día ella te pide que la acompañes al cementerio a visitar su tumba.

Por eso, recordó Dieter, ella se había quedado mirando por la ventana del hotel, turbada, al cementerio de Montparnasse el día de su reencuentro.

Milos le contaba de cuando en cuando historias sobre Dora, las pocas que sabía porque no la había visto más que una vez, cinco años atrás, en Praga. El resto había sido una correspondencia intermitente en que ella reaparecía cada cierto tiempo contándole de sus estudios, de sus problemas. Milos le enviaba dinero y ella desaparecía hasta que volvía a necesitarlos. A Dieter nunca le preguntaba por sus sentimientos hacia ella, como si le importara poco que tarde o temprano tuviera una relación con ella, o más bien le pareciera inútil entrometerse. Aunque era simpático y se preocupaba por los demás, en el fondo Milos era inescrutable, por más que se tuviera la sensación de que

empezaba a desarrollarse cierta intimidad. Dieter poco se fijaba en él, porque a la larga no le daba ningún problema, más bien lo ayudaba a cada momento. Sólo se fijaba en Dora. Parecía que nada podía tocarla.

Ella se dio cuenta. Empezó a aprovecharse de él. Le pedía que ilustrara los carteles de las obras de su teatro, aunque ella no participara. Luego le pidió que pintara las paredes de los teatros de barrio donde se presentaba o que hicieran los decorados. Las semanas fueron pasando y Dieter la seguía a todas partes, conociendo ese mundo de relaciones que ella había hecho en tan pocos meses, como si siempre hubiera vivido allí. Un día lo buscó emocionaba diciéndole que había conseguido un papel, un pequeño papel, y nada menos que en una obra de teatro de Picasso. Dieter le dijo que no sabía que el pintor español escribiera teatro.

—Pues sí —dijo Dora—. Yo haré el papel de *L'Angoisse maigre*. Es breve y muy divertida.

Poco después lo presentó al grupo de actores que montaría la obra, *Le Désir attrapé par la queue*. Tenía su segunda intención. Cuando él llegó, Dora lo presentó y ellos lo recibieron encantados y empezaron a decirle las ideas que tenían para la escenografía. Dieter fue consciente de que Dora lo había comprometido, pero no le había dicho nada. Se quedó callado y escuchó todo lo que le pidieron. A fin de cuentas, si él tenía trabajo era por ella. No lo dudó y preparó la escenografía.

Lo que nunca sospechó es que conocería a Picasso. Admirado por la escenografía, el día anterior del estreno le regaló un ejemplar de un libro de sus aguafuertes, la *Suite Vollard*. Dieter le preguntó si se la podía autografiar, y Picasso respondió que sí. ¿Me puedes repetir tu nombre? Era una dedicatoria lacónica de tres palabras, donde lo más importante no es que fuera breve, sino que estaba completamente equivocada. Picasso había escrito —*Pour Monsieur Peer*— y luego su firma. Cuando Dieter se dio

cuenta de la errata, a punto estuvo de decirle que su nombre era Dieter, y no Peer, pero no se atrevió y se quedó con el libro en las manos mientras el pintor hablaba con los actores y entregaba otros ejemplares de la *Suite Vollard*.

—Se lo hubieras dicho —le reprocharía Landor meses después con la *Suite Vollard* entre las manos—. Debe ser un sordo de cuidado para eliminar tres letras de tu nombre y hacerlo monosilábico.

—Para qué —dijo Dieter—. Si era eso lo que yo necesitaba, mi nuevo nombre como pintor, qué más podía pedir, era una señal de mi nueva vida. Y así como Maggie te bautizó como el *señor* Landor, así yo sería Peer.

Y desde entonces, riéndose de sí mismos, dijeron que se iban a tratar, sin que el mundo lo supiera, como si fueran dos señores.

Conviene a los felices marcharse de casa

Con el pretexto de la representación de la obra de teatro en la que actuaría Dora Lerner, Peer invitó a Landor para que fuera al estreno. Se podría hospedar en su estudio el tiempo que quisiera. Además, podría pasar el verano allí, ya que en Dresde no tendría nada que hacer.

—Así que te espero para las últimas funciones.

—Ya sabes que no puedo —dijo Landor, y no mencionó que apenas tenía dinero para mantenerse en Dresde.

—Pero yo sí —dijo Peer.

Él le pagaría el pasaje de tren.

Sin más entusiasmo que volver a ver a su amigo y verlo recuperado, Landor preparó las maletas. Era la primera vez que salía de Alemania. Si la policía no le daba la autorización, tendría el pretexto perfecto para no ir.

III. LAS TROYANAS

ME LLAMO CLARA. Eso le dije al guardián para que me reconociera y me dejara entrar. Yo había llegado a la hora citada. La Coordinadora debía haber avisado al guardián que el Director me estaba esperando. Me habría hecho pasar de inmediato. Pero el guardián, mirándome fijamente a los ojos como si quisiera reconocer en mí a una mujer que había tenido en otra vida, me dijo que todavía no. Supuse que el Director estaría muy ocupado atendiendo a otras personas. Como no había ninguna cola sería cuestión de esperar un ratito. Sin embargo, vi que alrededor había algunos hombres y mujeres que parecían estar también a la espera, no precisamente como yo al lado del guardián, sino parados mirando el cielo, confiados en que de un momento a otro los llamarían, aprovechando para pensar de qué manera se presentarían y lo que iban a decirle al Director, así que este tiempito lo dedicaban a elegir las palabras que les darían el aspecto más favorable para ser aceptadas o recibir lo que iban a pedir. Otros no miraban el cielo sino el suelo de la vereda o de la plaza que estaba frente a la puerta, como si ya hubieran elegido sus mejores palabras y las posaran en tierra firme para fijarlas todavía más, a fin de cuentas el cielo es una posibilidad demasiado abierta como para que se pudieran escapar esas mismas palabras y vinieran otras que confundieran sus argumentos. Al ver que no me iba con el resto, el guardián me ofreció un banquito que tenía al lado para que me sentara. Se lo agradecí y le dije que no era

necesario porque seguramente faltaba poco para que yo entrara. Es posible, dijo el guardián, pero no ahora. Luego de decirlo fui yo quien se lo quedó mirando como si tratara de comprender por qué me decía eso y por qué no me permitía entrar, ya que la puerta estaba abierta y había llegado a la hora concertada. El guardián ni siquiera se había preocupado por revisar una lista o por llamar al Director o a su secretaria. De hecho, no tenía ninguna lista en la mano ni ningún intercomunicador para anunciar mi llegada. Incluso pensé que podía no ser un guardián porque no tenía traje de seguridad y ni siquiera estaba parado frente a la misma puerta, sino al lado. Podía haberme equivocado al asumir que era el guardián y pasar de largo, pero por educación le dije mi nombre y pregunté y ahí me había quedado esperando. Llegué a pensar que a lo mejor se había atribuido el rol de guardián, que a lo mejor estaba mal de la cabeza y sólo había bastado mi pregunta para desatar en él ese deseo vigilante. Iba vestido con un viejo abrigo de pieles con el que se veía rarísimo, aunque más rara era la expresión de su cara, con una larga barba de tártaro, desigual y negra. La barba era tan desigual y negra como la del Che o la de Fidel, una barbita de lobo, y seguramente la llevaba por formar parte de la Organización y el Director habría pasado por alto el viejo abrigo al verle esa barba que le daba todas las libertades al vestir. A pesar de lo que me dijo, me asomé un poco para ver hacia el interior del edificio, por si pudiera ver pasar a la secretaria, o hasta al mismo Director, de manera que si me veían reaccionarían de inmediato frente a la inoperancia del guardián. Una está acostumbrada a que estas esperas se repitan siempre y que los guardianes, más que ser útiles, terminen siendo un estorbo, aplicándose a prohibir que cualquiera entre sin preocuparse por quién merece pasar, únicamente para cumplir su papel autoritario, de control, un poder minúsculo al que se aferran porque es la única forma de poder que conocen, sometidos a un trabajo

en el que no tienen ninguna satisfacción y por el que ganan un sueldo miserable, que los humilla ante sus mujeres y su familia. Al ver que me asomaba a la puerta, el guardián me dijo, con una risita, que si tantas ganas tenía de entrar que intentara hacerlo a pesar de su prohibición, pero que tuviera muy en cuenta que él era un humilde guardián y que, allá adentro, la secretaria era mucho más estricta y que incluso había más de una secretaria. Eran muchas secretarias. Sólo la primera secretaria lo intimidaba, me confesó sin dejar de sonreír. Al resto ni siquiera las conocía y no se atrevía a preguntar por ellas. Las palabras del guardián me cogieron por sorpresa. No sabía si me estaba amenazando o bromeaba o estaba alardeando. De pronto dejó de reír y pareció olvidarse de mí, y eso que estaba yo parada a su lado, tan cerca de él que pude ver que había pulgas en el cuello de su abrigo de piel. Al principio pensé que era un pliegue ajado del cuello, porque las pulgas tenían el mismo color del abrigo, pero cuando empezaron a moverse dos de ellas, me di cuenta de que eran varias, como cinco o seis. Sin embargo, no me moví. No había ningún olor que anunciara que el guardián era un hombre sucio. Por un momento pensé que lo mejor era alejarme aunque fuera un poco, ya que estaba tan cerca que podía haberme apoyado en su hombro, si no fuera porque las pulgas siempre me han repelido. Sólo de verlas moverse me dio un escalofrío que me habría lanzado a varios metros lejos de él. Si lo hacía, pensé, alguien aprovecharía para tomar mi sitio y entonces sí que yo me demoraría mucho más y entraría pasada la hora de la cita. Así que no me moví, pero miré a otro lado para no ver a las pulgas arracimadas en el cuello del abrigo de piel del guardián. Ya había esperado semanas para tener esta cita con el Director y un guardián como éste, que parecía estar en las nubes, y unas simples pulgas no me iban a echar para atrás por una cuestión de minutos. Aun así, los minutos siguieron pasando y él seguía sin decirme nada.

Nadie venía del otro lado de la puerta, a nadie llamaba el guardián, y ninguno de los hombres y mujeres que estaba allí afuera, esperando como yo, se movía para insistir en su ingreso. Era como si el mundo se hubiera detenido. Pensé que a lo mejor habría sido una buena idea aceptar el ofrecimiento del banquito. Así descansaba un rato, y si la espera iba para largo, porque a veces me han hecho esperar media hora o incluso una hora en otro tipo de asuntos, no debía sorprender que aquí también tuviera que esperar lo mismo. Lo mejor que podría hacer era rebuscar en mi cartera para hallar algo con qué distraerme. Podía revisar mi libreta de apuntes, anotar gestiones o cosas por hacer que corrían el riesgo de confundirse con mis otras actividades, sacar el librito que estaba leyendo o buscar mi cajita de chicles y masticar uno hasta que me llamaran. Hice esto último. Saqué la cajita, la abrí y se me ocurrió que podía ofrecerle uno al guardián, no tanto para simpatizar con él sino por compartir, ya que estábamos uno al lado del otro y se vería feo que no se lo ofreciera. Así que le extendí la cajita y le pregunté si quería. Lo acepto encantado, dijo, pero sólo para que no creas que no lo intentaste todo. Cogió el chicle, lo desenvolvió y empezó a masticar. Yo estaba que me moría de la furia. Habrase visto, tremendo sobrado, una que le da un chiclecito y el otro creyendo que estaba queriendo sobornarlo. Estuve a punto de insultarlo pero me contuve. La verdad es que no tenía ganas de ponerme a discutir con el guachimán. Cálmate, Clara, me dije, estás aplicando prejuicios de clase, y sólo con que al guachimán se le ocurra decírselo al Director ya me vetarían el ingreso a la Organización y me pondrían de patitas en la calle. Quizá era ése el papel del guardián, hacer de primer filtro, medir mi ansiedad, mi temple, y luego de media hora, o de una hora, dejarme pasar y dar su informe. Bastaría un guiño, tocarse el cuello del abrigo de piel con sus pulgas, y estaría sentenciado que la secretaria tomaría el

mensaje y al momento de anunciarme al Director, todo estaría perdido. Me habían dicho que fuera con cuidado, que para entrar había que ser cautelosa porque prestaban atención al menor detalle, que me harían preguntas de cualquier tipo, a veces insignificantes o aparentemente inocentes, como qué me gustaba comer, los lugares que frecuentaba, las distracciones en las que empleaba mi tiempo libre, en parte para medir de qué medio venía y también para saber en qué podía ser útil si me aceptaban. Hasta indagarían sobre mi país de origen y el de mis padres, sobre mi ciudad y mi barrio, esa fatalidad que yo no había elegido y que me marcaría para siempre si no sabía verle el lado positivo. Me interrogarían sobre eso y más, me advirtieron, aunque lo hicieran de manera suave, con modales de grandes señores de la experiencia porque su trabajo era de una gran responsabilidad y no sería yo la primera ni la última en querer entrar en la Organización. Así que debía estar atenta. Es cierto que la Organización debía ser escrupulosa por los enemigos que siempre ha tenido, evitar infiltrados y soplones, temples frágiles. Sólo que yo no estaba muy convencida de que fuera tan difícil y lento el ingreso. Como que a una le quitan la ilusión con tanto trámite. Sabía de casos que habían tardado años en pasar una prueba tras otra, y al final el proceso terminaba con un muchas gracias y hasta la vista, o en el olvido y el ninguneo; lo que me parecía un contrasentido en la Organización porque operaba de la misma manera que el resto: separando en clases, en jerarquías, en largos pasillos de méritos y fallos, todavía más con las mujeres, lo que ya era el colmo. Tenía mis reticencias incluso antes de llegar y, aun así, las quise apartar con mi mayor entusiasmo. El guardián me las había devuelto completas, mis reticencias, digo, y mi sentido del tiempo volvió a empuñar sus filos cortantes. No iba a quedarme ahí por horas, días o semanas. No tenía tiempo, lo que en sí mismo es falso, lo que no tenía ganas era de desperdiciarlo como lo

hacía el guardián. Bastaba observarlo, indiferente al paso de los minutos, y aunque no lo había visto, igual ocurría con el Director, que pudo haber enviado a su secretaria para saber qué había pasado con la cita, si estaba en la puerta y un malentendido del guardián no me había hecho pasar. Para los hombres, y eso que odio las generalizaciones, pero esta sí era una constante, el tiempo es un reloj en blanco, sin manecillas, sin guarismos, una clepsidra sin arena o con fondos insondables de arena, un reloj sin sol, con horas invisibles, una vasta línea lanzada al infinito. Hasta que un día, sin anticiparlo, salta la hora o la manecilla o el granito de arena o se abre el rayo vertical del sol entre las nubes y allí se acabó todo. Para nosotras el tiempo, al menos para mí, es un tic tac fijo, permanente, que no dejamos de escuchar a cada paso, conscientes de su momento irreversible, despiertas, siempre despiertas, aunque el mundo vaya a oscuras. Mi cuerpo es un reloj: suena siempre. Somos las verdaderas hijas del tiempo, no sólo del que pasa consecutivo sino del simultáneo —hijas, hermanas, esposas, nueras, madres, cuñadas, tías, viudas— todas conviviendo en una sola, las únicas que nos preocupamos por cumpleaños y aniversarios, ridículamente tolerantes si nos celebran con cualquier florecita —para mí las gardenias— o una simple notita o un beso, pero que sea dado a tiempo, en el día del cumpleaños o el aniversario, pasándole el trapito al empolvado reloj que no ha dejado de funcionar y que ahora sonreiremos porque sabemos que tienen presente que ese reloj nunca descansa. Ay, no, Clara, me dije, esto ya empezó mal con este guachimán indolente a mis prisas, a mi tictaccito. Ya ni se merecía el nombre de guardián, simple burócrata que me ratificaba las sospechas de que la Organización no era lo que yo pensaba, que por más dificultades y enemigos que tuvieran que sortear en nuestro país, reproducía los mismos procedimientos, su ineficacia, su injusticia, sí, su injusticia —si me hubiera escuchado el Director—

y que yo, por lo tanto, no estaba en el lugar adecuado. Quizá lo que debí haber hecho fue lamentarme en voz alta, poner mi grito en el mismo cielo en el que los otros hombres y mujeres seguían buscando las palabras para ser admitidos en la Organización. Mis palabras no les habrían gustado para nada, una verdadera revolución allí en la misma puerta, un alboroto del carajo para que cambiaran esa pésima manera de recibir a quienes venían con el mejor ánimo a integrarse a sus filas. Eso debía hacer: gritarlo. Pero no lo hice. Más bien me fijé, ya que las tenía casi a la altura de mis ojos, en las pulgas del cuello del abrigo del guardián. A ellas debía hablarles a gritos y así también el guardián se enteraría de lo harta que estaba de mi espera. No hablé como pensaba, no dije ni grité nada. Fue un muy delicado hilito de voz, que no reconocí como mío, el que le pidió a las pulgas que me ayudaran, que intercedieran por mí e hicieran cambiar de opinión al guardián para que me dejara entrar. Las pulgas, dóciles e inocuas frente a su amo, no me escucharon. Cuando les pedí que convencieran al guardián para que al menos anunciara mi llegada a una de las primeras secretarias, sólo eso, que me anunciaran para que alguien supiera que sí había cumplido llegando a la hora prevista, las pulgas se replegaron en el cuello del abrigo como si se hubieran refugiado en lo más profundo de una caverna. Por más bajo que yo hubiera hablado, por más derrotada que supusiera estar, o al menos eso daba a entender, el guardián me escuchó. Empezó a girar su rostro barbado. Pensé que quizá esa era la explicación para que fuera tan difícil que una mujer entrara en la Organización: no tener barba, no poder tener barba, ser una pieza de circo en el caso de tenerla. Cuando ya estaba a punto de mirarme cara a cara, me di cuenta de que la tarde había caído, que oscurecía rápidamente, que de la forma que fuera ya estaba todo perdido y que el tiempo, mi valioso tic tac que me atormenta, se me había escurrido por culpa de los procedimien-

tos de la Organización, o de este guardián de la Organización. Sólo faltaba que el guardián soltara otra de sus impertinencias, que me preguntara qué era lo que quería saber ahora. Tenía la expresión callada y furibunda de verse obligado a mi exigencia muda de saber por qué no comprobaba una lista o llamaba a una de las secretarias, por qué no se acercaba a la puerta o se paraba fuera del umbral, si es que tanto lo intimidaban las secretarias, y hacía una señal de aviso. Eso debía preguntarle, eso iba a preguntarle, derrotada, sin esperanzas, sin saber qué había hecho mal a pesar de mis precauciones, cuando sentí que una mano me tomó suavemente del brazo. Al principio pensé que era una mano prudente, que buscaba evitar mi enfrentamiento con el guardián, al instante me di cuenta de que, además de refrenarme, esa mano me empezaba a alejar del guardián. Era una mano de hombre, ancha y gruesa y firme, delicada conmigo, conduciéndome lejos de la puerta mientras me decía con una voz suave *que fuera con él y que no había ningún problema y que habría una manera mucho mejor de colaborar sin tener que resistir la mirada y la desidia del guachimán ése*. Yo iba en sombras, no pude ver el rostro del hombre que me hablaba. La mano me calmó junto con la voz amable y cordial. Luego de tantas horas, con la oscuridad reciente de la tarde concluida, no pude ver el rostro de quien me hablaba. Pero su voz era un rostro y en cada modulación había un gesto, un perfil, un detalle. Cada vocal era un ojo, cada conjunción una sonrisa, y su piel era el ritmo continuo que enlazaba el mismo cuerpo de palabras. Oírlo era verlo. Me dejé llevar y me sentí segura, como no lo había estado antes, como si ahora yo también pusiera en marcha mi reloj. Era cierto lo que me decía: yo no tenía por qué resistir la mirada y la desidia del guardián y de sus pulgas. Mientras me alejaba di un último vistazo a la puerta y a los hombres y mujeres que habían estado esperando más que

yo. El guardián, olvidándose completamente de mí, se sacudió el polvo de su abrigo. Las pulgas debieron sentir que su mundo se estremecía con ese terremoto inesperado. Me pareció que él les susurraba a sus pulgas mientras se ajustaba el abrigo. Los hombres y mujeres despertaron de su letargo y se abalanzaron a toda prisa hacia la puerta apenas vieron que el guardián se acercaba al umbral y con un gesto firme la cerra/

***

ANTES ME LLAMABA CLARA. Ahora me llamo Eli. Eli no por Elisabeth o Elena o Eleodora o Eliana. Eli por abreviar mi nombre de bautizo: Eleuteria. ¿A quién se le ocurre poner un nombre así? A mis padres, por supuesto, y a la mala costumbre de mi país de rebuscar nombres raros. Y no acaba ahí el asunto. Para más señas mi nombre completo es Eleuteria María Asunción Remigia Alcocer Ladrón de Guevara. «Eli» me resuelve el largo trámite de mi nombre y le evita el susto, la risa o la vergüenza a quien no me conoce. Así que Eli y punto. Luego se puede añadir algún atributo más bien cortito. Quiteña. Alhajita. Guambra. Soltera. Lectora. Estaba recién llegada a Bogotá para estudiar Arqueología y al coordinador académico sólo le dije que me llamaba Eli Alcocer y cuando vio los papeles, comprensivo él, no me pidió ninguna explicación. Total, empezaría como oyente porque había llegado tarde para la inscripción, pero como fue tan amable con mi retraso en el viaje en bus y por mi carita de ruego para que *por favor, por favor, por favor* me dejaran entrar, pues me dejó entrar.

No era para menos. Ir desde Quito a Bogotá en bus no es un recorrido corto. Primero tuve que tomar el bus de Quito a Tulcán, que tarda cinco horas, luego pasé la frontera entre Ecuador y Colombia, y llegué a Ipiales. Recién allí me subí

al bus de Expreso Bolivariano, al que le decían el Blue Bird Trasandino y que me llevaría a Bogotá en veintiún horas. Eso si es que no te detienen los derrumbes, los militares, los paramilitares o los guerrilleros. A mí me detuvieron tres de los cuatro, así que las veintiún horas se convirtieron en muchas más. Un derrumbe poco antes de llegar a Pasto nos paró tres horas. No había visto abismos tan grandes como los que tienen allí. Aunque, en realidad, a los abismos no se los ve. Se los intuye, se los siente, porque no se ve nada de nada y es por eso que son abismos. Ni siquiera el río que corría allá abajo. Le pregunté por el nombre del río a mi vecina de asiento, una señora con cara de mil años, que debía pasársela rezando por las cuentas que sostenía y manoseaba desde que salíamos de Ipiales. Es el Guáitara, me dijo. Le pregunté si lo había visto y me dijo que no, que nadie llega a ver al Guáitara para no tener vértigo o porque debe concentrarse en la carretera o porque mira las montañas. Ese río sólo lo ven quienes caen al abismo. No exagere, señora, dijo otro pasajero, vaya a verlo mientras siguen arreglando el derrumbe que hay luna llena. Así que me bajé del bus. Sí que había luna llena, me asomé al borde de la carretera y me concentré un buen rato. A veces se asomaba el brillo de una culebrita de plata entre los matorrales. Eso fue lo único que vi del abismo: un brillito escurridizo. Luego del derrumbe vinieron los militares. Nos pararon varias veces antes de llegar a Popayán, y luego en Ibagué, y los guerrilleros en algún punto del valle del Patía, tal como me lo contó mi vecina de asiento, porque yo estaba tan dormida, dijo, que ni los milicos ni los guerrilleros se atrevieron a despertarme. Debía ser el cansancio que no me di cuenta de que nos habían parado. Recién me desperté cuando entrábamos a la sabana de Bogotá. Pero como veníamos con varias horas de retraso, ya no alcancé el horario de las oficinas de la universidad y tuve que ir al día

siguiente y habían cerrado las inscripciones. Pero bueno, tuve suerte y me aceptaron como oyente.

Una nunca sabe bien por qué elige una carrera. Como ocurre con el resto de las decisiones en la vida. No exagero. A veces se elige por gusto, por intuición, por admiración de alguien que hacía lo mismo, incluso por sensación de aventura. Quizá por esta sensación de aventura que sugiere la arqueología supuse que habría un aventurero a la misma altura. Un arqueólogo siempre está de excursión, en trabajo de campo, paseando, acampando cerquita de las excavaciones, a la búsqueda de una piecita de oro, o de barro, o de lo que fuera, tanteanto entre fantasmas para hacer conjeturas de lo que pasó o no pasó con pueblos que ya no existen, y a partir de esos restos o pedacitos levantar civilizaciones perdidas por las que dembularán figuras y personajes que no podrán dar su versión directa sobre cómo fue su tiempo. Para ellos haremos el papel de ventrílocuos: parecerá que mueven sus bocas pero somos nosotros quienes hablamos. Al final el trabajo de un arqueólogo es eso, ir a ciegas entre restos donde se esconden fantasmas que están esperando su turno para hablar.

No voy a hacerme pasar por muy profunda, aunque en esa época me las daba. Puede que también haya elegido esta carrera como un pretexto para alejarme de Quito, para salir de casa, o por el placer de las joyas que no podía comprarme pero que, de esa manera, podía tener entre manos. Esto lo descubrí en el Museo del Oro. Las prácticas de la Universidad nos permitían trabajar con esas joyas, limpiarlas, estudiarlas, clasificarlas. Una iba privilegiada y entraba en las bodegas y las manipulaba en el taller de restauración y mantenimiento. Tenía mis fantasías y más de una vez se burlaban de mí cuando me quedaba embobada con un peine, unos aretes, unas narigueras. Hasta que aparecieron los discos giratorios del altiplano de Túquerres.

Los discos están hechos de tumbaga, una aleación de oro y cobre. Son perfectos: están trabajados de igual manera en ambas caras, con un agujerito en el medio como para que pase una cadenita o un cordón. Entre mis compañeros eran los hombres los que lanzaban más hipótesis sobre su uso. Diego Santos decía que eran para un ajuar funerario. Juancito Bruce que eran una forma de moneda simbólica, tesis con la que nadie estaba de acuerdo, pero le seguíamos la corriente porque insistía tanto y con tanta labia que era mejor dejarlo con su terquedad. Nieves, una de mis mejores amigas, decía que daba igual que no supiéramos el uso, que basta contemplarlas para dejarnos llevar y que, prudente como es ella, había que seguir investigando antes de concluir nada. Ella era la más seria, aunque sí tiene un punto de cándida. Ingenuota, decía Hilario Roca. Yo no decía nada, a fin de cuentas era la extranjera, la nueva, la oyente, aunque quizá podía entender o intuir mejor que ellos porque esos disquitos vienen del sur de Colombia y también se han encontrado algunos en el norte de Ecuador. De todas las hipótesis, la que me gustaba era la de Hilario. Sostenía que eran parte de un ritual hipnótico porque la simetría de los discos, al ponerse en movimiento, girando en lo que suponíamos que eran las cuerdas que los atravesaban, era un recurso para que el resplandor del sol, disperso en el movimiento de los discos, provocara un efecto hipnótico entre quienes participaban en la ceremonia y tomaban sustancias. Hilario levantaba los discos y suavemente los hacía rozarse entre sí provocando un tintineo tan puro y sencillo que remarcaba imitándolo: *tilín tilín tilín*. Girá y girá y girá, añadía Hilario, y de pronto se te nubla la percepción: *tilín tilín tilín*. Roca, decía la doctora Agudelo que lo descubría de refilón, cuidadito me daña esos discos. No, mi señora, están en buenas manos, usted no tiene nada de qué preocuparse. Eso espero, Roca.

Hilario Roca hablaba lindo, con ese acento paisa que me hacía cosquillas, soltando una risita al final que le entrecerraba el ojo izquierdo. A ratos se me confunde, y lo que recuerdo del sonido de los discos rozándose entre sí era el bromista tilín tilín tilín que él pronunciaba. Además, decía, si estás bajo el efecto de alguna sustancia o te habés metido un poco de coca, los discos aceleran el proceso. Su hipótesis era verosímil y por eso me gustaba. La hipótesis, y el mismo Hilario, por supuesto. Además, los alucinógenos nos dieron para una larga conversación. Él estaba acostumbrado a las hojas de coca y a las drogas químicas. Yo le empecé a hablar del vuelo con el fruto del sanshi, del florón de la costa, del huantug enmudecedor. Se interesó y nos pasábamos horas hablando. Eso también fue un buen pretexto para probar distintas hierbas. Debían ser naturales, como los antepasados a quienes expulgábamos hasta el menor peine y ollita. En eso Hilario era un experto. Siempre la podía conseguir a buen precio. Se volvió además el centro de lo que hacíamos.

En la primera excursión que hicimos a las excavaciones por Loma Pelada, en Nariño, Hilario se encontró una especie de pinza de bronce, la miró rapidito y se la guardó en el bolsillo. Yo lo vi. Él me vio. No le dije nada. Él no me dijo nada, pero sonrió y me guiñó el ojo. Luego en la comida, en un aparte, me la mostró. Le dije que no estaba bien, que debía haber llevado un registro, que debía devolverla de inmediato. Estaba removida, Eli, ya no servía. Estuve un buen rato calmándome y despertando mi curiosidad sobre el uso posible que tendría. ¿Para doblar hilos de tumbaga?, le propuse, ¿para extraer pelitos? Estábamos emocionados por la cantidad de instrumentos de higiene y belleza que tenían las culturas precolombinas. Nos pasamos un buen rato conjeturando hasta que Hilario sacó su hierba, lió un porrito y entonces, como si lo hubiera intuido, agarró el porrito con la pincita. Eso era, dijo cuando me lo pasó. Se lo di, me lo volvió

a dar, se lo devolví. Al rato ya estaba yo un poco *happy* y me daba igual que Hilario se hubiera robado la piecita. Total que casi sin darme cuenta esa fue la primera noche que nos acostamos y dormimos riquísimo, seguramente efecto de la buena maría de Hilario y del aire puro del campamento de las excavaciones.

Al despertarme me encontré con que Hilario no estaba en la habitación. Salí de la casa refugio y no lo vi por ninguna parte, deslumbrada por el cielo azul, húmedo y frío, y el verdor retaceado de la cordillera en la que sobresalía, solitario, con su cima aplanada, el Azufral. Ver al volcán así de solitario me contagiaba la misma sensación. Pero duró apenas unos segundos. Reconocí a Hilario que venía subiendo por el camino de las excavaciones. Me saludó desde lejos. A medida que se acercaba lo observé con su manera de andar desgarbada, como si cualquier sitio fuera su casa, como si recorriera ese camino cada día. Ya está, me dijo cuando estuvo a unos pocos metros, devolví la pincita. ¿Cómo que la devolviste?, le pregunté. La puse en la zona de reserva, a fondo en la tierra. Lo decía con absoluta soltura aunque noté en sus ojos un brillo irónico, como si me quisiera poner a prueba o estuviera esperando mi reacción. Dijo que los próximos arqueólogos al descubrirla harían el expediente adecuado y se sabría para qué servía, y que él, luego de pensarlo en la noche, no la iba a sacar de ahí para que hiciera algo distinto de lo que me ofreció. Porque la huaca, remarcó, te ofrece siempre lo que necesitás. Y eso hay que escucharlo. Yo seguía sin entender. Explícate, Hilario. Dijo que la huaca no es impersonal, no sirve para dar piezas para los museos o los investigadores. Te da lo que necesitás en ese momento. Es un regalo. ¿O vos creías que estos entierros se hacían para guardar de manera egoísta los bienes del muertito? No, Eli, nuestros antepasados eran generosos. La propiedad privada no funcionaba tal como la entendemos. Me gustaba esa manera de pensar de Hilario, pero en ese momento entendí que

desde tempranito ya estaba fumado. Sólo faltaba que dijera que la huaca estaba siempre dispuesta a la recuperación de bienes para el pueblo, aunque sea un pueblo del futuro y completamente desconocido.

Pensé que él estaba a punto. Si iba por esa línea era un buen candidato. Aunque no sé qué tanto como arqueólogo, porque eso de devolver la pieza a la zona de reserva no era muy acertado, más bien una barbaridad, nos habrían resondrado en el Museo. Yo debía haberme dado cuenta. Las zonas de reserva deben ser intocadas, no se vale «devolver» la pieza. Los arqueólogos no exploran todo porque reservan esas zonas para los arqueólogos del futuro, que tendrán nuevas técnicas y que merecen contar con una posibilidad de trabajar. Sólo escucharlo hablar de los arqueólogos del futuro me bastaba para calmar mis escrúpulos. Después caería en la cuenta de que era nuevamente hablar de fantasmas del pasado y del futuro. Y uno era apenas una gotita de realidad, un instante, que dejémonos de vainas también es fantasmal. *Sólo es real la niebla*, añadía Hilario citando un verso. Con él trabajamos algunos fines de semana por Túquerres. Yo no dije nada de la pincita y, finalmente, no apareció de nuevo.

Esos días fueron importantes porque descubrimos que podíamos vivir juntos. Fue una solución práctica que también era sentimental. Compartir los gastos nos venía bien a los dos. Y de cara a las familias, a los curiosos de la Universidad y a la severa doctora Agudelo, lo que hacíamos era la típica vida de estudiantes más bien pobres. Era un departamentito muy sencillo, que daba a una placita de la que siempre olvidaba el nombre, y en las que no había nadie por la mañana, salvo un afilador que se la pasaba pedaleando y sacándoles chispitas a los filos de los cuchillos de las vecinas. Por las tardes, unos niños jugaban un rato, pero ni siquiera tanto porque la placita no tenía juegos y había pocas plantas y flores. Como mucho recuerdo el arriate

de begonias rojas de una de las casas. Sin embargo, estaba feliz. Hilario no daba ningún problema, era tenaz en la cama, cocinaba riquísimo y nunca me preguntaba nada. En un dos por tres armaba una mochila de viaje y listo para ir a las excavaciones o para ir a dar una vuelta. A veces se iba unos días a Medellín a visitar a su familia y volvía trayéndome las típicas gerberas antioqueñas que colocaba en un florerito oblongo que me había enviado de regalo su madre, doña Zulma. A veces me arrepiento de no haberlo acompañado a Medellín, de no haber conocido el lugar donde vivía, a su familia —a doña Zulma la vería sólo una vez, y en Bogotá— y pienso que debía haber ido cuando tocaba. A esa edad una cree que dispone de mucho tiempo y cuando ya se da cuenta, es demasiado tarde y empieza el irreversible tic tac.

Luego de instalarnos en el depa, estábamos a la espera de que nos asignaran finalmente el trabajo de campo. Debíamos parecer muy novatos o es que estaban tomados los mejores sitios. Nos enviaban de un lugar a otro para mero trabajo de archivo y casi nunca en una excavación importante. Cuando yo tenía que ir a zonas cercanas a Popayán, le explicaba a Hilario que era un grupo de investigación de una universidad americana que trabajaba con la del Valle, y no con la Nacional. Él nunca me pedía explicaciones. Debí haberme preocupado, porque era lo natural, y yo sabía lo que debía decirle, con detalles y demás. Ni siquiera le sorprendía que el proyecto en el que yo debía participar estuviera financiado por americanos. Hilario seguía fumando, cada vez más. Sin embargo, cumplía en las prácticas en el Museo del Oro, a pesar de la antipatía que le tenía a la doctora Agudelo, y leía intensamente los tratados de datación, arqueología contextual y demás mamotretos que a mí me empezaban a aburrir. Y la verdad es que cuando yo entraba al monte y en un día despejado veía las alturas del Azufral, me acordaba de Hilario y esa primera noche con la pincita devuelta y que algo no

estaba del todo bien en nuestra relación, y que seguramente era culpa mía. Sin embargo, él se emocionaba al verme de regreso. Yo abría la puerta y fijo que estaba tumbado junto a la ventana fumándose un porrito y dejando a un lado los librotes de la Nacional mientras gritaba ¡*Eli!* y yo gritaba ¡*Elé!* Me abrazaba y repetía *elé elé* riéndose de mi expresión quiteña. En la mesa tenía listas en el florero oblongo las gerberas fucsias que me encantaban y que ya sabía dónde encontrarlas en Bogotá. Me emocionaba verlas allí, con sus tallos largos y esos pétalos enormes que se abrían como sonriendo, como el mismo Hilario. Me pasaba un porrito —ya se había conseguido otras pincitas—, y nos acostábamos durante horas. Para mí era la relación perfecta. Yo iba y venía sin problemas. Tenía mi novio paisa en Bogotá. Era feliz y sin demasiadas preguntas.

No duraría, por supuesto. Nada me duraría mucho desde entonces. Tic tac. Yo siempre pensé que a la larga era mi actitud reservada la que lo había hecho desaparecer, si no hubiera sido que la verdadera causa fueron los dichosos discos giratorios. Tanto debieron fascinarle a Hilario que un día, recién llegada yo de Cali luego de uno de los entrenamientos más agotadores que había tenido, lo encontré en el depa un poco nervioso. Pensé que le faltaba un poco de maría, que su familia había tenido algún problema porque él no conseguía ningún trabajo ni ningún proyecto importante. Doña Zulma quería que Hilario fuera abogado o algo parecido. Pensé que se le pasaría. Pero ese día no quiso meterse en la cama conmigo, miró a la placita baldía como si algo se le hubiera perdido, y simplemente salió del depa diciendo que vendría luego. El muy hijito de su mamá no vino ni luego ni en la noche ni al día siguiente. Lo que vino a los dos días fueron unos golpes en la puerta. Se me pasó por la cabeza que era la policía, fue un segundo nada más, que a lo mejor Hilario sí se había dado cuenta, que a pesar de mi escrupuloso control,

algo se me pudo haber caído o escapado, y él se había puesto nervioso. En realidad la que se puso nerviosa fui yo, me palpé los bolsillos del bluyín, recordé haber dejado todo bien guardado en el huequito del balcón, miré a la plaza y no vi ningún carro de la policía, sólo un viejo escarabajo gris, medio abollado en una esquina, y entonces me dispuse a abrir la puerta y que fuera lo que lo quisiera la Virgen de El Quinche, pensé. Luego hasta pensé en qué cojuda era como para que en el momento de más nervios me viniera lo de la Virgen de El Quinche, atea que soy pero bien que me llevaron mis viejos un montón de veces. Así que fui hasta la puerta respirando para que mi discurso no se me fuera a cruzar, que no me vieran más nerviosa de lo que habitualmente puede estar una guambra como yo.

Así, preparada, cuando entreabrí la puerta y dije *¿sí?,* el tipo con la cara aindiada que estaba afuera, acompañado de dos patizambos que parecían aburridos de estar allí parados, me resultó ligeramente conocido hasta que me dijo que lo disculpara, doctora, pero tenía que preguntar si allí vivía Hilario Roca y le dije que sí y él que si se encontraba Hilario. Barajé rapidísimo lo que debía o no decirles. Si les decía que no a secas dando a entender que no tenía idea de su desaparición, iban a volver tarde o temprano. Si les decía que no y que estaba preocupada porque había desaparecido, me habrían tomado confianza y habría eliminado la menor sospecha. Era lo que me convenía aunque pudieran entrar y preguntar sobre Hilario, del que tampoco, en realidad, yo tenía nada que esconder. Todo esto mientras yo pensaba dónde dónde dónde caracho había visto ese rostro aindiado que me llamaba doctora por puro formalismo.

Les respondí que no tenía idea dónde estaba Hilario y entonces el hombre dijo que venían del Museo del Oro. Fue cuando caí en cuenta: era uno de los tipos duros que estaban en la garita del Museo. Por supuesto, no les pedí ninguna documentación o

una placa, medio asustadita debí parecerles. El hombre se sacó la gorra y pidió disculpas por molestarme pero que necesitaban hablar urgentemente con Hilario Roca porque eran de la seguridad del Museo de Oro y venían de parte de la doctora Agudelo. Sí que lo había visto, se llamaba Ricardo Jairala. Recuerdo las primeras veces que lo vi, allí en su garita, callado, reconcentrado, mirando con desconfianza a medio mundo, y una no sabía si era puro escrúpulo de guachimán, hartazgo de su trabajo, o incluso cabreo telúrico o ancestral por tener que cuidar joyas que algunos antepasados suyos seguramente poseían como dueños y señores. Pero lo debí olvidar tan rápido que ya ni me di cuenta de él en los meses siguientes, ocupada en los viajes, la vida con Hilario y la gente que iba conociendo. Tenía su gracia, a pesar de mi susto, escucharlo preguntar por Hilario, como si viniera de parte de sus antepasados a reclamar esas piezas. Me explicó que quien las había hurtado quedó registrado por las cámaras del circuito cerrado de las que nadie tenía idea en ese entonces, pero en las que la doctora Agudelo había reconocido al estudiante en prácticas, y que yo vería dos días después cuando me interrogaron en la policía. ¿Qué piezas?, pregunté a Jairala. Balbuceó que eran unos discos y me mostró unas fotos. Allí estaba, lo sospeché apenas lo dijo: eran los discos giratorios de tumbaga. Qué bruto que eres Hilario, pensé, ahora no podrás devolverlas, y venderlas sería un mal negocio porque ni siquiera querrán comprártelas, ultrafichadísimas en cualquier registro o aduana o museo. Mal asunto, pensé mientras le indiqué a Jairala y a los patizambos la habitación de Hilario, en la que él casi no dormía porque se venía a mi cuarto, sólo para que vieran que colaboraba. Estaba tranquila porque el asunto no era conmigo en ningún sentido, y, al final, cuando vieron que no había nada, Jairala me pidió que le avisara si tenía noticias, que el asunto era serio y que la doctora Agudelo estaba dispuesta a olvidarlo si

se devolvían las piezas durante las próximas veinticuatro horas. Asentí, y pensaba que se marcharían de inmediato, pero a Jairala le empezó a cambiar la expresión de la cara.

—A usted no la vemos por el Museo hace mucho tiempo.

Puse boquita compungida, ojitos, sonrisita. Cayó enterito. Súbitamente, como si lo fuera a poner en su sitio, le dije que no, que estaba participando en excavaciones en el Sur. ¿Muy muy en el sur?, preguntó. *Muy muy* no, dije, en Cali. Ah, respondió, bella tierra la de los caleños. Se puso la gorra y se disculpó por las molestias pero prefería ir al grano antes de que hicieran la denuncia y que si por algún motivo llamaba Hilario le dijera que se acercara rápidamente porque la doctora Agudelo quería resolverlo sin escándalo. Usted me entiende, reina. Entiendo, Jairala, le dije a secas. Finalmente se fueron. Me asomé a la ventana de la sala, desde donde se ve la horrible placita de la que no recuerdo su nombre. En la esquina estaba el afilador, pero sin trabajar en sus cuchillos, sino sentado y fumando, como si viera pasar el tiempo, o mejor, como si le importara poco. Me di un susto porque de pronto me pareció que era igualito a Hilario. Cuando los hombres se acercaron al viejo escarabajo, el afilador los miró echando humo pero no movió ni un pelo. Ese Jairala debió ser policía antes, o milico, no acertaba yo del todo en esa época si era uno o lo otro. Van como que no quieren la cosa pero ahí son tajantes, prepotentes en su tonito, y este Jairala debió serlo y algo se le quebró en el camino. Después entendí que cuando se les quiebra el camino, se dan por satisfechos con cualquier senderito. Se notaba a la legua y ahí estaba de responsable de seguridad, en su caminito.

Pero esto lo pensé después. En ese momento estaba intrigada por Hilario. No volvió al depa, no se despidió, ni una carta ni una nota. Nada. Doña Zulma llamó un par de veces preguntando por él y yo les respondía que tampoco tenía noticias y la

mujer me colgaba como si yo le escondiera el paradero de su hijo. Unas semanas después que volví de otro viaje me di un susto porque sobre la mesa estaban unas preciosas gerberas fucsias abriéndose en abanico. Me halagó, me alegró, aunque sospeché porque me sentí vigilada y caía en la cuenta de mi error: no había cambiado las cerraduras. Sus amigos tampoco tenían idea de su paradero. Doña Zulma no volvió a llamar, por lo que sospeché que Hilario seguramente le había dado señales a ella. No insistí porque el asunto me parecía concluido y me iba a mudar dentro de poco, ya no me gustaba que me ubicaran por el problema de Hilario.

En una de mis últimas visitas al Museo, para comunicarle a la doctora Agudelo que dejaría las prácticas, Diego Santos me comentó que habían visto a Hilario por Manizales. Nadie estaba seguro. Hasta Nieves creía haberlo visto rondando por el Museo. De paso, ella me reprochó que fuera tan poco por las clases. Quizá fue por su desaparición, o porque cada vez eran más frecuentes y largos mis viajes a las excavaciones que comenté veladamente a mis compañeros que tenía pocas ganas de quedarme allí, que un museo es como una especie de tumba pulcra pero muerta y que ya era demasiado si teníamos que trabajar con fantasmas, que el verdadero trabajo estaba en el campo, en las excavaciones, y que lo otro, exposiciones y museos, para curiosos, turistas y excursiones de escuela, pues no me gustaba mucho, porque lo importante, lo que revelaba, lo que realmente decía, era el trabajo en la tierra, escarbando sus secretos. Sólo es real la niebla, concluía para dejarlos más perplejos. Las últimas veces que fui al Museo sentí la mirada de Ricardo Jairala desde su garita, como si sospechara todavía, como si yo guardara algún dato o supiera dónde mismo estaba el bobote de Hilario. Lo que me venía de maravillas: no era yo la que huía sino otro, y yo más bien era la reina abandonada y

sola. A ratos creía que era piedad lo que sentía por mí. Hasta un día me acerqué donde Jairala para decirle que *una mujer sola es una mujer acompañada*, pero me pareció inútil y no le dije nada, qué iba a entender este hombre, exmilitar o expolicía. Él me observaba expectante, se puso de pie, y me di cuenta de que llevaba un ajado abrigo de pieles. Parecía más un mendigo que un vigilante de museo. A lo mejor la garita era muy fría y cualquier trapo le valía para hacerlo entrar en calor. Me dio pena y al mismo tiempo me volvió una especie de rencor remoto, como cansada de la desproporcionada vigilancia de quien no tenía parte en el problema, como una suspicacia añadida que no le compelía. Lo saludé con mi mejor sonrisa y me fui sin decirle nada más mientras él seguramente seguía viendo cómo me alejaba.

Me quedé con el bichito de a dónde diablos se había ido Hilario. Dejé el departamento luego de pagar todas las facturas. Era inútil seguir pensando en ese fantasma porque ya empezaban a cruzar otros nuevos, con esto de estar entre el pasado y el presente, y en un presente que mira hacia un futuro completamente distinto donde sólo suena mi tic tac tic tac. A veces no sabía dónde estaba, quizá sólo en este momento en que pienso y hablo a solas sobre el pasado que ya fue y que sin embargo sigue siendo o empieza a ser. Sólo es real la mujer sola. Sólo hay niebla en una mujer acompañada. Soledad real, mujer niebla. ¿Dónde andaría el bueno de Hilario? A ratos pensé que la buena o ingenuota, como decía él, era yo. Porque quizás él también hacía lo mismo que yo, siendo otro para ser él mismo. Esto de la compartimentación de los grupos por cuestión de seguridad me daría más de una sorpresa. Quizá él me supervisaba. Quizá era de otro grupo y ni uno ni otro lo sabía. ¿Quién sabe algo en concreto en este mundo de apariencias? Sólo es real la ruina, y ni siquiera, que como decimos los arqueólogos, las ruinas son

los únicos cimientos para las conjeturas. Vamos, estaba volviéndome loquita con lo de la arqueología y no era para tanto o ya estaba bien.

Nunca supe el paradero de Hilario pero lo imaginaba en algún rincón del altiplano de Túquerres, vestido con una ruana, fumando sus porritos mientras caminaba por hermosos paisajes desolados donde se podía olvidar de los hombres y hasta de sí mismo, a veces lavándose la cara en las aguas heladas de las chorreras, otras absorto en la inmensidad fría y desnuda del altiplano, en esa inmensidad cósmica donde uno se convierte en pájaro, en insecto, en un silencio vasto en medio de la nada, un silencio donde a lo mejor él escuchaba, colgados de un cordón en su cuello, el tilín de los discos giratorios dando vueltas y vueltas, como si el Universo se virtiera en el centro de los discos, y yo, en cambio, escuchando ese tic tac tic tac que no para. Algún día, eso también lo sabía, dando vueltas y vueltas, me volvería a encontrar con él. No iba a ser sólo un viaje de ida, sino circular, en redondo, como los discos de tumbaga que no podía quitármelos de la men/

***

ANTES ME LLAMABA ELI. Ahora me llamo Ana. Así, a secas, un nombre limpio, bien apoyado en los pilares de la letra «A». Aunque yo no parecía tan firme cuando llegué a ese barrio del norte. A las pocas semanas los vecinos, casi todos, me acogieron como si yo hubiera vivido allí media vida, encantados porque lo primero que hice fue arreglar el jardincito delante de la casa, resembrar el césped, poner unas macetas con pinos y un arriate con begonias que era como un subrayado rojizo de la pared de mi casa, a la que pinté de un suave color mostaza. A simple vista, mi fachada destacaba junto a las demás que

miraban a la plaza Veinticinco de Noviembre, una placita más bien árida coronada por la estatua de una mujer.

A los vecinos les apenaba que fuera una viuda tan joven. Ver que todavía llevaba el anillo de bodas en el anular los dejaba tranquilos. Debían pensar: pobrecita, debe ser duro, tan joven. Sólo le queda sembrar sus begonias. El asunto de cómo los conquisté no fue tanto por compasión como por ingestión: me los gané por el estómago.

Un día preparé humitas, decenas de humitas, y con una bandejita me acerqué a sus casas y se las ofrecí. Allí cayeron. A veces algunos me traían arepas o panqueques. Pero fue breve el reino de los salados. Rápidamente pasamos a los postres. Empezaron a soltar un arsenal de dulces: me trajeron bananos calados, calandracas, ponqué negro, flanes de queso, casquitos de guayaba, mielmesabes, cocadas. Eran golosos y la variedad se debía a que muchos de ellos venían de diferentes regiones de Colombia. Traían papayas rellenas, postre borracho, torta de banano, biscocho con manzanas, casquitos de guayaba de Caldas, torta de pastores de Santander, entre otras delicias de las que ya olvidé el nombre. Si me dieran a probar una cucharita los reconocería, y luego empezaría a mezclarlos por el puro gustito de seguir probando variantes, como si lo dulce también estuviera en la mera felicidad de mezclar los nombres y confundirlos*: torta de guayaba, papaya borracha de Santander, biscocho calado de queso, ponqué de calandraca, casquitos de manzana de Caldas.* Y podía seguir las combinaciones: *mielmesabes borrachos, flanes de calandraca, cocadas de ponqué, bananos pastores, papayas de queso, casquitos de flan*. En fin, a quién le importa la mezcla si saben delicioso, y lo delicioso también es la mezcla, y es delicioso el mezclar. A mí los postres que más me gustaban eran el pastel hojaldrado de mango y las brevas con arequipe. Verdaderas delicias.

Quizá lo de ser tan aficionados a los postres se debía a que mis vecinos tenían problemas y buscaban endulzarse la vida. Poco a poco, entre cucharita y cucharita, me los fueron contando y yo me armé un mapita mental de cada uno de ellos alrededor de la plaza Veinticinco de Noviembre. No de todos, sino de los que más me llamaron la atención, de las familias con más movimiento: los Girardot, los Hoyos, los Ramírez, los Bayas.

Los Girardot, en la esquina derecha de la plaza, se estaban quedando sin dinero para mantener a su hija, Uma, en un doctorado en Biología en el D. F. No había venido a visitarlos desde que se había marchado. De eso se quejaban. Sobre todo la señora Girardot, que hablaba hasta por los codos, especialmente de los vecinos. Del señor Girardot supe poco. Era muy reservado, severo en realidad, y su esposa prefería no hablar de él.

Los Hoyos, al lado de los Girardot, sufrían por no poder cobrar su herencia —la de la mujer— porque uno de los bienes, una casa de Chapinero, tenía problemas sucesorios que el testamento complicó todavía más.

Los Ramírez, en la esquina izquierda de la plaza desde la ubicación de mi casa, parecían los únicos felices porque no se sabía ninguna historia de ellos y tampoco contaban nada, pero varias noches, sin embargo, los vi salir. A veces a él. A veces a ella. A veces al chico, que daba dos o tres vueltas a la plaza, como si fuera una rutina de ejercicios, aunque a veces no daba vuelta a la plaza porque se acercaba donde el afilador que de cuando en cuando pasaba por allí y se ponía a conversar mientras afilaba un cuchillito o una navaja, nunca lo supe muy bien.

A veces salían la madre y el chico.

A veces el padre y el chico.

Nunca vi salir a la madre y al padre juntos.

No tenían una rutina clara, o lo único que saqué en claro fue que nunca salían el padre y la madre juntos, y tampoco los tres juntos.

Eso sí, miraban la placita, a veces se quedaban unos segundos, como si estuvieran esperando que alguien apareciera por allí. Mejor dicho, como si pudieran ver que alguien estuviera jugando en ella y no lo estaba, pero por si acaso miraban, por si se hubieran equivocado, por si lo que daban por cierto no hubiera sido más que un sueño. Y lo único que podían ver era el césped seco y los arquitos oxidados que lo protegían, a veces un gato montándose a una banca de cemento y lamiéndose las patitas, y en medio de la plaza la estatua sosa de la mujer que nunca supe ni me interesó saber qué representaba, con lo meticulosa que yo era y que, lo pensé después, debía constar en mis informes. Es increíble, pero nunca tuve tiempo de acercarme a verla bien. ¡Siempre pasa así! Tampoco supe nunca por qué se llamaba plaza Veinticinco de Noviembre. Alguna fecha que a nadie importa. El asunto es que de los Ramírez, con el paso de las semanas, y sin ningún tipo de prueba, me dio por pensar que miraban a la plaza como si algo o alguien se les hubiera perdido. Pensé que a lo mejor se trataba de un hijo muerto, aunque lo que más me venía a la mente era una niña muerta. Cuando la señora Girardot —chismosa y feliz de serlo— me terminó contando la historia, pensé que de tanto ver a los Ramírez había podido entrever correctamente mi sospecha. Era como yo lo pensaba. Los Ramírez habían tenido una niña que siempre iba a jugar a la placita. Se llamaba Cristina. Ella era mayor que Julián. Cuando Julián creció también iba al parque. Él se quedaba sentado viendo a su hermana que corría de un sitio para otro. Pensé que la señora Girardot me diría en ese momento que la niña cruzó sin darse cuenta la calle y de pronto ¡zas!, un auto a toda velocidad, o que la niña se distrajo y Julián, que ya había empezado a caminar, se lanzó a la calle y de pronto… Pero no había *y de pronto*, porque

simplemente los dos estuvieron siempre dentro de la placita. No se movieron de allí. Sobre todo Cristina. Y sólo media hora después, cuando la madre escuchó el llantito de Julián y se asomó a la ventana, vio a Julián llorando y a Cristina echada en el piso al pie de la estatua, en medio de la plaza, y en un extremo de la placita el afilador de cuchillos dejaba su bicicleta y se iba acercando despacio hasta donde estaba la niña, como dudando. Entonces la madre se alejó de la ventana y salió corriendo de la casa y llegó al centro de la placita cuando el afilador ya estaba al lado de la niña. Fue curioso, dijo la señora Girardot, la madre en vez de abalanzarse sobre su hija, se quedó de piedra al lado de ella, y de pronto le empezaron a temblar los brazos y más bien fue el afilador el que se agachó y cargó en brazos a la niña, como ofreciéndole a la madre que él la cargaría. Y la cargó hasta la casa y la pusieron en el sofá. Pero la madre se había olvidado de Julián. Fue el afilador quien volvió a la placita, le dio la mano a Julián y lo metió en la casa.

¿Y usted cómo supo eso, señora Girardot?, le pregunté. Porque yo lo estaba viendo desde la sala de mi casa y cuando vi que el afilador llevaba al pequeño me fui corriendo hasta la casa de ellos para ofrecer mi ayuda. Llamaron al padre, no lo ubicaron en ningún sitio, así que lo que hicimos fue llamar a una ambulancia. La niña había tenido un ictus, algo rarísimo en niños de esa edad y precisamente con muchas posibilidades de salvarse, y parecía que la niña se iba a salvar porque se quedó varias semanas en la clínica. Fue inútil. No se recuperó nunca y murió poco después. No era una historia feliz la de los Ramírez y eso se percibía en el silencio que los caracterizaba.

No quise insistir más en esa historia y me concentré en una que parecía mucho más feliz, la de los Bayas.

Ellos estaban a la derecha de mi casa. El padre tenía un nombre extrañísimo, Ataúlfo, la madre uno simplón, María, y

las tres chicas se llamaban Lorena, Karla y Pepita. Ellas siempre me traían porciones de torta, magdalenas, barquillos y sobre todo las brevas con arequipe. Incluso Lorena, la mayor, a la que le llevaba sólo dos años, me invitó a salir con su grupo de amigos. No funcionó, como que se notó que era viuda reciente, que todavía estaba demasiado triste, o que esos dos años de diferencia a la larga sí contaban, pero la pasé bien, no me quejé. No se repitió la salida, por suerte. Karla, la segunda, fue la que tuvo problemas. Había quedado embarazada, lo que no es un problema, pero si tienes dieciséis años lo es y muy grande, empezando por los propios padres, aunque los Bayas no le hicieron más problemas a Karla que el escándalo inicial. Después se calmaron las aguas y le dijeron que no se sintiera obligada a casarse, que tuviera al hijo sin comprometerse. Eso era una verdadera revolución en esa época. Fue Karla quien se hizo el problema a sí misma porque andaba de mal genio a cada rato. Por ahí venía el peligro, por ahí asomaba su ojito hambriento, por ahí el abismo. Venía a mi casa y se desahogaba llorando. Le reventaba que sus padres no la apoyaran para abortar. Intentó hacerse daño y debió empezar a cuidarse por prescripción médica.

Un jueves vino su madre para pedirme si Karla se podía quedar en mi casa el fin de semana porque se iban a una hacienda a las afueras de Fusagasugá. El ginecólogo había prohibido el viaje por la carretera por los movimientos del carro. Además, aunque faltaban varias semanas para el parto, una nunca sabe si el bebé se adelanta. Después la idea de dejarla sola. Tú me entiendes, Ana, ¿no? No me negué. Le dije que podía quedarse conmigo. Cuando la madre se fue, se detuvo un momento en la puerta de mi casa, vio el arriate desbordado de begonias rojas y me miró con un gesto que me pareció de ternura, como si de pronto se acordara de que yo me había quedado viuda y sola, sin

hijos, lo que transformó su ternura en un gesto como de compasión y le atoró las palabras y apenas me dijo que las begonias eran las más bonitas del barrio. Le sonreí.

Al día siguiente, en la noche, Karla vino a casa, hice que se sentara en una esquina de mi cocina con su enorme barriga, mientras yo preparaba una cena ligera con legumbres al vapor y una merluza. Conversamos hasta tarde. Me contó que no sólo había desistido de abortar, sino que en los últimos dos meses, a medida que el bebé iba creciendo en su vientre, ella empezó a sentir las pataditas, y se había empezado a sentir entusiasmada con la llegada del bebé. Yo ni por asomo me habría imaginado embarazada. Sólo pensar que me dificultaría los movimientos, que empezaría a tener náuseas por cualquier olor, que debía ir preparando el nido y la cunita y empapelar el cuarto y la ropa, se me habría hecho un mundo con el trabajo que tenía pendiente y con los viajes de un sitio para otro. Pero escuchar a Karla entusiasmada me dio un poquito de envidia, incluso sabiendo que no estaría con el padre del niño, sino a solas, con la ayuda ocasional de su madre y sus hermanas.

Estaba transformada Karla. También me contó que dudaba del nombre que le pondría a su hijo. ¿Esteban o Jairo? Le dije que Esteban era un nombre interesante. Ella parecía animada, no sabía por qué le gustaba un poco más Jairo. Le dije que me parecía que ese nombre era demasiado trillado y que mejor pensara en otro. ¿Uriel?, me preguntó. Le dije que era raro. ¿William? Le dije que me sonaba agringado. ¿Juan Gabriel? Le dije que me sonaba al del cantante mexicano. ¿Juan Sebastián? Le dije que era un nombre que daba ganas de dejarlo simplemente en Juan y punto. ¿León? Demasiado solemne, dije. ¿Hilario? Ni hablar, le dije. ¿Alejandro? Eso ya me sonaba interesante. ¿Alejandro Alberto? Eso no, Karla, que parece protagonista de telenovela venezolana. Nos reímos un buen rato haciendo com-

binaciones estrambóticas de nombres dobles: Pedro Roberto, Octavio Luis, Porfirio Augusto, Manuel Alberto, Mario Gabriel, Teodosio Javier, Heriberto Alfonso. ¿Se ha dado cuenta, Ana, preguntó Karla, que les cargamos cada nombrecito a los nenes en cuestión de un segundo y ellos tienen que llevarlos toda la vida? Mientras Karla me lo preguntaba yo pensé: qué simple te me estás volviendo por llevar esa panza, Karlita. Me doy cuenta, le dije, lo dicho o hecho en un segundo te cambia la vida.

Nos pasamos barajando nombres sin que ella se decidiera por ninguno que no fuera el Jairo inicial. Luego me contó de sus hermanas, que Lorena iba a dejar el trabajo, que su hermana Pepita estaba dudando si estudiar Ortodoncia o Dermatología, que los padres iban a comprar un terrenito por la hacienda de Fusagasugá, que para eso se habían ido de paseo y que yo no dijera que me lo había contado. Le dije que no diría nada. Me preguntó cómo me iba con mi trabajo de diseñadora independiente. Le dije que más o menos, que tenía mucho trabajo y ganaba poco. Y que no podía quedarme hablando mucho porque debía terminar un trabajo. Se disculpó por haberme retenido. Nos despedimos, se fue a dormir rendida y yo bajé al sótano para seguir trabajando. El sábado por la tarde se fue de compras, volvió a casa, habló un rato por teléfono con su madre —sobre unas mantas y una cuna que quería comprar la próxima semana— y luego de colgarle repetimos el mismo plan en la noche: cena ligera y conversación. Trabajé un rato en el sótano y cuando subí a buscar un suéter para el frío que cayó de golpe, me sentí tan cansada —ahí el ojito hambriento, ahí mi error— que me quedé dormida, con suéter y zapatos, en la cama. Al día siguiente, el domingo, cuando me levanté me di cuenta de mi descuido. No había cerrado la puerta del sótano.

No bajé corriendo para no despertar sospechas. Encontré a Karla preparando el desayuno. Había hecho arepas. ¿Fue a

su casa o a la tienda a comprar la harina de maíz que yo nunca tenía? Nunca lo supe. También había freído huevos y servido dos vasos de jugo de lulo, tostadas y un tinto que me lanzaba señales de humo. Karla sonreía frotándose la marcada colina de su embarazo. Yo no iba a bajar en ese momento a comprobar si la puerta del sótano había quedado cerrada o si ella había revuelto mis cosas. Así que me senté, dispuesta a desayunar como si fuera un domingo corriente.

A mitad del café Karla se cortó al hablar —ahí el ojito hambriento, ahí el abismo— y con una transición forzada me preguntó si estaba trabajando en algún proyecto de diseño en especial. Como estaba sorbiendo el café me demoré unos segundos más para ganar tiempo y disimular que me había dado cuenta de que ella había visto algo, o al menos la parte necesaria para provocar al ojito hambriento, y que ahora sólo faltaba empezar un rodeo hasta la pregunta de frontera *¿Qué es? ¿Cómo? ¿Para qué*?, y la pregunta de plomo: *¿Por qué*?

Sabía lo que iba a responderle mientras posaba la taza en la mesa, cuando sonó el teléfono.

Un minuto, Karla, le dije. Me levanté y tomé el auricular y escuché una voz nueva que preguntaba como dudando, como con miedo, como obligada, si allí estaba Karla Bayas y si podía comunicarme con ella. Le dije que sí. Pero antes de que le ofreciera pasarle el teléfono a Karla, la voz me pidió que esperara un ratito, que debía decirme algo importante.

Escucho, dije.

La voz me preguntó si yo era familiar de Karla Bayas. Respondí que no, y pensé, o mejor dicho, me di cuenta en ese momento de que no había distinguido si la voz era de hombre o de mujer. Era de hombre, pero aflautada, dubitativa, y lo reconocí cuando se dirigió a otras personas que debían estar a su lado, al otro lado de la línea.

Cuando volvió conmigo me dijo de un tirón que el padre y la madre y las dos hermanas habían tenido un accidente… —la voz se detuvo aquí y se empinó— un accidente mortal, sí, un accidente mortal a la salida de Fusagasugá, y que estaban llevando los cadáveres del padre y de las hermanas a Medicina Legal y que la madre estaba en cuidados intensivos. Luego la voz volvió a cambiar de registro, se hizo fría, nuevamente informativa, y me pareció la voz de una enfermera recia, seguramente musculosa, ruda, sin ningún escrúpulo al saber que yo no era una pariente de los muertos y de la herida y de Karla Bayas que me seguía mirando, frotándose más rápido su panza de embarazada. Sólo yo podía escuchar lo que me decían por el teléfono, pero un temblor, un susurro, una corriente eléctrica debió filtrarse por el teléfono porque a Karla se le agrandaron los ojos, se le empinaron las orejas, como si me hubiera cogido por sorpresa con esa llamada, no como si entendiera lo que pasaba, sino como si hubiera visto mi rostro verdadero y de pronto ella estuviera allí, desarmada, desprotegida, sola, o no sola, más bien rodeando con sus manos su barriga de embarazada, como quien se aferra, como quien se aterra, sin tener la sospecha de que en cuestión de segundos su curiosidad se espantaría como una mosca por la desgracia que se le venía encima.

Sí, dije, sí, ahora mismo iremos, y colgué el teléfono.

No fue necesario explicar nada del sótano a Karla porque le dije que debíamos irnos de inmediato, que saliera a la calle a parar un taxi mientras yo iba por mi cartera y cerraba la casa porque sus padres habían tenido un accidente. Allí se le fue la cara de curiosidad y puso la del terror, la cara de una pregunta más honda, de por qué por qué por qué, esto no está ocurriendo. Mi voz debía ser muy firme porque no di margen a ninguna explicación sino que simplemente le indicaba lo que debía hacer.

Pero en vez de moverse y hacer lo que yo le decía, se abrazó a sí misma, a su panza, a su criatura, como si fuera su hijo el que estuviera reaccionando en vez de ella y hubiera escuchado, como yo, lo que la voz me había dicho por el teléfono.

Karla, alcé la voz para hacerla reaccionar.

Sí, Ana, ahora salgo, y salió.

Yo bajé al sótano. Todo parecía estar en su sitio, pero tampoco tuve mucho tiempo de fijarme al detalle. Volví a subir, cerré la puerta que da al sótano, cogí mi cartera y luego cerré la puerta de la casa y en la calle Karla estaba sentada en la parte de atrás de un taxi, sobándose la panza como si quisiera calmar a su inquieto hijo que había escuchado lo que no debió escuchar.

Nunca hubo conversación sobre el sótano porque los cinco días siguientes vinieron el vértigo de la muerte, los trámites y la desolación. Acompañé a Karla al entierro del padre y de las hermanas y yo, de pie a su lado, mientras veía en la lápida los nombres de Ataúlfo Bayas, Tanía Bayas y Pepita Bayas —se lo dejaron así, Pepita— escuchaba a Karla frotándose la panza con las manos como si le estuviera enviando mensajes cifrados al feto sobre un mundo que, allá afuera, seguía acelerando su órbita, ahora enloquecida.

Dos semanas después murió la madre y la enterraron al lado del padre y de las hermanas. A este entierro ya no fui porque tuve que salir de viaje. Cuando volví, la señora Girardot me contó que Karla Bayas había tenido un aborto natural. La había visto unos días atrás parada delante de su casa. Había venido con el padre de su hijo, un muchacho de la edad de ella, del que no recordaba su nombre, y un camión de mudanzas con varios cargadores. Karla Bayas no quiso entrar. Se quedó de pie, mirando su casa. Luego el padre de su hijo (porque no sé si se han casado, Anita, eso no lo tengo claro, dijo la señora Girardot) le trajo un banquito. Karla se sentó. Estuvieron allí varias horas.

La señora Girardot le llevó un vasito de jugo de guayaba y ella lo aceptó dándole apenas las gracias.

No tenía ganas de hablar. La señora Girardot se llevó el vaso y siguió haciendo sus cosas. Luego, cuando volvió a mirar hacia la calle, el camión de mudanzas se había marchado y también Karla Bayas. Sin embargo, yo puedo a imaginar a Karla tomándose un descanso de su vigilia a su antigua casa. Seguramente se dio la vuelta y miró hacia la plaza Veinticinco de Noviembre, miró la estatua mustia, quizá reconoció al afilador de cuchillos. Buscó a su izquierda la casa de Ana la viudita, mi casa, sin encontrarme, sin verme. Lo que debió ver fue a unos desconocidos que iban a visitar la casa ahora en alquiler. Y no vio más. No podía. Por no ver, no vio las begonias de mi casa. Nadie las había regado.

Lo único que quedaba eran los tallos secos, mustios, una telaraña gris que envolvía y aprisionaba la casa como si la aridez de la placita baldía hubiera extendido sus dominios. Y yo, otra vez lejos, volvía a borrar mis rastros y me vestía con otro nombre y de nuevo sembraba mis bego/

***

ANTES ME LLAMABA ANA. Ahora me llamo Ida. Odio mi nombre. Rima con herida, con bandida, con creída, con jodida. Jodida estoy, eso no lo duden, por culpa de mi nombre. Lo odio. Ida odia. Tengo que explicarlo siempre porque la gente cree que no ha escuchado bien o que yo he pronunciado mal. Así que repito: I-d-a. Ida. Y aun así insisten: ¿Alida? ¿Rosalida? ¿Aída? No sea sordo, mamerto. Ida nomás. IDA. No me hagan gritar. En el colegio, creo que por burlarse de mí, me llamaban a la pizarra: Ida, venga. Ida iba obediente y escribía lo que le pedía la profesora de historia, la señora Mallarino o Vallarino, no me

acuerdo, que dictaba la clase como si debiéramos aprender de memoria puras fechas de batallas. Escriba usted, ¿me ha escuchado?, ¿está medio ida? No, señorita, respondía yo. Entonces escriba, decía la profesora y yo empezaba a escribir en la pizarra mientras ella dictaba:

Batalla de Calabozo 12 de febrero de 1818, Batalla de Boyacá 7 de agosto de 1819, Batalla de Carabobo 24 de junio de 1821.

La fecha era el preámbulo para empezar a contar las batallas, que los soldados realistas, que los patriotas, y yo debía quedarme de pie, al lado de la pizarra, tiza en mano, por si dictaba alguna cosa más, sólo porque yo tenía buena caligrafía, y para que no lo olvidáramos en la siguiente clase. Y así una clase tras otra, sintiendo en mis dedos el polvito blanco de la tiza mientras escribía más y más fechas:

Batalla de Carabobo 24 de junio de 1821, Batalla de Bomboná 7 de abril de 1822, Batalla de Pichincha 24 de mayo de 1822, Batalla de Junín 6 de agosto de 1824, Batalla de Ayacucho 9 de diciembre de 1824.

Con qué gusto dictaba las fechas la Vallarino. Hasta se ponía filosófica: un siglo de batallas el diecinueve, grandes enfrentamientos de aguerridos y valerosos soldados, suspiraba, con sus trajes impolutos, morriones con penachos, casacas rojo coral, abotonaduras doradas, pantalones azules, botas de cuero negro, suspiraba la Vallarino, y nosotras nos aburríamos, al menos yo me aburría, puras fechas y palabras raras que debíamos memorizar, y que además no debía ser cierto —sucios debían andar, muertos de hambre, enfermos, con ganas de una ducha caliente, hartos de andar matando gente—, mientras la Mallarino seguía ensoñada, boba con la Historia, tanto que a veces ni se fijaba en lo que yo escribía, confiada en mi bella y fiel caligrafía, en mi modulada caligrafía, y entonces me daba el gustito y aprovechaba para alterar fechas y nombres:

Batalla de Calabobo 12 de junio de 1927, Batalla de Boyacucho 8 de enero de 1798, Batalla de Pichibomboná 23 de mayo de 2035, Batalla de Junibozo 30 de junio de 2089.

Ni se daba cuenta la muy bruta, y las demás se reían a escondidas. Igualito que en los exámenes, cuando la Vallarino se obstinaba en que había que narrar la Historia y esperaba que llenáramos contando lo que pudiéramos en las hojas de examen tamaño oficio, que ni leía, sólo chequeaba el inicio y el final del enorme manuscrito y ponía calificación, más alta mientras hubiera más páginas llenas, entonces una empezaba el examen diciendo que la batalla de Junín celebrada tal y tal fecha fue un hito en la historia de la independencia americana y eso bastaba hasta terminar una carilla porque luego una contaba cualquier tontería, el capítulo de la telenovela de turno, lo que ocurrió en la fiesta de tal y cual, parecía increíble pero no lo leía, y teníamos de vuelta el examen con la máxima calificación si nos habíamos alargado, hasta nos pusimos retos, a ver quién decía la mayor barbaridad por si se daba cuenta, desde las cositas que empezábamos a hacer con los chicos o que queríamos hacer con ellos, alguien propuso que incluso pusiéramos lo que opinábamos de los profesores, pero eso sí era llegar demasiado lejos, aunque otras barbaridades pusimos: sobre la Iglesia, sobre el alcalde, sobre el Presidente, sobre nuestros padres.

Nunca hubo un problema. La Mallarino nunca leía más que la primera página y la última. Sólo había que calcular: cuarenta y cinco alumnas por clase, a razón de cuatro páginas por alumna daba como resultado ciento ochenta páginas manuscritas a leer, y en un solo curso, y ella que debía dar como cuatro o cinco. Ni hablar que las leería. Por eso fue que le cogí manía a la Vallarino, porque a mí me gustaba estudiar y por más que nos divirtiéramos haciendo travesuras algo se rebelaba dentro de mí, estudiar así no era lo mío, igualito con el profesor de literatura, Ortiz,

dale con fechas y títulos y resúmenes de los libros, lo que sí me parecía un sacrilegio, ni ganas me daba de salir a la pizarra para que vieran mi linda letra, pero tenía que salir y dale que te pego a escribir nombres de libros que no me decían nada, porque parecían ponerse de acuerdo los profesores con memorizar fechas y títulos, y hasta poemas históricos, como ese insufrible *Canto a Junín*, donde «el trueno horrendo que en el fragor revienta y sordo retumbando se dilata»… y ya no recuerdo más, o no quiero seguir recordando, porque era aburrido, y sólo después entendería lo que importaba, pero en esa época lo que me habría gustado era hablar de lo que leíamos por nuestra cuenta, las novelas de Pérez y Pérez —todavía recuerdo cómo se amontonaban en pilas en mi cuarto—, o las historias más breves de *Selecciones del Reader's Digest*, o las que publicaba la revista *Hogar*.

Sí, allí fue, en la revista *Hogar*, donde leí ese cuento en el que yo me sentía la protagonista, ese cuento de la chica que salía de la casa en la que trabajaba y tomaba un bus para ir a ver a su amiga, igualito como hacía yo cuando me iba de casa, donde yo no era una empleada, pero como si lo fuera, lava y plancha y limpia ayudando a mamá mientras los hombres no hacían nada, y mi único descanso era irme al parque, a la heladería, a ver a mis primas y a mis amigas, igualito que el cuento en el que Clara subía al bus y de pronto se sentía observada por el conductor y el cobrador y el resto de pasajeros, tal como me ocurría a mí con la de mañosos que al verme sola ya me estaban echando el ojo, diciendo cositas, apegándose, o las viejas que veían mal que me subiera sola, como preguntando por qué no me acompañaban mamá o el taita o mis hermanos, a dónde iría la guambra, debían sospechar las viejas chismosas, y así pasaba en el cuento, sólo que allí era peor, peor de una manera extraña. A Clara la empezaban a mirar tanto, pero no porque fuera chica o fuera guapa o fuera fea, si no que la miraban porque no llevaba flores como

las demás. Porque en ese bus del cuento todos, absolutamente todos los pasajeros llevaban flores: rosas, gladiolos, claveles, crisantemos, dalias, margaritas. Debía oler a cementerio. Y es que iban a un cementerio de Buenos Aires.

Que Clara no llevara ningún ramo era como si hubiera cometido un pecado, un olvido imperdonable, una desconsideración. Podía haberlas llevado, como las llevo yo a veces, que me chiflan los lirios, pero tampoco es para tanto si uno no los lleva, aunque eso a Clara no se lo perdonaban, bichito raro entre quienes la miraban en ese bus, *omnibús* lo llama el autor y que era el título del cuento. El asunto es que la situación seguía incómoda para Clara hasta que se subió al bus un chico que tampoco tenía flores. Eso fue un alivio para ella. Además el chico terminó sentándose a su lado, casi cómplice, porque en el bus los seguían mirando mal. Era tan tensa y extraña la situación que Clara y el chico terminaron aterrados, esperando a huir porque el conductor y el cobrador parecía que iban a atacarlos mientras pensaban la manera para bajarse del bus. En esa parte el cuento siempre me tenía en vilo. Cómo no iba a tenerme en vilo, con ese gustito por enterarme de lo que iba a pasar, pero de eso nada, ninguno de los profesores sabía hacernos leer o contarnos cosas que nos interesaran, porque las fechas no sirven, no dicen nada, no hacen cosquillas, no cuentan, no tiene olor ni sabor, por eso fue que me dije que algún día sería profesora y lo haría distinto, nada de memorizar, nada de anotar fechas y títulos y batallitas y autores, sino contar, decirles a las alumnas lo que yo quería escuchar, lo que sentí, por ejemplo, al leer ese cuento del bus y como cada una podía contar su ruta del bus, y hasta ponerle nombre al chico que subía para ayudar a Clara, porque en el cuento el chico no tenía nombre y tampoco tenía flores, y eso era a propósito, para que una pudiera soñar con quien le gustara. Qué escritor más vivo, pensé, y entonces sí que las chicas se habrían emocionado

poniéndole el nombre que les gustaba, sí que habrían sentido que aprendían algo que les hablaba de su vida. Me prometí que haría eso, que cuando fuera profesora les despertaría el interés para que busquen y descubran por su cuenta, y por supuesto jamás de los jamases llamaría a la chica con buena caligrafía para que fuera a escribir en la pizarra. Si todavía tengo la sensación de tener el polvo de tiza en las manos y tengo que irme a lavar. Quizá por eso es que mis alumnos se sorprenden de que yo escriba muy poco en la pizarra.

Claro que las cosas no salen tal como una las piensa y supone o desea. Llegué a dar clases años después en un colegio cooperativo que crearon los profesores de la Universidad del Valle. El colegio estaba cerca del Portón de Meléndez, detrás del psiquiátrico San Isidro y al lado del Batallón Pichincha, a las afueras de Cali. Lo del psiquiátrico no es una mera referencia. Era parte esencial de las historias del colegio. A veces se escapaba algún loquito del San Isidro y se paseaba por el patio del colegio. El loquito parecía inofensivo y hasta diría que encantado, como si hubiera vuelto a su infancia, o como si la infancia de los alumnos fuera tan loca como la suya. No era un colegio de mujeres, por cierto, como yo lo había pensado cuando soñaba con ser profesora, sino de hombres, y ese cuento de Julio Cortázar que yo les hacía leer como que no les decía nada. A ellos sí que les interesaban más las batallitas. Allí habrían tenido éxito las clases de la Vallarino, animados los estudiantes porque al colegio llegaban al trote los soldados del Batallón Pichincha. A veces los chicos más grandes hasta jugaban fútbol con los reclutas, que usaban botas y no guayos. Parecía hecho a propósito, casi una condena o una venganza poética de la Vallarino. Se te cumple una cosa pero a medias y con rezagos de lo que no te gustaba. La vida imperfecta siempre. A mí me daba por pensar que esos chicos tenían el futuro cercado, por un lado la locura y por el otro lado

el ejército. Cómo les iba a interesar a los chicos el viaje en bus de una chica que se sentía sola. Sin embargo, yo no perdía mi entusiasmo y les procuraba hacer entender más que memorizar. Salvo a uno de mis alumnos, el mejor que tuve, el Flaquito Santamaría, a quien en broma llamaban *Chatogordo* porque era lo contrario, nada de chato sino larguísimo y nada de gordo sino flaco. No puedo olvidar que cuando pregunté en clase qué les parecía el cuento de Clara en el bus, que vieran que un cuento no era lo que se contaba directamente sino la maquinita de espejos y reflejos que se ponía a funcionar apenas se lo empezaba a interpretar y adecuar a la realidad de cada uno, el Flaquito Santamaría parecía ser el único que lo había entendido. Cuando les pregunté qué les parecía el cuento, él levantó la mano y dijo que le recordaba las veces que se colaban los loquitos del San Isidro. Yo le pregunté por qué para que se explicara y desarrollara su razonamiento o su intuición. Entonces el Flaquito Santamaría, pausado y sereno, respondía que el loquito era como Clara, se subía sin flores y los demás, porque llevaban flores, lo consideraban diferente, así el loquito iba por el mundo sin razón y entonces los que tenían razón lo consideraban diferente y venían los enfermeros con perros a buscarlo al patio del colegio, donde el loquito seguía feliz. Lo felicité, entusiasmada. Así es, les expliqué, a veces no somos tolerantes y sólo porque alguien es diferente, ni siquiera por algo realmente diferente, sino por algo tan tonto como no llevar flores cuando todos llevan flores, podemos ser inhumanos. Por supuesto ninguno de los chicos tenía el menor entusiasmo por lo que yo decía. Debían de aburrirse, pero a mí me daba lo mismo, sabía que sólo unos pocos podían soñar y cantar en mi clase. Lo que no me esperaba es que el Flaquito Santamaría volviera a levantar la mano, así que le di nuevamente la palabra y el Flaquito, sin inmutarse, con la mayor naturalidad del mundo, preguntó si pasaría lo mismo si es que

Clara se subía a un bus donde todos llevaban rifles y ella no. Media clase se dio la vuelta, súbitamente interesados en lo que decía *Chatogordo*, y fue como si se cortara el aire, expectante el Flaquito, mirándome con ese brillito en sus pequeños ojos negros, ojitos hambrientos también, casi sin él saberlo, o sabiéndolo intuitivamente porque su padre era capitán en el Batallón Pichincha y sabía yo, a su vez, que el Flaquito Santamaría tenía fijación con las idas y venidas de su padre, por lo que lo mejor era decirle que se explicara un poco más, que qué era lo que quería decir. El Flaquito, nuevamente sin inmutarse, impávido, dijo que él una vez se había subido con su papá a un camión militar donde sólo su papá y cinco soldados llevaban fusiles mientras que otros dos hombres no llevaban nada. Iban atados de manos, como con sueño o pensando en sus problemas, explicó el Flaquito, parecidos a los locos que a veces se escapan al patio, y callados, muy callados. Esos eran *guerrilleros*, dijo alguien en la clase, pero no pude reconocerlo, *bandoleros* dijo otro, y yo le sostenía la mirada al Flaquito para no perderme nada de lo que él decía, y dijo que esos dos hombres sin armas eran muy diferentes, como Clara y el muchacho, añadió, seguramente querían escaparse porque no tenían armas. Pero su papá le había explicado que no podían escaparse porque habían tenido antes armas, que las armas sólo pueden tenerlas los militares y los cazadores, y por eso ahora eran prisioneros y debían ir a la cárcel, mientras que Clara y el muchacho finalmente se escapan, dijo. Luego el Flaquito se quedó callado, de pie, rodeado por la mirada de sus compañeros como si fuera un santo o un loco parado en una columna absurda en medio de un gigantesco campo de fútbol, sin jugadores pero repleto de público. Pensé que así iría el resto de su vida. El Flaquito pensaba diferente, sabía explicarse a su manera y dejaba perplejo a quienes lo escuchaban. Me ocurría a veces cuando veía un gesto en los chicos,

como si ese gesto esencial lo fueran a repetir siempre, y el Flaquito era eso: una columna absurda en medio de un campo de fútbol vacío. No se me ocurrió otra cosa que preguntarle cómo era posible que su papá lo llevara en esos camiones y el Flaquito dijo que siempre lo hacía, que así podía ver a su papá y que le encantaba porque aprendía muchas cosas y él, cuando fuera grande, quería ser como su papá y atrapar guerrilleros y meterlos presos o darles un tiro si querían escaparse. Sentí cómo la clase se expandía, como si el resto de los alumnos inhalaran un poco de aire y se movieran unos centímetros alejándose del punto donde estaba el Flaquito, lo que parecía dejarlo todavía más desolado en medio de su campo de fútbol vacío. Entonces fue cuando le dije si le gustaría meter en la cárcel, darles un tiro o mirar feo, como en el cuento de Clara, a personas que un día podrían ser él mismo, que no tenía culpa por no llevar flores ese día o por haber llevado armas que era como flores porque no servían para cazar ni para imponer un orden que desconoce la realidad, sino para liberar, para dar lo justo a los que sufren lo injusto. Tonta de mí, no pude controlarme. Seguí hablando y de pronto el Flaquito se empezó a sentar, como si la columna absurda se hundiera pacientemente en la arena del desierto, tan alto y flaco que demoraba una eternidad en sentarse, como si lo hiciera en cámara lenta. Hasta que se sentó y se quedó callado mientras mi voz seguía subiendo y me di cuenta de que más bien era yo la columna absurda que se erguía entre los chicos, tan alto tan alto que cada vez sus ojos se elevaban con una mezcla de asombro y de miedo y de qué va esta loca, yo misma la señorita Mallarino que les tocaba a ellos, sin saber en qué día estaba en qué año, como en el cuento del ómnibus que no tiene año ni otra fecha, aunque yo escuchaba, suavecito pero firme, cada vez creciente, el tic y el tac, el tic tac, el tictac. Sonó el timbre del fin de las clases y la mirada de los chicos se desconectó de mis repro-

ches, armaron al vuelo sus mochilas y saltaron como resortes hacia la puerta. No así el Flaquito Santamaría, que arregló con calma su mochila mientras yo me sentaba en mi mesa tratando de tomar un poco de aire. Afuera, por la ventana, veía los pabellones del psiquiátrico San Isidro a un lado, y, del otro, las instalaciones militares, y más allá las pocas edificaciones del barrio Nápoles, qué manía con los nombres italianos. Me estaba relajando cuando me di cuenta de que el Flaquito salió al último. Se detuvo en la puerta, como con ganas de decirme algo. Por un instante me acordé de nuevo del chico sin nombre del cuento de Clara. Parecía que el personaje se estuviera bajando del bus, pero un bus sin conductores agresivos, un bus vacío en el que sólo se había quedado Clara, y que aunque estuviera sin conductor el bus seguía avanzando en medio de calles vacías en una ciudad sin nombre. El Flaquito Santamaría no dijo nada, se acomodó la mochila al hombro y salió por la puer/

***

ANTES ME LLAMABA IDA. Ahora me llamo Olga. Me gusta escuchar la radio porque me distrae y me calma. Cuando una se dedica a coser y bordar lo mejor que puede hacer es escuchar. Si no una se aburre. Yo no. Siempre fui inseparable de la radio, de mis canciones que escuchaba una y otra vez, sobre todo las de Oscar Golden. Ay, me da no sé qué sólo de recordarlo: *Boca de chicle, Zapatos de Pom Pom, Embriágame*. Esas eran canciones, cursis lo que quieran, pero qué divertidas: *Está latiendo mi corazón / ay, otra vez me vuelve a suceder / es que a mi chica la tengo que ver / y viene con zapatos de pom pom. / Pom pom pom pom pom pom / late mi corazón / pom pom pom pom pom pom / late tu corazón*. ¿Qué habrá sido de Golden? ¿Estará muerto o irá cantando en localitos venidos a menos, en fiestas de quinceañeras? ¿Estará abandonado y solo

en la sala de su casa acariciando viejos elepés amarillentos y álbumes con fotos y cartas de cientos de muchachas que deliraban por él y que deben ser abuelas?

En esa época todo eran chismes sobre los artistas. Y yo me ponía a escuchar la radio mientras enhebraba hilos por la cabeza de una aguja y hacía un revés perfecto. Se volvió tan famosa mi afición a la radio que en una de las reuniones me dijeron que debía explorar esa veta de las comunicaciones. Cuando dije que sí, que por supuesto, que contaran conmigo, fue la compañera Ana quien dijo que se encargaría de conseguirme una radio de banda ciudadana para que captara las comunicaciones locales, compañera. Acepté encantada. Que la compañera Ana se ofreciera a conseguirme la radio era una deferencia, siendo ella una de las más antiguas. Y cumplió. Me la entregó dos semanas después, cuando pensé que se había olvidado del asunto. La radio funcionaba perfectamente y yo me sentí por primera vez importante, útil, aportando algo concreto con mi gusto por escuchar la radio.

La tenía escondida debajo de la mesa de la máquina de coser, cubierta con un pedazo de paño, y cuando me aplicaba a sintonizar conversaciones cerraba primero la puerta y tomaba mis apuntes. Debía irme familiarizando con el aparatito. Y lo hacía, pero se sintonizaba tan bien mi música que dejaba al lado mi radio de transistor y escuchaba el de banda. Es que viene bien escuchar música para coser y bordar. Trabajo no me faltaba, porque siempre había muchos arreglos de ropa de los compañeros, y no es por vanagloriarme, pero además de los remiendos, siempre he tenido un gran dominio del bordado. Nadie los hacía como yo: introducía la aguja por la mitad del punto y la sacaba por un ladito y jalaba suavemente hasta dejar pedacitos de hilo, y seguía, puntada de vuelta, puntada en diagonal, rapidísimo, como bailando, y dejaba lindo cada revés, empatando de lo me-

jor los hilitos, y seguía y seguía, escuchando la radio y hablando si tenía visitas. Bailaba con las agujas de punta roma, con el cañamazo, con el alfiletero que se parecía a una colina de árboles pelados luego del incendio. También bailaban en mis manos las agujitas que pinchaban, mi pequeño armamento, y que siempre me recordaban a los kiwchas ecuatorianos y sus cerbatanas de chonta con las que disparan flechas con puntas envenenadas de curare. Es efectivo el curare, le conté a los compañeros, entra suavecito, adormece poco a poco, y actúa como anestesia, parece que se está durmiendo y ya está del otro lado. Usted siempre con ideas, me dijo la compañera Clara. El resto de compañeros asintió. Claro que conocían el curare y las cerbatanas, incluso las habían visto en el Alto Putumayo. Pues podrían tener una reserva en la ciudad, decía yo, en vez de cianuro. Los compañeros reían, me veían lo novata, salvo la compañera Clara que no reía, y confieso que me daba furias, no por ella, sino por los demás, que no pudieran recordar que ellos también debieron pasar por las mismas novatadas. Paciencia, me dije, paciencia. Por eso pensé que debía entregarme sin pensar demasiado en lo del tejido. Puedes querer conquistar una ciudad, cambiar el mundo, lo que sea, pero siempre necesitarás alguien que te cosa la ropa, que esté esperando que llegues con las prendas rotas y que te las tenga listas cuando vuelves a marcharte por el mundo.

Eso de tejer es cuestión de paciencia e imaginación. Una va tramando los hilos con calma porque la tela debe resistir, y hasta los decorados deben servir de refuerzo. Nada sobra. Nada es inútil. Tiras de aquí y se ajusta por allá. Flojito por aquí y el conjunto se resiente y se deshace. Me sentía una araña. *Olgaraña.* Da gustito ver que esa cosita tan frágil que es la hebra, si uno junta dos, tres o cuatro, resisten de lo mejor con ese entramado bien templado. Es la fuerza del conjunto, de trabajar en equipo, hebritas nada más. Usted siempre filosófica, compañera, me de-

cía la compañera Ana, y yo que no, que sólo cuento lo que hago, porque por más sencillo que fuera mi encargo era importante, ya me encargarían algo en las Móviles. Por el momento lo que me tocaba era importante, no tenía sentido que me enfureciera como otras que estaban desesperadas por ir a la acción, sea en la Urbana o en las Móviles.

La gente de la calle que me veía en mi silla en el diminuto local desconfió en un principio. Yo no podía demostrar nada porque no había pasado nada. Era como una sensación. Luego me di cuenta de que no era por mí, si no por un afilador de cuchillos que se había instalado en la esquina de en frente de mi cuadra. Nadie había visto un afilador por ese lado de la calle. Hasta que se acostumbraron. Incluso el afilador empezó a saludarme con una inclinación de cabeza y yo le sonreía y le hacía gestos de saludo con mi mano. Yo sé que no tiene nada que ver una cosa con la otra, pero desde el momento en que el afilador empezó a saludarme, la situación mejoró de una manera increíble: la clientela aumentó, la gente me reconocía en la calle y hasta el aire se llenó de una fragancia de arupo que era prácticamente imposible, pero así lo olía yo, el puro aire de la felicidad que me recordaba a mi familia allá en el sur. La gente empezó a dejar toda su ropa sin empacho. Mis mejores clientes venían de la Escuela de Cadetes del General Santander.

Les daba confianza ver el sitio tan apacible y yo cosiendo tranquilita, escuchando mis canciones por la radio o acomodando mi pequeño florero, en el que a veces había unos sencillos claveles, pero sobre todo, cuando podía conseguirlas, mis preferidas, las flores de arupo flotando en el agua. Ay, los arupos. Qué recuerdos. El arupo florecía de un día a otro. Te ibas a dormir con un arupo de copa verde y al día siguiente, siempre por julio, el arupo amanecía con un estallido rosado donde se zambullían los picaflores moteándolo de verde

y azul. Tener allí las flores del arupo flotando no sólo era un recuerdo de infancia, sino una lección de paciencia: toma años para que florezca un arupo, y la flor, como toda flor que se precia, apenas vive unos días.

Las mujeres no entraban en mi localito porque sí, no señor, ellas eran las más desconfiadas porque la mayoría cose en su casa, menos las chicas inexpertas o las solteritas, a veces las mamás para la ropa de sus hijos porque las pobres ya no podían más de cansancio. Llegaban más los hombres, estudiantes que habían venido a Bogotá para ir a la universidad o los aprendices de policía de la Santander, a dos calles de mi cuadra. No me podía quejar de la clientela de mi calle, y sobre todo que no tenía competencia. Ni siquiera fue necesario ponerle nombre al local, sólo un letrerito en la ventana: *Trabajos de corte y confección*.

A unos cuantos metros estaba la verdulería de los Hoyos, más allá el colegio de señoritas Elisa Mújica, luego algún que otro localito por la carrera 51, sobre todo por la alameda de la Transversal, allí sí tengo competencia, aunque un poquito más lejos, después está el taller mecánico de los caleños y, casi a la vuelta de la esquina, en realidad a dos calles, el parque que limita con Venecia. No la Venecia de los canales, sino esta, la nuestra, nuevamente vaya usted a saber por qué estos nombres tan raros, y ya no sé si se lo pusieron porque por todas partes hay hotelitos para parejas, o si los hotelitos se instalaron atraídos por el romanticismo del nombre del barrio. El parquecito no tenía nada de romántico. Las parejas no se detenían allí, iban directo a los hotelitos. Como que se sentían vigilados por la estatua de la mujer que está en medio de la placita. Paciente, dejé que pasaran los meses, y la verdad que Venecia me gustó porque iban llegando los clientes, me hacían conversación, comentábamos las telenovelas de la temporada, y mis canciones que llenaban de alegría el localito, las de Golden. Hasta que

venía alguna vecina como la Nieves, la que más conversación me hacía.

Ella me había observado durante varios días, de pie en la acera de enfrente, haciendo afilar los cuchillos con ese afilador que pasaba cada día y que venía siempre desde la verdulería de los Hoyos y seguía de largo al parquecito limítrofe con los hotelitos de Venecia. La Nieves se acercó un día y se hizo mi amiga. A los dos días ya me preguntaba si tenía novio, si era uno de los sureños, que con los primos no es pecado, Olga, decía Nieves. Entonces sí que me venían las furias, que mi vida sentimental era mía, le decía, y la Nieves arrepentida de meter la pata, se echaba para atrás. Hablamos de otras cosas y luego se marchaba. A veces me daba cuenta de que me miraba desde la otra acera, como si se hubiera quedado pensando, como si estuviera un poquito molesta conmigo, no sé bien, mirada de chismosa pasmada, pensé, con su ojito hambriento, pero luego se le iba y pasaba saludando, me ofrecía un chicle o me invitaba a tomar un tintito.

A veces, Nieves venía apenas se había marchado alguno de los cadetes o alférez que pasaban dejando un pantalón, una camisa, un kepis, no siempre de ellos, sino de algún mayor al que se le deshilachaba un laurel de la visera, o las alitas doradas del cóndor del escudo de Colombia, pequeños arreglos que me los daban como cumpliendo un trámite rápido, sin mirarme mucho. Yo a ellos sí que los miraba, tomaba nota de sus horarios de entrada, de salida, las horas en las que venían los carros de los mayores y comandantes. Entonces ya estaba la Nieves tratando de sacarme algo: Guapo el oficial, Olguita, ¿no? Y yo que me contenía porque ya la conocía aunque igual me veía medio sulfurada.

Todo marchaba bien hasta que vino un teniente que habría pasado sin pena ni gloria si no fuera porque un día que entró tarareaba *pom pom, zapatos de pom pom*. Levanté los ojos y allí es-

taba. Y es que sonaba en mi radio la misma canción de Óscar Golden, seguro la escuchó al entrar y yo no me di cuenta, debía suponer él, y se enganchó con la canción. Pero no me dijo mayor cosa. Se presentó como el teniente Iglesias, Ataúlfo Iglesias. Y lo pronunció muy firme su nombre, Ataúlfo, como para que no me riera de él. Debía pronunciarlo siempre así, con aire circunspecto, porque a la mínima que lo pronunciaba hecho el flojo, le empezarían a bromear.

El teniente Iglesias siempre traía casacas azules, pantalones en paño, charreteras, lo mejorcito de los uniformes de gala. A veces llegaba y se quedaba unos segundos en la puerta para ver qué canción escuchaba. ¿El romance del cacique y la cautiva?, se aventuraba a proponer un título. Sí señor, le respondía. O daba el nombre del cantante con una pregunta: ¿Emilce?, ¿Billy Pontoni? Yo me reía: sí señor, era Emilce, era Pontoni. Una que se los imaginaba tan serios y ahora resultaba que el teniente Iglesias, por más Ataúlfo que se llamara, era medio ye-yé. Se lo dije y sonrió: Tenemos nuestro corazoncito, señorita. Hasta se interesó por mi florero con las flores de arupo.

Esto no lo había visto, dijo, flores flotando en el agua, ¿no sería mejor tener un ramito? Entonces le explicaba que las flores del arupo son de árbol y que son racimos plumosos que no cabrían en un florero y que lo mejor era ponerlas así, por el gustito de verles el color ese rosado tan intenso que contrastaba con el cielo azul de Quito. Ah, sí, decía el teniente Iglesias, las he visto en Popayán y en Ipiales. No las he visto aquí en Bogotá. Alguno que otro hay, teniente. Pues ya le traeré si encuentro, dijo. Gracias, teniente, y así por el estilo.

Seguramente yo le gustaba al teniente. Como no veía en mí ningún entusiasmo, se contenía. Sólo una vez me preocupé porque había dejado mal cerrada la puerta y estaba encendida la radio de banda ciudadana y no eran precisamente cancioncitas

las que escuchaba sino los comentarios de la policía sobre el desplazamiento de varias unidades a Zipaquirá. Con las justas giré el botón para bajar el volumen de la radio cuando crujía la puerta del local y era el teniente Iglesias que esta vez no tatareó, sino que se quedó como extrañado, un poco confundido: Hoy no tenemos a Golden, dijo, y yo le respondí que había estado escuchando mucho la radio y que estaba cansada, ¿qué me traía teniente para remendar? Con el paso de las semanas el teniente Iglesias fue tomando confianza y me llamó por mi nombre.

Un día entró medio apesadumbrado y aunque tenía en la boca una aguja y las manos ocupadas, me quité la aguja porque no resistí preguntarle qué le pasaba. Al principio dudó un poco, se lo veía compungido. Cuando vio que estábamos los dos solos me lo confesó. Tenía un problema con una chica de Manizales que no le hacía mucho caso, que no quería tener una relación con él por la vida de policía, porque ella no quería moverse de Manizales y él, en cambio, debía estar siempre disponible para traslados imprevistos. Para colmo había otro pretendiente, un paisa medio fumeta con una pinta de los mil demonios, arqueólogo o antropólogo, llamado Hilario, que la rondaba con la ventaja de que se había instalado en Manizales. Así siguió el teniente Iglesias, hablando como un muchachito enamorado e inseguro. La verdad que me dio pena. Se lo veía muy enamorado. Le di a entender que no me imaginaba que un oficial de policía sufriera por una muchacha, sino que debía ser al revés. Uy, dijo, que ni me lo imaginaba, que los policías sufrían mucho, que no era como con los militares o los marinos, éstos de punta en blanco haciendo suspirar a las muchachas de los puertos, sino que era al revés, los policías son los que menos recursos tenían, y ya era fama que muchos que andaban con penas de amor, así dijo, penas de amor, iban a lanzarse del Salto del Tequendama. ¿Del Salto del Tequendama?, le decía yo incrédula. Sí, del Salto del

Tequendama, Olguita. *Olguita,* pensé, ya me redujo el nombre y me empezó a hervir la sangre. Pensé: paciencia, Olga, paciencia. Pues vaya, dije. Para que vea usted, replicaba el teniente Iglesias. Y me dije que debía dar un giro a la conversación porque ya eso parecía melodrama, un capítulo del Chavo del Ocho con doña Florinda y el profesor Jirafales, por lo que le dije que no cejara, que insistiera, que le mandara regalos y detallitos a la niña de Manizales. ¿Se acuerda de mis flores de arupo?, le pregunté. Sí, Olga, cómo no. Pues lo mismo, teniente, el arupo no florece de la noche a la mañana, necesita años, así que aplíquese, tenga paciencia, y a lo mejor un día, de golpe, se lleva una buena sorpresa. ¿Lo hará? Dijo que lo haría, que ya me iría contando. Para no alargar el cuento, entró un día cuando la Nieves volvía de la verdulería de los Hoyos, cargada de zanahorias, lechugas, cebollas, toda la compra de la semana, que había dejado en el piso para conversar un ratito conmigo. Y en menos de un minuto ya estaban conversando los dos, Nieves pura sonrisita y el teniente Iglesias sacando buche, modulando la voz, a lo Golden, sí, y borrada de un manotazo la novia de Manizales. Desde ese día la Nieves fue más simpática todavía, se arreglaba, me traía obleas y galletas, me invitaba a almorzar y el único tema de conversación era el teniente Iglesias. Sin embargo, algo había en la Nieves que me intrigaba, de pronto conversaba entusiasmada sobre el teniente y se quedaba callada mirándome, y no sé por qué, y lo dije en la reunión con los compañeros, algo me dio mala espina. Nieves empezó a traer más ropas y vestidos, y estaba encantada cuando allí, en el localito, delante de mí, el teniente la invitó a salir el fin de semana, con el permiso de Olga, por supuesto, dijo consultándome. Dejé *ipso facto* de ser Olguita. Dije que me parecía muy bien y Nieves toda sonrojada. Sólo faltaba que estuviera la radio prendida con otro tema de Golden, aunque ni falta que hacía porque hasta yo podía imaginarme la tonada: *Pom*

pom pom late mi corazón. Pero la realidad es cruda y cuando pasan las cosas no hay tonadas ni canciones. Qué iba a saber yo que darle a la aguja era en realidad mi condena, qué iba a sospechar que ni siquiera entre los compañeros una iba a dejar de ser lo que ellos querían que fuera, una mujer que cose. Ay, Policarpa Salavarrieta, si hubieras vivido lo que yo habrías descubierto que tu disfraz era tu único rostro. No me quiero amargar, quiero rescatar lo bueno, quiero defender como siempre el Proyecto, y quiero olvidar, quiero pensar que todo es tránsito, requisito, y quizá algún día, esto que tomó tanto tiempo, como toma tiempo que florezca el arupo, haya servido de algo.

El asunto fue que al día siguiente vino Nieves y entró de golpe en el local, hecha una turba, con un bulto en las manos, dispuesta al chismorreo de la cita con el teniente y cómo vestirse y qué ponerse, casi como si yo pudiera escucharle el *pom pom pom* de su corazón alteradísimo. Tan en turba entró que no pude reaccionar y me cogió *in fraganti* escuchando las trasmisiones de la banda corta. Se quedó como perpleja porque yo misma me quedé como perpleja. Fueron unos segundos larguísimos hasta que, sin alterarme, me acerqué a la radio y la apagué en medio de una conversación entre dos polícias. Ay, Olga, me dijo, creo que olvidé una blusa, y pensé que a lo mejor era cierto porque de pronto dudó y dijo que bueno que la podría traer después, que estaba dudando qué ponerse el sábado para la cita con el teniente Iglesias, y le dije que no se preocupara. Sacó unos vestidos, un *jean* acampanado, y le dije que ya veríamos, y ella que sí, que quería ajustar cositas, y se puso el *jean* que debía ser de alguna amiga o hermana mayor y le quedaba muy largo, había que subirle las bastas mientras seguía contando que estaba entusiasmada de salir con el teniente Iglesias, que ya se lo había dicho a su mamá, que le advirtió que no saliera con un policía o que al menos no se comprometiera, y así. Yo seguía dudando, una nunca sabe,

con las agujas en mi boca, colocando una tras otra para medir la basta nueva.

Hasta que de pronto, confirmado lo que yo me olía, lo soltó sin darme tiempo a respirar. No te preocupes, dijo, que no le diré nada al teniente sobre tus actividades. Casi me pincho cuando salió la punta de la aguja. No la miré. Seguí mirando abajo, no me pinché, cogí la última aguja que tenía en la boca, lo que me dio un respiro, y le pregunté de qué estaba hablando o qué había que ocultar. No hay nada que ocultarle al teniente. No le diré nada, Olga, no te preocupes. Pero de qué hablas, Nieves, le dije. Tú me entiendes, dijo. No, no te entiendo, le respondí. Sal un ratito para ver si está bien la altura. Nieves se alejó del mostrador y se paró en medio del localito. Le quedaba bien ese *jean* pasado de moda, acampanado, como patas de elefante, tenía un buen cuerpo la Nieves, aunque ya no era ninguna muchachita. Dame un segundo, le dije como si no hubiera tenido importancia lo que ella había dicho. Busqué en el cajón la tiza con la que marco los cortes. Estaba la tiza y mil tonterías más. Sobre todo estaba la botellita de curare. Qué pequeña e indefensa se la veía. Podía pasar por una botellita de acetona. No sé cómo pasó. En vez de estar nerviosa, me sentí de lo más tranquila. Más bien era Nieves la que estaba acelerada y que miraba alternativamente la basta del pantalón y me miraba a mí. Así que abrí la botellita, empapé la punta de la aguja y la posé en el borde de la repisa del mostrador, todo sin que Nieves entendiera lo que estaba pasando. Le dije que creía que debía subir un poquito más la basta y ella se miró de nuevo. ¿Tú crees? Bueno, le dije, depende si te pondrás tacos altos o bajos. Medianos, dijo. Entonces mejor subo las bastas. ¿Seguro? Seguro. Se acercó al lado del mostrador. Le quité las agujas de las bastas. Las fui colocando sobre la repisa. Levanté un poco más las bastas y volví a ajustar el doblez. Marqué la altura con la tiza y cogí las agujas para fijarlo. Nieves

siguió con lo de que ella comprendía, que lo había comprendido desde hacía un tiempo, que le parecía bien lo que hacíamos, que había que cambiar las cosas en este país de mierda, pero que tuviera cuidado y… Ay, Olga, me has pinchado. Disculpa, Nieves, le dije, te estás moviendo demasiado y estás hablando pendejadas, no me dejas trabajar. Se puso roja y dio un paso para atrás. Yo puse cara de que me disculpara por haberla pinchado. Los ojos le brillaban a Nieves, entre emocionada por la cita con el teniente y las confesiones conmigo, que aparentemente no tenían nada que ver. Tenían todo que ver. Como si yo no me hubiera dado cuenta de que así, de un solo golpe, me eliminaba del medio, porque vaya usted a saber que de pronto yo le quitara a su tenientito. Qué pensaría Nieves. Se quedó como alelada. Esa mirada de curiosidad, de asombro, de llamarme la atención por haberla pinchado como queriendo vengarme, se opacaron de inmediato. Fue como si le hubiera entrado sueño o cansancio. O más bien una sensación de paz. Aunque lo de la paz es más bien una suposición mía porque apenas duró un instante y más bien fue otro brillo el que apareció en sus ojos. Abrió los ojos, como si de pronto lo hubiera entendido. Era un brillo oscuro, oscurísimo, aunque lleno de una luz desesperada, presintiendo lo que le iba a pasar. Desde ese brillo oscuro quiso decirme algo mientras se frotaba la pantorrilla. Me acerqué para ayudarla. Se hizo para atrás y empezó a tambalear. Se apoyó en la pared. Ahí sí que la ayudé y ya no hubo problemas. La cogí en brazos y ella me seguía mirando. Siéntate un ratito Nieves, le dije. Siéntate y descansa. La recosté en el sillón, me acerqué a la puerta, le di vuelta al letrerito de «Abierto», no miré ni por asomo hacia los dos lados de la calle, corrí las cortinas de un tirón. Ni siquiera hubo que esperar demasiado. Ella se quedaba en calma como en un suspiro, disuelta su mente en la idea de que vería al teniente Iglesias.

Pensé, entonces, que él vendría a hablar conmigo. Era cuestión de días, cuando se pusiera en marcha el engranaje de la ausencia. Se preguntaría cómo había sido posible que ella dejara de estar de un día para otro. Concluiría para sí mismo la mala pata que tenía en cuestiones sentimentales. Por ahí vendría lo que yo debía decirle, una observación pertinente que saltaba a la vista, que por qué sólo se fijaba en mujeres complicadas. Pensé en la cara del teniente. Pensé también en las caras de los compañeros, en lo que dirían de mí, y que desde ese día todo se iría a pique en la *Tienda de corte y confección,* sin ruido, sin bulla, como tuvo que ocurrirle a Oscar Golden con su meteórica carrera de cantante, y al resto de los artistas, en realidad a todos los hombres —usted tan filosófica, compañera Olga— que sólo nos queda remendar las partes ajadas y rotas, remendar y remendar lo que se ha roto, que ya no será nunca como ant/

***

ANTES ME LLAMABA OLGA. Ahora me llamo Uma. Al principio se sorprendió, pero a partir de eso empezó a conversar. Eran veinte horas de viaje desde Bogotá a Ipiales, así que lo peor que me podía tocar era un viejo verde o una señora de esas que hablan hasta por los codos y te cuentan su vida entera o un tipo de esos que no se ha bañado en días o algún gringuito que se pasa preguntando sobre el país. Yo estaba muy cansada como para tener que aguantar a un vecino de asiento de ese tipo/ / Nunca había escuchado ese nombre, dijo él, ¿de dónde es? Él estaba leyendo su libro muy tranquilito junto a la ventana y a su lado había un puesto vacío. Decidí sentarme allí para descansar sin interrupciones. Cuando me senté a su lado, como que se levantó un poquito para que yo me pusiera cómoda, me saludó con una inclinación de cabeza, muy educadito, no dijo nada y

volvió a su libro. Cuando arrancamos y empezamos la interminable salida de Bogotá, él seguía concentrado en su lectura y yo sentía cómo el cansancio me iba venciendo. Cerraba los ojos. El movimiento del bus me despertaba. Él, en cambio, seguía leyendo. A ratos yo cabeceaba y me dormía. Yo empezaba sueños que se interrumpían en el momento menos pensado/ /En el primer sueño vi una especie de valle enorme que era al mismo tiempo un desierto de hielo, y yo corría y a ratos delante de mí veía a un niño que iba tan rápido como yo, que no corría y, sin embargo, avanzaba. Yo quería hablarle, decirle que me esperara. El niño no me hacía caso. Entonces me di cuenta de que algo o alguien o una especie de ola gigante venía detrás de mí, sólo que yo no podía voltear a verme. Era inminente que iba a caer sobre mí esa ola o ese derrumbe; veía cómo una sombra, cómo una nube sobrevolando encima de mí, avanzaban hasta sobrepasarme; incluso estaba a punto de alcanzar al niño que seguía delante. No podía voltearme, era imposible hacerlo, cuando vi que el niño empezó a mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro, como si se estuviera estirando, haciendo los movimientos que yo no podía hacer. Hasta que el niño giró del todo la cabeza, o giró su cuerpo, flotando siempre, avanzando siempre, y me miró. No había ternura en su rostro, tampoco rencor, sino una expresión neutra, y cuando yo quise preguntarle algo levantó los ojos, descubrió que la nube o lo que fuera le iba a dar alcance. Levantó la mano, apuntó con su dedito hacia arriba, me miró y abrió la boca como si se fuera a tragar lo que se venía encima nuestro. No la abrió para tragarlo sino para decir una palabra aterradora, una palabra que borró mi sueño/ /Me desperté con una sacudida, o el bus dio una sacudida. Estaba sudando. Miré a mi lado y ahí seguía él con su libro. Esta vez me miraba, como intrigado, como si hubiera sido testigo de mi sueño. Cuando descubrió que lo estaba viendo volvió a su libro. Ya no quise

dormir otra vez. Ni por asomo quería ver de nuevo a ese niño terrible. Me fui calmando poco a poco, aunque seguía sintiendo el cansancio. A los diez minutos quise saber qué estaba leyendo él con tanta atención. A ratos le echaba un vistazo de reojo por si alcanzaba a leer el título. Era imposible. Me agaché como para ajustarme el zapato, me miró como si él me estuviera impidiendo recoger algo que se me había caído, se acurrucó para darme más espacio, y le dije que no se preocupara. Había cerrado el libro. Tampoco pude leer el título de la portada. Parecía una novela. Luego de diez minutos le pregunté si era divertido lo que leía. Volvió a moverse en su asiento y me dijo que más o menos, que era una novela vieja y que la estaba leyendo porque había visto la película recientemente. Le pregunté qué película era y me dijo que tenía el mismo título de la novela: *Las relaciones peligrosas*. Yo también la había visto, le respondí; creo que actuaban Jeanne Moreau y Marcello Mastroianni, no sabía que estaba basada en una novela. Mastroianni no sale en esa película, dijo un poco circunspecto, como si le resultara un poco incómodo corregirme, sino Gérard Philipe y Jean-Louis Trintignant, y la dirigió Roger Vadim. Vaya que estás enterado, dije. Es que estudio Cine en Bogotá. Pues mucho gusto, cinéfilo, dije, y añadí: me llamo Uma. Le alargué mi mano y él de inmediato me la estrechó y entonces supo que no me había dicho su nombre y se disculpó de inmediato. Me llamo Aitor. Yo me quedé dudando un momento. No sabía si decirle lo raro que me parecía su nombre. Disculpa que no te lo dijera, me quedé pensando en tu nombre. ¿Ah, sí? ¿Por qué? Fue allí, en ese momento, que se relajó un poco. Es que una de las cosas más difíciles cuando tengo que pensar en los guiones, dijo, son los nombres. Me cuesta mucho inventarlos. Y cuando leo una novela como esta o veo una película, los nombres me parece que fueran firmes desde siempre, como si hubieran existido antes del libro o la película, como si

pudieran seguir de largo fuera del libro o la película. ¿La novela que lees tiene nombres interesantes? Muchísimos, dijo, ahora sí entusiasmado: Valmont, Cécile de Volanges, la marquesa de Merteuil, la señora de Tourville. Si ya viste la película, ¿para qué vas a leer el libro? Volvió a dudar un segundo: Ya, dijo, no es lo mismo, no la leo por eso. En realidad, es para un trabajo de clase. Tenemos que redactar un ensayo donde expliquemos en qué consisten los cambios, supresiones o añadidos de la película frente al libro. Como ya habíamos leído novelas de las que habían hecho adaptaciones, preferí evitar las novelas modernas porque son muy complicadas y los cambios son enormes, así que pensé en una novela antigua, que sería mucho más sencilla. Me equivoqué por completo. Más bien la película es la sencilla, y está todo cambiado. La novela está escrita en forma de cartas, se escriben muchos personajes entre sí, a veces se escriben con dos o tres personas y dicen cosas completamente diferentes dependiendo a quién se dirigen. Es más complicada de lo que pensé. Quizá tenga que cambiar de película y de libro. Primero termina de leerla, dije, toma notas y a lo mejor descubres que no era tan complicado como parece. Puede ser, dijo, puede ser. Y añadió: voy siempre a la Cinemateca de la Arango, es mi segunda casa, nunca falto los sábados a las sesiones de la tarde. O sea que allí te puedo encontrar, le dije. Fijo, dijo, para lo que pueda servirte/ / ¿Viajas hasta Ipiales? No, me bajo en Pasto, voy a visitar a mi familia. ¿Y tú? Yo sí voy a Ipiales. Se quedó pensando unos segundos viendo que yo no añadía nada más. No me has dicho lo de tu nombre, añadió. A esas alturas ya debíamos estar lejos de Bogotá, se veían los campos de sembradíos, los valles irregulares, los grandes camiones de carga que iban y venían copando la carretera. Le expliqué que Uma es uno de los nombres de la diosa hindú Parvati. Creo que se quedó más perplejo todavía. No entiendo, ¿cómo es que puede tener varios nombres? La verdad

es que nunca entiendo a los hindúes. No debería sorprenderte: es como los misterios marianos. Mira cuántas vírgenes hay. Cada pueblo tiene una. Bueno, sí, es verdad. Pues para los hindúes la diosa Parvati se manifiesta bajo distintas personalidades de mujer. Una de ellas es Uma. Otra es Durga, la de sedosos cabellos y de muchos brazos. ¿Tienes que haber visto una de sus imágenes, la de la mujer que tiene muchos brazos? Sí, sí la he visto. Pues ella representa el espíritu maternal. Ah, dijo. La otra es Kali, la cruel, en realidad corresponde a la justicia aplicada con violencia.

Tiene el pelo negro y enmarañado y en el cuello lleva un collar de cráneos. Esa seguro que no la has visto. No, para nada. Parvati es la madre del dios Ganesh, el de cabeza de elefante. De ese dios sí he visto su imagen, y en películas hindúes. ¿Por qué tiene cabeza de elefante? Ah, la historia de Ganesh, triste historia. Resulta que Parvati tuvo un hijo con el dios Shiva, que se fue a la guerra antes de que naciera su hijo. Tantos años estuvo lejos que cuando volvió vio en la puerta de su casa a un joven que no quiso dejarlo entrar. El dios Shiva supuso que ese joven era amante de su mujer y le cortó la cabeza. Qué horror, dijo Hilario/ /¿Hilario?, pensé, pero si se llamaba Aitor. Debía ser el cansancio, tantos días durmiendo mal, y yo confundiendo los rostros y los nombres. No pude pensarlo demasiado, porque cuando dijo qué horror me di cuenta de que en el asiento diagonal al mío, un poco más adelante, una señora volteaba a vernos sorprendida por lo que estábamos hablando. Era igualita a la señora Girardot, mirando con la curiosidad de siempre como cuando se volcaba a espiar a todos los que vivían en la plaza frente a su casa… Le sonreí, sorprendida de encontrármela ahí, y ya iba a saludarla cuando frunció el ceño como si le pareciera impertinente lo que estábamos hablando, y se dio la vuelta, molesta. Debía haberme confundido, a lo mejor sólo se le parecía a

la señora Girardot. En cualquier caso, miré a Hilario y empecé a hablar en voz baja. Ahora sí que se parecía a Hilario, tanto tiempo que no lo veía. No era posible que no me reconociera de inmediato. ¿Es que yo había cambiado tanto? ¿O ya estaba confundiéndolo todo de nuevo?/ / ¿Y qué pasó con la madre?, insistió él. Tenía que centrarme, concentrarme, qué me pasaba. Le dije que cuando Uma-Parvati-Durga-Kali salió y vio a su hijo muerto le pidió a Shiva que lo devolviera a la vida, que también era su hijo. Shiva, avergonzado por lo que había hecho, le cortó la cabeza a un pequeño elefante que caminaba por ahí, se la puso al cuerpo de su hijo y así lo devolvió a la vida. Es un poco rara esa historia, dijo él, ¿por qué el padre no le pudo volver a poner la misma cabeza que tenía? Lo miré como reprochándole la ingenuidad de lo que me estaba preguntando. No cuestiones las leyendas que no traen una explicación, más bien sigue escuchándolas. Ganesh se convirtió en el dios que preside la resolución de los problemas y sobre todo es el dios de las escrituras, aunque también es un dios borracho. Una noche que había bebido de más y volvía a casa se dio cuenta de que la Luna se burlaba de su manera torpe de borracho al caminar. Ganesh, ofendido, se sacó uno de los colmillos y agujereó una y otra vez a la Luna en castigo. Por eso ves que la Luna parece toda agujereada. Él sonrió con esta historia. Esa sí que estuvo buena. Los indios son exagerados y ahora están llegando muchas películas hindúes, la verdad es que no me gustan. Supongo que con lo que sabes de los hindúes a ti te deben gustar. No sé mucho más de lo que te he contado, dije, porque querías saber el origen de mi nombre. Disculpa, dijo, olvidé que a quienes debía gustarles lo hindú era a tus padres. Un poco, sí; en cualquier caso, el sentido de que Parvati tenga tantos nombres es porque la realidad es múltiple, no está fija, y se la puede invocar de muchas maneras, desde distintos nombres/ /Eso es un poco como los actores

de cine, dijo. En qué sentido, le pregunté. En que nos hacemos una imagen muy precisa de alguien que no se llama realmente como aparenta llamarse. Te voy a poner unos ejemplos. Cogió su libro, abrió las últimas páginas y empezó a escribir colocando unas líneas al lado de lo que escribía. Cuando terminó me lo dio y dijo: mira.

Margarita Carmen Cansino _____
Ruby Catherine Stevens _____
Françoise Sorya Dreyfus _____
Sofia Villani Scicolone _____
Norma Jeane Baker _____
Catherine Dorléac _____
Julia Mildred Frances Turner _____
Maria Luisa Ceciarelli _____

¿Te suenan de algo?, me preguntó. Revisé bien la lista. Salvo el nombe de Norma Jeane Baker, yo no conocía los demás. *Marilyn Monroe*, dije. Hilario sonrió. Esa era la más fácil, dijo, al menos la reconociste. Los demás también son los nombres de actrices famosas: Rita Hayworth, Barbara Stanwyck, Anouk Aimée, Sophia Loren, Catherine Deneuve, Lana Turner, Monica Vitti. Hilario seguía hablando como si fuera la memoria viva de actrices y películas. Pensé que lo hacía para deslumbrarme. Resultaba que no era por eso, o no sólo por eso, sino porque él vivía el cine como yo no lo había visto nunca en nadie, o al menos no en nadie de mi generación, que habíamos dejado de ver cine, cualquier cine, especialmente el americano, rechazando su soterrada manipulación. De la sorpresa pasé al desánimo. Lo que él decía me demostraba que habíamos perdido esa batalla. Él sabía tanto o más de cine americano del que nosotros conocíamos en los primeros años de universidad, cuando sí que sabíamos de

películas y lo decidimos dejar, en parte para resistirnos a que todo el cine viniera de los gringos, en parte porque yo había empezado a volcarme al teatro, porque el teatro nos permitía montar algo nuestro que podía escapar de ese circuito de la industria del cine. La voz de Hilario me iba a arrullando mientras yo seguía recordando el tiempo que me dediqué al teatro /Qué época. Y era como si hubiera ocurrido muchísimos años atrás. Pero no. Era verdad. Había ocurrido muchos años atrás. Ah, cómo te habría contado, Hilario, pensé mientras él seguía hablando, cómo te habría contado mis inicios en el teatro, mis obras, los distintos papeles que representé. Se me venían uno tras otros los nombres de las mujeres que fui, e incluso de los papeles que nunca representé. Me acuerdo de uno que me parecía el más hermoso, el de una madre llamada Dolores. Qué nombre. Mala manía que heredamos de los españoles de ponernos nombres de sufrimiento o de calma: Consuelo, Amparo, Milagros, Benigna, Socorro, Piedad. No somos mujeres sino abstracciones. Y estoy cansada de las abstracciones. Vuelvo a mi cuento, entonces, a la película que quiero contarte si puedo hacerlo. Dolores tuvo un niño, un niño hermoso que no sabía, ninguno lo sabe, el mundo que le esperaba. Dolores lo sabía: un mundo injusto, un mundo más pequeño que su propia palabra, porque el mundo al que una se refiere también es una abstracción, tiene por frontera los límites de una ciudad o de un país o de un continente, por más grande que sea ese país y ese continente, y cuando ese mundo se resquebraja, recién entonces una se da cuenta de que el mundo queda más allá de sus fronteras, porque las noticias de tu ciudad o de tu país o de tu continente empiezan a viajar para asombro del resto/ /Otra vez me alejo. Así que vuelvo. Quisiera dormir, pero te cuento mi historia, que quisiera que fuera tu película, y que sospecho imposible, igual lo intento. Mi sueño empezó mucho antes del nacimiento de ese

niño. Diré entonces que muchos años atrás, cuando había una vez una mujer, esta mujer se enamoró de un hombre que parecía entender los límites de su mundo y que me enseñó a superarlos. Tú puedes ser otra, me dijo. Tú puedes ser quién tú quieras. Puedes elegir tu nombre, puedes vivir otra historia, puedes mostrar a los demás todas las voces que gritan dentro de ti. Y escucharlo decir esas cosas me abría puertas que yo no me había dado cuenta de que podían abrirse. ¿Cómo puedo salir de mí misma?, le pregunté. Y él me dio la mano y me subió al escenario de un teatro y me mostró la platea vacía y me dijo: aquí, frente a un público que irá siempre cambiando aunque siempre será el mismo público, todo oídos y todo ojos, expectante por saber qué vas a contarles, porque ellos también quieren ser otros, quieren ver en tu máscara la máscara que a ellos les gustaría tener. Fue entonces que recitó el verso, ahí, en ese momento: *Adentro de tu máscara relampaguea una noche*. Quise decirle qué lindo, quise preguntarle si era un verso suyo. No, es de una poeta argentina, eso ahora no importa, dijo. Tú serás muchas mujeres, las que quieras. Dirás que ellas *cantan a través de mi voz que escucho a lo lejos*/ /Le dije que quería empezar y me dijo que empezaría por darme un nombre. Serás Dolores. Me llamo Dolores, le dije. Serás Dolores, repitió. Semana tras semana fuimos haciendo los ensayos. Iba a ser mi primera obra de teatro. El grupo de actores que él dirigía buscaba lo mismo que yo, se aferraba a un guion en el que ya estaba señalado parte de lo que debíamos vivir y decir. Aunque puedes cambiarlo e improvisar, me dijo. Yo le creí, porque ¿cómo no iba a creerle a alguien que me estaba abriendo inesperadamente las puertas para huir del aburrimiento? Mi papel en la obra era pequeño, era lo mejor para empezar. Yo entraba dos veces en el escenario y sólo debía decir: Vengo de parte del comandante. Díganos compañera, qué dice el comandante. Y yo lo decía mientras ellos y el público me escuchaban atentos:

Dice el comandante que no podemos esperar más, que tendremos que empezar, que debemos demostrarle al mundo de lo que somos capaces. Aquí venía de nuevo la palabrita mundo. Dice que las condiciones son las idóneas para tomar la embajada. No decía, aunque era innecesario decirlo, que era precisamente a través de una embajada que los problemas de nuestro mundo serían conocidos por el otro mundo. Y los que eran mis compañeros en el escenario se ponían inquietos, contentos e inquietos, como si de pronto tomara cuerpo lo que sólo había sido un sueño o una fantasía. Tomaremos la embajada, entonces. Tomaremos el mundo, parecían decir. Gracias, Dolores, me decían, hágale saber al comandante que cumpliremos sus órdenes. Y entonces yo me retiraba del escenario llevando el mensaje. Tras bastidores seguía escuchando la conversación en la que ya no estaba yo presente. Cómo discutían, con qué fervor, detalles minuciosos con nombres de embajadores y países y fechas y encargados de cumplir misiones puntuales para que todo pudiera funcionar. Terminaba el primer acto. Y en el segundo el escenario era distinto. Ellos habían entrado en la embajada y tenían retenidos a unos hombres que estaban nerviosos, que estaban serenos, que estaban indiferentes. El público vibraba. El mundo estaba alerta. Y el mundo, poco a poco, también nos fue olvidando porque algo fallaba, y no podía saber yo en qué habíamos fallado. Seguían allí, encerrados en la embajada, enfrentados a un mundo que, por una parte, ya nos conocía; y por otra, nos enfrentaba. Cercados, aturdidos por himnos y silencios, por falta de víveres, por la debilidad de los retenidos, habíamos llegado a un punto muerto. Eso lo sabía yo tras los bastidores. Cuando estaban por caer derrotados, volvía yo a entrar y de nuevo decía las mismas palabras, sólo que ahora significaban lo contrario: que no podemos esperar más, que debemos asumir lo alcanzado, también lo que no hemos podido. No se acabará esta guerra

en este combate, puede haber fallado esta táctica, no la estrategia; hemos cumplido la misión. Eso decía el comandante. Sólo que la reacción no era la misma que en la primera vez. Había dos bandos: los que querían seguir y lo que querían obedecer al comandante. Al final terminaban ganando los segundos, los que aceptaban la derrota como algo provisional. Nos iremos, decían, así que yo debía salir del escenario para ir a decírselo al comandante. Y volvía tras bastidores mientras escuchaba cómo el escenario empezaba a temblar, cómo sonaban disparos, cómo había gritos, cómo volvía la calma y cómo, de pronto, sin saber a ciencia cierta qué diría ese público, el mismo y otro, cuando bajara el telón. No había aplausos. Lo que sería decir sólo una parte. Sí había aplausos. Unos pocos, al costado, en medio o al final de la platea. Yo sufría esos momentos de expectativa y cada noche, cuando concluía la obra, él venía, me daba la mano y nos íbamos con el grupo a celebrar que habíamos podido montar la obra una noche más, en un pueblo más, en una semana más. No descansábamos, que ya estábamos empezando otra obra más, esta vez de una pareja que se amaba y discutía, y nuevamente yo debía entrar cuando ellos se amaban o discutían y esta vez ya no tenía el mensaje de ningún comandante sino de alguien que venía de visita, y hacía pasar a la visita y entonces la discusión continuaba. Esta vez ya no estaba en bastidores todo el tiempo, debía quedarme allí, en una esquina del escenario, como una estatua que volvía a la vida cuando la pareja me pedía algo o cuando tocaban a la puerta. Y yo pensaba qué ocurriría si de pronto por allí entraba el comandante para reclamarme por qué no había dicho que no podíamos esperar más. No puedo negar que extrañaba la otra historia, aunque participara poco y tuviera que pasar casi todo el tiempo tras los bastidores, era la historia que me había emocionado. Quizá porque fue la primera, quizá porque había tanto silencio en el público que parecía imponer

respeto. No lo sé. Con esta de la pareja que se amaba y discutía el público vibraba, se susurraban al oído, reían, suspiraban. Era algo de su mundo, o al menos estaba acotado a su mundo. Duró meses en escena y cuando menos lo pensaba el hombre que me abrió las puertas estuvo una noche en el escenario, a solas, y yo me acerqué para hablar con él porque tenía que decirle algo importante. Yo le estaba agradecida y lo miraba con la misma ilusión de siempre, aunque ahora tenía miedo. Algo había cambiado en su mirada. Pensé por un momento que él había sido siempre el comandante y que yo siempre estaba dispuesta a llevar su mensaje. Ahora era yo la que tenía un mensaje, finalmente era yo. Me senté a su lado, miré a la platea vacía, no del todo vacía, porque estaban barriendo por la parte de la entrada, y entonces le dije que no podía esperar más, que teníamos que empezar los planes, que debíamos tomar un símbolo, que debíamos mostrarle al mundo. ¿A qué te refieres?, me preguntó. Estaba ceñudo, estaba serio. ¿Por qué hablas como Dolores?, me preguntó. Porque soy como ella, quise decirle. Porque he descubierto que podía ser otra y ahora he descubierto que sin falta seré otra en unos meses. Ah, dijo el hombre que me abrió las puertas. Ah, resonó en la platea vacía sin que se inmutara el que barría en la entrada. Yo que quería que la platea de pronto se llenara de gente y aplaudiera, la sentí más vacía que nunca. Supe en ese momento que había dos bandos: uno que me seguiría y otro que se iba a resistir. No puedo hacer nada, dijo. No tienes que hacer nada, dije, yo me encargaré de todo. Y fui yo la que se marchó con el comandante porque ya era otra, porque dentro de poco alguien me iba a convertir en otra y yo debía ponerle un nombre y yo debía callarme que alguna vez fui Dolores y que un hombre me enseñó a ser otra para luego no reconocer lo que la otra iba a traer al mundo/ /*Estás bien?* ¿Quieres que le diga al conductor que pare?/ /Era la voz de Aitor, la voz de Hilario, la

voz del pequeño Julián, la del teniente Iglesias. Estoy bien, dije, un poco cansada; sudaba, sudaba mucho; me erguí un poquito, me froté los ojos, él estaba a mi lado, un poco más allá, a lo largo del pasillo, me miraban los pasajeros, la señora Girardot, el teniente Iglesias, Karla Bayas, Ricardo Jairala, el Flaquito Santamaría que sobresalía por encima de todos, muchísimo más alto de lo que yo recordaba, mientras se acercaba la Vallarino, la Mallarino, la Llamarino, llamándome siempre a la pizarra y entregándome una tiza para que salie ra a es cri bir a la p i z a r r . . . . . .

—Es ella. Llévensela.

IV. ALQUIMIA DE LA ERRANCIA

1

Dijo que era igualito a su viejo. Durante varios días las palabras de Raulito resonaron en la memoria de Álvaro como un runrún, un bichito incómodo, una cantaleta veraz que le revelaba quién era, qué era, de dónde venía. ¿Eso dije, Abu? Sí, dijiste que si yo me marchaba era porque había heredado de mi padre el impulso, que yo también era pata loca, igualito a él. Seguro que te fastidió, Ñato. Un poco, era la verdad y yo no quería verlo. El que hereda no hurta, Abu. Tanto quería distanciarme de mi padre que terminé recurriendo a su manera de actuar y viajar, como si allí estuviera resumida la única vía para salvarme, y ve tú a saber de qué habrá querido distanciarse mi padre y ahora ya no podré saberlo. Huir más bien, Ñato, una fuga sin fin ha sido tu vida, no sé la de tu viejo. Eso no me dijiste, Raulito. Cómo te lo iba a decir, no lo sabía, quién se iba a imaginar todo lo que ibas a viajar después, más pata loca que tu papá, y de haberlo sabido no te lo habría dicho porque seguro que necesitabas marcharte y quién era yo para quitarte las ganas. Eres mi mejor amigo, Raulito. Voy a llorar, Ñato, no me vengas con mariconadas ahora. La verdad es que nada me hubiera detenido, sobre todo luego de hablar con Strudel, lo recuerdo clarísimo, fue cuando tu tío volvió de la tienda y me entregó *El disco de oro de Sidney Bechet*. En la portada del disco estaba Bechet sentado en una mesita de un café en París, una foto rarísima. ¿Por qué rarísima, Abu? Bechet ya tenía el pelo blanco, con un saco gris o negro y una

camisa de cuello a rayas, y un mesero le ofrecía una bandeja de éclairs y él elegía uno sonriendo, con cara de niño que se sale con la suya. Era una foto *occasionnelle* más que *naïf*, nada elaborada para la portada de un disco. Sobre la mesa había una radio portátil y, detrás, semioculta, una botellita. Dos mujeres estaban sentadas detrás, viendo lo que ocurría. Qué memoria, viejo, yo ni me acuerdo de que Strudel te diera un disco. Así es, Raulito, y la cara de Bechet en esa foto, sentado en la mesa al aire libre, disfrutando el puro placer de elegir de una bandejita de pasteles, me parecía el retrato de la felicidad. Aquí también puedes elegir pastelitos en una cafetería, Abu. Obvio, viejo, con la altura andina y el frío que hace aquí a partir de las seis, tienes que hacerlo metido dentro del local, mientras que allí, en París, lo podías hacer en plena calle. Ya me dirás si lo puedes hacer en invierno con el clima de París, así que no hables pendejadas, Ñato. No se trata de eso, Raulito, es más bien la sensación de libertad, de que no le importas a nadie. Seré más exacto: que no importe que no le importes a nadie y que, al mismo tiempo, te respeten aunque no seas nadie; y ese gesto de Bechet en la foto era como una señal de que allá era posible ser sencillamente feliz. Puede ser, Ñato, y no te lo voy a discutir porque sabes lo que pienso de la gente de este país que es, como tú, afrancesada, agringada, amexicanada, argentinizada, caribeña y hasta chinófila. No es eso, Raulito. ¿Qué es, entonces? Es que por esa vía también podemos ir al otro extremo, Raulito, y convertirnos en telúricos, prehispánicos, preincaicos si me apuras porque hasta los incas fueron impostura reciente, unos recién llegados, ni trescientos años estuvieron gobernando el Tahuantinsuyo; tenemos más de españoles y de árabes que de cuzqueños, güevón. Lleva, Ñato, no te sulfures, ya lo hemos hablado mil veces, eso no te lo discuto, es la cuestión de agringarnos, nada más, lo decía mí tío con su teoría de los cuyes, ¿no? ¡Te acuerdas, Raulito, qué bien!

Eso sí que no lo iba a olvidar, Abu, me moría de la risa cada vez que me acordaba la vaina esa de mi tío, puro humor chulla, ¿no? Pues fue ese mismo día que me dio el disco de Bechet que contó su teoría. ¿Hablas en serio? Sí, sí, Raulito, fue justo luego de que me entregó el disco.

—Es lo único que tengo ahora de Bechet —dijo Strudel—. Me lo traes cuando puedas. Sólo mira de no rayarlo. Puedo conseguirte más en unas semanas.

—Basta y sobra —dijo.

Raulito alzó la voz:

—Búsquele nomás, tío. No le haga caso.

—Hecho —dijo Strudel, observando a su sobrino como si hubiera detectado una nueva turbación.

Se sentó en el sofá y continuó sorbiendo de su café mientras miraba a los dos chicos volcados a observar el disco de Bechet.

—Me imagino que estarán preparando sus trabajitos para la Universidad, ¿verdad? —dijo Strudel.

Álvaro y Raulito lo miraron sin saber qué responder. Tampoco fue necesario. Él se adelantó:

—Pues cuando se animen a exponer sus obras, háganlo aquí. Esto no es una galería, pero viene gente y hasta compran. Tenemos las paredes del local y del corredor, y el Patio de los Cristales viene bien para un coctelito, que la gente converse. Tienen que darme la primicia. Le avisaré al chino Villalba, a la Susanita Valarezo y seguro que cuando venga el gringo Markai les comprará varios cuadritos.

—Será que no, tío —dijo Raulito—. El Cónsul se marcha.

La embarraste, Raulito, ponerme en evidencia con tu tío, tener que explicarme. Qué otra cosa quería que dijeras, Ñato, me cogiste por sorpresa, seguro que yo quería ver lo que realmente estabas pensando.

—¿Te marchas de nuevo? —dijo Strudel.

Con el disco en las manos, Álvaro no sabía qué decir y tenía ganas de decirlo todo: *Sí, me voy porque no me encuentro aquí, no me hallo, no soy porque no me veo aquí, no sé ni entiendo por qué*. ¿Por qué debía tener una respuesta exacta, Raulito? ¿No le había pasado lo mismo a Strudel? ¿Sintió que traicionaba a los suyos al irse a Alemania? ¿Sintió que se traicionaba a sí mismo cuando decidió volver? ¿Por qué marcharse debe ser una traición cuando debería ser una búsqueda? Y a la larga, viejo, no le importaba a nadie, ¿no?

Que estaba pensando irse a Francia o a Inglaterra, fue lo único que alcanzó a decir.

—Se comprende. Aquí ya se sabe las carencias que tenemos —dijo Strudel—. Es bueno irse un tiempo, estudiar. La cosa está cambiando, poquito nomás, pero cambia. Después a uno le entran ganas de volver solamente porque se tiene el gustito de la comida, del aire, del sol, hasta del frío. Y no hay como la gente de uno. Me resultó difícil el primer año en Alemania, pero luego me adapté y luego casi no quería ni volver.

—Hoy vino un pintor alemán a la Escuela de Bellas Artes —dijo Raulito—. El Cónsul lo cuestionó, tío. Y no le faltaba razón.

Estos gringos creen que las cosas deben ser como ellos las imaginan.

—¿Qué dijo?

—Díselo, Abu.

—Es una tontería —dijo Álvaro—. Tenía una fórmula de seis colores para pintar un pedazo de carne fresca. Prohibió el rojo porque sería un color evidente.

—No entiendo —dijo Strudel—. ¿Cuál es el problema de usar rojo? La carne es sangrienta.

—Esa es la vaina, tío —dijo Raulito—. El Cónsul se lo reprochó. El gringo, calmadote, dijo que no se trataba de no usar

el rojo, que, en ese caso, para pintar un pedacito de carne cruda, pues no era necesario. Meter un color directo podía ser efectista, un error, un énfasis.

Yo nunca digo énfasis, Ñato, ya estás metiendo tus palabras en lo que yo dije. El asunto, Raulito, es que habías entendido muy bien, ni yo lo habría dicho mejor; escuchabas, cómo escuchabas. No me acuerdo, Abu, seguramente habré dicho eso, no me acuerdo, y seguro que todavía sabes la formulita del gringo. Te la acabo de decir hacer un momento. Repítela, ya sabes que me entra por un oído y me sale por el otro. Bueno: *púrpura, blanco, siena natural, amarillo nápoles, gris plateado y azul*. ¡Qué memoria de putas, Abu! ¡Qué memoria!

—La verdad es que me reventó la prohibición —dijo Álvaro—. ¿Por qué no voy a utilizar el rojo si es uno de mis colores favoritos? ¿Para respetar una convención académica? ¿Para copiar la realidad? ¿Entonces lo que se quiere es que nos sometamos a una imitación de lo real? Eso no es la pintura para mí.

Strudel se acercó a la cafetera, sintió que todavía estaba tibia y se sirvió otro café.

—Los alemanes son así, mijo —dijo—. Por algo lo habrá dicho. Mis profesores en Friburgo me sorprendían a cada rato con sus explicaciones de lo más convencionales. Uno siempre cree que te van a sorprender con novedades y resulta que no, que están protegiendo unas técnicas y un saber muy antiguo que roen una y otra vez.

Al volver a poner la cafetera en la mesita, Strudel empujó sin darse cuenta un par de cantos rodados del círculo de Raulito. A punto estuvo que la cafetera se le cayera al piso.

—Mijo, no me ponga piedritas aquí.

—Disculpe, tío.

Raulito acomodó bien la cafetera y empezó a guardar los cantos rodados en el bolsillo de la chaqueta. Strudel, de pie, daba

un sorbo a su café mientras observaba a su sobrino. Cuando este terminó de guardarlas lo siguió mirando, pero ya no lo veía, perdido en sus pensamientos.

—Han roído el conocimiento como ratas… —continuó Strudel—. Conocen al milímetro su ratonera. Todo va medido, en su sitio, conscientes de cada movimiento. A fin de cuentas, no tienen espacio y por eso saben milimétricamente por dónde se mueven. Los europeos son así. Acá nos sobra espacio y vamos dando bandazos.

Ratas, ratonera: las expresiones sorprendieron a Álvaro, y Strudel las había dicho con ese tono suave que nunca se alteraba, como si quisiera aligerar la palabra. Ocurría lo contrario, Raulito, nunca había escuchado hablar a nadie sobre los europeos en esos términos y con ese tono desapasionado, como si su saber fuera inútil.

Strudel se acercó hasta el sillón de mimbre al que se arrimaba Bobbie, se sentó, le rascó la cabeza y las orejas; y Bobbie achinaba los ojitos, agradecido y alerta. Ese perro detectó que hablábamos de ratas y ratones, Cónsul. Era un tigre ese perro, no te digo, se le debía estar haciendo agua la boca, acabó con los ratones de Discos Bedoya.

—Son ratas viejas los europeos —siguió Strudel, el rostro concentrado en sí mismo.

Estaba asomando el lado oscuro de tu tío, Raulito; iba a dar una lección para despejarme el camino.

—Y no van a cambiar, como no cambian las ratas viejas. Saben hasta dónde llegar y llegan bien, y saben cuándo deben marcharse. Después de las ratas alemanas, vienen las inglesas, por prudentes y observadoras, luego las ratas francesas, por racionales y locuaces. Las más ágiles y vivas, aunque no lo parezcan, o justamente por eso, son las ratas holandesas, belgas, danesas y suizas. Las ratas italianas no cuentan, se creen gatos, y a veces se

comen a sí mismas. Las ratas españolas tampoco, esas siempre se demoran y no se dan cuenta hasta que ya es demasiado tarde, como las ratas árabes. Y entre una rata árabe y una española no hay mucha diferencia, aunque la última se ofenda de la comparación y la primera lo desee. Las mejores, de largo, son las ratas suizas. Esas no sólo saben cuándo hay que marcharse, sino cuándo hay que volver al mismo lugar, que para una rata es lo más jodido de saber en este mundo.

—¿Y nosotros qué ratas seríamos? —preguntó Álvaro.

Bobbie se había puesto de pie, movía la cola entusiasmado.

—Míralo al pendejo —reía Raulito señalando a Bobbie.

—Esa es la cuestión —dijo Strudel con otro brillito en los ojos—. No somos ratas. Somos cuyes.

Eso sí que te descuadró, Ñato, ¿no? Cómo no iba a sorprenderme, Raulito, era como si Strudel estuviera cortando el aire en trocitos.

—Poco nos sirve lo que saben las ratas viejas —continuó Strudel—. Nunca tuvimos Edad Media, ni Renacimiento, ni Ilustración. Lo único que tuvimos fue una independencia que soltó a los cuyes asilvestrados. No seré el primero en decirlo. Al menos no lo disimulo.

Strudel se bebió de un sorbo lo que quedaba del café.

—Lo que quiero decir es que podemos aprender cosas de las ratas viejas. Hay que hacerlo con cuidado. Son útiles, pero no se aplican aquí. Yo pensé durante un tiempo que podría aprender mucho de allá. Aprendí, no lo niego. Luego me di cuenta de que poco me servía aquí.

—Pero sí estuviste en una de las mejores escuelas de música de Alemania, tío —dijo Raulito.

—No es por eso, mijo. Me refiero a la manera de ver las cosas. El conocimiento de los alemanes no sirve aquí para nada. Estar entre cuyes es peor que rondar entre leones.

La conversación empezaba a ponerse interesante para Álvaro. También se daba cuenta de que Raulito no le quitaba los ojos de encima a su tío, siempre perplejo por las salidas que tenía y que Abugatás parecía haber removido por decir que pensaba marcharse. —Quizá es que los cuyes son inofensivos—dijo Raulito.

—Cojudos es lo que somos —continuó Strudel—. Comemos nuestra lechuguita, nuestros olluquitos, siempre tiritando, multiplicándonos peor que conejos. Cuándo se ha visto un cuy malo y perverso. Nunca. Y esto lo saben las ratas viejas. El asunto es que los cuyes aprendieron las mañas de las ratas viejas, lo que era previsible. Lo que no era previsible, ni para las ratas ni para los cuyes, es que los cuyes seguiríamos teniendo la pinta de buenotes de toda la vida, comiendo el olluquito, la lechugita. De buenotes, nada. Peor que las ratas viejas, mijo, más mañosas, más perversas, y jodidamente hipócritas.

Y tenía razón, Cónsul, toda la razón del mundo. Era un exagerado tu tío, Raulito, no hablaba literalmente. ¿Cómo que no, Ñato?, me lo repitió siempre años después, que me fuera con cuidado, que no me engatusaran, y la verdad que me fue muy útil, no de guambra, pero sí luego. Puede ser, compadre, no digo que no, tu tío era un hombre práctico. Era un sabio, Ñato. Y no le falló tampoco el ojo con el resto de cuyes latinoamericanos, ¿te acuerdas?

—Pero tío —dijo Raulito—. No me has dicho qué tipo de cuyes somos.

Strudel pareció dudar, no como si lo cogiera desprevenido la pregunta, sino más bien como regodéandose por decir, al fin, lo que había pensado.

—Los peruanos son cuyes sapos —empezó—. Es decir, vivísimos. Carita de cuyes y vivísimos. A la que te descuidas, caes.

—¿Y los chilenos? —dijo Raulito.

—Cuyes militares. Aunque no lleven uniforme, de todo hacen jerarquía castrense y combate. Por el momento tienen al miserable de Cuyochet.

—¿Y los bolivianos?

—El cuy esencial, la suma cuyeril. Menos los de Santa Cruz, que son cuyes fugados que sueñan con un paraíso carioca.

—Te lo pondré difícil, tío: ¿los paraguayos?

—Cuyes perdidos en algún lugar del mapa.

—¿Y los uruguayos, tío?

—*Cochons d'Inde* —se atrevió Álvaro.

—Exacto —sonrió Strudel—. Cuyes francófilos.

—¿Y los argentinos? —dijo Raulito.

—Ay, los argentinos… —suspiró Strudel—. Quedémonos con los porteños. No comen lechuga, sino bifes. Y aún así hacen metafísica apenas abren la boca. Interesante, ¿no? Cuyes ontológicos.

—¿Y los venezolanos?

—Cuyes haitianos con complejo de argentinos.

—¿Y los mexicanos?

— Cruce de hámster con rata azteca.

—¿Y los colombianos?

—Educadísimos —dijo Strudel—. Pero se cabrean por cualquier pendejada y hay que andarse con cuidado. Hay variedad paisa y cachaca, y conviene no confundirlos.

—¿Y los cubanos?

—De los cubanos nunca lo he tenido muy claro. Tienen al Gran Cuy: Fidel Castro.

—Pucha, tío, que no te oiga el ñaño del Cónsul.

—Ah, ¿sí?

Parecía que Strudel iba a preguntar por qué. Preguntó más bien cómo le iba a su hermano, que no lo veía hacía tiempo,

y Álvaro respondió que bien, que Rogelio estaba estudiando Medicina en París. No pudo seguir porque Raulito quería volver al tema:

—¿Y nosotros, tío? ¿Qué cuyes seríamos?

Bobbie levantó las orejas como si él también quisiera saber la respuesta. Strudel le acarició la cabeza.

—Nosotros... —dijo tomándose su tiempo—. Nuestro país es tan chiquito y tiene tanta variedad de cuyes que resulta difícil encontrar el cuy esencial que nos identifique. Puros cuyes regionales. Bobbie bufó.

—No se vale, tío. Lo tienes tan claro de los demás y de nosotros nada.

—Por eso mismo, mijo. Somos puro cuy: cojudos al máximo.

—¿Y eso lo descubriste en Alemania? —preguntó Álvaro, tuteándolo.

Strudel asintió moviendo la cabeza mientras se reía:

—En Alemania descubrí cómo reírme de mí mismo —dijo—. Somos cuyes solemnes, solemnísimos. Ay si te ríes de ti mismo en este país. Aquí sólo se comparan con cóndores, tigres o caimanes, como si fueramos unas fieras. Un cuy ni de broma. Pues eso somos: cuicitos solemnes.

—Y en la costa qué, tío. ¿Son cangrejos, son monos? Aquí Abu me dice el *Mono Temático*…

A Strudel se le fue repentinamente la sonrisa:

—Por el trago será, ¿no? —dijo—. Y que harías bien en controlar, mijo. Te lo llevo diciendo hace tiempo. Estás bebiendo demasiado para tu edad.

—Sí, tío, no se preocupe —dijo Raulito—. Pero no me ha respondido: ¿en la costa qué mismo son? ¿Cangrejos?

—A los costeños no les preocupa la «cuicidad» o la «cangrejidad».

Álvaro se fijó en su amigo, en cómo abría los ojos como si en la zona más recóndita de su mente también se abriera un horizonte expectante.

—Se comen los cangrejos y punto, mijo —concluyó Strudel—. Les parece una frivolidad discutir sobre esto. Una pérdida de tiempo.

—Pero a mí sí me preocupa, tío.

Qué cara pusiste, Raulito, y no te esperabas la respuesta que te iba a dar Strudel. No me acuerdo, Abu, ¿qué fue lo que dijo?

—Tú ya no eres costeño —dijo Strudel—. Con el perdón de tu santa madre, que en paz descanse. Aunque naciste en Guayaquil, eres un Coloma. Por eso te interesan estas pendejadas y pierdes el tiempo como yo.

La verdad es que perdíamos el tiempo en tonterías, Raulito, como si hubiéramos estado desesperados en encontrar la denominación de origen. Ríete, Raulito, no te ahogues, hasta te salen lágrimas, toma mi pañuelo. Ay… qué cosas, Abu… qué cosas… y con perdón, hablando de denominación de origen, tú sí que la tenías por tu vieja: ella sí era quiteña de pura cepa. Nos faltaba mucho, Raulito, para darnos cuenta de que el asunto no venía por la ubicación geográfica, sino por otra más elusiva, menos referenciable pero más visible: nuestra ubicación emocional. Entonces también te preocupaba el tema, Abu. Claro que sí, Raulito, cómo no, yo también me preguntaba: ¿qué soy?, ¿qué era?, ¿qué iba a ser?

—Un burgués —dijo Eliana días después—. Eso es lo que eres: un burgués.

¿Eso te dijo la Elianita, Abu? Tal como lo oyes, dijo que yo era un burgués. Quería provocarte porque no le parabas bola, Ñato, estaba loquita por ti. Luego le hice demasiado caso, viejo, y ya ves en qué terminó. En cualquier caso, no le faltaba razón en decirme burgués, Raulito, ¿quién podría dudarlo? Y menos

ella, que estaba tan bien apertrechada con su discurso marxista. No estoy seguro, Abu, ya sabes lo que pienso de esas pendejadas. Es verdad que eras formalito y no decías malas palabras, te plantabas cuando había que hacerlo e hiciste lo que nadie se atrevió a hacer, te marchaste a pesar de que tenías todas las comodidades del mundo, Quito era como tu casa; tu vieja y tu ñaño te adoraban, tenías el prestigio de tus padres y los contactos de sus amigos, y aún así te fuiste, hay que tener huevos, así que no eras simplemente un burgués, todo lo simplificaba Elianita con su vaina clasista. Quizá lo que había que hacer, Raulito, me doy cuenta ahora, era sumar las simplificaciones para entender un poco mejor. ¿Cómo? Pues lo que dice uno y lo que dice el otro, a lo mejor entre ambas opciones está la verdad. La suma, Ñato, sería *cuy burgués*, o *burgués acuyado*… No me cuadra, me suena rarísimo. Sí, Raulito, mejor olvídalo. Eso dalo por hecho, al ratito ya ni me acordaré. Chistosito estás, ¿no? Qué me queda, Abu, mejor me lo tomo con humor. Y esa debió haber sido la manera de asumirlo en esa época, Raulito, todo nos lo tomábamos en serio, especialmente yo. Bueno, eran cosas serias, Ñato, te estabas yendo para siempre y necesitabas encontrar ánimos. Fíjate que tu tío fue decisivo. Strudel era un zorro viejo, Abu. Ni que lo digas, Raulito, era un placer escucharlo; sin querer nos fue educando, mi hermano lo adoraba. De eso sí me acuerdo, Abu, a la larga no fue tan bueno, ¿no?, perdona si remuevo cosas. No pasa nada, Raulito, el asunto es que siempre nos reímos con la teoría de los cuyes. Una teoría tirada de los pelos, Abu, pura exageración. Esa teoría tenía lo suyo, aunque se la conté a Elianita y ella no estaba de acuerdo: de cuyes nada, puras ocurrencias de Strudel para joder la paciencia; tú eres un burgués, repetía ella. Y todo empezó porque Elianita quiso saber más de la relación que hubo entre Bechet y Araceli Gilbert. Ni cuy ni burgués, Abu, lo que eres es un *cojudo*, tú siempre con la manía de meter temas

intelectuales con las hembritas. Somos diferentes en eso, viejo, a mí no me interesa una mujer si no puedo conversar temas de ese tipo.

Álvaro le dijo que Sydney Bechet y Araceli Gilbert se cruzaron en París entre 1951 y 1952. Bechet era músico y Gilbert pintora. Le dijo que el músico era negro, risueño, de nariz roma y no muy alto. La pintora llevaba el pelo ceñido a la cabeza con una larga cola y también era bajita, traviesa, lúcida —al decírselo, notó que Eliana ponía una mirada pícara, y pensó: la travesura siempre es lúcida, un aprendizaje de lo impredecible. Álvaro cambió el tono de voz. Con ritmo pausado, le contó que Bechet murió en 1959 y que cuatro años después de su muerte Araceli Gilbert pintó el *Réquiem por Sydney Bechet*. Ella le sobreviviría treinta y cuatro años. En realidad, nunca se conocieron. O, mejor dicho, él nunca la conoció a ella. Ella sí, aunque decir que lo conoció no es exacto: lo oyó tocar una noche en la sala de conciertos Pleyel. No pudo olvidar su música. Lo oyó por casualidad, no tenía referencias de él. Le gustó su música por razones que ni ella misma comprendía, pero a las que obedeció fielmente como lo había hecho con su propio arte. Todo estaba preparado para que ella retuviera la sombra de aquel músico en su *Réquiem por Sydney Bechet*. Ni siquiera llegó a conocer de la historia de Bechet, no al menos de su primera etapa, cuando fue un apestado en París. ¿Así le entraste a la Eli, hablándole de Bechet y Araceli Gilbert? Fue ella la que me entró, Raulito, caí redondo.

La historia de Bechet tenía tintes dramáticos, siguió contando Álvaro, o en cualquier caso ocurrió con él una forma de justicia, más que poética, musical, o justicia a secas; o ni siquiera justicia sino una compensación proporcional. Sydney Bechet se había trasladado de Estados Unidos a París precedido por la fama y la extravagancia de haber creado la *Banda de Un Solo Hombre*. Había hecho la primera grabación de seis

instrumentos. Sobrepuso en una misma pista un saxofón soprano, un saxofón tenor, un clarinete, un contrabajo, un piano y una batería. ¿Por qué has hecho eso, Sidney?, le preguntaban sus colegas, ¿quieres quitarle trabajo al gremio, con la cantidad de músicos que hay? ¿O es que no puedes con tu vanidad y quieres que sólo se te escuche a ti? Bechet meneaba la cabeza y se reía: ni lo uno ni lo otro, respondía; sólo quiero saber cómo suena el concierto de mis contradicciones. Una de sus contradicciones la había pensado al aprender lo que era un acorde. En un acorde se debían suprimir los semitonos, de manera que se destacaban tres notas sonando simultáneamente. Bechet no sólo buscaba que sonaran tres notas, sino seis. Haces ruido, le habían dicho sus profesores al escuchar sus sextíadas. Él no hizo caso. Cuando exploró la *Banda de Un Solo Hombre* llevó a las últimas consecuencias el propósito de lo simultáneo, y por puro espíritu de contradicción lo llamó la vía paralela. Decía que cada instrumento cuenta una historia y que cada historia tiene un lenguaje. Si me quedo con un sólo instrumento, sólo puedo utilizar un lenguaje y contar una única historia. La verdad, concluía, es que tengo muchas historias, necesito varios instrumentos, varios lenguajes, y, sobre todo, quiero que sean simultáneos. Como seguían sin entenderlo, añadía: Si tengo un talento medio o pequeño con cada instrumento, al sumarlos, sumo mis pequeños talentos. Lo que Bechet terminaba explicando era que lo había hecho simplemente por jugar aprovechando las técnicas de montaje de los estudios de grabación. Lo que nunca decía era que escuchaba voces y que de alguna manera extraña que nunca entendió, las seis voces de los seis instrumentos parecían haberle pedido que los juntara, que, aunque él hubiera compuesto música para cada uno de ellos por separado, al juntarse *sonaría lo imprevisto de mis contradicciones*. Y él se dejó llevar. Pero esto no podía decirlo.

Bechet había vivido ocasionalmente algunas temporadas en París, dijo Álvaro, y a Eliana se le iban los ojos: lo miraba deslumbrada, calladita, enigmática. En 1928 Bechet fue encarcelado once meses por un altercado donde resultaron heridas tres personas. Lo que había ocurrido es que una noche acusaron a Bechet de equivocarse al tocar una pieza musical, y él, sin pensárselo dos veces, se fue a los golpes. Todavía tenía el carácter bronco, los labios fruncidos y la mirada fija de un hombre de treinta años sin una duda que se le resistiera, menos aún que un desconocido viniera a reprocharle que se había equivocado tocando su música. Ese carácter tuvo consecuencias: luego de salir de prisión lo deportaron de Francia. La historia no acabó allí. Bechet volvió a París cuando tenía más de cincuenta años, el pelo entrecano y un vozarrón que se le escapaba con un suave humor en el que se amortiguaban sus recién estrenadas dudas. ¿Ése fue el Bechet de la foto, Abu? Ese mismo, viejo. En ese momento empezó a dictar sus memorias. Las tituló *Treat it gentle*. Las únicas certezas que le quedaron, entre tantas dudas que lo habían vuelto afortunadamente *gentle*, fueron tres: que seguiría tocando hasta el fin de su vida, que se había casado con la mujer que quería, Zizí Ziegler; y que esperaba un hijo que nacería en 1954, cuando Bechet cumpliría cincuenta y siete años. Esta vez París le abrió las puertas. Al *créole* que años atrás unos franceses habían deportado, otros franceses, los existencialistas, Sartre & Compañía, lo terminarían llamando *le Dieu*. Esto demostraba que no es un país el que excluye o acepta, sino sus sucesivas e impredecibles generaciones. Lo admiraban a ciegas, aunque con los oídos bien abiertos, y no se les ocurrió ningún otro símil como el de suponer que sólo un dios podía tocar como él. El *jazz*, diría Bechet en sus amables memorias, no soy yo, y no se detendrá conmigo, no se detendrá nunca.

Eliana seguía absorta por lo que contaba Álvaro, que se sentía en ese momento el centro del mundo. Un milagro que te la cruzaras en la calle y te hayas acordado de ella, Cónsul. No fue en la calle, sino en la Libri-Mundi de la Juan León Mera, Raulito, no había vuelto a ver a Eliana desde la fiesta en tu casa. ¿Cuántos años habían pasado? Cinco, Raulito. Fue cuando volvimos de Roma porque mi viejo entró a trabajar como asesor internacional en el Congreso y luego pasó lo que pasó. Cómo vuela el tiempo, Ñato. Ni que lo digas, compadre. Eli ya estaba loquita por ti, le daba igual lo que le contaras. Pues parecía muy interesada, escuchaba a Bechet conmigo, tarareaba sus canciones, decía que sería lindo conocer Nueva Orléans, y no te digo la cara que ponía cuando yo le decía que lo mejor sería ir a París, que podíamos quedarnos unos días en el departamento de mi hermano. A mi viejo le divertía Eliana, a mi vieja no, y Rogelio me acolitaba, aunque le preocupaba la chica; nunca me dijo por qué, ahí sí que hacía de hermano mayor. Sapaza la Eli, Abu, te estaba lavando el coco, de eso sí me acuerdo, le importaba un pepino el arte.

La historia de Araceli Gilbert era diferente a la de Bechet. Llegó a París arrastrando un discretísimo anonimato. Vinieron con ella los colores tropicales que la imaginación de los franceses podía atribuir a Ecuador, su país de origen. Sólo que en sus cuadros los franceses nunca encontraban paisajes andinos, selvas, indios, llamas, montañas nevadas o templos incas, sino rombos, triángulos, hexágonos, secuencias cromáticas y una variedad de geometrías en las que ella trabajaba con una convicción que no entendían en su país y que incluso rechazaban como algo foráneo.

—Una aniñada —dijo Eliana—. Una costeña burguesa.

A Araceli Gilbert le daba igual lo que dijeran: más que convencida, tenía una curiosidad feroz por explorar ese camino geométrico. Tal como ocurrió con Bechet, serían otros fran-

ceses quienes reconocerían que en la asepsia etnológica de Gilbert vibraban profundamente geometrías prehispánicas que iban de la gresca escalonada a los relieves de estelas monolíticas, desde los aztecas a los incas. Si Gilbert llegó a París fue por la necesidad de aprender técnicas abstractas con August Herbin. Fue muy apreciada en el pequeño círculo de iniciados en el arte abstracto que dirigía Herbin. —Se les debía caer la baba por la muchacha —dijo Eliana.

Gilbert tenía cuarenta años, no era una muchachita, explicó Álvaro, como era pequeña y despierta, y una apasionada por su pintura, parecía de veinticinco. A más de un amigo francés le dio por llamarla *Petite Fleur*, el título de uno de los éxitos de Sidney Bechet de esa época. Esto fue lo único que ella escuchó sobre Bechet, sin siquiera saber que se refería al músico, sino uno de los tantos piropos de los franceses que esquivaba como a mosquitos. Un día, finalmente, ella escuchó a Bechet en uno de los conciertos en la sala Pleyel. El sonido puro y marcado del clarinete y el saxo, con un profundo registro melancólico, se quedaron grabados en su memoria en una aparentemente arbitraria combinación de colores y sonidos. Para ella no eran extrañas esas combinaciones. Siempre asoció colores con sonidos en una perfecta sinestesia. ¿Sinestesia, Abu? Quiero decir que vinculaba un sonido a un color, o al revés, un color a un tipo de sonido: el saxo correspondía al color gris pizarra, el clarinete al blanco, el piano al amarillo. Y en las pausas del concierto, entre pieza y pieza, sin que sonara ningún instrumento, en el puro silencio, Araceli Gilbert pensó en el color negro. Cuando acabó el concierto, Gilbert caminó de regreso a su casa, en medio de una noche oscura y feliz a pesar de la melancolía de lo que había escuchado, mientras recordaba los colores que asoció con los sonidos. La pintora regresó a su país al otro lado del mundo. Bechet murió el 14 de mayo de 1959. Apenas Araceli Gilbert supo la noticia de la muerte del músico, escuchó de nuevo

los colores, o vio los sonidos del aquel concierto, y empezó a pintar el *Réquiem para Sidney Bechet*.

—Tengo que ver ese cuadro —dijo Eliana—. Quiero que me lo describas. ¿Prometido?

El cuadro habla de Bechet. También habla de ella misma con esos colores y sonidos que salieron a flote recordándole la libertad que había descubierto lejos de su país, así como le había pasado a Bechet. Cuando el ensayista quiteño Raúl Andrade vio el cuadro de Araceli Gilbert le dijo a la pintora las mismas palabras que escribió en su libro *El perfil de la quimera*: «el exilio es una cuestión de higiene».

—¿De verdad le dijo eso Andrade a la Gilbert? —preguntó Eliana, desconfiada, alzando las cejas.

—Me pareció perfecto que se lo dijera a la pintora.

—Pero ¿se lo dijo o no se lo dijo?

Era un cerebrito la Eli, Ñato. Inteligentísima, Raulito, y la verdad que fue estimulante conocerla; con pocos amigos se podía conversar como lo hacíamos con ella: me sacó de mi torre de marfil encerrado con Dante y me puso al día. Aunque también era terrible, Abu, rechazaba a sus pretendientes. Y yo terminé cayendo casi sin darme cuenta. Bueno, Ñato, eso estaba cantado.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo Eliana—. Es inexactitud histórica, puro anacronismo. Y qué importancia tiene que Araceli Gilbert haya escuchado a un músico americano en París. Eres un decadente, un aniñado, un *burgués*...

Y entonces Eliana se interrumpió. Prefirió mirarlo a fondo, se hizo un poco para atrás, se preocupó y, de inmediato, no pudo más:

—Bueno, no eres exactamente un burgués —dijo, y sonrió con picardía—. Más bien me pareces un burgués… *descarriado*.

Eliana estuvo de arriba para abajo con la famosa expresión, porque estaba harta de la palabrita a secas, burgués, que

parecía estar de moda en Quito; a fin de cuentas, medio mundo quería ser burgués con doscientos años de retraso, y el otro medio mundo quería ser marxista con cien años de retraso y cargarse a los burgueses; un combate entre fantasmas. En realidad, Ñato, a nuestro mundo le da exactamente igual las dos cosas, éramos fantasmas, como dices. Le pregunté a Eliana si era suya esa expresión de *burgués descarriado*, y me dijo que no, que lo había leído en una novela. Era parte de una escena en la que una pintora rusa le dice a un joven escritor alemán, descendiente de comerciantes del puerto de Lübeck, que es un burgués descarriado. De eso no me acuerdo, Ñato. Yo sí, cómo me voy a olvidar, si me puso el mundo de cabeza, ella misma me prestó la novelita. Me entusiasmó tanto que le escribí a Rogelio para que la leyera, que la buscara en Francia, y se la leyó. No le entusiasmó tanto como a mí. Al menos eso pensé. Cuando llegué al departamento en París encontré varios libros de Thomas Mann en traducciones francesas. Todavía recuerdo el olor y el peso del ejemplar que me prestó Eliana, un tomito de tapas negras de su viejo con varias obras de Mann entre las que estaba *Tonio Kröger*. Es como si estuviera viendo ahorita mismo la escena del escritor y la pintora, Lisaveta Ivanovna. Memoricé su nombre desde mi primera lectura. Tú no olvidas nada, Abu, das miedo. Pues Lisaveta Ivanovna, luego de escuchar las divagaciones de Kröger sobre la distancia que hay entre el artista y el mundo, entre el desorden creativo y el orden de la sociedad, la familia y el bienestar, entre los que oscila el mismo Kröger, la rusa le suelta eso de que es un burgués descarriado, *un burgués que perdió su camino*. ¿Eso dijo la rusa? Eso mismo, y por eso lo citábamos cada dos por tres, cómo no te vas a acordar si hasta conseguimos una edición alemana en la Asociación Humboldt y se la llevamos a Strudel para que nos lo buscara en el capítulo correspondiente y lo leyera

en voz alta, por el puro esnobismo de escucharlo en alemán. ¿Strudel también se leyó la novelita, Ñato? Vaya si la leyó, viejo, y hasta te molestaste con él por haberla leído. No friegues, Ñato, ¿por qué me iba yo a molestar? No te estoy fregando, Raulito. Lo que me sorprende es que no te acuerdes de nada de lo que pasó esa noche. Montaste una bronca porque estábamos hechos los superintelectuales leyendo a un autor alemán. ¿Tan bestia me puse? La armaste gorda, Raulito. Te habías pegado unos tragos, y hasta Rogelio estuvo presente, recién llegado de Francia. No me acuerdo, Ñato, no me acuerdo para nada. Bueno, no te preocupes, viejo, yo te lo cuento. Dices que también estuvo tu ñaño. Sí, había vuelto unas semanas atrás; mi mamá y yo pensábamos que era por vacaciones en su universidad, luego supimos que no, que ya estaba pensando dejar los estudios de Medicina. Qué tipazo tu ñaño, Abu, gran médico. Nunca terminó la carrera, Raulito… ¿Ah no? De todas maneras, Ñato, eso no quita que sea un gran tipo. Pues fíjate que esa noche te empezaste a pelear con mi hermano. ¿Yo? ¿Estás seguro? ¿Cómo me pude pelear con Rogelio? Bueno, en realidad quien lo empezó fue Eliana. Al final parecía como que Eliana y tú se hubieran puesto de acuerdo. Eso sí que no te lo creo, Ñato. Pues créelo, Raulito, y empezó precisamente por la llegada de Rogelio. Él me pasó dejando por el local de tu tío, no podía quedarse en la reunión porque al día siguiente iba a cazar conejos por el Cotopaxi. Recién había vuelto de vacaciones y aprovechaba cualquier oportunidad para irse de cacería, como si hubiera sido lo que más había extrañado hacer en Francia. Sí, es verdad, le gustaba la cacería como a tu taita, eso no lo heredaste, Abu. Rogelio se había traído de Francia una Beretta, la acababa de retirar de la aduana del aeropuerto, y la tenía en su auto. Yo le dije que todo el mundo preguntaba por él y que se bajara un ratito para saludar a tu tío, tomarse

un trago y que luego se fuera a casa para acostarse temprano; Rogelio siempre fue un gran madrugador. Y esa noche, como no quiso dejar en el auto la Beretta, por miedo de que se la robaran, entró con ella en el Patio de los Cristales, y cuando lo vieron se quedaron de una pieza.

—Caray, *doctor* Rogelio —dijo Strudel—. En vez de traernos un vinito francés nos viene con armamento pesado.

—Afición no más, *doctor* Bedoya —dijo Rogelio—. Esta es deportiva y no pesa nada.

Se la hizo sopesar a tu tío, que no tenía idea de armas, y se quedó sorprendido de lo ligera que era. Pasó de mano en mano, hasta que Elianita la cogió. Ella quería guerra, Abu, seguro que no pensaba en cazar conejitos. Ni me lo digas, viejo, ella se acomodó la culata en el hombro y asustó a medio mundo apuntándonos.

—Está descargada —dijo Rogelio.

Elianita siguió apuntando hasta que me encañonó. Te tenía en la mira, Ñato, nunca mejor dicho, y no falló. Pues fíjate que esa noche pensé todo lo contrario, Raulito, que más bien ella estaba interesada en mi hermano. Él le retiró suavemente la Beretta y la apoyó en una esquina de los cristales. Entonces Eliana se le pegó a Rogelio mientras él contaba de sus estudios en Francia. ¿Cuánto tiempo fue que estuvo viviendo tu ñaño en París, Abu? Cuatro años, viejo, se fue dos años después de que llegamos a Roma; mis padres estuvieron de acuerdo en pagarle los estudios de medicina en la Universidad de Vincennes, y no le fue mal, le gustaba París. Estuvo haciendo prácticas en la Salpêtrière, y se escapaba de visita de cuando en cuando a Roma. Cuando volvimos a Quito y mi viejo se enfermó, vino volando. Por desgracia, creyendo que se había quedado estable con el cáncer, y por unas prácticas a las que debía incorporarse, se marchó dos semanas antes de que falleciera. Ya no pudo venir

al entierro, o no quiso, o se deprimió, el asunto es que siempre pensé que fue por eso que terminó con ganas de regresarse… Qué ironías, Abu, la muerte de tu viejo te llevó fuera, y a tu hermano lo trajo de vuelta, ¿no? No te falta razón, Raulito, nunca te falta razón… Memoria es lo que me falta, Abu, me contabas que Eliana se había fijado en tu ñaño. Eso pensé porque no paraba de preguntarle sobre Francia, sobre Mitterrand, si había visto la marcha de Jomeini contra el Sha de Irán, qué se decía de Lech Walesa y Polonia, si los franceses marchaban contras las pruebas de la bomba de neutrones, qué de las acciones del Frente Polisario, qué de Argelia, qué del Chad, qué de Indochina. Metidaza en política la Elianita, Abu, no sé qué le viste. Ni me fijaba en eso, viejo, de pronto le salían todas esas vainas, y Rogelio se quedó medio perplejo, como que no quería hablar, pero fíjate que sí, que fue respondiendo poco a poco, que había visto la marcha contra el Sha, que no le gustó la gente de Jomeini, vestidos de negro, peor que los curitas de aquí; que había mucho entusiasmo por Walesa, que se criticaba las bombas de neutrones, que los sarahauis seguían resistiendo, en fin, estaba enteradísimo, lo decía de refilón, debía estar cansado. Strudel cambió de tema y le preguntó que cómo estaba la música, qué había oído, y ahí sí que Rogelio no sabía dónde estaba parado, así que se puso a hablar de películas y de libros. Elianita volvió a sacar a colación lo del *Tonio Kröger*. Strudel le dijo que ya había podido revisarlo y fue a traerlo de su oficina. Al volver se sentó en medio de todos nosotros y se puso a pasar las páginas buscando la cita. Lo observábamos como hipnotizados, como si estuviera a punto de revelarse algo allí mismo, en el Patio de los Cristales. La novelita no era muy larga y la escena entre Kröger y Lisaveta Ivanovna estaba al final del cuarto capítulo. ¿Quiénes estaban en la reunión, Abu? Los de siempre, Raulito: tu tío Strudel, los infaltables Chiang Kai-shek y el Omoto Pérez; mi

hermano Rogelio, Eliana, nadie más. Ya me estás cochineando de nuevo, Ñato, ¿estuvo el Villalba? ¿Chiang Kai-shek Villalba? No me digas que no te acuerdas, Raulito, el que tenía el barcito ése, el Woodstock, si de ahí te fui a rescatar un montón de veces el primer año de la universidad. Cierto, Abu, cierto, perdona.

—Aquí está —dijo Strudel.

Pasó el dedo por encima de las páginas del libro y empezó a balbucear como si estuviera ensayando, unos segundos apenas, hasta que leyó voz alta, lentamente:

—Sie sind ein Bürger auf Irrwegen, ein verirrter Bürger.

Pero cómo puedes recordar hasta las palabras en alemán, Ñato, ¿cómo? Porque era una verdad, Raulito, era mi verdad, y esas palabras las he llevado marcadas a fuego en mi memoria, como el hierro al rojo vivo en los caballos: *ein verirrter Bürger*. Un burgués descarriado. Justo después de leer el fragmento, Strudel recordó que había leído en sus años en Friburgo otra novela de Mann, por indicación de uno de sus profesores: *Doktor Faustus*. ¿Recuerdas que te regalé un ejemplar en uno de mis viajes, Raulito? Ni idea, Ñato, ya sabes que no leo novelas hace tiempo, ¿de qué trata?

—De eso —dijo Eliana—. De que el artista burgués, a la manera de Fausto, se desconecta del mundo, tienta al demonio, no lo acepta la gente de su propia clase, que no lo considera productivo, y los artistas, en cambio, no le perdonan su origen burgués. El demonio sólo es una metáfora de lo desconocido, de quien quiebra lo previsto para cada clase social. En realidad, no existe el demonio. Lo inventa el miedo de romper la rutina, la normalidad. El que no responde a lo que se espera de él va de la mano del demonio.

Eliana se detuvo para tomar aire.

—Se ve que la ha leído, mija —dijo Strudel—. Yo no pude acabarla. Es un alemán jodidísimo.

—Eso dicen, pero la verdad…

—Elianita —interrumpió Raulito— eso de que no haya diablos, no sé. ¿No es cierto, Chiang?...

—Cierto es —dijo Chiang Kai-shek Villalba—. Suban por el Tejar a las doce de la noche y verán cada diablo que para qué les cuento…

—No la interrumpan —dijo Strudel—. ¿Qué decía, mija?

—Nada en especial —dijo Eliana—. Sólo que el final del *Faustus* es emocionante. Y no necesita llevar a sus personajes a barrios de mala muerte. El protagonista, Leverkühn, le va a entregar su alma al diablo en el momento que está tocando un concierto delante …

Y entonces fue que salté, Raulito, le dije que no lo contara, que no arruinara la lectura de quienes no lo habían leído. Lo dije en realidad porque era yo quien no lo había leído, me lo estaba guardando para algún momento en especial. Ella se enfurruñó un instante y luego reconoció que bueno, que no lo iba a contar. Pero habrán dicho algo más de la otra novelita, la del burgués descarriado, *Tonio Kröger*. ¿Qué pasó con la rusita y el alemán?

—En realidad —explicó Eliana—, Kröger está dolido porque nunca fue correspondido por dos personas: un amiguito suyo de la escuela, Hans Hansen, y luego, a los dieciesite años, por una chica, Ingeborg Holm. Dos rubiecitos de ojos azules. Lisaveta es otro perfil: es morena, tiene el pelo castaño. Es una pena que Mann no haya escrito más sobre la rusa.

Strudel abrió el tomo que contenía el *Tonio Kröger* y mostró la foto del autor al lado de la portadilla. Mann estaba con bigote, la frente amplia, perfectamente peinado, con el pelo corto, con una corbatita de seda y un saco de vestir a rayas. Daba un leve giro de cabeza hacia su izquierda, mirando al fotógrafo, mirando al lector.

—Parece que nos observa por encima del hombro —dijo Raulito—. Debió ser un tipo inaguantable.

¿Eso dije, Ñato? Sí, Raulito, lamento decírtelo, eso dijiste, y fue sólo el comienzo. Qué ironías, ¿no, Ñato? ¿Por qué lo dices, Raulito? Porque a veces es lo que han dicho de mí, que parezco un sobrado, un tipo insoportable, que miro a la gente como si estuviera por encima de ellos. Estás exagerando, Raulito, si la gente te adora, sólo hablan bien de ti, eres un ídolo para Tania, te admira más que a un padre. Tania es tema aparte, Abu, ella es un encanto con todo el mundo, y ya debe estar por llegar, siempre quiere verte cuando vienes de visita. ¿Y el resto de gente que te aprecia, Raulito? Eso es lo que parece, Ñato, vieras lo que dicen por detrás, no te creas, y no son sólo ellos, viejo. ¿A qué te refieres? Bueno, Abu, ahorita te lo puedo decir porque estamos fuera, pero *allá* piensan lo mismo. Ahí sí que no estoy de acuerdo, viejo, te tratan a cuerpo de rey, tienes un taller precioso, con esos ventanales con vista a los valles, y Judith siempre está por cualquier cosa que necesitas. Eso es porque pongo el billete, Ñato, si no me tendrían en un cuartito miserable, entre cucarachas y serpientes. Bueno, bueno, no exageres, Raulito, qué manía te ha dado con lo de las serpientes, que no es como dices, ya verás que cuando vuelvas a la Residencia te recibirán como siempre con los brazos abiertos.

—No sean injustos —dijo Rogelio—. No es que Thomas Mann fuera inaguantable. Era un hombre de otro tiempo. Murió hace más de veinte años. Ya me gustaría verlos a todos ustedes escuchando lo que podrían decir de nosotros veinte años después.

El problema es otro.

—Lo has leído, entonces… —dijo Eliana sorprendida.

Rogelio asintió mientras apagaba su cigarrillo.

—Para que veas —dijo—. Tu recomendación llegó hasta

mi pobre ático de estudihambre en París. Álvaro no dejaba de preguntarme si ya la había leído. ¿No es cierto, hermanito?

Mi hermano era un cuentero, Raulito, vivía en un lindo dúplex en un tramo de la rue Charles Lafitte con vista al *Jardin d'Acclimatation*, en pleno distrito 16. Tenía hasta garaje y un viejo Citröen, destartalado, pero funcionando. Todo había sido de un diplomático ecuatoriano jubilado, colega de mi padre en la embajada, que se lo vendió a precio de nada. Sí, de eso creo que me acuerdo, Ñato, esa callecita, *Lafit*, me sonaba de algo, ¿yo te escribía a esa dirección, verdad? Así es, Raulito, siempre me enviabas tus cartas con el nombre de la calle mal escrito, guardo todas tus cartas de ese entonces. Y a mí nunca me enviabas ninguna, Cónsul—güevonazo, eras vago para escribir y de eso no me voy a olvidar. Ya me has reclamado mil veces, Raulito, déjame que te siga contando: luego de que Rogelio le dijo que había seguido su recomendación, Elianita se puso roja, entre la vergüenza y el orgullo. Me la imagino, Abu, en el fondo era una coqueta intelectual, raro ese tipo de hembritas, ¿no? No es raro, Raulito, en realidad hay muchas así, más de las que imaginas, lo que pasa es que no es tu tipo de mujer, nada más. Tú siempre te buscaste mujeres silenciosas y voluptuosas, y no querías ver ese lado de ellas. De eso ni me hagas acuerdo, Abu, que sería hablarle del pan al hambriento. El asunto es que mi hermano estaba exagerando con eso de la pobreza de estudiante, en esa época se veía remal andar alardeando de vivir bien, o incluso Rogelio ya debía estar desarrollando una conciencia de culpa por estar estudiando en el extranjero. Muchas veces he pensado si en realidad no lo afectó a él más que a mí ese librito y lo del burgués descarriado.

—¿No crees que todavía es cierto lo que dice el *Faustus*? —preguntó Eliana, ya repuesta del son rojo, mientras cogía un cigarrillo de la cajetilla de Rogelio—. Para mí sí.

—Yo hablaba sólo de la foto —dijo Rogelio, e hizo un amago de dirigirse a coger el libro, Strudel seguía hojeando las páginas—. Nada más. Lo demás seguirá siendo válido porque es arte, Eliana, no caduca.

Eliana sostenía el cigarrillo en la mano esperando que alguien le diera fuego, así que Rogelio sacó el mechero de su bolsillo y se lo encendió.

—Mann, o lo que dice Kröger —continuó Rogelio—, no lo deja muy claro. Lo recuerdo más bien como un embrollo. La rusa suelta su sentencia y no la argumenta.

—Es algo más que un embrollo —irrumpió Strudel sin dejar de revisar el libro—. Es el pataleo de ahogado del romanticismo alemán. Y ese pataleo no ha concluido por la vaina de querer ser siempre originales. Por eso la música contemporánea está condenada. —Brillante, brillante —dijo Chiang Kai-shek Villalba.

—En cualquier caso, Mann debió sufrir mucho —dijo Rogelio—. Era un homosexual reprimido, dos de sus hijos se suicidaron. Vivió como si tuviera una perfecta vida ordenada. Al final lo atormentaron los demonios. O la falta de un demonio que eligió no seguir o que no pudo seguir. Seguramente lo llegó a ver en algún momento, *sintió frío* y decidió tomar otro camino.

Fue decir eso y Strudel cerró el libro mientras miraba a mi hermano.

—¿No me diga, *doctor* Rogelio, que también usted se leyó ese tochote del *Faustus*? —le preguntó—. Esta generación me sorprende lo culta que es.

Rogelio sonrió de nuevo.

—Verá, *doctor* Bedoya —dijo—. Más que cuestión de cultura es el problema del invierno fregado de París y del aburrimiento. Leer libros de medicina es agobiante y las traducciones literarias francesas son buenas, bonitas y baratas.

—Como las hembritas francesas, ¿no? —dijo Chiang Kai-shek.

Eliana resopló el humo de su cigarrillo y rugió:

—¡Machistas!

Rogelio se reía del alboroto. ¿Te acuerdas cómo se reía mi hermano, Raulito? Tenía una sonrisa limpia, idéntica a la de mi padre, y se te contagiaba sin escapatoria, como si fuera cómplice tuyo hasta las últimas consecuencias, y que nunca se te ocurriera imaginar poner en duda su complicidad, no sé si me explico. Te explicas clarísimo, Ñato, lo que no entiendo es por qué hablas de él en pasado. ¿Ya no sonríe así? ¿Te has peleado con él?

—Yo creo que en el *Faustus* se resuelve todo —dijo Rogelio—, más que en *Tonio Kröger*.

—No entiendo —dijo Eliana.

—Aunque el *Faustus* cuente la historia del músico demoníaco —continuó Rogelio— está narrada por el hombre más tranquilo del mundo, Serenus Zeitblom. *Serenus*. Hay que ser muy bromista para ponerle ese nombre al amigo de Leverkühn. Mann nunca habría ido tan lejos como Leverkühn. Estaba en el papel de Serenus Zeitblom. Lo contemplaba desde un lugar seguro. O mejor dicho, Zeitblom es un calco de lo que realmente quería ser Kröger, individuos que admiran lo imposible y no son capaces de lanzarse a buscarlo. El pacto del que hablan es nada. La tinta de ese pacto no es más que tinta. De haber sido un verdadero pacto, sería sucio, sin papel y sin demonio. Sería un pacto con el vacío. Justo el vacío que se va a llenar. Me recuerda a los cirujanos de la Salpêtrière cuando están operando un caso sin solución y los ves dudando un segundo delante de la herida abierta. Es el puro vacío y allí sí que hay otro tipo de demonio. Los cirujanos pactan en silencio, justo cuando sostienen el bisturí a punto de hacer la incisión, y entonces es cuando le venden el alma al demonio del vacío.

Piden que no cometan un error en ese momento y luego se ajustan cuentas al final, no allí.

Rogelio cogió otro cigarrillo de su cajetilla y lo encendió no como si quisiera fumar sino impedirse seguir hablando. Exhaló el humo y siguió:

—Comparado con eso —dijo—, lo de Mann es un juego de niños. Palabrería alemana.

¿Y tú no dijiste nada, Ñato? ¿No que era tu autor favorito? No me diste tiempo, Raulito, porque cuando iba a hacerlo empezaste a armar la grande. ¿Ah, sí? Ahí mismo empezaste, viejo: *huevadas alemanas*, dijiste, *cuentos y más cuentos. Hablen de los demonios de aquí. ¿No es cierto, señor Chiang? ¿Por qué no se van por El tejar y luego debaten?* Qué vergüenza, Ñato, guambra cojudo que yo era. Más bien chumado, Raulito, ya te habías pasado de los tragos, la verdad es que no sé muy bien cómo pasó. Me parece que alguien preguntó qué mismo era un «burgués descarriado» y tú de pronto te empezaste a reír, estabas muerto de la risa señalándonos. Qué güevonazo, Ñato, qué papelón. ¿Pero de verdad no recuerdas nada de lo que dijiste ni lo que pasó después, Raulito? Nada de nada, Ñato, estoy fregado. ¿De verdad, viejo? ¿Ni siquiera de la cicatriz? Espera, Ñato, ¿de qué cicatriz hablas? De esa, viejo, mírate el brazo.

—No tenía la menor idea, Abu —dijo Eliana al día siguiente—. Nadie sabía que vendría Laura. Si yo llegué la última. ¿Por qué se metió donde no la habían llamado?

Había sido casualidad. Laura fue al local de Strudel para recoger un paquete de su madre. Ya no se hablaba con ella desde que había empezado a salir con Arango. Laura decía que la madre no quería que ella se dedicara al teatro ni a ninguna de esas vainas, la verdad es que no sólo no le gustaba el teatro, sino que su hija se hubiera ido a convivir con Arango. Con el paso de los meses, se hizo a la idea y quería reconciliarse con ella, y le en-

viaba paquetitos con dulces y ropitas que le entregaba a Strudel, porque Laura se hizo la ofendida y no quiso verla. El problema empezó porque Arango había quedado en ir a buscarla a Discos Bedoya, pero se demoró. Para cuando llegó, Chiang Kai-shek Villalba y el Omoto Pérez ya la habían arrastrado al Patio de los Cristales, celebrando verla luego de tanto tiempo de desaparecida, elogiando su cambio de peinado, el intenso color negro del pelo, de un negro que revelaba el tono verde de sus ojos que había pasado desapercibido cuando iba con su pelo castaño natural. Le dijeron que se había adelgazado mucho, el rostro sobre todo, y que en qué obrita estaba trabajando, que cuándo la podrían ver, y que se tomara un cafecito con ellos, que no les hiciera desplante porque eran un par de «viejitos». Ella casi sonreía mirando a Strudel como si le pidiera que la liberara y él advirtiéndole que esos viejitos eran los más peligrosos. Cuando Raulito llegó, ella estaba sentada en el sofá con el Omoto a un lado y Chiang Kai-shek en el otro. Bobbie meneaba la cola echado a sus pies y Arango se preparaba un café mientras conversaba con Strudel. Raulito se quedó un instante paralizado, Laura lo miró por el rabillo del ojo y le sonrió, y entonces fue Chiang Kai-shek quien dio el grito en el cielo: Mira quién nos visita, Raulito, no la íbamos a dejar escapar, ¿no?

—Entonces llegué yo con Rogelio —dijo Álvaro—. Habrán sido diez o quince minutos después. Chiang Kai-shek ya le había puesto el segundo trago a Raulito, que estaba despatarrado en una de las sillas jugando con sus cantos rodados. Justo cuando entramos lo vi meter uno de los cantos rodados en su vaso como si fuera un cubito de hielo.

—La que se quedó de piedra fui yo —dijo Eliana—. Laura está cambiadísima. Guapa sí, más guapa que antes si quieres. Se ha adelgazado y parece más alta, aunque le vi arruguitas en los ojos. La ropa le caía floja, sin planchar, como si se la hubiera

puesto de mala gana y quisiera volver a echarse en la cama. No sé, Abu, no sé. No me ha gustado verla. Es físicamente distinta y la misma engreída de siempre. No sé ni para qué fue por ahí. Metió la pata cayendo así de improviso.

Laura habló muy poco. Ni siquiera con su novio, a veces con Strudel. Cuando se pasaron la escopeta de Rogelio para ver que no pesaba tanto, ella miró a Arango y no la tocaron. Luego escuchó toda la discusión sobre el *Tonio Kröger* como si le importara poco. Solamente tenía ojos para Bobbie, al que no dejaba de hacer mimos y caricias.

Álvaro le preguntó si no sabía lo que había pasado entre Laura y Raulito, con lo buenas amigas que eran.

—Nadie lo sabía, Abu, o nadie lo intuyó hasta anoche —dijo Eliana—. Y lo de buenas amigas puedes borrarlo. Laura realmente no tiene amigas desde que está con Arango. Sí me parece una putada que se haya metido con su primo y luego lo dejara de golpe. Eso no se hace. No me dijiste si le pusieron muchos puntos en la herida a Raulito.

Le explicó que Raulito recibió cinco puntos por el corte principal, a lo largo del envés de la mano derecha, y luego otros puntos dispersos por los pedazos de vidrio más grandes en la muñeca y el antebrazo. Strudel cubrió los gastos de la clínica y no le cobró el cristal del patio. Sí le advirtió a Raulito que no bebiera tanto, que era una vergüenza que hiciera un papelón por tonterías. Álvaro nunca había visto enojado a Strudel, que seguramente tenía cargo de conciencia por haber tolerado la relación de los dos primos. Raulito lo respetó siempre, Strudel era como un padre para él. Nunca bebía demasiado en el Patio de los Cristales, como mucho se tomaba un par de traguitos y luego se iba con Álvaro al Woodstock o al *Pobre Diablo*. Jamás se emborrachaba donde su tío. Bastó que estuviera Laura para cambiarle el humor. Ella no sonreía tanto como antes ni quería

llamar la atención, y lo cierto es que no hizo nada para provocar ningún problema: cuando estuvieron discutiendo sobre Mann ella no participó. Arango menos. Quienes la conocían se preguntaban o esperaban que volviera a salir la Laura de siempre y no salió. Sonreía a medias, algo en sus ojos ya no era fijo sino blando.

—Ojos de loca —dijo Eliana—. Y ahora que lo dices, es verdad, no dijo nada cuando hablamos de Mann. Seguramente se quedó callada cuando se comentó que Kröger nunca fue correspondido en sus sentimientos. Quizá son fantasías mías, Álvaro, ¿no crees?

Le dijo que ninguna fantasía, que eso fue lo que empezó a remover el asunto, porque Raulito ya estaba inquieto en su silla. Strudel debió haberse dado cuenta. Hasta lo pudo haber evitado. Estaba concentrado leyendo, o quiso dejarlo pasar para no poner en ridículo a su sobrino. Rogelio siguió con sus reflexiones. Laura parecía escuchar con indiferencia, como aburrida. Ahí debió irse ella, dijo Álvaro, dejarlo en paz a Raulito de una buena vez.

Pero no se fue.

—No hay diferencia en que sean demonios alemanes o ecuatorianos —dijo Rogelio para apaciguar a Raulito—. Eso puede pasar aquí mismo. Mann miró el abismo y no se lanzó a él por miedo, por cobardía. Nació con malla de contención.

—Es lo que les venía diciendo —dijo Strudel, levantando levemente la voz—. Ése fue el problema del romanticismo alemán. Los artistas estaban separados de su sociedad pero, a la larga, esperaban ser aceptados por ella, aunque fuera en la generación siguiente. Tanto hablaban de actuar, aunque se equivocaran, y en el fondo no querían cambiar nada. Esa es la idea del pacto: buscaban tiempo, a crédito. ¿Se fijaron en la foto de Mann? Parece un banquero.

—Pero este banquero mira de frente y no sonríe —dijo Eliana.

—Por eso mismo, mija —dijo Strudel—. Es como si te estuviera mirando para ver si te da el crédito.

—Pues esperáte a ver una foto de Rimbaud —dijo Rogelio.

—¿Qué tiene de especial? —dijo Eliana.

—Que él no tiene pinta de banquero —dijo Rogelio—. Más bien parece que le hubieran negado el préstamo. Él es el descarriado. Él es la revolución. Y no puedes deducir eso por su foto. No está posando para que se vea su revolución.

Chirrió una de las sillas: la de Raulito.

—Puta que son pedantes… —murmuró mirando a Bobbie.

Strudel lo observó frunciendo el ceño.

—¿Por qué no hablan del pacto de Cantuña con el diablo —continuó Raulito alzando la vista— en vez de hablar tanto de Thomas Mann?

—¿Quién es Cantuña? —preguntó Arango.

Raulito se puso de pie y tambaleó. Álvaro lo sostuvo.

—Yo se lo explico al paisa… —dijo Raulito.

—Soy de Bogotá —aclaró Arango.

Raulito continuó con su explicación:

—Cachaquito entonces… —dijo sonriéndole a Arango y a Laura, y luego se dirigió a Eliana—. Cantuña era un indiecito jodido que no podía cumplir con el trabajo de empedrar la escalinata de la catedral de la plaza de San Francisco. Sólo le quedaba un día para la entrega y no iba a llegar ni cagando. Ahí se le apareció el cachudo. Le ofreció completar el trabajo que faltaba para el día siguiente al amanecer. A cambio le pedía lo de siempre: su almita.

Lo que el cachudo no contempló es que el indiecito, de tanto que se han aprovechado de él, resultó más vivo que el diablo.

—¿No habrá sido otavaleño? —dijo el Omoto Pérez.

—Calla, Omoto —dijo Chiang Kai-shek —. Deja que el Raulito cuente.

—No sé —dijo Raulito—. No importa. El asunto es que cuando amaneció, luego de una noche de azufre que trastornó a los pocos vecinos que vieron demonios sacándose la madre cargando y puliendo piedras en la plaza, el cachudo le dijo a Cantuña que había terminado. Cantuña le dijo que no. Y le indicó un hueco en la escalinata donde faltaba una piedra.

Raulito mostró uno de sus cantos rodados como si fuera la piedra de la que estaba hablando. Con la mano que le temblaba ligeramente, dio vuelta al canto como para que lo contemplaran de todos los lados. Sin que nadie lo esperara, se lo acercó a la boca y lo lamió. Strudel empezaba a no saber qué hacer para contener a su sobrino.

—Cantuña no dio por completo el trabajo —continuó Raulito—. Faltaba *esa* piedra. Le mostró al cachudo que ya era de día y añadió que no había cumplido. Así que nada de almita ni nada de nada. El pacto quedaba deshecho.

El Omoto murmuraba al oído de Chiang Kai-shek mientras los demás parecían estar esperando que Raulito añadiera algo más. No dijo nada y se guardó el canto rodado en el bolsillo.

—Un diablo más bien cojudo, ¿no? —dijo Arango mirando a Laura.

—Verás, cachaquito… —dijo Raulito, cogiendo nuevo empuje.

Arango giró bruscamente hacia él. Laura le puso una mano en la pierna.

—La historia no termina ahí —dijo Raulito—. Lo del pacto del diablo que no se completó fue en realidad el gran cuento de Cantuña. Así los curitas y los blanquitos, los burgueses de esa época, como diría Elianita, podían aceptar la obra de Cantuña porque finalmente no se había cerrado el pacto con el diablo.

Aunque faltara esa piedra, era un testimonio de que se le podía tomar el pelo al diablo. La exorcizaron o bautizaron, lo que sea, le pagaron a Cantuña y medio mundo contento. Dicen que Cantuña murió viejísimo y que tuvo muchas riquezas que nadie se explicaba, que realmente pactó con el cachudo por una gran cantidad de oro que guardaba en un sótano de su casa. Por primera vez en este país un indio se salió con la suya ganándoles a todos: a los curas, a los blanquitos y al mismo diablo.

—Pero al final, ¿el cachudo se le llevó el alma o no? —dijo Chiang Kai-shek Villalba.

De Cantuña sí que me acuerdo, Ñato, me encantaba esa historia, me la contó el Cacha Flor recién entrado en el Mejía, aunque él contaba una historia distinta. ¿En qué cambiaba, Raulito? Según el Cacha, Cantuña en realidad era un mestizo y fue él quien les dijo a los *pobres* diablos de los indios que por no cumplir el trabajo no les iba a pagar, y entonces los indios, cabreados, cogieron una de las piedras de la escalinata y lincharon ahí mismo a Cantuña. Le reventaron la cabeza con las piedras. Caray, Raulito, esa debe ser la historia real, nunca había escuchado esa versión. Y el Omoto también tenía otra versión, Ñato. ¿Otra más? La más importante, Abu, la que más me gusta. Dijo que en realidad Cantuña sacaba las piedras de una cantera de las faldas del Pichincha y que de tanto sacarlas encontró un entierro de oro de los incas y ya no quiso llevar más piedras para la obra ni seguir trabajando. Ni siquiera se preocupó por darles una solución, secuestrado por su propio descubrimiento. Los curas, ahí sí hechos unos demonios, le iban a pedir el alma por no cumplir, y entonces fue que Cantuña se inventó la vaina del pacto con el diablo para darles un pretexto a los curas para no pagarle y evitar que siga trabajando en un templo de Dios con sus manos apestosas de azufre infernal. En realidad, para que no lo siguieran fastidiando con lo de terminar la obra. Total, piedrita más pie-

drita menos, ya le daba lo mismo. A Cantuña qué le importaba trabajar si tenía la mina de oro que se había encontrado. Lleno de billete, nadie se le acercaba diciendo que le había vendido su alma al diablo. Era la pura envidia inventándose historias.

—Claro que el diablo se llevó el alma de Cantuña, Omoto —respondió Raulito—. ¿Para qué iba Cantuña a querer entrar al paraíso de blancos que tanto lo habían explotado?

Había bajado el tono de voz, como si hubiera perdido sus fuerzas. Sólo alzó los ojos en dirección a Laura.

—El diablo se llevó hasta el último pedacito de su alma —dijo mirándola—. Allí debe estar el buen Cantuña, ardiendo en el infierno.

Como si en ese mismo momento hubiera visto al diablo del que tanto hablaban, Bobbie dio un ladrido, se levantó de un salto y quiso ir hacia el corredor. Nos quedamos helados del susto. Sólo Strudel estaba calmado. No era más que un ratón que a veces se aparecía por el local y que Bobbie nunca lograba atrapar. El problema es que Bobbie cruzó por tus piernas, Raulito, y lo pisaste sin querer. ¿Le hice daño a Bobbie, Ñato? Sin querer, Raulito, sin querer, tú habías terminado de contar las variantes sobre Cantuña y todos estábamos como volviendo a la realidad.

—Estaba harta del cuentito de Cantuña —dijo Eliana—. Cuando volví del lavabo escuché el destrozo de los vidrios. ¿Qué mismo pasó?

—Raulito pateó a Bobbie de la nada —dijo Álvaro.

—¿Porque sí?

—Fue absurdo —dijo Álvaro—. Laura se lo reclamó y Raulito gruñó que sólo era un perro y que a los animales había que tratarlos como lo que eran. Laura se levantó para abrazar a Bobbie y se le atravesó a Arango, que ya le iba a buscar bronca a Raulito.

Pero no pude ponerme pesado sólo porque hablaran de un autor alemán, Ñato, algo más debió pasar. Nada especial, Raulito, en esa época las broncas empezaban por cualquier tontería, teníamos veinte años y no sabíamos beber.

Álvaro se acercó hasta Raulito para controlarlo, le dijo que ya había bebido demasiado, que lo mejor sería irse a otro sitio, que Rogelio y él lo podrían llevar a dónde quisiera.

—No me jodas tú *también* —dijo Raulito.

Se zafó de Álvaro y buscó apoyo en la estantería. No acertó con la mano. Perdió el equilibrio. Para no caerse lo único contra lo que intentó apoyarse fue el ventanal, sólo que en vez de poner la mano en la marquesina la puso en el mismo centro del vidrio y se hizo trizas como una lámina de caramelo. Todavía lo escucho, Raulito, parece que fuera ayer, fue como una lluvia de piedras, un aguacero fulminante, como si Cantuña hubiera regresado rompiendo los vitrales de la iglesia de los curas. Ya estás metiendo labia, Abu, eso no fue más que un desastre, qué infierno ni que nada, tengo un recuerdo borroso ahora que lo cuentas. Como que estuvo Laura también, sí, ella andaba por ahí con el colombiano. Es verdad.

El estrépito volteó a la noche. Bobbie se replegó a una esquina, con las orejitas hacia atrás y el rabo entre las piernas. Eliana dio un gritito y se tapó la boca con las manos. Strudel se levantó alzando los brazos como si quisiera detener lo que ya había ocurrido. Chiang Kai-shek alzó los hombros y el Omoto Pérez se tapó la cara como si fuera a él a quien le dolieran las astillas de vidrio. Raulito quiso sacar el brazo y entonces hundió todavía más el vidrio en la carne. Dio un alarido.

—Nunca había escuchado a nadie gritar así —dijo Eliana—. Nunca. Qué espanto.

Álvaro se acercó y su hermano lo detuvo. Pidió que se levantaran del sofá de colores y cogió una de las mantas. Fue Arango

el que cogió la cafetera de metal, se acercó hasta Raulito y rompió el resto del vidrio que no se había separado del marco hasta liberarlo. Rogelio le indicó a Álvaro que pusiera la manta de base para el brazo de Raulito y empezó a extraer, con la punta de los dedos, preciso, como si sacara las velas de un pastel, los trozos más grandes de vidrio. Fíjate qué curioso, Raulito, la sangre salía como si fuera un río espeso desbordándose. Fue cuestión de unos segundos apenas, pero me acordé de Landor. No mames, Ñato, yo ahí con el brazo hecho mierda y tú pensando en la clasecita de pintura. Bueno, no fue exactamente en Landor, sino en los cuadros sobre los que habló en su conferencia. Había dicho que no se veía una gota de sangre en *La lección de anatomía* de Rembrandt, ni en un cuadro de Simonet, *La anatomía del corazón*, y en cambio tú, allí en medio de los vidrios rotos del Patio de los Cristales, eras un solo manar de sangre. Y era de un rojo que me sorprendió: espeso, oscuro, con unos brillitos que seguramente eran los focos reflejándose en el líquido de la sangre. No sigas, Ñato, que me va a dar náuseas. Lo que pasa, Raulito, es que allí me di cuenta de que nunca iba a pintar con el rojo si es que algo no se cortaba y rompía. Sobre todo si no era mi brazo, cónsulgüevonazo, y dime qué pasó después. Nada, que Rogelio, después de sacarte los pedazos más grandes de vidrio, te envolvió el brazo sin presionarlo y nos fuimos volando a Emergencias. Te atendieron de inmediato y te cosieron bien, si no te habrían dejado unas marcas horribles. Mírala ahora, Abu, es una manchita blanca entre los vellitos, parece una culebrita. Dale con lo mismo, viejo, no se parece a ninguna serpiente. Te estoy jodiendo, Ñato, ríete un poquito. Además, no te me hagas el loco, que no me dijiste cómo fue que Laura llegó esa noche.

—Dejamos de ser amigas mucho antes de que me cambiaran de colegio —dijo Eliana—. Y la verdad es que el Colegio Americano no estaba mal. Había pendejitas como en todas

partes. Los guambras se portaban mejor. Y el asunto no es ser burgués, sino querer dejar de serlo sin dejar nada atrás. Tu querida pintora, Araceli Gilbert, tuvo que dejarlo todo, ¿no? Hasta Raulito, con sus borracheras eternas, deja atrás la sobriedad, la vida normal. ¿Tú que dejas atrás, Álvaro? Sigues viviendo en la casa de tus padres, sigues en el mismo barrio, vas a las mismas fiestas. Como si estuvieras a la espera, en una pasmada espera. Y al final no te irás a estudiar fuera. Te da miedo, ¿no?

Te provocó, Abu, te estaba midiendo, yo también pensé que no te ibas a marchar con las largas que dabas.

—No tengo miedo —dijo Álvaro—. Sólo me intriga saber por qué Araceli Gilbert terminó por volver.

—Búscala y pregúntaselo —dijo Eliana—. No será la única pintora que se ha ido de este país. Y no entiendo tu manía con su cuadro sobre el músico de *jazz*. Lo habías visto con Raulito, ¿no?

Recuerda que me prometiste que me lo ibas a describir.

—¿Te prometí eso?

—Síp —dijo Eliana—. Hace un par de semanas.

De lo del cuadro también me acuerdo, Abu, y clarito. ¿Ya ves que no está todo perdido, Raulito, ves que algo recuerdas? Cómo quieres que me olvide, Abu, si tengo colgada en mi cuarto la reproducción enmarcada que me regalaste. Ahora te ríes y te haces el pendejo, Raulito, ¿no? Puta, mi hermano, es que a veces me lo pones pintado para tomarte el pelo. La verdad es que sí que me acuerdo. Es extraño esto de mi memoria: de algunas cosas no recuerdo nada, en especial de las más recientes. Otras aparecen medio borrosas y no sé si las confundo con un sueño. Hay otras que pueden haber ocurrido junto a las que he olvidado, y sin embargo las recuerdo con nitidez. Del cuadro de la Gilbert lo que más recuerdo es la cara que tenías cuando lo viste en la exposición, Abu. Te quedaste hechizado,

parado allí más de una hora y yo me tuve que resignar dando vueltas como un tarado hasta que salieras del trance. Fui un desconsiderado, Raulito. Tampoco te preocupes tanto, Ñato, que a este paso puede ser que el año que viene ya ni me acuerde. Entonces yo te haré acuerdo, como siempre. ¿Vendrás entonces a pasar las vacaciones del próximo año, Ñato? Puntual como siempre, viejo, y volveremos a comer las tripas del parquecito de La Vicentina y hacer otra caminata de bajada como esta y recordar lo que te hayas olvidado. Prométeme que antes de que te vayas iremos a Papallacta. Tengo ganas de respirar el aire de Papallacta, bañarnos en las termas, tocar los árboles de papel, y habría que decírselo también a Tania para que venga, que siempre me habla de las termas. Iremos, Raulito, iremos sin falta, y nos bañaremos en las aguas termales, te lo prometo, y Tania vendrá con nosotros.

—El *Réquiem por Sidney Bechet* es un lienzo horizontal, un gran panel tendido —le dijo Álvaro a Eliana—. Está atravesado de arriba a abajo por líneas verticales de tonos azules, grises y blancos. Esas líneas dan la sensación de que avanzan de izquierda a derecha en un ritmo irregular y sinuoso, como si alguien las hubiera movido, hasta que entra, fulminante, una discretísima línea roja que se quiebra un poco más alla de la mitad. Esta línea sirve de límite o frontera. Pero es un límite o frontera absoluto. Luego viene una extensión plana de color negro que ocupa el tercio restante del cuadro.

Álvaro, aprovechando que Raulito estaba vigilando que nadie lo viera, rozó con el dedo la línea roja: era suave y tan fina en contraste con las demás líneas. Por un momento creyó que estaba tocando la cuerda de una larga guitarra de una sola cuerda. Lo supe mucho después, Raulito, era el *arbre harmonique* quebrándose en el punto del *caellum stellatum*. Araceli Gilbert había estudiado hasta el menor detalle. Esa línea roja parecía la última

nota sobre el pozo de sangre de la muerte de Bechet. Otra vez me estás hablando en chino, Ñato, qué manía erudita la tuya. Es que pensé, Raulito, si ése era el color prohibido para la carne cruda de la muerte. ¿A tanto debía llegar el artificio para simular lo real?

—Además, Eliana —continuó Álvaro— imagina el momento iluminado o arbitrario o hasta inconsciente en que la Gilbert se dio cuenta de que era el único color posible para añadir en la progresión de su cuadro, el límite último antes de pasar al amplio segmento negro y silencioso de la muerte de Bechet.

Con su dedo sobre la foto del cuadro, Álvaro trazó el recorrido de las líneas verticales de izquierda a derecha. Le pidió a Eliana que observara cómo se distorsionaban esas líneas a medida que se avanzaba hacia a la derecha, hasta que irrumpía la línea roja, *esa línea roja*, como una herida chillona. Luego venía el silencio negro de la muerte. ¿Y lo vio bien Elianita, Abu, entendió el cuadro?

—Lo veo —dijo Eliana—. Tienes razón.

Lo vio mejor que nadie, Raulito, porque me dijo que debía marcharme de Ecuador sin demorar tanto, y me lo dijo con una claridad que nadie tenía conmigo por temor a entrometerse o por temor a perderme, como mi vieja. Rogelio no me lo iba a decir nunca porque él estaba pensando en regresar. Yo sólo veía dificultades, e incluso antes de marcharme pensaba en mi regreso. Qué cojudo, ¿no, Raulito? Cojudísimo, Abu. Fíjate que yo le preguntaba a Eliana por qué había vuelto Araceli Gilbert. ¿Por qué ella no se había quedado en Francia como lo había hecho Bechet? Nada la rechazó en París, nadie la deportó como a Bechet. Volvió como volvería Rogelio medio año después. Ella no tenía nada pendiente como lo tuvo el músico norteamericano. El exilio había cumplido su higiene y no era un camino de dirección única.

—No te atormentes con la pregunta —dijo Eliana—. Márchate de una vez y punto.

Y te marchaste, Ñato. Fue un año después, Raulito, luego de pasar días y noches caminando por las calles de Quito, contigo o con Elianita, incluso a veces con mi hermano Rogelio, sobre todo a solas, como si estuviera esperando que asomara a la vuelta de la esquina una razón por la cual debía quedarme, un pretexto que me mantuviera atado, que me sujetara firmemente, que me diera la posibilidad de enfrentarlo y decir estoy luchando o no estoy luchando, me ha vencido o he vencido. No encontré ese pretexto en ningún sitio porque no había pretexto, sino algunas personas como tú, mi vieja, Eliana, y Rogelio cuando finalmente volvió. En realidad nada me ataba. O era peor todavía: lo que me ataba era estar a la espera de una razón para sentirme atado. Como si necesitara un fantasma para justificar mis postergaciones de lo que realmente quería hacer. Y allí fue cuando reaccionaste, Ñato, te casaste con Elianita y te fuiste a París. Eso mismo, Raulito, ¿ves que sí te acuerdas?

2

Debieron ver tan insignificante e inofensivo a Landor, con su rígida maleta de cuero, el lienzo embalado del retrato de Dora Lerner a medio terminar y la cámara Zorki cargada al cuello, que la Policía le concedió un mes de permiso sin preguntarle nada más luego que él explicara las razones de su viaje. En su maleta, además de la ropa, llevaba un pequeño diccionario francés—alemán, varios pinceles y sus cuadernos. Llevaba sus materiales para terminar ese retrato de Dora. Sólo haría una visita al gabinete de pintura flamenca del Louvre, para la que había preparado una lista de los cinco pintores que deseaba ver: Rogier van der Weyden, Quentin Metsys, Mabuse, Patinir, aparte de Durero por su autorretrato. El resto de París le resultaba prescindible.

En el tren, viendo cómo cambiaban los paisajes y al recordar la marcha de Dora Lerner, Landor pensó que las modelos, las personas, las casas, las ciudades, los países, todo estaba orientado a perderse y desaparecer. La realidad era inestable por más que diera una apariencia sólida, incluso aburrida. El artista era consciente de esa fugacidad, de que la tierra finalmente siempre se estaba moviendo bajo sus pies, y lo que hacía era adelantarse a la muerte. No sólo era imposible que sus modelos se mantuvieran quietos durante horas cuando los retrataba, sino que era propio de ellos estar siempre de paso, casi la razón misma para que fueran retratados. Pensó que los rostros y los cuerpos

que el mundo considera inmortales en las pinturas casi nunca son los familiares y amigos. Si al artista le interesa más lo real, o mejor dicho, le interesa más el modelo, entonces deja de ser un artista y se convierte en un amante. Para el amante la única obra posible es sobrellevar la degradación, la muerte y el olvido, y no se da cuenta porque como avanza con su ser querido, no percibe los cambios. A veces lo intuye y busca alguna forma de perduración: le toma fotos, le levanta monumentos o pide que le hagan un retrato. Éstos eran los que le habían dado más trabajo a Landor cuando empezó a estudiar pintura. Recordó el caso de una mujer joven que iba a regalarle a su marido un cuadro de ella desnuda. Se lo pidió con pudor y él accedió a hacerlo a un precio bastante bajo. Terminó el cuadro rápidamente, en parte por la enorme timidez de la mujer y por el frío que tenía en su estudio. Se lo entregó, ella le pagó y se fue como si hubiera cometido un delito. No supo más de ella. Pensó mucho en ese caso. Suspendido en el tiempo, el ser retratado pareciera sobrevivir y salvarse. Eso era lo que anhelaba la mujer: detenerse para siempre bajo la mirada de su esposo. El efecto resultó siendo el contrario. Años después la obra sería vista como un recordatorio de su envejecimiento, y el cuadro terminaría ocultándose bajo llave. Sólo quienes siguieron vivos tras la muerte de los amantes entenderían el retrato de la mujer desnuda como una muestra de su belleza.

En sus clases, años después, Landor fijaría alguna de esas reflexiones. Diría que los retratos de familiares y amigos de los grandes pintores eran excepciones que apenas servían para ilustrar anécdotas de sus biografías, no eran obras maestras. Las mejores, las más perdurables, se inspiraban en figuras de paso. Esto, añadiría Landor, revelaba que el artista hace de su obra un absoluto y deja a los modelos en su condición pasajera y relativa, aunque ese modelo fuera un macizo montañoso o el

propio rostro del artista. ¿Qué versión del monte Saint-Victoire de Cézanne o qué autorretrato de Rembrandt, de los tantos que hicieron, es el definitivo? Ninguno, respondería Landor. Incluso la suma de cada uno de esos cuadros hace más palpable su limitación parcial y deja incólume el objeto perseguido que sigue su marcha irreversible. Si queremos lograr la obra hay que observar a fondo la realidad y luego darle la espalda. Lo repetiría siempre. Por eso llevaría al extremo lo que quería decir. Para una clase práctica, en vez de una modelo desnuda en medio del taller, develó un costillar de ternera sangriento que había encargado a una carnicería. El reto era pintarlo todavía sangrante. No se podía perder el tiempo para captar ese esplendor de la sangre en sus últimos minutos, antes de que la sangre coagulara y la carne perdiera su brillo. Al cabo de las dos horas, con los cuadros a medio terminar, ninguno de los alumnos preguntaba por el costillar.

Aquellas primeras ideas que lo llevarían a esa entrega radical para entender que el mundo se movía irremediablemente hasta en sus bases más firmes, las pensó en ese tren. Se apoltronó en su asiento de segunda clase y se durmió.

De la noche a la mañana

Diez días después —cuando Landor ya se había instalado de visita en la casa de su amigo y estaba perplejo por lo que le estaba pasando en una ciudad que nunca buscó, de la que nunca esperó nada y de la que iba a marcharse en tres semanas— en Berlín se levantó, en una sola noche, una alambrada de ciento cincuenta y cinco kilómetros que rodeó el aréa de control soviético de la capital alemana. Ese muro, del que se dijo que iba a ser provisional y que luego pareció eterno, duró veintiocho años. Aún así

el mundo lo llegó a olvidar. Pero no Landor. El Muro de Berlín separó su pasado de su futuro en el mismo instante en que su vida cambiaba para siempre.

Nada ocurrió como lo tenía previsto. Cuando llegó a París, Dieter no lo estaba esperando en la Gare de l'Est. Apenas se bajó del tren tuvo la sensación de estar en un lugar indescifrable y amenazante. Las mujeres llevaban sombreros muy diferentes entre sí, vestían en tonos blancos y pasteles, con estampados florales en gasas flotantes que pretendían hacerlas etéreas y más bien asentaban las curvas del cuerpo. Los hombres eran más uniformes y rígidos. Las americanas y los pantalones con pinzas variaban del mostaza al azul y al marrón. Las combinaciones de hombres y mujeres, y la prisa con la que caminaban, como si huyeran de un sitio a otro, no daban tiempo a Landor para asimilar los contrastes. Un puesto de periódicos se desbordaba de ejemplares de diarios y revistas que la gente compraba al paso, sin ver al vendedor, ansiosos por volcarse a esas páginas en las que su atención no se centraba en informarse sino en rastrear un dato concreto, una pista o una señal. Lo encontraban, plegaban el diario y seguían. Nadie miraba a nadie. Incluso quienes se reencontraban luego de un viaje, luego de meses o años sin verse, inmediatamente después de manifestaciones más o menos efusivas de abrazos y besos, se dejaban arrastrar por ese flujo donde sus conversaciones los blindaban de los demás aunque igual de presurosos y huidizos.

Se cansó sólo por el ajetreo de esa corriente humana. Pensó en una cascada horizontal, en un río torrentoso, y él en la orilla, firme. Sin embargo, se dejó llevar, dio unos pasos mirando a un lado y a otro, alzando el cuello para ser notado, buscando a Dieter, que debía asomar por encima del resto. No lo vio. Siguió avanzado, pasó bajo uno de los arcos, vio la intensa luz del ajetreo de la ciudad allá afuera y la que caía de la arcada vidriada y

tuvo un súbito deseo de no salir. Miró hacia atrás por si andaba por allí su amigo. Tampoco estaba. Levantó la mirada hacia la vidriera arqueada del vestíbulo. En la base misma de la vidriera había un cuadro monumental. Fue como un alivio. Mientras a su lado la gente pasaba deprisa, en el cuadro se había hecho la quietud. De espaldas a la salida, como si no quisiera todavía sumergirse en la ciudad, Landor se quedó mirando ese cuadro enorme que estaba puesto, en realidad, no para ser visto por quienes llegaban como él, sino por los que partían.

Le Départ des poilus

En el gran cuadro se veía un tramo grande de un vagón de tren y luego el inicio del siguiente. Había muchas personas. Landor iba de extremo a extremo del cuadro. Había una columna a la izquierda. Y un tumulto. El pintor no había querido retratar toda la estación, sino únicamente ese pequeño espacio en el momento de la despedida, con la gente reunida minutos antes de que partiera el tren. Landor calculó que debían estar retratadas unas cincuenta personas entre figuras de cuerpo completo a rostros asomándose en las ventanas o desde el interior de los vagones. Al principio no distinguió si el tren se marchaba o estaba llegando. La gente se daba abrazos, había niños jugando, un soldado vestido de azul que sostenía un bebé en brazos, y en medio de todo un hombre de camisa blanca con tirantes que abría los brazos y sostenía con la derecha un rifle con flores en el cañón y con la izquierda un sombrero. Buscó los ejes del cuadro: a la izquierda la vertical de la columna, en medio aquel hombre con la camisa blanca y a la derecha la vertical del espacio vacío entre un vagón y el otro. El cuadro avanzaba de lo sólido, la columna, al cuerpo humano y luego se convertía

en el vacío del intersticio. Señal trágica, pensó. No llegan, parten. Van hacia la disolución y el vacío.

Sin embargo, a pesar del mal augurio que parecía señalar ese cuadro, ver la escena detenida en medio del ajetreo de la gente en la estación, lo calmaba. El cuadro debía tener unos diez metros de largo y por lo menos cinco o seis de alto, calculó Landor a simple vista. Se dio cuenta de inmediato de que nadie más que él lo veía. No tenían tiempo para fijarse en ese cuadro o les resultaba indiferente. Landor volvió a su pensamiento del viaje: dónde estarían esos modelos, en quiénes se habrían inspirado. Por la ropa parecían de cuarenta o cincuenta años atrás, sobre todo las mujeres. No podía interpretar el cuadro en su sentido histórico. Eso no le interesaba tanto ni le preocupaba. Se apoyaba más bien en la misma tensión del cuadro, que tiraba el recorrido de la mirada hacia la derecha. Con el tren quieto, con los personajes detenidos, era la acumulación de personajes, al mostrarlos en simultáneo, lo que imponía a los ojos el movimiento. Había destreza académica del pintor. De no haber sido por el personaje central, un eufórico hombre de camisa blanca con los brazos abiertos que empuñaba el rifle con las flores, pensó que habría sido una obra más efectiva. El cuadro parecía decirlo todo, y seguramente dijo todo en su momento, ahora parecía no decir más que la emoción de la despedida o la llegada. Todo lo que podía indicar su tiempo exacto y sus biografías ya no decían nada y hasta cierto punto no importaban porque el pintor había querido revelarlas. Sí, debía tener varios años ese cuadro, décadas seguramente, y sólo servía para calmarlo frente a la bulla de la gente. No servía para nada más. Simplemente retrataba otro tiempo, un tiempo remoto. Pensó que en ese cuadro debía haberse eliminado a la gente, fuera esos cincuenta modelos, y dejar únicamente el tren y los objetos dispersos por el suelo, de manera que la

pregunta ya no era si llegaban o se estaban marchando, o saber de dónde venían o a dónde iban. Esa era la intriga histórica. Sin los personajes, con ese tiempo más bien frío de la máquina del tren, que daba un espectro un poco más amplio, el cuadro habría sido una interrogante de otro tipo. El espectador se habría preguntado: ¿dónde está la gente? O mejor todavía, sonrió Landor: ¿soy yo quien entra en el cuadro? Sin gente se habría visto más a esa misma gente, y el cuadro podría hablar a distintos tiempos, porque en cada uno de ellos se habrían imaginado reflejados. Recordó cómo celebraban alguno de sus compañeros, el berlinés incluido, las *Metrópolis* de Otto Dix y George Grosz, y que a él no le parecían nada interesante, meros alardes cinéticos donde se descuidaba el tratamiento de los personajes por querer abarcar demasiado. Dix y Grosz habían seccionado sus cuadros con puntos de fuga o con un tríptico. No sabían captar lo inamovible, desesperados por ir al ritmo de su tiempo. Para ellos había desaparecido la inmovilidad de los hombres, su firmeza, estaban más preocupados en reproducir las vibraciones del movimiento, lo que era una paradoja esencial frente a la pintura, que trabaja sobre lo inmóvil y lo silencioso. Para Landor, en cambio, era necesario detenerse para quitar la veladura de la prisa. Quizá en eso radicaba lo que había constatado en pintores más cercanos a su generación, que admiraban a Dix y Grosz, pero que ya no podían pintar conjuntos de decenas o cientos de personas. Esto no significaba una calma en los retratos individuales o de parejas. Más bien era lo contrario. Los retratos individuales se habían vuelto imposibles, inalcanzables, y el pintor no retrataba sino que saturaba, destruía, reventaba el contorno. Los retratos vibraban como si los estuvieran sacudiendo brutalmente, con los pies atados al mismo sitio. Él no quería que vibraran: quería fijarlos. Y qué mejor manera de fijarlos que eliminarlos por completo.

Si los demás estaban reduciendo personajes, él los desterraría por completo. La pintura debía ir más allá de esa servidumbre del retrato, de la figura humana. El berlinés lo había dicho: para qué quiero retratar a una mujer si la tengo delante. La pintura, su pintura, debía retratar algo que no pudiera abrazarse ni tocarse. Una oscilación de luces y sombras compactándose como un volumen escultórico. Llegar a esa ausencia le exigía pintar con la máxima precisión a los hombres, y así eliminarlos dejando el hueco de su ausencia. Como había empezado a sospechar con su experiencia de los modelos, más que una oportunidad eran un estorbo, una especie de cortina que se agitaba, espesa y con miles de pliegues, recubriendo a un personaje mucho más valioso, menos trepidante, con otra verdad: los objetos, los paisajes, los monumentos, incluso aquéllos que había levantado ese ser apresurado en el que se había convertido el hombre. Landor entendió que no sólo sus modelos debían permanecer inmóviles sino que él mismo debía volverse inmóvil: desaceleraría sus pasos, se tomaría su propio tiempo, de tan lento que iba a marchar el mundo creería que se había quedado inmóvil. Tenía que ir más atrás de su generación, y de las anteriores, más atrás de Dix y de Grosz, retomar el tiempo detenido de los holandeses y flamencos. Estos últimos habían encontrado una técnica para suspender los pigmentos en ámbar. Era como congelar el momento enloquecido de las partículas de la luz para detener su órbita. No era la verdad real, pero permitía verla.

Recordaría siempre ese momento porque marcó la diferencia de ritmo entre su tiempo personal y el de los demás. El mundo se había desatado y marchaba más rápido. Él no estaba dispuesto a seguirlo. No porque no quisiera sino porque no podía. Su medida frente a las cosas era la de sus notaciones pictóricas. Pensaba que era imposible retratar ese ritmo, más propio de un pintor de batallas. El cuadro desconocido de la Gare de

L'Est era mucho más sereno, aunque incurría en lo mismo: demasiados hombres en el lienzo.

Una foto al pie del cuadro

Quiso acercarse para ver si, a pesar de la altura del cuadro, podía distinguir la firma del pintor o encontrar una placa explicativa.

Se le interpuso un pequeño sombrero negro que le cortaba el paso. Era un sombrerito plano, sin ala, como una cajita de pastillas. El sombrerito ceñía una melena rizada de un dorado de jarabe de maíz. Le llamó tanto la atención ese encarcelamiento de los rizos dorados bajo el sombrerito negro, que no se escuchó que le estaban hablando. En realidad, lo habían visto hacía un buen rato y recién la chica se animó a hablarle.

—Te distraje del cuadro —sonreía ella—. Es de Hertet. Un clásico de la estación. Se titula *Le Départ des poilus*.

Landor se hizo un poco para atrás para ver quién le hablaba. La escuchó preguntarle su nombre y dijo que sí, que era él, y no se le ocurrió añadir nada más que decirle que ese sombrerito la estaba encarcelando, que era innecesario. Ella abrió los ojos, como sorprendida de que le hiciera un comentario tan directo y espontáneo. Se lo quitó y saltaron todavía más los rizos, agitándose a la manera de resortes. Era como si él mismo se aliviara. Fue ella quien se lo agradeció:

—Yo también lo pensé —dijo ella en un alemán claro y sereno—. Sabía que el sombrero no me quedaba bien. Me costó el sueldo de una traducción. Maldita moda parisina.

—¿Qué son los *poilus*?

—Así les decían a los soldados de la primera guerra mundial. Los valientes. Ustedes dirían *behaart,* ¿no? Ese cuadro es pura demagogia sentimental.

—¿Por qué?

—Esa cosa heroica. Demasiado simple. Un homenaje de Hertet a su hijo, que murió en la guerra. ¿Tienes más equipaje o *c'est tout*? Si no quieres que te ayude con la maleta, entonces dame el cuadro.

Él le entregó el cuadro embalado. *C'est tout*? Recién entonces se dio cuenta de que ella le había estado hablando en alemán, ni siquiera lo había pensado. Era un alemán ultracorrecto, del que era imposible reconocer su origen hasta el momento que saltó al francés. *C'est tout*? Debía ser suiza o alsaciana. Algo en los ojos de ella parecía escrutarlo a fondo, como si lo hubiera calado en su aturdimiento y le dijera que no debía preocuparse.

Ella se presentó, le dijo que se llamaba Magdalena, y se disculpaba de parte de Dieter porque había un imprevisto en la imprenta y no había podido venir a recogerlo. Ella lo llevaría hasta su estudio, donde su amigo les daría alcance. No estaban muy lejos, sería un paseo de veinte minutos. Landor asintió sin pensarlo mucho, más bien volcado a mirarla para entender quién le hablaba. Ni siquiera había retenido su nombre. Se lo había dicho tan rápido que el bullicio no lo dejó escuchar bien. En los ojos de la chica, que parecían abrirse al sentirse observada, vio que estaba inscrustado un enigma que debía resolverse sin demora. ¿De dónde era esta chica? Como ella no se movía, a la espera de que él se pusiera en marcha, se la quedó observando con la misma fijación que aplicaba a las modelos en el taller de la Academia. Ella llevaba un vestido negro de una sola pieza, con forma de trapecio, estampado con grandes bolas de color lila, y con los hombros desnudos.

Magdalena tenía diecinueve años.

—Espero que al menos el vestido sí te guste —dijo—. Si te gusta te dejo que me tomes una foto con ese armatoste que llevas al cuello.

Landor agachó la cabeza y miró su cámara Zorki.

Puede ser española o italiana, pensó. Ni siquiera se atrevió a preguntarle de dónde era. Quiso volver al cuadro de Hertet porque nunca había escuchado a una chica dar una opinión tajante sobre un cuadro, ni siquiera a las pocas compañeras de la academia de Dresde. Sobre todo sintió que no quería salir de la estación, no todavía. Agarrarse del cuadro de Hertet era una manera de demorar la salida a esa ciudad grande e intimidante. A medida que avanzaron hacia el cuadro, escuchó crecer el rumor de la calle invadiendo el espacio protegido de la estación.

Magdalena le indicó la firma en la esquina derecha. Landor pensó que si los *poilus*, en el cuadro, habían partido a la Gran Guerra, él, en cambio, llegaba, dos guerras mundiales después. Volvió a pensar en los titanes: la Gran Guerra fue el comienzo del exterminio de los titanes. La Segunda fue la que acabó con ellos. Él era el resultado: hombres pequeños errando por el mundo.

—Ahí lo tienes —dijo—. Claro y legible: Albert Hertet. Ningún enigma. Y el nombre está justo debajo del anciano de rostro compungido, con la mano al pecho, que sostiene alicaído el ramo de flores. Ése es Hertet.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Después sabría Landor que Magdalena había venido desde Buenos Aires dos años atrás para estudiar Historia del Arte. Luego del primer año dejó estos últimos estudios y se dedicó a la historia y la crítica de arte. Sabía alemán por su madre, hija de un diplómatico alemán que había sido embajador en Chile y Argentina. La madre se había casado en Buenos Aires con el padre de Magdalena.

—No me gusta el realismo —dijo ella—. Es una pintura de otro tiempo.

Mal empezamos, pensó Landor.

—Te voy a tomar una foto al pie del cuadro —dijo.

Él se hizo para atrás y ella se sostuvo las manos sobre su vientre con el rostro risueño, como burlándose de posar y asentir a las indicaciones que le daba él de que se moviera un poco a la derecha, otro poco más, listo, y que levante la barbilla, no tanto, que la baje, así. Estaban listos. Landor enfocó la cámara y tomó la foto justo cuando Magdalena arrugó la nariz y sacó la lengua.

Señor Landor

Landor se detuvo bajo la última arcada antes de salir. El sol de agosto reververaba sobre la explanada frente a la estación, refulgía en los retrovisores, en las placas metálicas de los autos, en los espejuelos de los peatones, en las hebillas de los cinturones de las mujeres. Los destellos y la vaharada de calor lo frenaban. Pero no era eso. Más bien era una sensación fatalista, de que hizo mal por haber venido, que no le esperaba nada bueno y que lo mejor sería regresarse lo antes posible una vez que cumpliera con su visita a Dieter.

—*Allez!* —le dijo Magdalena.

Ella había seguido caminando. Volteó a mirarlo. Y cuando lo vio detenido, se tapó la cabeza con el cuadro embalado y se acercó donde Landor.

—¿Has olvidado algo? —le preguntó.

—Estoy un poco cansado —dijo Landor—. No me imaginaba que haría tanto calor. Me voy a quitar la chaqueta.

Magdalena se adelantó a lo que quería decir él. Siempre lo haría, era su costumbre, como si tuviera la capacidad de anticipar o aclarar lo que les pasaba a los demás.

—Dieter me dijo que es la primera vez que sales fuera de Alemania. A mí también me sorprendió cuando llegué a esta ciudad. Me habían dicho que no duerme. Y es cierto.

—Ninguna duerme hoy en día —dijo Landor.

—Esta ni siquiera se sienta a descansar, ni hace siestas, ni nada. A veces puede ser una pesadilla.

Landor se fijó en el cuadro que ella usaba para cubrirse.

—Perdona si uso tu cuadro. El sol quema. ¿Es algo en especial que estás pintando?

—Es el retrato de una mujer —dijo.

Magdalena abrió los ojos, risueña:

—¿Tu novia?

Se bajó el cuadro de la cabeza y lo cogió con las dos manos, como si simulara evaluar el retrato aunque estuviera cubierto por el papel de embalaje.

—Más bien la de Dieter… O eso creo. Se llama Dora Lerner.

La alegría se esfumó del rostro de Magdalena.

—*Quelle connasse!* —murmuró, y no se preocupó por traducírselo.

Volvió a protegerse del sol tapándose con el cuadro.

—Pero no te quedes allí, *señor* Landor. Que no me quiero derretir al sol. *Allez! Allez!*

Le había dicho así, no *herr* Landor, ni *monsieur* Landor, sino *señor* Landor, en español. Esa tarde soleada del 3 de agosto de 1961, ella lo había llamado de la misma manera con la que lo llamaría los siguientes cuarenta y ocho años.

En las puertas de Barbadrac

Cuando llegaron a la imprenta, Magdalena lo advirtió de inmediato. La puerta estaba abierta. No se veía a nadie en el interior

Landor no entendió por qué ella se detuvo. El sol caía en picado y él sudaba por la camisa interior que llevaba puesta y la caminata que resultó más larga de lo que había previsto. Como una corriente de aire frío salió Zdeněk. Se frenó a raya casi sin querer verlos, sin saber cómo esquivarlos, pasándose un paquete de un brazo al otro. Magdalena se hizo a un lado y le preguntó que ocurría y Zdeněk meneaba la cabeza diciendo *katastrofě, katastrofě*, y se fue por la acera apretando el paquete bajo el brazo. Landor lo vio alejarse mientras Magdalena entraba en el silencio de la recepción de Barbadrac.

—Es raro —dijo Magdalena—. Siempre está lleno de gente.

Se acercaron al despacho donde debía estar Dieter con Jêrome. No había nadie. Ella le explicó que ése era el lugar donde trabajaba su amigo. Él recordó la descripción que le había hecho en las cartas. Allí estaban los dos tableros. Al fondo, el de Jêrome. Cerca del tabique que daba a la recepción, el de Dieter. Todo era más pequeño de lo que había supuesto. Se amontonaban cajas cerradas en una esquina, un tubo de papel estaba apoyado contra una columna, las paredes a tope de hojas sueltas fijadas con tachuelas, fotos, folletos, pequeñas notas, y en medio de ese magma de escritos un mapamundi que parecía un jardín entre la selva impresa y recortada. Pasaron al despacho de Milos. Tampoco había nadie. Magdalena regresó a cerrar la puerta y le dijo a Landor que a lo mejor estaban en las prensas. Avanzaron por el pequeño pasillo que se abría en la esquina derecha de la sala de recepción. Pasaron los baños, la pequeña cocina y luego un patio interior que separaba los dos espacios del local. Cuando se acercaron a la puerta de las prensas, escucharon una voz. Magdalena dijo que era Milos. Se detuvieron un momento en la puerta. No fue necesario que ninguno dijera nada para quedarse escuchando lo que conversaban allá adentro, como si la entrada vacía, la carrera de Zdeněk y su lamento hubieran impuesto una

cautela a la que ambos obedecían. La voz de Milos se entrecortaba, retomaba la misma frase, se alejaba. Seguramente hablaba dando vueltas sobre sí mismo.

—Esto no es culpa tuya… —dijo—. No es culpa tuya. No tienes nada que ver. Nadie, ninguno de nosotros tiene nada que ver. Y no tenemos nada que ver aunque no hayamos podido darnos cuenta.

Landor se aproximó a Magdalena para escuchar mejor. Ella volteó un instante el rostro y lo miró de cerca. Él percibió cómo los rizos del pelo de Magdalena se plegaban con algo de resorte que refrescaba el aire, lavándolo. ¿Cómo podía estar ella tan fresca y él sudando como si la humedad del mundo se hubiera concentrado en su tórax, en su frente, en la nuca? Ella lo miraba pero no lo veía. Escuchaba lo que decían adentro. Se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio y alzó las cejas. Landor sintió el aliento tibio y dulce de Magdalena. Asustado, se corrigió preguntándose qué le pasaba, que era esa complicidad tan súbita que la deslenguada muchacha del sombrerito le regalaba como si lo conociera desde siempre.

Ella se volvió hacia donde venía la voz de Milos y él, como si hubiera dejado de escuchar lo que hablaban, percibió, abriéndose camino entre el perfume de Magdalena, una especie de suave humo de su cuerpo. No sabía cómo describir la fascinación que le producía su olor, no le daban las palabras para precisar esa tibieza fresca de sentirla tan próxima. No era el lenguaje el que articulaba sus percepciones, sino las imágenes, los colores que había visto con figuras sin olor, paletas de pintores que le venían a la mente, como si desde lo más hondo fueran las imágenes y los colores los que dispusieran y entregaran las referencias para interpretar sus sensaciones.

Rosa Tiépolo. Eso era, se dijo Landor. Quizás así como olía ella debía oler el rosa pálido de Tiépolo. Había algo más, un

punto de sudor que le daba una acidez dulce, unos finísimos filamentos de limón estrechando un durazno. Sufrió un pequeño mareo que fue corregido por el tono de la voz de Milos, con el mismo acento berlinés que le recordaba a Dieter:

—No quieras entenderlo. Nadie entiende estas cosas. He visto en la guerra a gente matarse de un tiro luego de haber estado contando chistes quince minutos antes… No se puede entender, créeme. No estamos capacitados para darnos cuenta de que los gestos que hacían significaban lo contrario, un pedido de auxilio, un grito desesperado dicho con risas. ¡No! Esa es la tragedia, que no sabremos nunca darnos cuenta. Después decimos la tontería de siempre, que nos sorprende, que no lo esperábamos, que eran de lo más normales. O nos ponemos suspicaces y entonces sí decimos que lo habíamos visto, que algo se notaba, que dijimos una palabra de estusiasmo porque nos dio pena o lo intuimos, y en realidad no dijimos nada. Porque no sabemos ver, Dieter, no podemos ver. Y ellos tampoco. Porque no saben pedir, no sabrían cómo hacerlo y cuando querían pedir parecía que era lo contrario, que no estuvieran esperando nada de nosotros. Lo confundimos todo, desesperados por encontrar una explicación. Así que no la busques. No te tortures.

Entonces sonó ronca, seca, la voz de Dieter, como Landor nunca la había escuchado.

—Yo sólo le había dado el libro.

Milos dio unos pasos. Hacía un sonido parecido a un chasquido de la lengua.

—Pensé que le gustaría —dijo Dieter.

—Es justamente lo que te estoy diciendo. Eso no tiene nada que ver. Nada que ver. Quizá hasta eso pudo haberla animado, darle un aliento. No lo puedes saber… No vamos a quedarnos así, Dieter. No vamos a perder el tiempo. Vas a ver que se va a recuperar. Cuando salga de la clínica la vas a llevar a la playa. Yo

no puedo ir ahora, justamente ahora no. Te llevas mi camioneta y se van a Pornichet.

—Puedo ir en mi auto.

—¿En esa cafetera? Ni lo sueñes. Te llevas mi camioneta. Además necesito que me lleves algunas cajas a Angers y a Nantes, y las dejas de camino. No hay que decírselo a ella todavía. Tendrá que estar un par de días en la clínica y luego se van el domingo. Yo les daré alcance después. Allí va a descansar. Tú también vas a descansar. La llevas a caminar por la playa, que se bañe en el mar, que haga largas siestas. Verás que la casita que tengo allí es muy fresca.

—¿Y los trabajos pendientes? —dijo Dieter.

—Eso no importa —dijo Milos—. Cuando llegue tu amigo, si es tan bueno como me dijiste, te reemplazará durante la semana y luego se queda a trabajar contigo si le gusta.

Magdalena volvió a voltearse hacia Landor, sonriéndole, contenta de saber que le iban a dar un trabajo, y él la miró levantando los hombros, no tenía la menor idea de que esos eran los planes que habían dispuesto para él. No podía pensar mucho tampoco. Ella estaba demasiado cerca. La sentía respirar. Podía sentir la tela de su blusa rozando la insoportable chaqueta de paño que lo estaba asfixiando. Rosa Tiépolo, pensó de nuevo, y al mismo tiempo, como si recuperara por un instante la lucidez, se asustó. ¿Era verdad lo que estaba escuchando? Dieter no le había dicho nada. Ni siquiera le había consultado si le interesaba. Él venía para quedarse un mes de vacaciones, no para trabajar, y luego volvería a Dresde para continuar los estudios de pintura.

—Quizá también ha sido este calor espantoso —seguía hablando Milos en el interior de la oficina—. Todo se junta. Pero no te sigas angustiando, que no vas a ir a ningún sitio. ¿Tengo que explicártelo de nuevo? Es como una maldición.

Aparece una vez y luego se expande como un virus. Dora ya lo intentó antes.

—¿Sí? —preguntó Dieter.

—Sí. Es difícil de contar. Ella no te lo habría dicho nunca. La primera vez fue en Brno, ocho años después de que saliera del campo. Me lo explicó su madre, la segunda mujer de mi padre. Lo hizo con un estilo tan seco como si fuera un parte médico. Ninguna mujer se salvaba, ninguna. Los soldados rusos hicieron lo que querían y ella era una niña ingenua de trece años… Se acabó la ingenuidad y se salvó de milagro… Es la misma condenada historia de siempre. La misma condenada historia de siempre que aunque ocurre tantas veces la seguimos creyendo anormal, monstruosa, injustificada. Pero no para los soldados. Los que estaban en la resistencia se contenían, trataban con mujeres, ellas ayudaban como todos. No los soldados. Eran bestias rodeadas de muerte. O se convertían en bestias por estar rodeados de tanta muerte. No creo que lo pensaran, que lo estuvieran pensando apenas tuvieran una oportunidad. No funciona así. Era al paso, de pronto, como un puro arranque de fuerza, y se sometían a él porque era una manera de sentirse vivos, a más de un coronel le escuché justificarlo. Decía que sus hombres merecían un descanso, que era el infierno estar rodeados de tanta muerte. Lo decían más que con frialdad como una constatación. Qué manera de componerse un escenario, un pretexto para mirar atrás y exculparse. Ni siquiera sentían culpa. Quizá nosotros seamos los anormales, los que queremos que no suceda así. Quizá por eso mismo es peor, porque estamos nosotros, los «anormales», los que queremos evitarlo, y lo convertimos en más grave, más doloroso, en vez de asumir que eso es lo que somos, que es el precio a pagar por tener instinto… Pasan diez minutos, se van y dejan abiertas para ellas las puertas del infierno, un círculo

del que nunca salen. A ratos lo van cicatrizando, lo cubren, lo disimulan… Unos se matan por pensar demasiado y otros matan sin darse cuenta de lo que hacen. No sé cómo podemos resistir tanto, hacer tanto daño, y repetirlo una y otra vez. No lo sé. Y los que sobreviven lo hacen por la pura suerte o la pura obstinación.

—Pero eso pasó hace mucho tiempo —dijo Dieter—. No puede volver así de pronto.

—Es que nunca se fue. Nunca se va. Incluso las mujeres que aceptaban ser la exclusiva del más fuerte, para evitar una cadena enloquecida de repeticiones, ellas, que lo habían elegido, si se puede decir así, no olvidan. Traté a muchas que supuestamente habían elegido y se salvaron. Se habían condenado, Dieter. Ya no eran mujeres normales. Por aquí han pasado algunas, al principio crees que son como indiferentes, como desconectadas de las cosas, como si sobrevolaran por ellas. ¡Apariencias! Están imantadas a lo que les pasó, se rigen por otra medida, como si la realidad que tienen delante las estuviera engañando, esperando el momento para volver a manifestarse lo que sólo ellas saben. Es inescrutable, Dieter. No lo dirán nunca. Hasta que lo dicen de golpe. Ahí está.

Ahora van a entender. Y pasa lo que pasa.

—No lo sabía —dijo Dieter—. Nadie habla de eso.

—¡Cómo van a hablar! ¿Qué se puede decir? ¿Qué mismo he dicho yo? Nada, conjeturas. Tengo que imaginármelo para entenderlo. Hay que ir juntando piedra tras piedra no para armar un muro y defenderlas, sino para recomponer unas miserables ruinas y cuando ya las vemos, ¿qué vamos a hacer? Decir lo que allí estuvo antes. Palabras, Dieter, meras palabras. Las violan en silencio y luego viene un silencio peor y a veces se quedan calladas toda la vida con el grito adentro, ocultándolo, encadenándolo dentro de ellas.

Landor agarró del brazo a Magdalena. Ella giró el rostro y sintió cómo él la tiraba con fuerza para acercase al patio y alejarse de lo que escuchaban. Sólo que en realidad él no la soltaba porque necesitaba sostenerse. Entonces ella lo vio arquearse por las arcadas.

Milos y Dieter se pusieron de pie al escuchar los ruidos del patio. Cayó una silla al piso. La puerta chirrió y salieron a ver lo que ocurría.

Landor estaba de rodillas, volcado hacia el suelo. Una masa espumosa, granulada, salía por su garganta como si una llave a presión se abriera de manera intermitente. Magdalena estaba inclinaba, sosteniéndolo.

Camino a Pornichet

Esa noche, cuando Landor ya se había instalado en el departamento de Dieter al sur de París, en la calle Hyppolite Maindrion, su amigo le explicó que el pretexto para que viniera a visitarlo había sido una mentira piadosa. La obra en la que iba a participar Dora Lerner se estrenaría en septiembre. Él quería que viniera antes, que se marchara lo antes posible de Dresde antes de que cerraran las fronteras. Milos le había dicho que si realmente quería ayudar a su amigo, este tenía que marcharse de Alemania Oriental lo más rápido posible.

—¿Por qué no se lo dijiste a tu familia? —preguntó Landor—. ¿Por qué yo?

Dieter le explicó que su familia jamás se movería de Alemania. Eran mayores, no podían vivir en otro sitio, fuera de su casa. Era imposible. Sólo podía ayudarlo a él. Que viniera a darle una mano, que allí en Barbadrac había trabajo de sobra, que podría seguir pintando y aprendiendo en París. Francia estaba creciendo y el ambiente era bueno a pesar de las noticias de la guerra de

Argelia y los atentados en París. Y también lo había hecho por egoísmo, por tener alguien con quien hablar. La historia con Dora no iba bien y eso no lo podía escribir en una carta. Landor no habría venido. Cuando le dijo esto, Dieter agachó la cabeza, avergonzado. No iba nada bien esa historia. Y no sabía cómo afrontarla. Ella llegaba a Barbadrac sin avisar, algunas veces en las mañanas, muy temprano. O a la hora del almuerzo y le decía que quería ir a comer unas *crêpes* buenísimas que había descubierto al otro lado del parque de Buttes-Chamont. O venía en la tarde y le pedía que la acompañara al cine. Ella le preguntaba cómo iba el trabajo en Barbadrac y él le decía que muy bien, que había muchos pedidos. Eran rodeos que hacía Dora Lerner para terminar preguntándole siempre por Milos. Deberías preguntárselo tú misma, le replicaba Dieter. Y ella se ponía seria, como si le molestara ese comentario. Él entonces cedía y le contaba que no había nada en especial que comentar: que a veces tenía discusiones con los proveedores de papel, que no le gustaba tener que recibir al contable, que se ponía quisquilloso cuando algún cliente venía a reclamarle por los colores de las impresiones, y el resto eran las conversaciones interminables en su despacho, al que Dieter tenía que entrar interrumpiéndolo para mostrarle un diseño concluido o una prueba de las prensas. El trabajo de la imprenta parecía más el de una agencia de publicidad. Los clientes que querían ahorrar o que no sabían a quién contactar les pedían el trabajo, y Milos lo aceptaba. Vio un filón. Dora insistía: ¿no iba gente que le pareciera rara, extraña, no un cliente habitual o un proveedor? Dieter le dijo que no, que nadie le llamaba la atención en especial. Dora se quedaba callada, comía su *crêpe* o entraban a ver la película. A veces Dieter la observaba de reojo mirando la película. Ella estaba con sus grandes y perturbadores ojos de dos colores, abiertos y absorbiendo la luz de la pantalla. Sin embargo, ella no veía. La película tenía un cambio

importante de escenario y personajes, una bajada o subida de la tensión dramática, y ella seguía imperturable. El público se asustaba o se reía y ella fija, con los ojos abiertos. Él le daba un ligero toque con el codo comentándole lo que pasaba en la película, y ella daba un respingo, parpadeando, no le gustaba hablar en el cine, le decía. Luego se desaparecía dos o tres días, y volvía con el mismo ritmo.

Cuando ocurrió el incidente el día de la llegada de Landor, este supo por qué Dieter no había ido a recibirlo. Esa misma mañana Dora Lerner había intentado suicidarse. Nunca supo cómo lo hizo. Magdalena decía que seguramente había tomado pastillas. Landor recién la vio tres días después, el domingo que Milos pasó a recoger a Dieter por su departamento. Landor bajó para despedir a su amigo. Sobre el capote delantero de la camioneta, Milos extendió un mapa y le volvió a indicar a Dieter la ruta por la que tenía que desviar desde la Autopista del Sur. Le repitió lo que ya había escuchado incluso Landor en las oficinas de la imprenta: que fueran a caminar por las salinas de Guérande, que aprovecharan la *pêcherie* que tenía alquilada para tomar el sol y relajarse pescando a la orilla del mar, que se fueran a ver los *paquebots* en el puerto de Saint-Nazaire, que la llevara a visitar el castillo de Nantes. Mientras ellos seguían hablando, Landor vio a Dora sentada en el asiento del acompañante. Ella miraba hacia la derecha, al parquecito al otro lado de la calle. No se iba a quedar allí parado, así que rodeó la camioneta y se aproximó donde ella sin tener muy claro qué le podía decir. Ella siguió mirando al parque hasta que él estuvo al lado de la puerta de la camioneta. Landor la saludó y ella como que no lo reconocía. Fue un silencio incómodo. Lo miraba con sus grandes ojos de dos colores y sólo luego de que él la volviera a saludar, por si ella no lo había escuchado o lo había escuchado mal, ella lo reconoció.

—Viniste finalmente —le dijo.

Landor dudó un instante si decirle o no, si mencionarle que había traído su cuadro inconcluso, si decirle que le gustaría terminar de pintarla. Mientras lo pensaba miró en detalle sus ojos: uno castaño y el otro ligeramente violeta. Se habían opacado. No brillaban. Tenía unas ojeras profundas, el rostro pálido. ¿Cómo pedirle que posara para él? Y sin embargo, allí sentada, sin hacer ni un solo movimiento para saludarlo, sin que él tampoco se moviera para darle un beso, ella estaba perfectamente inmóvil. Hubiera dado lo que tuviera por pintarla así, su perfecta e irrepetible modelo inmóvil, la única a la que no podría pintar nunca.

—Nos vamos —le dijo Milos a Dieter—. Yo iré en el medio para ver cómo conduces mi camioneta y me quedaré en Gentilly.

Milos abrió la puerta de la camioneta y se acomodó al lado de Dora, que no dejaba de mirar el parque.

—Tú coge el Trabi cuando quieras —le dijo Dieter a Landor, y luego le guiñó un ojo triste—. Aunque a Maggie le gusta hacer todo a pie. Y hazle caso, que conoce esta ciudad mejor que nadie.

—Pero no llegues mañana muy cansado a la imprenta —dijo Milos asomándose a la ventana.

Landor los vio marcharse. No era eso lo que él había esperado de su viaje. Nada era como previó. Pero no reclamaba. Mientras la camioneta se alejaba y giraba en la esquina, el mundo empezó a encajar para Landor sin necesidada de forzar nada.

Experto en árboles

Era cierto que decidía poco. Landor estaba contento así. Él sólo aceptaba, y lo hacía como si fuera la única opción. Su felicidad era no esperar nada. Eso ya le parecía una decisión. Se sentía parte de una larga cadena invisible que no le resultaba pesa-

da. Más bien la dejaba ponerse en marcha y mientras menos obstáculos pusiera llegaría mejor y sin problemas. Dieter, en cambio, había forzado las circunstancias. Saldría mal parado, de eso estaba seguro. Esa semana en Pornichet quizá no era una buena idea. Siguiendo la misma estela de sus aceptaciones, quizá Dieter había hecho bien escuchando a Milos. A fin de cuentas, estaría con Dora, podría conversar, la cuidaría. Y ella quizá iría reconociendo en él lo que ya Milos había notado: que sólo Dieter podría cuidarla. Tendrían una semana. Quizá sería tenso el viaje, largas horas de carretera en silencio, con Dieter pensando en el menor movimiento o palabras de Dora, que seguiría rendida en su frágil condición de persona a la que deben llevar, organizarle los días y la calma. Ella no aceptaba. Ése era el gran problema, pensaba Landor, la no aceptación, el querer pulsar los engranajes del mundo con el movimiento inútil de desarmarlos para crear otros, que funcionarían peor, completamente desconocidos, impredecibles, donde era inevitable que el antiguo engranaje, su ritmo, fuera una sombra de la que era imposible deshacerse.

Sonó el teléfono. Se asustó un poco. Se alejó de la ventana del departamento y contestó. La reconoció de inmediato:

—¿Dispuesto a la aventura, señor Landor?

3

Dijo que sobrevivir de esa manera en París no era vida. ¿Eso dijo, Ñato? Eso mismo, Raulito, que era una ciudad de mierda, que no la soportaba, que estaba harta de los turistas, que el metro era sofocante, que todo era carísimo, que nunca salía el sol, y cuando salía era para achicharrarnos y en invierno para hacerles creer que podían ir a las calles pero para volver de inmediato o refugiarse en los cafés, y que los parisinos eran unos sobrados que hablaban como si el mundo se acabara en los límites de las *banlieu*. ¿Pero la Elianita no se moría de ganas de estar allí? Eso fue al principio, viejo, el primer año, si quieres hasta el segundo, no más. El departamento de la rue Lafitte, esquina con rue des Graviers, tenía una ventanita desde la que se veían, a lo lejos, los pinos del *Jardin d'Acclimatation*. Es como si en Europa siempre me persiguieran los parques para que los vea desde mi ventana, Raulito. Por el otro lado estaban los edificios implacables de La Defénse. A éstos no les hacía caso, era como otro París. Me bajaba en el metro de Les Sablons y daba una vuelta por la sinagoga hasta la rue Laffite y entraba a mi departamento como si fuera un refugio y me quedaba allí de lo más contento. Eliana no. Apenas llegó se lanzó a las calles con un furor por ver la ciudad, y me arrastró con ella a bares, bistrots, conferencias, parques y plazas. Se convirtió en un deporte agotador salir a recorrer las calles para darle gusto a sus *flâneries* rastreando los lugares donde había

vivido tal actriz, director de cine, político, músico, filósofo o escultor. Recorríamos hasta las locaciones donde habían filmado sus películas favoritas y otras que ni siquiera conocíamos y que ella buscaba al día siguiente. A veces encontraba lo que quería y otras era como un desencanto. Comíamos muertos de hambre en algún bistrot o nos íbamos a tomar un café a La Coupole porque ella quería encontrarse con alguna personalidad. Sólo había turistas y ancianas con caniches arrullados en sus bolsos, y yo me aburría en La Coupole, y sólo tiempo después, cuando ya había pasado todo mi matrimonio, y llevaba años viviendo en París, en realidad a punto de marcharme, supe que allí, justamente allí, Yves Klein se reunía con sus amigos, ¿puedes creerlo? Te creo, Abu, te creo.

Eliana entró a cursos de antropología y filosofía a la École des Hautes Études, y siempre se iba a las conferencias del Collège de France. El resto del tiempo se encargaba de decorar el departamento con lo mínimo indispensable, siempre compraba flores o se las arrancaba a escondidas del *Jardin d'Acclimatation*, nos turnábamos para cocinar y lo dejaba todo limpiecito que relucía. El departamento que Rogelio había dejado como un nido muerto o descuidado se transformó en un sitio adorable. De hecho, Rogelio casi nació allí cuando mi padre lo compró. Volvimos a Quito para que mi madre diera a luz. De verdad que fui feliz ese primer año, quizá como nunca lo había sido antes, no sólo por la libertad primeriza de vivir solo, bueno, con Eliana, sino porque me parecía una base de operaciones para los descubrimientos que hacíamos. Fue una época buena, había entusiasmo en el ambiente, Eliana seguía al detalle lo que hacía y decía Mitterrand, recién elegido presidente, o traía la prensa para mostrar lo que habían dicho Foucault, Deleuze o Hélène Cixous. Abrir el periódico era para ella una aventura. Además de todo eso, al mismo tiempo, yo aprendí, y no te rías, Raulito,

la importancia y la belleza de un tacho de basura. Espera, Ñato, ahora sí se te fue la olla, no entiendo. Pues que nunca me había fijado en ellos. ¿En los tachos de basura? Exacto. No los tenía Rogelio en el departamento, seguramente porque metía la basura en bolsas sueltas que dejaba colgadas en la manija de la puerta, así que fui yo mismo a comprarlos. Uno era de plástico, el otro de un trenzado de canasta y otro para la habitación donde pintaba. Era la primera vez que compraba algo práctico para mi casa. Quién te entiende, Ñato, hijito de papá y mamá y las empleadas que quería hacer un poema de un tacho de basura. Exactamente, Raulito, sólo que también fue toda una señal: tenía que empezar a botar la basura que había acumulado en la primera parte de mi vida. Eso sí, trabajé mucho, o mejor dicho estudié mucho. Me sumergí en la Escuela Nacional de Bellas Artes y en la carrera de Diseño Gráfico. ¿Recuerdas que fue la condición que me pusieron mis viejos para que pudiera estudiar Bellas Artes, que hiciera una carrera práctica en paralelo? Sí, me acuerdo, e hicieron bien tus viejos en obligarte, Abu. Mi taita, en cambio, cuando le dije que entraría a Bellas Artes le dio un cabreo porque no me iba a convertir en músico como él, y luego ya le dio lo mismo, cuando pudo haberme advertido, porque luego, con mis estudios de pintura, no tuve dónde agarrarme para ganar algo de plata. Ahora te sobra, Raulito, de qué te quejas. No te imaginas lo mal que pasé, Ñato, y si estoy así debe ser por el licor barato que bebí durante años, la mala comida. ¿Y qué pasó con tus dos carreras?

A pesar del agotamiento por cumplir con ambas carreras, Álvaro estaba satisfecho de lo que aprendía. Lo que lo sorprendió fue que las clases en Bellas Artes, de las que esperaba que estuvieran más al día, eran casi tan anticuadas como las que recibía del doctor Ramírez y los otros profesores en Quito, y las de Diseño Gráfico, que recibía en la escuela de artes aplicadas, la Charpentier, del lado de Montparnasse, y a las que estaba resig-

nado por cumplir con el deseo de sus padres, le resultaron más actuales, con estudiantes mucho más despiertos que en la otra facultad. Por suerte una escuela no quedaba lejos de la otra, le requería una caminata de veinte minutos, y a veces la tenía que hacer dos veces al día. Una paliza, Raulito, me iba largo por la Rue Bonaparte y luego seguía por la Ruy Guynemer, bordeando el Jardín de Luxemburgo, que era una verdadera tentación para echarse una siesta en la hierba, si es que no me distraía y me daba la vuelta para hojear las novedades de la librería José Corti, lo que me hacía perder quince minutos más y unos cuantos francos. No me daba tiempo para ir a almorzar a casa y seguir con los cursos. A veces Eliana, que tenía menos clases, preparaba sánduches y me daba alcance en el Jardín de Luxemburgo. Mientras me miraba comer, ella me leía poemas de Prévert, de Guillevic, de Bonnefoy, a veces de algún latinoamericano, como los de Fayad Jamís, que me dijo que me gustaría porque era medio libanés como yo y porque había vivido allí en París y había sido, como decía uno de sus poemas, «un vagabundo del alba». Escucha esto, Abu, decía Elianita, escucha, mira el poema que escribe a partir de una bufanda: «Aquella bufanda color de perro de la rue Visconti / esa calle en que siempre está nevando o lloviendo / acabo de perderla se ha quedado allá atrás». Yo la escuchaba por el puro gusto de oírla entusiasmarse y claro, íbamos a buscar la rue Visconti, que estaba ahí al lado y no había nada por supuesto, más allá que el verso que había leído. No necesitabas más, Abu, el verso era suficiente. Luego terminábamos de comer, yo me iba a la escuela de artes gráficas y ella se iba a escuchar la conferencia que cayera en el Collège de France. Un día ella me leyó, del mismo Jamís, un verso de un poema largo, *Cuerpo del delfín,* que decía «la sombra roja de un delfín entra suavemente». Fue escucharla, viejo, y entonces pensé en todos los cuadros rojos que yo iba a pintar cuando tuviera las primeras vacaciones,

y que ella era la mujer perfecta, que no tenía ningún pero, que a pesar del agotamiento de hacer dos carreras, nos iba bien, que no podía pedir más.

Aparte de los estudios, empezaron a conocer a mucha gente. Álvaro iba a *vernissages*, incluso de pintores que no tenían nada que ver con su trabajo, y en parte porque de la embajada, sabiendo que estaba instalado el hijo del antiguo embajador, le enviaban invitaciones a eventos culturales. Había de todo, Raulito, tertulias, exposiciones, conferencias, encuentros. Me acordaba de mi madre por la gestión que hacía de las invitaciones que nos llegaban en otros países y era como para volverse loco decidir a dónde ir o no. Se lo dije a mi madre y ella se reía, y en broma decía que tenía que venir a vernos para organizarnos la agenda. Yo que de niño y luego de adolescente creí que mis padres se divertían con su vida social, me di cuenta de que era un trabajo agotador. Supuse que Eliana, por su gusto por la política y los debates, se sentiría bien entre tanto diplomático. Qué va. La gente de la embajada era una sarta de burócratas que iban a marcar tarjeta y luego se volvían a sus casas, ahorrando hasta el último centavo, lamentándose siempre de cuándo les tocaba volverse a Ecuador, y en el cuerpo diplomático todos eran viejitos que venían a París para rememorar embajadas de décadas atrás. Un mundo decrépito y triste, Raulito, fuera de la realidad. Yo me imaginaba que tenía más aguante, pero no, no lo tuve. Finalmente me cansé y dejé de ir, aunque las invitaciones siguieron llegando una tras otra. Es cierto que no pagábamos alquiler por el departamento de mis padres, sólo que entre los gastos de los estudios, tanto los míos como los de Eliana, y los demás gastos para transportarnos y salir a comer o donde nos cogían sus excursiones titánicas, y hasta cumplir con las invitaciones —llevando un vinito, un detalle, un postre— nos quedábaos casi sin dinero. No me voy a quejar como hacía Rogelio, nunca nos faltó nada. Sólo una cosa.

Cuando se marchó Rogelio la cama del departamento estaba medio descalabrada de lo vieja. La botamos, compramos un colchón buenísimo y enorme, y dijimos que íbamos a ahorrar para comprarnos una buena cama. Así que echamos el colchón al piso como si estuviéramos en un campamento. Fue divertido al comienzo y nos quedábamos encerrados los fines de semana haciendo el amor. Tirando dirás, Abu, *ti-ran-do*. Bueno, Raulito, eso, como quieras llamarlo. El asunto es que al año exacto, sin que yo me lo imaginara, perdí el deseo sexual. No me sorprende, Ñato, eso ocurre cuando te casas, por eso ya ves que nunca caí en la tentación del bodorrio. Puede ser, Raulito, el asunto es que finalmente nunca compramos la cama. No es que nos faltara el dinero. Lo utilizábamos para ir al cine, al teatro, comprarnos algo de ropa para el frío delirante del invierno, para una escapadita a la playa o la Provence. ¿Fuiste a ver los campos de girasoles de Van Gogh, Ñato, fuiste? Sí, fui a Arlés, lindo lugar, linda luz, pero son mejores los cuadros. ¿Y viste los cuervos del Desorejado, Ñato, los viste? ¿Qué cuervos? El cuadro ése de los cuervos negros que vuelan sobre un campo agitado por el viento. Ése no lo pintó en Arlés, Raulito, sino en Auvers-sur-Oise, al norte de París. Es el pintor más grande, Ñato, mi hermano imposible. Lo único que lamento de no haber viajado a Europa es no poder ver más cuadros suyos. Sólo vi uno de sus girasoles en Nueva York, uno solo, y me sacaron a patadas. Si yo estuve allí contigo, Raulito, cómo no te iban a sacar del Museo de Arte Moderno si a los cinco minutos que estabas delante del cuadro te pusiste a acariciar con las yemas de los dedos los girasoles, milagro que no te metieran preso. Cómo no hacerlo, Abu, esas masas de óleo parecían montañas y era como si pudiera sentir las manos del maestro repartiéndolas por aquí, por allá, como si lo hubiera pintado cinco minutos antes. Estás loco, Raulito, la única oportunidad de tu vida para ver un Van Gogh y no es-

tuviste ni diez minutos. Si te hubieras quedado quieto lo podías haber visto un buen rato. No tengo tu aguante, Ñato, no me iba a quedar media hora contemplándolo sin tocarlo. Para mí era casi como una escultura. No me lo tienes que explicar, Raulito, es lo que eres, un escultor, igual fue una pena porque siempre te quejas de que no puedes ver más cuadros de Van Gogh. Bueno, Ñato, pero luego nos cagamos de la risa fuera del museo y yo me salí con la mía porque toqué las masas de óleo del Desorejado. La verdad que sí, fue divertido, y ya que lo dices, ¿qué sensación te dio? Mira que nunca te lo pregunté. Fue un escalofrío, Abu, un temblor que me recorría la columna vertebral, una visión de la profundidad de su mirada en el infinito… Ya estás de nuevo con tus ironías, Raulito, te lo digo en serio. La verdad es que no sentí nada, Ñato, nada de eso que tu sabrías decir mejor que yo. Bueno, tampoco es que no sentí nada. Pensé en las ganas que tenía ese loco de hacer salir a sus figuras del lienzo. No me lo imagino trabajando con veladuras, esperando horas, días enteros, ni de broma. Es cierto, viejo, imposible. Eso sí sentí, como que no sólo quería hacer visibles las figuras, sino que salieran un poquito de otra dimensión, como si el cuadro fuera una de esas puertas dimensionales, sin trampantojos sino por la materia misma. Fíjate, Ñato, que cuando lo toqué me di cuenta de que había hecho bien con mis cantuñas, que había que tocarlas, como si el Desorejado me hubiera dicho: Está bien, sigue por esa línea. Ya habrá oportunidad de irnos a ver más cuadros de Van Gogh a Amsterdam, Raulito, a la National Gallery y hasta a un museíto perdido de Avignon donde tienen uno de muerte. Cazaremos vangoghs como quien caza conejos. Ni lo sueñes, Ñato, no me vuelvo a subir en un avión en mi puta vida, y menos cruzando el Atlántico, ni borracho me subes. Mejor sígueme contando lo que pasó con Elianita, que ya te has vuelto a alejar del tema. ¿Dónde te quedaste? En la cama. ¿Y qué pasó con ella?

La cama pasó a segundo plano y el tiempo fue pasando sin que se dieran cuenta. A comienzos del segundo año a Eliana le entró el deseo secreto de tener un hijo. Álvaro lo sabría después. Yo no tenía ganas, Raulito, de hecho no me imaginaba cuidando a una criatura con los estudios encima y menos todavía por mi apatía sexual. No se te paraba, Abu, qué vaina. No era eso. De hecho se me iban los ojos por las francesas, y más de una era simpática, pero con Elianita no podía hacer nada. Y yo sólo tenía veintiún años, Raulito. Eras una guagua, Abu, tenías que aplicar memoria retentiva, y con la que tienes podías recordar hasta la menor curvita, una tetita, un culito, ¿o no? No te rías, Raulito, que el asunto era serio. Bueno, Ñato, memorizar un buen *derrière*, si quieres que me ponga fifí. Te burlas, pendejo, ya te digo que el tema era en serio. Si no me estoy burlando, Abu, te digo la verdad, a lo mejor tenías que haberte pegado una canita al aire. No se me pasaba por la cabeza, Raulito, tenía la idea de que si me había casado era para serle fiel. Cojudeces, Ñato, no funcionan así las cosas. Lo sé, viejo, eso lo descubrí después, no estaba muerto como suponía. De eso sí me acuerdo, Abu, te volviste un verga loca, quién diría, tú tan modosito, de todo hay en la viña del señor, y me moría de la envidia cuando me enviaste esa foto con la polaquita, ¿cómo se llamaba? Olenka, pero no me distraigas ahora. Lo cierto es que al final del segundo año, luego de unos dramones de llantos y silencios y semanas sin hablarnos, decidimos divorciarnos y fin de la historia. Qué pena, Ñato, yo pensé que harían una buena pareja. Elianita parecía de armas tomar y hasta me la imaginaba medio marchante tuya. Yo también, Raulito, el asunto no funcionó. Elianita se fue opacando, se desinteresó de los debates, ya ni hablaba de política, no leía la prensa ni tocaba sus libros de poesía. Creo que pasada la curiosidad por vivir en París, se juntaron las incomodidades, el deseo que ella tenía de tener un hijo, mi apatía sexual, y un poco

la nostalgia de su familia y las comodidades en Ecuador. Como te dije, no es que lo pasaramos mal, no era la típica historia de latinoamericanos medio jodidos, exiliados o en bancarrota. El viejo Biscay, con su cara de despistado sabía exactamente a qué correspondía cada cosa, siempre decía: Si vienes de clases acomodadas en América Latina y no trabajas como empresario o diplomático, en Europa te vuelves de clase media con un balconcito de vértigo *peligrosamente* inclinado a la miseria. Yo le decía: Querido Biscay, usted no es ni diplomático ni empresario y no vive *peligrosamente*, así que su teoría no es válida. Es cierto, mi joven amigo, me respondía el viejo zorro, no soy ni una cosa ni la otra. A lo mucho, un fantasma. ¿Quién es Biscay, Ñato? Te he hablado mil veces de él, Raulito, pero ya te vuelvo a explicar. Déjame seguir.

Álvaro estaba dispuesto al sacrificio de las dos carreras, aunque casi no tuviera tiempo para pintar. Lo que no se esperó fue el fracaso de su matrimonio ni el tipo de dificultades que ponía Francia. París era difícil, es difícil, siempre lo será, y las ilusiones que se había hecho eran eso, ilusiones, necesarias como disparadero para ir al lugar que las provoca. París, como Londres o Nueva York, se encarga de desmontarlas una a una, y si no sabes reelaborarlas, si no tienes un milagroso golpe de suerte, estás arruinado. Y cuando no llega la suerte, Raulito, sólo te sostendrá, no diré las ilusiones, porque ésas ya se desvanecieron, sino algo que se parece a la obstinación, no por esperar la suerte, que quizá nunca la buscaste, porque lo que querías era marcharte de donde venías, sino por ver hasta qué punto lo que provocó esas ilusiones era un territorio fértil, o con aguante, indiferente al mundo. Otra vez metiendo labia, Ñato, eso pasa en todas partes, no sólo allí. ¿O tú te crees que no le ha pasado lo mismo a los selváticos que vienen a Quito o los indios que se van a Guayaquil, o los otavaleños que andan por medio mundo, ahora creo

que van hasta Japón, Australia y China vendiendo sus artesanías, y ya verás que cuando lleguemos a Marte, serán los primeros ecuatorianos en abrir una tienda. Así que es el mismo infierno, Abu. Puede ser, viejo, puede ser. Yo además estaba inquieto porque todo parecía entrar en contradicción. Pensaba que iba a encontrar maestros que me pudieran orientar en mi curiosidad por las monocromías y resultaba que era como un mundo fantasma o de leyenda que había existido en otro tiempo. Me acordé mil veces de Strudel en Alemania sintiéndose incomprendido, y todavía más imaginé cómo lo tuvo que pasar Araceli Gilbert, ella en realidad llegó directamente al taller de los pintores abstractos que llevaba Herbin y yo, en cambio, no encontré ninguno. Había muchos historiadores y críticos de arte que estudiaban el movimiento, y galeristas que los vendían. Los críticos, cuando les querías decir algo, no te hacían caso, como si al haber terminado la charla se les cayera encima la melancolía, porque a fin de cuentas se quemaban las cejas estudiando a un puñado de excéntricos. Y ya no querían decir más. Y si querías ir a ofrecerles tus cuadros a estos galeristas, no les interesaba en absoluto. Vendían la obra de pintores con trayectoria, casi todos muertos o extranjeros. Yo comentaba eso en la escuela y los profesores me decían que debía persistir, que había que ser absolutamente modernos, pero no les interesaba lo que yo hacía y mis compañeros franceses se reían a mis espaldas, y únicamente tenía la comprensión de un par de amigos iraníes y chinos, y dos o tres mexicanos y peruanos que no veían el momento de ir a levantarse a las modelos y las alumnas del primer año. Yo habría hecho lo mismo, compadre. No me estás escuchando, Raulito, las únicas galerías interesadas en exponer a artistas jóvenes querían arte figurativo, perfomances todas las que quisieras, y hasta arte conceptual o *povera*, que también era invendible, y daba *glamour*, y como mucho cogían algo de expresionismo abstracto, pero de-

bían ser cuadros repletos de colores y con textura, matéricos. Esa era la palabrita: matéricos. De la monocromía ni hablar. Era una excentricidad. Lo que estaba de moda eran los monstruos de Dado, que tuvo para el solito toda una exposición en el Centro Pompidou. Eso sí funcionaba. La monocromía, ni en sueños. ¿Quién es «Dado», Ñato? Miodrag Djuric, le decían Dado, un yugoslavo que apradinó Jean Dubuffet, mi bestia negra, Raulito. ¿Dado o Dubuffet? Dubuffet, viejo, Dubuffet y toda esa vaina del Art Brut que era como rechazar lo figurativo a punto de reventar las figuras… ¡pero seguían siendo figuras! En fin, que todo lo de la monocromía había ocurrido hace mucho tiempo, o al parecer sólo era apreciado en Nueva York o en Suiza, porque a los parisinos les resbalaba. Hasta pensé que a lo mejor me había equivocado, que debía haberme ido a Nueva York porque allí apreciaban algunas monocromías de Barnett Newman, de Rothko, de Reinhardt, de Rauschenberg. Cuando descubrí en Francia un grupito que trabajaba en Amiens, un quinteto de viejitos que parecían catequistas de Rothko, porque todos pintaban el mismo cuadro de dos rectángulos, y otro en Rouan, que tenía no sé qué visión místico—musical, me estaba empezando a cansar de París y casi no hablaba con Eliana. No podía pintar. Miraba mis lienzos, cuando tenía tiempo entre tantos estudios y tantos paseos, y nada. Una situación espantosa, viejo, como con el sexo. Me lo imagino, Abu, y además te habrá dejado hecho polvo la separación. Eliana se fue justo cuando empezaba el invierno, la peor época. Se llevó sus cosas, y hasta algunos libros y discos míos. Se dejó olvidado el librito de poemas de Jamís. Ni me sabía el nombre, o no me había fijado, parecía todo un mensaje que ella me enviaba luego de la separación. El librito se titulaba *La pedrada*. Yo que sólo se los había escuchado me los puse a leer, uno tras otro, en parte queriendo volver a escuchar su voz, leyendo a su ritmo, en plan masoquista, claván-

dome el cuchillo, y pasó todo lo contrario. ¿Qué quieres decir, Abu? ¿Cómo que todo lo contrario? Pues que no estaba más su voz, la de Eliana, era sólo la mía, y los dichosos poemas parecían mi retrato, yo también era un vagabundo del alba, yo también tenía una bufanda perdida, yo mismo era el ahorcado del café Bonaparte, y para colmo la sombra roja del delfín no entraba suavemente sino que se iba alejando a toda prisa. Estabas jodido, Ñato, hecho una piltrafita con poemas cojudos. No eran poemas cojudos, Raulito, eran inmensos, al menos hasta que Jamís se convirtió en poeta comprometido hacia 1959 y destrozó su talento. Podías arrancar la segunda mitad de su libro y hasta lo mejorabas. Me había equivocado, no supe ver bien la ciudad, no la entendí. Viví en la burbuja de mi imaginación, o mejor dicho en la de Eliana, queriendo integrarnos a los círculos de los diplomáticos, de los estudiantes, qué sé yo. El primer verano luego de la separación me di una escapada a Roma, un poquito por nostalgia de mis años de colegio. No sé qué buscaba. Quizá estaba tentando una nueva huida. Una mañana me fui a caminar por Villa Borghese y me senté en mi rincón favorito, junto al laguito del templete griego. Era como hacer un balance de mi vida, Raulito, esos balances descomunales que se hacen a los veinte años. Creo que fue la primera vez que estaba a punto de deprimirme, y a esa edad, imagínate. Ya sabes que tengo esa manía de imaginarme muerto y solo en un departamento en una ciudad extranjera, y quizá allí me vino esa imagen, porque muy bien podía amanecer muerto y nadie me habría reconocido. Me había ido a Roma sin avisarle a nadie. ¿Era profundo el laguito del parque, Ñato? No, en realidad más que un lago es un estanque, ¿por qué? Por nada, sólo que pensé que a lo mejor se pudo venir a la mente alguna letra de pasillo ecuatoriano, como ése que le encantaba a mi viejo y a mi tía, el de *forasterito, a dónde irás, triste y solito*. Ahí sí que te jodías, Abu. «Ecuatoriano hallado

muerto en el lago de Villa Borghese», titulazo de prensa, mi hermano. Y hasta tengo las primeras líneas: «El cuerpo sin vida de un hombre de veintiún años fue hallado esta mañana boca abajo en la orilla del lago del templete». No hay manera contigo, Raulito, te cuento mis dramas y te lo tomas a broma. Para quitarle hierro al asunto, Abu, total que fue ahí que empezó tu mejor época... No te equivocas, viejo. A veces resulta así, que el árbol donde piensas ahorcarte aparece siempre cargado de frutos. Cuidadito con la metáfora, Ñato, que también pasa al revés: cuando buscas las manzanas del árbol que has sembrado, no hay ninguna. Está allí, lista y bien templada, la cuerda para colgarte. Eso mismo, Raulito, si estamos sincronizados. Lo que quisiera imaginar es cómo le entraste a la polaca, Ñato, con esa cara de divorciado reciente debías tener una pinta de espanto. Pues no sé cómo pasó. Yo llevaba un buen rato sentado en la banca junto al lago, pensando en lo qué había hecho mal, si a lo mejor tenía que dejarlo todo y volverme a Ecuador, cuando me di cuenta de que era inútil seguir dándole vueltas, me dije que ya estaba bien, que había dejado muchas cosas atrás como para complicarme la vida y que tenía que seguir esforzándome, que algo debía haber hecho mal, no con Elianita, sino con París, que no podía ser cierto que lo que había ido a buscar no lo encontrara, y en ese momento… No me digas, ¿la polaquita? ¿Se te apareció iluminada como la diosa blanca, rubia, vaporososa y risueña? No, Raulito, no jodas, además Olenka no era rubia, sino morena. Mi error había sido querer cumplir con lo que se me ofrecía, decir siempre que sí, estar a la escucha y que no me escucharan. Y sobre todo que le había dado menos importancia a mi búsqueda que a la necesidad de huir y cumplir con el cargo de conciencia de haberme marchado. Casi no pintaba, sólo hacía los trabajos para las clases. Pues sí, Ñato, ahí sí que le acertaste. Llevaba casi dos años en París y me había recorrido decenas de

veces el Louvre y paseítos de fin de semana con pícnic incluido en los jardines de Versalles, todos planes de Eliana, y no me había dedicado a explorar por mi cuenta. Dos años de marido joven perfecto. ¿Y sabes por qué? No, por qué. Porque en el fondo ella no se había enamorado de mí, sino de la posibilidad de marcharse de su casa. Y la verdad es que yo tampoco sospeché que en medio de tanta vaina intelectual de la que ella alardeaba, en el fondo lo que quería tener era niños y una casita cómoda. Y pensar que yo había sido el burgués descarriado, imagínate. Ella no entendía un carajo que yo quisiera pintar cuadros de un solo color, que mi cuartito-taller estuviera atiborrado de lienzos blancos y lienzos rojos. No lo entendía, y yo como que pedía disculpas por eso. Dos años y no había ido al Georges Pompidou, ni a la Orangerie, ni me había perdido por los restaurancitos de Belleville y mil sitios más. Ella se quejaba de que los parisinos eran unos esnobs. Ella misma no salía del círculo turístico de París. Así que le di un giro al asunto, me di cuenta de que tenía mil cosas que hacer, que iba a dejar los aburridos estudios de pintura en esa Academia casposa, que me reuniría más con los compañeros de diseño gráfico, que dejaría de ver a las colonias de latinoamericanos, tanto a los aniñados y a los muertos de hambre, colonias o guetos que eran una manera de felicitarse por haber huido, y al mismo tiempo el subterfugio para no terminar de marcharse mentalmente del país de origen. La dinámica perversa de los guetos, Raulito. Así que me dije que me entregaría a mi propio vértigo real, que me dedicaría a explorar toda la historia del color rojo, a todos los pintores que habían trabajado con el rojo como color decisivo, aunque no fueran monocromos, me daba igual. Caray, Ñato, vaya proyectito. ¿En serio iba a ser toda la historia del rojo? Toda, Raulito. Me harté de la historia de la pintura, de la separación en pintores y escuelas, iba a trazar una línea que atravesara cualquier época y sólo

me iba a fijar en la manera en que se había utilizado el rojo. ¡Al carajo con la Historia del Arte, Ñato, qué carajo! Fue como activar un sensor, Raulito, si me metía a un museo era sólo para ver aquéllos que utilizaban de manera especial el rojo. Podían pintar una escena bucólica, un combate, un retrato, ser abstracto, impresionista, flamenco, surrealista, me daba lo mismo. El eje sería el rojo. Fue como renacer, viejo, iba a aprovechar a mi manera lo que tenía París y en el resto de sitios y, sobre todo, iba a ponerme a pintar, aunque al mundo le pareciera una locura. Y a su manera fue una locura. Empecé a pintar todo de rojo sin conciencia de culpa, como si sólo estuviera pintando para mí. Hasta empecé a pintar páginas de mis libros. Era un placer ver cómo las páginitas se retorcían a lo poco que le echabas un poco de acrílico. Qué desperdicio, Ñato, no se dañan los libros así. Tampoco fueron tantos, era mi manera de descansar; después los cerraba y quedaban como un secreto. Fue así que descubrí que para hacer lo que yo quería debía ser un pintor secreto, no pensar para nada en exponer, en que la gente lo viera. Sería como esos pintores de las cavernas que escondían su obra en la parte más remota, quizá porque pensaba que algún día saldría a la luz, o mejor dicho, alguien vendría hasta allá adentro para verla. Es decir, Ñato, que estabas en plan romántico cojudo, un purito que se creía la mamá de Tarzán esperando que todo el mundo viniera a descubrirlo. Eso mismo, Raulito, por suerte se me pasó rápido la vanidad. Lo que sí no he perdido es la manía de pintar los libros, sobre todo las novelas. Apenas encontraba uno que hablara del color rojo y ¡zuas! le caía con mi acrílico y un pincelito que siempre llevo en mi mochila. Deja que te muestre la última novela que leí donde se habla de una pintora que escoje también el color rojo.

Deberías exponerlo, Ñato, y podrías hacer una buena perfomance. No friegues, Raulito, éstos son mis recreos. Además

ya tienen su público secreto. Éste lo pinté en el vuelo para acá. A mi lado estaba un niño con su madre. Ella se había quedado dormida y él estaba dibujando con unos lápices en un cuadernito, debía tener unos cuatro años. Cuando saqué mi acrílico y el pincelito y empecé a cubrir de rojo las páginas de la novela, el mocoso primero se quedó absortó y luego se empezó a reír. Cogió uno de sus lápices y empezó a cubrir también una de las páginas de su cuadernito. Pervirtiendo menores, Ñato, me imagino a la madre cuando se despertó. Haciendo escuela dirás, Raulito, haciendo escuela, que la monocromía siempre es malentendida y cada vez que vuelve es como si fuera por primera vez. Total que en esa época me había propuesto mi investigación roja. De eso sí me acuerdo, Ñato, porque ahí por fin te acordaste de mí y me enviaste algunos de tus tarjetones de Bellas Artes, esos en los que tomabas apuntes. Corrección, Raulito, en los que *tú* me pedías que tomara los apuntes porque eras un vago de pacotilla, siempre con resaca. Pues guardo las que me enviaste, Ñato, especialmente ésas en la que te enrollabas con los rojos.

Raulito abría el sobre y allí estaban, ocasionales, nunca más de uno por envío, los tarjetones de Álvaro. No había encabezamiento, ni saludos, ni se despedía, ni siquiera tenía puntuación salvo cuando incluía su nombre entre dos comas. Ésa era su forma de complicidad porque era como volverlo a escuchar: «El rojo es inagotable, Raulito, y sólo cuando te concentras en ellos percibes sus gradaciones y aunque mi escala parte del bermellón pasa por el escarlata el carmesí el carmín el borgoña y el granate y entre ellos y a su alrededor cuántas variedades cuántos nombres enrojecidos frambuesa fucsia alheña bengala brasa bugatti burdeos cadmio cangrejo pero no como los cangrejos de los manglares que ésos están auroleados de azul y naranja y ocre además de otros rojos como el rojo almagre rojo amapola rojo carmesí rojo cereza rojo ciclamino rojo cinabrio rojo congo

rojo coral rojo cresta de gallo rojo de cochinilla rojo de cromo rojo de granza rojo diablo rojo Ferrari y flamenco y fresa y fuego y geranio y guinda y jaspe que no es como el rojo de los labios o el rojo del lacre o el rojo del ladrillo o el de la langosta o la lava o el mecolotón o la pimienta o el rubí o el salmón o el semáforo o la teja o el terracota y el vino, Raulito, el vino que me tomaría contigo si no fuera porque estamos tan lejos por culpa de esta maldita distancia».

Deberías romper esos tarjetones, viejo, qué vergüenza. Ni hablar, compadre, ahí están guardaditos, son mi ayuda memoria, y por esos tarjetones fue que cogí la costumbre de empezar a usar estas libretitas, si no estaría perdido. No tienes de qué avergonzarte, eran buenas reflexiones, me dabas ideas. Tonterías, Raulito, puras divagaciones inarticuladas. Y no es por eso que me dan vergüenza. Era un poco por mi egocentrismo. Tú sí me enviabas cartas donde me contabas lo que ibas pasando, tus clases de dibujos y escultura en el Manuela Sáenz, el deterioro de tu viejo. Incluso muchas veces pensé que con lo mañoso que eres con el tema de las mujeres, corrías peligro con las alumnas del Manuela Sáenz, o mejor dicho: ellas corrían peligro. ¿Nunca caíste en la tentación? Eso no, Abu. Soy mujeriego, o era mujeriego, no robacunas. Para mí las hembritas tienen que estar bien formadas y que no sea delito. Y la verdad es que por las clases de escultura que me pidieron dar ahí, un tallercito al que nadie le hacía caso, y que tuve que hacer por obligación, fue que descubrí lo que realmente me importaba. Yo no valía para pintor, Abu, pero no estábamos hablando de mí. ¿Qué hiciste con tu investigación sobre el rojo?

Lo primero que se le vino a la mente a Álvaro fue el recuerdo de un paseo que había hecho con su familia desde Roma a Pompeya, el penúltimo año del colegio. En las afueras de las ruinas había una casa, la *Villa dei Misteri*, que había quedado intacta de

la erupción del volcán, y que tiene las paredes teñidas de un rojo espectacular que le dio ganas de volver a ver en ese momento. Con eso empezaría mi exploración, Raulito. Así que me levanté de la banca, me fui al hotel, cogí mis maletas y salí a Termini para tomar el próximo tren a Napolés. Con suerte estaría esa misma tarde mirando las paredes rojas de la *Villa dei Misteri*. Estaba animado de nuevo, viejo. Era lo que tocaba, Ñato, no justifica deprimirse por una hembrita, ¿no?... ¿Y ahora qué pasa? ¿Por qué me miras así? Nada, viejo, nada. Te decía que en buena hora cambié de actitud, porque poco después empezaron los problemas de mi madre con Rogelio. O mejor dicho, los problemas de Rogelio con medio mundo.

De eso se acordaba Raulito, porque al hermano de Álvaro lo empezó a encontrar en la disquera de Strudel. Iba allí a buscar discos y se quedaba conversando largo con él en el Patio de los Cristales. Me moría de las iras, Abu, eran como un par de viejitos recordando sus años en Europa, qué pérdida de tiempo, y uno que se sentía como si no formara parte del clubcito. En esa época, si no me equivoco, luego de que te fuiste, y sobre todo después del episodio de los vidrios rotos, me había distanciado un poco de mi tío. Lo que sí me preocupó fue cuando empecé a ver a tu hermano en el Woodstock, al menos cuando yo llegaba porque él ya estaba de salida. Sólo alguna vez se tomó un trago conmigo y me preguntaba qué estaba haciendo yo y siempre repetía que no tenía nunca noticias tuyas de París, que estabas como desaparecido. Luego me di cuenta de que en realidad tu hermano iba a conversar largo rato con Chiang . Cuando yo le preguntaba al viejo Chiang qué tanto iba por allí el hermano de mi pana Abu, él alzaba los hombros y se hacía el desentendido. Así que no podía averiguar mucho, Ñato. Me lo imagino, Raulito, ése fue el comienzo del infierno. Mi hermano ya estaba rodeado de fantasmas, y venían desde atrás.

Muchos de ellos tocaron a la puerta de la rue Charles Lafitte. Fue como vaciar el departamento de lo que había dejado Rogelio. A las dos semanas de llegar, una tarde vinieron dos estudiantes franceses. Su hermano le había dicho que irían a buscar una caja marcada que tenía en el trastero al lado de la cocina. Cosas de la facultad, le había dicho. Los franceses no preguntaron cómo estaba Rogelio. Se sentaron en la salita mirando de un lado a otro como si algo se les hubiera perdido, cruzaron un murmullo que Álvaro no alcanzó a descifrar, se rieron, y cuando él les dio la caja se levantaron, la abrieron, revisaron al detalle lo que tenía —libros de medicina, cuadernos de apuntes y algunos instrumentos de cirujía—, se volvieron a reír, le desearon *bon fin de journée* y nunca más supo de ellos. Hasta ahí no hubo nada extraño. Dos días después, Eliana le contó que había venido otro estudiante francés a preguntar por la misma caja. Ella le dijo que ya habían ido a recogerla otros dos estudiantes y el francés entró en furia, y la pobre Eliana no sabía qué hacer, se disculpó y le dijo que llamara para hablar con Álvaro por si pudiera ayudarle en algo. El francés se marchó. Esa misma noche llamó por teléfono y Álvaro tuvo que calmarlo de nuevo, decirle que hablara un poco más despacio y que no había mucho por hacer porque los otros estudiantes ya se habían llevado la caja y que les reclamara a ellos. El francés le cerró el teléfono sin despedirse. Álvaro estuvo a punto de escribirle a Rogelio para que le explicara qué había pasado. Olvidó hacerlo. Vino más gente a retirar otras cosas, hasta ollas y una máscara africana que tenía en la sala, y libros, muchos libros. Solamente quedaron unos tratados de farmacología y los libros de Thomas Mann de los que hablamos esa vez en el Patio de los Cristales. Estaban subrayados casi enteros, especialmente el Doktor Faustus, que recién pude leer allí. Sin embargo, de la gente que vino a lo largo de los primeros meses, faltaba lo más extraño. Una tarde en la que Eliana había

salido tocaron en el interfono y cuando contesté dijeron a quemarropa:

—Asa nisi masa.

Era la voz de una mujer, Raulito. Me quedé helado. Pensé que había escuchado mal. ¿Por qué se había presentado con la frase clave de mi hermano? Como no dije nada la mujer dijo *Sono io. ¿Mi senti?* Traduce, Ñato, me tienes harto con los idiomas. Quiso decir *soy yo, ¿me escuchas?* Sólo supe decirle en italiano que era la casa de la familia Abugatás. Dudó un momento, y luego cambió al francés disculpándose por el malentendido y entonces sí preguntó claramente por Rogelio. Le dije que él no estaba, pero que si quería podía subir. Me imaginé que de nuevo sería alguien que venía a retirar algo prestado. ¿Y usted quién es?, me preguntó. Le expliqué que su hermano. Me preguntó a qué hora volvería Rogelio. Le dije que ya no vivía allí, que había vuelto a Ecuador. Ahora ella se quedó en silencio, como decepcionada por la noticia, a punto de marcharse para no dar más explicaciones. La invité a subir. Siguió callada. Finalmente dijo que entraba. Pulsé el botón de la puerta. Pasó un buen rato y no llegaba, tanto así que pensé que no había entrado, o que se había ido, o que se había quedado atascado el ascensor, que se dañaba cada dos por tres. Mientras la esperaba seguía escuchando la modulación de su voz, la entonación profunda, calmada, como si fuera el único indicio de una sensualidad implosionada, tanto que invitaba a imaginarla, y la imaginé tal cual la describía su voz: alta, de labios gruesos, un poco mayor incluso que Rogelio, ahogado en algún punto indeterminado toda la historia que nunca afloraría ni siquiera en una discusión. Seguía sin llegar. Así que abrí la puerta del departamento y me acerqué a ver. El ascensor funcionaba perfectamente. Miré por la escalera y entonces vi a una chica que estaba dos pisos abajo, apoyada contra la pared. Iba a preguntarle si había visto a una señora por las escaleras. La

chica levantó el rostro y creo que se avergonzó de que la hubiera descubierto. Era ella. Empezó a subir. En la segunda vuelta de la escalera no pude verle el rostro. Se le agitaba el cabello negro, oscuro y lacio, sobre una blusa verde jade. Llevaba pantalones negros, holgados, y cargaba una mochilita. Cuando le extendí la mano para saludarla y presentarme, se me quedó viendo. Tenía el pelo negro, negrísimo, las cejas tupidas, la piel canela y los ojos también oscuros, calculé que debía tener unos dieciocho o diecinueve años. Me había equivocado por completo con la idea que me había hecho de ella. ¿O sea que era guapa, Ñato, una novia de tu hermano? Podía ser una amiga, nada más, Raulito. Cuando me dijo que se llamaba Marzi, comprendí lo que estaba ocurriendo. Era la hermana menor de Marcel Khoury, el amigo de Rogelio en Roma. En ese momento yo no tenía todavía idea de que ella era la niña por la que había enloquecido mi hermano y que siempre mantuvo como un secreto. Sin embargo, viéndola detenidamente, con la actitud tan reservada y tímida que tenía luego de que se diera cuenta de que Rogelio no estaba allí, sospeché que entre ellos había alguna historia. Ella tenía la piel de una limpieza impecable, como pulida, no resplandeciente ni lechosa como las mujeres blancas, sino como repujada, como si fuera de un coral acanelado. ¡Un bomboncito, Ñato, qué envidia! El asunto es que la hice entrar al departamento y le pregunté, en italiano, si se sentía bien, si quería tomar algo. Me respondió en francés que estaba bien. Marcaba distancia conmigo, como si el italiano hubiera sido una clave que mantenía con Rogelio, mientras que el francés le servía para protegerse y tomar distancia. Parecía cansada y miraba la sala y la ventana como si estuviera allí por primera vez. Me aceptó un té y me preguntó cómo estaba Rogelio y que cuántos años nos llevábamos de diferencia, le expliqué que yo era su hermano menor y que él estaba bien, que había regresado a vivir a Ecuador y que había

dejado los estudios de Medicina. Entonces se sorprendió, como si no le cuadrara lo que yo le decía. Debe ser un error, dijo. Ninguno, le repliqué. Había vuelto un año atrás. Tan lejos, dijo, no puede ser. Entonces sí que me dio un poco de embarazo, viejo, no me atreví a preguntarle nada, ve tú a saber qué historia tenía detrás o que habría pasado entre Rogelio y ella. Más que la cuestión de que hubiera pasado un año, lo que le llamaba la atención es que hubiera viajado a Ecuador, como si hubiera sido otro el destino en el que lo suponía. Mi hermano nunca contaba nada de sus cosas. Le dije que le podía dar su teléfono o la dirección postal por si quería escribirle. Sí, por favor, me dijo sorprendida, como si tuviera la oportunidad de su vida y fuera así de fácil. Sé quedó quieta, como esperando que yo le diera un pedazo de papel, una tarjeta, no sé, así que me levanté y fui a mi escritorio, arranqué una hojita de un cuaderno y volví a la sala. Me senté en la mesa y empecé a escribir. La mujer me preguntó si podía ver por la ventana. Le dije que por supuesto, un poco sorprendido de que me pidiera permiso para hacerlo. Ella se acercó con la taza de té entre las manos y miró hacia el parque. ¿Ése es el *Jardin d'Acclimatation*?, preguntó. Sí, le dije. Por eso me di cuenta de que ella nunca había estado allí, que era la primera vez que venía al departamento, y que seguramente mi hermano le había descrito que desde su ventana se veía el *Jardin d'Acclimatation*. Tenía una tristeza que nunca había visto, como si hubiera salido de la cárcel o hubiera llegado demasiado tarde a una cita que no se iba a repetir nunca más. Le entregué el papelito y ella me sonrió dejando la taza en la mesita de la sala. Le pregunté si podía hacer algo más por ella y me dijo que no. Luego me miró de nuevo con esa manera de calarme y me pidió disculpas y me dijo que yo no me parecía a Rogelio. Me reí y no se me ocurrió otra cosa que decirle que mi hermano era el guapo. Ella se sonrió y dijo *pas du tout*. Guardó el papelito y dijo que le iba a escribir y se fue. ¿Y la de-

jaste ir así no más, Ñato, sin preguntarle nada? Para qué, Raulito, además que ya me empezaba a dar cuenta de que en París hay cada personaje raro y que lo mejor es no andar curioseando donde no te han invitado. Además, no fue necesario porque una semana después me llamó mi vieja, hablamos un rato, cuando llegó Rogelio y me lo pasó. *Asa nisi masa, ñañito*, dijo con nuestra clave de siempre. No dijo nada de que lo hubiera llamado la mujer. Le dije lo que había pasado y entonces fue él quien se quedó callado, fue un segundo, Raulito, nada más, y con su risa de siempre dijo *Oso nisi moso.* Eso significa que no le gustaba el asunto, y a lo mejor no quería hablar delante de mamá. *Oso nisi moso*, repitió, hablamos luego ñañito que necesito ir a darme una ducha, saluda a Elianita. Me llamó dos horas después, cuando mi vieja había salido y me dijo que nunca más le volviera a abrir a esa mujer. Qué pasó con ella, Rogelio, le pregunté. Está loca, hermanito, no le vuelvas a abrir y no hables con ella. No me pareció peligrosa, Rogelio, arecía triste, estaba rarísima. ¿Nunca había estado en el departamento, verdad? Ni estará nunca, ñaño, te repito que no le abras, y si te insiste y quiere hablar contigo dile que estás ocupado, y si aún así te logra ver no le hagas caso de lo que diga. Deja de hacerte el misterioso y explícame un poco más, le dije. No hay nada que explicar, hermanito, no es un asunto que te convenga saber. Cuando le dije que le había dado su teléfono y su dirección en Quito me retó como nunca lo había hecho. ¿Rogelio te retó, Ñato? No te creo. Créeme, Raulito, era la primera vez en mi vida que él me retaba. La has cagado, dijo, ¿cómo se te ocurre dar mis señas a un desconocido? ¿Qué te pasa por la cabeza, hermanito? Podías haber avisado, entonces, Rogelio, yo qué culpa tengo si desde que estoy aquí viene cada orate con su tema. Así que me molesté yo también y del puro cabreo colgué el teléfono. Pensé que iba a llamar de inmediato, quizá para disculparse, porque yo no iba a llamarlo por la

manera en que me habló. Nada, Raulito, no llamó. Bueno, Ñato, se habrán reconciliado después. No, viejo, fue allí donde perdimos el contacto. A la semana me llamó mi vieja para decirme que Rogelio se había ido al Oriente, a Tena, una semana atrás y no había recibido ninguna noticia suya. Estuvimos así tres días más y no sabíamos nada de él, hasta que al final le hizo saber a mi madre, por un amigo, que se iba a quedar un tiempo en el Oriente trabajando con un grupo de antropólogos que estaban haciendo un trabajo de campo. Puro cuento, Raulito, simplemente se desapareció y no sabríamos de él durante varios meses y yo estaba empezando a tener los problemas con Eliana y estaba muy cansando, no daba más con tantas clases. Ahí fue cuando yo me desaparecí y mi vieja llamaba a llorarme, que ya estaba bien que uno de sus hijos desapareciera, no los dos. Yo estaba a punto de darme cuenta de que me tenía que separar de Eliana, ella se preocupó y me dijo que me calmara, que las parejas siempre tenían problemas y que a lo mejor debía buscar consejo. Pensé que me iba a recomendar un psicólogo, Raulito. Qué miedo, Ñato, ¿fuiste donde alguno? No, qué iba a ir, si me trataba a lo mejor nunca más habría vuelto a pintar. En realidad fue como encontrar un salvadidas y fue el único que se asomó al departamento avisando primero, porque toda la gente que venía por Rogelio tocaba directamente la puerta. Un día me llegó una tarjetita algo más grande que las de visita, de esas antiguas que tenía el logo de un ancla ligeramente dorada, debajo una inscripción latina que decía *Favet Neptunus Eunti* y luego un texto manuscrito en perfecto español donde me decían que me invitaban a tal hora a su casa en la Rue Foch. Esto estaba a una caminata cruzando el *Jardin d'Acclimatation*. Terminaba diciendo que era un amigo de mis padres, y la firmaba Jean-Louis Biscay Antepara-Seminario. La tarjeta se veía vieja. Resultaba que era de las que nunca utilizaba el viejo Biscay, o mejor dicho, las que usaba con

los conocidos latinoamericanos y que seguramente había impreso mil años atrás, porque tenía otra, moderna, que más adelante me envió, porque el viejo siempre se anunciaba con tarjetitas, donde sólo constaba su primer apellido, no el segundo apellido compuesto. Biscay era descendiente de los Gran Cacao de Guayaquil que se quedaron luego de la Primera Guerra Mundial cuando el negocio del cacao se acabó. ¿Y fuiste a su casa? Sí que fui. Vivía en el último piso de un edificio de la rue Foch y entrar en su departamento era un verdadero viaje en el tiempo. Me recibió como si me conociera de toda la vida. Había sido amigo de mi madre cuando se instaló mi papá en la embajada y los frecuentaba mucho. Entonces entendí: mi madre pedía auxilio a su viejo amigo para sacarme de mi entontamiento por los problemas con Eliana. En realidad, Biscay no sabía qué hacer. Me preguntó por mis estudios, por el departamento, y no dijo más. Las tarjetitas siguieron llegando y yo iba puntualmente a verlo sobre todo para escucharlo contar la lenta decadencia y muerte de todos los latinoamericanos que habían pasado por París. Hablaba de ellos como si fueran fantasmas, pero resultaba que él era el mayor de todos. Parecía despistado. Sólo lo parecía. Estaba al tanto de la última noticia. ¿Un viejito chismoso, Ñato? Más o menos, era mucho más que eso. Biscay coleccionaba mapas antiguos de Ecuador y de Sudamérica. Cada dos o tres años hacía un viaje a Guayaquil y a Quito, «para traer materia prima», lo que significaba que iba a traer dinero o a vender bienes, ve tú a saber. Me decía que cada vez le costaba más hacer esos viajes tan largos a su edad. Debía tener unos sesenta y cinco o setenta años. Se lo veía bien. Y todo se lo tomaba a broma. Ya en los últimos meses con Eliana la llevé y se aburrió y no quiso volver. Dejé de verlo un tiempo y justo después de que Eliana se regresara volvió con las tarjetitas. Seguramente me vio deprimido o desolado y entonces fue él quien me sugirió que me diera una

escapada a Roma, porque el clima de París era malo para las *plaies mal cicatrisées*. ¿Es decir, Ñato? Las *heridas mal cicatrizadas*. Era su expresión favorita. Decía que Francia era el país de las *plaies mal cicatrisées*. Escucharlo hablar era dar saltos mortales de la Segunda Guerra Mundial a la Cuarta República, de la Comuna a la guerra de Argelia. En realidad, a pesar de su aspecto de viejito parisino, yo le notaba algo como acuoso debajo, un humor que desahogaba conmigo y que dejaba al lado sin problemas cuando había más gente en su casa. Era soltero, tenía un chofer y una sirvienta tailandesa que hacía una comida riquísima, la mejor que he probado en mi vida. ¿No sería maricón, Ñato? Así como lo describes, tiene toda la pinta. No sé, Raulito, y no importa, siempre sales con tonterías como esas. En cualquier caso fue como una especie de tío que de tanto en tanto me invitaba a su casa, o yo a la mía, o nos íbamos a comer a algún restaurante, caro si invitaba él, que era la mayoría de las veces. Le encantaba hablar de arte y me consultaba sobre tal o cual pintor latinoamericano. A mí me daba una especie de clase particular sobre los franceses, la comida, los diplomáticos, los hombres y las mujeres, y dónde se podía conseguir los mejores quesos en París y el mejor Crémant de Bordeaux. Un día lo invité aprovechando una visita de Olenka, y se quedó encantado con la polaca. Cuando venía a comer a mi casa, yo tenía la costumbre de acompañarlo al caminito del parque hasta el cruce de la Porte Dauphine. En una de esas visitas, mientras caminábamos, me dijo con tono serio y convencido, aunque yo sabía que en el fondo se estaba divirtiendo de lo lindo, que *mademoiselle* Olenka era estupenda, y añadió guiñándome el ojo: No hay mejor francesa que una polaca que se aclimata. Envidia le tengo al viejito, Ñato, pudo ver a Olenka. Finalmente no me dijiste cómo fue que la conociste. ¿Fue en Roma o en Nápoles?, ya me perdí. En Napolés, Raulito. Y ten paciencia, que no he terminado con el viejo Biscay. Al final

del paseíto me preguntó cómo estaba Rogelio y le conté que no sabíamos mucho, que se había ido a la selva a trabajar con un grupo de antropólogos. Se quedó pensando un rato, como si le hubiera entrado una duda, y luego me dijo que tenía entendido que Rogelio dejaba la medicina para estudiar Sociología, se lo había dicho él mismo antes de regresarse. Así era, le dije, era lo único que sabíamos. Puedes creer, Raulito, que allí, a miles de kilómetros de distancia de Ecuador, paseando por el *Jardin d'Acclimatation*, sin ninguna transición que me explicara por qué lo iba a decir, Biscay soltó la primera verdad que iba a escuchar sobre mi hermano:

—Dígale a su madre que tiene que preocuparse inmediatamente por Rogelio. No puede esperar más tiempo. Quizá ahora mismo ya es tarde.

Me quedé de piedra, Raulito. Literalmente me paré y le pregunté por qué lo decía. Biscay se ajustó el abrigo y agachó la cabeza, mirando al suelo, como si le pesara lo que iba a decirme.

—Verá, Álvaro —dijo levantando la cabeza—. Uno viene a París por dos cosas: para borrar lo que ha dejado atrás o para comerse el mundo. Esta ciudad, este país en general, tiene el vicio de cicatrizar mal las heridas. Y cuando no cicatrizan, cuando se vuelven a abrir, no sólo que vuelve la sangre sino que se junta la pestilencia de la llaga. No se queda aquí, por supuesto. Usted mismo ve que la ciudad es impecable. Aquí está siempre en estado larvario. De manera que las supuraciones y la sangre, las bacterias o la peste, vuelven de donde vinieron y a veces se expande en nuevos cuerpos. París es como un hervidero de bacterias que salen disparadas al resto del mundo. Su hermano no conoció a la gente adecuada aquí. Yo hice todo lo posible. A diferencia de usted, que ha pasado por un ligero desencanto porque no tenía la óptica adecuada y que ha sabido corregirla con prudencia, Rogelio, en cambio, se fue infectado, y hasta con

un par de anteojos perversos que distorsionan el mundo. Les deseo que se resuelva de la mejor manera, y si puedo hacer algo desde aquí, dígale a su madre que no dude en decírmelo. Usted tampoco, Álvaro.

No me explicó más, Raulito. Hizo una inclinación de cabeza y se lanzó deprisa a cruzar la calle. Vaya tipo el tal Biscay, Ñato, entonces así fue como empezó todo. Sí, Raulito, al otro lado del mundo, qué iba a sospecharlo yo, metido en mi mundito de estudiante y pintor bisoño. Le habrás preguntado algo, no te pudo dejar con la curiosidad. Por supuesto, Raulito, lo llamé al día siguiente luego de que Olenka regresó a Nantes. Espera, espera, Abu, Olenka no se fue a vivir contigo. No, viejo, ya te lo he contado. Olenka vivía en Nantes donde trabajaba para la empresa francesa de gas, sólo que se escapaba para verme de cuando en cuando, a veces se quedaba una noche nada más, otras venía un fin de semana. Tenías que haberla traído contigo a Quito para conocerla, Ñato. Eso era imposible, Raulito, la relación no duró mucho. ¿No? No, fue unos meses nada más, eso era lo que me duraban las parejas. Ah, zorro viejo, de modosito pasaste a don Juan, ¿recuperando el tiempo perdido, no? No era eso en realidad. Puede que en parte sí, la verdad es que tenía miedo de volverme a comprometer y quizá no estaba preparado. Me aburro al poco tiempo y no creo que les dé ninguna estabilidad. A veces pienso que quizá con Neus podría haber algo, luego me vienen dudas, en fin. ¿Neus, Ñato? ¿De dónde te sacas tanto harem? ¿Tampoco te acuerdas de ella? Disculpa, Ñato, ya sabes que mi memoria reciente es un pedazo de gelatina que se deshace. Me acuerdo algo de Neus, pero primero me tienes que contar cómo conociste a Olenka. Qué digo, primero dime qué pasó con Biscay. ¿Lo llamaste? Por supuesto, Raulito, lo llamé al día siguiente.

—Me estoy informando, Álvaro —dijo Biscay—. Apenas tenga algo en claro le aviso.

Quien me terminó llamando fue mi madre, dijo que Rogelio había vuelto, que se había ido de cacería por Sucumbíos. Eso queda en el culo del mundo, Abu, casi frontera con Colombia, selva adentro. ¿Qué se le perdió en Sucumbíos? ¿Podía cazar un poquito más cerca de Quito, no? Eso le dijo a mi madre y luego ella me lo contó, Raulito, yo no pude hablar con él. Al parecer Rogelio había vuelto entusiasmado de nuevo con la cacería. Era como si hubiera renacido la afición de mi viejo por seguir llenando la sala de cabezas de animales. Mientras tanto mi vieja me contaba que Rogelio multiplicó las cacerías, sólo que ahora le avisaba: se iba a cazar venados en el páramo, lagartos en Napo, sajinos en Esmeraldas, y hasta viajó a las islas Galápagos para disparar sin reparos a los chivos salvajes que corren por manadas en el valle del cráter de la isla Isabela. Los matan como si fuera una plaga porque destruyen la reserva natural. Traía las cabezas, escogía la mejor y las hacía disecar y las colgaba en la sala. Mi vieja se quedó tranquila y yo olvidé el asunto. Biscay no me llamó durante semanas, y cuando nos volvimos a ver, en una fiesta que había organizado en su casa, fue como si no hubiera pasado nada.

—La sala y el invernadero donde pintabas —decía la madre de Álvaro— están llenos de cabezas de animales disecados. No sólo que salió igualito a tu padre, Álvaro, sino mejorado. No deja de repetirme que en la colección de trofeos de papá falta la cabeza de un leopardo de Namibia. Te imaginas, mijo, una cabeza de leopardo africano en la colección de tu padre. Se habría sentido muy orgulloso de él, retomando la tradición. Si está contento así, yo me quedo tranquila.

—¿Y los estudios de sociología, mamá? —le replicaba—. Yo me mato estudiando acá dos carreras al mismo tiempo y él deja otra más. —Déjalo tranquilo, Álvaro. Ya retomará los estudios. Prefiero verlo así contento que con la cara que tenía y

esa medio barba horrible que se dejaba crecer. Ahora está animado… ¡y se afeita! Debió afectarlo mucho no haber estado en el entierro de papá. No te preocupes.

¿Puedes creerlo? De pronto le había dado eso de irse a un safari a África. La verdad, pobrecita mi vieja, que se creyó todos esos cuentos. Le había dicho que se llevaría la Winchester de papá para cazar leopardos, y aprovecharía, por supuesto, para visitarme. ¿Y lo hizo, Ñato? Eso fue lo que me despistó, Raulito, porque sí se fue. La idea era que vendría a visitarme a París, haciendo escala. De nuevo pasaron las semanas y los meses, ni yo me acuerdo, porque en esa época el tiempo empezó a pasar más deprisa y yo perdí incluso el contacto con mi madre. Tenía más tiempo luego de dejar la escuela de Bellas Artes, me relajé. ¿La dejaste finalmente, Ñato? Sí, me harté, los llevé un tiempo más luego de mi separación con Eliana y me dediqué a verme con la gente de diseño gráfico que resultaba más interesante, y viajé, Raulito, viajé por mi cuenta a rastrear los pintores que había trabajado con pintura roja. Hasta que al volver de un viaje encontré una postal de Rogelio desde Johannesburgo que reproducía una acuarela con antílopes de Aschenborn. Rogelio simplemente decía que al día siguiente se iba a las reservas de caza de Namibia y que ya me enviaría fotos con el pico del Ozondjahe al fondo. ¿Entonces sí se fue a África de cacería, Ñato, no fue un cuento? Sí, nunca pasó por París. Y los problemas volvieron. Apenas regresó, mi madre me envió una foto de Rogelio en la que aparecía en cuclillas, apoyado en la Winchester, junto a la cornamenta de varios oryx e impalas que parecían plácidamente dormidos más que muertos, y, de fondo, el simétrico pico del Ozondjahe. Rogelio se había quitado el sombrero y tenía una línea roja que marcaba su frente luego de tantos días al sol. Lo más llamativo era que se había dejado crecer la barba que tanto odiaba mi vieja. Algo había en su mirada que no reflejaba lo satisfecho que debía

estar. Más bien parecía cansado, muy cansado, con los ojos caídos y los labios inexpresivos, desaliñado y flaco, como lo había descrito mi madre. Ella misma me explicó, también un poco perpleja por los cambios de mi hermano, que algo había pasado en Namibia. Al parecer el safari de caza era de esos típicos que organizan para extranjeros inexpertos. Rogelio estaba con un grupo de ingleses y americanos que nunca habían cazado en su vida, salvo dos o tres de ellos, los que dirigían el grupo, y a lo que se habían dedicado era a apretar el gatillo que les ofrecían los guías hasta cansarse de matar impalas y leopardos. Eran tan malos cazadores que fallaban hasta con los confiados impalas en la mira y tenían al lado a los guías que terminaban disparando para acertar. Los porteadores traían las presas para las fotografías y los falsos cazadores sonreían con sus ropas de safari de estreno mientras palpaban las mejores cornamentas indicando cuáles se llevarían. Allí mismo, a unos cuantos metros, los porteadores decapitaban al animal, le extraían el cerebro, sumergían las cabezas en tanques de formol de los que sobresalían las cornamentas. Luego fileteaban la carne para comer en el campamento y enterraban el resto. Eso es una salvajada, Ñato, ¿cómo lo permitían? Lo peor es que lo siguen haciendo, viejo. No te puedo creer, ¿en serio? En serio, Raulito, es así, se lo comenté a Biscay y me dijo que sí, que había escuchado de esas cacerías, es lo habitual, y que no sólo iban europeos y norteamericanos, sino rusos, chinos, mexicanos, peruanos, colombianos y brasileños, y, por supuesto, de Ecuador mi hermano no era el primero. Sin embargo, me explicó mi madre que Rogelio se había sentido incómodo con la matanza, por lo excesivo y brutal, y cuando quiso reclamar nadie le hizo caso y si le respondieron fue para decirle a qué había venido y que no fastidiara. Y que por eso se lo veía cariacontecido. Eso le había explicado Rogelio a mi madre, además de que no pensaba volver a cazar. Lo que yo no esperaba

es que días después, leyendo el vespertino de *Le Monde*, me encontré con la noticia a media página de que habían encontrado en una fosa común los cadáveres de un grupo de extranjeros en Namibia, asesinados en un atentado de los SWAPO o en una represión del gobierno apartheid contra los SWAPO. Decían que esos extranjeros habían ido de cacería por el Ozondjahe y allí estaba en el periódico la montañita esa, que parecía un embudo al revés. Todavía puedo verla. La noticia me dejó helado, así que llamé a Quito de inmediato. Allá debía ser media mañana. Cuando me contestó mi madre, estaba rarísima. Yo no le había dicho nada todavía de la noticia, y ella empezó a sollozar, pobrecita, y me dijo que justo se acababan de ir unos agentes de Interpol que habían venido a preguntar por Rogelio. Le pregunté por qué motivo. Ella seguía hablando, entre sollozando y molesta.

—Qué vergüenza —dijo—. No sé en qué se habrá metido este muchacho. Pero que vinieran así a preguntar por él, Álvaro, sin ningún tipo de respeto, desconfiando de lo que yo les decía. Y Rogelio, como siempre, no estaba. Les dije que vinieran en la noche, porque él vendría a cenar. Me dieron una tarjeta y me dijeron… ¡Me exigieron que él los llamara apenas yo hablara con él! Y se fueron sin decir nada más, sin despedirse. ¿Puedes creerlo, Álvaro? Si viviera tu padre esto no habría pasado. Cuando había algún problema y se recurría a la embajada, los directores de la Interpol le pedían cita a tu padre. ¡Le pedía citan! Una vez en Roma el director de la oficina en Italia, que se había hecho amigo de papá, hasta nos invitó a comer a su casa. Seguro que te acuerdas.

¿Te acordabas, Ñato? No, Raulito, qué me iba a acordar, las salidas de mis viejos para mí eran intercambiables, me daban lo mismo. En lo único en lo que yo pensaba era que me podía quedar viendo televisión con Rogelio hasta tarde, y cuando él ya se fue a estudiar a Francia, me podía ir a caminar por el barrio, ir

hasta el laguito de Villa Borghese antes de que oscureciera, perder un poco el tiempo. Qué me iba a acordar de eso. ¿Y entonces qué pasó con lo de la Interpol?

—Voy a llamar a Tomasito, Álvaro —dijo—. Esto no puede ser así. Se van a enterar.

Le salió lo guerrera a tu mamá, Ñato. Si fuera sólo eso, Raulito. No se daba cuenta de nada. Le habían dado en el orgullo, en esa sensación de que era intocable, todo lo que estuviera vinculado al poder y el gobierno debía pasar por su casa rendiéndole pleitesía. Pobre tu mamá, Ñato, la verdad que sufrió. Y eso que a mí no me quiso mucho. Ya sabes lo que pienso del tema, viejo, tenía sus manías pero era buena. No lo dudo, Abu, siempre creyó que yo era una mala influencia, que no estaba a la altura como para entrar en tu casa. Si me acuerdo cómo me miraba. La verdad que siempre me preguntaba por ti, Raulito, que cómo estabas y que si yo te ayudaba lo suficiente. Esto sí que no me lo creo, Ñato, te lo estás inventando. En serio, viejo, además, ¿quién fue una de las primeras en comprar una de tus cantuñas? No me vas a decir ahora que me lo invento. Bueno, sí, tienes razón, y me vino de maravillas. Ya ves, el único problema es que mi madre, de cara hacia el resto, era como estirada, te miraba por encima del hombro, y no era así en realidad, era su manera de defenderse, de tomar distancia. Finalmente, con ese asunto de la Interpol no pasó nada. Rogelio explicó que sí había estado con ese grupo unos días, y que se había marchado antes a Johannesburgo porque estaba indispuesto, que la cacería le había parecido una matanza inútil de animales, que no se la esperaba así. ¿Eso les dijo? ¿Cómo puedes saberlo, Ñato? Porque mi vieja, a través de Tomasito, consiguió que los agentes de la Interpol se «reunieran» con él en la Cancillería y hasta ella estuvo allí, atenta a todo lo que decían. Si ya me la imagino con cara de hacerles ver con quién se habían metido. Pucha que era de armas

tomar tu mamá, Ñato. Esa fue la última vez que pudo recurrir a sus contactos, Raulito. Tomasito ya estaba viejo y luego vino el cambio de gobierno y las cosas cambiaron radicalmente. Sólo de pensarlo hasta yo me sorprendo.

Cuando pude hablar con Rogelio le pregunté cómo había ido con lo de la Interpol. Se empezó a reír, que nada, que había sido una cuestión de rutina. Yo le dije que me parecía una barbaridad, que era un milagro que estuviera vivo. No dijo nada, Raulito. Se quedó callado un rato. Qué digo un rato, un ratazo, pensé que la comunicación se había cortado. Dije aló, aló. Aquí estoy, dijo. Le dije que qué pasaba y entonces sí que me sorprendió lo que dijo, o mejor dicho cómo lo dijo. ¿Qué te dijo, Ñato? Una de nuestras palabras clave, muy lento, como si entre cada sílaba pasara un segundo, un segundo larguísimo e inexplicable: O… so… ni… si… mo… so… Vaya, Ñato, qué bromita, ¿no? ¿Qué era lo que significaba? Esta era la variante cambiada, Raulito, cuando algo no le gustaba. Le dije que por qué hablaba así. Nuevamente se quedó callado, como si se estuviera contuviendo, no sé. Nunca había tenido la sensación de que le molestara hablar conmigo. Fue la primera vez, Raulito. De pronto mi hermano era como un desconocido. Fue apenas unos segundos. Y así como vino se fue. Hablamos en otro momento, hermanito, dijo, que te aproveche París. Y colgó. Pero, a ver, Abu, ¿estás queriendo insinuar que tu hermano sí tuvo algo que ver con esas muertes? ¿No es demasiada fantasía la tuya? Puede ser, Raulito, quizá exageré la nota, quizá yo mismo estaba como desolado en París y veía fantasmas por todas partes. Mi hermano siempre había sido un pan de Dios. Yo lo adoraba, y de pronto, ese tonito, ese silencio mejor dicho, esa cosa seca que no venía a cuento. Tenía que haberse asombrado como yo y contarme cómo se había salvado de milagro. Nada. Era frío. Frío como nunca lo había escuchado. Luego de ese incidente mi vieja me contó que

una madrugada se despertó porque había escuchado ruidos en la sala. Bajó y vio a Rogelio sacando las cabezas de animales que había en la casa, las que había cazado mi viejo, las que él había cazado cuando lo empezó a acompañar, y las suyas recientes. Las terminó donando al Museo de Historia Natural. Pensé que mi vieja se molestaría, y nada que ver, era como si secundara esos arrebatos de Rogelio, hasta les veía el lado bueno, que en realidad esos trofeos tenían algo tétrico, que a ella le recordaban demasiado a papá, que siempre había que quitarles el polvo. A todo lo que hacía él le encontraba un lado positivo. Luego venían semanas o meses de calma donde no pasaba nada. Rogelio regresó a sus excursiones de trabajo. Ya no se iba a la selva sino a trabajar con investigadores en pueblos indígenas de Chimborazo y con las poblaciones negras de Esmeraldas. Cuando me llegó la postal desde Panamá, diciendo que estaba de paso a El Salvador, pensé que había vuelto a las andadas con sus cacerías y que seguramente se le había pasado el mal recuerdo de Namibia. No insistí en querer saber la razón de los últimos viajes. No tenía ganas de volver a escucharlo por teléfono. Rogelio terminó contándome en la siguiente postal desde El Salvador que había ido a un encuentro de sociólogos latinoamericanos. Cuántas cartas y postales, Ñato, qué vaina que no existiera Internet todavía. Parece otro tiempo, Raulito, ¿verdad? Sin embargo, tenían sus ventajas los largos tiempos de espera. Ver cómo alguien escribía su carta o postal era revelador. A mí me impresionó el cambio en la caligrafía de mi hermano. Él siempre había tenido una letra alta, nítida, así escribía sus apuntes al margen del *Faustus* de Mann, y en esa postal era como si se hubiera desinflado, como si las palabras se estuvieran arrastrando en el papel. Casi no reconocí nuestra contraseña, esta vez sí la positiva, la de cuando estaba contento y le gustaba algo. Había firmado *Asa nisi masa* como si fuera un ciempiés plegándose en varias partes de su cuerpo

para avanzar, una palabra toda retorcida, un gusano. Ja, me lo imagino, Ñato, qué risa, un gusanito. No era de risa, Raulito, esa fue la última postal que tuve de él. ¿Cómo que la última? La última, Raulito, no me volvió a escribir más. ¿A qué te refieres, Ñato? ¿Por qué dices la última?... La última, Raulito… ¿Pero por qué pones esa cara? No entiendo… ¿Ñato?... No hay nada que entender, Raulito. ¿He dicho algo malo, Abu, he metido la pata de nuevo? No, Raulito, no es culpa tuya. Me ha sentado mal evocarlo. ¿Tú no recuerdas nada de eso, verdad?... Perdona si te he incomodado, Abu, sabes que no puedo controlarlo. Hay cosas que recuerdo bien, otras que vienen a ratos y luego se van, y otras que no vuelven nunca. Lo sé, lo sé, quizá no hago bien en ponerme a recordar contigo. Ni lo digas, Ñato, ni lo digas. Si no fuera por ti, esto sería un desierto en blanco y no podría ni verme en el espejo, además que no me dejarían salir a estas caminatas. Strudel anda con bastón luego del asalto en su local y el Omoto es un perezoso para caminar dos cuadras, sólo quiere ir en el carro. Házme acuerdo, Abu, no seas así. Tendré que ir rápido y abreviaré, viejo, porque debo preparar las maletas y embalar unos cuadros. ¿No que te volvías la próxima semana? Eso te dije la semana pasada, Raulito, viajo en dos días. Habrá que aprovechar el tiempo, Abu, así que mejor cuéntame cosas que no nos pongan tristes. Además, aquí tengo apuntado en mi libreta que me ibas a contar la historia de… de… espérate que ya lo encuentro… aquí está. De Olenka y también de… de… De la otra no anoté el nombre, Ñato, qué bruto, puse simplemente «la otra chica». ¿Cómo se llamaba? Se llama Neus, viejo, *Nieves* en catalán. Eso, Neus, la catalana. Espérate que lo apunto, sí, aquí. Neus: Nieve. ¿Te has dado cuenta, Raulito? ¿De qué me tengo que dar cuenta, Ñato? El que apuntaba en la facultad era yo, y ahora el que lo hace eres tú. Es como si no pudiéramos estar sin nada entre las manos, viejo, a ratos le toca a uno, a ratos al otro.

Apuntando por aquí, pintando un cuadrito por allá, tomando fotos por ahí, esculpiendo por más acá. Siempre con las manos ocupadas, agarrándonos a cualquier tontería, casi a ojos cerrados, mientras caemos en picado al abismo del tiempo. Puede ser, Abu, puede ser. Lo de mi libretita es solamente práctico, como no sé qué se me va a borrar de la cabeza, aquí está anotado lo importante: nombres, referencias, teléfonos, hasta una explicación de mi amnesia, y el resto son mis apuntes a los que vuelvo de cuando en cuando, y lo que está marcado en el calendario con un circulito. Ésta es la libreta familiar. Tengo otra de trabajo que es más grande. Por ejemplo, aquí dice que el jueves a las cinco de la tarde, cuando ya estés en tus Francias, tengo que ir a recoger a Laura que viene con Tania desde Archidona. Vivo en Barcelona, Raulito, ya no vivo en Francia desde hace algunos años. Perdona, Ñato, es cierto, estoy más despistado de lo habitual. Déjame anotar eso también. Pero, ¿me has contado cómo fue que te mudaste a Barcelona? ¿O no?

Quizás ésa era la solución, pensó Álvaro, que Raulito fuera perdiendo la memoria y así no volvería a sufrir por lo que había vivido cuando Laura lo dejó, esos años esclavo de la bebida, sin un centavo. Sin embargo, aún con esos malos recuerdos, cómo le brillaban los ojos cuando recordaban los momentos buenos, cómo se volvía expresivo, hablaba y hablaba con sus interpolaciones y comentarios. Ya no sabía qué era lo mejor y el neurólogo le había dicho que en su caso era sano rememorar con alquien con quien había vivido ese pasado. La historia con Laura, desde que Álvaro se marchó a Francia, no la había compartido, ya era otra historia, la que Raulito sobrellevó a solas y de la que se enteró tarde y a medias, por otras personas, cuando empezó a volver de visita a Ecuador con más frecuencia. Había pasado mucho tiempo desde que la vio. Incluso estaba seguro de que la última vez fue en el Patio de los Cristales, cuando

Raulito se emborrachó y se hizo el corte en el brazo. Recordó que le habían enviado a través de la madre la invitación a la boda con Eliana, antes de irse a Francia. Laura no fue. Ni dio señales de vida. Nada. Raulito estaba esperanzado de verla llegar y se quedó con las ganas, borracho perdido cuando Álvaro y Elianita se iban de la fiesta a pasar la noche de bodas en el Hotel Colón. Álvaro sólo alcanzó a decirle a su hermano que se encargara de llevar a Raulito a casa. Fue por Strudel que supo, años después, que Laura finalmente se había ido a Bogotá tras Néstor Arango, el director de teatro que, como repetía la madre de Laura cada vez que podía, la había seducido. Laura trabajó en un par de obras de teatro y luego no se supo más. Arango seguía viniendo a Ecuador. Strudel se lo cruzó una vez en la plaza de San Francisco, lo encaró y le preguntó por Laura y el tipo sonrió, mirándolo como si no lo conociera. Strudel no se iba a quedar sin noticias y le preguntó de nuevo por el paradero de Laura.

—Se la tragó la selva —dijo Arango bordeando una broma.

Strudel casi le parte la cara. Arrastró a Arango en medio de los gritos del colombiano hasta donde estaba el policía más cercano, le contó el problema de la desaparición de Laura Coloma, y que ese individuo había sido pareja suya. Arango quiso evitar cualquier pelea y le dijo que Laura estaba en Cali, trabajando para una compañía de teatro de los Buenaventura. Que podían ubicarla allá.

—El policía no podía hacer nada —dijo Strudel—. En realidad era un chapita encargado del tránsito. Para que veas lo nervioso que me puse, Álvaro, que ni me di cuenta. Como estaban en plena campaña antisubversiva, el chapita se envalentonó y le pidió a Arango las señas de dónde se estaba hospedando y el pasaporte, y fuimos a sacarle una fotocopia. Arango estaba pálido, mansito. Me explicó que se habían separado un año atrás y que ya no tenían ningún contacto. Le creí y no le pregunté más.

Después, averiguando con amigos del Teatro Sucre, resultó que sí existía esa compañía en Cali. Nos pusimos en contacto y, en efecto, allí estaba Laura. Cuando volvimos a insistir para hablar con ella, nos dijeron que por favor no llamaramos más, que ella no quería ponerse al habla. Fin del asunto, Álvaro. Laura no quería saber nada de su familia.

Sí, quizá eso era lo mejor, no saber nada de nadie, olvidar, perderse, pensó Álvaro, así podía dejar que la misma memoria que abría al monstruo su palacio, fuera cerrando las puertas a los recuerdos, a esas digresiones fulgurantes donde el monstruo volvía para ensombrecer el camino principal. Al menos Raulito podía olvidar y dejar ocultos territorios devastados y, a veces, sacar a flote islas de luz. Él, en cambio, no podía olvidar nada, tenía que hacer un esfuerzo para deshacerse de imágenes y nombres. Y eso sólo era posible cuando se ponía delante del lienzo en blanco. Pero no mucho rato. Debía empezar de inmediato a aplicar el rojo, como si quisiera cubrir esa posibilidad infinita de las figuras que esperaban a levantarse en el lienzo. Cubrirlo de rojo, capa tras capa, gradando los colores como quien tiende y acomoda un telón pesado, imposible de levantar. Cuando empezó a trabajar el óleo en veladuras fue lo más próximo al éxtasis, un trabajo infinito de encubrimiento que podía no terminar nunca. Los dejaba secando y luego los acercaba a la ventana para ver cómo la luz llameaba en la superficie rojiza, descubriendo el relieve de las distintas capas, como dorándose al sol. Pintaba para olvidar, pintaba casi como una terapia. Y luego guardaba los cuadros y se olvidaba de ellos y no los mostraba nunca. En realidad, se había olvidado de su carrera de pintor. Había terminado los estudios de diseño gráfico y trabajaba para una agencia de publicidad por la zona de La Défense, el lugar que menos le gustaba de París. Su investigación sobre los pintores que habían usado el rojo se había diluido con los meses, cansado por el

exceso de trabajo en la agencia. No había otra manera, Raulito, tenía que ganar mi propio dinero, mi vieja no me podía estar manteniendo tanto tiempo y tampoco era que tuviera muchos recursos, así que acepté el trabajo. Sobre todo era mi salvoconducto para no tener que volver a Ecuador. No me imaginaba allá, hablando como un bicho raro de mi afición monócroma. Quizás lo más importante es que no quería tener que justificar o inventar pretextos sobre por qué no pintaba o exponía.

Lo que no le puede decir a Raulito es que en esos años había empezado a tenerle un poco de envidia. Ocurrió sin que se diera cuenta, y quizá él mismo había provocado esa situación. En el primer viaje a Quito, luego de cuatro años en los que ni siquiera había venido por las fiestas de Navidad —su madre los había visitado cuando vivía con Eliana, fueron hasta sus suegros, durante el primer año en París, y luego los dejaron a su suerte—, Álvaro buscó a Raulito y pensó que su historia seguiría mal, que le tocaría irse de tragos por bares de mala muerte, que nuevamente Laura sería esa sombra que nunca se había desprendido de los pies de su amigo. Ni siquiera tuvo que ir a buscarlo porque una hora después de que había llegado, mientras terminaba de deshacer la maleta, Raulito ya estaba tocando el timbre de su casa. Cuando le avisaron que lo buscaban, bajó corriendo las escaleras y su amigo, sentado en la antesala, se levantó para abrazarlo, Ñato, Ñato, qué alegría de verte, Ñato, cómo estás, mi hermano. Todavía aturdido por el *jet lag* y la visita inesperada, lo hizo pasar mientras lo iba reconociendo. O desconociendo luego de esos cuatro años. Raulito tenía la mirada diáfana, bien peinado, con el pelo cortísimo, casi a rape, con la coronilla de la calvicie mucho más marcada, que pasaba a segundo plano por la frescura del semblante, por la vivacidad, por la transparente alegría de verlo. Llevaba una chaqueta de cuero nueva, el pantalón bien planchado, los zapatos relucientes. Cuando Álvaro creyó

sospechar que saldría un brillito de melancolía, de esa incertidumbre en la que Raulito parecía estar royendo las paredes de una vida que más que edificarse se iba desmoronando, esa mirada apareció, era él quien se la provocaba. Estás flaco, Ñato, ¿fue agotador el viaje? Yo no sé cómo haces para subir en esos monstruos y pasarte tantas horas volando sobre el mar. La madre se acercó al escuchar el alboroto y Raulito de inmediato la saludó y le entregó un ramito de flores en una jarrita que había dejado apoyado en la mesita de la antesala. Hasta ella se dio cuenta del cambio porque le sonrió, lo había mirado rapidísimo de arriba abajo y lo había aceptado y estaba acogedora, invitándole un tecito, una colita, y Raulito agradecía aunque tenía que irse a una cena. Eso era, pensó Abugatás. Se había arreglado para esa supuesta cena, y sería otra de sus noches interminables y de delirio, bebiendo hasta desmoronarse. Sólo que al día siguiente que quedaron para irse a comer los cebiches que tanto le gustaban a Raulito, y que serviría para calmar la resaca, estaba igual al día anterior: la misma sonrisa, impecablemente vestido, sin rastro de mala noche, sin el menor pliegue de haberse excedido en la bebida.

—Era una cena con los profesores del colegio —dijo Raulito—. Estoy trabajando en el Manuela Sáenz desde el año pasado. Me pagan poco y tengo mucho tiempo libre. Doy pintura y dibujo, y como se jubiló hace unos meses la profesora de los talleres de escultura para las chicas, me dijeron si lo quería coger temporalmente y acepté. No sabes, Ñato, la escultura es una maravilla. Cómo me arrepiento de no haber cogido el curso en la Escuela de Bellas Artes.

Álvaro lo escuchaba y no se explicaba el cambio. Estaba aliviado, en cierta manera, quería entender qué era lo que había pasado realmente. Necesitaba algo que resolviera esa nueva transformación de Raulito, y si era cierta y durable. Lo mejor

sería hablar con Strudel, así que lo buscó y tampoco encontró una explicación precisa. Había quedado en ir a Discos Bedoya a tomarse un cafecito en el Patio de los Cristales y lo que hizo fue adelantarse una hora y media para escuchar lo que podría decirle Strudel. Le llevaba una colección completa de una nueva edición de los discos de Sidney Bechet que había traído de Francia.

—Para disculparme por no devolverte el que me prestaste —le dijo.

—Ni falta que hacía, mijo —dijo Strudel—. Pasa, pasa, que te preparo un café.

Ahí estaba de nuevo el Patio de los Cristales. Era como llegar a casa, otro de sus rincones favoritos, sólo que este sí secreto y con más historias que lo implicaba desde tiempo atrás. Bobbie estaba viejísimo, echado junto al sofá, ni lo miró. Todo parecía más pequeño, pero seguía intacto.

La versión de Strudel era que el cambio de Raulito en parte se debía a la suerte de haber encontrado ese trabajo. Aún así, siguió todavía un tiempo con sus salidas para beber, no había sido nada de la noche a la mañana. Sólo que redujo las salidas a los fines de semana. Hasta que apareció eso de la escultura.

—Yo tampoco me lo explico, mijo… Perdona que te diga así, Álvaro. Es como si lo fueras.

—Por favor, me encanta la palabra mijo. No pasa nada.

—Bueno. Pues lo que te decía. Empezó con eso de la escultura. Se metió a unos talleres y ahora hasta se va a las canteras. Se ha hecho amigo de picapedreros. Y vez que puede, me dice para irnos a pasear por unos parajes que ni yo conozco o a hacer caminatas larguísimas por la bajada a Guápulo o por Lumbisí. Lo acompaño en la medida que puedo, porque tengo la cadera medio resentida por la osteoporosis. En resumen, creo que debe ser eso. Ha encontrado una pasión. Ahora vivimos juntos, compartimos una casita por La Floresta. Raulito se ha

conseguido un taller junto a otros artistas por Chimbacalle. Está contento y eso me alegra.

—Sí, me lo contó. ¿Y su papá?

—De Efeefe no hay mucho que decir. Él sí sigue en las mismas, hecho una ruina, tocando de vez en cuando. Raulito te dirá que se volvió a casar. En realidad convive con una mujer que lleva un bar o restaurante por el sur, en la Villaflora. No lo vemos nunca. Mi primo sí que no ha cambiado nada. Está hasta peor. A veces esa mujer tiene que ir a recogerlo al lado de la Concha Acústica, donde se duerme las borracheras… Y mejor no sigamos hablando que no quiero que Raulito llegue de pronto y empiece a sospechar. Ya me cuesta quedarme callado. Hago el esfuerzo porque ahora lo veo bien. ¿Has visto eso que está haciendo con las piedras? Mira, aquí siempre deja algunas. Esas de ahí.

Vio esas piedras en el Patio de los Cristales. Luego Raulito lo acompañó al tallercito que compartía con otros escultores por Chimbacalle. Raulito, impecable como lo estaba cada vez que se encontraban, no paraba de hablar:

—Fue una suerte que vinieras, Ñato, una buena coincidencia, y que te entusiasme lo que apenas es un proyecto. Ya lo ves, recién estoy empezando.

—Es una buena idea —dijo Álvaro—. ¿Cómo se te ocurrió?

—Siempre estuve aficionado a las piedras. ¿Te acuerdas que llevaba en los bolsillos esos cantos rodados que Strudel tenía como decoración en el Patio de los Cristales? Pues los empecé a coleccionar cuando comencé a dar clases de escultura. Mi mundo se volvió tridimensional, Ñato. Era como ver algo que siempre estuvo allí y yo no le hacía caso.

—Yo tampoco, Raulito. Nunca me educaron para ver escultura. De hecho ahora que vuelva a París voy a fijarme. Hay exposiciones por todas partes de obras de Brancusi y de Giacometti.

—Es materia viva, Ñato. No sólo contemplas las piedras como lo haces con un cuadro. Están vivas, cargadas de energía.

—Uy, Raulito, no te me pongas místico que salgo corriendo.

—Di lo que quieras, Abu, pero es verdad —Raulito se acercó a su mesa de trabajo, se agachó y levantó un trozo de piedra y se lo mostró—. Lo más obvio es que te fijes en los metales. Los fundes, se ponen al rojo vivo, los moldeas y luego sigues trabajando. Esta piedra que ves, aunque no parece metal, es ígnea, viene del puro fuego de la tierra, Ñato.

Raulito posó la piedra con cuidado sobre la mesa.

—El mármol es un lujo que no puedo pagarme. Y si pudiera, no trabajaría con mármol. No sólo está cargado de la energía de la cultura europea, de los griegos y los romanos. Yo no he hecho estudios de escultura. Aprendo sobre la marcha. Como dice una amiga, soy una bailarina de cuerpo grueso que pretende bailar danza clásica cuando lo que tengo que hacer es danza contemporánea. Ese carro se me pasó, Ñato. Con estas piedras, con la andesita, es distinto. Aquí hay por montones, es barata, y la han usado desde épocas precolombinas. Ahora el asunto no sólo es pulirla y darle formas nuevas como hace mucha gente que trabaja en ellas. Yo quiero respetar las formas que me encuentre. Como mucho afinar ese trabajo del tiempo. Lo que quiero hacer, aprovechando que son de origen ígneo, es devolverles ese fuego. He estado probando con algunas. Las horado con un taladro y por el huequito les meto un poquito de hierro fundido. Tengo un colega que hace esculturas de metal y me acolita con mis ensayos. ¿Sabes lo que he pensado?

Que sería interesante fundir oro e inyectárselo.

—Pero no se vería el oro, Raulito.

—Ése es el chiste, Abu. Sólo asomaría una puntita en la superficie pulida. Nada más. Pero sólo por saber que el oro sigue dentro de la piedra hasta su mismo centro, es como darle una

columna vertebral. La ves y no la ves. Como si la piedra fuera el recuerdo del fuego del que venía.

—Habría que probar. Me parece una buena idea. ¿Y cómo las vas a llamar? Porque vas a tener que darles un nombre a tus obras.

—Pues no lo he pensado todavía, Ñato. A ver si te ocurre un nombre.

Su amigo estaba recuperado, pensó Álvaro, se había redimido de tantos años a la deriva, sus palabras eran cálidas, contagiaba entusiasmo. Ahora sí es la buena, al fin se le ordenaba la vida. Laura podía rondar a su manera y, sin embargo, no lo iba a sacar de este entusiasmo por la escultura que le había cambiado la percepción de las cosas. Sintió un cosquilleo, una inquietud. Raulito estaba bien. Y él, en cambio, con todos sus estudios en París, luego de viajar sin miedo y haber visto tantos museos por el mundo, no tenía ese entusiasmo, esa fuerza que incluso se sobreponía a sus desconocimientos técnicos, a no haber pasado por las aulas para aprender lo que Raulito descubría a pulso. Era como él mismo había sido unos pocos años atrás, rastreando el rojo en cualquier cuadro, su gran expedición errante coleccionando lo que estaba disperso por el mundo hasta que él había llegado: la maleta roja de Paul Signac, el globo rojo de Valloton, la bufanda roja de Vlaminck, la nube roja del primer Mondrian. Y nada quedaba de esa expedición. No pintaba más, o de vez en cuando. ¿Había desaparecido realmente todo eso?

Se te ocurrió a ti ponerle el nombre de *cantuñas*, Abu. Yo pensaba que se te había ocurrido a ti, Raulito. Qué va, Ñato, de eso sí me acuerdo, te reías cuando cargábamos esa piedra en la camioneta de Strudel para llevarla a la fundición. Sí, Raulito, nos parecíamos a los demonios de Cantuña cargando piedras para la escalera de Bramante por la que había pactado con el diablo.

Pues fuiste tú, Ñato, el que le puso el nombre. No fue así, Raulito, cuando dejamos el piedrón y yo me sacudía las manos, te quedaste como embobado luego de lo que yo había dicho sobre el pacto de Cantuña.

—Eso es, Cónsul —dijo Raulito—. Le puedo poner ese nombre: *Cantuña.*

¿Ves que fuiste tú, Raulito? Yo sólo dije un nombre y tú lo atrapaste, a ti se ocurrió adoptarlo. Porque tú me ayudaste, Abu, por ti lo encontré. Es como si tú se lo hubieras puesto. Bueno, como quieras, acepto el crédito y me tienes que dar mi porcentaje, entonces. Todo el que quieras, compadre. Y sí que pegó eso de cantuñas, Raulito, era como tu pacto con el diablo del *Faustus* de Mann. Nuestro *fausto chulla*, Abu, ¿qué pensabas si no? Si hasta a mi mamá le gustó la idea y le entró curiosidad y ya ves, ni siquiera las habías expuesto y te compró la primera que hiciste. Linda tu vieja, Ñato, yo le dije que sólo me pagara un precio simbólico y cuando vi el cheque casi no lo creía. ¿Seguro que no le dijiste nada para que me diera tanto? Con eso pagué lo que le debía de mi parte del alquiler a Strudel y compré oro para las siguientes.

—¿Les parece bien? —preguntó la madre a los dos hermanos—. Hace tiempo que no compro obras de arte. Ya no sé los precios actuales.

—Cuesta el doble, mamá —dijo Abugatás—. Y ya Raulito ha hecho un precio especial tratándose de nosotros.

—Está bien —dijo ella—. Le pago el doble. Tampoco es tanto. Dónde tendría mi cabeza. Aparte que le va a venir bien a este muchacho. Da gusto verlo presentable.

—No deberías gastar en esas tonterías —dijo Rogelio.

—Si no te hubieras deshecho de los trofeos de tu padre, ahora no tendríamos ese hueco donde estaba el tigrillo iluminado, mijito. Déjame darme un gusto y de paso ayudamos al

artista. Y tú deberías seguir su ejemplo, Álvaro, que no haces ninguna exposición ni nada. ¿Hasta cuándo vamos a esperar?

—¿Hasta cuándo? —se burló Rogelio y haciendo una mueca se fue y los dejó a los dos sentados en la mesa del comedor terminando de tomar el café.

Era la verdad. Le costó escuchárselo decir a su madre. No quiso preocuparse más de lo debido. Sólo era cuestión de irse acostumbrando al nuevo trabajo en la agencia en París y entonces se aplicaría. Ideas no le faltaban, había muchos cuadros que debían terminarse. Ahora quería estar con ella y con Rogelio, pasarlo bien, sentir el afecto de su gente. Era de nuevo el muchachito que volvía de vacaciones al país luego de vivir en las embajadas de su padre, sólo que ahora estaría solo cuando regresara al extranjero, sólo que ahora su país se estaba volviendo el extranjero. Su madre, a su manera, no tenía el mismo empuje de antes, y Rogelio era casi un desconocido. ¿Por qué se había burlado de él diciéndole *hasta cuándo?* La pregunta realmente debía ser: ¿hasta cuándo, Rogelio? ¿Por qué no se abría con él y le contaba lo que le estaba pasando? Raulito estaba renovado y su propio hermano, en cambio, iba zarrapastroso, encendiendo un cigarrillo con otro, entrando y saliendo de la casa sin avisar más que con ese tímido abrir o cerrar la puerta, o la empleada que iba corriendo a abrir el garaje porque él la llamaba con una especie de susurro. Nunca coincidía con ellos ni en el desayuno ni en los almuerzos. Incluso faltó alguna noche. Y la madre, en viudez, se distraía de la soledad con una agenda más agitada que cuando vivía el padre, de una casa a otra de sus amigas, haciendo colectas, en clubes de lectura, nadando en la piscina del club de diplomáticos, con el chofer de un lado para otro resolviendo desde el asiento trasero los trámites de la casa que, por supuesto, Rogelio no se preocupaba en ayudar. Él no podía reclamar nada, ya no vivía con ellos, y quizá ya no volvería nunca a vivir

allí. No era su mundo. Así como él se había despreocupado en volver, ellos se desentendieron de él, no lo pusieron al día, no sabían cómo asumirlo, y él tampoco. Las dos semanas de visita se fueron volando. Sólo Raulito estaba preocupado en saber lo que haría, en quedar para ir a comer, ir al taller, hasta hicieron la primera gran caminata bajando por Guápulo. Dos días antes de irse recibió la llamada de Eliana.

¿Te llamó, Ñato? ¿No estaba resentida ni nada? No tenía por qué estarlo, Raulito. Nos separamos de mutuo acuerdo. Así que quedamos en la Libri-Mundi. Estaba muy bien, cariñosa conmigo, con esa cortesía como triste y melancólica, y seguramente yo debí de parecerle igual. Estaba conviviendo con un norteamericano que trabajaba en la embajada de Estados Unidos.

—Parece que el mundo de los diplomáticos me persigue —le dijo riéndose.

Hasta me preguntó por ti, Raulito. Yo le conté entonces que estabas muy bien, trabajando mucho, haciendo un proyecto muy interesante, y que yo quería ver la manera de que tu trabajo se pudiera exponer fuera porque allí no iban a valorarlo como debían. Ella me dijo que hablaría con su pareja, que conocía al agregado cultural y que vería qué podía averiguar. Fue por ella que conseguí el contacto con el marchante de Nueva York. Sólo que se demoró y me lo envió a París casi un año después y fue cuando te pedí que hicieras un borrador explicando tu proyecto, que le tomaras buenas fotos a las cantuñas. Había que moverlo. ¿Te acuerdas, Raulito?... Y hasta que llegó el contacto de Nueva York se apareció de la nada Andrade para decir que había dejado las caricaturas y que había abierto una galería de arte por la González Suárez y que se había enterado de que estabas trabajando en unas esculturas muy especiales con oro, y ya ves lo que pasó luego, cuando te volviste famoso y el pendejo de Andrade empezó a vender las réplicas de tus talleristas…

¿Raulito?... ¿Me estás escuchando?... Sí, Ñato, dime. Otra vez no me estás siguiendo. Perdona, Ñato, perdona. Te estoy diciendo que ella, Elianita, me dio el contacto y que ahí empezaría yo a ayudarte a mover tu trabajo. Se la veía contenta. Quise ver algún rastro de lo que nos había pasado mientras estuvimos juntos. No vi nada. Me quedé con una sensación extraña, preguntándome qué había visto en ella, por qué había decidido casarme. No encontré una razón. O la razón se había desvanecido. Si no hubiera sido por ti, Raulito, me habría sentido completamente desconectado en esa visita. Los últimos días empecé a extrañar mi departamento de la rue Laffite, el silencio sin sospechas de los cafés de París, la tranquilidad despiadada de caminar por las calles sin esperar a reecontrarme con nadie que me preguntara cuándo había llegado, cuándo me iba, qué hacía, cuándo iba a exponer. Te sonará una tontería, pero tenía ganas de comer un *croissant* y tomarme un café con leche, irme a caminar por los jardines sin miedo de que me asaltaran, entregarme a una *flanêrie* sin conciencia de culpa, gratuita, sin objetivo, ni siquiera buscando aclarar las ideas ni pensar en un cuadro, sino únicamente ir a la deriva, dejándome llevar por una esquina, por una bicicleta que gira repentinamente, por una señalización descolocada por el viento que resulta darle la vuelta a la ciudad para que ahora sí te pierdas de verdad y así te encuentres. Era la primera vez que extrañaba volver al extranjero lo que le quitaba ese rango de extrañeza: mi casa, en realidad, estaba allá. Ver a mi madre y a ti en el aeropuerto para despedirme me dejó triste. Rogelio no había ido. Sólo cuando estaba en el avión me di cuenta de que no hice muchas cosas que había tenido en mente, como volver a ver los cuadros de Araceli Gilbert, preguntarle a Rogelio quiénes eran esas gentes que habían ido a buscarlo en el departamento, que me contara más de Marzi, esa chica bellísima que apareció de la nada y volvió a la nada. Me resultaba increíble que me hubiera

olvidado de todas esas cosas, como si hubiera pasado mucho tiempo atrás y ya no importara. Fui un extraño, Raulito. Si quería dejar de serlo, tendría que volver con más frecuencia, reconquistar lo perdido, juntar lo que se había separado. Pensé que me exigiría un esfuerzo enorme. Y no sabía si en realidad estaba dispuesto. Quizá no había marcha atrás. Ni siquiera imaginaba que me iba a vivir a otra ciudad y que lo que yo supuse que me costaría mucho recuperar, lo que ya estaba dispuesto a perder para siempre, olvidarlo para fundar otra vida, vendría precisamente a tocarme la puerta en Barcelona.

4

Ese domingo seis de agosto de 1961, Magdalena y Landor caminaron todo el día. Ella le dijo que sólo por esa vez le haría el recorrido predecible para que se orientara y para que apendiera a perderse. Landor no entendió el juego de palabras, aunque le estuvo dando vueltas durante varios minutos. No se lo dijo y tampoco le dijo a Magdalena que a él le gustaba la comodidad de lo predecible. Ese día no lo fue, pero se sintió muy cómodo, salvo alguna intermitencia hacia el final.

Se encontraron en la estación de Châtelet y fueron caminando por la Rue de Rivoli. Se acercaron hacia la entrada del Louvre. A Landor le pareció una buena idea entrar al museo, refugiarse del calor, ver los cuadros con los que había pensado encontrarse. ¿No era eso, acaso, lo mejor que le podía pasar en París, ir finalmente al Louvre? No lo había pedido y ya se estaba cumpliendo su deseo. Le dijo a Magdalena que quería ver pinturas de Rogier van der Weyden, Quentin Metsys, Mabuse, Patinir, y un autorretrato de Durero.

—No vinimos para entrar al Louvre —dijo Magdalena—. Nos vamos más allá. Si quieres me cuentas por qué te interesan esos cuadros y venimos otro día. El domingo esto revienta de turistas.

Atravesaron las Tullerías y Landor no sospechó que allí, a su izquierda, del lado del Sena, había un pequeño museo dedi-

cado a Monet, L'Orangerie, al que vendría muchas veces y que le serviría de inspiración, años después, para los protocolos de su museo personal. Cuando llegaron a la plaza de la Concordia, Landor iba a explicarle a Magdalena por qué le interesaban las pinturas de los pintores que había mencionado, pero no dijo nada sobre eso cuando vio la gran secuoya a la entrada de los Campos Elíseos. Se quedó boquiabierto durante un buen rato, dio varias vueltas alrededor de la secuoya y le explicó a Magdalena que siempre había querido ver una.

—Y tú querías encerrarte en el museo —le dijo mientras él seguía embobado rozando la corteza de la secuoya.

Fue por las secuoyas que Landor empezó a pensar en los titanes. El tronco de la secuoya parecía la pierna de un titán. En los viajes que realizaría con Magdalena, uno de los más memorables fue el rastreo de las secuoyas gigantescas de las que Landor paladeaba sus nombres titánicos, empezando por el General Sherman, y pasando por Melkor, Iluvatar, el Titán del Norte, Hiperión, Helios e Icarus. Algún día, se dijo, iría a verlos.

—No sé ni cómo se llaman las flores más allá de los claveles, los tulipanes, las rosas y las glicinas —dijo Magdalena—. No soy nada lírica, señor Landor. Los árboles sí me caen simpáticos.

Desde ese momento empezó a describirle a Magdalena los grandes árboles que se encontraban en el recorrido de los Campos Elíseos. Le indicó las acacias, los castaños, los cedros, los robles, los almendros y varios tipos de plátanos y hayas. Magdalena lo escuchaba asombrada, señalándole cada árbol nuevo para ponerlo a prueba. Él respondía luego de pensárselo un minuto largo.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —le pregutaba ella—. Pareces más un jardinero que un pintor.

Landor no podía saberlo en ese momento. Llegaría un día en que se iba a reír del comentario de Magdalena, porque él sólo sabía de una veintena de árboles, no más, y más bien sería ella

la que aportaría con sus respuestas sorprendentes y bien documentadas.

Tomaron un helado a las afueras del Grand Palais. Él le preguntó a dónde íban.

—Allá —dijo Magdalena—. Al Arco del Triunfo.

Cuando dieron una vuelta entera al Arco, que dejó a Landor medio mareado por el calor, la inmensidad de la perspectiva y las vueltas enloquecidas e incesantes de los autos, él le volvió preguntar a dónde les tocaba ir.

—Allá —dijo ella señalando hacia el oeste—. A la avenida Foch. Ahora sí estamos contra el tiempo.

Avanzaron sin ver nada interesante. Landor se estaba empezando a cansar por el calor. Magdalena le dijo que habían llegado. Estaban delante de uno de los grandes edificios de la Avenida Foch. Magdalena tocó un timbre y le abrieron la puerta. Mientras subían por el ascensor le preguntó a dónde subían.

—Ahora lo vas a ver.

Tocaron otra puerta y les abrió un hombre joven, de ojos rasgados, que la saludó respetuosamente.

—¡Tuong! —saludó ella—. Espero no llegar tarde.

El hombre le dijo que no era tarde, que pasaran. Agachaba la cabeza mientras lo decía, esbozando una sonrisa tan tenue que parecía el resultado feliz del esfuerzo por romper una apatía profunda. Luego de que ambos entraran, Tuong se quedó un rato con la puerta abierta, mirando al pasillo, como esperando a que llegase alguien más, hasta que la cerró.

—¿De dónde es? —le preguntó Landor, porque nunca había visto en persona a un hombre de ojos rasgados con ese color de piel canela.

—Tailandés —dijo Magdalena.

Era un departamento espacioso. Al fondo, a la entrada del salón, había varias personas reunidas. Magdalena y Landor se

acercaron cuando salió rápidamente de un pasillo un tipo más bien bajo, de la altura de Landor, con ojos saltones y peinado con una raya al lado. Venía a toda prisa desde un pasillo en dirección al salón, cuando los vio. Reconoció a Magdalena y se detuvo y abrió los brazos como si el día hubiera dado un vuelco entusiasta al encontrarla.

—¡No podíamos empezar sin ti, Maggie! —dijo, y al ver a Landor frunció el ceño—. Ya veo quién te ha retenido.

—Él es Landor, Yves. Es… —dijo Magdalena, y se quedó callada unos segundos, evaluando cómo presentarlo con una provocación—. Es experto en árboles. No es un botánico, ojo. Solamente experto en árboles.

El hombre de ojos saltones acogió con gusto la humorada de Magdalena, le dio dos besos en la mejilla y le estrechó la mano a Landor.

—Primera vez que conozco un experto en árboles —dijo Yves—. Mi favorito es el Ginkgo. ¿Los ha visto?

Landor no alcanzó a responder cuando Yves empezó a mover los brazos acompañando lo que decía:

—El Ginkgo parece que alza los brazos y levanta la cabeza apuntando al cielo con un mentón. Es devoto del cielo. Y he ahí la razón, querida. Ahora lo entiendo. El Ginkgo tiende al azul. Hermoso árbol el Ginkgo, ¿verdad?

Como si hiciera una contraseña secreta y supiera de lo que hablaba, Landor asintió con la cabeza. No tenía la menor idea de lo que era un Gingko. En realidad, no había entendido su francés acelerado y de tono bajo, y la palabra Ginkgo se le perdió en un murmullo indescifrable. Magdalena tradujo y se lo explicó. Landor nunca había escuchado ese nombre. Le fascinó no sólo el nombre, sino la manera en que ese hombre había hablado, aunque no lo hubiera entendido. Había algo en su voz, una certeza tan sana como

rotunda. Eso era, pensó, una sensación de limpieza. Era de fiar, pensó.

—¿Ya se lo presentaste a Jean-Louis? —dijo Yves—. Él sabe alemán. Aunque a Jean-Louis no le gustan los árboles. Tú acomódate, preciosa, que ya preparé los papeles y las pinturas. Sólo me falta traerlo a Jean-Louis, que no lo encuentro por ningún sitio. Siempre se desaparece por sus infinitas conversaciones por teléfono. A ver si Tuong lo llama y le dice que baje de su *chambre de bonne*. Mira que irse a poner una línea teléfonica allá arriba. Está loco.

Celebrar el azul

Landor se sintió cómodo en el ambiente. Sólo lo inquietaba que, repentinamente, Magdalena tuviera tantos amigos. ¿Eran celos? ¿Podía él sentir celos? Tuong, el mismo hombre que les abrió la puerta, se colocó delante de él y alzó ligeramente una bandeja con bebidas. Landor no entendía lo que pasaba, cuando se fijó en qué elegir, todas las bebidas eran azules.

—*Zitronenlimonade* —dijo Tuong secamente en alemán, para asombro de Landor, y al segundo, con un brillo de ironía en sus ojos, como si le indicara que era respetuoso con lo que se hacía en esa casa en la que trabajaba, sin que eso significara que estuviera de acuerdo, y que se había dado cuenta de dónde era el invitado, añadió explicándole que era una limonada pero azul—. *Zitronenlimonade aber blau*.

Magdalena cogió una, Landor dijo que no quería y Tuong se marchó.

—Está buenísima —dijo ella—. Si quieres acábatela tú, que ahora me toca mi parte. Ponte en primera fila porque empezamos en cinco minutos.

¿Por qué ella no le explicaba qué era ese lugar, qué hacía esa gente y a qué habían venido? Su manera de volverlo cómplice era la entrada tácita en materia. Landor se acercó, abriéndose espacio entre los asistentes que conversaban entre ellos con la misma sensación de entusiasmo de Yves. En el centro del salón, al lado de unos ventanales que daban hacia la avenida Foch, había una amplia pared blanca, varios papeles grandes dispuestos en el piso, unos cubos de pintura azul y unos rodillos. Magdalena estaba junto a otras dos mujeres que miraban a los asistentes. El sol de la tarde no entraba en el departamento. Las ventanas abiertas permitían que el salón se oxigenara. Yves se acercó por una esquina junto a un hombre de unos cuarenta años que miraba risueño a la gente. Magdalena le señaló a aquel hombre mientras movía los labios, pero Landor no podía escucharla. Debía ser el dueño de casa, el tal Jean-Louis. Este empezó a hablar agradeciendo que todos hubieran ido y dio una explicación que Landor no pudo entender. No dijo nada más y le cedió el turno a Yves.

Entonces Yves dio un paso adelante. Levantó el mentón y con los ojos todavía más abiertos, como riéndose de su propia y falsa solemnidad, dijo con toda claridad algo que Landor no entendió:

—*Au nom de la vacuité et de la couleur, nous célébrons aujourd'hui les traces du corps.*

A Landor no le importó no entender porque el espectáculo hablaba por sí mismo. Empezaron a sonar unas notas monocordes, y Magdalena y las dos mujeres se desnudaron. Lo hicieron sin prisa, casi sin pudor, no como se desnudaba Dora Lerner, sino como si ahora estuvieran cumpliendo un ritual o una actuación, conscientes de lo que hacían. Landor no podía quitarle la vista al delgado cuerpo de Magdalena, mucho más delgado que el de las otras dos mujeres, más bien rellenas. Ella destacaba por

el pelo ensortijado que siempre parecía oscilar con suavidad. Las otras dos mujeres llevaban el pelo ceñido. Yves tenía un aire impostado. Les entregó dos rodillos a las dos mujeres y le dijo a Magdalena que esperara un momento. Él cogió otro de los rodillos. Todos embebieron los rodillos de pintura azul. Las dos mujeres empezaron a pintarse el cuerpo desnudo entre ambas, mientras Yves pintaba el de Magdalena. Era una labor mecánica, como si en vez de mancharse gratuitamente se estuvieran embadurnando con un propósito todavía desconocido. Cuando estuvieron listas, Yves les pidió que se aproximaran a la pared.

No era una simple pared blanca. Tenía adherido un amplío lienzo de papel. En ese momento Landor se dijo que no, qué cómo era posible eso. Pinceles humanos.

—*Célébrons le bleu* —dijo Yves.

Tomó de la mano a Magdalena, la acercó a la pared y le indicó a las dos mujeres que subieran a unos pequeños taburetes. Magdalena, la más alta de las tres, sólo tuvo que aproximarse a la izquierda del lienzo de la pared. A órdenes de Yves las tres mujeres se apegaron al lienzo blanco, imprimiendo el pigmento azul con la presión de sus cuerpos desnudos, mientras las caderas dejaban manchas curvas y hasta la señal de huesos. Cuando las tres mujeres se separaron del papel, se pudo ver que la huella azul que había dejado Magdalena no era tan curva, sino una especie de tubo. A Landor se le desvaneció en ese momento el Rosa Tiépolo que asociaba con ella. Estaba invadida por un azul que a Landor no le daba un olor marino, o de cielo. No era un olor que lo remitiera a nada en concreto, ni flor ni fruta ni paisaje, sino a sí mismo. Ese azul no tenía referencia en el mundo, o al menos él no la recordaba. Por primera vez sintió que estaba naciendo una referencia que serviría de recuerdo. Ese azul era el juego absoluto de un niño feliz. Su recuerdo era de la vez en que hizo un exceso de verde y empezó a pintar follajes de árboles.

En el mismo lado de su árbol cromático, el azul y el verde se tocaron y abrieron los ojos.

—¿No fue fantástico? —le diría Magdalena en los próximos años cuando recordaban esa tarde de domingo—. Yves era un genio. Quién iba a imaginar que se moriría un año después, en pleno esplendor de su talento. Tenía 34 años. Menos edad de la que tienen hoy nuestros hijos.

Durante algunos años el mundo parecía haberse olvidado de Yves Klein. Ellos no, por supuesto. Landor no volvió a ver obras suyas expuestas más que las que encontraba en los libros de Magdalena y en alguna galería de París. La antropometría azul en la que Magdalena había participado como un «pincel vivo», así las llamaba Yves Klein, reapareció en la gran retrospectiva que le dedicaron en el Centro Georges Pompidou en 1983. Cuando Landor y Magdalena la volvieron a ver, él le dijo que si se desnudara allí mismo en el museo y la volviera a pintar, seguiría igual de delgada. Ella estaba pensando en algo distinto: ¿en qué se nos fue el tiempo, señor Landor?

Esa tarde, luego de que Magdalena se diera un baño para quitarse la pintura, volvió a estar de nuevo radiante. Le presentó a Landor al dueño de casa, Jean-Louis Biscay, que efectivamente hablaba alemán como había dicho Yves, pero ella y Jean-Louis hablaron un rato en español. ¿Podría él alguna vez remontar esos idiomas que ella hablaba con soltura? El francés lo aprendió rápidamente de la mano de Magdalena. Y luego, poco a poco, el español. Sentía como si fuera coleccionando palabras y expresiones de un titán que iba abandonando migajas en el camino. Sólo Magdalena podía estar a la altura de ese titán. Él escribía sus conferencias y ella se las corregía. Landor añadía párrafos que dejaba al final del texto para responder las preguntas habituales, siempre las mismas, que los estudiantes le formulaban cuando vencían su temor a preguntar.

Faltaba mucho para eso. Sin embargo, había empezado en esos días. Desde allí fueron trazadas, para que él las siguiera sin cuestionamiento, las líneas de su vida marcada por el movimiento en un mundo abandonado por los titanes.

My sach die gat als es oben schtat

Mientras Dieter y Dora Lerner seguían en Pornichet, Landor y Magdalena se vieron todos los días de la semana, luego de que él salía de trabajar de Barbadrac. Llevaba siempre consigo su cámara Zorki y de cuando en cuando tomaba fotos. Mientras caminaban comentaban lo que había pasado con Dora. Al parecer, la recuperación en Pornichet iba bien, como le contaba Dieter por teléfono, o le decía Milos cuando se reunía en su despacho.

—No estoy segura —dijo Magdalena—. A mí no me simpatiza Dora. Lo siento por tu amigo. Esa chica va a dar más problemas.

El siguiente fin de semana, el domingo 13 de agosto, fueron finalmente al Louvre muy temprano en la mañana. No les dio tiempo a escuchar las noticias ni a leer los periódicos. La noche anterior se había empezado a levantar en Berlín el muro que impediría el retorno de Landor. Sólo que Landor, a esas alturas, ya se había dado cuenta de que quizá no valía la pena volver.

Esta vez fue él quien dirigió por primera vez el recorrido. Landor encontró en el Louvre un cuadro de Rogier van der Weyden, otro de Mestys, ninguno de Mabuse —porque lo habían prestado a otro museo—, tres de Patinir y el que le más le importaba ver, el autorretrato de Durero.

Se detuvieron ambos delante del cuadro, en la sala vacía. Él le indicó lentamente los detalles. Lo había pintado en 1493.

Tenía veintidós años. Magdalena le dijo que dos años menos que él.

—Sí —dijo Landor—. Mira la cara que tiene. Está como asustado, demacrado. La explicación está en el cardo que sostiene. Se iba a casar con Agnes Frey. También puede representar otra cosa. El cardo es el sufrimiento de Cristo y, al mismo tiempo, la fidelidad conyugal.

—Lo que quiere decir que es un martirio casarse —dijo Magdalena riéndose.

—Pues no para él. Hay otro autorretrato en el Museo de Prado, que también quiero ver algún día. Allí está mucho mejor que aquí. Más vigoroso, pleno, incluso con un punto de altivez.

Magdalena le dijo que debería dar clases de pintura y de historia del arte. Que las haría más divertidas que sus profesores de historia de la pintura clásica. Él le dijo que lo haría algún día, sin falta. Ella le preguntó qué era lo decía en la parte de arriba del retrato de Durero, al lado del año tan destacado, que no descifraba la caligrafía gótica. Landor se puso de puntillas. Luego le dijo que mejor se acercara ella que era más alta. Ella se acercó y él de nuevo sintió el olor de su cuerpo.

—Ahora sí entiendo —dijo—. *My sach die gat / Als es oben schtat*.

«Mi destino progresará según el orden Supremo». Magdalena lo tradujo a su manera:

—«Las cosas me van como allá arriba está ordenado». Umm.

Un poco fatalista. O un determinista.

Landor se hizo para atrás. Cómo decirle a ella que a él le encantaba ese lema, que podría apropiárselo.

—No es fatalismo —replicó—. Acepta las cosas y así es feliz. Y así es como se ve en el siguiente cuadro.

—A mí me gusta su grabado *Melancolía I*, señor Landor. Lo siento más contemporáneo.

Él sabía que no se iban a entender en gustos de pintura. Magdalena estaba al otro lado, en el día a día, y él miraba hacia atrás, como si en el presente sólo hubiera vacío. Justamente ese vacío monocromo de Yves Klein. Lo que hubiera dado Landor por vivir en el siglo XVI. Él estaba como perdido en el siglo XX.

Siguieron paseando por el museo. Lo recorrieron como si fuera una casa gigantesca por la que se desplazaban jugando, ella empujándolo para que viera algunas esculturas que le volvían súbitamente a la memoria, sin darle mayor explicación, sino rodeando la escultura o señalando pliegues o amoldándose al gesto de la estatua como si ella, cómplice repentina y póstuma, completara la conclusión inédita de la pieza, simulando besar labios que se ofrecían al espectador, olfateando pies de dioses con bromistas reacciones de asco, haciendo cosquillas a supliciados rígidos, descifrando al vuelo escrituras de tablillas antiguas. Él le seguía el juego dócilmente, sin prisa, sin animarse a tomarle una foto con la Zorki, hasta que ella lo instigó a que la fotografiase cuando se sentó con las piernas cruzadas imitando el gesto del *Escriba sentado* en la sala de esculturas egipcias, oyendo el murmullo inagotable de Magdalena salpicado de francés, alemán y español, mientras ella no iba en ninguna dirección concreta, hasta que de pronto un cuadro llamaba la atención de Landor y le decía que se detuvieran unos minutos. Ella esperaba que él le dijera el título o el nombre del pintor y cuando él seguía sin decirle nada y era ella la que se aproximaba a la etiqueta junto al cuadro y repetía en voz alta título y nombre, sólo entonces Landor agitaba la mano como si no quisiera escuchar lo que ella había dicho, como si título y autor fueran moscas incordiantes, y le decía que observara esa pincelada, ese rostro, ese árbol, y los traducía en una receta de pigmentos y veladuras y mixturas como si el cuadro no tuviera una historia ni contara alguna sino que escondiera una fórmula alquímica, una partitura secreta que

sólo él podía leer y lo divirtiera descifrarla. El único atrevimiento que se permitió para sorpresa de Magdalena fue tocar a escondidas los árboles en los paisajes de los pintores flamencos. Fue posible porque esas salas habitualmente estaban vacías, y lo siguieron estando durante décadas, cada vez que Landor volvía de visita.

Le preguntó a Magdalena si sabía por qué los colores de esos pintores flamencos seguían tan intensos a pesar de los siglos. Ella le dijo que no lo sabía. Ella estudiaba historia del arte y estética, no técnicas aplicadas. Él explicó que se debía a que los maestros flamencos descubrieron una técnica por la que suspendían los pigmentos de colores en una solución de ámbar, como esa moscas suspendidas en trozos grandes de ámbar que a veces venden en los mercados de artesanía. Así el color quedaba suspendido en el tiempo, intocable al desgaste, o menos frágil.

—¿Por qué te gustan tanto los árboles? —dijo Magdalena.

—Son los mejores modelos —dijo él—. Son inmóviles y sus cortezas son rostros expresivos.

—Ahora que salgamos te voy a mostrar un ejército de tus inmóviles —dijo ella—. Está a la vuelta.

El bosque simétrico

Salieron hacia el Palais Royal. Cuando llegaron a los jardines, ella extendió un brazo como si le mostrase el jardín como una revelación.

—Tilos —dijo Landor.

Caminaron en medio de la sombra de la rígida simetría de los árboles dispuestos en dos filas. Se sentaron en una banca. Allí se estaba fresco. Estaban cansados luego de haber pasado horas en el museo y en los alrededores. Con tantas salidas que

habían hecho juntos, Landor se había bronceado por exponerse al sol. Sus ojos, de un castaño oscuro, adquirieron una tonalidad verde, que a Magdalena la hacía reír porque lo sentía como si fuera de una especie parecida a la de ella.

—Es como si fuera otro el que me mira —dijo ella comentándole lo del cambio de color de sus ojos—. Te sienta bien estar bronceado, señor Landor.

Él le dijo que los únicos ojos excepcionales eran los de Dora Lerner. No se había dado cuenta de que ella le hizo un piropo. Ella entonces le preguntó si era verdad que había hecho un retrato de Dora Lerner.

—Lo intenté en Dresde —dijo—. No lo acabé.

—¿Qué le viste que quieres retratarla?

Landor le explicó que era precisamente por esas dos tonalidades de los ojos, como si estuviera desequilibrada, y que le daba, a su manera, una intensidad que valía la pena retratar. Y le explicó la inmovilidad que tenía. Sobr todo, era un encargo de su amigo, el berlinés.

—Pero hay algo que se me escapa de ella.

—¿Qué? —le preguntó Magdalena acercándose a él, como si así pudiera sacarle una respuesta. Landor recordó, por Dora, los rostros de mujeres de Bronzino. Se lo había dicho al berlinés. El cuadro que le recordaba a Dora era el *Retrato de Lucrezia Panciatichi*. La misma distancia, como si el pintor le hubiera pedido que mirara a otro lado para poder concentrarse y ella desobedeciera a cada rato y lo volviera a mirar, imponiéndose con la misma indolencia inescrutrable. Lucrezia Panciatichi mira directamente al espectador. La actitud es de recriminación por haber interrumpido su lectura del libro que sostiene sobre la falda roja llena de pliegues. Mantiene las páginas abiertas con los dedos de la mano izquierda, para no perderlas, para retomarlas apenas se marche quien la interrumpe. Era el rostro de una mu-

jer a la que se ha interrumpido cuando no le gusta, cuando ella tenía un momento para sí misma.

Pero a Landor, en ese momento, teniendo tan de cerca a Magdalena, ya no le interesaban ni Dora Lerner ni Lucrezia Panciatichi. ¿A quién le recordaba Magdalena? Pensó en algún retrato de Ghirlandaio. Luego se dijo que no. Pensó después en otro de Piero di Cósimo. Tampoco. Después recordó a Botticelli y dio con la respuesta. Pero no se podía quedar sólo con Botticelli. La mujer que le venía a la memoria había posado para los tres. Era ella: Simonetta Vespucci. Mientras Magdalena seguía hablando sobre Dora Lerner, él la observó y midió las distancias y cercanías entre las expresiones de Magdalena y Simonetta Vespucchi. No tenían los mismos rasgos, aunque había algo en el tono de la piel y los ojos y el pelo ondulado que las acercaba tanto. ¿Podía reencarnarse una mujer retratada quinientos años atrás? ¿O su arte era algo más bien inútil tratando de hacer perdurar bellezas que por sí mismas se siguen reproduciendo en un tiempo mayor? No, imposible, pensó Landor, algo debe retenerse de lo que pasó, único e irrepetible, para entender lo que se ve ahora, quinientos años después, también único e irrepetible. Recordó que el marido de Simonetta, cuando ella murió a los veintitrés años, se volvió a casar de inmediato. Sólo Botticelli, que tenía treinta y un años cuando murió Simonetta, la siguió pintando fielmente durante el resto de su vida. Los mejores retratos de ella fueron póstumos, tal como Botticelli la recordaba. Cuando el pintor murió, treintaicuatro años después de la muerte de Simonetta, fue enterrado en la misma iglesia que ella.

—No sé —terminó diciendo Landor, turbado por la mirada de Magdalena—. Dora es un terror, un susto, una trampa. No lo sé. Sólo que no se mueve. Y a lo mejor por eso quizá pueda atrapar lo que se me escapa. A ti sería imposible pintarte. Te mueves mucho.

—Quizá sólo sirvo como pincel vivo de Yves —dijo ella, de nuevo con un brillo pícaro en los ojos.

Volvió la punzada de celos.

No lo pensó más y se acercó a Magdalena.

Ella no opuso ninguna resistencia. Más bien lo inundaba con el intenso olor de su cuerpo y ese íntimo aliento que parecía dispuesto sólo para él y que estalló en sus labios como si el Rosa Tiépolo se hubiera encarnado en los labios de Magdalena.

Le dio miedo abrir los ojos.

Los abrió.

El pelo de ella le cerraba la vista a su alrededor como si lo defendiera de la curiosidad de la gente que seguramente los miraba. Él volvió a cerrar los ojos. ¿Qué diría después? ¿La perdería por haberla besado?

No supo quién de los dos se separó muy despacio, sin distanciarse, como si estuvieran a punto de reconocerse. Landor tenía la vista nublada. Fue ella quien lo abrazó y se quedó así un rato, absortos, indiferentes al mundo, como si este hubiera desaparecido o ellos hubieran quedado aislados en una esfera de aliento y perfume que nadie podría franquear. Lo que él no esperó fue su comentario.

—Toda ella es una trampa —dijo Magdalena muy cerca de su oído. Lo abrazó un poco más fuerte, y él supo que los celos que había sentido de ella no eran nada frente a los que ella tenía de Dora Lerner, de que la hubiera pintado y traído el cuadro con él. El asombro de descubrirlo le despertó una ternura hacia Magdalena que no había sentido jamás.

—¿Terminarás su retrato? —preguntó ella en un susurro.

Landor supo cuáles eran las palabras que tenía que decir. Pero no dijo nada. Demoró unos segundos. Esta vez fue él quien la ciñó. Vio el techo bajo de los tilos recortados y en fila, en líneas perfectas de columnata de templo. Vio la sombra de la

gente que caminaba sin rumbo, sin rostro, sin que le importara quiénes eran ni de dónde venían ni qué podían opinar al verlos allí, de pie, bajo los tilos. Vio la luz del sol reverberando en la hierba. Vio los arriates floridos del bosque simétrico. Vio el suelo de grava. Luego ya no vio nada. Sintió el aire despejado y vacío de los titanes que discretamente se habían hecho a un lado.

Esto es lo que hay

—¿Terminarás su retrato? —volvió a preguntarle Magdalena cuarenta y ocho años después, ya no en alemán, el idioma en el que se enamoraron, sino en español, en la variante argentina que en ella siguió intacta y que a él lo divertía como si se desdoblara en dos mujeres. Se lo preguntó cuando lo vio subir de la bodega con el retrato que ahora se conoce como la *Heterocromía de Dora Lerner*. En aquel momento no tenía título, ni se lo puso nunca su autor, y no lo tendría hasta después de la muerte de Landor. Era otro el pensamiento que lo inquietaba: el tiempo. Nada puede concluirse nunca, le dijo a Magdalena cuando se sentaron a comer los tallarines al pesto que tanto le gustaban, todo lo dejamos por fatiga o por pérdida de interés o por exigencias que nos llevan de una cosa a otra, a nuevos proyectos o nuevas versiones de lo mismo. Lo dijo Goya: «Esto es lo que hay». Podría haber más y si no nos detenemos el mundo se ensucia de versiones y ya serán otros los que lo limpien o destruyan, a menos que uno mismo aplique la destrucción o el cierre, y aun así, Maggie, aun así nada está en nuestras manos.

—Estás armando un quilombo, querido —dijo Magdalena—. Termínalo de una vez y no le des más vueltas. Hazlo por ti. A fin de cuentas esa mujer ya no existe y el hombre que la quiso está lejos y no le importa. Y si no la acabas es como si tuvieras

una historia trunca y a estas alturas ya no estamos para estos desvaríos. Me voy a poner celosa.

Landor casi se atora por lo que le decía su mujer. Ella le dio un poco de agua y le dijo que se calmara. Landor se había enternecido y a punto estuvo de recordar con ella, una vez más, una de las tantas luego de que sus hijos se marcharan, cómo había sido su historia cuando se conocieron, y lo hacían como un ejercicio refrescante que les quitaba años y así se sentían felices, rejuvenecidos, para sorpresa de sus hijos y sus nietos, de los amigos que venían a visitarlos a su casa en Sant Pere Pescador y no se podían creer que ese par de ancianos estuvieran hablando sin parar contando tantas anécdotas del pasado como si todo hubiera ocurrido ayer mismo y un dios perverso del tiempo los hubiera lanzado a un inverosímil mañana con canas y arrugas.

—Aunque en realidad lo que menos puedo es sentirme celosa —dijo Magdalena—. De no ser por Dora jamás habría ido Peer a París y tú tampoco. Así que indirectamente se lo debemos. Lo que no entiendo es que hayas dejado sin terminar el retrato, aunque así como está ya me gusta y muchos pagarían por tenerlo. Sería raro para una obra tuya, donde nada está inconcluso. Sólo faltaría que ahora te vuelvas un pintor irresuelto y expresionista. No estaría mal. Así escribiría sobre tus cuadros.

—En casa de herrero cuchillo de palo —dijo Landor.

Magdalena publicó a partir de la década del setenta algunos ensayos sobre pintores contemporáneos, desde Giacometti hasta Balthus, Chillida y Palazuelo. Había editado los catálogos de Landor, pero nunca se puso a analizarlos, en una especie de silencio tácito que él nunca le reprochó, bastante tenían con su vida de viajes y trabajo y criar a los hijos. Eso no impidió que ella buscara a los mejores críticos realistas para los trabajos de su marido ni que hiciera prácticamente de intermediaria con sus marchantes.

Le había dado todo lo que estuvo en sus manos, y admiraba la coherencia con la que mantenía su propia visión del arte frente a la de su marido. Era una convivencia feliz la de ellos dos y no dejaban de bromear que era una forma civilizada de no reñir por cuestión de estilos luego de una época de manifiestos furibundos y excluyentes, casi marciales en una guerra subjetiva que cada vez le importaba menos al mundo.

—Tenés que acabarlo —dijo Magdalena.

—No tengo fotos de ella —dijo Landor.

—Cómo que no —replicó Magdalena—. Está toda la secuencia que tomaste cuando ella llegó a modelar al salón de clase en Dresde.

Landor se quedó perplejo unos segundos. No las recordaba. Y no tenía idea de dónde podían estar.

—Ya te las buscaré —dijo ella—. Ahora terminá de comer, haces tu siesta y luego te las doy.

No hizo la siesta. Como si el retrato de Dora Lerner hubiera removido más recuerdos, Landor volvió a la bodega de sus pinturas, revisó sus cuadernos del Debe y el Haber más viejos y empezó a sacar otros cuadros inconclusos. Se quedó pasmado. Había decenas de pinturas que no estaban terminadas. Removió los lienzos de los anaqueles y fueron saliendo uno tras otro esbozos y pinturas a medio hacer. Cuando llegó a un paquete de seis cuadros atados con cinta negra lo sacó, deshizo el nudo y extendió los cuadros sobre la pared. No le gustó la iluminación, así que los sacó al jardín y los apoyó contra la mesa de trabajo bajo el limonero. Eran esbozos al carboncillo con algunas pinceladas de color que mantenían el brillo intacto. Recordó que había trabajado con ámbar para fosilizar los pigmentos. Eso lo animó, aunque no terminó de tener presente por qué eran seis cuadros y si respondían a un propósito concreto. Le parecieron muy pequeños. Debía pintarlos

mucho más grandes. No encontró una razón concreta. Debía hallarla, no tenía escapatoria, de lo contrario la inquietud lo corroería y no se iría nunca. Calmar esa turbación interior era indiscutible para él.

Los volteó para ver si había algún apunte en los bastidores. Todos tenían el mismo título y una numeración: *Waldig* y un guarismo que iba del uno al seis.

Magdalena le trajo un paquete de viejas fotos en blanco y negro en un álbum de cuero de camello —regalo del señor Peer— y lo desplegó para que Landor las viera. Sólo que él estaba paralizado frente a los seis lienzos apenas iniciados.

—Hoy estás nostálgico —le dijo Magdalena—. No te quiero ver ansioso esta noche.

Él no respondió.

—¿Me estás escuchando? —dijo Magdalena.

Cuando volteó a mirar a su mujer tenía los ojos nublados.

—No acabaré nunca —le dijo.

Magdalena dio un golpecito sobre el álbum de fotos. Estuvo a punto de reprocharle su actitud. Se contuvo y quiso calmarlo.

—No seas tonto —dijo—. Es inútil que te pongás a levantar muros. Ya has pasado por esto y también volverás a salir. A lo mejor vendría bien que salgás. Vámonos a cenar a Cadaqués. Llamo a Alfons y Miquel y así te distraés un poco.

Mientras ambos seguían conversando, la gata se aproximó y empezó a restregarse contra las piernas de Landor.

—A vos no te vamos a llevar, Lilí —dijo Magdalena—. Y menos a cenar, que estás hecha una bola.

La gata no hizo caso de lo que le decían. Se dejó acariciar el lomo por Landor y luego fue hasta la tumbona y de un salto se instaló en ella.

—Lo que tú quieras —dijo él—. Ahora voy a trabajar un rato.

—Aquí te dejo las fotos —dijo Magdalena señalando la página donde estaban distribuidas fotos que se encabalgaban por los bordes para aprovechar al máximo el espacio.

Él las miró y sintió como si volviera en el tiempo, otra vez, a los primeros meses en París. Magdalena lo interrumpió, preguntándole por esos seis lienzos pequeños de los árboles.

—Son los bocetos del claro del bosque —le dijo—. ¿Te acuerdas?

—Más o menos —dijo ella mientras los observaba detalladamente—. ¿Eran los que querías hacer sobre tu pueblo?

—Sí, el claro de bosque entre Kriebethal y Waldheim.

—Ya —dijo ella como si entonces recordara algo que la incomodaba—. Conocés hasta el rincón más pequeño de mi barrio en Buenos Aires y hemos visto los árboles más raros del mundo, pero nunca me has llevado a los bosques de tu pueblo. Además de nostálgico estás fino y rematás: un golpe de celos y otro de exclusión. Así que por hoy es suficiente, querido. Ya has trabajado mucho. Nos vamos a dar una caminata por las ruinas y nos tomamos un café.

Magdalena lo ayudó a guardar las pinturas mientras él lavaba los pinceles y recogía los tubos de pintura. Se subieron al auto y en cinco minutos llegaron al parqueadero de Sant Martí d'Empúries. Los veraneantes empezaban a retirarse de la playa. Era el momento que ellos aprovechaban para caminar a lo largo del Paseo Marítimo que recorría las calas que bordean las ruinas griegas y romanas hasta llegar a L'Escala, donde a veces almorzaban o tomaban un café. Fue por este paseo que decidieron mudarse a Sant Pere Pescador. Según Landor era uno de sus rincones favoritos. Aquí el mundo se arquea y se vuelve cristalino, decía sin dar más detalles. Su argumento era que allí el horizonte del mar ya no era sólo una línea recta sin fondo, sino contrapunteada por los acantilados que van a Cadaqués y por las

estribaciones prepirenaicas que a Landor le parecían veladuras de óleo. Las pequeñas calas, al mismo tiempo, con sus combadas playas de arena blanca bordeada por los pinares eran como reproducciones o fractales de la gran curva del golfo de Rosas. Ellos eran de los pocos asiduos a la cafetería del hotelito que daba a la playa de Portixol, salvo en agosto, cuando se llenaba de turistas, y en el que tenían barra libre. Landor les regaló un cuadro del mismo hotel y lo habían colocado presidiendo la cafetería. El mayor placer que tenían él y su mujer era tomar el *camí de les coves* y sentarse en el extremo del saliente para ver el mar. Se apoyaban en los pinos y se quedaban callados escuchando el rumor de las olas. Esta vez no se apoyaron en los pinos, sino que se sentaron en la banca de siempre y se pusieron a recordar cómo había ido cambiando el lugar durante los últimos diez años. Lo que no se alteraba era la rápida desbandada con la llegada de la tramontana que parecía barrer de foráneos el lugar.

A esa hora de la tarde, mientras las gaviotas se mantenían en un punto fijo en el aire, aprovechando el viento, como si no quisieran marcharse, se quedaron callados mirando el mar.

—Este cielo cuando llega la tramontana es inalcanzable —dijo Landor—. No bastarían cinco vidas para lograr un solo cuadro que lo reproduzca.

—Miralo entonces —dijo Magdalena— y quedátelo para vos.

—Eso he hecho siempre —dijo Landor—. Pero me gustaría dejarte una de mis miradas para cuando ya no esté.

Magdalena le restregó las canas que la brisa ya había revuelto desatando aristas de mechones rebeldes.

—Hoy no tenés arreglo, señor Landor —le dijo—. Esperate a que llegue la tramontana, pintalo y listo. No le sigás dando más vueltas. Ya quiero que se acabe el verano para que dejés de andar tan pensativo y acumulando tanto trabajo. Voy a tener que ponerme firme y controlar la dispersión, querido.

Landor se levantó sonriendo y meneando la cabeza, como lo hacía siempre que Magdalena amenazaba dirigir su trabajo. Se acercó hasta uno de los pinos inclinados por el viento y lo observó de arriba abajo. Luego acarició suavemente la corteza con la palma de su mano y con los dedos empezó a recorrer los surcos rojizos y escamados.

—Quisiera que fueran rostros —dijo Landor—. Retratos, mejor dicho. Mira que haber pintado tantos árboles y sólo ahora darme cuenta.

—No te sigo, querido —dijo Magdalena—. ¿Darte cuenta de qué?

—Quizá es eso —dijo Landor rascando con el índice la corteza del pino—. Eso es… Tenemos que ir a Kriebethal.

Magdalena, sin levantarse de la banca, giró sobre sí misma hasta ver a Landor de espaldas junto al pino.

—¿Querés viajar a Alemania?

—Es lo que me estabas diciendo, que nunca te he llevado a conocer mi pueblo y demás. Pues ahora lo vamos a hacer y así no me lo reprochas más. Justo, ¿no?

—Pensé que ibas a trabajar el resto del verano aquí.

—Será un viaje corto —dijo Landor.

Los titanes leen el mundo

Desde los primeros meses en París, cuando Landor se quedó a vivir allí luego de conocer a Magdalena, nunca dejaron de viajar. Era como si de pronto hubiera tenido ganas de recuperar el tiempo que había permanecido entre las fronteras de su país, desatada una voracidad por conocer que ella le secundaba con un entusiasmo parecido e infatigable. En Francia fueron a buscar a Dijon un álamo de miles de años de antigüedad.

En España vieron el eucalipto azul de Chavín y los tejos de Cantabria. En Italia recorrieron la pineda de Chiassi buscando los rastros del cuadro de Botticelli sobre la historia de Nastagio degli Onesti. En Chile fueron a Puerto Montt para visitar los alerces de la región de los lagos. En Ecuador descubrieron los ceibos hinchados y en flor blanca de la península de Santa Elena. En Madagascar los baobabs rojizos que, según Magdalena, parecían ceibos ecuatorianos con más panza y en medio de un ataque de histeria. En Estados Unidos se quedaron contemplando al General Sherman que se levantaba entre otras secuoyas como la columnata del mundo. Así, de viaje en viaje, Landor recopiló los motivos de algunos de sus cuadros más famosos, hasta que derivó a los paisajes y retratos que se fueron acumulando con su trabajo minucioso y detallista al margen de las modas. Tuvo una fama súbita hasta que los museos y él mismo se cansaron de los árboles. Luego de su período forestal, como lo denominaron los críticos, se dedicó a cuadros de formato más pequeño, paisajes urbanos y retratos que lo llevaron a una especie de historia paralela, sin el prestigio de los museos y las exposiciones, menospreciado por los críticos contemporáneos pero cada vez más cotizado por las galerías y marchantes de medio mundo. Esto incomodaba más a Magdalena que a Landor, que estaba demasiado ocupado en seguir pintando sin preocuparse por la recepción de su trabajo. Si tenía tantos encargos era porque alguien, en algún sitio, no dejaba de apreciar su estilo.

Más de una vez le había dicho Magdalena que tocaba ir a ver los abetos de Kriebethal. Landor fue dando largas. Por eso a Magdalena le sorprendió cuando le dijo que finalmente irían al bosque de su infancia. El propósito de Landor era, nuevamente, técnico: si su serie *Waldig* no se había concluido era porque había fallado en el soporte. Y qué mejor que ir hasta su pueblo para

conseguir, allí mismo, tablas de abeto cortadas de los bosques originarios. Tomaron un vuelo a Leipzig, se hospedaron en un hotel y al día siguiente alquilaron un Wolkswagen Golf y fueron hasta Kriebethal. Sólo se quedarían el día y en la noche volverían al hotel.

El inicio del verano, contrariamente a lo que pensaban, los recibió con una corriente de frío. La noche había sido calurosa y pensaron que sería igual a la mañana siguiente. Al dejar Leipzig y acercarse a los campos abiertos de los alrededores, el clima se volvió frío y Landor empezó a toser y a resfriarse. Al llegar a Kriebethal, el pueblo le pareció más pequeño de lo que recordaba y muy diferente por lo renovado. Buscaron su casa y se encontraron con que había sido demolida para construir un edificio de cuatro plantas con una tienda de ropa para niños. La fábrica de su padre, pese a haber sido desmantelada por los soviéticos, se había renovado. Habían mantenido el antiguo edificio orillando el Zschopau, aunque con nuevos aserradores y bodegas y con intensas estelas de vapor saliendo por las chimeneas. La actividad en Kriebethal seguía girando en torno a la fábrica de papel. Landor no dio con ningún conocido, muchos ya muertos o emigrados o sin memoria, y cuando quiso saber si podían conseguirle tablas de abeto para sus cuadros, lo remitieron a las carpinterías de Waldheim y se pusieron en camino. Por la carretera le indicó a Magdalena la zona boscosa y se propusieron acercarse luego de visitar Waldheim y encargar las tablas. No tuvieron problemas en pedirlas, y se las enviarían en quince días a Girona. Desde allí tendrían que encargarse de conseguir un camión para llevarlas a Sant Pere Pescador. Aprovecharon para visitar el museo de Waldheim —Kriebethal, en cambio, no tenía ni siquiera una oficina de turismo— donde Landor compró reproducciones de dibujos de Kurt Rubner, su antiguo profesor de dibujo en

el colegio. Visitaron la vieja librería de Walter Hasse y pasaron por el hospital siquiátrico donde la madre de Landor había pasado los últimos años. Recordaron entonces que no vinieron a visitarla cuando enfermó ni cuando la cremaron porque ya habían levantado el Muro de Berlín y para un fugitivo era imposible volver. Sin embargo, Landor no se puso melancólico. No al menos en ese momento cuando dejaron atrás el hospital psiquiátrico, ni siquiera luego de perderse durante media hora hasta que lograron dar con un pequeño camino de tierra que entraba al bosque de Waldheim.

Cuando llegaron al final del camino frente a una valla que cerraba el paso, Magdalena le dijo que no se bajara del auto porque terminaría de resfriarse. Landor se detuvo con las manos al volante del Wolkswagen Golf y no se movió, obedeciendo a su mujer. Esa explanada que tenían delante era lo menos parecido a un claro del bosque. Estaba talada en los extremos de manera simétrica, aplicado un borrón rectangular a la frondosidad de los abetos. Landor no dijo nada, se quedó un buen rato mirando y al decirle Magdalena que ya debían marcharse, fue cuando cayó encima suyo lo que había ocultado. Empezó con una tos seca, siguió tosiendo y cuando Magdalena le quiso envolver el cuello con su foulard, Landor temblaba sin detenerse, estremecido, agarrado al volante.

Ella pensó que era el frío, pero no era el frío. Pensó que era la nostalgia. No lo era. Pensó que habían hecho mal en hacer esa excursión como si todavía tuvieran veinte o treinta o cuarenta años y no setenta. Dejó de pensar cuando se dio cuenta de que Landor lloraba en silencio, echándose sobre el volante, mientras el claxon del Wolkswagen Golf estalló en un chillido que cortó el aire en medio de la nada.

Las tablas de Waldheim

Se quedaron tres días en Leipzig hasta que Landor se sintió mejor del resfrío para tomar el avión de regreso. Pasó una semana más en cama en su casa hasta que recuperó fuerzas y volvieron a la rutina. La tramontana llegó con sus cielos nítidos y sus silbidos interminables y enloquecedores, pretendiendo arrasar sin perdón lo que estuviera a la intemperie. Landor no salía al jardín y miraba el limonero agitado por el viento como si lo hubiera abandonado, mientras la gata se quedaba en su almohadón colocado al lado de la tumbona en una esquina del comedor acristalado y disfrutaba de siestas sin interrupciones. Las tablas que encargó en Waldheim llegaron en la fecha prevista —las seis que necesitaba y cuatro más de repuesto— y se puso a trabajar de inmediato en su taller. Más que un pintor parecía un cocinero estrambótico mezclando cartílagos, huesos y pezuñas de conejo que ponía en ebullición en cazos de barro y de los que se escapaban vaharadas con olor a infierno que Magdalena dispersaba entreabiendo unos minutos las ventanas. Landor frotó las tablas con ajo, a la manera antigua, aplicó cola de conejo mezclada con creta y las impermeabilizó con goma laca para que luego no secretaran resina en la imprimación. Mientras las tablas se iban secando, hizo decenas de bocetos y notas que cubrieron las paredes de su taller con una caligrafía minúscula y laberíntica.

Magdalena lo miraba con atención, cuidando que no recayera, pensando que no debían moverse más de casa al menos hasta que estuviera repuesto por completo. Y se repuso. Cuando él quiso salir un día a caminar por el paseo marítimo, Magdalena lo enfundó en el abrigo más grueso con una bufanda de lana y salieron de nuevo a caminar. Fue expeditivo. Se llevó la cámara digital con un trípode, se plantó diez minutos en el

saliente mientras el mar estaba picado y el cielo nítido, apenas salpicado de *escabeyats* que bajaban rápidamente de las bandas del Pirineo Oriental dirigiéndose hacia el interior del Mediterráneo. No tomó fotos de los pinos, como supuso Magdalena, sino únicamente del cielo. De vuelta al taller dispuso horizontalmente dos de las tablas de Waldheim, las clavó entre sí y las preparó para otro cuadro. Estaba en plena forma y en ningún momento recayó en los pensamientos que lo habían atormentado en ese último verano, más bien concetrado en el trabajo, a tal punto que hablaba muy poco o se limitaba a comentarios intrascendentes con Magdalena, satisfecha de verlo en plena forma.

Una noche recibieron una llamada de Peer desde Ecuador y Landor le dijo que iba a terminar el retrato de Dora Lerner y que se lo enviaría.

—No sé qué decirte, pintor de la tumbona —dijo Peer—. Me halaga, pero no puedo aceptarlo. Esos recuerdos pueden ser daniños y nunca he terminado de entender que te demores tanto en tus pinturas. Además, no cuentas nada, o lo dejas como temblando a punto de revelarnos una trama que no existe.

—Hay una trama —dijo Landor—. Soy yo el que no puede verla. Por eso me detengo. A lo mejor así se asoma y me hace caso… Antes tengo que terminar unos pendientes. De todas maneras, cuando lo tenga listo, te envío una foto y te lo piensas.

Peer estuvo de acuerdo y luego habló con Magdalena.

—Maggie, no repitas en voz alta lo que te digo —le advirtió para que Landor no escuchara lo que le estaba diciendo —. No sé si esté bien que vuelva a ese cuadro. ¿Me entiendes?

—Claro, claro —dijo Magdalena y cambió de tema—. ¿Cúando nos enviás tus últimas obras?

Landor salió de la sala mientras su mujer seguía conversando al teléfono.

—Tengo unos *bichitos* que a lo mejor te gustan —dijo el señor Peer—. Iba a ser para las tarjetas de Navidad que siempre envío a los amigos como ustedes. Pero resulta que no.

—¿Y de dónde acá dibujás bichos?

—Fue por la erupción de un volcán en Ecuador —dijo el señor Peer—. Aluciné que salían del volcán, antes o después de la erupción. Son unos monstruitos encantadores.

—Definitivamente —dijo Magdalena—. No sé qué les pasa a ustedes dos.

Finis Operis

Landor murió a fines de septiembre luego de la arremetida furibunda de un melanoma que le detectaron en diciembre del año anterior. Quince días antes del diagnóstico, había terminado las seis tablas que pidió de Waldheim. Incluso creyó que la hinchazón en el estómago se debía al esfuerzo de concentración en el que había pasado los últimos meses. Cuando lo trasladaron a Barcelona para las sesiones de quimioterapia, no se le cayó el pelo como él temía, incluso estaba más revuelto aunque ligeramente ajado. Sin embargo, le quitaron el apetito hasta dejarlo con un costillar ríspido que se marcaba en su bata de enfermo. Decidieron continuar tratándolo en su casa, mientras venían de visita sus hijos y nietos y los pocos amigos que Magdalena estaba dispuesta a recibir. El señor Peer lo llamó varias veces y le dijo que haría lo posible por ir a verlo a comienzos de la primavera. En los momentos que se sentía bien, Landor iba a su taller no para pintar, como temía Magdalena, sino para ponerlo en orden. Nunca en todos los años que habían vivido juntos vio tan limpio y en su sitio el utillaje enmarañado con el que había trabajado siempre. Un día, luego de volver de compras, Magdalena lo en-

contró junto a la chimenea alimentando el fuego con las hojas que arrancaba de sus cuadernos del Debe y el Haber mientras la gata daba vueltas por la sala como si se hubiera rendido al intento de impedírselo. No le dijo nada. A la noche le pidió que no se pusiera a quemar más de lo debido y él la tranquilizó diciendo que no lo haría. En marzo, Landor recuperó el apetito durante dos semanas y Magdalena aprovechó para preparar menús variados y apetitosos que acompañaba con los vinos de siempre. Hacían largas sobremesas recapitulando sus viajes y viendo fotos con sus hijos pequeños y contradiciendo versiones que uno proponía como incuestionables y que el otro rebatía con detalles inesperados. Hablaban también de los proyectos con los nuevos cuadros de *Waldig*, cómo enmarcar *Cielo de Empúries* y, una vez más, las conjeturas sobre Dora Lerner y su retrato interminable.

—No creo que fuera buena idea que le ofrecieras el retrato a Dieter —dijo Magdalena—. Nunca se perdonó su descuido con Dora.

—¿A qué descuido te refieres? —dijo Landor—. ¿Sigues creyendo que él la dejó marcharse en Pornichet?

—No sólo eso —dijo Magdalena—. Todo fue un desatino. Dieter creyó darle un detalle con el librito de Desnos y lo que hizo fue despertar sus pesadillas.

—A ti te gustaban —dijo Landor—. Si tú misma conseguiste el librito cuando supimos que Dieter se lo había regalado.

—Esos días estábamos flotando tú y yo, querido —dijo Magdalena—. Creo que no teníamos ninguna objetividad, ni nos podíamos dar cuenta de nada.

—Yo lo que nunca me creí fue la versión de Dora de que había conocido a Desnos en Terezín —dijo Landor—. Debió confundirlo. Era apenas una niña. Pudo atribuirse retrospectivamente un recuerdo.

—Es lo de menos —dijo Magdalena—. En cualquier caso, ¿te has dado cuenta cómo puso el mundo patas arriba para varias personas? Milos terminó dejando todo y marchándose al fin del mundo. Y de paso, como si quisiera liberarlo también, se lo llevó a Dieter, a nuestro querido señor Peer.

—Pero no me has respondido —dijo Landor—. ¿Crees que Dieter dejó en Pornichet que Dora saliera de casa para suicidarse?

—No sabremos nunca lo que conversaron esa semana —dijo Magdalena—. Yo tengo otra teoría.

Landor esperaba atentamente. Apenas levantaba las cejas para dárselo a entender.

—Creo que Dora estaba un poco asustada —dijo Magdalena—. Asustada de que Milos estuviera trabajando para los rusos. Para ella no valía que en Francia ese fuera el papel digno. Ser comunista. Luchar contra el fascismo. Aunque ya hubiera terminado la guerra. No sé cómo se pudo enterar de los rusos, si se lo dijo el mismo Milos, ve vos a saber cómo. Vivía vigilando a su medio hermano. Quizá pensó que era una traición hacia ella.

—¿Importa eso ahora, querida? —preguntó Landor—. Después de todos los horrores que han hecho los dignos y los indignos, no le creo a nadie.

—Me importa por tu cuadro —dijo Magdalena.

—Lo terminaré, no te preocupes —dijo él—. Tendré que poner la parte de vida que ella rechazó, ¿no?

Una tarde, Magdalena le llevó a Landor una carta que le había llegado de México. Lo encontró sentado a la mesa del comedor con pequeñas e irregulares colinas de papel, y supuso que nuevamente habría otra quema en la chimenea, pero Landor no tenía la menor intención de hacerlo.

—Te ha escrito de nuevo el arquitecto mexicano —dijo Magdalena entregándole la carta—. ¿Qué vas a hacer con todos esos papeles?

—Son mis lecciones de pintura —le dijo.

—No me digás que los vas a quemar —le advirtió Magdalena.

—Sólo si los quemas tú, querida.

Eran manuscritos que nunca se había preocupado por pasar a máquina y menos en computadora, que apenas él utilizaba para responder algún correo electrónico o ver las fotos que les enviaban sus hijos. No quiero que se pierda todo lo que sé, añadió. No se perderá, le dijo Magdalena. Así que se pusieron a trabajar durante diecisiete días, trascribiendo lo que él le leía en voz alta y corrigiendo en la marcha. A ella le sorprendió que él no tuviera la ansiedad de siempre por ponerse a pintar. Ordenar esos manuscritos parecía ser lo único que le importaba, ni siquiera preocupado por los cuadros correctamente apilados en la bodega y en el taller, hasta que Magdalena tuvo claro el orden que estaba disponiendo su marido a los manuscritos que él presentía que no iban alcanzar a trascribir pero que ella había aprendido a descifrar en esos días de trabajo apretado. Cuando Landor ya no pudo seguir por los dolores de espalda y menos caminar hasta la mesa del comedor, en las pausas aliviadas por los masajes que le daba Magdalena, él aprovechaba para escuchar los desciframientos de los manuscritos que ella manejaba cada vez con más destreza. En una de esas lecturas la interrumpió y le pidió con un tono seco y sin turbaciones que no quería que lo enterraran sino que lo cremaran y que esparcieran parte de sus cenizas desde el saliente del paseo marítimo y el resto lo echaran al pie del limonero. Sólo en ese momento Magdalena se derrumbó. Para que Landor no la viera traspuesta se echó con él en la cama mientras él la abrazaba. Ella se quiso resistir al abrazo, como un hijo rebelde. Desistió y lloró sin hacer ruido hasta que se quedó dormida.

Al despertarse, Landor no estaba al lado suyo. Magdalena se levantó deprisa y salió de la habitación. Lo buscó sin llamarlo en voz alta para no asustarlo, siendo ella la que estaba asustada como si él se hubiera fugado sin avisarle. Cuando lo encontró estaba en su taller y lo vio de espaldas, restregando entre los dedos las cerdas de un pincel seco, sentado frente a su caballete de mesa en el que estaba colocado el retrato de Dora Lerner. A punto estuvo de entrar y decirle que le había dado un susto desapareciendo de esa manera. Volvió a la sala, tomó el grueso manuscrito de las lecciones de pintura y lo estuvo revisando en medio de un silencio en el que apenas se escuchaban los ocasionales movimientos de Landor.

La primera en reaccionar fue la gata, que alzó las orejas y miró hacia el taller. Magdalena levantó la vista del manuscrito. No se volteó mientras escuchaba el paso y la voz cansada aunque plena de Landor, quien dijo tímidamente, como si le diera vergüenza utilizar su último aliento para un tardío anuncio de triunfo, lo que le había tomado tanto tiempo en hacer y que concluía con una discreta implosión:

—Lo terminé.

5

Dijo que vendría al día siguiente, que no lo fuera a recibir al aeropuerto porque podría tardar en Madrid y que esa noche cenaríamos en mi departamento en Barcelona. Eso dijo, Raulito, y yo, una vez más, como ocurría siempre con mi hermano, le creí, aunque pudiera venir una sorpresa en el momento menos pensado. Sólo que no tuve que esperar mucho. La sorpresa sería inmediata. Yo no sabía nada de ese viaje, no había tenido ningún aviso de mi madre, que era lo habitual. Había hablado con ella dos semanas atrás y no me comentó nada de un viaje próximo, sino sus habituales quejas de que Rogelio nunca estaba en casa y que tenía cambios radicales, que unas semanas iba con barba y unos jeans viejos y la siguiente enternado y usando las corbatas y hasta los gemelos de mi padre. Lo que no sería un problema salvo porque no se vestía elegante para acompañar a mi madre a algún cocktail o al Club de Diplomáticos o al Tennis Club o a las fiestas de los amigos de la familia o de los otros diplomáticos, quién sabe a dónde se iría con esa pinta, decía mi madre. Eso no era lo peor para ella. Cuando ella sabía a dónde iba o había ido no quería saberlo, quería olvidarlo, esconderse bajo tierra, porque con los peores jeans, la barba sin afeitar, el pelo revuelto, era como iba al club o a las invitaciones, y no lo dejaban entrar en el primero y a las segundas no hacían más que tolerarlo. Ella ya no sabía qué inventar, ni siquiera sabía cómo guardar silencio

cuando ya ni le preguntaban por la conducta excéntrica de Rogelio. Hasta Tomasito intervino para ponerlo en orden, lo que era utilizar el armamento pesado.

La madre se quedó de una pieza cuando Tomasito volvió de hablar con Rogelio apenas cinco minutos y le dijo a ella: Está resuelto, querida. ¿Sí?, preguntó ella. Sí, dijo Tomasito, me ha prometido que volverá al orden y que no descuidará más la etiqueta. Qué ingenuo que eres, Tomasito, cómo te has confiado, mi hijo te ha tomado el pelo. El doctor Tomás Jijón Trujillo miró a la madre de Álvaro con la misma cara de aburrimiento con la que miraría a una hermana escéptica y descreída, se acomodó el poco pelo que le quedaba en la cabeza con una ligerísima palmadita, como si lo acariciara, y le dijo que eso no era posible, querida, primero por el absoluto fracaso de las ciencias químicas, ya que nada de lo que han inventado le había devuelto nada de pelo. Y segundo, porque la Interpol quería interrogarlo de nuevo sobre lo que había ocurrido en Namibia y él había intercedido con el embajador de Estados Unidos y el agregado comercial de Namibia, que era amigo suyo. A cambio, sólo ese pequeño detalle del atuendo, nada más, ningún escándalo, le dijo Tomasito a Rogelio. El resultado fue inmediato: Rogelio no asistió más a las recepciones y las fiestas de su círculo, aunque siguió saliendo con trajes formales a sitios inexpugnables para la madre. Ella pensó que el remedio de Tomasito fue peor que la enfermedad, la misma muerte en vida. No sólo porque así veía todavía menos a su hijo, sino porque le entró, ahora sí, la preocupación sobre la conducta de Rogelio. Le consultó a Tomasito si no sería buena idea ponerle un detective, averiguar a dónde mismo iba, resolver de una buena vez la intriga que no la dejaba dormir ni estar en paz. Hazlo, dijo Tomasito, ponle un detective, y una vez que lo descubras no habrá marcha atrás, no sólo porque descubras lo que hace tu hijo, sino por descubrir

lo que haría cualquier persona, lo que sepas te tendrá atada, sin la incertidumbre del principio, ése no saber por qué tal o cual conducta, sino con la incertidumbre nueva, recién estrenada, de no saber cuándo te librarás de lo que sabes ahora, de lo que quisiste escarbar y que, sacado a la luz por ti misma, no sabes dónde ocultarlo porque parte de su luz se quedó impregnada en tus manos, culpables del develamiento. Al final, ella no le puso ningún detective. Hasta ahí supe de Rogelio, Raulito. Yo contenía la risa mientras ella me explicaba que no era tan caro contratar un detective, que había muchos en Quito, policías retirados o dados de baja, y que el único problema era que se trataba de un trabajo lento. Le habían dicho que para saber algo medianamente confiable necesitarían dos o tres meses, a menos que encontraran un indicio especial, una evidencia. Así que entre una cosa y otra, lo descartó. Pobre mamá, Raulito, creo que ya no tenía fuerzas, nunca pensó que se vería en esa situación. Yo la escuchaba largo rato por teléfono y ahí me percaté cuánto había querido a mi padre y cómo lo echaba de menos. Ella, que se habría imaginado a sí misma, a esa edad, como una abuela más bien joven, con uno o dos nietos, tenía a su hijo mayor todavía viviendo en casa, en una interminable carrera de Sociología y entregado a la costumbre de desaparecerse, a ratos mal vestido, a ratos en exceso bien vestido, que hasta pensó si no sería homosexual y se sintiera constreñido a alguna manera de ocultamiento —sólo que allí estaba Tomasito, él sí homosexual y nunca ocultaba nada—, y el otro hijo, supuesto pintor, divorciado y mujeriego, trabajando en una agencia de publicidad en París, y que nunca venía a Ecuador ni la llamaba ni escribía. Si lo hacía, si llamaba, era cada tres o cuatro meses, y cuando finalmente volvió de visita, fue apenas los días de Navidad y fin de año, y se marchaba como si no resistiera quedarse en su país.

Pero tampoco fui feliz allá, no del todo, pintando cada vez menos, quizá porque en París esos cuadros rojos no le interesaban a nadie. En el medio en el que me movía, Raulito, en la agencia de publicidad, estaba rodeado de cineastas, músicos, escritores y pintores, todos frustrados, todos supuestamente postergando lo que en realidad nunca habían empezado ni llegarían a concluir jamás, consolándose con los residuos y chisporroteos, los fuegos fatuos, de formas de arte que llamaban contemporáneas, puestas al día, como si el mundo se hubiera acabado y fueran ellos los que ponían el primer pie en un planeta nuevo. Eran felices, se notaba, lo hacían notar, no querían dejar de hacerlo notar. Excepto un catalán, Miquel, que venía enfurruñado al trabajo, se pasaba el día entero enfurruñado y se iba igual cada tarde. Yo había hecho un viaje a Barcelona y la ciudad me había gustado. Vi algunas pinturas de Miró y unas instalaciones de Tápies. Un día de esos que nos quedamos hasta las tantas para terminar una campaña, le comenté que me habían llamado la atención los últimos cuadros de Miró, unos paneles blancos, enormes, que sólo tenían unas líneas. Miquel dejó de enfurruñarse y sonrió por primera vez. Extrañaba Barcelona. La pasaba mal en París. Sobre todo su mujer, una belga que odiaba a los franceses. Le dije que tuviera cuidado, que mi divorcio empezó por comentarios como ése. Resultaba que él también pintaba. Sólo que él sí seguía insistiendo. Trabajaba unos cuadros rarísimos, con unas cintas de video que pegaba o calcaba en los lienzos perfilando retratos de un rostro o de cuerpo entero. Era obvio que su enfurruñamiento era porque la agencia le quitaba tiempo para pintar. Como tenía un niño, no veía la manera de dejar la agencia y sobrevivir con su pintura. Hasta que un día se hartó y me dijo que iba a renunciar y que se volvía a Barcelona porque había conseguido dar unas clases en la escuela Massana y que con eso iría tirando y tendría tiempo para pintar. Lo felici-

té, y de la nada me preguntó si tenía que hacer algo el próximo fin de semana. Quería que lo acompañara a Bruselas para ir a coger unos muebles de la madre de su esposa, llevarlos a Barcelona y luego volver a París. Sólo tenía que ayudarlo a conducir una camioneta que iba a alquilar. Como no tenía nada que hacer, le dije que lo acompañaría. Nos pegamos un viaje larguísimo. Una paliza, Raulito, no sólo por las distancias, sino porque a Miquel le dio por utilizar carreteras sin peaje. Descargados los muebles y algunos cuadros de Miquel en Barcelona, ligeros con la camioneta, no volvimos por la autopista central por la que va todo el mundo, sino que volvimos por la carretera antigua, pasamos por Albi y otros pueblos donde prácticamente casi no iba nadie. Fue allí que Miquel me dijo si no me interesaba ir a Barcelona, que no me veía tampoco muy contento en la agencia, que yo siempre estaba enfurruñado. Me reía, Raulito, le dije que él era el enfurruñado, y Miquel me dijo que no, que yo era el enfurruñado. En cualquier caso, no me gustó que lo dijera. No me había dado cuenta de que yo tampoco era feliz con la vida que tenía en la agencia. Le dije a Miquel que yo no me veía dando clases, y que, la verdad, tampoco pintaba hace tiempo. Lo sé, me dijo. Tenía la teoría de que el problema era el clima de París, y que en Barcelona eso se resolvería, que el sol y el mar me harían bien. Y lo más importante, que al saber que él volvía le habían ofrecido trabajo en una agencia. Él no iba a aceptar pero me podía recomendar. Además, dijo, es la única manera para que consigas un buen trabajo en España. Me quedé viendo la carretera, los autos que venían en dirección contraria. Los pocos que venían, porque la carretera parecía desierta. ¿Y sabes lo que pensé, Raulito? ¿Sabes lo que se me ocurrió?… Raulito, ¿me sigues?... Sí, sí, me decías. Pues bien, viendo todos los autos que venían a la contra tuve la sensación de que huían de París, viejo, y que yo era el único que iba de regreso. Sé que es una tontería.

Sin embargo, no iba a París nadie más que nosotros en la camioneta. Estuvimos así un buen rato. ¿Qué me dices?, insistía Miquel, ¿podrías irte en un par de meses a Barcelona? Le dije si quería descansar un rato y que yo conduciría. Cambiamos y cuando arranqué, todavía intrigado porque no iba ningún otro auto a París, me dije que si en los próximos diez minutos no me sobrepasaba ninguno, pues lo dejaba todo y aceptaba la oferta de Barcelona. Pasaron cinco minutos, viejo, y nada, sólo nosotros. Pasaron diez minutos, quince minutos, media hora. En esa autopista nadie iba a París, Raulito. A los cuarenta y cinco minutos de manejar sin que nos sobrepasara nadie, me paré al lado de la carretera, le dije a Miquel que tenía que orinar y al bajarme vi el letrero que indicaba que la próxima ciudad era Brive-la-Gaillarde. Otra vez era una de mis tonterías, Raulito, me dije que yo también iba a ser gallardo y valiente, que me iba a ir de París sin tener que darle cuenta a nadie. Con huevos, como dirías tú, Raulito. Con huevos. Un buen par de cojones, dijo Miquel, que me dio una palmada en el hombro y que no me iba a arrepentir y que ya iba a ver cómo podía retomar la pintura con el cielo azul y el sol de Barcelona. Le dije entonces que el nombre de Brive-la-Gallarde me había animado con lo de la gallardía. Miquel me dijo entonces que estaba equivocado, que a esa ciudad le decían Gallarde porque venía del latín y significaba *fortificada*. Brive-la-Fortificada. Toda una señal, Raulito, y me acuerdo lo que me dijiste: Ñato, te vas a hacer fuerte en Barcelona. En realidad quería salvarme, Raulito, porque no iba por un camino fiable. Quería olvidar de dónde venía, y de tanto querer olvidar creo que el impulso se expandió, olvidé hacia dónde iba y, así, no faltaba nada para olvidar dónde mismo estaba. Los últimos meses en París fueron sórdidos, más sórdidos de lo que te puedes imaginar. Desbarranqué sin darme cuenta, haciéndome concesiones para supuestamente vivir la vida real, no el caminito im-

pecable de la vida familiar, que debió empezar con mi matrimonio con Eliana, el caminito del esfuerzo admirable haciendo dos carreras, cumpliendo como estudiante aplicado, una promesa, buen marido, criando a lo mejor a un par de niños, luchando en la sombra aunque siempre expuesto a la meritoria luz del mundo, pintando mil cuadros en el que iría errando de búsqueda en búsqueda, aunque sin entregarme al encuentro de lo inesperado, sin lanzarme a fondo, remontando a base de voluntad la pendiente de las escalas sucesivas, trazadas quién sabe por quién, y que darían, poco a poco, una primera exposición, luego otra, a lo mejor un marchante visionario, un mecenas imprevisto, los frutos esforzados de la voluntad de una hormiga. Ya debes de estar pensando, Raulito, que estoy metiendo labia de nuevo. Ni siquiera necesito que me lo digas, era así, viejo, ése era el camino imaginado y no el camino propio, nunca predecible, nunca el que realmente podemos crear. Y lo mismo pudo haberle pasado a Rogelio. ¿Qué quería y qué obtuvo él en sus años en Francia? ¿Qué habría pensado? ¿Por qué finalmente terminó volviendo? Nada de eso supe. Quise pensar entonces lo que me había pasado en esos últimos meses. Yo seguía saliendo con Olenka, aunque en realidad era ella quien venía, fiel, a verme a París cada quince días, pagándose su billete de tren desde Nantes. Yo fui una vez a verla y no volví más. Ella percibió que no íbamos a ningún lado con nuestra relación. En una de sus visitas me dijo que no se hospedaría en mi departamento, sino donde una amiga, otra chica polaca a la que yo conocía y que vivía en Belleville. Cenamos el mismo día que llegó y no fue necesario esperar mucho para que me dijera que estaba saliendo con un francés de Nantes. Yo no podía exigirle nada. Le pregunté entonces qué iba a hacer y su respuesta no fue decirme que debíamos terminar, más bien me dijo que era culpa mía por no darle ninguna certeza y que aún así todavía estaba enamorada de mí.

Con qué facilidad uno tontea a esa edad. Yo tenía veinticuatro años, Raulito, parecía un juego y no lo era. Nunca lo fue aunque lo creía así. No me esperaba lo que dijo Olenka. Mejor dicho, no me esperaba la ambigüedad de la vida real, limada siempre a nuestro favor, por nosotros mismos, por el lado más débil y amoldable. Olenka volvió a Nantes y no la volví a llamar. Para mí no tenía sentido recuperar un terreno que ya había sido tomado, terco todavía, sin querer aprender, insistiendo en ese camino absoluto, esperando el mapa nítido de las supuestas etapas sucesivas. No había mapa, Raulito, no iba a encontrar de nuevo ese mapa parecido al que mi viejo siempre me mostraba y recorría tranquilamente con sus dedos imitando a un gigante. Tenía que aceptar mi propia ruta, abrir trocha como decimos, arremangarme y ensuciarme. No había bastado huir de Quito, eso había sido sólo el comienzo y no me di cuenta. Sí me ensucié, y cómo lo hice, tocando puertas inmundas mientras que Olenka me había dado un aviso, extendiéndome la mano para no caer. Fui más allá, lejos de la ciudad de turistas, la de postal y bombín, por el lado de sombra donde descubres que el precio de su luz se sostiene, como un contrapunto, como contraste, por lo sombrío. Un cuadro de Caravaggio, para resumir. Mejor no hablemos de esas cosas, como decía Fayad Jamís. Fue allí que pensé que Rogelio debió pasar seguramente por lo mismo. Mi única alegría en esos meses, como un pequeño oasis despejado en ese París de mis despropósitos desbarrancados, fue recibir tus cartas en las que eras tú, Raulito, quien realmente parecía iluminado. Debes recordarlo porque fue cuando empezaste a tener los problemas con los manejos de Andrade con su galería. Si yo no iba a ningún sitio con mis monocromías rojas, al menos tú debías abrirte un buen camino. Eliana me había pasado el contacto del marchante de Nueva York y antes de escribirle a tu nombre quise consultarle a Biscay por si a lo mejor lo conocía o si sabía

de alguno en Francia o Suiza al que le interesara el arte latinoamericano. Curiosamente nunca había hablado con él de arte. Lo que yo había visto en el salón de su casa no me había dado buenas referencias. Le comenté que quería saber su opinión y me citó en su casa. Le describí tu trabajo con las cantuñas, la aplicación con la que trabajabas y las posibilidades que yo creía que tenías.

—¿Y tú, Álvaro? —Biscay empezó a tutearlo—. Me pides orientación para tu amigo en Ecuador y de tu propio trabajo no dices nada, no me has mostrado nada.

Me reí. Debía estar nervioso. No supe qué decir, Raulito. Insistió y entonces le dije que yo estaba buscando, que tenía la sensación de que tardaría un tiempo en dar con algo que pudiera llamar mío, en encontrar mi voz propia.

—Qué voz propia ni qué pendejadas —dijo, y esa fue la primera vez que escuché hablar a Biscay con acento ecuatoriano, como si le hubiera nacido de adentro, y nada, ni su vida francesa, ni sus buenas maneras, su contención tan educada hasta la indolencia, pudiera solapar esa expresión espontánea.

—Cuéntame lo que has hecho —añadió.

Le expliqué que me interesaba trabajar monocromías en rojo, que los profesores de la Escuela de Bellas Artes no me habían tomado en serio y que por ningún lado en París había visto galerías a las que les pudiera interesar mi trabajo. Sí que había espacio para los expresionistas abstractos norteamericanos y alemanes, no más, todo eso que ya te conté. No me contuve y también le hablé del dichoso Dubuffet que estaba por todas partes, inundando cualquier rincón con su Art Brut. Biscay sonrió y me dijo que lo acompañara mientras contaba que Dubuffet había sido siempre un afortunado, que venía de familias con dinero, dedicados al vino, y que había sobrevivido a mil cambios, y que había hecho las cosas bien y con mucha

suerte y trabajo, que no me hiciera mala sangre. Dejamos atrás el gran salón que daba hacia la Avenue Foch, entramos por un amplio corredor acristalado y abrió una habitación. Era una especie de biblioteca con galería. No te puedes imaginar, Raulito, la cantidad de cuadros que había allí. No eran como los que tenía en la sala, a los que yo nunca les hacía caso, los típicos paisajes ingleses y alemanes, incluso alguna cosita de Manet, y el infaltable grabadito de Picasso hecho al vuelo, lo de siempre. No, allí en esa habitación donde todo estaba amontonado, había maravillas. Estaban Tanguy, Matta, Ed Lissitzky, un cuadro rarísimo de Opalka, puros numeritos desvaneciéndose, un par de cuadros de Mondrian de la etapa de los Boogie-Woogie, y otros que no conocía ni había visto nunca. Era el perfecto gabinete de esos que están hasta el techo de cuadros. Había un cuadro luminoso en el que parecía pulverizarse la luz en figuras ligerísimamente oblongas. Le pregunté por él y me dijo que tenía buen ojo, que era de los últimos cuadros de *Le Poulet*. El pollo, Raulito. Era de Manuel Rendón. Yo había escuchado algo de Rendón y lo poco que había visto en Quito no me gustaba, cuadros figurativos de personajes aborígenes, el mismo retrato del país de siempre. Lo que estaba en el gabinete de Biscay era diferente. Era glorioso, Raulito, era la pura descomposición de la luz en espirales. Le pregunté por qué no se veían esas cosas en Quito. Porque es lo que pintó los últimos años, dijo Biscay, cuando vivió allá, en una cabaña en la costa, por la península de Santa Elena, rodeado de la gente del lugar a la que ya no le encontró gracia retratarlos, como lo había hecho cuando vivía en Francia y se iba de vacaciones a Ecuador.

—Su desgracia fue volver —dijo Biscay—. Aquí tenía un marchante estupendo, el mismo de Picasso. Volvió a Ecuador y luego ya se alejó de todo. Lo mismo le pasó a otra magnífica pintora, Araceli Gilbert.

¿Puedes creerlo, Raulito? Traté a Biscay durante cuatro años y nunca hablamos de ninguno de ellos. Sabía de Araceli Gilbert, la había conocido personalmente. Sacó de una estantería un cuadrito de ella mientras yo le comentaba mi admiración por el *Réquiem de Sidney Bechet*. Él no había visto el cuadro porque Araceli Gilbert lo hizo en Ecuador. Resultaba que él no sólo la había acompañado al concierto de Bechet… ¡Fue él quien la invitó! Me reí de los nervios. No podía ser cierto. Me parecía irreal lo que me estaba pasando. Y vuelvo a acordarme de ese momento para pensar que de Rogelio yo no sabía nada del tiempo que había vivido en París. Nada, Raulito. Un desconocimiento imperdonable por mi culpa, por haber estado centrado en mis cosas, o descentrado, como quieras. Biscay iba a rematar ese encuentro.

—Es como una fatalidad, Álvaro —dijo—. A veces es cuestión de suerte. En realidad, sólo salen adelante los que van hasta las últimas consecuencias. Como si fuera necesario hacer un pacto con el diablo. Sólo que el diablo no es como lo imaginamos, toda esa vaina sulfurosa, tenebrosa. Es más bien simple. El diablo es el mismo artista. Y el otro, el que supuestamente se muere de ganas de llevarse nuestra almita inmortal a cambio de las «maravillas» del mundo, es un negociante mediocre que sabe que tiene esas maravillas a precio de saldo y lo que quiere es deshacerse de ellas. Nosotros seguimos creyendo que nuestra almita es muy valiosa. Y decidimos que no, que no la vamos a dar, y entonces huimos. Sí, huimos. Nada mejor que estar tranquilos, viviendo en nuestro país sin problemas, que no vale la pena sacarse el aire a cambio de un mundo que nos parece ya inalcanzable. Hay otros, por supuesto, que vienen desesperados por venderle al mejor postor su almita y no encuentran a su diablo particular para ofrecérsela y se pasan la vida a la espera, agitándose mucho, moviéndose para encontrarlo. Y no llega. No llegará nunca. Porque realmente no se atreven. Sólo tienen la fantasía de que aparezca el diablo. Lo

buscan y lo buscan, aunque parezca que no lo hagan. Al final no lo encuentran y se van a pique y se joden. Usted, Álvaro, debería seguir trabajando y no pensar en eso de la voz propia y demás tonterías. Haga lo que quiera, pero hágalo a conciencia. Quizá su amigo lo hizo así y por eso usted ha percibido que está en la vía correcta. Y hágalo pensando que no le queda mucho tiempo. Déjeme mostrarle algo.

Llamó a su empleado.

—Tuong, hágame un favor —dijo Biscay—. Tráigame el cuadro azul que está en la bodega, el que está cubierto con la tela.

El hombre asintió y volvió a los cinco minutos. Lo colocaron en el piso, apoyado contra la pared. Biscay levantó la tela por un extremo y Tuong por la otra. Era una mancha completamente azul, curvada, donde se podía reconocer el rastro de un cuerpo que lo hubiera pintando arrastrándose.

—Esto es Yves Klein, Álvaro —dijo—. Una de sus antropometrías azules. La pintó aquí hace veinte años. Siempre hacía unas perfomances con música atonal, desnudaba a chicas jóvenes, las teñía de azul y las restregaba contra un lienzo echado en el piso o en la pared. Mi querido Yves sólo vivió unos pocos años más. Murió a los treinta y dos. Una tragedia. Creo que sabía que se iba a morir pronto. Lo revolucionó todo.

—Pero por qué no expone esto en su salón. ¡Es una maravilla!

Biscay se puso triste o creí que se puso triste, en cualquier caso parecía un poco melancólico.

—Me trae muchos recuerdos. Demasiados, diría. No puedo verlo con objetividad. Así que prefiero tenerlo aquí para visitarlo de vez en cuando. Ése es el problema del arte contemporáneo cuando puedes ver el proceso en el que se compuso. Me agota. Y eso no me pasa con los pintores clásicos, que parecen no

haberse esforzado nada. Esconden el proceso y queda como un enigma. Tienes que volver una y mil veces a su trabajo, verlo todos los días para tratar de saber cómo lo pintó. Y nunca lo resolverás. Sus obras se convierten en una especie de imán. Yves me cansa porque veo el cuadro y recuerdo sus movimientos, su ir de un lado para otro, todo lo que hacía. Era como si supiera que no existía ningún demonio con quien pactar. Él lo supo. Y por eso se agitaba. Tenía que inventárselo. Y lo llamó vacío.

Álvaro nunca había escuchado a un aficionado o coleccionista hablar de esa manera. Biscay sabía mucho más de lo que aparentaba. Le intrigó saber qué hacía Biscay con todas esas obras, porque era claro que no las vendía. Tampoco las exhibía en sus almuerzos o reuniones. Por un momento, pensó que era una especie de vampiro que necesitara tener esas obras, las expuestas y las escondidas, para mantenerse joven. Una idea absurda, Raulito, pero me dio esa sensación. Como si el diablo se dedicara a coleccionar arte. Cuando me fui de su casa y regresé caminando a casa por el *Jardin d'Acclimatation* pensé que quizás era eso, que el diablo del que había hablado Biscay en el fondo no quería nuestra alma. Lo que quería era nuestro trabajo, nuestro fracasado trabajo con el que había buscado el éxito. Y lo del alma era una trampa, una moneda falsa para su transacción. Cómo íbamos a salvar nuestra alma cuando lo que en realidad estábamos haciendo era darla, no al diablo, sino a ese mundo del que esperábamos su reconocimiento. Así, de pronto, como si hiciera ¡paf!, se desvanecieron tanto el diablo como el alma. Sólo quedaba la obra. Era lo único. Ni siquiera había mundo. Sólo la obra, Raulito. Nada más. Y todo lo demás, el mundo, las galerías, los marchantes, los pintores, los espectadores, los críticos, todo lo que rodea la obra, no son más que fantasmas que pasan, siglo tras siglo, tratando de agarrarse a la obra. Y la obra, por supuesto, no lo sabe, sigue imperturbable.

Me acordé de eso mientras pensaba en Rogelio. Quería descifrar qué era lo que él perseguía, o de qué huía. Pensé muchas veces en esa mujer, Marzi, que había venido a verlo al departamento de la rue Laffite creyendo que estaría ahí. Él parecía huir de ella. Incluso creí que seguramente por ella él había descubierto lo que no tenía que hacer. Eran fantasías mías, Raulito. Hasta supuse que el papel de Olenka podía haber sido parecido al de Marzi: una llamada al orden. Sólo que en mi caso yo tenía, o quería, aún sin saber cómo, agarrarme a mi pintura. Rogelio, en cambio, iba a abandonar la Medicina, estaría tonteando con los estudios de Sociología. Nunca supe de ninguna novia suya durante el tiempo que viví en Francia. Mi madre tampoco comentaba nada. Era como si él no tuviera ningún propósito en la vida, y ese vacío, esos huecos, los fuera parchando con sus excentricidades. Conforme pasaban las horas y yo seguía esperándolo llegar a mi departamento en Barcelona, recordé que llegué a pensar que su transformación debió de darse en París en circunstancias muy parecidas a la mía. Y tú, Raulito, aparecías como el ejemplo contrario. Estabas bien, muy bien, mi recuerdo del último viaje me había dejado contento por ti. Así que había que ayudarte. Si yo no podía hacer nada por mi hermano Rogelio, a ti sí te podría ayudar. Finalmente, Biscay me dijo que no conocía al marchante de Nueva York. Podía averiguar, y sobre encontrar un marchante en Europa me dijo que no eran buenos momentos para el arte latinoamericano. Así que ahí fue que me puse en contacto con el gringo Epps. La respuesta fue inmediata, como te conté, y la cita en Nueva York ocurrió en pocos meses. Todavía me río de tu cara de terror cuando subiste al avión de American Airlines. Tenías que haberte visto, Raulito, realmente estabas espantado, a la menor sacudida del avión dabas un gritito y te agarraba como gato al asiento. Nunca te sacaste el cinturón durante el vuelo y te pusiste pálido cuando empe-

zamos a bajar para aterrizar. Todo el viaje me la pasé contando historias de lo que habíamos hecho juntos, el primer año en el San Gabriel, las primeras caminatas, tu fiesta de cumpleaños en la que me emborraché por primera vez, las bromas de Strudel con tu teoría de los cuyes latinoamericanos. Hablé hasta por los codos y tú apenas sonreías del puro terror. Luego te calmaste y los tres días en Nueva York fueron estupendos. Son uno de los mejores recuerdos que tengo, viejo. El gringo Epps resultó simpatiquísimo. Su madre era cubana y hablaba un español en el que se comía la mitad de las palabras. De broma en broma, resultó muy eficaz. Eso de ponerle debajo del nombre de *Cantuñas* lo de *The real treasure of the inca* y luego la etiqueta de *Inca Stones* fue un acierto, y te catapultó, viejo, vaya si no te catapultó. Le jodía que nunca fueras a las exposiciones que te montó en varias ciudades. Luego me dijo que eso le daba misterio a tu trabajo. ¿Te acuerdas que uno tras otro iban los periodistas y los críticos a entrevistarte a Quito y sistemáticamente los rechazabas o les dabas largas? Fue ahí que me dio un poquito de envidia. Nunca te lo dije, pero fue así. A pesar de la conversación con Biscay yo seguía sin exponer nada. Que haya conocido a Miquel fue providencial porque no lo dudé mucho y me fui de París.

La adaptación de Álvaro a Barcelona fue completamente distinta a su llegada a Francia. Mientras que en Francia se sintió seguro por llegar al departamento de Rogelio y acompañado de Eliana, en España imaginaba que podía morirse solo en su nueva casa y nadie lo sabría hasta semanas después, cuando su propio cuerpo estaría ya descompuesto, alertando a los vecinos.

—Cojudeces, Ñato —le dijo Raulito—. Allá todo es tan tranquilo y seguro como en un convento. Así que no jodas con que te vas a morir.

Aún así, la idea de morirse de un día para otro no se le fue fácilmente de la cabeza a Álvaro. Se lanzó a caminar por las

calles de Barcelona y pensó que sólo bastaría ver a uno de esos mendigos o borrachos, como los tantos que había visto en París, para que él volviera a tener la idea de que podría terminar como ellos. Y como las calles siempre iban en pendiente, fantaseó con la idea que si él acabara en el suelo, muerto de un fulminante ataque al corazón o por un derrame cerebal, no se quedaría quieto porque su cuerpo, con esas pendientes tan silenciosas como irreversibles, rodaría hacia el mar y allí se iría flotando como un trozo de balsa. El mar, de una u otra manera, tarde o temprano, devolvería su cadáver a la orilla. Esa era otra de sus fantasías, la del mar. Aunque le gustaba ir a la playa y disfrutaba del mar, una de sus pesadillas recurrentes eran los tsunamis.

En todos los departamentos que visitó siguió imaginando que siempre terminaba muerto en una habitación oscura con las paredes sombreadas por los viejos muebles de los inquilinos anteriores. Vio varios así por la zona del Eixample, por el Clot, por Gracia, por Poble Nou —este último era ideal, pero lo descartó por la cercanía del mar—, y ninguno de todos esos lo terminó de entusiasmar. Cuando llegó al piso que le mostró el agente inmobiliario en La Salut, en lo más alto de la calle Verdi, pensó que allí también tendría la misma sensación de encierro. Esta vez fue diferente. Apenas abrió la puerta vio cómo la luz entraba por unos grandes ventanales y se dijo que ése era el sitio. Desde allí contempló Barcelona inclinándose suavemente hacia el mar, esplendoroso y suficientemente lejos. Al salir, luego de confirmarle al agente inmobiliario que le gustaba el sitio, Álvaro bajó caminando por la calle Verdi y se entusiasmó con los ciruelos rojos que flanqueaban la acera izquierda. Se instaló rápidamente. Miquel lo ayudó. Luego de desmontar varias cajas y revisar todo el departamento, Miquel le mostró por la ventana del lado opuesto a la terraza, el Tibibado, y le explicó que el nombre estaba tomado de lo que le había dicho el demonio a

Cristo en las tres tentaciones del desierto. La mayor de las tres era el ofrecimiento del mundo: *tibi omnia dabo*, dijo Miquel, y Álvaro pensó que parecía una historia de película de exorcistas. Esa noche se fue a dormir temprano. Al día siguiente, la luz del amanecer lo despertó y observó cómo el sol salía por el horizonte, a la izquierda del ventanal de la sala, y reverberaba sobre la superficie plateada del Mediterráneo.

En ese momento, Raulito, me entraron ganas de irme a la playa. Guardé una toalla en la mochila y salí del departamento. Seguí caminando por Verdi y volví a ver los ciruelos rojos. Pensé de nuevo en lo imprecisos que son los nombres de los colores. El follaje del ciruelo, sostenido por un delgado tronco gris marrón con manchas blancas, era una paleta esférica de tonos. Variaban por el cúmulo de las hojas. En el envés eran de un púrpura oscuro, casi negro, mientras que las hojas más altas, las únicas que alcanzaban a recibir los primeros rayos de luz, se encendían de un rojo más vivo que el resto. Acaricié las hojas oscuras, las únicas que yo podía alcanzar con la mano, arranqué una y me la metí en el bolsillo. A esas alturas, viejo, yo ya había investigado todo lo que necesitaba para ponerme a pintar con mis rojos. Había estudiado las longitudes de onda y, sobre todo, había descubierto que el mundo rojo está en los límites máximos de la percepción, casi un color a punto de desaparecer y desvanecerse.

Rojo el atardecer, se decía Álvaro, rojo el final y la muerte. Tomó una nota mental: escribirle a Raulito. Como no se fiaba de su memoria, entró a la primera cafetería que encontró abierta. Se tomó un café y un *croissant*. El *croissant* le resultó desabrido y soso comparado con los franceses. Le dio lo mismo y se puso a escribir en uno de los viejos tarjetones que había abandonado y que siempre seguía cargando con él. Fueron los meses de entusiasmo de Raulito con las cantuñas. Álvaro le escribió: «Sobre

todo, Raulito, entender la naturaleza del rojo sus propiedades sus gradaciones como si la ausencia de los límites de una figura me permitiera abrir una variedad tan grande de tonos parecida a una genealogía llena de recovecos y pasiones de una familia vasta y compleja donde caben hijos reconocidos bastardos nobles y canallas cada uno aportando esa constatación del abolengo o el giro traidor de las ovejas no diré negras, Raulito, sino rojas sin saber para qué esas sucesivas generaciones salvo para cumplir su continuidad hasta el giro que las defina en su nobleza en su horror en su anonimato o su desidia». Guardó la tarjeta en la mochila y siguió su caminata. Llegó a la playa desierta a esa hora, se quitó los zapatos, sintió la arena tibia de la orilla del mar, cogió un poco de agua con las manos, se mojó el rostro, se secó al sol y se fue a sentar en una de las tarimas de madera que iban de la calzada de asfalto del malecón hasta la arena de la playa. Se sacudió escrupulosamente la arena que se le había quedado entre los dedos de los pies, se puso los zapatos y se dedicó a contemplar el mar durante un buen rato. Álvaro no se sintió inquieto por la idea de que en la línea del horizonte se alzara un tsunami porque las aguas quietas del Mediterráneo le trasmitían calma. Más bien sentía como si el mundo se hubiera apaciguado y se hubieran esfumado todas las fronteras y nacionalidades, y cada uno de sus miedos. Pensó que a la orilla del mar, mirando el horizonte, nadie es extranjero. No vio ningún barco, pero sí un avión que atravesaba el cielo azul dejando una estela blanca. Eso le recordó una aerolínea de su país que pintaba sus aviones de muchos colores. Fue un recuerdo fugaz en el que no quiso persistir porque el día se presentaba estupendo como para arruinarlo con la nostalgia. Con más razón ahora que había encontrado, casi sin pensarlo, un lugar en el que nunca más se sentiría extranjero. Aquí, pensó, aquí podría empezar a pintar mis cuadros definitivos. Los pensamientos se le desdibujaban por un sueño que

empezaba a llegar con la misma suavidad que las olas, así que extendió la toalla sobre la arena, junto a la tarima, se recostó y se quedó dormido mientras escuchaba el murmullo del mar y las suaves conversaciones de los pocos corredores que atravesaban de un extremo a otro el malecón. A ratos alguna conversación se elevaba de tono, pero no lo despertaba, más bien lo empezó a agitar un sueño fulgurante en el que pasaban uno tras otro los aviones multicolores que recordaba de su país. Sólo que los aviones no seguían de largo, sino que repentinamente se detenían, no sólo como si se hubiera apagado los motores, sino como si hubiera perdido todo impulso y cayeran en seco y él nada pudiera hacer para detener la caída. Lo peor del sueño es que mientras caían los aviones parecía distinguir dentro de ellos a los pasajeros, y cuando estaba por definirse un rostro —todos los pasajeros estaban dormidos— perdía la visión del avión porque una ola gigantesca lo envolvía en su curva mayor.

Se despertó y cuando vio que todo estaba en calma, se sacudió las manos, sintió los primeros rayos fuertes del sol, se calmó viendo el mar tranquilo como un lago dormido, y se metió al agua. Era como bañarse en una piscina. Miraba a la línea del horizonte, completamente despejada, y supuso que allá estaría África. Se equivocaba: estaba mirando hacia Italia. Cuando empezó a llegar mucha gente, recogió su toalla, se cargó la mochila y volvió rumbo a casa. Pasó por una tienda de pinturas que había visto en el trayecto y que ya estaría abierta ahora que regresaba. Estaba abierta. Pidió un tubo de acrílico rojo y el empleado le preguntó si quería alguno en especial. Álvaro pensó por un momento que quería probar un nuevo tipo de rojo. Volvió a recordar la aerolínea de su país y por esa vía recordó a los indios tsáchilas de Santo Domingo de los Colorados, que se embijaban el pelo con una mezcla roja de achiote y leche de sandí de manera que llevaban una especie de visera de un rojo inimitable

y espeso. Pensó que no, que no era exactamente el color que iba a probar, que la memoria, otra vez, le estaba jugando malas pasadas y él ya no estaba para nostalgias, además que nunca en su vida había conversado con ningún tsáchila colorado. Tendría que pedir un color nuevo, uno que celebrara su nueva vida. Sacó del bolsillo la hojita que había arrancado del ciruelo rojo y la colocó sobre el mostrador, para asombro del empleado de la tienda.

—Como éste —dijo Álvaro.

Estaba alucinado, Raulito, me daban ganas de tomarle el pelo a medio mundo, y los catalanes parecían tener la cara menos indicada para reírse de sí mismos. Hasta pensé que me había contagiado del nombre de mi nuevo barrio, La Salut. Quise tomarlo como un símbolo. La Salut, como si necesitara recuperarme, salir de ese letargo de mi enfermedad parisina. El arte es salud, comentaba Biscay, que había escuchado decírselo a Yves Klein más de una vez. En cualquier caso, estoy seguro de que te gustaría mi departamento, viejo, es chiquito y con la vista grande del Mediterráneo desde el balcón, a cielo descubierto, con ese sol y ese cielo azul que, cuando había algo parecido en París, era como un milagro. A diferencia del cielo de Quito, el hecho de tener el mar lo hace distinto: no te lanza al espacio, o mejor dicho, no te planta y te paraliza haciéndote sentir el espacio, sino que te provoca moverte a la línea del horizonte, bajar a la playa, irte a nadar. Allí, en Barcelona, era una costumbre. Peligrosa, precisamente, porque te acostumbras, y llega un día en que dejas de verlos porque los das por sentado, confiando que allí estarán siempre. Y ese día llegó cuando mi madre se volvió a preocupar por el comportamiento de Rogelio y los últimos incidentes, la advertencia de Tomasito, la desesperación de llegar a pensar en contratar a un detective para saber qué hacía su hijo mayor. Mi madre, que se armaba de paciencia y de todas las pausas de la

comprensión —la curiosidad, la tolerancia, la empatía, de nuevo la paciencia, la disponibilidad, el entusiasmo incondicional por lo desconocido que aportaba Rogelio— en realidad cosechaba poco, y no me habría sabido decir nada de ese viaje repentino de mi hermano porque nada sabía. Y lo que llegaría a saber no sería por él sino por el giro brutal que iba a tener el confiado mundo de mi madre. Porque aunque pueda sorprenderte eso que pasó, la verdadera sorpresa en la llamada de Rogelio estaba por llegar. Poco después de que él me dijera que no me preocupara de recogerlo en el aeropuerto, que él llegaría a mi casa, añadió que, *por favor*, no le dijera nada a nuestra madre, que ni siquiera dudara cuando ella me llamara a preguntar, que no trasmitiera ni un instante de silencio o duda, nada, como si la pregunta de mi madre me cogiera por sorpresa y yo, con absoluta confianza, dijera que no tenía ni la menor idea.

Eso era nuevo para mí: que mi hermano estuviera esperando una respuesta mía, quizá no una respuesta nueva, sino la de siempre, la que él esperaba que yo dijera otra vez, apelando a los lenguajes secretos que él había inventado y abandonado por no sé qué razones, razones despiadadas para mí, porque él era mi hermano mayor y yo siempre lo observé con admiración y él seguramente me veía como el recién llegado, el pequeño que llegó a destronarlo, sólo que ese lenguaje era uno de mis recuerdos más queridos, así que no lo dudé y pronuncié la palabra que, sin haberla dicho, seguramente él estaba esperando, la que significaba nuestra complicidad de hermanos que parecía a punto de perderse, y que ahora, milagrosamente, en extrañas circunstancias, volvía. Así que la dije de tal forma que sólo faltaba que él la completara, como hacíamos siempre, entregados a esa fantasía danzante que pellizcaba la realidad con fuego.

—*Asa Nisi*… —dije, y esperé unos segundos interminables para ver si él volvía, tal como era, con nuestra clave, y finalmen-

te, cuando estaba a punto de dar por descartado que mi hermano volviera, volvió:

—*Masa*… —dijo, pero ya no era el mismo cuando añadió: —Gracias, ñañito.

¿Puedes creerlo, Raulito, me dijo ñañito? Rogelio jamás utilizaba la palabra quechua para decirme hermano, nunca, ni de broma. Esa palabra, ese ñañito que debía haber significado la mayor cercanía, era extraña en él y coronaba una transformación que yo sólo había visto desde el margen, lejos, sin entender sus causas inmediatas, quizá porque nunca me interesó, quizá era culpa mía, porque yo le había dado la espalda a ese mundo y en ese mundo seguía mi hermano. Como ocurre con esos largos desconocimientos, llega un día en el que todo se resuelve y se revela, ese día vertical en el que claramente sientes que se clava el tiempo como una estaca o como un tótem al que se volcarán todas las incógnitas y todas las peticiones, las fulgurantes y evasivas esperanzas, cuando sientes que únicamente estás allí para escuchar lo que se desconocía, para ser testigo y darle realidad a eso que te sonará inverosímil, como el padre que descubre a un hijo repentino que se presenta a sí mismo con voz grave o temblorosa o suspicaz, o como quien descubre una media hermana irremontable porque está colocada en el lado opuesto de tu mundo y de tus rasgos y de tu acento, o como quien descubre que quien suponías tu padre o tu madre, no lo era, no tal como lo pensabas, o que quien se llamaba de una forma tenía otro nombre, también ajeno a ti, y que por el sólo hecho de revelar su ocultamiento hiciera que el nombre conocido, el que frecuentabas, revelara un surco acanalado en el que había estado inscrita, replegada, una historia que te ha excluido para siempre y sin posibilidad de regreso a la intimidad del principio. Ese día vertical esperó a la noche.

Supe que sería una noche larga, Raulito. Preparé una cena fría para no tener que ponerme a calentar cuando llegara Rogelio

y compré un vino blanco para tomarlo bien frío en el calor de ese agosto. Sería como una celebración. Yo llevaba cinco años viviendo en Europa y él nunca había venido a verme. Yo hasta me había imaginado que algún día Rogelio caería de sorpresa en el departamento de la rue Laffite. Nunca fue. Seis meses atrás se había olvidado despedirse de mí en Quito y ahora vendría a mi casa. Mientras pensaba en estas cosas, llamó mi madre por teléfono, tal como había dicho Rogelio. No preguntó por él. Hizo el préambulo de siempre, que cómo estaba mijito, que qué ingrato que era y que por qué no la había llamado, y ahí debía empezar su secuencia de puestas al día, de contarme las calaveradas de Rogelio, y luego pasar al recuento de sus achaques de salud, los chismes sobre sus primas y amigas, y terminar con algunos comentarios sobre la gestión de los bienes, de los alquileres de las casas, que por qué no me encargaba de arrendar o vender el pisito de París para tener un dinerito extra y yo entonces le decía que iba de cuando en cuando, y cada verano sin falta, y que me resultaba mejor tenerlo disponible. Pero no. No hizo ese recuento, esa especie de salmodia que yo me conocía de memoria, Raulito, qué va. Con una voz que se pretendía espontánea me preguntó lo que ya me había advertido mi hermano: verá mijito, ¿por si acaso Rogelio no te ha dicho si se iba a algún lado? ¿No has hablado con él? Aunque yo estaba avisado, al comprobarlo y escuchar la manera tan distinta de hablar que ahora tenía mi madre, sí que me extrañé, y proyecté esa extrañeza como sorpresa, como inquietud por lo que estaba pasando, en mi propio modo de hablar. Le dije que no tenía la menor idea de Rogelio, si no hablamos desde que fui a Quito y se olvidó hasta de ir a despedirme al aeropuerto, cómo iba a saber, mamá, desde el otro lado del mundo, dónde estaba mi hermano, ¿qué estaba pasando? Ella se quedó callada al otro lado del teléfono, lo que era raro, ya que ella era de respuesta rápida, incluso a veces te in-

terrumpía antes de que hubieras terminado. Era claro que había alguien alrededor.

—Ay, mijo —dijo entonces—. Es una vergüenza. Te paso a Tomasito. Él te lo explicará mejor que yo.

Me lo explicó y no lo creí, Raulito, ahí se estaba clavando el día vertical. No lo quise creer. No podía ser cierto. Le dije a Tomasito que si sabía algo no dejara de avisarme, y que yo haría lo mismo aunque me parecía difícil que pudiera enterarme desde tan lejos. Escuché en el intervalo que hizo Tomasito que del otro lado de la línea mi madre estaba sollozando mientras caminaba por la sala. Pude escuchar el taconeo de sus zapatos en el piso.

—No necesariamente, Álvaro —dijo Tomasito—. Incluso es probable que en este momento Rogelio esté en París. ¿Él tiene llaves del departamento de ustedes?

Le dije que no lo sabía. En principio, no.

—Hablaré con Biscay —dijo Tomasito.

Fue curioso, Raulito. Me quedé de piedra. Nunca se me hubiera ocurrido asociar a Tomasito, allá en Quito, con Biscay en París. Nunca supe que tuvieran algún tipo de vínculo, no había asomado ni el uno ni el otro en ninguna conversación. Qué poco sabe uno del pasado, Raulito, cómo simplifica uno las coordenadas desde nuestro soberano y ridículo punto de vista en el presente, apenas un hilito que lleva a una embrollada madeja de la que siempre estás tirando para seguir adelante cuando lo que estás haciendo es desenrollar el pasado ya dicho y trazado y revuelto, arrastrándolo todo en tu minúsculo hilo que avanza. De pronto fue como si descubriera que esos mundos que yo había supuesto separados, distantes entre sí, incluso ajenos y hasta contrapuestos, en realidad no lo eran. Nunca lo fueron. Eran el mismo mundo con dos rostros. A veces uno de ellos era el sombrío, a veces lo era el otro, y la correspondencia entre sombra y luz es una ecuación que exige en uno la luz para que en el otro

haya sombra, y de igual manera al revés. Imposible que en ambos haya luz al mismo tiempo. Sí pueden ser al mismo tiempo sombríos, porque quizá haya un tercer o cuarto o quinto rostro que yo, así como no pude ver la correspondencia entre dos de ellos, menos podría reconocer la que existe entre otros mundos, inalcanzables para mí. No se me había pasado por la mente pensar que Rogelio pudo haber pasado en París un proceso parecido al mío, o al menos próximo, quién sabe si con mayores dificultades, o quizá no. De eso nunca conversábamos, ni siquiera en la época en que era posible hablar con él con una cierta trasparencia y complicidad. Damos tanto por sentado entre hermanos, cuando podríamos ser dos completos desconocidos. Ahora íbamos a conversar, cuando él llegara a mi departamento, a la hora que fuera, porque yo lo estaba esperando. Y mientras esperaba, mientras terminaba el día y veía oscurecerse el cielo de Barcelona, mientras veía el último vuelo de las gaviotas y todo se teñía de naranjas y rosa salmón y poco a poco el azul del cielo evolucionaba a un azul plateado que se teñía de negro, pensé que quizá había hecho más por ti que por Rogelio. Incluso había hecho más por ti que por mí mismo. Me había salvado venir a Barcelona, no tanto por la ciudad y su esplendor climático, que en algo ayudó, sino por el despojamiento. Quizá lo notaste un poco porque yo, en los primeros meses en Barcelona, dejé de hablarte de mis investigaciones sobre el rojo. Mientras que tú no dejabas de comentarme espontáneamente lo que ibas haciendo con tus cantuñas. Y te digo que me di cuenta de que a lo mejor lo habías notado porque siempre me querías meter en tus cosas, siempre con ideas nuevas y frescas. Cuando te insistía para que vinieras a Europa, que te dieras una escapada para ver museos y otras obras de escultores, salía tu miedo a los aviones. Y para no hablar de mi pintura, por la que siempre preguntabas, me dediqué a mirar escultura y tener de qué hablar o escribirte. ¿Te

acuerdas cómo te entusiasmó cuando te conté lo que vi en París de lo que hacía Brancusi para destacar sus mármoles blancos, eso de poner un lienzo todo negro detrás y colocar sus pájaros o bustos sobre un pedestal de madera o piedra negra?

—Eso mismo deberíamos hacer, Cónsul —dijo Raulito—. Lo acabas de decir. Es una idea buenísima. Mira. Ponemos detrás de cada cantuña uno de tus cuadros rojos. La piedra, aunque no sea mármol, con el punto de oro que le inserto hasta el núcleo, va a destacar con el fondo rojo de tus cuadros. ¿Te animas? Di que sí.

Los críticos no tardarían mucho en empezar a repetir lo que tú decías de que ese fondo rojo era el precio de la sangre que había corrido en la explotación de las culturas indígenas, que las cantuñas pulidas representaban la esencia andina, su «pétreo fundamento poético», y la inyección de oro puro que introducías en los huecos que taladrabas en las cantuñas era el emblema del oro que se extrajo en la época de las colonias y que llegaba hasta nuestros días. Y que si sólo se veía un puntito de oro en la superficie de las cantuñas, lo cierto era que ese hilo de oro continuaba hasta el mismo centro de la piedra. Te morías de la risa, Raulito, vendiste muchísimo. No te podías quejar, las cosas te iban bien y te iban a ir mejor. Quizás ése era mi papel, mi verdadero papel: ser un telón de fondo tuyo, el autor anónimo que te pintaba los cuadros rojos para darle realce a tus cantuñas. Te empezaban a admirar, Raulito, cuando ya ni sabían lo que estabas haciendo. Tu fama iba a ir más allá de ti mismo, te presentaba, te daba entidad, dejarías de ser Raulito para ser Raúl Coloma, el creador de las cantuñas, de las *Inca Stones*. Qué risa, la gente hablaba con una seriedad de lo que para ti era pura diversión, un juego magnífico y luminoso porque lo habías sabido escuchar y porque siempre estuvo allí. No como yo, que me había dedicado a buscar y lo único que encontraba era un sinsentido, una inexpli-

cable fijación que en vez de hacerme bailar para seguir jugando, me petrificaba. Era yo una estatua, Raulito, rígido, inamovible, terco. No sabía escuchar. Entre tanto aprendizaje, tanta teoría e historia del arte, tanto viaje privilegiado para ver de primera mano, delante mis ojos, todo el arte que se había hecho en Occidente, no había aprendido lo más importante: escucharme a mí mismo, darme cuenta en dónde estaba parado. Me acordé de una de las películas de Fellini que tanto le gustaban a Rogelio, *Ocho y medio*, cuando al final, Marcello Mastroianni mira a la gente que lo rodea en torno a esa construcción incompleta en la que su productor ha invertido tanto dinero y que no se llegará a concluir nunca, porque su director, Mastroianni, no resuelve la película que debería hacer. Allí, rodeado de su esposa, de su amante, de su guonista, de todos los personajes desquiciados y delirantes que lo rodean en ese fin de fiesta, se habla a sí mismo en un susurro pidiéndoles disculpas por no haberse fijado en ellos. Era sublime, viejo, una escena insuperable. Y yo no me había dado cuenta lo que esa escena quería decir. En vez de arroparme de quienes me rodeaban, me fui despojando más y más. Con las mujeres con las que salía, cuando me preguntaban a qué me dedicaba, yo les decía únicamente que trabajaba como diseñador publicitario. Miquel era el que reaccionaba y les decía que no, que era pintor, y empezaban las preguntas de siempre, qué me parecía tal o cual obra, tal o cual museo. Y mientras que en París me los había recorrido todos, en España no había ido a ninguno. Entonces ellas, con esa generosidad que nunca me expliqué, y que ahora sólo puedo entender como consecuencia de haber sido obtuso y terco, les nacía el deseo maternal de llevarme a conocerlos.

Álvaro, cuando se lo comentaba a Raulito, nunca se refería a ellas como amantes o chicas o *peladas*, la palabra preferida de su amigo, sino como *novias,* y tampoco le explicaba cómo y cuándo

las había conocido y por qué había terminado con ellas. Una de las primeras lo llevó a los museos de Madrid: el Prado, el Thyssen Bornemisza, el Reina Sofía. Duró poco. Otra lo llevó a la Fundación Miró en Barcelona y a punto estuvo de entusiasmarse con los cuadros mínimos de Miró hasta que vio alguno de los que el pintor se encargaba de quemar. También duró poco esa relación. Y así siguió dándose escapadas a más museos. Era como si no quisiera ver, como si se dejara llevar para constatar de nuevo que había perdido el rumbo, que se sentía un minúsculo testigo de la grandeza de los demás. Con otra de sus novias fue a un pequeño museo de Córdoba, dedicado a Julio Romero de Torres. Más que por los retratos de mujeres, el museo le interesó por el silencio que había —no entró nadie más que él y su novia durante la visita— y por lo fresco que era en el interior frente a los cuarenta y cinco grados que hacía afuera. Allí al menos le interesó el color de las naranjas que una de las mujeres sostenía junto a su blanquísimo desnudo en la pintura *Naranjas y limones*. Incluso volvió a Roma en compañía de una madrileña de ojos verdes que estudiaba Historia del arte y que no quería saber nada de ir a las pinacotecas del Vaticano, sino únicamente visitar los frescos y cuadros de Caravaggio dispersos por varias iglesias y museos de Roma, como *La vocación de San Mateo*, en la capilla Contarelli, *La crucifixión de San Pedro*, en Santa María del Popolo, o el *Niño con un cesto de frutas*, en la Galería Borghese. En un principio la experiencia fue divertida, porque Álvaro reflexionó que sus pinturas bien podrían exponerse en un lugar que no fuera un museo o una galería, sino una iglesia o un monasterio o un tanatorio. También pensó en cárceles, sitio ideal para conversar sin prisa con una pintura. Los museos le empezaron a parecer rancios. La crisis llegó con la madrileña, obsesionada con Caravaggio a tal punto que hablaba sin parar contando todas las peripecias del pintor y de su obra. Quizá ella esperaba que

él se apasionara por los fondos negros del pintor italiano, sus brutales contrastes de luz y sobre todo por las explicaciones de la vida salvaje. Álvaro sólo estaba entusiasmado por el fuego de la madrileña que entraba en éxtasis antes y después de ver un Caravaggio, aunque sí que le llamó la atención esa insistencia en los fondos negros. Habría quitado todas las figuras y sólo habría dejado ese negro contrapunteado con sus haces de luz, nada más. Caravaggio estaba en el camino correcto, pensó. La madrileña desbarataba su apreciación aturdiéndolo con más y más referencias sobre lo que contaba y significaba cada cuadro y cada gesto y cada pincelada, hasta que Álvaro se hartó de ella y de la vida de Caravaggio. La relación terminó cuando la madrileña le presentó a una compañera de la facultad, una venezolana que cuando supo que él había estado recorriendo varios museos de Europa, levantó la ceja como si se tratara de una historia que conocía muy bien, lo miró a los ojos y le dijo que sí, que era inevitable, que todos los latinoamericanos, desde Torres García hasta Botero, tenían que deambular en ese peregrinaje sonámbulo por los museos europeos hasta hartarse de comprobar lo que habían visto sólo por reproducciones, para luego volver a fijarse en el arte precolombino y creer que iban a refundar la historia del arte desde foja cero. Álvaro se acordó de la teoría de los cuyes latinoamericanos de Strudel, pensó en una posible adaptación a los más importantes pintores de Latinoamérica, y la lista se le hizo interminable, borrosa, irreconocible. Si se los pudiera reunir en un museo sería tan gigantesco como irrealizable: batallones enteros vagando en medio de la nada y de la dispersión, a la espera de generaciones futuras que pudieran estudiarlos, rondarlos, sopesarlos, extasiarse con ellos. Miles de imágenes del mundo que se abocaban a la nada, al silencio, y a veces, en un rincón del mundo, asomaba uno de ellos, miraba cómo estaban de alejados el mundo del arte y de la crítica, y vol-

verían a sus lagunas dantescas, girando en círculos de desidia, de abandono, de negación y olvido. Mientras la venezolana seguía hablando, Álvaro cogió una hoja de papel, y a manera de invocación, como una taumaturgia doméstica y privada, qué otra cosa le quedaba ante la imposibilidad, escribió, para reunirlos en esa hoja, los nombres de quienes le parecían los más grandes del otro lado del Atlántico. Encabezándolo todo, Roberto Matta, y luego Torres García, Xul Solar, Manuel Rendón, Araceli Gilbert, José Luis Cuevas, Lucio Fontana, Diego Rivera, Edmundo O'Gorman, Alejandro Obregón, Fernando de Szyszlo, Julio Villafuerte, Enrique Tábara, Fernando Botero, Omar Rayo, Óscar Pantoja. Terminó la hoja, la dobló dos veces y se la guardó en el bolsillo. Pensó que ya estaba bien de hacer tanto recorrido turístico, tanta explicación y tantas historias sobre otros pintores, y que no volvería a pisar nunca más un museo de la mano de una amante. Iría a ver las pinturas sin importarle lo que decía o significaba o valía el cuadro, es decir, la historia que cargaba a su alrededor, únicamente interesado en el suntuoso placer de los pigmentos. Rompió con la madrileña y no volvió a ningún museo. Así empezaba la vida de Álvaro como pintor secreto. Así quiso creerlo él mismo.

Me apliqué a pintar los fondos rojos para tus cantuñas, Raulito. Pensar que las acompañaría me entusiasmaba, como si hubiera descubierto un sentido para mi pintura, casi como si sintiera la presencia de cada cantuña delante de cada lienzo. Ligeramente atenué la intensidad del rojo, en una especie de difuminado, por la zona donde estaría colocada la piedra, como para sugerir que una luz suave irradiaba detrás de la cantuña. Trabajé mucho, viejo. En los ratos de descanso revisaba las copias de las cartas y tarjetones que te había enviado. Las leía en desorden, sin tener en cuenta la fecha, y entonces los recuerdos se me cruzaban o superponían en la memoria, solapando su cronología

real en una disposición fluctuante, asentada en un tiempo que parecía no cambiar sino dar vueltas sobre sí mismo.

En eso estaba cuando llamó Rogelio para decir que vendría a casa. Esperándolo llegar, me pasé en vela. A las doce de la noche comí mi porción de la cena y tomé una copa de vino blanco. A la una pensé que ya no vendría y tapé la botella. A las dos apagué las luces y me fui a dormir. No pude dormir. Estaba echado en la cama pensando qué le podía haber pasado a mi hermano y hasta estaba molesto porque no le habría costado nada hacerme una llamada, decirme que vendría más tarde o al día siguiente o que ya no vendría. No me dio buena espina ese silencio alargado e inútil. A eso de las tres de la mañana, sin poder dormir, me puse a leer un libro. Leí sin parar, con calma. Al día siguiente era sábado y sólo debía preocuparme por ir a comprar al supermercado, no había hecho ningún plan esperando a saber lo que quería hacer Rogelio. Cuando vi que empezaba a clarear, debían de ser las cinco de la mañana más o menos, me vino de golpe el sueño y un poco la angustia de que si no dormía por lo menos unas tres o cuatro horas, estaría fatal al día siguiente, mejor dicho, ese mismo día. Fue pensarlo y el sueño me vino de golpe, entré en una duermevela, como si me resistiera a dormirme, como si estuviera esperando hasta el último momento para escuchar la llamada de Rogelio o que tocara el timbre de casa. No fue un descanso plácido. Todo lo contrario. No es que tuviera una pesadilla, sino más bien un sueño inquietante porque era como si yo lo pudiera contemplar a la distancia. Es decir, no era un sueño en el que eres el protagonista perseguido o acosado. Era más bien una imagen distante. Yo estaba en la terraza de mi departamento y veía Barcelona, a la derecha las colinas de Montjuic, a la izquierda las torres de la Sagrada Familia, y toda la ciudad en pendiente hacia el mar. Y al fondo, claro, el mar. Estaba despejado, el cielo era azul, como siempre. No había ninguna nube. No había ni

una sola gaviota, ni siquiera una miserable paloma, ni las estelas de los aviones que troceaban el cielo. Nada. Y lo que debía ser una sensación de calma se me volvió inquietante porque tenía la sensación de que el mundo se había quedado vacío.

Me acerqué a la baranda de la terraza y miré hacia Verdi. No pasaba nadie, ni un alma. No había tampoco ningún ruido. La ciudad estaba completamente vacía. Me inquietó. Me dije que más bien debía aprovecharlo, como esos días a fines de agosto, luego de que terminan las revoltosas fiestas de Gracia con un ajetreo que alcanza a La Salut, sólo que ahora ya todo había terminado y se había ido. Como un domingo de los últimos días de agosto. Eso es. Me senté en la sillita que tengo en la terraza y me dije que iba a disfrutar de esa tranquilidad absoluta. El sueño debió de durar unos segundos. Para mí fueron horas porque allí sentado miré pasar la tarde y vi cómo empezaba el ocaso. Quizá el sueño fue una especie de trasunto de la larga espera de Rogelio, sólo que en el sueño no tenía la sensación de esperar a nadie. Y cuando estaba a punto de oscurecer, mientras todavía se podía ver la línea del horizonte en el mar, corrió una brisa fría, más que fría intimidante, desasosegante, porque escuché a lo lejos el sonido de una sirena, no de policía, sino como esas de alerta en las ciudades y que no suenan nunca, y que cuando suenan sabemos que tenemos que irnos corriendo porque algo malo va a pasar. Pensé que quizá era eso, que todos se habían marchado y yo no lo sabía y allí estaba la sirena anunciando a los despitados que, como en mi caso, no estaban al tanto. La sirena siguió sonando largo rato. De qué sería la alerta, no podía saberlo. Recuerdo que cogí el teléfono y no había línea. O mejor dicho, no es que no había línea, sino que en el teléfono sonaba la misma tonada monocorde de la sirena que escuchaba a lo lejos, como si fuera una prolongación, un eco que reverberaba en el teléfono. Lo estaba sosteniendo junto a mi oído cuando vi

venir hacia mí, desde el mar hacia mi terraza, una bandada de pájaros. No los identifiqué. La poca luz no lo permitía. Podían ser gavioatas, palomas, cuervos. No iban en orden, sino como espantadas, huyendo de un predador. Pasaron justo encima mío, como si se alejaran del mar y fueran volando hacia el Tibidabo o más atrás, hacia los Pirineos. ¿De qué huían esos pájaros? Lo entendía de inmediato porque observé la línea del horizonte y fue como si unas nubes ligeras empezaran a emerger. Sólo que esas curvas nubosas no estaban únicamente en un punto. Se extendían de un extremo al otro del horizonte, desde la izquierda en el límite en que el horizonte tocaba seguramente con Mataró o Calella, y por la derecha en el límite del Delta del Llobregat. Estaba a todo lo largo del horizonte. Pensé que sería una bruma, o las nubes de una próxima lluvia. Lo que me inquietó es que era uniforme, demasiado uniforme para que fueran nubes. No eran nubes, Raulito. Ahí el sueño me empezó a helar la sangre. Eso era una ola enorme, viejo, un farallón de agua acercándose. La sirena seguía sonando. No había nadie en la calle. La gente y los pájaros sabían que esa ola gigante vendría. Aún así, me sentía intocable, como si supiera que se trataba de un sueño o de una película.

La parte donde vivo es alta, Raulito, y mi piso está en la última planta de un edificio de ocho pisos. No habría tsunami que pudiera alcanzarme. Destruiría la ciudad a orillas del mar, las Ramblas, el Barrio Gótico, cubriría el Eixample, y como mucho, subiría hasta la plaza Lesseps y por más terrible que fuera podría alcanzar la entrada del Parque Güell, que estaba a unas cuadras de mi departamento. No tenía sentido correr. Debía quedarme allí, observando cómo esa lenta ola seguía creciendo en el horizonte, ya no una nube difusa, sino una rotunda franja de plata que avanzaba en medio de la noche. El sueño se alargaba mucho y el tsunami parecía no avanzar. Fue allí cuando me preocupé.

Si con tantos minutos la ola no llegaba, entonces de qué tamaño sería, qué dimensión colosal tendría. Quizá yo habría errado mi cálculo. Era más grande de lo que suponía. No iba a quedar nada. Y mi supuesta altura sería ridícula para esa hecatombe. Quizá tenía tiempo para marcharme, coger el auto y correr, correr, meter a fondo el acelerador y alejarme hacia la montaña del Montseny. No me moví. La ola colosal sobrepasaba en el horizonte la altura del Montjuic y todavía estaba lejos. Sentí la extraña tranquilidad de que era un sueño, que iba a despertar, que estaba protegido de lo irreal por un potente cristal. Así que iba a ver el espectáculo, ese grandioso espectáculo único del que yo tendría un lugar privilegiado, sentado en mi terracita, único espectador de la destrucción de Barcelona. Me sentí tranquilo, me parecía un lujo ver el fin del mundo, Raulito, intocable y solitario, contemplando hasta el último límite. Entonces sonó el teléfono.

¿Quién podría llamarme en medio del apocalipsis, viejo? ¿Quién? ¿Eliana, Olenka, todas las mujeres que en el último instante llamaban para preguntar por mí, para reclamarme o perdonarme? ¿O sería mi madre, o Rogelio para disculparse? ¿O Miquel? ¿Biscay? ¿Tomasito? Levanté el teléfono, lo acerqué despacio al oído y dije hola. No era una voz, Raulito, era un engranaje inmenso que crujía, círculos infernales abriéndose como una boca oscura. Me desperté como si me estuviera ahogando. Desde la entrada de mi cuarto, apoyado en una esquina, más sombra que figura, Rogelio me miraba.

Dijo que yo había tenido una pesadilla, Raulito, ni siquiera se preocupó por explicarme, cuando lo pensé unos minutos después, cómo había hecho para entrar a mi casa, o disculparse por no haber llamado, nada. Me levanté de la cama como si me pusiera de pie después de una batalla. No sabes cómo sudaba. Me pasé la mano por la cabeza y le dije que me había dado un

susto. Rogelio sonrió y me dijo que peor debió ser el susto de mi pesadilla, que tenía que contarle lo que había soñado. Un carajo es lo que te voy a contar, le dije, podías haber tocado el timbre. Y fue en ese momento, recién allí, que de pronto me pregunté cómo había hecho para entrar. Él no tenía las llaves de mi departamento. Se lo pregunté y con una sonrisa de medio lado me dijo que la puerta estaba sin seguro, que yo seguía siendo medio despistado como siempre, hermanito. Me acordé que había dejado sin seguro la puerta, incluso sin el pestillo, para abrirle rápido a Rogelio cuando tocara el timbre desde la calle. ¿Y en la entrada del edificio, cómo hiciste para entrar? Dijo que se había encontrado una familia con niños que estaba saliendo. ¿Tan temprano?, le pregunté. Son las tres de la tarde, hermanito, te debes haber desvelado. Por esperarte, pendejo, le dije, un poco aturdido por saber que era tan tarde, que el día estaba casi perdido y que yo debía hacer las compras en el supermercado. Estaba molesto. Aún así, medio dormido, con el incómodo remanente de mi pesadilla y por verlo de pronto en mi cuarto, me acerqué y le di un abrazo. Quería apretarlo fuerte. Estaba contento de que estuviera allí. Al momento de abrazarlo, cuando quise aplicarme y abrazarlo bien, sentirlo cerca, mis brazos se fueron cerrando sin poder aferrar mayor cosa. No tenía la misma contextura gruesa que había tenido siempre. Estaba flaquísimo, y la ropa holgada le remarcaba la delgadez. Fue como si se desinflara cuando lo abracé.

Se dio cuenta de mi reacción.

—Tómate un café —dijo.

Cuando fuimos a la cocina, percibí el aroma del café. Estaba puesta una cafetera de la que salía humo y dos tazas sobre sus platitos. Lo había preparado él mismo. Seguramente ya había recorrido el departamento. Yo no había visto sus maletas. Tampoco podía pensar mucho. Necesitaba ese café y terminar de

despertarme. Le dije que le había acomodado una cama en mi biblioteca, al lado de donde tengo mi taller, que no tenía mucho espacio pero que allí podía estar cómodo.

—Está muy bien así —dijo—. Gracias.

Otra vez esa constante repetición de agradecimientos. En vez de agradarme, me estaba empezando a poner nervioso porque Rogelio nunca agradecía nada. Era cordial pero no se desvivía por agradecer nada. Su única manía era saludar al llegar y despedirse con una observación directa y cruda, incluso con cierta pompa, no andaba agradeciendo por cualquier tontería. Ahora, en cambio, era la palabra que repetía a cada momento, y al no estar yo acostumbrado, me chocaba. Me dijo que mi departamento le parecía estupendo, nada que ver en comparación al huequito de París. Esta vista es inigualable, dijo. Yo iba tomando sorbo a sorbo mi café, oliéndolo como si gracias al aroma fuera posible despejarme de la modorra de haber dormido tantas horas, de la fatiga por haberme acostado tan tarde. Sorbo a sorbo se iba corrigiendo y perfilando el mundo, viejo, y podía darme cuenta de lo que estaba pasando, dónde estábamos, qué iba a hacer en ese día al que debía corregir el desbarajuste horario. Sobre todo, pude empezar a ver a mi hermano. Era verdad que estaba flaco, aunque la pinta que tenía, a pesar del rostro cansado, era impecable. Tenía una camisa blanca limpia, no es que pareciera recién estrenada, porque tenía esa textura del algodón que parece levemente ajado. Era una camisa fina. Llevaba un terno ligero, de un azul oscuro. Estaba bien peinado, no tenía el menor rastro de la barba que tanto odiaba mi madre. Ni siquiera tenía los ojos rojizos por el *jet lag*. Parecía que hubiera descansado muy bien. Y no yo, estaba hecho un guiñapo, con el piyama y el pelo revuelto, seguramente con los ojos irritados y con legañas. Tuve ganas de darme un baño pero quería aprovechar esos minutos para ver bien a Rogelio. Le pregunté por sus maletas y me

señaló un pequeño maletín de mano que había dejado al lado del sofá, como si lo ocultara.

—¿Sólo viajas con eso?

—No necesito más.

—Si quieres acomódate en tu cuarto —dijo Álvaro—. Mientras, me doy un baño.

Tuve la sensación de que esos temores de mi madre me habían contagiado, que eran puras exageraciones suyas, y que mi hermano estaba bien, disfrutando de su viaje.

Cuando salí de la ducha me preparé otro café y él se me adelantó preguntándome cómo me iba, qué tal el trabajo, y si estaba con alguna mujer. Me reí. Todo bien, le dije, había tenido una semana tranquila, me había quedado la primera quincena de agosto en la agencia porque me gustaba tomar las vacaciones de verano justo cuando empezaban las fiestas de los *carrers guarnits* de Gracia y me alargaba hasta la segunda quincena de septiembre, ideal porque los turistas ya habían vuelto a sus trabajos y yo podía irme tranquilamente a pasear en la playa y hasta darme una escapada a París con menos calor. Quítate el saco, le dije, ponte cómodo. Se lo quitó y allí pude ver lo flaco que estaba. Le sentaba bien, como si estuviera en forma, con el vientre plano mientras que yo tenía una barriguita que quise disimular. Y cómo te va con la pintura, preguntó. Pinto poco, le dije, ahora estoy preparando unos lienzos para las cantuñas de Raulito, vamos a preparar una exposición que luego se irá para Nueva York. Dijo que era sorprendente cómo estaba saliendo adelante Raulito. Se alegraba porque Raulito tenía todo el perfil de esos artistas ecuatorianos que se iban directamente al desastre. Yo era uno de ellos, estuve a punto de decirle. Me contuve. No paran de hacerle entrevistas y reportajes, me dijo, y la verdad que cae simpático, como si no tuviera ninguna suspicacia en lo que dice, casi como si fuera un niño que está jugando y no sabe lo que tiene entre

manos. Es así, le dije, por eso le sale tan bien, no te creas que es ingenuo. No he dicho eso, Álvaro. Se acordaba de esa noche en el Patio de los Cristales y el desmadre que habías armado, Raulito, cuando te cortaste la mano. Parece que fuera otra persona, dijo, y tus cosas, Álvaro, tus propias pinturas, llevas tanto tiempo acá y no has hecho ninguna exposición. ¿Vendes aquí tus cuadros? Yo me había terminado mi taza de café y la dejé en la mesa. Me costaba tener que explicarme y también me resultaba incómodo pensar que nada de eso me había preguntado en Quito en mi último viaje. Tuve un poco de rencor, recordé que no había ido a despedirme al aeropuerto. Sin embargo, no le dije nada. Quería llevar la fiesta en paz y que se sintiera relajado. Es un poco difícil, Rogelio, me resisto a trabajar figuración en mis cuadros, y aquí, o en París, y hasta en Quito, les parece extraño que yo pinte monocromías en rojo. Siempre tienen la sensación de que falta algo. Por eso me anima la propuesta de Raulito de darle mis lienzos. Eso mismo me ha dado nuevas ideas porque aunque no hago ninguna figura, he empezado a dejar una especie de gradación en la parte inferior del lienzo, a la altura de las cantuñas. Quizá por ahí hay un nuevo camino a explorar. Bien, bien, dijo. Y tú, Rogelio, ¿se puede saber qué mismo estás haciendo? Mamá vive preocupada y es un drama cada vez que hablamos por teléfono. Casi ni te vi en Quito la última vez y ni siquiera hablamos, pensé que me estabas rehuyendo.

Ahora sí me ha dado un poco de calor, dijo, aunque tu departamento es fresquito. Eso de que tengas dos ventanas en los extremos del departamento hace que corra aire.

—No te me hagas el loco, Rogelio. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Es difícil de contar, hermanito.

—Pues empieza desde el principio. Dejaste Medicina y te metiste a Sociología.

—Eso también lo dejé.

—Pues mamá cree que sigues estudiando. ¿Por qué no se lo dices?

—Para que no me haga tantas preguntas —dijo—. Ahora vas a ser tú el que va a empezar el interrogatorio.

Me cabreó su respuesta, Raulito. Él sí me preguntaba lo que quería y a la menor curiosidad que yo tenía, ya le estaba poniendo reparos. Sí que eres, le dije, déjate de vainas y cuéntame qué es lo que quieres hacer.

—Mira, Álvaro. Ahora he venido para tomarme unos días de descanso. Si no te incomoda, me quedo aquí un par de días.

—Lo que quieras, Rogelio. Si quieres podemos ir a la playa. Aquí hay unas calas estupendas y nos bañamos en el mar. Yo tengo que trabajar la próxima semana. Luego tenía pensado ir a un hotelito que está en Empúries. Lo descubrí el año pasado y ahora reservé una habitación durante una semana. Podemos pedir una cama adicional y así aprovechas para descansar. Luego pensaba irme a París unos quince días.

Rogelio abrió los ojos como si le interesara el plan. Era otra cosa lo que realmente le interesaba.

—¿Sigue vacío el departamento de la calle Laffite? ¿No se lo has prestado a nadie o lo has alquilado?

—Vacío como siempre. ¿A quién se lo voy a prestar? Mamá dice que debería alquilarlo o venderlo para comprarme algo en Barcelona.

—No es mala idea, ¿no?

—De eso no estoy seguro. Me viene perfecto tenerlo disponible por si me quiero dar una escapada, y desde aquí es una horita de vuelo. Puede ser una ciudad jodida pero sus museos y sus cafés siguen siendo lo de siempre. ¿Qué dices, te animas y nos vamos a Empúries? Al lado hay unas ruinas griegas y romanas. Y a dos pasos hay un pueblito con unos pequeños restaurantes

con terraza que te van a encantar. Tienes que probar el arroz negro con bogavante.

—Lo he probado, Álvaro —dijo, y se levantó a servirse otra taza de café—. ¿Quieres más?

Le dije que sí. Cogió las dos tazas, fue a la cocina, volvió y me dejó la mía sobre la mesa.

—Me gustaría ir contigo —dijo—. No puedo. De hecho, quería pedirte las llaves del deparmento de París. O que me des unas copias.

—Por supuesto —le dije—. ¿Te quedarás un tiempo allá? Podría darte alcance en dos semanas. O si quieres cancelo la reserva del hotel y voy el próximo fin de semana.

Volvió su reticencia, Raulito. Dijo que mejor que no fuera a darle alcance, que sólo se quedaría un par de días en París. Me empecé a sentir incómodo. Tenía que encararlo, que se dejara de tantas vainas, que no me dijera que había venido únicamente para que le entregue las llaves. Para eso habría bastado una llamada o que hubiera cogido las de nuestra vieja en Quito. Él tomaba su café tranquilamente y yo me impacientaba.

—¿Te importa si fumo? —me preguntó.

Le dije que no, que adelante. Él buscó un cenicero con la mirada. Yo me levanté y traje de la cocina un vaso viejo y lo puse en el centro de la mesa.

—Dame uno a mí también.

—¿Tú fumando? —preguntó.

—A veces. Cuando me siento incómodo.

Me miró a los ojos y entonces aproveché para decirle que se dejara de tantos rodeos y que me dijera lo que estaba pasando.

—No debería decírtelo, Álvaro —Rogelio fumaba sin dejar de verme a los ojos, como si siguiera sopesando mi incomodidad. Fue allí que empezó a dudar—. Es mejor que no lo sepas.

Me levanté cabreado, Raulito. Ya ni me acuerdo lo que le dije. Como dirías tú seguramente: lo mandé al carajo, que ya estaba bien, que me hacía sentir mal que no pudiera confiar en mí, que entendía que no le dijera nada a mi vieja, pero que era un poco absurdo que yo no supiera nada, que ya estaba bien de tanta pendejada. Nunca le había hablado así. Ya me había exasperado.

—No es porque no quiera contártelo, hermanito. Lo hago por ti, por mamá.

—A este paso lo que estás haciendo es que la pobre de mamá pierda la cabeza. Hasta me dijo que pensaba contratar a un detective privado para saber qué mismo hacías.

—¿Eso te dijo? —se sorprendió—. No me digas que lo contrató.

—Me dijo que no. Ve tú a saber si finalmente lo hizo y le dio vergüenza confesármelo.

Rogelio se terminó la segunda taza de café y apagó la colilla. No me pidas, Raulito, que te describa el rodeo que empezó a dar. Me advirtió que me lo diría, no allí, y que no debía decírselo en ningún momento a mamá, que si yo quería saber me lo iba a decir sobre todo para que supiera lo que podía decir o no decir, y que no le preguntara más, que sólo escuchara lo que él podía contarme. Le dije alguna barbaridad, Raulito, no me podía contener.

—Cálmate un poco, Álvaro. Te lo voy a explicar. No quieras que te dé detalles. De hecho ni se te ocurra decir que me voy a ir a París. Puedes decirle a mamá que vine de pronto y que me quedé contigo y nos fuimos a ese hotelito en Empúries. Se molestará contigo por no haberla llamado cuando estuve supuestamente allí toda la semana. Tendrás que hacerte el loco.

Y entonces continuó, viejo. Mientras lo escuchaba hablar tuve la certeza de que realmente nunca iba a saber qué había ocurrido con Rogelio. Cargar con lo que me contaba me dejaba

arrinconado, atado de manos, era verdad lo que le había dicho Tomasito a mi madre de que, por querer saber, luego es más difícil deshacerse de lo que ya se sabe y resulta mejor seguir desconociéndolo. Luego de París, Rogelio se iba para Libia. Lo primero que pensé era que volvía a las andadas con lo de la cacería. No era eso. Iba a participar en un congreso en Trípoli y se quedaría un par de semanas más trabajando con un grupo de investigadores árabes. Era pura mentira, Raulito, hasta yo lo notaba. Lo interrumpí y se lo dije de inmediato. Encendió otro cigarrillo. Se quedó callado un buen rato. Se lo fumó en tres caladas y lo restregó contra el cenicero. Me pidió salir al supermercado y que luego podríamos hacer una caminata.

Así lo hicimos. Compramos rápidamente y nos fuimos hacia la playa. No recuerdo nada de lo que vimos en esa caminata, concentrado como estaba yo en verlo y escucharlo mientras él miraba a todas partes y a quienes pasaban al lado nuestro. Sólo lo escuchaba y él me escuchaba. Me decía sus argumentos y yo le ponía mis reparos, ya no como reclamo, sino como curiosidad, con ganas de entender. Y no podía entender, no me valían sus razones, y sin embargo entendía su convicción, su entrega, su fuerza y al mismo tiempo su desamparo.

—Me voy a arrepentir de lo que te voy a contar —me había dicho cuando empezó—. Y quiero que me digas que luego no me vas a echar la culpa. Y sobre todo, ni en la peor de las circunstancias se te ocurra decírselo a mamá por teléfono o por carta. Si alguna vez se lo cuentas, díselo personalmente.

Lo de Libia era un cuento, Raulito. Se iría a Libia de verdad, para quedarse un par de meses en un campamento de entrenamiento en las afueras de Trípoli. ¿De qué era ese entrenamiento?, te preguntarás. Pues militar. El güevón de mi hermano se iba a encontrar con varios grupos de los que yo apenas si había escuchado y otros de los que en ese momento no sabía nada:

gente del Frente Polisario, los Swapo, montoneros argentinos, tupamaros uruguayos. Me reí, Raulito, de los puros nervios. Parecía un cuento, sólo que este era el de a de veras y parecía más mentira que todo lo que había escuchado de él.

—No te rías, hermanito —dijo molesto por mi reacción—. No es broma. Tú no deberías saberlo. Y si por alguna razón te vienen a joder por si sabes algo, diles que yo nunca te contaba nada. Tú aquí estás limpio. Y cuando estuviste en Quito no te metí en nada ni te vieron conmigo en ningún lugar. Igual eso les importa poco, se lo pondrá más difícil y mamá tiene contactos como para que no lo pasen demasiado mal.

Quería reclamarle. Sólo que tuve el sentimiento contrario. De pronto me dio pena, una pena extraña, con ternura, y también una especie de vergüenza, quizá como la que sentía mi madre, sólo que diferente. Yo había escuchado alguna cosa de lo que pasaba en Ecuador, de unos encarcelamientos, de esporádicas declaraciones de prensa de grupos subversivos, de robos a bancos y secuestros para recaudar fondos o exigir liberaciones de presos políticos. Yo no les hacía caso porque tenía la cabeza en otro sitio. Y de pronto tenían que ver directamente con mi hermano. Fue pena, Raulito, una pena honda, como si de pronto descubriera que mi hermano perfecto, al que yo admiraba, estuviera metido en drogas o fuera un niño caprichoso en medio de niños díscolos. Incluso sometido a una mujer posesiva. Una vaina difícil de explicar, Raulito. No estás preparado para escuchar algo así. Porque se contradecía con lo que veía de él, y me parecía algo inútil, insensato, un derroche de alguien a quien no le faltaba nada cuando quizá le faltaban muchas más cosas que escapaban a la simple vista. Hasta tuve un sentimiento de culpa, de que debía haberme dado cuenta antes. Detrás de esa apariencia serena, de su buen aspecto, estaba solo, profundamente solo. Me desmoronó, viejo. Mi hermano mayor parecía

ahora el pequeño, el que no tenía claro lo que quería hacer, metido en proyectos absurdos, sin futuro. Todo el fastidio se me fue de pronto. Tenía ganas de abrazarlo, como si lo quisiera agarrar para que no se marchara, y escucharlo hablar, que me contara sus miedos y sus ilusiones. No habló mucho más. No era necesario. Fui yo el que le dije que contara conmigo, hiciera lo que hiciera. Qué otra cosa podía decirle, Raulito. No había nada más por decir. Yo mismo empecé a ver la manera para que mamá no se preocupara, que montaramos algún buen pretexto, algo bien armado que pudiera protegerlo.

—No te canses —me dijo—. Esto es cosa mía. Yo me encargo de la seguridad. No debes saber más porque de lo contrario te vas a embrollar. Puedes decir que luego de París me iba a ir otra vez a Namibia. ¿Todavía tienes las fotos que te envió mamá, mi postal?

Le dije que sí, que lo había guardado todo.

—Perfecto —dijo—. Tú agárrate de eso. Y sólo quédate en eso.

—¿Y para qué vas a París?

No paró hasta terminar de contarme lo que estaba ocurriendo en Ecuador en esos mismos días y de lo que yo no tenía noticia. Porque no había salido en la prensa, o yo no lo había visto. No había internet, Raulito, las cosas viajaban lento en ese tiempo, o no a la misma velocidad que ahora. Tenía que ir a París para cobrar una «recuperación». Eso me dijo. Esa fue la palabrita que yo tampoco había escuchado nunca y que luego la escucharía como una broma del mal gusto. *Una recuperación.* La gente con la que estaba metida Rogelio había secuestrado a un banquero guayaquileño para sacarle dinero, y la operación había ido bien, dentro de todo. Se ve que en ese momento Rogelio no tenía la menor idea de lo que estaba pasando o estaba por pasar. El banquero había accedido a pagar su secuestro y ese dinero

debía cobrarlo Rogelio en París para luego irse a Libia. Te juro, Raulito, que era una película barata, la jodida película que me tocaba vivir a mí, como si me hubieran agarrado a la fuerza y atado a la silla de un cine de segunda categoría de la que no podría moverme hasta el final. Sólo que el problema no era tener que ver esa mala película, sino luego, al salir del cine. Allí vendría lo peor. Y eso fue lo que vino.

Rogelio se fue a los dos días. Le di las copias de las llaves del departamento de la rue Laffite. Todavía me resonaba la conversación que habíamos tenido, y ahora mismo sigo sin comprender cómo puede alguien tener la fantasía de querer cambiar las cosas desde la sombra, Raulito, como ratones escondidos esperando no a que el campo esté despejado para ir a robar restos de comida, sino esperando a salir para tomar posesión de la casa. Hoy no se me ocurre ni por asomo volver a caminar por eso sitios como lo hice esa vez con él. Me sentiría demasiado sólo. A veces bajo a la Barceloneta. O voy a Poble Nou. O a Premià de Mar para visitar a unos amigos. Voy puntualmente a cada lugar y regreso. No se me ocurre volver a caminarlo en horizontal, a lo largo. No podría. Siempre rehuyo esa zona del litoral donde caminé con él como si fuera una cicatriz que se pudiera abrir.

Esa, Raulito, fue la última vez que vi a Rogelio.

6

Waldig o *Claro del bosque* o *Los paneles sinópticos de Landor:* no hay una versión definitiva del título de la última obra de Kurt Landor. Menos lo de «paneles sinópticos», término que introdujo el crítico Heinrich Greiner, el pintor los denominó con los dos primeros títulos en sus apuntes de trabajo que constan en los archivos de la Universidad de Princeton y que Willie Greiner, hermano de Heinrich Greiner y encargado de la edición póstuma de los escritos de Landor, reuniría en *Apuntes sobre los titanes.*

Se trata de un conjunto de seis cuadros realizados sobre madera entre noviembre de 2001 y septiembre de 2002, pocas semanas antes de la muerte del pintor. Se expusieron al público por primera vez en el pabellón de proyectos individuales del museo Georges Pompidou de París, en octubre de 2003. A pesar de su aparente acabamiento, no se tiene la certeza de que estén concluidos porque no llevan la firma de sus lienzos y tablas, las siglas KL, con las que el pintor clausuraba los largos períodos de trabajo en sus cuadros. Para su firma utilizaba la caligrafía del anagrama gótico de Alberto Durero en su *Autorretrato*. Esta caligrafía imitada por Landor desde sus primeras obras permitió una interpretación sobre el orden en que debían disponerse los paneles sinópticos, especialmente cuando se descubrió que en cada uno de los seis bastidores o plataformas que soportan las tablas de Landor consta en la parte inferior

central una palabra alemana que al sumarlas forman la frase de seis palabras: *Das malt ich nach meiner Gestalt* («Pintado según mi propia figura») y que son el mismo texto que acompaña la firma de Durero en su autorretrato de 1498. Sólo que Durero escribió un texto más largo: «1498. Das malt ich nach meiner gestalt ich war sex und zwanzig jor alt Albrecht Dürer» o lo que es lo mismo: «1498. Lo pinté según mi figura. Tenía veintiséis años. Albrecht Dürer». Landor admiraba a Durero, tanto así que es posible encontrar entre sus notas descripciones minuciosas no sólo de las imágenes de Durero sino de sus aspectos técnicos, como una manuscrita que recopila Greiner en los *Apuntes sobre los titanes* y en la que se describe el autorretrato de Durero: «La pintura tiene un soporte de madera de chopo con un grosor de 8 mm. Está formado por tres elementos colocados verticalmente. No se puede ver ninguna unión entre ellos. La obra debió ser pintada dentro de su marco porque en el anverso tienen una rebaba de 5 a 8 mm que no tiene ningún rastro de pintura». Junto a sus propias notas y observaciones, había siempre citas minuciosamente técnicas que tomaba de especialistas y las adaptaba a sus apuntes personales más que a los textos de sus clases y conferencias.

Sin embargo, la firma que consta tanto en *Heterocromía de Dora Lerner* y en el *Cielo de Empúries* son las iniciales completas «d.m.i.n.m.g.» (*Das malt ich nach meiner Gestalt*), lo que vincula ambos cuadros al ciclo de *Waldig*. Los críticos, en especial Valerie Bouffard y Alan Korr, en el libro que escribieron a cuatro manos sobre Landor, y también Nawabe, se preguntan por qué el retrato *Heterocromía de Dora Lerner* debía llevar esa indicación de que había sido pintado «según su propia figura», cuando es el retrato de una mujer. Nawabe dice que probablemente Landor estaba inaugurando una nueva línea de pintura que pensaba desarrollar. No se lo permitieron la enfermedad y la muerte. Según

Liliana Couzo este tipo de firma con iniciales la imitó Landor de Stendhal, porque citó en sus apuntes la escena de la *Vida de Henry Brulard* en la que el escritor francés cuenta cómo anotó en el suelo de un mirador del lago Albano, a las afueras de Roma, las iniciales de las trece mujeres que había amado. Landor recordaba que el mismo Stendhal había afirmado que muchas de ellas «*ne m'ont point honoré de leurs bontés*», y que sólo las seis que subrayó con un número se habían acostado con él. Couzo se apoya en los datos biográficos de Landor y entiende que con esa firma se estaba señalando la afinidad con Stendhal porque el pintor también se caracterizaba por una discreción demencial en cuestión de relaciones sentimentales y por un contenido temperamento melancólico. Couzo es sumamente respetuosa y no puntualiza más. Sólo Dieter Hummisch, el crítico más radical de Landor, casi se diría que ensañado con él, decía que el pintor era frígido sexual, que sólo tuvo una mujer, Magdalena, en el sentido de que fue la única mujer con la que se acostó. Según Hummisch, lo que para Stendhal era un listado más bien corto de pocas mujeres con las que había tenido relaciones, provocaba la envidia de Landor. No tiene con qué sustentarlo, arrastrado por una animadversión que nadie se explica. Lo único cierto es que no se ha podido rastrear ninguna otra relación sentimental al pintor, ni una sola carta o testimonio que revele la existencia de otras mujeres. Por esa misma vía documental y biográfica tampoco se ha encontrado ni una sola alusión de algún tipo de problema sexual. Couzo apenas pasa de puntillas en una nota a pie de página sobre el velado problema de impotencia sexual que Stendhal registra en su novela póstuma, *Armance*. Nawabe, menos preocupado por lo biográfico, discrepa de Couzo señalando que la verdadera razón por la que Landor aludía a Stendhal derivaba de un indicio que está documentado en un dibujo preparatorio de *Waldig*. Se trata de un árbol partido por la mitad en las alturas de

una colina con un lago al fondo. Nawabe insiste en que no hay que dejarse llevar por lo explícito biográfico en un pintor como Landor, cuando lo que realmente le habría interesado al pintor era *ese* árbol partido verticalmente en dos mitades exactas con *ese* fondo del lago y que lo habría descubierto en un viaje propuesto por su mujer para ir a conocer el lugar del antiguo convento de los *Minori Osservanti,* donde Stendhal escribió en el suelo las iniciales de sus amantes. Al parecer, dice Nawabe, quien era apasionada por Stendhal era su mujer, Magdalena, que siempre le proporcionaba datos y referencias culturales y literarias que Landor incorporaba en su trabajo y en sus apuntes. Couzo se apoya demasiado en la mención de Stendhal, la corrige Nawabe, y no en la mención del árbol partido en dos. A diferencia de Hummisch, Valerie Bouffard, cuando escribió su propio libro sobre Landor —*Autour des maîtres du fou*—, ya separada de Alan Korr poco después de la publicación de aquel libro que habían escrito juntos, se apasiona por la entrega y devoción del pintor hacia su mujer. Exagera un poco, lo idealiza, y si uno se fija bien, resulta que Bouffard está enviando mensajes cifrados a su exmarido, luego de que él la abandonó y, sobre todo, después de que Korr publicó su panfleto —*Les maîtres froids*— en el que habla de la apatía sexual de algunos artistas. Korr apenas menciona a Landor y sólo lanza la hipótesis de que los pintores de figuras y paisajes estáticos y fríos tienen una especie de represión sexual. Bouffard, sin mencionar ni una sola vez esa hipótesis ni a su marido, centra la tesis de su libro en la idea contraria: a mayor precisión figurativa y quietud en la pintura, lo que se tiene es la resultante anticlimática y postcoital de una gran fogosidad sexual. Todo el mundo en la crítica de arte está a la espera de ver en qué termina este rifirrafeo o duelo ensayístico de la expareja.

Lo importante, lo que marca la diferencia, es que Landor firmó todos sus cuadros anteriores con las siglas KL en la esqui-

na inferior derecha. ¿Por qué entonces el ciclo de *Waldig* tiene esas palabras e iniciales por atrás? En su *Breve tratado sobre la selva del arte*, el otro manuscrito aparte de los *Apuntes sobre los titanes*, editado en vida, Landor señala que hay distintas variantes o rangos en la obra de un pintor. Dice que algunas obras pueden no llevar firma porque no obedecen a una búsqueda intelectual o consciente sino a un estado de trance o posesión que lo convierten en un mediador, en el que operan fuerzas que se derivan de la tradición o de un campo de experiencia o nudo desconocido que adquieren los visos de un método tácito. «Creemos poseer el método —escribe Landor— pero es el método el que nos posee y maneja a su antojo. Todo avance en el método no busca dominarlo sino reconocerlo, más que adquirirlo consiste en librarse de él avanzando en él, y cuando ya no hay método sino puro entregarse a la pintura en sí, es señal de que el método está operando en uno mismo, un método más complejo, impenetrable para nosotros, y hasta conviene que sea impenetrable porque el proceso de aprendizaje, cuando llega a su extremo, es un proceso de desaprendizaje, y debe concluir como una caída de agua súbita, como una cascada, de manera que el peso del método y todas las obras del método se desfondan en el vacío, volatilizándose, hasta transformarse en levedad, la misma levedad del agua que cae, ligerísimo rocío para pintar en el aire lo que fue torrente, surco, destrucción de piedras en las orillas. Esa levedad es la conclusión, la liberación de un proceso de gravitación —de peso soportado— que no se puede controlar ni canalizar ni ser dominado, opera por su propia fuerza centrífuga en el momento más terrible para el que no hay diques ni ninguna ingeniería que pueda someterla. Allí no firma el hombre porque no es el individuo quien genera esa fuerza de lo leve, sino que es como una especie de recodo, un mínimo obstáculo de resistencia vencida que hace visible

la curva de lo que fluye. De manera que la consciencia misma del método no es un procedimiento total, sino un relieve, una curva, un indicio de lo realmente inmanejable».

La postura irracionalista de Landor en su última etapa ha generado discrepancias en los estudiosos porque era notoria en él la defensa racional del proceso artístico, aunque no esté documentado en sus notas póstumas, sino en las distintas conferencias y seminarios que había impartido, además de declaraciones y entrevistas, todo de su primera época hasta la madurez. Luego cambia en esta última etapa, la que se llegaría a conocer póstuma. Es como si en su último año de vida hubiera desarrollado una perspectiva diferente, contrapuesta a la anterior. Basta ver su retrato sobre Dora Lerner, que no es estrictamente realista, y sobre todo el *Cielo de Empúries* que parece una obra abstracta entre azules, blancos, levísimos tonos rosa Tiépolo que sugieren que es un cielo en el instante que va a caer el ocaso, todo sobre un delicado fondo gris claro. Usó una técnica antigua, la misma de Rafael, imprimando el lienzo con una mezcla de albayalde y aceite teñido con granos de pigmentos pardo, rojo y negro.

Se le ha dado preeminencia al título de *Waldig* para este ciclo de pinturas en parte por la brevedad de la palabra, y también porque está compuesta de seis letras, como los seis cuadros que la componen, sobre todo porque es la expresión más antigua registrada en una de sus libretas de la época de París, según el testimonio de Magdalena. Allí está una de las claves más importantes para entender su sexteto de árboles. La palabra *Waldig* alude explícitamente a un poema de Paul Celan incluido en el libro *De umbral en umbral* y que Landor transcribió no sólo una, sino varias veces en distintas libretas escritas en sus viajes al norte de África y Argentina. Willie Greiner dice que ha encontrado hasta dieciocho versiones manuscritas de Landor del mismo poema, unas con letras ceñidas, otras con espacios amplios entre palabras

como si quisiera ver hasta dónde se puede expandir el sentido cifrado de cada una, e incluso versiónes con las letras de algunas palabras separadas *in extremis*, como si la palabra hubiera perdido los goznes que las sostenían y estuviera flotando en la página en blanco. Lo que no hay es comentarios sobre el poema. Ninguna explicación, ningún apunte o interrogante. Era como si para pensar mejor en el poema lo que necesitaba era trascribirlo a mano, sumergirse en él escribiéndolo (Willie Greiner ha propuesto a la viuda de Landor hacer una pequeña exposición de estos manuscritos del poema de Celan). El poema, titulado *Waldig*, es una enigmática reflexión que apela a la figura de un bosque nevado, de corte onírico, en el que hay una palabra latente que no llega a expresarse. No es un poema largo. Es de una gran densidad que se puede citar porque no es extenso:

Boscoso, por ciervos bramado,
asedia ahora el mundo la palabra
que en tus labios se demora,
enardecida por un verano fatigoso.

La arrebata y tú la sigues,
la sigues y tropiezas —siente
cómo un viento, en el que estuviste confiando,
comba tu brazo en torno al brezo:

quien del sueño vino
y se tornó al sueño
puede mecer lo encantado.

Tú lo meces, bajándolo a las aguas,
*en donde se refleja el alci*ón
junto al ningún sitio de los nidos.

Tú lo meces, bajándolo por la trocha
que, profunda, entre el ardor arbóreo, anhela nieve,
tú lo meces hacia la palabra
que allí nombra lo ya blanco en ti.

Hay que leerlo varias veces, parece decir la obsesión de Landor por hacer tantas copias manuscritas. Probablemente debido a la dificultad del lenguaje de Celan, los críticos de arte no se han atrevido a realizar ningún estudio en profundidad que aclare las posibles vinculaciones entre el poema y la pintura de Landor. Y al parecer, a pesar de la repercusión fulgurante que ha tenido esta parte final de la obra del pintor, todavía no ha despertado el interés de los estudiosos de Celan, que quizá deben mirar a Landor como alguien extraño y tardío. Nawabe y Pascal Barreau-Cluet comparten la idea de que Landor pudo conocer a Celan en algún momento de comienzos de los años sesenta del siglo XX. Barreau-Cluet dice que con toda seguridad sí pudieron conocerse, porque en esos años la comunidad de artistas y escritores de lengua alemana estaba muy vinculada entre sí, a pesar del aislamiento de Celan. Nawabe, como siempre más prudente y documentado, señala que debieron conocerse por la mujer de Celan, Gisèle Lestrange, que era grabadora y frecuentaba el atelier Lacourière-Frélaut desde 1964, el mismo al que acudía Landor cuando hacía trabajos de diseño publicitario para la imprenta Barbadrac. Sólo quedaría por apuntar que con la cuestión de los árboles y el verso «entre el ardor arbóreo, anhela nieve» hay otro dato a tener presente. El padre de Landor, August Landor, trabajó en una fábrica de papel de Kriebethal, y se puede asociar fácilmente la lectura del pintor con su infancia en la pequeña ciudad maderera del sur de Alemania, donde la presencia de los bosques, desde el plano geográfico al plano simbólico, es determinante

para el imaginario sajón. Los cuadros reproducen, o parecen reproducir en cada uno de ellos el tronco de un tipo específico de árbol, de los que se han reconocido cinco de acuerdo con las características de sus respectivas cortezas. Según Couzo, que es quien más ha rastreado en los nexos entre la biografía y la obra del pintor, señala que esa fijación por las texturas de las cortezas puede deberse al recuerdo de August Landor, quien cultivó en su hijo la sensibilidad del tacto hacia los distintos tipos de madera —sobre todo abeto— que desde los aserraderos se procesaba en la fábrica de papel de Kriebethal. Dice Couzo que su padre no sólo lo hacía tocar los árboles, sino que se abrazaba a ellos y le indicaba a su hijo que hiciera lo mismo, a la manera de los *tree-huggers* (pero Nawabe dice que esa es otra de las mistificaciones biográficas de Couzo porque no hay ninguna prueba al respecto). La única que se ha dedicado a estudiar seriamente el aspecto botánico de los árboles de Landor es Daphne Martin, en *New realisms in latest european art*, según la cual el pintor conoció la tradición originaria de los *treehuggers*, inspirados en los mártires de Khajarli, un grupo bishnoi que defendió con su vida la tala de unos árboles en la India. Quizá un poco por la corrección política norteamericana, Daphne Martin establece que los seis cuadros de *Waldig* son una xiloteca personal en la que se puede apreciar el recuerdo de texturas emblemáticas para el pintor. Sólo que los árboles no pertenecen únicamente a los que hay en Kriebethal, sino que son una selección de los que Landor visitó a lo largo de sus viajes junto a su mujer. Con una única excepción, la del último cuadro, el del árbol desconocido, que Daphne Martin no logró ubicar a pesar de los especialistas a los que consultó, preocupada en exceso por dar con referentes reales. Los árboles respectivos son los siguientes, en el mismo orden dispuesto por Landor.

Cuadro 1: Haya
Cuadro 2: Tilo
Cuadro 3: Gomero
Cuadro 4: Pino
Cuadro 5: Ceibo
Cuadro 6: *Innominato*

Liliana Couzo —quien mejor maneja las referencias italianas de Landor— dice que la palabra innominato fue tomada de la novela de Manzoni, *Los novios*, refiriéndose al personaje sin nombre que secuestra a Lucía y que termina *convirtiéndose*. A partir de esto Couzo sugiere la posibilidad de que *Waldig* es un ciclo iniciático y que el último cuadro, siguiendo la interpretación literaria del *innominato* de Manzoni, indica la conversión de Landor que estaría cifrada como culminación en el cuadro sobre el cielo de Empúries. Los cuadros de Landor, aunque sólo muestran el tronco de los árboles —no se ven ni la copa de los árboles ni la base de tierra donde entran las raíces— varían en el nivel donde está colocada la línea del horizonte, que es siempre irregular. Lo que no se sabe es de qué tipo de conversión pueda tratarse. Más bien parece una invención o añadido de los críticos. Hay otra lectura más concreta, la de un artículo de Eugenio Tisselli que destaca el punto de vista de Daphne Martin, de que al señalar la tradición de los bishnoi o los *tree-huggers*, los bosques de Landor representan la defensa de una propuesta religioso-filosófica a favor de la conservación del ecosistema. Tisselli señala que al ir cada tronco del extremo inferior al superior, y al quedar detrás un tramo de cielo y otro de tierra, está indicando que los árboles son el puente entre los dos extremos.

Cada uno de los seis árboles puede representar un sinfín de historias. Daphne Martin advierte que si bien no está retratado ningún abeto en los seis motivos, las tablas sobre las que pintó

Landor son de abeto, y que fueron traídas expresamente desde la zona de Kriebethal. Fueron tratadas con los procedimientos antiguos de entelado con lino y apresto, pegados en la madera para igualar la superficie, y aplicado por ambas caras de las tablas para evitar torceduras. Siguiendo a los flamencos, las tablas tienen una primera capa de temple para las pautas de color, luz y líneas básicas de dibujo, y el óleo para el acabado final. Debido a la lentitud del secado, los seis cuadros debieron pintarse en simultáneo, de manera que Landor aprovechó el secado de una tabla para continuar en las siguientes. Respecto a los motivos, Valerie Buffard menciona que el primer cuadro, el del tronco de Haya, alude al campo de concentración de Büchenwald (*bosque de hayas*), por la infancia de Landor en la época nazi. Esta lectura enfurece al díscolo de Hummisch, que dice todo lo contrario, que Landor fue un «artista irresponsable» —uno de los libros de Hummisch se titula *Die Glücklichen: Kunst und Verantwortungslosigkeit in der Konzentrationslager Zeit* (Los afortunados: arte e irresponsabilidad en la era concentracionaria) y que la traducción española convierte en *Los artistas irresponsables*. Hummisch dice que se trata de un arte manierista, embebido de la vieja tradición cromática europea de los flamencos, rechazando toda la modernidad y valiéndose de un tema políticamente sensacionalista como lo es la literatura de los campos de concentración y el Holocausto judío. Hummisch lo deja al margen de cualquier historia del arte alemán y apenas lo valora como un artesano en el exilio. Algo esconde la actitud de Hummisch que nadie ha salido todavía a rebatir. Willie Greiner, en colaboración con su hermano Heinrich, está tras las pistas políticas alemanas. Aún no tiene conclusiones al respecto. Alemania, su país de origen, es donde menos se han preocupado por estudiar la obra de Landor, con la excepción de los denuestos de Hummisch. Este no es el único que sostiene que Landor tuviera un programa crítico—histó-

rico con la época nazi. Todo partió de la tesis de Buffard con su lectura del cuadro sobre el árbol de haya. La misma Valerie Bouffard sigue por esa línea alusiva a la época nazi vinculando a Landor con Anselm Kiefer. Aunque era ocho años mayor a Kiefer, suena un poco desproporcionado porque recién luego de su muerte y de la publicación del *Breve tratado sobre la selva del arte*, ha recibido la atención por su obra como un artista con propuesta, quizá porque la edición del libro ha podido circular con mucha más facilidad que el ciclo de *Waldig*. Antes sólo lo veían como un gran artesano, uno de primerísimo nivel, nada más. La obsesión con el detalle era tan minuciosa en Landor, que hay bocetos de muros de piedras en los que constan al margen las indicaciones manuscritas de las tonalidades de color que debe tener cada piedra, hasta treinta variaciones de colores, manuscrito que ocupa más espacio que el mismo objeto representado que se ahoga en ese mar de notas.

El gomero y el tilo serían guiños personales a Magdalena. El gomero está inspirado en el que está en La Recoleta, en Buenos Aires, a donde iba a visitar a la familia de su esposa, y que por el activismo político de ella, encerraría alusiones a la resistencia durante la dictadura militar argentina de 1976 a 1983, sobre todo porque aparecen unas moscas en la parte baja del tronco del gomero, a las que se volverá más adelante. El tilo recuerda una de las primeras citas del pintor con Magdalena, cuando se conocieron en París, en 1961. Valerie Bouffard le dedica una página de *Autour des maîtres du fou* a la suposición de que bajo los tilos del jardín del Grand Palais, Landor besó a Magdalena por primera vez. Con la mejor de las intenciones, cuenta Valerie Bouffard, le preguntó a Magdalena si la anécdota del beso bajo los tilos era cierta, y ella le respondió que si pensaba escribir un ensayo sobre arte a partir de esas cuestiones, era mejor que hiciera literatura, que incluso en la mejor literatura ese tipo de

cosas y lo que pueda venir después, pertenece a la vida íntima de los personajes. No dijo más. Inmediatamente después, escribe Bouffard, la viuda de Landor me miró con esos *gros yeux* que tiene y sonriendo me dijo que bajo el sol del verano no hay nada mejor que la sombra que da la copa impenetrable de un tilo.

El cuarto cuadro es de un pino. Comprendería la vida de Landor junto al Mediterráneo, en la Costa Brava catalana, poblada de pinos arqueados por el viento. Nabawe también ve en ellos una alusión al principio activo del pino, la trementina, que Landor usaba como disolvente del óleo. La corteza tortuosa del pino, con su escamado rojizo, alcanza tonalidades deslumbrantes en este cuadro en particular.

El quinto cuadro representa a un tipo específico de ceibo gigante, que se encuentra en Ecuador. A este país fueron a vivir dos amigos de Landor, el publicitario y antiguo impresor, Milos Lerner, quien le dio a Landor su primer trabajo en París en la imprenta Barbadrac, y sobre todo el pintor y diseñador Dieter Effeltrich, más conocido por el nombre artístico de Peer. Peer fue decisivo para Landor. Por él se fue a París, conoció a Magdalena, se afincó en París y ya no volvió a Alemania Oriental. Milos Lerner, a su vez, era hermano de la mujer retratada en *Heterocromía de Dora Lerner*. Las raíces tubulares, el tronco oblongo y las vistosas espinas que el ceibo desarrolla durante sus primeros cuarenta años de vida, le permiten al pintor plasmar unas vistosas tonalidades verdes, negras y marrones que contrastan con las tonalidades rojizas del cuadro anterior.

Finalmente, está el cuadro titulado *Innominato*, que rompe las asociaciones botánicas y que tantas dudas provocó en Daphne Martin. Nadie ha dado con el tipo de árbol que pueda ser, y la mayoría de críticos coincide en que esa lectura realista no es la conveniente. Es el cuadro en el que la capa de óleo tiene más grosor que el resto. En realidad, es una especie de saturación de

óleo, como si hubiera convertido la madera del soporte en una paleta donde mezcló infinidad de colores. Un cuadro imposible, dice Hummisch. Es como la obra de arte desconocida de Balzac, explica Bouffard, la mejor muestra tangible del saturado cuadro inconcluso de Porbus donde sólo asoma un pie y el resto es un embrollo inexpugnable. Y no es debido solamente al espesor cromático y volumétrico del color, sino a la perspectiva, por la que la línea del horizonte está colocada muy por arriba, como si se estuviera viendo el árbol en contrapicado. La perspectiva está dislocada, por supuesto, el árbol se ve de frente, la tierra desde arriba. Y esta tierra también repite el procedimiento acumulativo, barroco, de la corteza del árbol sin nombre. Son masas de pinturas donde sólo se respira por la débil franja de cielo de la parte superior del cuadro. La altura de este último cuadro completa la línea imaginaria que Heinrich Greiner cree leer como si los seis cuadros completaran una simbólica letra W.

Quien en realidad se acercó primero a la idea de bosque dinámico de *Waldig* fue Marie Lacroze, en un ensayito breve publicado con la editorial José Corti, *Le vagabond de la fôret*. La dedicatoria de su ensayo deja constancia de que fue discípula de Gastón Bachelard y amiga íntima de Martine Broda, la poeta y traductora de Paul Celan. En su ensayo, Lacroze combina una lectura fenomenológica y simbólica con un laborioso manejo estilístico de la prosa, que a veces funciona como trampa, propio del gran estilo francés: parece revelarte el mundo y no pasas de la esquina. Sin embargo, qué palabras y qué prosodia para llegar a esta esquina. Además de su gran rodeo respecto al juego de dislocación proporcional en los troncos de Landor y los niveles de horizonte que suben y bajan, hay un momento en el que, sin citar expresamente al pintor, refuerza una teoría de Bachelard que el mismo Landor criticó en las notas incluidas en los *Apuntes sobre los titanes*. Hay un ejemplar de *El aire y los sueños* de Bachelard

en la biblioteca de la Fundación —ejemplar editado por Corti como muchos de los otros libros de su biblioteca— y que el pintor leyó y estudió por las anotaciones y subrayados manuscritos. Landor solía pasar siempre por la librería Corti frente a los jardines de Luxemburgo y luego se sentaba en Le Ronsard a tomar un café y a leer los libros que había comprado mientras esperaba a Magdalena, atareada en gestiones que prefería resolver a su ritmo. Parece que Landor conversó varias veces con el propio Corti antes de que este muriera en 1984. Varias ediciones de sus libros cuentan con ilustraciones de Landor, muy sencillas, que ni siquiera firmaba, y que si se reúnen, es notorio el estilo minucioso: suelen ser hojas o ramitas, que también aparecen en dos o tres libros de la editorial Fata Morgana. El círculo se estrecha aquí alrededor de la editorial Corti: Lacroze, vía Martine Broda, quien conocía a su vez la obra del poeta argentino Roberto Juarroz, *Poesía vertical*, también editada en Francia por Corti, seguramente pudo conocer a Magdalena por ese lado. A Landor debió conocerlo en algún momento. Fue ella quien empezó a asociar la verticalidad de los árboles de Landor con la poesía vertical de Juarroz y, sobre todo, con la teoría del árbol—aéreo de Bachelard. Es casi seguro que Landor leyó a Juarroz por la cercanía con la pequeña editorial parisina y las interminables lecturas de Magdalena. Lo menos probable, y lo que le gustaría a Lacroze, que se deleita en ello, es que Landor haya conocido a Juarroz en alguna visita de este a París o Buenos Aires. Lo notable, por el descuido o por eso de que nadie es profeta en su tierra, es que solamente la francesa Lacroze vincula a Landor con la poesía vertical de Juarroz. Por el lado de los argentinos, nadie. Ni siquiera Domecq Villachiaso, a quien en realidad poco le interesa la poesía, pero de él hablaré más adelante. Volviendo a Bachelard, que es el punto más fuerte de Lacroze, quizá por discreción o por desconocimiento, o por una conveniente pauta

estilística nada dispuesta a la acotación arrítmica y a las motas de polvo de los pies de página, no incluye las notas en las que Landor discrepa de Bachelard porque aquí sí hay pruebas por el ejemplar subrayado de *L'air et les songes* de la biblioteca personal del pintor, que Magdalena me ha dejado consultar.[1] Aquí y más

[1] Por ejemplo, donde Bachelard escribe «El árbol derecho es una fuerza evidente que lleva una vida terrestre al cielo azul», Landor subraya *fuerza evidente*, subraya *lleva,* subraya *cielo azul* y escribe al margen la negativa en francés, *pas*, y luego trastoca el texto: el árbol derecho es *enigmático, trae* a la superficie la muerte desde el mundo subterráneo. Donde Bachelard deja a un lado la importancia de la elaboración de la madera con el concepto de *homo faber,* cuando dice que «tiene poca importancia para el onirismo profundo» porque no entra en su psicología de la ensoñación y de la idea del *homo faber*, Landor subraya y pone al margen otro *pas*. Y luego repite la expresión *Homo Faber* con mayúsculas, y lo subraya, y debajo pone, en francés, *Titans*. Todo ese capítulo del libro de Bachelard son subrayados y tachaduras y añadidos, salvo una única concidencia, cuando Bachelard se entusiasma con los árboles por su diversidad de formas y de ramas y señala, sin embargo, que tienen una *unidad de ser:* «Esta unidad de ser procede sin duda, a primera vista, de su tronco aislado». Landor pone al lado un visto bueno y luego viene la calma en los dos capítulos finales de *El aire y los sueños,* sin subrayados ni marcas. Lacroze se apoya en esos capítulos finales, «El viento» y «La aclamación muda», pero también se dispersa y se pierde en la abstracción de su prosa, a tal punto que ya no se sabe de quién mismo habla, si de Bachelard, si de Landor, o del puro lenguaje operando su propio vértigo. Es al comienzo de su libro donde habla del sentido del vagabundaje o errancia de Landor, estableciendo un contrapunto, una polaridad de metáforas entre la inestabilidad nómada, por una parte, con su desplazamiento errático debido a un mundo inestable y no descrito, y, por otra, la fijación enraizada de los árboles, en la que sí es posible la descripción estable, a la que se puede no sólo recurrir sino estudiar a fondo —leer la corteza de un árbol a modo de tótem— y convertirlo en altar. El nómada tiene ritos, su única posibilidad de fijeza, mientras que el sedentario tiene altares. A Lacroze le interesa destacar el juego de posibilidades respecto a la idea del lugar, del bosque, como lugar variable, o mejor dicho, como una posibilidad de variación para algo esencialmente estable y fijo. Los

adelante, al final de este capítulo, el editor en Colombia hizo que el texto baje como nota de pie de página para ahorrar páginas, pero la verdad que me gustaría, si fuera posible, que más bien continúe en el cuerpo del texto. Lo que sea posible.

Lacroze dice que el sexto cuadro, *Innominato*, alude al antiguo y enorme roble de Guillotin. No da ningún argumento. No ha visto de primera mano la textura de *Innominato* y se deja llevar por una asociación demasiado ligera. Lacroze luego olvida ese anclaje retórico, que da mucho de sí en la idea de que el nómada adquiere un nivel de conocimiento profundo porque su vida es un perpetuo contrapunto entre lo que es esencial y accidental, aunque por eso mismo tiene su parte trágica por la tensión de un ser completamente fugaz y una necesidad de ordenamiento, rigor y simetría, que no encontrará nunca, a menos que se vea a sí mismo como una construcción, lo que es imposible. No he sabido de ningún otro libro de esta escritora francesa. Lacroze es como un misterio. Ése es su único libro y no hay manera de dar con ninguna otra publicación suya. No ha dado entrevistas y tiene prohibido a la editorial dar sus señas personales. He llegado a sospechar que se trata de un seudónimo. Las lecturas del

---

locus amoenus se pueden transformar, sin necesidad de ningún movimiento de los árboles, en un *locus horridus,* y en el extremo de la alucinación del sujeto nómada, en un *locus inferni.* Y de igual manera al revés: al eliminar la presencia humana, el claro del bosque es un lugar de paz, de claridad, donde el hombre se encuentra consigo mismo alejado de las construcciones culturales que marcan épocas, costumbres, Historia, y un sinfín de detalles problemáticos que inquietan o recuerdan al nómada su paso entre extraños. Finalmente, cuando va a tratar las imágenes de las seis tablas, dice que conforman un hexágono —vinculado a los protocolos de Landor sobre el Museo Waldig— y apuntando un guiño por el hexágono de Francia como el país de formación y madurez de Landor, para luego referirse a la mitología de los bosques mágicos de Brocéliande, que el pintor también visitó con frecuencia.

bosque enigmático o cifrado la siguen otros como Agniewska Prigone, que es más sensata que la francesa, aunque no deja el lirismo. Prigone también incluye a Landor en la larga serie de artistas que han trabajado sobre los bosques, en los que ve un *topoi* rico en variantes y complejidades, también un refugio, un templo de la naturaleza, o al menos su deseo, y que esa fuerza de los troncos representarían las columnas de ese templo, y que Landor, como tantos otros, lo que tiene es una nostalgia de ese bosque infantil.

Como contrapeso, por ser concreto y alejado de una lectura biográfica o simbólica, y, por supuesto, de la escritura sinuosa y evanescente, la tesis de Heinrich Greiner de los *paneles sinópticos* se centra en el sentido contiguo de los distintos paneles. Al comienzo de su estudio, Greiner dice que la disposición de los niveles de horizonte oculta una línea secreta que conforma la letra W de *Waldig* con los seis cuadros, de manera que si uniéramos por una línea un punto de cada horizonte se tendría una W irregular, ascendente, que terminaría con la última diagonal de W en su punto más alto en *Innominato*. La propuesta de Greiner no es una crítica de arte en sentido estricto. Más bien es una especie de ensayo sobre la manera de leer y ver pintura. Se centra en una probable identificación de la disposición de los cuadros con la edición de la biblia realizada por Johann Jakob Griesbach. Griesbach, un profesor de la Universidad de Jena, maquetó los distintos momentos de los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas en columnas paralelas en una edición en tres tomos publicada entre 1774 y 1775. La razón de este formato *sinóptico*, expresión proveniente del griego *syn* y *opsomai*, «ver junto», era demostrar la hipótesis, que con el tiempo se denominó hipótesis sinóptica de Griesbach, según la cual las excesivas similitudes en los evangelios sobre Jesús revelaban que todos se nutrían de la misma fuente. Las aparentes vías paralelas de los evangelios eran

eso, simples apariencias, ya que siguen un patrón. Leerlos de un vistazo, en conjunto, armonizando las similitudes, permitía entender el origen de los relatos. De acuerdo con Greiner, Landor tuvo en sus manos uno de estos ejemplares y retuvo la imagen, o bien conoció la hipótesis de Griesbach y la retomó para la disposición de sus paneles. Couzo discrepa de esta teoría y la desmonta señalando que Griesbach era luterano mientras que Landor se había educado en la vertiente católica. No da mayores fundamentos al respecto. Greiner no insiste en este aspecto religioso y biográfico, sino que encuentra en su perspectiva una posible lectura de los paneles, no como una xiloteca emblemática, sino como un tablero de conjunciones por el cuál debería verse en cada uno de los árboles una especie de cronología simultánea (o paralela) de una misma historia contada desde seis perspectivas diferentes. Incluso que haya un árbol desconocido, el *innominato*, que no sigue el mismo surco de las cortezas de los árboles reconocidos, refuerza la vinculación con la edición bíblica de Griesbach porque en esta no aparece el evangelio de Juan, por ser tan diferente a los otros tres evangelios. Mirar en paralelo los cuadros de Landor también plantearía un problema sinóptico como en la biblia de Griesbach porque el reto no consiste únicamente en interpretar cada cuadro aislado, sino descifrar qué vínculos hay entre ellos, como si todos los cuadros avanzaran al mismo tiempo hacia el espectador, algo así como una novela donde no importara ni hubiera un desarrollo consecutivo de acontecimientos de la trama, y que todo ocurriera al mismo tiempo. No sería la primeza vez, dice Greiner en el único momento en que se permite una digresión personal, que sigamos hambrientos de plenitud y que las muletas del arte se alineen para sostener un templo o refugio imposible. Landor trabaja *in media res,* lanza abruptamente al espectador al centro de algo que está en movimiento. En sus cuadros no se ven las raíces del

árbol. El tronco está presente desde la base del cuadro, y de la misma manera el tronco queda cortado en la parte superior, sin que se vea la copa del árbol, como si el pintor estuviera señalando un tramo central, decisivo, por el cual quedan al margen raíces y extensiones finales. Y el procedimiento se repite en todos, con el único desnivel rítmico de la línea de tierra del horizonte. Parece como si el tronco fuera lo único estable y la línea de tierra bailara, dándole una idea de movimiento o rotación.

Heinrich Greiner ha tocado un punto interesante. Es el último crítico de la obra de Landor, a la que descubrió por su hermano, Willie, encargado de la edición de los textos del pintor. Fue como un deslumbramiento. Heinrich fue a visitar a su hermano en Gerona y vieron los cuadros de Landor porque Willie quería revisar unos manuscritos que están en el pequeño taller que tenía Landor en la casa de Sant Pere Pescador. Cuando llegaron a la casa, un equipo de carpinteros estaba terminando de colocar un finísimo marco negro a las tablas. Debido al tamaño de las tablas sólo podían colocar tres en el taller grande adyacente al jardín. Fue en ese momento cuando Heinrich Greiner los vio y asoció de inmediato las tres tablas a la disposición sináptica de los tres evangelios de Griesbach. Willie había terminando de fotocopiar los papeles que buscaba, había conversado un rato con Magdalena, que hacía una mudanza lentísima ordenando libros, discos y colecciones de objetos de todo tipo, y bajó para decirle a su hermano que podían irse. Heinrich no lo escuchó, concentrado en observar los tres cuadros. Los carpinteros habían terminado de enmarcar la tercera tabla y salían para almorzar. Willie insistió a Heinrich en que podían marcharse para ir a comer a Cadaqués. Este miró a su hermano con asombro. Heinrich le dijo que era sublime lo que estaba viendo, que no pensaba que ese pintor del que Willie le había dicho que preparaba una edición de sus escritos hubiera pintado eso. Lo poco

que había visto de Landor, gracias a Willie, no le había llamado la atención. Esto era algo completamente diferente. Willie sonrió y le dijo que eso sólo era una parte, porque consistía en una serie de seis tablas. Tengo que verlas, dijo. Luego de comer, Heinrich, le dijo Willie. No, Willie, ahora mismo. Willie le dijo que podría bajar porque los otros tres cuadros estaban en el sótano. Fueron al sótano y allí sólo había dos. Willie le preguntó a Magdalena dónde estaba la sexta tabla y ella le explicó que esa, la del árbol innominado, la trabajó Landor en su pequeño taller. Willie le dijo que no la había visto. Y ella le respondió que estaba cubierta con una cortina y puesta del revés. Parece como un armario gigante. Magdalena le preguntó si no iban a almorzar a Cadaqués como él le había dicho. Willie, entonces, aprovechando que Heinrich estaba concentrado mirando las dos tablas en el sótano, le dijo que su hermano se había quedado deslumbrado por los cuadros de *Waldig* y que no sabía cómo arrancarlo de allí. No lo hagas, dijo Magdalena, si quieren les preparo una ensalada y unos huevos con chorizo, y tengo algo de vino. Fue providencial. Quizá ella se dio cuenta de lo que estaba pasando con Heinrich Greiner. Porque Heinrich Greiner en realidad no es un crítico de arte. Es un ensayista y filósofo, filólogo mejor dicho, y que compartía con Willie, por la educación que ambos habían recibido, la afición por la pintura. Luego de quedarse media hora observando las tablas del sótano, Heinrich subió con Willie y Magdalena al taller pequeño para la tabla de *innominato*. Movieron un perchero que estaba colocado delante del cuadro puesto del revés, y quitaron la cortina. Heinrich vio entonces el bastidor de madera de las tablas. Era como la corteza misma de los árboles que pintaba Landor. En realidad era un simulacro de corteza. Los abetos de Kriebethal no son tan anchos, de manera que Landor había pedido que juntaran tramos curvos de distintos troncos hasta simular la curvatura de un abeto gi-

gante. Heinrich tocó la corteza del abeto con delicadeza y retiró rápidamente la mano pidiendo disculpas a Magdalena. No pasa nada, dijo ella, indicándoles que entre ellos dos podrán voltear la tabla. Cada uno de los hermanos tomó la tabla por un lado, la movieron hacia el centro del taller, bajo la luz que filtraba la ancha claraboya en el techo y pusieron el panel frontal en el sentido de los ventanales de la terraza. En realidad, nunca entendí por qué le decían el Taller Pequeño, era todo un ático de techo alto y amplio en la casa de Sant Pere Pescador. Mientras Willie se sacudía el polvo de las manos, Heinrich estaba de pie delante del cuadro y daba pasos hacia atrás. Luego se acercaba y de nuevo hacia atrás. Después se aproximó casi hasta tocar con la punta de la nariz la superficie de la tabla y extendió la mano como para tocarlo. No lo tocó. Dejó la mano con las yemas de los dedos a unos centímetros de la superficie enmarañada de colores que había compuesto Landor en el tramo del tronco. La mano le temblaba ligeramente, como si fuera un imán de polo contrario que quisiera tocar al otro. Bajen en quince minutos que tendré preparado el almuerzo, dijo Magdalena mientras salía del taller pequeño. Estuvieron media hora más hasta que Magdalena los llamó y Willie terminó por tirar del brazo a Heinrich. Abajo, mientras comían, Heinrich parecía haber despertado del trance en el que había entrado. No dejaba de preguntar a Magdalena sobre cómo y cuándo los había pintado su marido y ella se lo explicaba poco a poco, como la cosa más natural del mundo, y él no dejaba de sonrojarse y seguir con sus ojos cada uno de los movimientos y expresiones de ella. Cuando terminaron de comer él pidió volver a ver el *Innominato* y Willie le dijo que no podían molestar tanto a Magdalena. No es ninguna molestia, dijo ella, vayan y quédense lo que quieran, yo iré a recostarme un rato. Se quedaron dos horas más. Magdalena les preparó café y se fueron a las seis de la tarde. Willie lo iba a recriminar en el tra-

yecto de regreso a Gerona por haber abusado de la hospitalidad de Magdalena. Heinrich, recuperada la cordura, se adelantó y se disculpó con él y le dijo que no podía quitarse de los ojos y de la mente esos cuadros de Landor y que, si se lo permitía, lo quería ayudar en la edición que preparaba de los manuscritos del pintor porque tenía ganas de escribir sobre Landor. A Willie le alegró la noticia porque siempre había pensando que Heinrich miraba con cierta condescendencia su trabajo como periodista cultural y editor, y ahora sería una buena oportunidad para hacer algo juntos. Landor acercó tanto a los dos hermanos que basta ver a Willie cuando se habla de las polémicas entre los críticos. Él no deja de decir que es un problema que Heinrich sea su hermano porque le quita imparcialidad cuando dice que es el más objetivo de los críticos. Y lo es. Quizá porque Heinrich nunca fue crítico de arte ni pretende serlo, y su lectura sinóptica es una de las más estimulantes. Ahora está preparando una separata sobre el cuadro innominado que seguramente incluirá en una próxima edición su libro sobre Landor. Dice que va a hablar de caligrafía cromática porque según su punto de vista es allí, en ese último cuadro, donde hay que leer bien la textura enmarañada y barroca de la corteza que ha pintado Landor.

Para terminar, aunque no sea un libro propiamente dicho sino un largo artículo publicado en una revista de psicoanálisis de Buenos Aires, está la lectura de Alberto Domecq Villachiaso, que se titula *Pentimento. Psicoanálisis y represión en tres pintores del siglo XX*. Domecq Villachiaso habla de Giorgio de Chirico, de Morandi y de Landor. Al analizar la figura de los pentimentos, «ese gradual resurgimiento de imágenes que el artista ocultó a medida que iba ajustando su cuadro, o que a veces se rastrean con rayos X», explica Domecq Villachiaso, este crítico quiere señalar algo mucho más complejo. La obra de Landor es una especie de velo o veladura por la que se quiere manifestar un

acontecimiento central y decisivo que ha sido reprimido. El problema con Landor es que no hay ninguna alusión directa medianamente explícita a la cual agarrarse. De hecho, el argumento de Domecq Villachiaso es muy leve y vincula la *Heterocromía de Dora Lerner* con la madre de Landor. No explica el estudioso cómo se ha enterado de la biografía de Dora Lerner, en concreto de su suicido. Al parecer, explica Domecq Villachiaso, a Dora Lerner la habían violado los rusos luego de la derrota de los nazis. También estaba la posibilidad de un recuerdo traumático de su internamiento en el campo de concentración de Terezín, donde murió su padre. Domecq Villachiaso se vuelca sobre este punto. Y lo vincula con la madre de Landor.

La historia no es muy clara. El estudioso porteño se abre camino a tientas. La madre de Landor vivió los últimos años internada en un hospital psiquiátrico de Waldheim. Hay como un vacío entre los recuerdos de Landor de su madre durante los bombardeos de Dresde y sus años finales. Apenas cumplió los diecisiete años, Landor se ganó una beca y se fue a estudiar Bellas Artes a Dresde. Domecq Villachiaso intentó investigar en los archivos del hospital psiquiátrico de Waldheim, lo solicitó por escrito para evitarse el viaje en vano. No lo dejaron acceder a ellos por confidencialidad. Sin embargo, algo logró sacar por lo que le escribió uno de los psiquiátras colegas, que le exigió el anonimato, quien le dijo que probablemente ella había sido violada, como la mayoría de mujeres que les tocó vivir durante la ocupación rusa luego de la derrota de los nazis. Aquí es donde el crítico dice que empieza la posible interpretación de la serie de *Waldig*. Donde acierta Domecq Villachiaso, y sólo por eso su ensayo pesa tanto como los libros dedicados a Landor, es que apela a la serie de cuatro cuadros de Botticelli, que le interesó mucho a Landor y que sí aparece largamente citado, estudiado y revisitando en los *Apuntes sobre los titanes*. Son los cuadros ba-

sados en la historia de Nastagio degli Onesti, que están en el museo del Prado. Sólo están tres de ellos, los más importantes, y, en realidad, los mejores. El cuarto está en otro museo y no tiene la calidad de los tres primeros, apenas es una cena en medio de una columnata, una obra por demás rigída que ha cuestionado la autoría de Boticelli.

Dejando a un lado ese último cuadro, hay que detenerse en los tres primeros. Los del bosque son reveladores. Boticelli, o los aprendices de su taller, esa es otra discusión sobre quién pinto qué, se basan en uno de los relatos de Boccaccio en el *Decamerón*. Es el quinto relato de la octava jornada, y lo cuenta Filomena, una de las chicas del grupo que se refugia de la peste a las afueras de Florencia.

El cuentito no pasa de cinco páginas, y más que un cuento es una pesadilla.

Nastagio degli Onesti pasea por el pinar de Chiassi, cerca de Ravenna, y tiene una visión. Para entenderla, tienes que tener presente que el personaje, Nastagio, estaba a punto de suicidarse porque una muchacha, la hija de Paolo Traversari, no le hacía ningún caso y lo despreciaba. Ya sabes, dramones de la época, que que Boccaccio sabe introducir para llevarnos a un terreno más complicado. Nastagio, en medio del bosque, ve correr a una mujer desnuda perseguida por un hombre a caballo y por dos mastines que la muerden. Como Nastagio no tiene ningún arma con él, agarra una rama para tratar de defender a la mujer de la persecución. Lo que no se puede ver en el cuadro, y que el relato describe, es que el hombre a caballo, Guido, le explica lo que ocurre cuando Nastagio quiere interceder. Resulta que este Guido se suicidó por la mujer a la que él persigue. Ambos están condenados eternamente: ella a ser perseguida y él a perseguirla, una y otra vez, con el mismo horror, y siempre en la misma ubicación en el bosque.

En el siguiente cuadro, la mujer está en el piso y el hombre, cortándola con un puñal, le saca el corazón por el lado de los riñones y se lo da a comer a los mastines. Nastagio está horrorizado. No puede hacer nada para cambiar esa condena eterna. Lo que sí puede hacer es evitar que se repita la tragedia con él mismo. Ése es el motivo del tercer cuadro: Nastagio ordena preparar una gran cena campestre en la misma zona del bosque. Hay decenas de invitados, entre los que está la hija de Traversari, la que lo había desdeñado. En medio de la comida vuelve a aparecer la misma mujer desnuda perseguida por los perros y el hombre a caballo de los dos primeros cuadros. La escena es violenta. Ante el horror de la visión, se vuelca la mesa en la que está sentada la Traversari, entre una mujer vestida de rojo y otra de amarillo. Ella lleva un vestido de tonos claros, levanta las manos como si quisiera deterner el avance de lo que se le viene encima. Su mirada se clava en Nastagio, que alza los brazos, mirada que continúa como una flecha precisa hacia la mujer desnuda. Supuestamente, esta revelación, hace cambiar su actitud y acepta a Nastagio.

Lo que le importa a Domecq Villachiaso es el primer cuadro, y lo hace recurriendo a los fragmentos de Landor en sus apuntes, concretamente cuando dice: «Gran bosque fragmentado. La fijeza de los árboles permite a B. distribuir los distintos momentos de la persecución de la *belle donne nude* —Landor se refiere a Botticelli con la B.— Observar bien el detalle de la izquierda en la que el cándido (sic) sueña junto a la piedra. Luego viene la persecución. Hay dos mujeres. Hay tres hombres. Pero sólo es una mujer y un solo hombre. La que corre y la que está en el piso echada al lado de los perros salvajes. Quien lo ve por primera vez cree que son dos mujeres distintas. Hay que conocer el relato previo para interpretarlo bien. Si se lo observa durante un tiempo se llega a *entender* que es una secuencia. Si se pudiera ocultar la pesadilla y se insinuara el relato, el espíritu se quedaría en calma.

Cerrar el bosque. Olvidar el relato. Que quien vea abra las cortinas del bosque». Poco después hay otro fragmento adicional de Landor: «El remoto relato de mi madre sobre la Baba-Yaga. ¿Qué quería decir ese relato, madre? Nunca me lo explicaste». Es aquí donde Domecq Villachiaso da un giro a la referencia de los paneles sobre Nastagio degli Onesti y se agarra hasta con las uñas al argumento de que Landor, de niño, debió ver alguna de las violaciones de los soldados rusos en el bosque del camino a Waldheim. «Se equivocan —escribe Domecq Villachiaso— quienes dicen que la obra de arte se crea porque el artista no encuentra explicaciones sobre un determinado tema o conflicto. Más bien se crea porque no está la persona del conflicto o quien pueda dar las explicaciones. Ausencia de la persona, no de la cosa, que la obra corporiza. *Fortis imaginatio generat casum*, como advertía Montaigne, una imaginación fuerte crea la cosa».[2]

---

[2] Aquí Domecq Villachiaso entra en el terreno de la conjetura, de la pura interpretación. Dice que Landor pudo ver la violación de su propia madre o bien la de algunas de las chicas del pueblo en el que nació, Kriebethal, o del siguiente pueblo, el que quedaba al lado, Waldheim. Unas de las pistas es que Nastagio empuña una rama de árbol para defender a la mujer de la espada de acero de Guido, que está ubicado en una posición superior. La simbología fálica, según Domecq Villachiaso, es indicio de que Nastagio se estaba enfrentando a un violador, o bien, sufría un complejo de Edipo por el que el padre era un invasor en la relación con su propia madre. Añade que en el caso de Waldig, los troncos tienen esa presencia tan opresiva y relevante en cada cuadro porque ocultan, tapan, reprimen, lo que debería verse detrás, que sería el claro del bosque apenas insinuado por el breve tramo de cielo y tierra a ambos lados de los troncos. Sólo que es una contención que tiene dos puntos de fuga a los lados de los troncos. Domecq Villachiaso vuelve una y otra vez a los cuadros de Botticelli porque dice que fueron esos tres cuadros los que removieron en Landor la idea del bosque problematizado. Serían dos las etapas en las que los árboles son tratados de manera distinta. La primera, en la que ocasionalmente Landor pintó árboles con sus copas. Era

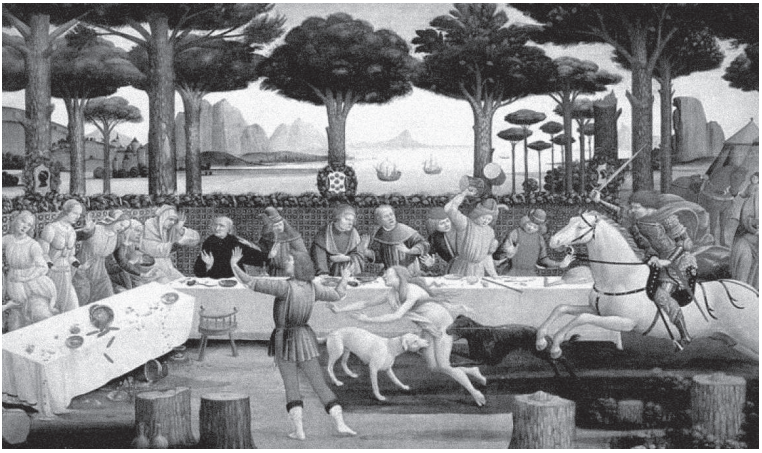
como una marca siempre presente en algunos de sus cuadros. Sólo que se trataba de un elemento decorativo, que a veces cumplía el papel de soporte o equilibrio en el conjunto de sus cuadros. Sería luego esta etapa final de *Waldig* la que complica el trabajo sobre el bosque, como si Landor hubiera entendido esa propia recurrencia en pintar árboles. Ya no se trataba solamente de su manía por los modelos inmóviles, sino que descubrió que había algo más.

A veces, señala Domecq Villachiaso, los artistas se pasan errando media vida en motivos artísticos que parecen banales, pero que, por esa misma banalidad, resultan ser el núcleo de una obsesión mucho más auténtica y compleja y, por esa vía, el camino para una plasmación mayor. Son como catalizadores, extraños catalizadores que no alteran la «sustancia» inicial sino que la modifican con el tiempo, solo que aquí, a diferencia de la catálisis química, los motivos catalizadores son como depósitos de campos de energía, de manera que al mismo tiempo que los reelaboran los protegen a lo largo del tiempo por su falta de evidencia o entramado. Luego Domecq Villachiaso se pierde en una larga disquisición. Propone en una nota a pié de página de su ensayo que se estudie con rayos X los cuadros de *Waldig* para descubrir qué es lo que está oculto detrás de la versión final. No pasó de esa nota a pie de página. Magdalena dice que no tiene ningún problema en autorizar los rayos X aunque está convencida de que eso es una pérdida de tiempo. El ensayista argentino también sostiene que quizá, con el paso del tiempo, asomen indicios de pentimentos en los tramos de tierra y cielo alrededor de los árboles.

De nuevo serán Greiner y Nawabe quienes den argumentos más concretos incluso para apoyar esas conjeturas arriesgadas, que curiosamente ellos mismos no plantearon. Greiner se detiene en que lo que atraía a Landor de los cuadros de Botticelli era la simultaneidad de los dos primeros cuadros, donde el corte de los árboles quiebra el espacio en franjas intermitentes. Greiner cita a Arnheim que cita a su vez a Denman Ross cuando este indica –al referirse a un cuadro de Cézanne– que el ojo siempre se mueve en la dirección de los intervalos decrecientes. De manera que en el primer cuadro de Botticelli, si bien empezamos observando la escena principal, los espacios decrecientes marcados por los árboles van ampliando la lectura y desdoblando el relato.

Ese trabajo sobre lo simultáneo, que preocupaba en la Edad Media y el Renacimiento, es lo que le interesaba a Landor. Sólo que su aplicación, como se podrá comprobar en protocolos del museo Waldig, apunta a otra idea de intermitencia, lo que Landor llama silencio y presencia de los intervalos. El árbol idílico, al presentarse como el conjunto de un bosque, se vuelve pesadilla. Sólo el claro del bosque puede dar un nuevo descanso: se llega a él gracias a los árboles, pero en el claro no hay árboles, como si los eliminara. Es lo que ya señaló, por otra vía, Lacroze con las variantes de los locus. Landor lo ata todo en una especie de contención donde cualquier lectura es posible. Y eso es lo que, probablemente, sacude en tensión la mirada de quienes se acercan a Waldig. Nawabe ha hecho algunos adelantos, aunque él no cita, ni creo que conozca, el texto de Domecq Villachiaso.

Señala que hay indicios que podrían reforzar la hipótesis del psicoanalista argentino que, curiosamente, no los menciona porque evidentemente no ha visto los cuadros más que en reproducciones y por lo tanto no conoce las minucias de las que sí habla Nawabe. Son los insectos. En el primer cuadro, el del haya, hay una mosca, que como sabes es el símbolo de la muerte. Está en varios cuadros. Nawabe cita el *Retrato del matemático Luca Pacioli*, de Jacopo de Barbari, o el *Retrato de mujer* de Francis van der Mijn. Dice que el propósito de incluir esos insectos es hacer una especie de exorcismo. Nawabe se pone exquisito cuando al referirse al recurso simbólico de los insectos sigue el principio de *similia similibus curantur*, es decir, que el propósito de la mosca es espantar a las otras moscas, y que por eso está ahí. La mosca alude a la muerte pero busca evitarla. No es la única. Está también en el cuadro del tilo y del gomero. Lo curioso es que en la del tilo pone también una abeja. Son muy chiquitas y hay que acercarse mucho para verlas. No guardan proporción con el tamaño del tronco. La medida es equivalente a los insectos reales. En eso Nawabe sí fue riguroso porque viajó expresamente para ver los cuadros cuando la exposición del Georges Pompidou pasó al pequeño Museo de Arte Moderno de Ginebra. Y es interesante lo de la abeja en el cuadro del tilo, porque representa la laboriosidad, tan característica de Landor que se tomaba mucho tiempo para terminar sus cuadros, aunque Waldig lo pintó en unos meses. En el último cuadro, aparece la oruga de una crisálida, que en principio, explica Nawabe, debería significar una renovación, una renovación para la que era necesaria la destrucción y la muerte.



V. LOS INFORMES DE TALTIBIO

¿Qué palabras son esas?
Eurípides, *Las troyanas*

De: Taltibio / A: Imón
Domingo, 14 de septiembre de 1986

Llegué a Quito hace una semana. Me hospedo en el Hotel Colón. Mi habitación, ubicada en el decimoséptimo piso, mira hacia el norte. Desde aquí la ciudad se ve tranquila. Pero esta percepción es falsa, querido Imón. He llegado en un mes sangriento y debo ir con pies de plomo si no quiero que ese plomo termine en mi cabeza.

Desde mi habitación veo el relieve irregular de casas y casitas de La Mariscal, apocadas al lado de edificios en construcción, o ya terminados, con la pintura todavía fresca, antenas recién instaladas, grandes ventanales ahumados y armaduras de aluminio. Son moles pretenciosas, sin el carácter menor que palpita en las casitas vecinas con esqueléticos tendales de harapos remoloneando al capricho del viento. En medio de los desniveles de esta disparatada mezcla de estilos arquitectónicos, pasa la avenida Amazonas. De todos los edificios, este hotel es el más alto, el más pretencioso. Lo elegí porque está ubicado cerca del Contacto y del Objetivo. Dirás que es pereza, que al comienzo me hospedaba más lejos de los objetivos por una cuestión de seguridad. Aprendí que esconderse es peor, que en las periferias es donde la suspicacia se despierta al menor movimiento, y que

es más seguro exponerse en los grandes bulevares, donde nadie te ve porque se ve a todo el mundo.

Me registré en el hotel como Thomas Markai. Sé que puedes tomarlo como síntoma: a veces «hablo» con mi propio personaje. El *gringo*, mi simpático ejecutivo húngaro, lo he perfilado de tal manera que hasta lo imagino separado de mí. A veces, como parte de mi juego, Markai me hace preguntas y yo le respondo. ¿Qué haremos ahora, Taltibio?, me pregunta. Y yo le respondo: Tenemos varios pendientes, señor Markai, redactar los minuciosos informes que está esperando Imón, nuestro jefe, allá en su isla, encontrarnos con viejos contactos, cumplir con los negocios de exportación de la tapadera, seguir al Objetivo, gestionar el derrotero final de los Hermanos Menores, resolver el problema de Caronte, supervisar la seguridad de la oficina local, aportar mi cuota filantrópica con los pacientes de la Fundación, poner al día las intenciones y el *espíritu del lugar*. ¿Sigue creyendo en el *espíritu del lugar*, Taltibio?, me pregunta irónico. Por supuesto, señor Markai, le digo, es lo único que no cambia, y de cambiar, es lo menos visible y lo más importante. Markai se queda profundamente callado, un largo silencio en el que todo empieza a temblar. Yo me alejo del espejo y con un rápido giro de muñeca nos volvemos a ensamblar. Luego de tantos años de ser otro, compruebas que el lenguaje se bifurca *inevitablemente*. A fin de cuentas ése es mi trabajo fundamental, mi consigna, saber quiénes son los que no saben sobrevivir ese desdoblamiento y abdican, o no saben cómo abdicar, que es lo más habitual, y nos ponen en problemas. Tu trabajo, querido Imón, facilitado por tu inmovilidad y la distancia relativa a los escenarios de acción, es detectar lo fundamental y, por eso mismo, sabes detectar muy bien la naturaleza de lo que está en movimiento. Te agradezco tu paciencia al leerme, tú sabrás sacar la información adecuada de mis síntomas.

Luego de cumplir las primeras reuniones comerciales de Markai y hacer la visita de rigor a la Residencia de Reposo de la Fundación me reuní con el Contacto. Sigue compartimentado respecto a la Oficina y no tiene ninguna sospecha de mi misión. Se ciñó a la entrega de los documentos. Son datos únicamente, no interpreta. Sin embargo, insistió en señalar la sangría que se ha desatado desde el secuestro y la muerte de Nassib Bitar. Los Hermanos Menores han ido de mal en peor. Hace tres días mataron a Macbeth Vásquez y con su muerte se pierde la coordinación logística de los Hermanos Menores con el Batallón América. Cada vez tienen menos recursos e injerencia (el *dossier* que preparó es detallado): los han desgastado las recuperaciones de fondos atracando bancos y el gobierno, a partir de esto, ha creado la imagen pública de una oleada de bandas de asaltantes. Más que un movimiento político radical parecen ladrones de segunda categoría. No han logrado una conciencia masiva de lo que está ocurriendo. La conclusión principal es que si bien el país ha cambiado en posturas críticas, los activos siguen siendo una élite, sus manifestaciones demasiado dispersas, sin continuidad ni unidad ni liderazgo, el Contacto usó la vieja imagen de Régis Debray, la del hacha sin mango. Hay varias hachas afiladas y que cortarían, tajantes. No hay mangos que las sostengan. El mango tardará en aparecer para afirmarse. Perú y Colombia siguen siendo la excepción porque allí hachas y mangos brotan como flores en peñascos. En Ecuador, en cambio, hay un profundo egoísmo y desconfianza, un celo tan obtuso que sólo he encontrado en esos países hundidos, con fuerzas que emergen y que no ven más allá de su propio rencor. Y aquí lo que domina es el rencor. A pesar de la adversidad del medio, de su aislamiento del mundo, hay núcleos que se esfuerzan por respirar otros aires; terminan tan embebidos que se enrarecen y ya no saben pisar la tierra sobre la que están. Porque luego los andinos aplican una

especialidad, un verdadero plato *gourmet*: cierran la herida pero la dejan supurando. Y se la lamen como perros, una y otra vez, insidiosa, reiterativa, obsesivamente. En esencia, es lo mismo que pasó en Bolivia, una operación destinada al fracaso, y lo de Ñancahuazú será el modelo permanente, no sólo allí sino en el resto de países, por lo que no valió la pena gastar tantos recursos como terminaron haciendo, sino más bien invertir en detectar las posibles fallas. Ustedes no me hicieron caso. Terminaron por darme ese trabajo sobre los riesgos del fracaso y así les ahorro gastos inútiles de mayor escala. Aquí tienes tu eficacia luego de un largo y retorcido derroche. Es inevitable que mis informes reflejen la exhuberancia de los requiebros que los sustentan.

Volveré a lo concreto para que tengas puntos de apoyo. A la fecha, tres años después de mi última visita, el radio de acción central de Quito sigue siendo bastante reducido y permanece en barrios ubicados en la zona norte, especialmente en este, La Mariscal (embajada rusa y francesa), Iñaquito (embajada china y colegio francés) y El Batán (embajada alemana). El resto es periférico, marginal y problemático por las largas extensiones de la ciudad que sigue creciendo como un largo salchichón desventrado, lo que hace que rastrear capturados o células sea mucho más difícil en la zona sur o en el norte. Esa dificultad puede también ir a la contra porque no hay muchas vías de acceso y evacuación, por lo que tiende a concentrarse el tráfico en el centro de la ciudad y en las dos únicas vías laterales para trasladarse de un sentido a otro de la ciudad. El crecimiento de la ciudad apunta a continuar hacia el sur, sobre todo en dirección norte y hacia los valles, con perfil residencial, ubicados del lado oriental de la ciudad, y mejor olvidarse de la zona del valle de los Chillos. Sé que allí todavía viven varios funcionarios de la embajada. Debe descartarse. Del lado occidental el crecimiento queda bloqueado por las estribaciones del Pichincha, que las

sentí más abruptas que nunca, como si fuera el muro de una cárcel estampado en tus narices, tanto así que los macizos del Jura, de los que siempre me quejo, ahora me parecen la muralla remota de una bien aireada defensa.

Respecto a la situación político-militar, la injerencia castrense sigue siendo notable aunque no estén en primera plana, casi diría que abunda innecesariamente por la ciudad, con el mismo afán de ostentación más que con un despliegue de acción efectiva, igual que en la dictadura de Bombita… No puedo dejar de pensar en esa especie de parodia o duplicado que algunos países de esta zona cumplen siguiendo lo que pasa a su alrededor: que si Velasco en Perú con sus militares nacionalistas, y acá lo mismo con Bombita; que si los Hijos Descastados del Colombiano roban la espada de Bolívar, aquí los Hermanos Menores roban la de Alfaro; que si los mexicanos tuvieron a Cantinflas, acá tienen a Don Evaristo (a tenerlo muy en cuenta como síntoma de la psicogeografía), tanto así, espero que lo recuerdes, que algunas veces estuve a punto de traspapelar los datos sobre qué ocurría y en qué país. Con los años te das cuenta de que no es posible tanta originalidad, que ya no estás dispuesto a pasar por alto el desconocimiento de los antecedentes o que has dejado atrás la pretensión de creer que tu tiempo es el mejor o el más heroico. Recuerda que lo mismo pensaron a fines del XIX en Europa con los grupos anarquistas y no hacían más que copiar —ve tú a saber a través de quiénes y de qué manera— a los narodniki rusos y las bellas almas del terror. Y no sigo con esto porque no quiero remover tus viejas lecturas ni tu mal humor retrospectivo.

Ahora sí me empieza a quedar claro que los mastines están operando a sus anchas aunque la acción no la ejecuten ellos. Lo curioso es que los colombianos no se ven afectados, como advierte el Contacto, que me cuenta que pasean a sus anchas por Quito, hacen pícnics en sus parques o vienen a tomar vacacio-

nes, algunos hasta tienen a sus familias aquí. No sufren daños directos, como si estuvieran blindados. Le explico que tienen más entrenamiento y que, además, rige todavía en la zona el principio de que los operativos de desactivación están en manos locales y en su sitio de origen, lo que no quiere decir que aquí no puedan operar distintas fuerzas, sino que los colombianos, de caer, lo harán en su tierra. El Contacto, luego de un rodeo cauteloso, quería saber quiénes estaban detrás del despliegue tan complejo y brutal que se ha desatado. La pregunta de siempre, querido Imón. El Contacto dio un suspiro y dijo que el mundo se le estaba volviendo indescifrable, que los bandos cada vez eran menos claros. No es que sean menos claros, le dije, es que son muchos más. Todos quieren, no diré conquistar el mundo, sino adaptarlo a sus maneras, inocularlo con sus formas, y nadie se escapa: ni nosotros, ni los franceses, ni los árabes, ni los judíos, ni los chinos. ¿Y nosotros dónde estamos?, preguntó. Por no ser tajante ni radical, mi respuesta lo debe haber decepcionado. Le dije que toda combinación era posible, que ahora nada corresponde con nada, ni el país con la religión ni con el nombre ni los antecedentes, que de nada uno puede fiarse, salvo de la conversación durante largo tiempo, y ni siquiera, a ratos quizá, a lo mejor un instante en la mirada, una inflexión en el tono, y luego todo queda abierto a la incertidumbre. Tal como va el mundo, concluí, ahora las circunstancias crean a un enemigo temporal que requiere de un trabajo de hormiga, siempre cambiante.

Sólo al final de la reunión el Contacto tocó el tema de su sobrina y el reclutamiento en las troyanas. Le dije que todo marchaba bien y que nos reuniríamos tal como estaba previsto. Se quedó callado un buen rato, me preparó un café y luego, dando un rodeo, volvió al tema de su sobrina. Dijo que desde que escuchó por primera vez de las troyanas, le sorprendió que tuvié-

ramos un grupo especializado de mujeres. Le dije que ellas son las mejores y que siempre han hecho este trabajo, y pueden ser tan duras como nadie, a veces incluso más feroces, porque no tienen reparos con su propio sexo, mientras que en los hombres exige un temperamento y un entrenamiento especiales. Lo sé, dijo. Sólo en ese momento tuvo un atisbo de orgullo, tan tenue bajo el peso de su humildad, cuando me volvió a contar su encuentro con la dama roja Gudrun Ensslin, un año antes de que nos conociéramos, en la época en la que él estudiaba en Freiburg. Le recordé que ya me había contado esa anécdota. Lo sé, dijo, es sólo que me imaginaba así a las troyanas, como a Gudrun Ensslin. ¿Estás seguro de que era la Ensslin?, le pregunté. Bueno, Thomas, en ese momento no lo supe. Luego, cuando la vi acá por la televisión, no tuve la menor duda. Era ella. La convicción del Contacto no encajaba con sus inexistentes pruebas. Le tuve que explicar que en 1969 la Ensslin estaba presa o se había escapado de la justicia luego de los atentados de los almacenes de Frankfurt. Yo lo recordaba claramente porque estaba empezando mi reclutamiento en Heidelberg mientras terminaba un máster en Psicología. ¿No te habrás confundido con otra rubia-carapalo? ¿O te acostaste con ella? Sonrió. Dijo que no, que sólo se había acostado con su amiga, una norteamericana que estaba de viaje por Europa. La juventud es ciega, le dije, y a punto estuve de recordarle la línea de Dylan Thomas: *the blinding country of youth*. Era demasiado, así que únicamente añadí: Si tomaste y fumaste lo que se tomaba y fumaba en esa época, podías haber confundido a Gudrun Ensslin con Lana Turner. Además, le expliqué que ella no era un buen ejemplo. Ensslin tuvo demasiada exposición pública y realmente fue poco lo que hicieron en activo. Las mejores, en realidad, son aquéllas de las que casi nada escuchamos. Nadie debe conocerlas para infiltrarse mejor, una ofrenda de paz que encierra una trampa de

guerra. ¿Por eso las llaman así, troyanas?, preguntó. Le dije que sí para que no insistiera, y le advertí una vez más que su sobrina no debía enterarse de mi presencia, que yo la contactaría. Luego, volviendo a sus recuerdos, me retracté y le dije que no negaba que pudiera haber sido la Ensslin, o que en cualquier caso podía tratarse de una ocasión excepcional. Me di cuenta de que en la base misma de sus convicciones tardías pesaba la posibilidad de haber estado a unos centímetros de la Ensslin. La fe se le despertó al meter los dedos en la llaga de su santa teutona. Como nos ocurrió a muchos, para decirlo todo. Sólo que él sí es un «puro», querido Imón, de los de la vieja guardia, y lo envidio, sigue idéntico como cuando lo conocí, y mientras nosotros nos hemos transformado varias veces, él sigue impertérrito ante el paso del tiempo. Tiene la discreción suficiente y es fiable mientras mantenga separadas, y no confunda, paciencia con derrota. Su actividad no despierta ninguna sospecha, incluso puede manifestar simpatía pública por nuestras ideas sin que eso lo comprometa. Lleva años organizando lecturas y pequeños conciertos en su local. ¿Te das cuenta? Aquí tienes otra prueba más de la seguridad de los grandes bulevares. El Contacto muy bien podría entregarse de lleno a la militancia. Prefiere el perfil bajo, como si entrara en disputa, una disputa secreta e incomprensible, con lo que le habría gustado ser y nunca pudo. Conviven en él un *true believer* sin fisuras, de base, aunque suave, sin exteriorizarse, y un talento musical que no practica ni cultiva pero al que no renuncia. Quizá se debe a que apostó por nuestro ideario más bien tarde, pasados los treinta años, cuando la conciencia no sólo ha percibido los límites y las posibilidades del medio, sino también los del propio cuerpo. El Contacto, así, está satisfecho con su rol discreto, sin futuro ni retribución, un hondo convencimiento, un verdadero comercio con fantasmas. Es un guardián de la espera.

Luego de la reunión volví al hotel para dejar la documentación. Almorcé allí con el servicio de habitaciones —la única manera para no hacer el rídiculo bebiendo agua, sopas de pollo y pescado a la plancha— y me fui al Parque Julio Andrade para el primer acercamiento al Objetivo.

Ella llegó a las 20h00. Cargaba varias bolsas de plástico llenas de comida y verduras, una cartera y una pequeña bolsa de cartón que parecía llevar un juguete del que no alcancé a distinguir el color, debido a la hora y la poca iluminación del lugar, y si se trataba de un peluche o una muñeca, en cualquier caso tenía forma antropoide. Casi no la reconozco. Karla se ha cortado y teñido el pelo de un negro opaco para no llamar la atención, y está mucho más delgada. Los rasgos que recordaba de su rostro de dieciocho años, a los de los veintidós que ahora tiene, se han vuelto angulosos, marcados, los ojos resaltan y, paradójicamente, son más eróticos, como si la pérdida de masa corpórea hubiera retirado el candor que tenía para darle paso a una sensualidad exhibida sin tapujos, como si regresara afilada luego de atravesar los estrechos pasadizos de la histeria. A ti no te gustaría, lo doy por descontado. Aunque sé que te quedaste intrigado por lo que te conté de su notable capacidad para los informes. Más adelante te haré llegar algunos por valija diplomática. Volviendo: lo único llamativo es que antes de entrar Karla se deshizo de la bolsa de cartón en la que venía el juguete. Entró con llaves propias en la casa. Me aproximé a recoger la bolsa de la que se había desecho y que llevaba el logo de una tienda de juguetería de marca en la que seguramente había comprado el juguete en cuestión. Karla no volvió a salir durante las próximas tres horas, de manera que di por concluida la posible movilidad de ese día. De regreso a mi hotel, y para que te rías un poco, querido Imón, sufrí un intento de robo a mano armada por parte de un sujeto que me había estado observando desde una esquina del parque

Andrade durante la última media hora. Irónico no: esconderse para ser visto por otro que está escondido. Pobre tipo. El sujeto quedó reducido junto a la puerta de un garaje, sin armar mayor escándalo para no despertar sospechas en la zona, aunque no me puedo quitar la cara de susto que puso cuando lo reduje, esa cara de sopresa del que pensaba cazar y resultó cazado. Le advertí claramente que no volviera a operar en esa zona si no quería atenerse a las consecuencias. Me miró largamente de reojo, con ese rencor que siempre me ha helado la sangre en la gente de origen indígena que vive como descolocada en las ciudades, como si no entendiera la dimensión de lo que yo decía y hacía, aunque acogiera todos y cada uno de los terrores que implicaba. Aceptó sin ningún reparo y me pidió disculpas. Cuando lo solté, se ajustó la americana, más que por frío por un gesto de dignidad herida, se sacudió las solapas, hizo un movimiento de cabeza como si quisiera encajar su cuello y entonces me dijo, con un tono que era mezcla de complacencia y orgullo, que advertiría a sus colegas por la zona, que mi seguridad estaba garantizada. Como ves, puedes encontrar requiebros y rodeos en el hombre más insignificante, hasta en el derrotado, y no por eso es menos eficaz y se salva a sí mismo en su gesto. Sospeché que a este personaje lo iba a volver a ver, y así fue. De esto te hablaré después.

Al día siguiente cumplí con gestiones de la cobertura, visité la Casa de Reposo de la Fundación y estudié la situación de la Oficina Legal. Funciona a la perfección, y también, previsible, la vigilancia que tienen sobre la misma. Es esporádica. La policía se turna por tandas de tres horas. La vigilan también desde el cuarto piso del edificio Atrani, que está cruzando la calle por el costado izquierdo de la Oficina Legal. A la salida acompañaba al Oficial de Cifras un único Custodio. Respondiendo a la consulta, creo que un Custodio es suficiente. Cumplido esto, los días siguientes retomé el seguimiento de Karla.

Fue un poco complicado encontrar un puesto de observación estable en el parque frente a su casa. Las cafeterías y negocios están en el extremo occidental, desde donde no es visible la casa, así que tuve que improvisar que hago ejercicios de yoga desde muy temprano en la mañana. Esto me ha permitido colocarme al pie de los grandes árboles de la parte central del parque. Por suerte, en los alrededores inmediatos no hay ni tiendas ni ningún tipo de guardia, lo que facilita mi trabajo. En realidad, más que un parque parece el fragmento de una hacienda antigua, arbolada, que nunca llegó a venderse. Los días han sido particularmente luminosos y con rachas de un calor intenso al mediodía y a la tarde, con un profundo cielo azul. La rutina de Karla ha sido siempre la misma. A las 7:15 de la mañana suele salir la madre, una mujer de unos cincuenta años, y vuelve quince minutos después con una bolsa de pan y leche fresca. A las 7:30 hay actividad en el último piso de la casa, el único sitio visible porque se trata de una terraza con amplios ventanales y sin cortinas. Observar la sala o el comedor de la primera planta es casi imposible, a pesar de que la puerta que da a la calle es hueca y de hierro forjado. Sólo permite ver el estrecho patio delantero, más bien una franja con arriates de flores de todo tipo, afición que cultivan Karla y su madre, y a la que Karla le dedica algunas horas del día, mientras que el resto está cubierto por un muro y un espeso cortinaje. A las 8:15 del segundo día Karla sale de casa con una silla de paseo con una niña pequeña. Se llama Tania y se queda tranquilamente sentada en la silla y se duerme a los cinco minutos. Karla se dirige hacia el norte, a la calle Veintimilla, avanza hasta la avenida Amazonas y luego gira hacia el sur. Ese movimiento repentino el primer día me despertó la sospecha de que podía haber descubierto mi seguimiento. Al salir de su casa pudo haber tomado directamente hacia el sur girando hacia la izquierda y no hacia la derecha. Luego pensé que a lo mejor

fue sobre la marcha que decidió el lugar al que quería ir. Probablemente sólo se trataba de un paseo, lo que corroboré los tres días siguientes. Poco antes de llegar al parque de El Ejido, al pie mismo de mi hotel, Karla se detiene y se inclina hacia la niña, le afloja el cinturón, la saca de la silla de paseo y, tomadas de la mano, cruzan la avenida Patria y entran en el parque de El Ejido.

Una vez en el parque se sientan en una banca frente al pequeño arco de piedra de la Puerta Circasiana, en el centro del flanco norte. Lo indico porque el lugar es una recurrencia: siempre se detiene en el mismo sitio. Karla sienta a Tania en sus piernas y le habla durante un buen rato. La niña la escucha con atención. Una anciana de unos setenta años se acercó un par de días a la banca. Se inclina para hacerle un mimo a la niña. Karla sonríe y se hace ligeramente hacia atrás como para evitar la posibilidad de contacto con la anciana. A continuación la mujer se sienta al lado de ellos y sigue hablándoles. Descarté que fuera un contacto porque lo que le dice la anciana hace que Karla ponga cara de circunstancia mirando hacia el lado contrario o dando algún resoplido ligero. Finalmente la anciana se marcha y Karla sigue hablando con la niña, que ha perdido su actitud pensativa y que más bien pide ir a jugar al interior del parque. Karla se levanta y va detrás de la niña, sin prisa. Saca una cajetilla de cigarrillos —marca Lark—, enciende uno y empieza a fumar. Da un par de caladas, frunce el ceño, mira el cigarrillo como si se sorprendiera de lo que fuma o no le gustara o hubiera cogido una aversión súbita a fumar. Tira la colilla al piso. Resopla o mira hacia el cielo o respira hondo. Yo aprovecho para dar una vuelta detrás de los árboles y volver a mi punto de observación del comienzo. Karla no conversa con nadie más. Sale por el lado de la avenida 10 de Agosto y por esa misma vía regresa hacia a su casa luego de comprar verduras y botellas de agua que carga en la sillita de paseo de la niña. A las 11h30 reingresa en su domicilio.

Debe hospedarse en el último piso de la casa porque siempre pasa frente a los ventanales sin cortinas. Karla no vuelve a salir el resto del día. Quienes entran y salen de su casa cumpliendo actividades rutinarias son la madre y el padre, que sale siempre tarde, alrededor del mediodía, y vuelve muy tarde también. Habitualmente tocan a la puerta de la casa pastores evangélicos, vendedores, a veces un mensajero del servicio postal que más bien parece dejar correo publicitario —esto también queda pendiente de verificación—, vendedores de tanques de gas, afiladores de cuchillos, y sólo un día un par de limpiabotas tocaron el timbre y se fueron corriendo. En ningún momento se asoma Karla sino la madre o la empleada doméstica. Desde las 17h30, Karla se aproxima a la ventana del tercer piso y mira hacia la puerta. A las 17h45 o 18h00, ya que nunca es regular, viene un hombre joven, de unos veinticuatro o veinticinco años, alto, de movimientos lentos, con una marcada calva en la coronilla. Es su primo, Raúl Coloma, y sobrino político del Contacto. No lo reconocí al principio, no lo recordaba así, lo había visto un par de veces cuando era adolescente e iba descuidado, un pavo sin norte entre la gente que pululaba por el local del Contacto. Ahora ronda los veinticinco años, lleva el pelo corto, lo que disimula su coronilla calva, y por lo que me ha contado el Contacto ha sorprendido a su familia, al menos en estos últimos años, con su vida ordenadísima, dando clases, trabajando a destajo como escultor artístico y con un éxito súbito por unas esculturas que le han empezado a comprar de una galería de Nueva York. El primer día que lo vi llevaba una pesada bolsa de yute que casi rozaba el piso, abultada como si cargara una sandía o un melón, y una bolsa de papel cartón mucho menos pensada. Cuando tocó a la puerta, abrió Karla, que le dio un beso en la mejilla, sin mayor efusión, recibió la bolsa de papel cartón y al ver que se quedaba le indicó con un gesto de mano que entrara. Coloma no

entró. Karla volvió a insistir, poniéndole suavemente la mano en el brazo izquierdo. Finalmente entró. Los vi pasar por el tercer piso. A los cinco minutos se aproximaron a los ventanales y se quedaron observando en sentido a la montaña conforme oscurecía. No hablaban, o eso me parecía. Tuve que alejarme un momento porque corría el riesgo de que se dieran cuenta de mi presencia. Pero no los perdí de vista. Ella a veces se alejaba del ventanal y él se quedaba ahí, a veces giraba para ver lo que ella hacía, y cuando ella reaparecía cargaba a la niña en brazos. Una vez que se retiraron del ventanal, recuperé mi puesto de observación. Coloma no salió hasta una hora y media después, cargando la misma bolsa de yute, tan pesada como cuando había entrado. Aunque ubicaba bien su perfil y el papel que tuvo para Karla, esta vez decidí seguirlo. Me llamó la atención que no se quedara a cenar en la casa. Coloma siguió caminando a lo largo de la calle Ventimilla, en el sentido este. A la altura de la avenida 6 de Diciembre se detuvo un momento, como si dudara hacia dónde seguir. Finalmente subió hasta la zona universitaria de la avenida 12 de Octubre y entró en un pequeño bar o cantina. Esperé un momento a ver si se encontraba con alguien. Finalmente entré como si fuera un cliente cualquiera, me pedí un café y observé al hombre en detalle, viéndolo de perfil, ya que se había sentado junto a la pared. Su pesada bolsa estaba apoyada en una silla. Coloma bebió varios vasos pequeños de un licor destilado de caña típico del país mientras hacía unos dibujos y anotaciones rápidas en un cuaderno que sacó de la bolsa. Al sacarlo pude reconocer que lo que llevaba en la bolsa no era una sandía ni un melón, sino una piedra. Una piedra redonda de superficie pulida. A ratos, mientras Coloma tomaba apuntes, deslizaba la boca de la bolsa y acariciaba la superficie de la piedra. Por momentos la observaba y tocaba un punto de la piedra, una mancha dorada o amarilla. Luego volvía a sus diminutos vasos de aguardiente.

A los cuarenta y cinco minutos, visto que el comportamiento seguía siendo el mismo y que Coloma no parecía dar ningún indicio relevante, pagué y me fui. Sólo cuando pasé a su lado levantó los ojos y creí que me miraba. No era una mirada de reconocimiento. No daba señales de acordarse de mí. Simplemente me veía pasar. La mirada era vidriosa, de una embriaguez incipiente, y en la que era evidente la turbación. Volví a la casa de Karla y no noté ninguna actividad relevante durante las siguientes dos horas. Cuando me marché, a dos calles de distancia, en el cruce de Ulpiano Páez y Jerónimo Carrión, me llevé una sorpresa. Era Coloma otra vez. Venía tambaléandose, sólo que ahora estaba sin la bolsa de yute y borracho. Avanzó hasta el centro del parque Andrade, disimulándose entre los altos árboles para mirar hacia lo alto de la casa del Objetivo. Se quedó afincado ahí y, luego de diez minutos, cayó dormido. Volvió a rondar por la zona el delincuente que yo había reducido el día anterior. Vio al hombre en el parque, se agachó, le palpó los bolsillos, y cuando le iba a quitar el reloj se dio cuenta de mi presencia. Le dije que no con la mano. Dudó un segundo, dio un resoplido, inclinó nerviosamente la cabeza y se marchó por donde vino. Esto de empezar a tener «conocidos» me empezó a sacar de quicio. O arrancamos de raíz los yerbajos o siempre volverán a aparecer. Volviendo: Raúl Coloma regresa cada día a la misma hora, repite la visita, cargando siempre el bulto de piedra. Ayer, cuando fue a esconderse entre los árboles, fue detectado por la madre de Karla que volvía a casa. A pesar de que había hecho un conato de acercamiento hacia su sobrino, se detuvo. Estaba inquieta. Miró hacia la casa, tomó aire y trató de disimular que había visto a Coloma en el parque. Entró. A los cinco minutos se encendieron las luces en el tercer piso y vi cómo Karla se asomaba a los ventanales mirando hacia el parque. Se quedó allí arriba, observando impávida, y terminó retirándose y apagando

la luz. Cinco minutos después salió el padre del Objetivo, entró en el parque, se agachó sobre Coloma, hizo que se pusiera de pie y lo hizo entrar en casa.

Ella es mayor por unos años, y mantiene una distancia cordial con él, una tolerante forma de compasión. El padre de Tania era un colombiano de origen vasco, Aitor Vega. No había sido militante, y más bien le insistió a Karla para seguirla en el Batallón América. Aitor se había entusiasmado con el proyecto de Batallón América porque se sumaban movimientos de toda Sudamérica. Karla sabía que él no tenía ningún entrenamiento. Sin embargo, se lo podrían dar allá. Así que estuvo de acuerdo y viajaron juntos de Bogotá al Valle del Cauca. Empezó su entrenamiento y se fue adaptando poco a poco, aunque siempre estaba apresurado por entrar en acción. Karla se fue para Cali a hacerse una ecografía por los cinco meses de embarazo mientras Aitor iba a tener su primer operativo, una incursión más bien simple para conseguir víveres. Cuando ella volvió al monte se enteró de la muerte de Aitor Vega. Fueron emboscados por el ejército colombiano y murieron todos los miembros del operativo. Karla casi pierde el embarazo. Se recuperó y continuó dedicada a cuidarse y al nacimiento de la niña, en las afueras de Cali. Ése en realidad es el problema mayor para la estabilidad del Objetivo: la niña. Por lo demás, la compartimentación le ha funcionado. En medio del infierno que han desatado persiguiendo a los Hermanos Menores, el Objetivo se ha mantenido al margen de una manera ejemplar. A ratos pienso que se ha dado cuenta de que la estoy siguiendo y por eso su rutina es tan fija. Nada corrobora mi sospecha. Debe estar inquieta por el encuentro que tendremos el jueves. No he descubierto que nadie le haga un chequeo. Está limpia.

De Caronte pude confirmar las estadías en México. Vuelve con frecuencia a Guayaquil. Así que lo que te informó el argenti-

no de que Caronte ha estado saboteando por todas partes, debe ser cierto. Vendió su casa y mantiene un departamentito en el centro de Guayaquil que usa como estación de paso y oficina antes de irse a la casita de Ayangue, así que viajaré para organizar el operativo. Hacerlo en México sería más cómodo pero coincido contigo en evitar riesgos con los mexicanos y proteger las operaciones comerciales. Se hará aquí, en uno de sus regresos. Además, les daremos un gusto a los Hermanos Menores cuando sepan que Caronte está detrás del acoso que han sufrido los últimos meses. Te daré los detalles en el próximo informe para no agobiar de entrada al encriptador. Me quedan pendientes unas notas sobre Eglantine Mommas. Fin del informe. Firmado: Taltibio.

De: Taltibio. A: Imón
Viernes, 19 de septiembre de 1986

Quizá no supe expresarme bien sobre lo de Eglantine Mommas. Ya conoces mi manía de pensar en cómo han evolucionado las troyanas. Me acuerdo de ese fin de semana que nos pasamos discutiendo sobre el nombre de esta unidad especial. Cuánto tiempo hemos empleado en buscar y crear nombres, querido Imón. Indispensable que sean nuevos para ser realmente novedosos, aunque al principio el nombre cause perplejidad, no se entiendan las conexiones, y por eso mismo deja un sedimento alerta, listo a despertarse cuando se comprenda el sentido. ¿Y no es así el ritual de bautizo, no existe por eso mismo, aunque no haya más liturgia que la aparente desorientación en la anonimia del comienzo? Tú y el equipo insistieron en buscar un nombre fuerte: que las amazonas, que las erinias, andróctonas o antianiras. Tuve que poner orden: todas fueron derrotadas por los

grandes héroes mitológicos. Había que dejarlas en *las troyanas*, más fácil de pronunciar, menos rebuscado. Y tal como interpretó aquí el Contacto, ustedes también pensaron en lo obvio: la infiltración del famoso caballito contra Troya. Bueno, menos tú, que no se te escapa detalle.

El rango de las troyanas siempre ha sido específico. Deben haberse criado en medio de un ocio relativo, al lado de las necesidades, sin agobio, aunque inquietas por el murmullo de problemas irreales. Ese murmullo de la operosa vida cotidiana es lo que debe empujarlas al deseo de ser distintas, sin que se den cuenta. Seguramente lo tendrás en viejos informes míos de hace diez años, cuando el Contacto me presentó a su sobrina. Nadie lo decidió conscientemente: Karla tenía un don y una curiosidad por los idiomas, y a lo mejor bastó que yo viera por un segundo de más a los ojos del Contacto para suponer o imaginar mi interés. Eso: un segundo de más entre dos adultos que se miran y zanjan el futuro de un niño. Y allí basta una frase, un pequeño relicario, una navaja, un poema, comentar una canción o una película, y el pacto está sellado.

Lo que había querido decirte sobre Eglantine era una observación en torno a la idea de belleza de la que hablabas. Te dije en su momento que nunca estuve de acuerdo con su reclutamiento, a pesar de que dominaba idiomas, tenía orígenes dispersos y el entorno familiar de los *true believers*. Todo se desdibujaba con su atractivo. Eso las vuelve impredecibles. Es bellísima, dijiste, nadie sospechará nada de ella, ni siquiera tendrán tiempo para pensar. Lo que sostengo es que la belleza no sólo deslumbra y sorprende y enceguece a quienes la contemplan, sino que imanta y atrae a los contempladores, que se adhieren a ella como las rémoras. A la larga, más que un buen resultado es un lastre, porque condena a la belleza a hundirse bajo el peso de lo acumulado. Qué importa lo que pase después, me dijiste, mientras

las troyanas logren el objetivo con una rápida eficacia, el resto son bajas de combate. Aquí es donde otra vez, querido Imón, me entran las dudas y debo llevarte la contraria. Ese exceso de belleza lo único que atrae es a los machos de la manada, y eso para mí no es belleza, sino un vertedero de hormonas. Pero, ay si la belleza física y la palabra coinciden en el mismo rango: nada te podrá salvar, serás sombra y silencio, ojos y oído, un pletórico y danzante cádaver, y he dicho cadáver. Pero hay otra belleza, no tan explícita sino opuesta, velada, discreta, que se desliza sin avisar. Aquí es donde se opera mejor, porque uno no se da cuenta cuándo ha sido atraído, y en el momento que te percatas ya es demasiado tarde y no hay nadie que pueda liberarte. Resulta que no estás atado, tienes la sensación de estar libre, y de hecho te das cuenta de que haces los movimientos que quieres, incluso movimientos entusiastas, plenos de ti mismo, sólo que no, no estás libre nunca más, bastará que llegue el día de reposo y estés feliz a solas y entonces vendrá, silenciosa, la pregunta: ¿dónde está ella? ¿Dónde quedó la belleza, esa belleza? Si a estas alturas, luego de todo lo recorrido, no puedo preguntarme por el sentido de la belleza, nada habrá valido la pena, querido Imón, porque en la belleza está la clave de la trampa que nos condena. Yo sospechaba que Eglantine se iba a quemar rápido. No sospechaba que tenías en mente quemarla *tan* rápido. ¿Así que la cuestión de la belleza es también una cuestión de control?, supondrás. A su manera sí. Prefiero que la selección de las troyanas esté bajo mi completo control si debo dar cuenta de ellas. No quiero mujeres como Eglantine ni tener que limpiar sus rastros.

Empiezo mi informe de la manera que no te gusta. No te pediré una vez más que me disculpes. Sé que te llegan voces contra mí. Convivo con ellas, las reales, las supuestas, las posibles. Más que causa de mi «decadencia», como pretenden, son el aliento para continuar y ser fiel a mi manera de ser, además

que no puedo ni me veo dispuesto a cambiar porque así funciono, entre tu expectativa de eficacia y mis rodeos. Recuerda, querido Imón, que las grandes murallas necesitan largos asedios, paciencia y un buen presupuesto. Me vencen los préambulos y nunca los elimino, y si no lo escribo así no escribiré nunca lo que viene a continuación. Además, no tengo tiempo para tarjar y darte mondada la aridez de los datos, ya sabes lo que pienso sobre eso: el dato no basta nunca, es cifra muerta y estática. Me he dado cuenta de que me cansa la pretensión de objetividad, que lo que aparenta orientarnos al centro de las cosas nos lleva muy lejos de lo que realmente somos. ¿Qué somos a fin de cuentas? ¿Un húmedo laberinto de recuerdos y prefiguraciones? Cualquier encuadramiento en lo real nos recorta, quiere fijar en escenas mudas lo que no se puede encuadrar jamás aunque creamos haberlo explicado bajo sistema, por eso cada proyecto humano termina en malentendido, dispersión y olvido si la maquinaria se vuelve demasiado grande. Ése, recuérdalo, es el peligro que venimos enfrentando. Te concedo, como me lo dijiste la última vez que nos vimos, que mi visión probablemente se deba a que estoy cansado y a que me he alejado de la acción por preocuparme tanto de las tácticas de distracción. Los años pasan su cuenta, y ahora lo he notado de nuevo, porque venir a esta parte del mundo me cansa, tanto o más que Europa Oriental o ese infiernillo escurridizo de los balcanes. No te equivoques: siempre fui así. Y no lo resolveremos nunca: para ti la distracción es un aledaño a la acción, un preámbulo, un disfraz, un mero pasillo. Para mí, en cambio, es la forma imprescindible de la acción, que es esencialmente mecánica y vacía. ¿Puede, entonces, alguien preocupado por la distracción, y que alcanza sus objetivos, detenerse en un ideario fijo e incuestionable de partido, ser un convencido? Lo dejo ahí, para que pase por tu trituradora razonante.

Finalmente, ayer fue la reunión con Karla. La cité en el local del Contacto y me aposté para vigilarla desde la noche anterior. No hubo ninguna actividad especial. En la mañana salió de nuevo con la niña. En vez de regresar a su casa se fue de compras. De nuevo a una juguetería y sobre todo a comprar ropa. Se pasó tres horas en las tiendas de un centro comercial del parque La Carolina, comió en una pollería. A la niña le dio de comer lo que llevaba en una lonchera. Volvió a su casa y yo descansé un par de horas en el hotel. Luego salí para hacer un reconocimiento previo del lugar de reunión. Entraron y salieron algunos clientes a la disquera, y después vino Karla. Quince minutos antes de la hora fijada, entraron dos tipos: uno medio achinado y otro bajito, cobrizo, de facciones mestizas. A unos cuantos metros, antes de entrar al local, se detuvieron un momento. El achinado parecía enojado con el bajito, le recriminaba algo y miraba al mismo tiempo el reloj. No me dio confianza. Podían ser vendedores. No llevaban nada con ellos. Así que retrasé mi entrada hasta que salieran. Tuve que esperar cuarenta y cinco minutos. No compraron nada ni salieron con nada. Luego supe por el Contacto que el achinado se llama Wenceslao Chiang Villalba, más conocido como *Chiang Kai-shek* Villalba, y el otro es Arnaldo Pérez, le dicen *Omoto* Pérez, por retaco. Cuando entré, estaba una señora mirando discos. El Contacto dijo la contraseña para que yo esperara un momento: no llega nada de Bach todavía. ¿Y de Brahms?, pregunté. La señora me miró, luego miró al Contacto. Esos sí, dijo el Contacto, los tengo en mi oficina, ahora se los traigo. No tengo prisa, le dije, atienda primero a la señora. La mujer agitó la mano en señal de que no se preocuparan por ella, que sólo quería mirar las novedades. Está en su casa, Marianita, le dijo el Contacto, y hacia mí: Ahora vengo. Me puse a mirar los discos. El local del Contacto sigue impecable. Más que un sitio exclusivamente dedicado a las ventas de discos, es un pequeño

templo musical. Hay un anaquel con instrumentos, partituras, fotos enmarcadas de cantantes famosos dentro de la fauna local, y hasta un rincón para instrumentos autóctonos: quenas, rondadores, tambores de piel de vaya a saber qué bichos raros de la Amazonía. Un tablero tiene papelitos pegados con chinchetas y sirve de intercambio y contacto para lecciones de música, clases de solfeo, itinerarios turísticos en promoción o habitaciones en alquiler para extranjeros. Otro tablero está repleto de artículos y entrevistas a músicos y compositores y, a un costado, columnas editoriales o artículos sobre noticias internacionales. Todo muy bien montado. Me acerqué a tratar de leer algunos cuando escuché al Contacto que me llamaba desde el interior de su oficina en el extremo de la tienda que da a un corredor: señor Markai, ¿quiere usted mismo venir a ver los discos? Sí, cómo no, le dije. La mujer se inquietó un poco de quedarse a solas entre las mesas. Me voy, mijo, no encontré nada. No se vaya, Marianita, mientras atiendo al señor deme viendo la tienda por los ladrones, está en su casa. Es que ahora sí tengo que marcharme, replicó la mujer. Bueno, Marianita, no deje de visitar, ¿oyó? El Contacto se acercó a la mujer, que se deshacía en risitas, la acompañó hasta la puerta, la cerró y se quedó viendo cómo se alejaba. Ahora sí estamos solos, me dijo, vamos a tomarnos un café, mi sobrina lo está esperando.

Seguí al Contacto por el corredor, pasamos frente a su oficina y llegamos finalmente al patio interior de su local, al que llama el Patio de los Cristales, una especie de gigantesco invernadero cubierto de vidrio con un techo de media agua. El ambiente olía a café. El Contacto tiene una enorme cafetera italiana, de esas que parecen tener un encorsetado cuerpo de mujer plateado, con una apretada cintura de avispa. Una de sus manías es que dice preparar el mejor café de Quito. Karla estaba sentada en el extremo de un sofá chillón cubierto de mil mantas, un cama-

leónico pulpo en reposo que está ahí desde que recuerdo y que no sé por qué no se decolora. Ella empinaba una tacita de café terminando el último sorbo, de manera que vi la blanquísima palma de su mano y el cuello levemente pálido. Bajó la tacita, y fue como si desapareciera esa blancura por su rostro bronceado. Al momento de posarla me vio. La tacita tintineó y ligeramente se le cayó de las manos sobre el borde del platito. La recogió de inmediato, sonrió y se disculpó. Yo también me emociono de verte luego de tantos años, le dije. Siempre he sido una torpe con estas tacitas de mi tío, dijo. Viéndola tan cerca percibí que el bronceado que tenía era de una lenta y larga exposición al sol de la montaña. Mis tacitas tienen la medida justa, dijo el Contacto, aquí tienen la mala costumbre de tomar unos tazones de café aguachiento. Pues yo le cogí el gusto a las gachas humeantes de tintico, dijo Karla, que haya mucho y muy caliente, que no se acabe tan rápido. De inmediato noté que se le infiltraban palabras y tonos colombianos. No le dije nada, no era el momento, ése sería un buen punto de partida para las sesiones de entrenamiento de control de vocalización. Más que la confusión de registros, me llamó la atención el carácter que asomaba en su voz. Ya no era el suave tono aflautado de los inicios, ese temor a decir algo de más en las palabras, sino la asomada ronquera de días con carencias y largas esperas y frustraciones que luego parecen compensarse hablando mucho. No me quedaba duda: había pasado la línea de sombra que las mujeres pasan siempre antes que los hombres. Karla se acomodó en el sillón como queriendo dejarme un poco de espacio en el otro extremo. Yo me quedé de pie, observándola. Nunca termino de acostumbrarme al cambio de la expresión de los rostros, sobre todo a esa consumación y desgaste que va en picada, como si yo estuviera condenado a fijarme solamente en cómo envejece la gente. Será por observar tanto a las personas a solas, yendo o viniendo de sus encuentros,

con el rostro aplanado de sus caminatas solitarias, cuando no adaptan todavía la expresión a ningún interlocutor.

Como siempre, no faltó el reproche habitual ni bien empezamos a conversar. Pensé que se habían olvidado de mí, dijo, que ya no contaban conmigo o que yo había cometido un error. Miré al Contacto y no fue necesario que yo dijera nada porque él habló: Te dije que debías ser paciente. No soy una niña, tío, dijo Karla, y además tengo razón. En los primeros cuatro años en Bogotá no me buscaste ni una sola vez, ni me contactaron, más allá de ese constante afilador de cuchillos que siempre me rondaba haciendo controles, como si no tuvieran confianza en mí. Se les podría ocurrir algo más sutil, ¿no? Te expliqué por qué se hace, le dije, y además, yo no me encargo de los responsables de los controles, pero lo tendré en cuenta. Le remarqué a Karla que probablemente yo también estaba vigilado. No le gustaba la idea de los controles. Lo peor, continuó, fue cuando los colombianos me obligaron a abortar, tampoco tuve noticias, nada. Nunca supimos de ese aborto, Karla, eso lo dejamos en claro, ¿no es cierto?, pregunté mirando al Contacto. Él asintió. No añadió nada, como si quisiera pasar del tema y dejar que su sobrina se desahogara. A fin de cuentas, ya habían pasado algunos años. Karla se puso de pie y se inclinó a coger unos cantos rodados que estaban posados junto a una maceta. Me acordé de mis cuidados bonsáis en Ginebra, pensé que mi buena empleada rumana los regaba de acuerdo con mis indicaciones, debía haberlos regado. Karla cogió las piedritas y empezó a jugar con ellas en las manos. No quise romper el silencio, sino dejarla que ella tomara la iniciativa. Fue un problema mío, dijo, me metí sin darme cuenta, y cuando me capturaron los milicos colombianos, ya no tuve cabeza para nada más. Fue una mala época, Tho… Me puse un dedo enérgico sobre los labios para que no dijera mi nombre. Gringo, querida, dime Gringo, le dije. Ella miró al su

tío y él asintió. Karla miró a su alrededor como si de pronto no creyera que alguien pudiera observarnos o escucharnos. Con el dedo indicando hacia el suelo, alzó las cejas para darme a entender que si era posible que no estuviera escuchando. Moví la cabeza dándole a entender que quizás sí. Dio un suspiro y continuó. Bueno, *Gringo*, en resumen, me sentía fatal, me estaba hundiendo. Mi tío tampoco lo supo, se lo oculté a todos. ¿No es así como lo prefieren? Karla dejó los cantos y se volvió a sentar en el sillón multicolor. No exactamente, dije, es admirable que lo hayas hecho, pero no era necesario. En realidad, un embarazo es algo de lo que debemos enterarnos sin falta. ¿Para qué?, replicó ella de inmediato, interrumpiendo lo que yo iba a decirle, ¿para hacerme sentir una inútil como lo hicieron los compañeros? ¿Para quedarme encerrada en una casa o preparando la comida a los que venían del monte a tomarse unos días de descanso o a quienes operan en la urbana? El que parecía más turbado por la reacción de Karla era el Contacto. Tenía las manos abiertas, como si estuviera a punto de levantarlas para apaciguarla o para que no elevara el tono de la voz. No llegó a decir nada porque intervení. Ella tiene razón, le dije, déjala que hable, fue un error nuestro no haber intervenido con antelación. Un grave error, enfaticé, es parte del riesgo de mantener a nuestros miembros en compartimentación extrema. Karla cambió la expresión. Sé que la expresión puede que no guste, dije, siempre hablamos de agentes dormidos, la hibernación es lo exacto: no deben ser visibles, y si lo son deben parecer inofensivos. Tampoco es que podían haber hecho mucho, dijo Karla un poco más calmada. A fin de cuentas, ella tenía ahora una hija, de manera que quería compensar con su reproche el penoso costo de su aislamiento. Bastante hicieron con sacarme de la cárcel, dijo, no sé qué me habría pasado si me quedaba un mes más en el Buen Pastor. Podíamos haber hecho más, dije, enviarte fuera a que tuvieras

al niño, y aprovechar ese tiempo en otro tipo de formación. Karla se quedó callada un segundo de más, y fue allí, en ese momento, que supe que ella era una troyana, hasta las últimas consecuencias, porque luego dijo lo que yo esperaba que dijera: eso habría acabado mi trabajo en un momento crucial. Asentí sin decir nada, como si yo no me hubiera dado cuenta del alcance de lo que decía, para dejar que fuera ella la que sintiera que estaba haciendo el aporte mayor, casi fundando el ejemplo de su sacrificio. Lo peor, en realidad, dijo, fue que el propio padre me pidiera el aborto porque no compaginaba con las acciones de la Organización. Luego ya ni tuve cabeza cuando me capturaron. Quizá fue necesario pasar por eso. Necesario para que yo no tuviera dudas cuando volví a quedar embarazada, dispuesta a todo lo que fuera necesario para tener a mi hija. Esta vez se tendrían que aguantar, porque me puse terca y les reclamé que cómo era posible entender lo que estábamos haciendo si no podíamos apostar por la vida. Se resignaron, Gringo, y ahí me di cuenta de que era incompatible, que apenas lo toleraban, y que reproducían en su esquema de vida parte de las costumbres que querían cambiar. Son más machistas que cualquier otro que hace su vidita normal. Por eso me animó mucho cuando mi tío me dijo que tú estabas de acuerdo en que tuviera a mi hija. Asentí de nuevo y le dije que nunca hay una forma única de trabajar, que los caminos pueden ser muy distintos, y que por último me viera a mí mismo, que apenas si puedo empuñar un arma. Eso no me impide intervenir desde los márgenes. Además, le dije, no hay nada que despierte más confianza y bloquee las alertas, que un niño en brazos. La mirada de Karla se suavizó, como si me agradeciera la tranquilidad que yo le trasmitía y el reconocimiento de la fuerza que podía tener como madre. No quisiera perder lo que ya he hecho, dijo, más aún ahora que la niña está creciendo sana y fuerte, incluso he pensado que se podría quedar con mi

madre aquí en Quito para yo reincorporarme. ¿Podrás resistir esa separación de tu hija?, le pregunté. Me miró fijamente y por supuesto yo no esperaba su respuesta, pero era la respuesta que necesitaba escuchar. No, no podré, dijo, y entonces ahí sí me pareció que tomaba aire y se desahogaba diciendo: es lo que tengo que hacer, ¿no? No voy a perder la confianza que me he ganado. Sería un desperdicio… Karla estaba interpretando bien lo que había pasado. Siempre han sido frágiles las troyanas. Es su fragilidad la que nos permite trabajar, porque cumple el papel de una apariencia. El rencor, adentro, hondo, ineludible, sigue lanzando sus coletazos con fuerza. El Contacto no había dicho ni una sola palabra. Las manos que estuvo a punto de levantar para calmar a Karla, las mantenía reposadas sobre las piernas. Miraba intensamente a su sobrina. Miraba más allá en realidad, como si fuera una hija, esa mirada embobada de los padres que encuentran en el menor gesto o expresión de sus críos la promesa de lo que suponen que serán o que ellos fueron o pudieron haber sido. Adora a su sobrina. Estará condenado por ella. Si en algún momento falla nuestro *true believer*, habría que reconducirlo usando a Karla. Casi le pedí al Contacto que nos dejara solos. Al final me pareció forzar un poco la situación. La manera en que ella habla, ese deseo de haber tenido a su hija, puede dar dudas sobre su estabilidad. Ella también se preocupa de que se lo tome como una señal de que no está dispuesta a lo excepcional, o que en algún momento terminará dejándolo. Ése es el precio a pagar si ella asume trabajar hasta las últimas consecuencias.

Al principio, como era de esperar, Karla se sorprendió. Ella pensaba quedarse un tiempo más por la niña mientras hacía operativos locales. Le expliqué que desde la muerte de Nassib Bitar todo ha cambiado, que corre mucho riesgo por la injerencia de la inteligencia israelí y el apoyo de los franceses y españoles, y que lo mejor sería irse un tiempo a la selva ecuatoriana

porque aquí los van a masacrar. Le tuve que explicar que habían reforzado la delegación en Quito del *Service de Coopération Technique Internationale de Police* para convertirla en activa y no sólo de apoyo, que era lo que había venido haciendo desde diez años atrás. Se quedó perpleja con lo de los franceses. Querida, le dije, los belgas tienen un refrán sobre el clima: cuando llueve en París, gotea en Bruselas. No te entiendo, me dijo, no veo por qué deben caer esas gotas hasta aquí. Más bien acá nos caen nubarrones, Karla, nubes negras que pasan vigilantes y el momento menos pensado, si toca, sueltan su carga, y allí no sólo hay agua de París y Bruselas sino de medio mundo que ha pasado por allí. ¿Dónde crees que han aprendido los militares argentinos todo lo que han hecho durante los últimos diez años? ¿Con los gringos? Después de la Segunda Guerra Mundial éstos eran unos niños de teta en la guerra irregular, lectores de Clausewitz y poco más, buenos para la guerra monumental. Lo aprendieron en París, querida, en la École Militaire, que puedes visitar en una esquina del Campo de Marte luego de un inofensivo paseíto turístico al pie de la Torre Eiffel. Los militares franceses tuvieron que perder la guerra y luego también perderla en Indochina para finalmente redimirse en Argelia como tácticos militares contra la guerra irregular. Karla sonrió y dijo: Ahora resulta que de un lado y otro le debemos tanto a Libia como a Argelia. ¿Y ahora qué acción nos queda, Gringo, si nos están haciendo pedazos? Le pregunté si quería que fuera directo. Todo lo directo que quieras, me dijo. Lo mejor será que varios cuadros locales se trasladen al Cauca sea con el Batallón América o en las urbanas. Se le veía en el rostro que no le hacía ninguna ilusión volver. Se lo dije. Es que allá tampoco veo tanta ilusión con el Batallón, dijo, no al menos como era hace dos años. Iba a ser el gran ejército de latinoamericanos de fin del siglo veinte y está terminando como un centenar de forajidos internacio-

nales que deambulan en medio de la montaña porque han sido derrotados en sus países. Miró entonces de nuevo a su tío. No había ninguna expresión en el rostro del Contacto. Me gustaría proponerte otro plan, Karla, le dije.

Se lo conté en detalle, querido Imón, los pasos a dar, el instalarse en la selva ecuatoriana, sostener un manto a largo plazo y, sobre todo, detectar las infiltraciones entre los miembros de los Hijos Desbocados que podrían estar de paso por las zonas de Sucumbíos. ¿Infiltrados?, preguntó, pero si ellos ya tienen un aparato de control. Todo el tiempo que estuve en Colombia no detecté a ninguno. No es suficiente, Karla, porque sospechamos que no les está funcionando y están cometiendo varios errores. Por eso es tan importante el trabajo que te estoy pidiendo. Lo que me pides es controlarlos otra vez, dijo. ¿Está consensuado? No deben saberlo ni sospecharlo, le dije, es la única garantía para corrobar si saben detectar o no las infiltraciones. Con el tiempo, comprenderás que los riesgos que corremos nos exigen ampliar la óptica y aprender a conocernos mejor a nosotros mismos, porque somos tremendamente falibles. No sé si estoy preparada para hacerlo de nuevo, me dijo. Para eso estoy aquí, querida, por eso he venido a quedarme unos días, y me gusta escuchar lo que estás diciendo. Me preocuparía más si me dijeras que no tienes ganas de hacerlo. Karla entonces miró al Contacto. Él, más animado que ella, sonreía como si le pareciera mejor su nueva misión. Ganas no me faltan, Gringo, dijo Karla, eso nunca me ha faltado. Lo sé, le dije, ahora lo más importante es que te sientas bien y que sepas que puedas asumirlo con tu hija, porque ella podría ir contigo. Antes de escucharla reaccionar, le pregunté por el padre de su hija, por si eso la ponía en conflicto de intereses, el tema iba a salir sin falta. Ojalá fuera un problema, dijo, su padre murió. Dejé que ella me contara la historia de Aitor Vega, la que te referí en el informe anterior,

como si yo la escuchara por primera vez: los orígenes vascos de los padres de Aitor, su nacimiento en Colombia, su nostalgia por la actividad política de sus padres, su enorme candor y las ganas de incorporarse en el Batallón con ella, su muerte absurda en su primer operativo. Guardé un respetuoso silencio, y cuando ella terminó de hablar, esperando algún comentario de mi parte, lo que se me ocurrió decirles fue que me gustaría ver a su hija. Cuando tú digas, Gringo, dijo. Sobre todo porque ahora los datos de tu manto deben ser sumamente escrupulosos, Karla, complejos y continuos, mucho más que los que hiciste estos últimos años. Y ya no podrás cambiarlo, porque tendría resultados terribles. No me hagas acuerdo, dijo, asumí los meses de cárcel como una autocrítica a mi dispersión y confusión. Si no hubiera sido por ustedes, todavía estaría en el Buen Pastor, un espanto. No volvamos a hablar de esas cosas, querida. De acuerdo, Gringo, más bien dame más detalles de lo que tendría que hacer en la selva. Como te dije, le respondí, sería un trabajo a largo plazo, y quizá te parezca aburrido, pero te permitiría estar con tu hija. Eso sí, no sería operativo, y se centraría en la zona de Tena y desde allí supervisarías los movimientos en la región. De hecho, también tendrías que estar a la espera, reuniendo información sobre las comunidades, algo más bien documental sobre los conflictos entre las comunidades aborígenes y las petroleras. Eso parece más bien trabajo de inteligencia, aburrido trabajo de inteligencia, dijo. Ahí me puse firme y me erguí ligeramente. Es a lo que estás destinada, Karla, y además será tu tapadera. Las formas de combatir son más variadas de lo que crees, hasta inesperadas, y alguien de tu capacidad tiene armas para otro tipo de combate. Entonces le expliqué a Karla que antes de entrar a darle los detalles del entrenamiento, debe avisar a los Hermanos Menores que hay luz verde, pasajes, viáticos e instrucciones para el viaje del comandante Pablo a la Isla para

reunirse con delegados de Colombia. El comandante Pablo no entiende que deba ir a una reunión donde sólo van a paricipar colombianos, dijo Karla. Tuve que decirle que era importante contar con el apoyo logístico y combativo de todos los implicados, y que era *decisivo* que participaran de la Organización local. No quería herirle sus sentimientos de patria chica, querido Imón. No hay nada peor que un guerrero apocado por una desmerecida ontología de retaguardia, ¿no? Me preguntó si yo no quería reunirme con el comandante Pablo. Le dije que no, que era mejor mantener compartimentados los contactos y que él no supiera de mí ni que se filtre información sobre mi presencia en Quito hasta que yo lo considere necesario. Fijamos reunirnos el miércoles de la próxima semana en la casa de seguridad. Me preguntó de qué casa se trataba, un poco como resentida por no haberse enterado antes. Hasta el Contacto se sorprendió. Es en esos momentos cuando más disfruto mi trabajo, querido Imón, sacar ese as de la manga del que no han sospechado nunca y del que he tenido que guardar un paciente silencio. Es una Casa de Reposo, les expliqué. Las tenemos en varias ciudades de América Latina y Europa Occidental. Los trastornos mentales no especificados dan buenos ingresos cuando hay que acoger a miembros de familias con dinero que no saben cómo atenderlos. La Revolución se hace con dinero, querida, y no son suficientes las recuperaciones de bancos o los secuestros. Hay que tener siempre otras alternativas. Hasta en eso hay que cambiar la mentalidad agrícola de los monocultivos. Con disponer de unas habitaciones para nosotros podemos hacer los entrenamientos necesarios y, a veces, usarlo de punto de reunión. Las Residencias están avaladas por una fundación suiza de la que soy miembro fundador y representante para América Latina. Para algo debe servirme haber estudiado la carrera de Psicología en París y un máster alemán. Le pedí otro café al Contacto.

Encantado, dijo, y fue hasta su rincón a prepararlo. Yo seguí sus movimientos. El Contacto desmontó su maciza cafetera italiana, la enguajó y la secó. Luego abrió la lata donde guarda café molido y metió una cucharita para coger una medida. Fue entonces cuando Karla me preguntó si sabía algo del paradero del compañero Asa. El Contacto se quedó con la cucharita llena de café a punto de voltearla en la canastilla metálica. Terminó de vaciarla. Karla, al ver que yo no respondía, siguió comentando que nadie sabe nada de él, que su madre y su hermano no paraban de remover medio mundo buscándolo durante el último año y no daban con ningún rastro. Por lo que me dice Raulito, dijo ella, su hermano Álvaro fue el último que lo vio de paso por Barcelona. Hasta ahí llegaban las pistas que tenía Karla y, doy por descontado, el Contacto. No puede habérselo tragado la tierra, Gringo, ¿no te parece? Tú mismo me dijiste que sí transfirió el dinero a México. Así es, le dije. Si Asa no hubiera entregado el dinero del rescate de Nassib Bitar, comprendería que se hubiera escapado. Eso es lo que aquí nadie entiende, intervino el Contacto volteando hacia nosotros mientras se calentaba el agua de la cafetera. No es que me preocupe tanto por él mismo, dijo Karla, a fin de cuentas a mí nunca me pareció de fiar un niño-bien como él. La temporada que pasó por Sucumbíos estuvo cargada de rumores sobre problemas con mujeres, y que estaba dedicado obsesivamente a la cacería. Del resto de sus actividades, nunca supe nada. Era trabajo internacionalista, Karla, por eso lo designaron como cobrador, y no puedo decirte más porque no sé más. Su hermano Álvaro es amigo íntimo de Raulito y ha removido tanto el ambiente buscándolo que por momentos se puede volver peligroso para todos. Créeme, Gringo, no hay manera de decirle que pare la mano. ¿Raúl no conoce nada de tu trabajo, Karla? Ni por asomo, Thomas, y por eso mismo no puedo hacerle llegar al hermano de Asa adver-

tencias de que se calmen. Incluso, durante unos meses hice un contrachequeo a Raulito y me di cuenta de que lo continuaba siguiendo. ¿Cómo que continuaba? Es algo que viene desde el año pasado, intervino de nuevo el Contacto, le pasó algo extraño a Raulito, tuvo un ataque de amnesia y lo encontraron deambulando por el centro de Quito, sin documentación. El médico no tiene todavía un diagnóstico claro aunque puede tratarse de un problema neurológico derivado del alcohol. Mi sospecha, intervino Karla es que le dieron algún tipo de droga. Todo fue muy extraño. ¿Y no ha vuelto a tener otro episodio de esos?, pregunté. Karla desvió la mirada, bajó la cabeza, quizá sintiéndose culpable por lo que le ocurría a su primo. A veces se despista un poco, dijo el Contacto, y recae en la bebida, cada vez menos, pero no, no se ha repetido. Ahora la situación se ha calmado y creo que ya no consideran sospechoso a Raulito, dijo Karla, y además quiero saber de Asa más por curiosidad por saber qué pasó con él. Para mí también es un misterio, le dije, sólo queda la posibilidad de que lo hayan capturado en Francia, que esté muerto o que, en efecto, haya querido borrarse por completo y esté haciendo de internacionalista en algún sitio, a fin de cuentas sabía árabe y ayudó en los entrenamientos en Trípoli y Zuara. Se me deslizó el verbo en tiempo pasado. Karla no lo dejó escapar y preguntó: ¿Por qué dices que *sabía* árabe?

Fíjate, querido Imón, que gran parte del tiempo debemos estar corrigiendo errores por una sola palabra que se nos escapa. Demos por sentado que cualquiera puede equivocarse, a pesar de controles y supervisiones. Resulta inevitable el desfase, no sólo porque los hombres hacen la gran mayoría de las veces algo distinto a lo que dicen, o dicen cosas opuestas a lo que realmente hacen, sino porque en toda redacción de un informe hay algo que inevitablemente se pierde. Y no olvides el paso siguiente, la acción de vuelta a lo real, a partir de lo que ese in-

forme ha concluido o propuesto. Yo leo el mundo, tú lees mis informes, y de nuestras dos lecturas *tú dispones* el siguiente paso de regreso a lo real, y es posible que yo ni siquiera llegue a saber el alcance de tu designio. Con el tiempo he entendido lo que siempre el tiempo se encarga de aclarar: lo más visible no es lo que opera en la realidad, sino lo mínimo, el giro impredecible, y que a veces alterar una coma, conscientemente o por error, o un tiempo verbal, como me ocurrió mientras conversaba con mis reclutas, puede tener consecuencias tan provocadoras como la de quienes actúan y operan con armas. Ese error no siempre se puede rastrear y como no sabemos rastrearlo lo llamamos coincidencia, azar, mala suerte, destino. Más de una vez descubrí a un encriptador que me alteró, sin querer, un pronombre o un artículo indeterminado por uno determinado, y si no lo hubiera detectado habría sido un desastre. Como no he revisado todas las encriptaciones, y no sé, salvo en contadas ocasiones, lo que hacen a partir de mis informes más allá de tus comentarios u observaciones, ve tú a saber si uno de esos errores no tuvo consecuencias que nunca preví y de las que podría haberme arrepentido.

Volviendo: la cafetera italiana empezó a silbar. El Contacto ni se movió. Tuve que dar un giro para atribuir a un descuido haber dicho que Asa *sabía* árabe. Tenía que despistarlos, sobre todo pensando en que pudiera haber escuchas en el local del Contacto. Bien hecho, le dije, lo has captado. Esto será parte del entrenamiento. Los tiempos verbales pueden ser una pista, aunque cometamos siempre el error de poner en pasado lo que alguien sabe o hace porque no lo hemos visto durante algún tiempo. Tenemos que cuidar esos tiempos verbales, querida, piensa en presente del indicativo aunque no lo digas. Karla dudó o pareció dudar por un par de segundos. De pronto sonrió: ¡Siempre tomándome el pelo!, dijo Karla. Y eso que ya no

lo tengo tan largo, le respondí con una mueca leve, para alargar su chiste. Ahora bien, dije retomando el control e indicándole al Contacto que apagara el fuego de la cafetera que seguía silbando, sí necesito que se vigile de vez en cuando a la madre y al hermano; él viene con frecuencia, ¿verdad? Venía, dijo el Contacto mientras servía el café hirviendo en una de sus tacitas, luego del viaje que hizo el año pasado regresó unas semanas en enero y abril. No vino en agosto. Creo que quedó un poco aturdido de visitar hospitales, comisarías y entrevistándose con políticos y militares por el paradero de su hermano. El Contacto me entregó la tacita y di un sorbo. Lo último que me contó Raulito, dijo el Contacto, es que viajaría a Zúrich para poner una denuncia. ¿La familia supone que está muerto? Así parece, dijo ella, y eso es lo que trae problemas. Quizá habría que hacerle llegar un falso indicio de que está vivo, dije. ¿Tú crees, Gringo?, se sorprendió Karla, aunque más que sorprendida parecía afirmar con su pregunta algo que ella misma había intuido o pensado. Es posible, dije, en cualquier caso ténganme al tanto. El Contacto asintió y Karla se quedó pensativa, como si ya estuviera urdiendo la manera de resucitar a Asa. No volvieron a tocar el tema. Podemos estar seguros, querido Imón, de que no saben nada. Este problema estuvo a punto de írsenos de las manos. Sabes que no me fío de los árabes. Son impredecibles. Tienen un laberinto demasiado grande como para operar con ellos con calma. Alguna colaboración puede ser útil. A la larga sirven a un dios demasiado personal y a una tradición con mil ramificaciones. A Asa le salió lo libanés por donde menos esperaba y repite la historia desde otro margen: se quedó con lo que tiene de libanés maronita y abandonó lo que tiene de ecuatoriano; es un nene hijo de diplomáticos que sólo ha mamado de aeropuertos, viajes intercontinentales y que salió corriendo por descubrir, cuando ya no había marcha atrás, que a quien secuestraron era

a Nassib Bitar, un libanés descendiente de maronitas, como él. Creo que fue una mala coincidencia que Bitar fuera tío materno de uno de sus amigos de adolescencia en Roma, Marcel Khoury y de su hermana, esa chica, Marzi, que no he podido rastrear y que sabemos que a veces se asoma por París o Beirut. Espero que el resto de tu equipo siga vigilando y que Asa no vuelva a complicar las cosas y que ni se asome. A este ritmo, paso más tiempo resolviendo entuertos que canalizando asuntos nuevos.

Me excedo, querido Imón. Tengo que terminar. Necesito dormir mis ocho horas de rigor, si no el rostro se me desencaja el resto del día, y ya vengo arrastrando un cansancio brutal por el *jet lag*. Al encriptador le resultará largo este informe. Lo que tenía por decirte sobre Karla me exigía algo más que un resumen. Recuerda que coordinen con el Centro Legal de Quito la logística para el comandante Ricardo, que está esperando los pasajes y los puntos de encuentro en Panamá. Mañana viernes por la tarde viajaré a Guayaquil para tener más detalles de la mudanza de Caronte. Firmado: Taltibio.

De: Taltibio. A: Imón
Domingo, 21 de septiembre de 1986

Supuse que no tendría noticias tuyas, por lo que me sorprendió que el mismo viernes, poco después de enviarte el informe anterior, llegara tan rápido tu mensaje de advertencia. Así que postergué el viaje a Guayaquil para mañana lunes y me quedé a investigar el fin de semana.

Me sorprendió tu mensaje y, al mismo tiempo, me animó: siempre tengo la sensación de que los informes pueden perderse en el trayecto o que hayan sido mal trascritos. Ese chino no me dio confianza de inmediato. La verdad es que me despistan

los chinos y todo lo que tiene que ver con ellos, con la excepción de los japoneses, seguramente por mi afición a los bonsáis. Mi única explicación es que no he sentido ninguna pasión por la cultura china, que me parece demasiado vasta —deja a un lado las distancias ideológicas, querido Imón—, y aunque me puedas proporcionar los informes más detallados sobre un tema o individuo chino, no los memorizo, se me confunden, y difícilmente retengo un rostro chino y menos aún puedo asociarlo con la persona real, incluso si me encuentro frente a ella. Recuerdo que me recomendaste con entusiasmo esa novelita de Malraux ambientada en China. Te hice caso y fui a Jullien para buscar un ejemplar. La vieja librera, que nunca me mira salvo cuando entro en su local y nunca cuando le pago, esta vez me observó de tal manera mientras me elogiaba la compra, que hasta me pareció desvergonzada para una ginebrina de su edad. Terminó diciéndome que tenía un ensayito de Malraux sobre Goya en la editorial Skira y una primera edición de *La Lutte avec l'ange*. Se levantó a mostrarme los ejemplares. Costaban una fortuna. Le dije que sólo quería la novela y volvió a su mutismo. Cuando llegué a casa me senté con la novelita y no pude pasar de las primeras líneas. Te recomendaría otra novela, esta sí estupenda y diáfana, *La fosse de Babel*, de Raymond Abellio. No está traducida y es un *pavé* de los bravos, aunque a pesar de su tamaño es de los pocos libros que suelo llevar conmigo. Ya te trascribiré algunos párrafos que son reveladores, especialmente cuando habla de Suiza y el infierno europeo.

A lo nuestro: Wenceslao Chiang Villalba o *Chiang Kai-shek* Villalba, en efecto tiene un barcito que se llama Woodstock. El mismo viernes, apenas leí tu mensaje, averigüé sobre el bar, entré y bebí unos tragos. El barcito va para ruina, repleto de músicos, poetas, cineastas y pintores fracasados. Hay tres grandes mesas rectangulares junto a la barra, en el espacio central, y

el resto son pequeñas mesas redondas para dos o tres personas, luego otra sala aledaña, donde un pequeño cubículo parecido a una gruta desdibuja un sofá en medio de la oscuridad. Las paredes están repletas de fotos de clientes, recortes viejos de periódicos con notas sociales donde se menciona el bar, y apenas un afiche maltrecho con la tipografía del festival de Woodstock con la caricatura de un negro con el pelo afro descomunal atado con una cinta. Sobre todo hay cuadros, infinidad de cuadros, obras infames, bocetos y acuarelas monstruosas, de trazo grueso, rápido, irregular, sobre personajes fieros y distorsionados, una especie de proyección magnificada de quienes están bebiendo allí, casi justificados y menos terribles en comparación con el horror de los retratados, algo así como si colocaras a un anciano de cien años al lado de uno de ochenta para que este parezca más vital y con menos arrugas. Los clientes llevan sus vocaciones y oficios como si fueran una billetera ajada y vacía por el peaje que le han pagado al mundo. Algunos de esos cuadros o cuadritos casi tocan el techo, encajados hasta en los recodos disponibles, mal iluminados y medio cubiertos por una pátina de nicotina y vapores de sudor, un rancio que los hace indiscernibles. Sólo una pared, la contigua a la barra, es diferente al resto, nada recargada y con buena iluminación. Había tres cuadros de formato medio. No me detuve a verlos; lo haría al día siguiente. En el local también estaba el chaparrito al que le dicen *omoto* Pérez. Chiang es apenas un poco más alto, tiene una voz gruesa de locutor institucional, grave y desproporcionada para su tamaño. Si lo escuchas sin verlo, creerías que es más alto. Lo único que saqué en claro es que trata a la patada a Pérez. Si no fuera por el nombre y los ojos a medias rasgados, en realidad es un mestizo andino, algo entre polinesio y tailandés. Sonríe y hace bromas suspicaces sin parar a pesar de la cara de asco que tiene cuando no sonríe, con las cejas repuntadas en los

extremos, la boca de mueca caída. Por eso se esfuerza en reír. Si deja de hacerlo reaparece su boca caída en arco. Eso sí, tiene buen ojo y un sarcasmo irritante: a mi segunda copa, viéndome sentado a solas en una esquina, ya me insinuaba cuál era el tipo de local que me podía convenir para encontrar *amigos* si me empezaba a aburrir de su bar. Siguió hablando de que la noche en Quito puede ser muy aburrida si no se encuentra lo que uno quiere, y que encontrarlo es muy difícil, porque en Quito nadie sabe lo que quiere, y que, en caso de saberlo, si algún día se llega a tener la fortuna de saberlo, sobre todo aceptarlo, nadie se atreve a pedirlo. Sin embargo, si finalmente uno sabe lo que quiere, llegado al extremo de esa búsqueda y esa aceptación y se atreve a pedirlo sin escrúpulos, resulta entonces que ya es demasiado tarde, hace mucho frío y todos se han ido a dormir. Chiang se reía a carcajadas de sus propias elucubraciones sobre la bohemia local y no me quitaba la vista de encima. Se quedó esperando a que yo le ratificara o explicara lo que podía buscar en la noche, a que yo empezara a ser expansivo, con las defensas bajas del segundo whisky. Nunca hablo de más cuando bebo. Sabes que el whisky me retrae. En este tipo de lugares, mi manto de hombre de negocios accidentalmente extraviado por la ansiedad y la noche siempre tiene la excusa perfecta. En el fondo de mi maletín o de la americana llevo mi amuleto, la ligerísima *plaquette* que publiqué a los veintidós años. Tantos años y nunca te la he mostrado. O creo que sí. Su juego ñoño es mi verdad indiscutible: allí está, publicada en México, y allí está el heterónimo que elegí sin saber qué destino iba a darle a Thomas Markai, mucho menos que terminaría siendo mi único nombre permanente, y que el título, inefable por sí mismo, *Subtramas del tiempo*, me garantizaba el ridículo entre los iniciados y el asombro de los profanos. Al publicarlos sólo tuve una única lucidez, casi premonitoria: ocultarme detrás de un heterónimo que ya ni

recuerdo de dónde saqué. ¿Por qué Thomas? ¿Por qué Markai? ¿Qué fue necesario para permitir esa junta? ¿No era verdad que Rubén Darío y Pablo Neruda, los dos mayores poetas de nuestra lengua, no eran sus verdaderos nombres? La publiqué con mi propio dinero. Luego abandoné la veleidad de la poesía. Sin embargo, ese librito me resguarda como un escudo. No sabes cómo me sorprendió que el Pájaro dijera que uno de los mejores recursos para soportar largos interrogatorios y golpes es imaginar que uno está escribiendo un libro. ¡Vaya desmadre de la realidad! ¡Y yo ya lo había escrito! Ante los suspicaces como Chiang , basta sacar la *plaquette*, o dejarla caer, o pensar en ella, y ellos creen morder la parte más sustanciosa de mi miseria. Les despierto la compasión o la piedad o la simple indiferencia, y paso a ser inofensivo. No me quedé mucho más rato en el bar. Nada había fuera de lo previsible, aunque un día nunca basta para conclusiones. Dejé una buena propina —Pérez abrió los ojos y agradeció haciendo una reverencia— y ya estaba saliendo cuando escuché el vozarrón de Chiang diciendo que era siempre bienvenido en el Woodstock. Rara manía de este hombre de despedir en voz alta a los clientes que se marchan.

Al día siguiente volví a pasar para reconfirmar. El bar puede ser una tapadera si no fuera porque la atmósfera de desesperación y abandono del Woodstock es auténtico. No creo que Chiang trabaje directamente para el Tío Johnny. Seguramente es soplón de mandos medios de la policía y le pagan con la vista gorda sobre lo que pasa en su barcito. Además, se irrita demasiado con el retaco si la barra no está impecable, las botellas relucientes y los clientes con sus tragos listos a los cinco minutos de haberlos pedido. Esta vez que volví, entre la misma fauna del día anterior, y tal como lo sospechaba, había dos morochos vestidos de civil que se delataban por la pose rígida, la conversación intermitente y la nuca despejada, con

pocas semanas de haberse cortado a rape, junto a melenudos y desgarbados que parecían caricaturas al lado de ellos. Estaban sentados en una mesita al fondo de la misma pared de la puerta de entrada. Notaron cuando yo entré. Debía quedarme lo mínimo indispensable, ya que el par de morochos no me quitaban la vista de encima. Lo que no esperé es que entraran el Contacto y Coloma. Se acercaron a la barra y por un momento dudé si el Contacto disimuló no verme o directamente no me reconoció en el fondo del local. Coloma venía lastrado por su habitual bolsa de yute. Esta vez la piedra debía ser más pequeña. La apoyó en uno de los taburetes de la barra. Chiang se acercó donde ellos, agitó los brazos celebrando que llegaran y les indicó que se acercaran a una mesa en la que estaba sentado un hombrecito con lentes y un ridículo sombrerito negro, ajado como todo en el Woodstock. Estaba encorvado sobre su vaso junto a una botella casi vacía de un licor translúcido, probablemente aguardiente. El hombrecito con lentes se erguía para hablarle al oído a una mujer que se mantenía agachada rebuscando en su cartera. Ella sonreía forzada a lo que le decía. Chiang le ordenó al hombrecito que se levantara. Éste protestó. Chiang cogió la botella con una mano, le indicó que le traerían otra de cortesía de la casa, y apuntó con el índice a una mesa que estaba libre, junto a la mía. El hombrecito de lentes se transformó luego del ofrecimiento. Se levantó, inclinó la cabeza hacia Chiang , cogió su vasito y tomó de la mano a la mujer, que iba cerrando su cartera indiferente a todo lo que pasaba. Chiang le entregó la botella a Pérez y le ordenó que le pusiera una nueva. Luego les indicó al Contacto y a Coloma la mesa ahora libre. Ambos se sentaron. De pronto Coloma se dio cuenta de que se había olvidado su piedra en el taburete de la barra y volvió por ella. Pérez le dijo que no se preocupara, fue a cogerla y la posó en una de las sillas libres.

Chiang se sentó con ellos y se quedó conversando mientras Pérez corría a traerles una cerveza al Contacto y una Coca-Cola a Coloma. Los dos morochos parecían haberse olvidado de mí y conversaban como si hubieran encontrado un buen motivo. Quizá me había preocupado más de lo debido, y no había calado las variables de la clientela del Woodstock. Esta zona de Quito es como un punto de encuentro de los distintos estratos de la ciudad. A los cinco minutos, Chiang se fue a seguir atendiendo a los clientes y el Contacto se levantó un momento para ir al baño. Coloma, a solas en la mesa, aprovechó para hacerle un guiño a Pérez, que cogió rápidamente una botella de ron y vertió un chorrito en el vaso de Coca-Cola. El Woodstock ya empezaba a embrumarse por el humo y la música. Cuando el Contacto volvió, la conversación entre ellos fue una especie de largo monólogo del sobrino hacia el tío, que de vez en cuando asentía o negaba. Yo sabía el tema en cuestión por lo que te referí que me había dicho el Contacto. Los últimos años Coloma había empezado a recuperarse del alcoholismo, o al menos a bajar el consumo. Años atrás, cuando le consulté sobre la posibilidad de que Coloma también colaborara, lo descartó de entrada por inestable, sin embargo ahora parecía recuperarse con esa locura de las piedras. Una locura inocente, decía el Contacto, pero ha sido su llamada al orden, se relaciona con sus familiares y, sobre todo, le daba mucha atención a la hija de su prima, le lleva ropa y regalos, la lleva a pasear, al circo, en fin. Casi como si fuera su propia hija. El problema es cuando Karla regresa a Quito. Coloma recae en el alcohol. Esto atormenta al Contacto. Aunque sólo es su sobrino político, la relación entre ambos es muy estrecha.

A los diez minutos, el Contacto se levantó de nuevo para ir al baño —tiene problemas de próstata, pobre— y Coloma hizo una rápida seña a Pérez para repetir lo del chorrito de ron. Sólo

que esta vez el Contacto regresó rápido. Pérez regó un poco de ron fuera del vaso cuando vio al tío de Coloma, alzó los hombros y volvió corriendo a la barra. Coloma estaba de espaldas, pasando torpemente una servilleta por la parte mojada de la mesa. Fue en ese momento cuando el Contacto miró hacia donde yo estaba y se quedó un par de segundos como perplejo. Siguió de largo, se plantó delante de su sobrino, abrió las manos y empezó a reclamarle por beber alcohol a escondidas. Chiang notó que me había visto. No sé si los morochos también. Yo no demoré ni un segundo de más, me levanté de inmediato y me acerqué a la mesa del Contacto como sorprendido por la coincidencia. Coloma me vio llegar como su salvación y el Contacto, apaciguado por mi irrupción, también hizo gesto de sorpresa: Qué milagro verlo por aquí, dijo, ¿qué tal con los discos de Brahms? Hicimos el simulacro completo, tal como

habíamos hecho en otras ocasiones. Estupendos, le dije, ¿estarán el lunes los de Bach? De la distribuidora me dijeron que sí. Bueno, igual no hay prisa, le dije, estaré unas semanitas más por acá. El Contacto le preguntó a su sobrino si se acordaba de mí. Coloma no tenía la menor idea de quién era yo, aunque estaba agradecido por haberse escapado de la reprimenda. Aquí el amigo Thomas, siguió explicando el Contacto, fue antiguo compañero de estudios en Alemania, seguro que lo debes recordar, hace años que vino de visita a la tienda, vos eras guambrito. Coloma seguía con su cara de circunstancia: quién mismo sería este extraño, decía su mirada como si cayera por un pozo tratando de agarrarse a un asidero. El Contacto me invitó a sentarme con ellos y dudó si colocarme al lado suyo, frente a Coloma, o frente a él mismo. La silla que estaba a su lado la ocupaba la bolsa de yute con la piedra. Finalmente, Coloma se levantó y movió la piedra a la otra silla y yo me senté junto a su tío. Chiang seguía escuchando atentamente desde la barra próxima y a los morochos

ya no podía ni debía verlos. Tú eres el pintor, ¿no?, dije yo, me acuerdo que estudiabas Bellas Artes. Él no pinta propiamente dicho, explicó el Contacto, se dedica a la escultura, y señaló hacia la bolsa de yute. Cuéntale a Thomas esas maravillas que haces con las cantuñas… si hasta un galerista gringo de Nueva York se ha interesado por su trabajo. La mirada de Coloma volvió a la consciencia. Thomas tiene un exquisito gusto artístico, Raulito, añadió el Contacto, cada vez que ha venido a este país se ha llevado algunas joyitas de pintura ecuatoriana, ¿*nocierto*, Thomas? Nadie ha dicho que no, respondí, disfrutando de ese *nocierto* que no escuchaba hacía tanto tiempo. En ese momento, Chiang se entrometió. Puso una mano en el hombro del Contacto y la otra en el mío y celebró con su vozarrón el reencuentro de los amigos, esperando que el Contacto lo presentara, pero éste no dijo nada. Yo le quité la mano de mi hombro. Disculpe, dijo Chiang haciéndose el pendejo. Usted estuvo anoche, ¿no *es* cierto? No esperó mi respuesta. Si me hubiera dicho que estaba interesado en obras de arte, continuó Chiang , le podía haber ayudado. Lo que ve está a su disposición, quiero decir, a la venta. De nuevo estalló su carcajada. Iba a pararlo en seco. Preferí seguirle la corriente y no romper esa conversación frente a los dos policías de paisano. ¿Incluidos esos tres cuadros?, le pregunté. Al lado nuestro estaba la pared bien iluminada que no me había detenido a ver. Ah, dijo Chiang girándose levemente hacia su derecha simulando que miraba de reojo la pared, buena puntería, amigo… ¿los reconoces? Nunca los he visto, dije acusando el tuteo repentino, ¿pintores ecuatorianos? Mira, amigo, dijo Chiang, más que ecuatorianos son genios, de lo mejor que se ha pintado en este país, y si algo ha dado bueno este país son pintores de un talento excepcional, genios únicos….

Y un carajo que son genios, interrumpió Coloma sin alzar la voz, sin llamar la atención.

La mesa se movió unos milímetros, empujada por las piernas largas de Coloma. Esa parte del bar se quedó detenida unos segundos. Chiang volteó las manos, revelando las palmas blancas, lechosas, húmedas, en un gesto de pausado asombro y que a mí me pareció de impudicia, mientras decía cómo que no, Raulito, cómo que no son genios, un Toboada, un Ocaña, un Ramírez, ¿no son obras maestras? Si hasta Ramírez fue tu profesor, Raulito, maestro y director de la Escuela de Bellas Artes, todo un académico, dijo dirigiéndose ahora hacía mí, como si tuviera el argumento definitivo. No hables huevadas, chino, dijo Coloma. Levantó su vaso para beberse el último trago de su Coca-Cola mezclada con ron, sin ninguna prisa por seguir hablando. Chiang volvía a reír a carcajadas. Coloma terminó de beber y se quedó con el vaso vacío en la mano mientras atacaba: el Cuervo Ramírez es un mediocre escudado en su puestito académico, Ocaña un burócrata que se ha aprovechado de exponerse a través de murales en ministerios, centros culturales, y se ha hecho invitar a todas las representaciones diplomáticas de Ecuador en América Latina. Y de Toboada, qué quieres que te diga de Toboada, experto en paisajes colorinches de Quito para gringuitos asombrados y además hecho el artista maldito y oscuro. Así que no hables huevadas sobre genios y talentos. Uy, uy, gimió Chiang , ya se me sulfuró el monito. Coloma golpeó la mesa con el vaso vacío y petrificó la mirada en Chiang . ¿Qué has dicho?, preguntó. Chiang se reía a carcajadas, como satisfecho de lo que estaba provocando. Repite lo que has dicho si es que tienes huevos, chino conchetumadre. Contrólese, mijo, dijo el Contacto. Déjalo, dijo Chiang , déjalo, no es la primera vez que Raulito me hace escenitas. Sólo dije que se te salió lo «mono», que tarde o temprano siempre se te sale lo guayaco. No entiendo por qué te debe cabrear eso. Naciste allí, ¿no?, junto al *manso*. ¿Tu señora madre era guayaquileña, ¿no? ¿Para qué hacerse mala sangre

entonces, Raulito? Deberías estar orgulloso de ser mono, te sale por los poros. Y a ti se te chorrea lo marica y lambón, ¿no?, dijo Coloma sin moverse de su sitio. Chiang volvío a reírse a carcajadas: Nos pasa a todos, Raulito, se nos escapa lo que realmente somos. No vamos a discutir por eso, ¿no?... Ay, la ingratitud humana, mi querido amigo —volvía a dirigirse a mí— uno les abre las puertas cuando son guambritos y desconocidos. Luego crecen, algunitos empiezan a volverse famosos y terminan resabiados, ¿ya ve? Nuestro joven talento siempre tuvo aquí su guarida, su cuevita bohemia, su segundo hogar como quien dice y ya ve, apenas empiezan a aburguesarse, tener su tallercito, su marchante gringo… nos resultan parricidas, *reductors* de cabezas, malagradecidos. Ley de vida, filosofaba Chiang.

Yo andaba perdido con las expresiones locales y en clave. El Contacto me explicó luego que el *manso* es un adjetivo usado en un poema del siglo XIX para denominar al río de Guayaquil. Ante la mirada un poco incómoda del Contacto por la intromisión larga, Chiang dio un giro a la conversación: Únicamente quería decirle aquí al amigo que nos visita… ¿cómo me dijo su nombre? No se lo dije, le respondí. Durante un segundo vi cómo se le hincaba mi desplante. Lo esquivó rápido, miró al Contacto con expectativa y él le respondió: el señor Thomas Markai. Un gusto, dijo Chiang inclinando la cabeza, sin el menor atisbo de extenderme la mano, pues le decía al amigo *Tomás* que esas tres obras que están ahí colgadas son las mejores que tengo. Los maestros Taboada y Viteri me los vendieron en momentos de vacas flacas. A veces vienen por aquí y me tientan con volvérmelas a comprar. Quién entiende a estos artistas. ¿Volver a comprar sus propias obras? ¿No le parece una excentricidad amigo Tomás, o es más bien habitual en otros sitios? No me responda, no me responda. Y del Cuervo Ramírez qué le puedo decir, un buen cliente que viene cuando se lo permiten sus acti-

vidades académicas, y poco más que no pueda comprobar usted mismo. Mire nomás, dijo señalando al cuadro de Ramírez, esa gallardía, esa hombría de Rumiñahui mirando con ceño fruncido hacia el horizonte y las montañas recias en el fondo. Hay que tener un pulso auténtico para lograr esa expresión telúrica, auténticamente andina. Chiang miró entonces hacia Coloma: No hay que renegar de los propios maestros, Raulito, usted se me sulfura inútilmente, ¿ya ve? Y del resto, lo acepto, dijo Chiang alargando la mano hacia las otras paredes atiborradas de cuadros y cuadritos que apenas se intuían detrás de la nube de humo de cigarrillos, como si le indicara a alguien imaginario que se marchara, no lo discuto, reconozco que son malos, apenas son favorcitos para principiantes, regalitos y deudas pagadas, mejor que nada, ¿no? Pero éstos, éstos sí que son valiosos. Usted dirá, amigo Tomás, fíjese nomás y si quiere saber el precio, estoy a su disposición. Volvió a reírse y preguntó si queríamos beber algo más, que la casa invitaba. Gracias, Chiang, nada por el momento, dijo el Contacto. Otra colita sí para la promesa artística de la nueva generación, dijo Chiang y apuntó a Coloma con los labios convertidos en un mohín, ahorita le digo al Omoto que te la traiga. Chiang guiñó el ojo. Coloma ni lo vio, la cabeza agachada, conteniéndose las ganas de ponerse de pie y moler al chino a golpes por quién sabe qué renconres viejos de algo irresistible en el fondo del chico que se debatía entre la bondad y el arrebato. Discúlpanos, Thomas, dijo el Contacto apenas estuvimos a solas, aquí hay un pendiente entre mi sobrino y el dueño del local. ¿Por qué le dicen Chiang Kai-shek?, pregunté, ¿es de origen taiwanés? El Contacto sonrió: Qué va, el abuelo sí es chino, de la china continental. Chiang es más quiteño que yo. Yo no sé por qué te empeñas en volver aquí, dijo Coloma, sin hacer caso de lo que conversábamos, Chiang me tiene harto con sus huevadas. Bueno, ya está bien, Raulito, olvidemos el asunto, estabas

contándole a mi amigo Thomas de sus cantuñas. Obediente, su sobrino siguió explicándose.

Las cantuñas son esculturas de andesita que hace en forma de huevos prehistóricos u óvalos. Me señaló la bolsa de yute que estaba a mi lado y la descorrió revelando la piedra. Esta es una de las pequeñas, dijo. Más que pulidas, siguió explicando, las cantuñas están cinceladas y se nota el rastro tajante de los combos, algo así como si hubieras afilado un lápiz con una navaja. La cantuña que tenía con él se mantenía en posición vertical. Le pregunté si conocía el arte japonés del *suiseki*. Coloma me observó sin dejar traslucir ninguna emoción, expectante por ver qué le iba a decir. Allí sí que se le relajaba la expresión y la mirada era limpia, como si descansara de su tormento. Se quedó callado. No soy un experto en el tema, añadí, mi pasión son los bonsáis. Eso no lo sabía, dijo el Contacto. Pues sí, fíjate, ahí como me ves, tanto viaje y tanto estrés por los negocios, lo meten a uno con estas *japonaiseries*. Fue decir la palabra en francés para que Coloma empezara a cerrarse en banda. Cosas de japoneses, corregí de inmediato. Y a lo que iba, le dije, junto al arte del bonsái se cultiva el suiseki. Son decoraciones de piedras colocadas en medio de una fuente o jardín de agua. El uso original evolucionó y ahora el agua puede ser un elemento complementario, no el decisivo. Lo decisivo es la piedra en sí misma: una piedra no muy grande, sin tallar, sin pulir, y que sugiera por su forma un determinado relieve o el perfil de una montaña, de un acantilado, de un monje sentado en meditación. Incluso puede ser una piedra casi perfecta en su simpleza que se coloca sobre un dai en un cubículo o tokonoma. La clave es que la piedra no sea muy grande. Los suisekis pueden caber en la palma de una mano, incluido el dai. De tener que cargarse, los más grandes no deben requerir más de una persona para su traslado y sin mucho esfuerzo. Allí me detuve y sopesé un momento la cantuña que

estaba en la silla a mi lado y fue obvio que no podía levantarla si no me ponía de pie. Ésta por ejemplo, dije, excede el límite recomendado. Coloma remarcó si no debían ser talladas, como si midiera una posible causa para perderles de entrada el interés. Bueno, hay una variante que lo permite: el *biseki*. Pero a tanto no llega mi conocimiento. El Omoto Pérez se acercó y colocó un vaso de Coca-Cola frente a Coloma y retiró el que estaba vacío. El Contacto le hizo un gesto como para que se detuviera y Pérez dijo que sólo era Coca-Cola. A mí me preguntó si quería tomar otro vaso más de lo que estaba bebiendo. Le dije que no y se marchó. En cualquier caso, continué, tu cantuña me ha recordado el suiseki. ¿Y eso se vende?, preguntó Coloma, quiero decir si se vende bien. La pregunta fue cruda. En Japón sí, respondí, en Europa y en Estados Unidos cada vez más. No las conocía, dijo Coloma, y no añadió palabra.

Chiang deambulaba entre las mesas. Nunca nos quitó la vista de encima. Cuando se aproximó fue para decirnos que iba a empezar un recital de poesía. Fue en ese momento que el Contacto, por exceso de empeño para encubrirme, se descuidó y comentó que yo había publicado años atrás un libro de poemas. Caracho, exclamó el Chino, ahora comprendo por qué no quería ni decir su nombre a este pobre mortal. ¡Pudor de poeta! Chiang indicó a una chica con el pelo teñido de morado que estaba acomodando un micrófono en la esquina del bar. Esa guagua es un fenómeno, dijo, hace poemas sobre muertos que vuelven a la vida, sobre fetos parlantes y sobre sus masturbaciones al pie de la virgen del Panecillo. Chiang se reía solo y se alejó para hablar con la chica del pelo morado. Era el momento de marcharse. Iba a dejar mi parte de la cuenta en la mesa cuando el Contacto me dijo que invitaba él y que me acompañarían al hotel. No es necesario, le dije, estoy a unas ocho o diez cuadras del hotel Colón, tomo la Amazonas y es un paseo. Ni hablar, repitió, y le

dijo a Coloma, vámonos, mijo. Coloma asintió, se puso de pie, ajustó la bolsa de yute y la cargó. El Contacto pagó en la barra al Omoto y le dijo que se quedara con el cambio. *Para ti*, le remarcó. El Omoto asintió. Ya salíamos cuando escuché por los altoparlantes a Chiang que dejaba de conversar con la poeta. Para no atravesar el bar de un tranco, habló por el micrófono como si me lanzara un garfio de dueño y señor de su recinto: ¡Amigo Tomás, no se nos vaya tan pronto!... No se pierda el recital de nuestra joven poeta, háganos el honor, además de su pasión por el arte no nos prive de su vena poética… Nuevamente Chiang se hacía el pendejo. ¿A qué venía ese emplazamiento en público? ¿Era su manera de darme a entender que sabía por quién me hacía pasar? ¿Quería ponerme a prueba? Los dos morochos se revolvían en sus sillas y conversaban, visiblemente inquietos por la indicación del Chino. Hice un gesto con la mano hacia todo lo que quedaba atrás cuando salí por la puerta. Sólo el Contacto se acercó a Chiang para despedirse. Fue allí que pensé en que probablemente se valía del Chino para complementar sus averiguaciones y no se había dado cuenta de que era a él a quien estaban siguiendo. A partir de ese momento debía compartimentar todavía más lo que podía o convenía que supiera el Contacto, incluso que debía darle información equivocada para confundir a sus rastreadores.

Una vez fuera, le dije a Coloma que quería ver más de su trabajo y que me quedaría unos días en Quito, que su tío podía llevarme al taller. Cuando quiera, dijo Coloma, y de pronto me miró y dijo: Creo que sí recuerdo haberlo visto, tiene que disculpar mi mala memoria, debió ser hace muchos años. No tanto, le dije, quizá porque a la edad que tú tenías los años son interminables, y a en la que yo tengo pasan demasiado rápido. No pareció entender. Sacó una cajetilla de cigarrillos, me ofreció uno que rechacé y empezó a fumar solo, menéandose para entrar en ca-

lor mientras observaba pasar a la gente en la calle. No hablaba. Tuve la sensación de que con ese meneo disimulaba la manera de observar fijamente a la gente. Luego que pensé que era una forma de desesperación, como si estuviera escuchando cientos de voces que no lo dejaban tranquilo, voces inaudibles para mí y para cualquiera, y que ese meneo, como el exabrupto que tuvo hacia Chiang , o ese afán de beberse a escondidas dosis de ron, o incluso ese derroche de energía tallando ridículas piedras y cargándolas inútilmente de un sitio para otro, eran formas de acallar esas voces. Un pensamiento sin pie a tierra, lo sé. Fue eso lo que me trasmitió. En ese momento me inquietaba también que el Contacto seguía adentro con Chiang. Buscaré información sobre esas piedras japonesas, dijo de pronto Coloma, ¿cómo dijo que se llamaban? Suisekis, le dije. Un ratito, dijo, mientras sacaba un lápiz y buscaba en otro bolsillo algo donde apuntar. Terminó anotando el nombre —tuve que deletréarselo— en una pequeña libreta mientras sostenía el cigarrillo en la boca y el humo, exhalado al repetir lentamente las sílabas sui-se-ki, le cubría parte del rostro. Tengo una memoria de mierda, dijo haciendo bailar el cigarrillo en los labios. Guardó la libretita y el lápiz y se quitó el cigarrillo de la boca. Algún día voy a despertarme sin saber quién soy, ¿terrible no? No tanto, le dije, yo me doy por satisfecho con despertarme siendo quienquiera que sea. De nuevo, Coloma me miraba como si no entendiera mis palabras. Sólo que ahora sonrió haciendo una mueca con un lado de la boca. El Contacto salió, se disculpó porque tuvo que volver a ir al baño. En medio de un frío que pelaba, avanzamos caminando por la avenida Amazonas. Dos cuadras detrás de nosotros venían los dos morochos. Guardaron distancia. Sin dar explicaciones, paré el primer taxi que pasó vacío e invité a subir al Contacto y a Coloma. Era la única forma de evitar que los dos morochos me siguieran. Se quedaron perplejos, sin saber

qué hacer, cuando nos descubrieron marchándonos en el taxi, mirando si pasaba otro taxi vacío. Dije que estaba muy cansado, que hacía mucho frío, e incluso ofrecí al Contacto y a Coloma llevarlos primero a su casa. El Contacto lo rechazó: ellos continuarían en el taxi luego de dejarme en el hotel.

Cuando llegué a mi habitación me asomé a la ventana para ver las calles de la ciudad. Estaba cubierta por una neblina amarillenta que no se veía a pie de calle, como si la noche fuera el dominio auténtico de las montañas andinas, una especie de frío atávico que encierra a hombre y animales y sólo deja al aire libre la pesada consistencia pétrea de la cordillera. Aquí no hace más frío que en Ginebra, París o Estocolmo, que aún así no son tan desoladoras de noche. Es como un frío alto, como si la tierra se hubiera alzado demasiado lejos de las orillas del mundo y los supervivientes se hubieran resignado a una colonia inhóspita en las cimas, sin posibilidad de bajar a los valles.

Esperaré unos días más para volver al Woodstock y descubrir hasta dónde pueden llegar Chiang y la gente que está con él. Mañana viajo a Guayaquil para seguirle las huellas a Caronte. Firmado: Taltibio.

De: Taltibio. A: Imón
Martes, 14 de octubre de 1986

Lo que realmente quiere el deseo es el pasado. Así es como el deseo nos saca del presente, nos aligera de la insatisfacción vital, y nos lanza a un terreno manejable, aunque falso. Dependiendo de este razonamiento, tendremos la noción de lo que puede ser el futuro. Esta sería la única manera para seguir creyendo en lo que creemos: dirigirnos al Futuro, predisponerlo hacia nosotros, reordenar el Pasado. Por eso nuestro presente es fantasmal

y clandestino: nadie ve lo que somos, sino lo que fuimos, lo que deseábamos llegar a ser. Lo he pensado en estos días tan intensos con el entrenamiento de Karla, donde tengo que darle herramientas para un futuro posible, el que queremos disponer de acuerdo con nuestros propósitos. No quiero adelantarme todavía. Voy por partes.

Regresé el miércoles 24 de Guayaquil. El viaje fue provechoso. No quise quedarme más de dos días por el insoportable calor, a pesar de que digan que es la mejor época del año. Podría haberte enviado un informe desde allá si no fuera porque me resulta imposible sentarme a escribir en la sauna que es esa ciudad. No tiene que ver con el calor en sí mismo, sino con la humedad, y en concreto con los vapores que emanan del río y los estuarios y que te entran por la nariz hasta tocarte el cerebro dando el campanazo al desenfreno o al abandono. Hay que estar acostumbrado y desarrollar defensas para volverlos inocuos. Para quien llega por primera vez es la completa turbación. No resisto tampoco el ritual que tienen de pasar del aire acondicionado de los autos al de las oficinas y luego al de los negocios. Me dijiste que estuviste una vez y que a ti te recordaba La Habana. Yo no estoy tan seguro. Allí, a diferencia de Quito, las cosas cambian a una velocidad vertiginosa. Sería demasiado largo enumerarte detalles. O quizá sea el letargo que me deja ese clima, donde escribir es como quitarte el sudor. Resulta imposible volver a revisar versiones, apuntalar períodos y, sobre todo, sostener el aliento hasta la última palabra. Lo paradójico es que esa ciudad cambia deprisa. Desde la última vez que estuve de visita, también por cuestiones con Caronte, la ciudad estaba irreconocible, sumergida en la desidia, la pestilencia y la corrupción. En resumen, una ciudad atroz para vivir. Sin embargo, Caronte se afincó allí, lo que demuestra que no siempre es una cuestión del lugar sino de la química de cada individuo. En esa

visita, cuando creíamos que Caronte ya se había retirado de los operativos —caímos en su trampa todos, ¿no?— me invitó a una casa que tenía en Ayange, un pueblito costero a las afueras de Guayaquil. La ciudad supurienta e impresentable se redime con sus playas. Una noche nos sentamos a ver el mar desde la terraza de su casa, completamente aislada de los vecinos por un amplio terreno plantado de cocoteros. Me sentía intrigado con lo que debía sentir este hombre luego de tantas escalas en su vida y de haber visto y vivido lo que vivió. Él pensaba en otras cosas. Se imagina, Markai, me dijo Caronte con ese tono distante y formal del *vous* francés que se le escapaba como una forma de cortesía más que de distancia, que si siguiéramos desde aquí de frente hacia la línea del horizonte, atravesando el océano Pacífico, antes de llegar a Nueva Guinea, tendríamos que pasar por enormes extensiones de agua, el desierto líquido, y sólo podríamos descansar en algunos de los atolones dispersos a cientos de kilómetros uno del otro. En los mapas me fijé en uno que se ve con esfuerzo. Se llama Arorae. Tiene hasta una pequeña pista de aterrizaje. Vaya a saber qué uso le dieron en la Segunda Guerra Mundial. Sólo el hecho de estar ahí, tan lejos de todo, daría una calma inigualable. Escuchar la deriva de Caronte sobre lo idílica que debía ser esa isla en medio de la inmensidad del Pacífico, me resultaba paradójico. Él ya estaba viviendo en su *petit coin de paradis* de Ayange. No se lo dije, habría sido una falta de delicadeza, y sólo le dije que si eso era lo que buscaba tenía muy a la mano una islita allí en el golfo o en las islas Galápagos. Esto se va a la ruina, Markai, dijo, hablo de ir más allá, todavía más allá, a ese atolón que probablemente nadie ha pronunciado nunca o al menos no está gastado como tantos sitios en los que usted y yo hemos estado. A-ro-ra-e. Sentí la mirada de Caronte, ebria también de la voluntad por nombrar lo nuevo o acariciarlo. Sólo que hablaba como si quisiera huir. Caronte había

envejecido. Se había dejado crecer la barba, pero en vez de darle volumen al rostro marcaba más su expresión enjuta, como si algo lo hubiera chupado desde adentro. Sobre todo lo delataba su cambio de peinado: la espesa melena se había desvanecido por un corte de pelo tan reducido que se peinaba hacia adelante, como un ridículo Napoleón. Caronte, que había mirado al viento siempre de frente, y así lo recordaba las veces que lo visité en su antigua casita de playa en Pornichet, la primera que tuvo, más modesta por cierto, donde pescaba con la melena al aire agitada por la brisa del Atlántico como si su pelo fuera una estela que dejaba detrás suyo, parecía darle la espalda al viento, que le arremolinaba el pelo hacia delante. Sólo que ya no había melena, sino pequeños restos que se curvaban como arabescos. Justo cuando todo el mundo empezaba a llevar melenas como la suya, Caronte abandonaba. Luego me comentó que estaba agotado de su trabajo de publicista en Guayaquil y que en realidad no tenía mucho por hacer, delegado el trabajo en sus empleados. Viajaba una vez a la semana a Quito y zanjaba en un día lo que a mí me puede tomar semanas. En este país, decía Caronte, es tan estrecho el mundo de los contactos, que nunca hay que dar muchas vueltas: todos van a los mismos restaurantes, visitan las mismas putas, se casan entre las mismas familias. A nosotros nos puede resultar atractiva la islita de paz. Otro asunto es vivirla. Márchese entonces, le dije, vuelva a Francia o a Praga. Meneó la cabeza, y me cambió de tema. ¿Usted no se aburre en Ginebra?, me preguntó. Frené mi sorpresa de que supiera que me había radicado allí apenas unas semanas atrás, y él, casi de inmediato, sin esperar mi respuesta, satisfecho de hacerme saber que estaba al tanto de mis movimientos, agregó: No sé qué le encuentran las organizaciones oficiales, las no oficiales y las antioficiales a ese horrible pueblito congelado donde nunca pasa nada. ¿No se aburre de Ginebra, Markai?

Vuelvo a mi Raymond Abellio, del que te hablé. Déjame transcribirte lo que dice sobre Suiza en *La Fosse de Babel*: «Este centro inmóvil de la agitación occidental es el lugar de su más alta tensión, el mar de los Sargazos hacia la cual Europa deriva todo aquello que no puede soportar, todo lo que aún no puede soportar de sí misma». Recuerdo estas líneas cuando pienso en la época que Bakunin, Netchaiev, Dostoievski y Lenin vivieron en Suiza y hasta en todos los músicos y artistas de vanguardia que han pasado por allí. Nadie habla de Suiza, La Inocente, La Idílica, hasta que estallan los problemas y se convierte en La Cómplice, La Mediadora Silenciosa. En realidad, es La Impenetrable, un mundo eficaz paralelo al mundo ineficaz en que vivimos. Este libro de Abellio es inquietante por más cosas. ¿Sabes que al hablar de la muerte de Stalin en 1953, dice que ocurrió bajo la conjunción de Saturno y Neptuno, y que esta se produce cada 36 años? La conjunción anterior había ocurrido con el triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917, es decir, 36 años antes. Lo que no dice Abellio, pero coincide con su teoría, es que la conjunción anterior ocurrió en 1881, ¡justamente cuando Alejandro III se convierte en zar y su policía secreta mata al hermano mayor de Lenin! Y no sigo con las fechas hacia atrás porque siguen coincidiendo. Después de 1953 la siguiente conjunción deberá ocurrir en 1989, 2025, 2061, 2097 y de allí para adelante. Abellio publicó su libro en 1962. Alcanzaremos a ver la que deberá ocurrir en 1989, sólo faltan 3 años. No creo que lleguemos al 2025, o lo haremos en una cama de hospital en medio de un laberinto de tubos y jeringuillas, o en silla de ruedas. Un espanto.

A Caronte ni por asomo le hablé de Abellio. Más bien le dije que no me aburría en Suiza. Quizá se debía a que yo nunca estaba ahí. Ni mucho menos, dijo, lo que ocurre es que usted es joven todavía, Markai. Ya se cansará. Todavía no tiene hijos,

que ellos anclan, y entonces empezará a aburrirse por quedarse anclado. Ahí dudé, querido Imón. Él sabía que yo jamás tendré hijos, así como a él yo no le conocía ninguno. Me equivoqué, y lo he descubierto en este viaje. Caronte sí tiene hijos, viven con la madre, con la que nunca se llegó a casar pero les reconoció la paternidad. No te sigo contando más de esa conversación de años atrás con Caronte porque ya debes estar echando furias por mis rodeos. Lo concreto y novedoso es que finalmente confirmé que Caronte va y viene, no a su atolón del Pacífico, sino a México, al DF, como te dijeron. Lo lleva haciendo los últimos meses. Me reuní con el alemán que trabaja para él desde los años de París, el buen Dieter, que se ha quedado como gerente general de la agencia de publicidad en Guayaquil y que no tiene la menor idea de lo que hace su jefe tras bastidores. Es incansable, me dijo Dieter, y observándome desde su discreta melancolía germana que deshace con una sonrisa en la mirada añadió: Usted también lo es, Thomas. Dieter es un ilustrador talentoso y un pintor de obra casi secreta que firma con el nombre artístico de Peer por una anécdota extraña que tuvo con Picasso, y que no viene a cuento. Verlo es como verme del otro lado del espejo, del lado apacible: se vino muy joven a América Latina por la oferta de trabajo que le hizo Caronte y se quedó. La única diferencia es que él casi nunca vuelve a Europa, mientras que, ya me ves, yo vengo a América Latina como si fuera una pelotita de ping pong. Conversé largo con Dieter, le consulté por la situación de las empresas en el país, le pedí que me hiciera un logo y una papelería. Para Dieter la movida a México de Caronte es meramente por una cuestión de oportunidad empresarial, pero entiende que es toda una paradoja con su sueño de tranquilidad. Nunca entendí la relación entre ambos. Caronte lo mantiene aislado de su trabajo clandestino. De eso estoy seguro. Caronte, Caronte, qué enigma. Recuerdo que el Pájaro le tenía inquina a los judíos

comunistas del Este y nos advirtió sobre él. No le hicimos mucho caso porque Caronte siempre tenía información valiosa y ayudaba como puente en París. ¿Quién podía sospechar de él? Se fue alejando de Francia poco a poco, con estadías cada vez más largas entre Suiza, España y Portugal, como si estuviera buscando salidas. Debió concluir que no lo eran. Tenía que irse más lejos. Cuando dijo que se iba a vivir a Ecuador parecía que se había cansado o que le rondaba ese fantasma atroz del suicidio de su hermana. Eligió irse al otro lado del mundo, casi como si estuviera haciendo una expiación. Una vez me había dicho que vivir en París lo exponía demasiado a que lo siguieran buscando los conocidos y contactos del otro lado de la Cortina de Hierro, tanto los que necesitaban huir como lo que necesitaban entrar. Ni siquiera en Pornichet estaba libre. Era el hombre de referencia. La gente imagina que en nuestro trabajo todos quieren entrar, cuando la constante es que se quiere salir, romper la disciplina militar, deshacerse de los compromisos que obligaron al reclutamiento, volver a la vida tranquila de los mínimos desórdenes. Ese hiato entre la instalación de Caronte en Ecuador y su regreso a las operaciones debió alertarnos. Alguna conversión se produjo en él, la apertura de un doble juego, y yo no me di cuenta de ningún indicio cuando me invitó a Ayange. Se lo trajo a Dieter como director de arte y montaron tan bien la agencia de publicidad que bajé la guardia. Recuerda el estribillo del Pájaro: un judío comunista no es más que la suma de un adjetivo a un sustantivo, y que un adjetivo, con el tiempo, puede cuartearse como una vieja carcasa y venirse abajo, dejando lo que es a secas: un judío. Los judíos tienen los viejos vicios de la redención personal. A la larga vuelven al redil de su guetto. No tengo la menor duda de que él se encargó de facilitar las operaciones de los mastines del guetto en Ecuador. ¿No les habrá gustado a los mastines del Mossad el apoyo de los libios a las organizaciones?

¿Qué le habrán hecho creer para traicionarnos y traicionarse así luego de haber dedicado la primera parte de su vida a luchar contra el fascismo? ¿O es que acaso el fascismo era un fantasma provisional? En cualquier caso, parece que las buenas relaciones que tienen aquí los libaneses con los judíos podían correr riesgo. Los libaneses con los que hago los negocios de Markai lo tienen claro y me lo han dejado caer. El secuestro y asesinato de Nassib Bitar el año pasado fue la piedra de toque y están hartos. Bitar no sólo dio el dinero de su secuestro, dicen, sino que parecía dispuesto a financiar a los Hermanos Menores. Nunca quedó claro si lo iba a hacer para evitar nuevos secuestros y ataques a sus empresas, o para marcarle el territorio a los mastines que trabajan al margen de los empresarios judíos en el extranjero, o incluso para tener algún tipo de injerencia en los gobiernos de turno a través de los subversivos. O todo al mismo tiempo. Tampoco descarto que Bitar perteneciera a esa minoría que heredó la nostalgia por los Altos del Golán, quizá porque no existen los perfectos pasados idílicos, querido Imón. A fin de cuentas, la primera crónica de asesinato en la historia de la humanidad ocurrió entre hermanos. Y nosotros en medio de este berenjenal, resolviendo peleas remotas en un tercer país para que no interfieran con nuestro control de los movimientos guerrilleros y dar ejemplo con mano firme. Viste bien lo del paso de Caronte a México. Pero no todo está perdido, Imón. Si tenemos que evitar las dificultades de un operativo allá, tengo resuelta la manera. Lo zanjaremos en Ecuador sin consecuencias, desde aquí no repercutirá ni llamará la atención. Caronte vendrá de México en unas semanas para la boda de una de sus hijas, me confirmó Dieter, que se adelantó a invitarme, aprovechando que estaré en Quito. Será la despedida de Caronte. Cuando ya estaba a punto de marcharme de la oficina de Dieter, entre el trajín de gente que entraba para consultar o pedirle una firma o la aprobación de un

diseño, apareció un tipo sobre el que te voy a dar más detalles. En ese momento no le presté mucha atención. Era uno más de los publicistas estirados y esnobs que, a diferencia de Dieter, creen que controlan el mundo con su cosmética de la imagen y sus estudios de mercado y esa clasificación por *targets* y horas de *rating*. Sólo que éste es de cuidado. Llevaba un saco beige impecable, de corte italiano, y una camisa de cuello abierta como si estuviera satisfecho de haberse liberado de la previsible corbata. Su apellido es Dacal.

Supe más de él cuando me reuní con dos miembros de los Hermanos Menores que operan en Guayaquil. Están dispuestos a llevar acabo el operativo de Caronte. La dirección de su organización lo aprobó de inmediato. El comandante Pablo está agradecido por haberlo incluido en la convención en la isla. Ironías de la vida: los dos hermanos menores fueron parte de la delegación que se entrenó hace un par de años en Libia. ¿Ves hacia dónde hay que rastrear la fuente? Los hijos putativos de los libios se van a cargar a un reciente hijo putativo del Mossad. Será un lamento a miles de kilómetros del Muro de los Lamentos y volverá allá, puede que anotado su nombre en un papelito que encajarán entre las piedras del Muro. Círculo cerrado. Será sólo una cuestión de higiene y de honor, si quieres llamarlo así, y habrá que olvidarnos de este país por un tiempo porque no habrá manera de operar con los mastines del guetto dando tantas vueltas, y más después de que se cumpla lo de Caronte. A la larga él tenía razón, aquí todo se está echando a perder. Es decir, que pasa a ser otro escenario operativo como el resto.

Estas semanas la célula de los Hermanos Menores se ha dedicado a preparar el operativo y estudiar tanto los movimientos de los empleados de la empresa de Caronte como las actividades de su familia, el departamentito que en principio tiene

vacío en el centro de la ciudad y también la casita de Ayange. Digo que en principio tiene vacío ese departamentito porque en realidad no es así. Por eso quise esperar a enviarte este informe, hasta tener los primeros resultados. Y ya los tengo. Todo empieza a encajar. Han detectado a un tipo que va un par de veces por semana, se queda entre una hora u hora y media, y luego se marcha. De entrada descartaron que fuera alguien que hacía limpieza. Entraba con una mochila y salía con la misma mochila. En una ocasión llegó cinco minutos antes de una mujer joven, alta, de pelo negro, lacio, y salieron dos horas después casi al mismo tiempo. La mujer debe tener unos veintitrés años. Luego averiguaron que ambos son empleados de la agencia de Caronte. Ella está casada, y no importa para nuestro trabajo. Él sí. Es Dacal. El resto fue fácil encajarlo y nos remite nada más que a Nassib Bitar. Este hombre es el responsable de las cuentas publicitarias de las empresas de Bitar en la agencia de Caronte, y estuvo en Francia mediando para el pago del secuestro de Bitar. Es casi seguro que es un pupilo directo de Caronte. Viaja mucho al extranjero supervisando las filmaciones de *spots* para las empresas de Bitar, básicamente Lima, Santiago, Miami, Buenos Aires, Bogotá, y unas pocas veces a Francia, España e Inglaterra. Justamente de eso habló unos minutos con Dieter en la agencia, dijo que había ido todo bien en Lima y que pensaba tomarse unas vacaciones por allá. Se marchó rápido y ni siquiera buscó hacerme conversación, como si yo no existiera. Cuando salí de la oficina de Dieter, pasé junto a la mesa de reuniones que se podía observar tras una cristalera. Dacal estaba de pie, rodeado de un grupo de chicos, observando unos diseños y maquetas que los chicos parecían exponerle para su evaluación. Empuñaba una gruesa estilográfica con la que iba marcando indicaciones en los papeles. Me quedé de pie para que se diera cuenta. Sólo movió los ojos, me reconoció, ningún

movimiento del cuerpo, ningún gesto y siguió con los chicos. Habrá que seguirle la pista.

A mi regreso a Quito, decidí dejar plantada a Karla ese día para hacer un chequeo por si Chiang había movido algo. No detecté nada. Así que el jueves nos reunimos en la Casa de Reposo y empezamos el entrenamiento. Ella responde muy bien, se aplica a conciencia y escucha atentamente. Sólo pregunta cuando es necesario. Su estado físico es notable. La puse al día en técnicas de chequeo y contrachequeo, escritura invisible, micropunto, recepción radiofónica, kárate, cerrajería, y peliilustración de cartas. Se aburría un poco con las viejas técnicas de radiotelegrafía internacional. Mejor un fax, decía cuando se equivocaba con las claves Morse. Cuando la noté perdida empezamos con los métodos de obtención y análisis de información. Nunca pensé que fuera tan embrollado el asunto, me dijo, ¿cómo haces para no perderte con tantos frentes de batalla? No es tan difícil, le expliqué, siempre tienes que imaginarte que cualquier figura, cualquier acción, cualquier lugar, rostro o nombre, tiene varios lados. Quieres decir algo tridimensional, como un cubo, dijo Karla. Más que tres lados son seis, le expliqué. ¿Seis?, se preguntó sorprendida. Sí, le dije, y nunca apuestes por uno sólo. Fija en tu mente cada lado. De inmediato dale la vuelta seis veces hasta volver al punto de partida. Interpreta primero uno a uno, y al final interprétalos en simultáneo, como si marcharan a enfrentarse con el enemigo al mismo tiempo, en una sola línea. Nunca olvides que un mensaje puede estar escrito por un espía leal y su información ser veraz. Pero un mensaje también puede estar escrito por un agente leal que sabe o prefiere dar información parcialmente exacta. Incluso puede estar escrito por un agente leal con información completamente inexacta. Luego el asunto se complica cuando el mensaje está escrito por un agente doble y los datos ser totalmente falsos. Más difícil es cuando está escri-

to por un agente doble y la información tiene partes verdaderas, lo que puede llevarte a creer también las partes falsas. Éste es el principio eficaz y perverso de la mentira. La forma más difícil a interpretar es la sexta y la última, cuando el mensaje está escrito por un agente doble y toda la información es estrictamente verdadera. ¿Y esto por qué es un problema si lo que dice el mensaje es verdadero?, me preguntó Karla. Porque aquí no importa el mensaje sino el mensajero. Por culpa de esa verdad no podrás saber nunca para quién trabaja el mensajero.

Esto lo repetimos varias veces hasta que pudo asimilarlo. Lo que le resultaba doloroso era lo de montar sus mantos. Yo a veces ni podía con mi pequeño manto, dijo Karla, más de una vez quise comunicarme contigo por lo que me empezó a pasar con los mantos. ¿A qué te refieres?, le pregunté. Seguramente lo debes haber pasado tú también, Thomas. Eso de armarte una historia con la vida de otra persona, o inventártela mejor dicho, me resultó más difícil de lo que pensaba. Había veces en las que sentía que yo misma me creía mi propio manto o tapadera. Y cada vez que pasaba por los barrios en los que viví en Bogotá, tenía al mismo tiempo ilusión y miedo de cruzarme por la calle con alguien que me reconociera. Me asustó descubrir que si evitamos ciertos centros públicos y no volvemos a los barrios, uno podría no volver a ver nunca más a un conocido. La casualidad siempre acechaba. Incluso hay momentos en los que siento nostalgia de las personas que me rodearon, que a lo mejor, si se preguntan por mí, podría yo aparecer de pronto y decirles cómo estaba, lo que había ocurrido con ese otro «yo» que había sido yo misma. Me alejaba, Thomas, me alejaba muchísimo en cada uno de mis mantos, temía perderme a mí misma en esa sucesión de cajas chinas de mis desdoblamientos. Karla se quedó callada como si la última frase la hubiera agotado, y yo más bien sentía que me había llenado de claridad.

Esta chica pensaba en *un soplo de aire que sostiene un cuerpo ajeno*. ¿Puedes creerlo, Imón? La maldita poesía buscando escaparse por cualquier grieta. Sobre eso vamos a trabajar, le dije, no te preocupes No le dejé ver mi sorpresa. Se la veía que estaba turbada. No la culpo. La dejamos marchar demasiado rápido y no la preparamos lo suficiente. Sobrevivió, a diferencia de tu despampanante Eglantine. Con Karla el error fue mío al acceder a tu prisa, lo reconozco. Tú sabes mejor que nadie armar minuciosos mantos, eso siempre te lo he reconocido. Has sido siempre lacónico en tus instrucciones. Con los mantos te explayabas. ¿De dónde te viene ese don?, me he preguntado más de una vez, ¿de tu vieja afición por los guiones? ¿De tu voracidad por las novelas? El mío de Thomas Markai te quedó impecable, apuntalado en aristas de la realidad y, sin embargo, algo completamente nuevo: ciudadano francés de origen húngaro por parte de padre, con madre mexicana, residente dócil y aséptico de Ginebra, en visita de negocios por medio mundo para importadores de fruta a Europa y voluntarioso miembro del directorio de la Fundación Faberkorn como compensación a su abandonada carrera de psiquiatra. Todo parece abandono en él. No se le conocen hijos ni mujer. Markai es lo suficientemente escurridizo para un occidental medio y permite combinatorias inverosímiles.

Sin embargo, querido Imón, la invención, por extrema y minuciosa que sea, no se iguala a la experiencia de pasar por sucesivos desdoblamientos. Porque una cosa es fabular o leer los mantos, y otra muy distinta interiorizarlos, fundirte con tu manto. A veces he tenido pesadillas en las que yo llegaba a la Isla, te llamaba por teléfono y olvidabas alguno de mis nombres, no me reconocías. Otras veces he soñado que te iba a buscar a tu despacho y pedía que te entregaran algunos de mis informes pensando que a lo poco que los leyeras me recono-

cerías. En mis sueños tu secretario regresaba de tu despacho a puerta cerrada y me devolvía el informe extrañado: yo le había dado papeles en blanco. Terrible eso de depender de que me leas y que, de pronto, no hay nada escrito, ¿no? Por eso mismo sé lo que me dirá Karla cuando empecemos el entrenamiento. Fíjate que al comienzo, cuando empecé con los primeros mantos yo estaba estusiasmado como todos. Era como una travesura, un juego en el que te conviertes en el centro del mundo. Te sientes importante por defender tu ocultamiento en una ciudad sitiada. Pasas a ser otro y sólo tú sabes quién eres realmente y los demás caminan delante de ti conociendo uno u otro nombre, pero desconociendo el que tú sí sabes y ocultas. Luego, claro, el asunto se complica y la ubicuidad se vuelve asfixiante por exigente: los itinerarios deben ser fieles al nombre, las palabras y la entonación acorde al rol, los datos deben ser escuetos y con margen de ambigüedad para que el tiempo y el espacio dejen puntos de fuga y a uno no lo ahorque su propia ficción, y las prolongaciones del manto, las vidas de los allegados y amigos que también deben ser inventadas y corresponder. Ahora entiendo por qué a esos viejos novelistas se los ve tan fatigados, con los hombros caídos y la cara trenzada de arrugas: no debe ser el trabajo de escritorio, sino la simulación autoimpuesta por la imaginación, sin la ventaja nuestra de que el manto te hace conocer gente real. Y luego está la capacidad para improvisar, ese «minuto conspirativo» luego de que te han preguntado quién eres y qué haces, donde debe encajar el manto o la posible coartada, la soltura para negar e insistir que hay una confusión y que el que suponen que eres no es tal sino otro, atado al malentendido de lo que es próximo y se parece. Hay que tener los nervios de acero y el rostro apacible en esos momentos. Esa dislocación, ese desdoblamiento, tiene un precio alto, querido Imón, el que desconoces. Tenlo presente para

el resto de la división. Lo que al principio es la aventura de desdoblarse, de liberarse de lo que uno debía o tenía que ser por lo que uno quisiera ser, o simplemente por lo que uno podría ser, se vuelve un despliegue de controles y minúsculos engranajes que permiten la coherencia, las «esferas de atención» que decía el viejo zorro de Stanislavski. Siempre te tomaste a poco seguir los estudios del gran director de teatro ruso. Ahí está la clave de cualquier simulación. Es decir, abandonar lo antes posible la idea de que es una simulación, no pensar en lo que ocultas que vas a hacer, sino detenerse solamente en lo que debes representar, olvidando el objetivo. Paradójicamente, entre tanto rigor de memoria, olvidar es la clave para ser otro, más que ir a la contra específica frente a lo que has sido o debes ser, porque entonces lo que te desconcentrará será el miedo a fallar. El aspecto más fascinante y turbador es ese margen o frontera en la que empiezas a identificarte o asumir los atributos de tu tapadera, del personaje que te asignan, y que, mejor dicho, tienes que inventártelo aunque te lo asignen, como si fuera posible buscar cobijo en él, y que, por supuesto, te lo proporciona y logra que, cuando te detengas frente al espejo, no te veas más a ti mismo sino al otro. De niño solía quedarme diez o quince minutos mirándome fijamente en el espejo hasta que veía desdibujarse las líneas de mi rostro y era otro rostro el que asomaba, con otros rasgos, otro color de ojos, otra boca, otro corte de pelo, otra edad, a veces hasta otro sexo. No es que viera una línea claramente perfilada, qué va, más bien era como un brochazo de gestos, trazos vibrantes e inestables que permitían asomarse al fantasma de reemplazo. Más de una vez creí ver el rostro del demonio. No era terrible sino hermoso, como el del grabado de Blake sobre la caída del ángel más bello. Fue ahí, querido Imón, cuando entendí mi verdadera naturaleza. Ahora los espejos ya no son

ese espacio de encuentro, sino una rutina de trabajo, la ventana a mi oficina permanente por la que entro desde cualquier parte del mundo. Rápidamente dejé los intentos de maquillarme o teñirme el pelo, manera ramplona de jugar al payaso. Y no tolero teñirme el pelo, salvo las canas, que te hacen demasiado memorable. Como mucho aceptaba un cambio radical de peinado, ropa opuesta a mis gustos habituales y algún artilugio: mi inagotable colección de sombreros abandonados, bufandas o pañuelos rotundos, o pasar de una mochila a un maletín o a una caja de herramientas y nada más. Lo importante era el nombre nuevo, el oficio elegido, la diligencia en curso, la prolongación tentacular de las historias de las personas a las que estaba vinculado por mi manto. Imaginarlas más a ellas que a mi propio manto. Eso siempre ha sido como abrir heridas en lo real con un bisturí aplicado sobre el temperamento y el pasado, sobre todo el pasado, de donde podemos saquear mil referencias creíbles e inexpugnables para nadie más que nosotros mismos. Pero como te digo, hay un momento en el que te pierdes. De eso hablaba Karla con cierto temblor. Te entra la sospecha que perderás la memoria, que nadie te reconocerá, que te has identificado demasiado con tu manto, como si hubieras metido lo más importante en una sola caja de seguridad y perdieras la clave. Da vértigo, se te confunden nombres y memorias y temes fracasar y ser descubierto. Lo que le pasó a Karla. Sus cuadernos de trabajo, de los que te he hablado elogiosamente, te lo revelarán si los lees algún día. Registró cada uno de los mantos que había tenido. Empezaba cada uno señalando el nombre adoptado: *Me llamo Clara*… *Me llamo Ida*… *Me llamo Ana*… y así por el estilo, decenas de pequeños mantos hasta el último cuando la encarcelaron en Colombia. Por suerte ella los ha escrito y así desahogó su *espíritu*… Literalmente: des-ahogó. Solamente allí pudo volcar cómo caminamos al

borde de la locura con el *espíritu* a punto de trizarse. Seguramente te debes estar riendo porque uso palabras del léxico burgués y contrarrevolucionario. Pues yo creo en el *espíritu*, querido Imón, no como el fantasma a la deriva de cualquier teología, sino como la chispa que me permite el retorno en el desdoblamiento. No es la repetición y la costumbre la que fija tu identidad, ni siquiera el nombre o el cuerpo, sino ese soplo de aire. Ese mismo soplo te abre la puerta de salida y te trae luego de regreso. No es la memoria la que opera en última instancia, porque hasta ella se engaña o puede ser engañada, sino esa chispa esencial que no pierde sus dominios aunque se la opaque o margine o excluya. Es allí, querido Imón, cuando se empieza a superar el vértigo de las identidades, cuando las tapaderas dejan de ser ese cúmulo de datos que tememos no controlar. Ya usé la palabrita incordiante: *identidad*. ¿Idéntico a qué? ¿A sí mismo? Qué estafa, querido Imón, la identidad, un mero cúmulo, una carcasa de la que no sabemos escapar y de la que no queremos escapar por miedo al vértigo connatural a nuestra condición. Siempre somos demasiados. Ustedes quieren que los que se incorporan pasen muy rápido por ese proceso y yo he debido insistirles en que no escatimen tiempo y energías, que no es una cuestión de aprender trucos y memorizar el manto. No, qué va. Ese proceso tiene su ritmo. Quienes terminan cayendo derrotados son aquéllos que, demasiado urgidos por ustedes o por las necesidades del momento, quieren pasar muy rápido a la acción. Son meros peones, querido Imón, peones como en el ajedrez, y por lo tanto marchan primero, condenados a caer. Fíjate que los delatores, así como los cándidos y los que terminan muertos, siempre tienen un rasgo en común: son los urgidos en incorporarse y participar en operativos. Entusiastas pero ineficaces. La prisa no sostiene nada y se consume a sí misma. Yo siempre debo recordarlo, y quizá

por eso me alargo tanto con esta deontología al paso, que hay que imaginar hasta las últimas consecuencias, imaginar hasta aquellos deseos que no son los nuestros sino los de nuestra imaginación, imaginar hasta agotar las ramificaciones de lo posible, olvidándonos a nosotros mismos como si no pudiéramos volver atrás y ya no le importara a nadie que volvamos atrás, y ahí, justo ahí, cuando hemos dado todo y estamos anulados, quemados todos los puentes, aprendemos a volver. Como en el ajedrez, querido Imón, es necesario que los peones no puedan mirar hacia atrás, porque lo más importante sigue atrás —torre, caballo, alfil, dama, rey— y se podrán mover o defender gracias a la ceguera lanzada de los peones, instalados en la rigidez del presente del que te hablaba, de un solo movimiento por vez. Eso fue lo que me molestó con Eglantine Mommas, convertiste en un peón lo que, con paciencia, pudo haber sido un alfil o una reina, o una de mis pacientes troyanas.

Como sabes, rompo siempre mis informes. Al principio cometía el error de guardarlos, como si no quisiera perder mis referencias, hasta que entendí que es absurdo, que ya alguien, tú, se encargaría de cuadrar las contradicciones. Quiza esto te parezca embrollado e inútil. Es mi conclusión y debo encontrar mil formas nuevas para que cada uno de mis reclutadas pueda entenderlo. Karla tocó un fondo, ella lo sabe. Lo que le queda por descubrir es que ese fondo no es el final, que los niveles se siguen abriendo al infinito y que en esa caída, fondo tras fondo, como quien baja por un desfiladero, debe aprender a aferrarse a sus temblores. Ya sabe que tendrá que separarse de su hija, lo que también me permitirá ver cómo se desenvuelve sin ella y para que mi trabajo en la Residencia no despierte sospechas. Activaré un manto real con Karla: Thomas Markai, el amigo de su tío, a quien conoció en Alemania hace años, la

lleva a una cura de reposo por una depresión debida a su fracaso vocacional como actriz de teatro en Colombia. La causa verdadera, que supuestamente se debe mantener en reserva, es que el padre de Tania murió en un atentado en Colombia durante los primeros meses de embarazo y ella necesita cumplir ese luto, postergado por la crianza de la niña. Como ves, la realidad es la mejor máscara. Firmado: Taltibio.

De: Taltibio. A: Imón
Lunes, 27 de octubre de 1986. 13h25

No te sorprendas que te escriba por la ruta dos. Acaban de decir por la radio que el comandante Pablo ha muerto anoche, pero aquí en Quito. ¿No se suponía que solamente se lo entregaría en Panamá? Reconfirmaré en las próximas horas. Y como preveíamos, Caronte volvió a Guayaquil. Llegó el sábado en la noche. Así que sí está operando por su cuenta. Lo nuevo vino por el lado del Contacto, efectuado en simultáneo para intimidarnos. El mismo sábado asaltaron su local y le destrozaron la cabeza y la nariz a punta de golpes con su cafetera italiana. Tiene un traumatismo craneoencefálico, el tabique destrozado y permanecerá en la clínica las próximas semanas. Hubo un supervisor, porque fueron tres hombres, según le alcanzó a decir a su sobrino. Robaron el dinero que tenía en el local para fingir el asalto y luego lo incendiaron. Seguramente por los aparatos de escucha. El tercer hombre debió encargarse de retirarlos y luego ordenó la limpieza de rastros. Por precaución, envié a Karla a la zona selvática que realmente teníamos prevista. La dejé irse con la niña. Le tuve que prohibir que vea a su tío. A partir de este momento, lo mejor será que tú también cambies a ruta dos. Firmado: Taltibio.

De: Taltibio. A: Imón
Martes, 28 de octubre de 1986

Nuevos datos. Dicen que el comandante Pablo cayó en un operativo al noreste de Quito; que lo capturaron en Panamá, lo interrogaron sin duda, improvisaron un plan y lo trajeron en veinticuatro horas. La versión montada es que se resistió, atrincherado en una casa de seguridad. No hay tal casa, me explican los Hermanos Menores. Dicen que lo trajeron muerto desde Panamá. Están nerviosos. Aunque no sospechan. Les dije que se olviden de Caronte, que yo me encargaría después de la boda de su hija. Si no encuentro la oportunidad, dejaré la operación abierta, para cuando se calme el revuelo y los Hermanos Menores puedan cumplir su venganza. Será su último trabajo. Quedan disueltos. Mi fecha de regreso es la misma.

VI. EL DEMONIO DE CANTUÑA

1

Dijo que debíamos hablarle a Raulito de los viejos tiempos, recordarle experiencias compartidas, mientras más emocionantes mejor, preguntarle por lo que había hecho la semana, el día, la noche anterior, la mañana de ese mismo día. También apuntalar nombres, inscribir calles, mencionar barrios, monumentos, señas, como quien marca una frontera, evoca un muerto y pone a bailar los hitos del tiempo, aunque se solapen y confundan: esa sería la única rehabilitación. Y que siempre tengamos presente que el cerebro, añadió el doctor Villarreal, es un órgano y la memoria el resultado de su funcionamiento, que si no se lo ejercita se atrofia y muere, y que si no conocíamos la teoría de Ebbinghaus sobre la curva del olvido. No, no la conocíamos. Dijo que con más razón teníamos que aplicarnos a que Raulito cultivara su memoria. ¿Eso dijo? Eso mismo, flaco, lo soltó de golpe, sin darnos respiro. Aún así no nos garantizaba que Raulito recuperaría la memoria por completo, le dijo Álvaro a Kazbek, sobre todo la memoria reciente, pero si no lo hacíamos iría a peor. Allí entraba Ebbinghaus, explicó el doctor Villarreal. Ebbinghaus demostró que al no repetir lo que se ha aprendido, en una semana sólo retenemos el tres por ciento. Esa es la curva del olvido. Lo que ocurre una vez y sólo se cuenta una vez es como si no hubiera existido. Así que repitan, no se corten, insistan, machaquen con las repeticiones, dijo Villarreal, si no la memoria se le escurrirá a Raúl como granos de arena entre los

dedos. Tuvo que haber sido terrible, ¿no, Álvaro?, le dijo Kazbek. Ni me lo digas. A veces era yo quien quería haber perdido la memoria, olvidarlo todo y partir de cero, quizá eso habría sido mejor que lo que empezaba a pasarle a Raulito: caía en huecos de memoria impredecibles o lo iluminaban fogonazos de historias, más bien hilachas que entraban sin preámbulo en la conversación, o lo miraban rostros para los que no hallaba nombres ni apellidos o, lo que era peor, nombres y apellidos y apodos que de pronto brillaban en medio de la nada y quedaban a la deriva sin adherirse a ninguna mirada, a ningún gesto o a ningún rostro. Tocaba entonces hacerlo agarrarse al menor saliente, al más minúsculo asidero, para sacarlo a flote. ¿Es decir que Coloma perdió la memoria de pronto, Álvaro, de la noche a la mañana? ¿Así, de pronto?

Fue en la noche de San Juan, en Barcelona, extinguidas las fogatas y con los últimos cohetes y petardos que estallaban rezagados con un estrépito inútil porque ya eran anchos el silencio y la fatiga de la madrugada, que Álvaro le empezó a contar a Kazbek lo que le había pasado a Raulito, lo que le había pasado a él mismo, una larguísima y requebrada confesión que borraba tiempo y espacio y disponía para ellos una caminata sin límites, o que iba abriendo los límites si había que ampliar detalles, continuar una anécdota abierta, descansar en el giro de un detalle hasta perderse en una digresión que parecía alejarlos del camino principal pero que resultaba al revés, los devolvía con un nuevo vigor a la línea que creían abandonada. Tenía que hablarlo con alguien, viejo, ya no podía dejármelo adentro luego de tanto tiempo. No fue repentino, ocurrió meses después de haberlo conocido. Quizá esperé tanto tiempo porque se me había pegado esa prudencia de los catalanes, que no te abren los brazos de inmediato, sino que te escuchan y sólo luego de un tiempo, cuando saben que te quedas entre ellos y te conocen, no

sólo que te abren los brazos sino que, si te ven cayéndote en el abismo, te agarran y ya no te soltarán nunca, amigos fieles hasta el último círculo del infierno. Así que cuando me di cuenta de que Kazbek era un buen amigo, más bien un hermano menor si quieres, y que nada parecía saber de esos años, y que te apreciaba, no sabes cuánto, viejo, y que también él podría perderse en Barcelona como me perdí yo a su edad en París, le empecé a contar nuestras historias. No lo hice porque pensara que ellas le resolverían algo, porque ninguna historia resuelve nada, como mucho se resuelve a sí misma, aunque la posibilidad de resolverse a sí misma es una esperanza. Así que esa noche de San Juan, en medio de la irrealidad de la larga noche del verano y de la atávica necesidad de expulsar demonios que hoy nadie puede ver, había aceptado la propuesta de Kazbek de irnos a caminar por la Barceloneta. Yo llevaba años evitando caminar por las calles en San Juan. Prefería ver los fuegos artificiales desde el balcón de mi casa, cenando con amigos, y dejaba para los demás que caminaran junto a las fogatas que siempre me parecieron artificiales en medio de la ciudad, salvo las de la playa, que sí me gustaban. No resistía a los borrachos ingleses y alemanes que dejaban la playa hecha una porquería. Si fui se debió a que a Kazbek se le había metido uno de sus fetichismos: debíamos ir por la Barceloneta porque casi cuatrocientos años atrás, justamente en la noche de San Juan, habían estado Don Quijote y Sancho Panza en Barcelona, y allí, en el puerto de los pescadores, en el extrarradio de la antigua ciudad del siglo XVII, había salido Don Quijote junto con Sancho y se había enfrentado al Caballero de la Blanca Luna. Pendejadas de Kazbek, pensé como si lo hubieras dicho tú mismo. Bueno, no estaba mal caminar un poco aunque fuera en San Juan y darle gusto. A pesar de que él ya llevaba un tiempo en Barcelona, nunca había visto cómo se celebraba esa noche, y algo había además, no sé si demonios o pura fantasía, en que hu-

bieran pasado casi cuatrocientos años de ese combate del Quijote. Más ridículo me sentí cuando pensé que yo había cumplido cuarenta y cuatro años y que no estaba tan lejos de la edad de Don Quijote. ¿Cuándo se me había escapado el tiempo, Raulito? Fuimos a comer temprano al Puda Can Manel, pedimos una paella de mariscos, nos mandamos dos botellas de vino blanco bien frío y no paramos de conversar. Me terminé sintiendo en confianza con Kazbek para hablarle. Y hablé, vaya si hablé. Hablé sin parar, tan concentrado en lo que decía que dejé de ver a la gente, a las fogatas, a los borrachos. Debía ser el vino, el aroma de la pólvora que esparcía la brisa del mar, los contornos difusos de esquinas y rostros durante la noche. Mientras mi voz era cada vez más nítida, a mi alrededor se desdibujaba el mundo, como si de nuevo estuvieras caminando a mi lado, Raulito, comentando mil detalles, historias, chismes. Kazbek debió asustarse, no se esperaba mi confesión, y debió perder la cuenta de las veces que recorrimos el Paseo Marítimo, pasamos el Puerto Olímpico, los espigones de Bogatell, de la Mar Bella, de Bac de Roda, y vuelta otra vez. La noche larga y las explanadas regulares no eran como la abrupta bajada de la vereda de piedras hasta Guápulo, allí puedes caminar sin preocuparte dónde pisas, más bien puedes dedicarte a pensar. Tan concentrado estaba en lo que decía que en algún momento hasta me olvidé de que era Kazbek con quien estaba hablando. Me parecía que estaba hablando contigo, Raulito. Sin embargo, cuando recuerdo esa noche, siento como si te hubiera traicionado. Así como te suena. ¿Qué podía hacer yo? ¿Dime? ¿Qué podía hacer por ti, cada vez te acordabas de menos cosas y te quedabas callado frente a lo que yo te decía? Esa noche me confié a Kazbek porque tú ya no hablabas, viejo. Esa noche las distancias pasaron a la sombra y fue la noche de los tiempos. ¿Te das cuenta? Teníamos que llegar a las tinieblas para que la conversación con Kazbek volviera a traer la luz. Él

estaba intrigado por saber lo que te había pasado, cómo fue qué se te agujereó la memoria y yo se lo conté desde un principio, volcándome a evocar lo que había ocurrido los últimos veinte, veintiseis años.

En realidad, Raulito no empezó a perder la memoria de la noche a la mañana. Fue un proceso gradual, estoy confundiendo los tiempos. Tuvieron que pasar algunos años hasta que el doctor Villarreal tuviera un diagnóstico preciso. Raulito estaba entusiasmado con que yo pusiera mis cuadros rojos detrás de sus cantuñas. ¿El mismo Coloma te lo pidió? Él mismo, sí. Yo le había contado lo que había visto en el atelier de Brancusi, que éste había colocado unos cuadros negros detrás de sus esculturas de mármol blanco para que destacaran las figuras. Si te fijas, las esculturas están sometidas al entorno que las rodea, su volumen permite verlas desde cualquier ángulo, rodearlas, caminar alrededor de ellas. Para Brancusi eso era como dejarlas demasiado libres, sobre todo sus esculturas, más bien espigadas y no muy grandes, de manera que un entorno demasiado abierto podía distraer al espectador de la obra en sí misma. Ese fondo negro era un llamado a establecer un punto de vista privilegiado, no el único ciertamente, pero sí uno especial, determinado, donde el contraste con el negro establecía la historia principal. ¿Esos cuadros negros los pintaba el mismo Brancusi?, le preguntó Kazbek. La verdad, flaco, no lo sé, probablemente sí. No había mucha técnica. Eran lienzos al óleo, monocromos. Tendría que averiguarlo. ¿Coloma no te pedía fondos de un color en concreto, con algún detalle? Nada. Simplemente quería que yo le entregara esos fondos, él preparaba un pedestal de chanul, colocaba las cantuñas terminadas y listo.

Kazbek también me recordaba a ti cuando recién llegaste a Quito, Raulito, con tus sucesivas transformaciones. Él había sido redactor publicitario durante algunos años, y aunque lo de-

jaba por temporadas, en sus épocas de pocos recursos retomaba algún proyecto específico, como cuando se instaló en Barcelona, hasta que definitivamente no volvió a trabajar en nada que tuviera que ver con publicidad. Se le notaba que no iba a durar mucho como publicista, que estaba en un proceso de cambios que tarde o temprano se manifestarían. Me di cuenta de eso desde la primera vez que lo vi: el gerente de la agencia entró en mi despacho y me lo presentó como el nuevo director creativo, con ese tonito que Kazbek todavía no podía reconocer y en el que se entrevía la constatación de viejo zorro publicista, de que entraba el brillante jovencito de turno, feroz, taimado, y sin escapatoria. Fue el protocolo de siempre: mirarse, desconfiar, sonreír como un imbécil. Todo cambió cuando el mismo gerente dijo al final, como para ver la transformación, que ambos éramos paisanos. Fue un segundo apenas. Nos observamos con otro rango de curiosidad, viejo. Ahí me di cuenta de que ese chico no era como los otros que habían pasado por mi oficina: en el fondo de su mirada había un remanso de escrúpulos, una conciencia que amenazaba turbarse con sus propios pensamientos, un deseo urgente de cambiar de vida sin saber cómo. No sobreviviría mucho en el negocio de los publicistas. Sin decirle nada decidí que podíamos ser amigos. Al día siguiente fue él quien me propuso ir a almorzar juntos. Desde entonces almorzábamos dos veces por semana en algún restaurante de la Rambla de Catalunya o nos íbamos al Born, y cuando teníamos tiempo bajábamos hasta la Barceloneta. Que no tuviéramos que trabajar en el mismo equipo de la agencia facilitó la relación. Sin querer adopté una suave actitud de hermano mayor, casi paternal, tácita: le empecé a decir *flaco*, cariñosamente, como un cómplice, aunque es quince años menor que yo. Kazbek no me replicó nunca el apelativo, estaba abierto a escuchar y aprender sin pensárselo demasiado. Sobre todo fue su disponibilidad por hablar sobre pintura, una

curiosidad intensa que me recordó los primeros años de universidad, la época de París, los viajes incansables para agotar el mundo. Alguna vez le pregunté por su interés en el arte y Kazbek me confesó que le habría gustado ser pintor.

—Pues pinta —le dije.

—Ya me gustaría —dijo Kazbek—. No puedo sostener un pincel o un lápiz porque de inmediato me pongo a escribir. No sabría qué pintar. Un lienzo me parece una hoja en blanco demasiado solemne y grave. Mientras que las hojas de papel son más de estar por casa, íntimas, invitan al ritmo secreto, y los lienzos son declaraciones en público.

No lo decía con un tono melancólico, ni la sombra con la que yo mismo me había alejado de la pintura en distintas épocas. Kazbek hablaba desde la certeza.

—Lo que sí me gustaría es escribir sobre arte —dijo—. De cada obra se podrían contar miles de historias, dar cientos de interpretaciones.

—¿Un crítico? —pregunté, y creo que sí se dio cuenta de que en mi tono había algo de broma y también de desconfianza.

—No exactamente, Álvaro —dijo Kazbek—, más bien un vagabundo por el arte, un *flâneur*, como dirían tus amigos franceses. A veces me parece terrible que no podamos contar con expresiones en español que transmitan esa misma intensidad.

—Ahí te equivocas —dijo Álvaro—. Hay idiomas que no tienen las palabras que nosotros tenemos. Muchos no sabrían traducir expresiones como *desalmado* o *hermanar*. Y luego le metemos diminutivos y revolcamos las palabras trufándolas de extranjerismos. Es la parte divertida.

Yo le decía eso recordando lo deslenguado que eras, Raulito, siempre salpicando la conversación de malas palabras y juegos irónicos, sarcásticos, incisivos. Kazbek también tenía esa francofilia que quizás en Guayaquil debía ser una rareza,

la del típico alumno de la Alianza Francesa que no se encontraba a sí mismo. Aún así, cuando Kazbek volvía a Barcelona luego de visitar su ciudad, durante las primeras semanas seguía imantado por expresiones guayaquileñas, como si algunas partículas del lenguaje hubieran llevado consigo parte del flujo magnético original y luego, poco a poco, se alejaran, no como un eco que se diluye, sino como si el eco se escondiera en un pliegue rebelde a la dilución, listo para asomar en cualquier momento. Kazbek nunca se desvinculó de su ciudad, a diferencia de mí que me marché de Quito como si hubiera querido dejarlo atrás para siempre. De no haber sido por mi madre, por ti o por Rogelio, quizá no habría vuelto nunca, como si así, huyendo, pudiera hacer lo que quería, pintar mis cuadros rojos que allá no comprenderían. No lo comprendieron tampoco en Francia, y en Barcelona no me había hecho el próposito de ser comprendido, sino más bien de seguir pintando en secreto. Y eso soy, viejo: un pintor secreto. Un día se lo dije a Kazbek cuando lo invité a cenar a mi casa por primera vez. Él pidió ver mis trabajos. Desde ese día no cejó en querer saber más de lo que yo hacía, que por qué el rojo, y que por qué no exponía teniendo tanta obra hecha y guardada. A veces también nos reunimos en mi departamento, bebemos largas tazas de té y comentamos noticias de América Latina o de Ecuador, compartiendo siempre un punto de vista parecido, que nuestros países no tienen salvación. Kazbek se entusiasma y no para de dar vueltas quejándose de lo que ocurría en su país, mientras que yo soy mucho más calmado y sobre todo me dedicaba a escuchalo. Al principio pensé que se debía a su reciente traslado, todavía no lo absorbían los problemas locales, el ritmo de vida que se le terminaría imponiendo. Kazbek siempre era el que sacaba el tema a colación y se admiraba de mi renuencia por lo que ocurría acá, en Ecuador, durante los últimos años.

Él no sabía aún que yo no había querido volver durante diez años a Ecuador luego de la muerte de mi madre, y que recién a partir de 1999 retomaría mis viajes. Para no encerrarnos en el tema, le proponía irnos a ver exposiciones y Kazbek aprovechaba para hacerme preguntas, más bien técnicas, sobre lo que veíamos. En una exposición de Zoran Music, viendo los cuadros de los muertos del campo de concentración de Dachau, Kazbek me preguntó por el tono de madera de los lienzos y le tuve que explicar que no era ningún color aplicado sino la tela cruda que Music había dejado sin imprimación, como en algunos cuadros de Francis Bacon. Kazbek quiso saber si eso significaba algo. Le dije que no lo sabía, que no había una explicación precisa, que se le pudo acabar el color o le ganó la pereza o era una manera de evidenciar que se trataba de una pintura en proceso. ¿Cómo explicar por qué pintamos, por qué tomamos esa decisión súbita en el mismo momento que estamos hablando con el cuadro? A mí también me intrigaba que él nunca hablaba de lo que escribía, y lo sigue haciendo, siempre preocupado más en escucharme, en sus preguntas sobre los materiales y las técnicas de pintura. Hasta que un día, finalmente, cuando estábamos mirando varios de mis lienzos rojos en mi departamento, me hizo su comentario.

—Con tanta obra —continuó Kazbek— no entiendo cómo no has expuesto todavía.

Le expliqué que exponer me parecía un acto excesivo, sobre todo porque una exposición debería tener un único cuadro definitivo, un cuadro que no esté presionado por las vibraciones de los demás cuadros que lo rodean, y que ese cuadro todavía no lo había conseguido, que no pensaba en una exposición como un recorrido sino como un instante absoluto. No una exposición-novela sino una exposición-poema, dijo Kazbek. Más o menos, le dije, la única alternativa sería ir a uno de esos monasterios

benedictinos de la alta edad media, donde se pondría un cuadro por celda y cada único espectador se levantaría todavía a oscuras y contemplaría cómo poco a poco, mientras entraba la luz, el cuadro empezaba a revelar su color.

—Así debería pasar el día entero —dijo Álvaro— hasta que llegara la noche y, poco a poco, a medida que volvía la oscuridad, el cuadro desaparecería ante sus ojos y allí, en ese instante, ya ubicado en plena oscuridad, el cuadro se habría fijado en la mente del espectador. Sólo entonces, con esa experiencia solitaria, el color empezaría a hablar. Por supuesto, esa exposición es imposible.

—Más bien sería un infierno —dijo Kazbek—. No le puedes exigir eso al público.

—Por eso no expongo.

—No lo sé —dijo Kazbek, y se contuvo apenas unos segundos hasta que dijo, con un tono de voz más suave—. Más bien creo que hay algo que reprimes.

Álvaro bajó la mirada. Luego de tantos años, se volvía a sentir indefenso.

—Es probable —dijo—. Quizá se deba a que no tengo nada que contar. ¿Se puede pintar sin tener una historia que contar? Creo que sí. ¿Cuál es la historia que cuentan Mondrian, Jasper Johns o Klein?... Si es que no se las inventan los curadores de sus exposiciones.

—Siempre hay algo que contar —dijo Kazbek—. El asunto es que eso que podríamos contar no nos guste o nos meta en problemas o nos comprometa con algo que no entendemos bien. Precisamente por eso hay que contarlo, Álvaro. Hay que contar eso que no le diríamos ni a nuestro mejor amigo. En ese núcleo está tu fuerza, aunque hayas pensado lo contrario.

—¿Y qué voy a contar? —se exasperó Álvaro—. ¿Lo mismo de siempre? ¿Una gota de agua más en ese torrente bestial

del que venimos? ¿Darle en el gusto testimonial a los galeristas y la crítica para que me den la palmadita en la espalda?

Preocupado por haberse alterado, no se respondió a sí mismo ni esperó la respuesta que podría darle Kazbek. Dejó su taza de té y se levantó del sofá.

—No me hagas caso —añadió—. Probablemente tienes razón.

Sintió que Kazbek lo observaba sin animarse a añadir nada más, tomando un sorbo de su té y dejando que el silencio calmase su arranque.

—No quería incomodarte —dijo Kazbek—. Por eso nos dedicamos a lo que nos dedicamos. Esa incomodidad es la que nos pide liberarnos de ella. Puede parecernos insignificante. Es lo mejor que tenemos. Y con esto no quiero decir que tengamos que dar el testimonio comprometido con el paisito de origen. Sabes que yo mismo evito esa postura. Me refiero a otra cosa. Yo no lo entendí hasta que me lo reveló Peer. ¿Recuerdas los bichos que me dio para escribir sobre ellos?

—Nunca me dijiste si llegaste a escribir sobre ellos.

—Están terminados —dijo Kazbek—. Sólo espero el comentario de Isa en Ginebra.

—Así que finalmente irás a verla.

—Iré —dijo Kazbek—. Además, me vendrá bien tomarme unas vacaciones lejos de Barcelona. Sabes que no resisto el calor del verano.

—Pensé que te gustaba la playa.

—Me gusta la playa —dijo Kazbek—. Lo que detesto es el calor.

Kazbek se sirvió lentamente de la tetera hasta llenar la taza. Añadió una cucharita de azúcar y dijo:

—Te pasaré los textos de los bichos a mi regreso. Antes quiero darte un ensayito que he escrito sobre Landor y su última

obra, *Waldig* o *Claro del bosque*. Ya lo leerás, apenas lo termine, creo que la próxima semana. En cualquier caso, en los textos sobre los bichos estaba la clave, o el disparador si quieres. Esos simples bichitos que querían salir a la superficie por el cráter de un volcán cargaban un infierno, mi infierno. Yo simplemente me monté sobre ellos y terminé escribiendo lo que yo suponía que Peer insinuaba. Resultó ser lo que yo había querido decir hace tiempo. Desde entonces comprendo que no escuchamos a las pequeñas criaturas que nos piden que les demos voz. Dan un poco de miedo porque no sabes qué es lo que dicen con precisión. A veces es sueño, a veces delirio, a veces materiales de derribo para luego levantar con ellos algo inesperado. No lo sé. Pero esas pequeñas criaturas son a las que hay que escuchar. ¿Te acuerdas del final de *Ocho y medio*, la película de Fellini, cuando Mastroianni está divagando alrededor de la enorme plataforma y de toda la gente que lo rodea, que fue apareciendo a lo largo de la película?

Álvaro recordaba. Le resonaron las palabras claves con Rogelio:

Asa nisi masa.

—Estoy completamente de acuerdo con lo que él dice —continuó Kazbek—. Eso de que debemos pedirle perdón a esas pequeñas criaturas que nos han rodeado por haberlas considerado insignificantes, por no habernos dado cuenta de que ellas, al margen, discretas, son lo mejor que tenemos. Mejor dicho: ellas son nosotros mismos. Para verlas, por supuesto, tenemos que dejar de contemplarnos a nosotros mismos en primer plano. Finalmente, es otra vez una cuestión de ego.

—No vuelvas con eso del ego —dijo Álvaro, y miró el cuadro rojo que estaba por encima del sofá en el que estaba Kazbek. Dudaba si empezar a contarle lo que había pasado últimamente,

en los recientes regresos a Ecuador, o ir más atrás, toda la crisis de 1985, de 1986, lo que había pasado con Rogelio, lo que empezaba a temblar en su mente y que quería encontrar salida, y no la encontraba. Kazbek también se dio media vuelta para mirar el gran cuadro rojo.

—Un ego enorme —insistió—. La voluntad de un solo color. Deberías dejar salir a tus propios bichos. Ábreles la puerta, rompe el muro.

—No me digas que ahora quieres figuritas —dijo Álvaro—. Pues hay varias. Si lo miras bien, hay muchas tonalidades de rojo.

Ese cuadro, en realidad, está sobrepoblado de rojos.

—A mí me parece un velo —dijo Kazbek—. No sé de qué, pero es un velo.

Álvaro recordó lo que le había dicho su hermano, exactamente lo contrario, que era un fondo.

—No es ni un velo ni un fondo —respondió—. Es la materia misma del cuadro. Por último, si hubiera una historia, la que fuera, y yo quisiera ocultarla, pues ahí está: oculta. Estoy harto de todas esas historias. Yo las mancho, las cubro. Tabula rasa. La pintura nace en la mancha, pero darle forma a esas manchas sería volver a la realidad, a lo que se supone que es la realidad.

Kazbek también se puso de pie y se quedó mirando el cuadro rojo sobre el sofá.

—No deberías temerle a las historias —dijo—. No todas son iguales. Aquí ya debe estar alguna. Varias, de hecho. Sólo deberías retirar un poco de rojo. Tendrías que correr el telón.

Te juro que Kazbek se quedó un buen rato callado, Raulito, como si afinara lo que iba a decirme y, al mismo tiempo, temiera decírmelo. No me lo dijo en ese momento. Recibió una llamada, se disculpó por la interrupción porque me dijo que tenía que contestar y salió a la terraza del departamento para conversar. Se transformaba cuando recibía esas llamadas

de las que yo estaba al tanto: era esa chica de Guayaquil, Isa, con la que se había reencontrado meses atrás y parecía que estaban empezando una relación. Luego de la llamada, Kazbek volvió a ser el entusiasta de siempre, hablando de Isa sin parar. Le advertí que ese fuego se podía convertir, por la distancia, en remotas señales de humo. Imagínate, Raulito, yo diciéndole eso, con lo que me estaba pasando a mí, con lo que yo venía resistiendo en los últimos años.

—Tienes razón, Álvaro, tienes razón —dijo—. O doy el paso con Isa, o si no esto no irá a ningún sitio.

Yo sabía que daría el paso, que ella probablemente vendría, que Kazbek no se complicaba la vida. Esa noche de San Juan me preguntó por Eliana y yo le conté la historia de cómo nos habíamos instalado en París, que quizá el problema es que ella nunca había ido a Europa y la tenía idealizada.

—No es el caso de Isa —dijo Kazbek.

Me explicó que ella había ido varias veces a Europa, que de niña residió dos años en Suiza y tenía una hermana que vivía en Ginebra. Pensé en cómo estaban cambiando los tiempos, en que ahora se viaja con muchas facilidades, mientras que en mi época, cuando era niño e incluso luego, en mi adolescencia, quienes viajaban lo hacían como mi padre por el trabajo diplomático, o por estudios universitarios, o por trabajos en empresas transnacionales, o como había ocurrido mucho antes, cuando se viajaba por la crudeza de la guerra o la posguerra, huyendo para salvar la vida, o para tener qué comer, viviendo los requiebros del extranjero. Qué ingenuo, viejo, eso volverá siempre. Pensé en lo rápido que pasaba el tiempo y me dio vergüenza pensar en ese lugar común: el tiempo no pasaba más rápido, era uno mismo que se cargaba de interminables pendientes y compromisos, temiendo la lentitud y el aburrimiento del tiempo, al que poco le importamos. Lo que en París había sido un calendario ardiente

de días de esplendor que parecía no acabarse nunca, en Barcelona se me había vuelto una intangible carrera del tiempo sin retorno, monocorde, reiterativa. Kazbek, en cambio, vivía con una intensidad que me recordaba a mí mismo allá en Francia. Quizá fue su entusiasmo el que me contagió y me hizo hablarle de ti esa noche de San Juan, poniendo el cuerpo en cada gesto, en cada palabra, jugándome al hablar de ti, Raulito.

¿Sabes qué, Álvaro?, le dijo Kazbek, todavía se me hace raro que hables de Coloma como Raulito? No puedo evitarlo, flaco, siempre lo llamé así: Raulito. Piensa que lo conocí en el primer año de colegio y era un verdadero desastre. Sin embargo, mira lo que llegó a crear. Lo sé, Álvaro, a mí sus cantuñas siempre me parecieron algo espectacular, por sencillas, no sé, y al mismo tiempo cargadas de toda esa vaina andina medio mística y telúrica, pero sin ponerse a hacer las típicas representaciones indígenas. Es como si esas piedras, de tan calladas, de no tener ninguna figuración humana, hicieran música. Y por eso también me parece increíble que a Coloma no lo haya traído un gran galerista de manera exclusiva. Todavía recuerdo cuando hicieron esa exposición colectiva en el Museo de América, en Madrid, con la última serie de las cantuñas, las resquebrajadas, y la verdad que ahí sí que me dio orgullo, era un trabajo impresionante, monumental. Ojalá que algún día lleven las catuñas de Coloma al Pompidou o a la Modern Tate, ¿no te parece? No lo sé, Kazbek, en el fondo a él le interesaba poco. Pero sobre todo, el principal problema es que Raulito hace mucho que ya no puede hacer cantuñas. Lo que a veces circulan por ahí son falsificaciones de sus asistentes y talleristas. ¿Entonces es cierto que Coloma no puede trabajar? ¿Es cierto, Álvaro?

Cómo le iba a negar a Kazbek lo que te estaba pasando, Raulito. Y aunque se lo dije, viejo, qué sabía él de ti, cómo podría yo resumirle y explicarle quién eres tú y correr el riesgo de cambiar-

le esa admiración limpia y fresca que sentía por ti describiéndole las horas aletargadas y amarillas, rociadas de lejía y espera inútil, sin salida, en la Residencia de Reposo. ¿No estás de acuerdo, Raulito? ¿No te parece?

Trabajó hasta el último momento, Kazbek, incluso cuando recrudecieron los episodios de amnesia. Se las arregló para no dejar de trabajar, de seguir asistiendo al taller o visitar las canteras de Lloa y El Cinto, o como cuando me contó que lo ayudaría el Omoto Pérez.

—¿El Omoto?

—Ése mismo, Ñato.

—Hace mil años que no veo al Omoto, Raulito. Quién iba a creer que terminaría trabajando para ti.

—El Omoto es una maravilla, Ñato. Puede ser todo lo chiquito que quieras pero es grande por honesto y responsable. Se había quedado sin trabajo luego de pelearse a muerte con el viejo Chiang cuando cerraron el Woodstock. Chiang Kai-shek terminó siendo una rata, Cónsul. Lo estafó. Sueldo y beneficios que nunca llegaron, que nunca iban a llegar.

—Como hizo Andrade contigo, Raulito. ¿Te acuerdas?

—Algo por el estilo, Ñato. No sé cómo mi tío Strudel toleraba al odioso de Chiang. Pasaba de vez en cuando por Discos Bedoya y a veces yo mismo me lo encontraba tomándose un café en el Patio de los Cristales, mal encarado como siempre el Chiang Kai-shek. El asunto es que le propuse al Omoto que trabajara conmigo. Casi me besó los pies, Ñato, ya sabes cómo se está poniendo la cosa aquí, no hay trabajo para nadie. Será que coincidirá el fin de este país con el fin del mundo, si es que no nos acabamos antes de la medianoche del dos mil. Si no fuera por el marchante de Nueva York y los compradores gringos, no quiero ni imaginar qué sería de mí.

—¿Y en qué te ayuda el Omoto, viejo?

—Me recoge para ir al taller, Ñato. Trabajo allí unas horitas, dejo indicado a mis asistentes lo que tienen que hacer y luego me lleva a Lloa, a las canteras de El Cinto para escoger las mejores andesitas. De vuelta lo invito a las tripas de La Vicentina. Nos comemos un buen locro o un hornado, tomamos unas cervecitas y de ahí a la Residencia. Eso sí, el Omoto es vago para caminar, ya le cuesta acompañarme a recoger las *cantuñitas* por los ríos.

—¿Te deja que tomes cerveza, Raulito? Pero si lo tienes prohibido.

—Unita nomás, Ñato, sólo para no atrangantarme con el hornado.

—A lo mejor no te tomas *unita,* sino tres o cinco. Hasta puede que ni siquiera sea cerveza lo que tomas con él. El Omoto era bueno para el trago.

—No jodas, Abu. No me va a pasar nada por tomarme dos cervecitas que no se me quedan ni en la muela.

—Allá tú, Raulito.

—No se te ocurra decirle nada a Strudel, Ñato, que ahí sí me metes en problemas. Mi tío es capaz de ir con el cuento al doctor Villarreal y a Tania, y de paso lo friegan al Omoto y le empiezan a echar la culpa.

Porque Raulito, de una u otra manera, volvió a ser el mismo desvalido de siempre. El suyo fue un paréntesis de lucidez, un equilibrio demasiado breve. Siempre seguía soterrado el desastre y parecía que nadie lo veía venir. Incluso yo no supe ver la crisis importante que se le vendría encima. No pude verla, flaco, absorbido como estaba por los problemas de Rogelio. Y luego por los años que me distancié de Ecuador. Más bien fue el mismo Raulito quien me ayudó, acompañándome en medio del berenjenal que se había desatado luego del paso de Rogelio por Barcelona.

—¿De verdad que no viste a tu hermano después de su visita, Ñato?

—No, viejo, no lo vi. Se fue a París un par de días y luego debió irse a Libia, volver a Quito. Y yo cumplí con no decirle nada a mi vieja de la conversación que habíamos tenido. En realidad, no fue necesario. Ella estaba enterada de todo. Y casi estuvo a punto de meter la pata con lo del detective.

—¿De qué detective hablas?

—Te lo conté, viejo, si hasta lo vimos al tal Panchana.

—Ah, Panchana. Pero ¿no era un abogado o tramitador, Ñato?

—Le decían Licenciado Panchana. Era un policía jubilado. La mala suerte es que como tenía amigos con la Policía y por allí, averiguando datos porque no conseguía tener nada claro sobre el paradero de Rogelio, empezaron a filtrarse sus relaciones con la Organización y sus simpatizantes. Todo era muy confuso en esa época. Yo me había desvinculado mucho de la gente. No sabía qué hacer, Raulito, estaba entre la espada y la pared. Mi hermano me había confiado algunos de sus planes y yo tenía que callarlos. Fíjate que luego de que se marchó, yo tomé mis vacaciones en Empúries. Iba a quedarme las dos semanas que tenía previstas. Al cuarto día no pude más pensando que a lo mejor podía dar alcance a Rogelio, que había sido una imprudencia dejarlo marchar solo. Así que dejé el hotel y me fui a París. El departamentito de la rue Lafitte seguía igual. Rogelio ya no estaba, aunque había dejado una pestilencia a tabaco. Al día siguiente llamé temprano a Biscay para reunirnos. Fue mi primer error.

—¿A qué te refieres? —preguntó Raulito.

—Biscay me invitó a almorzar ese mismo día —dijo Álvaro—. Todo ocurrió muy rápido. Estábamos tomando un té de menta frío cuando de pronto llamaron a su puerta. Tuong fue a

abrir y volvió a decir que preguntaban por él. No escuché bien lo que el tailandés le decía. Biscay se levantó, dudó un momento y volteó a verme. Me miró fijamente unos instantes, se contuvo y al final me dijo que no hablara mucho. No me explicó más. Se fue y, al momento, volvió junto con un tipo alto, medio colorado, de maneras suaves. Estaba impecablemente vestido. La ropa era nueva y limpia, pero arrugada. Su manera de moverse y hablar me hizo dudar entre una elegancia involuntariamente adquirida o un desencanto atemperado, contenido. Hablaba español sin acento, con voz de locutor. Por un instante dudé si era manaba o guayaquileño, aunque yo ya había perdido la capacidad para distinguir rápidamente los acentos. Biscay nos presentó. Trabajaba para una agencia de publicidad de Ecuador y viajaba mucho por Europa, Estados Unidos y Latinoamérica.

¿O sea que conociste a Dacal hace mil años, y en París?, dijo Kazbek, me parece increíble. Tanto como mil años no, flaco. Yo debía tener veintitrés años. Saca la cuenta. Era sólo una expresión, Álvaro, más bien dime qué dijo Dacal. Dijo que estaba de paso por París para la preproducción de un comercial de perfumes y que aprovechaba para saludar a Biscay. Se disculpó por no haberle avisado antes. Luego Biscay me explicó que ambos tenían un amigo en común, un checo, Milos Lerner, que había sido una especie de mentor de Dacal cuando empezó a trabajar en publicidad, allá en Guayaquil. Era como escuchar la historia de una dinastía de publicistas que arrancaba en Lerner, seguía por Dacal y continuaba contigo, Kazbek, el último eslabón. Y te olvidas del señor Peer, dijo Kazbek. Cierto, dijo Álvaro, el de los dibujos de los bichos. El señor Peer fue socio de Lerner y maestro de Dacal. Para mí es como una figura mítica, pero es Dacal quien en realidad fue mi maestro en todo este tema publicitario. Aunque no te quiero interrumpir, Álvaro, por favor, sígueme contando.

—Escuché que Biscay le preguntó a Dacal por la salud de Milos Lerner, viejo. También quería saber si Lerner pensaba volver a Europa. Dacal le comentó que estaba bien, que ni por asomo volvería a Europa, que le gustaba el calor y que pasaba gran parte de su tiempo en una casita en Ayangue, y si estaba bien de salud era por el clima de la playa, comer pescado y tomar gin tonics. Biscay explicó que Milos Lerner siempre había tenido obsesión por vivir a la orilla del mar, y que allí tuvo una casita en Pornichet. Dacal dijo que pocos días antes de venirse a Francia, Lerner le había dicho que tenía una muy buena oferta de trabajo para irse a México aunque no estaba interesado porque estaba muy acostumbrado a Guayaquil. La conversación parecía ir por ese lado, Raulito. Hablaban de gente que yo ni conocía, hasta que Dacal comenzó a preguntarme por mi trabajo en Barcelona, en qué agencia trabajaba y qué clientes tenía. Yo se lo comenté brevemente y Biscay lo interrumpió diciéndole que ése era mi trabajo formal, pero que realmente yo era pintor. Dacal hizo un lento gesto de sorpresa que dudaba entre la admiración o el desdén. Me preguntó, aunque como afirmando, si mi apellido era de origen libanés. No me dio tiempo a responder, porque él mismo cambió de tema, como si pensar en mi origen libanés le hubiera despertado otra inquietud. Preguntó si estábamos al tanto del secuestro de Nassib Bitar. Por suerte, Biscay me había advertido y no abrí la boca. Ni lo hubiera hecho. Rogelio me había hablado una semana atrás de que la Organización había secuestrado a alquien, pero no me había dicho nada de que fuera libanés, ni que fuera Nassib Bitar. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle el nombre del banquero que había secuestrado su grupo por lo sorprendido que estaba de escuchar lo que hacía Rogelio. Había hablado del secuestro como una más de las *recuperaciones* financieras de la Organización. Yo qué iba a imaginar lo que pasaría después. Fue Biscay quien dijo que sí estábamos

al tanto. Usó el plural, Raulito, y eso sí me inquietó porque en ese momento me di cuenta de que Biscay sabía mucho más de lo que yo sospechaba. Añadió que le parecía un desastre, pero que esperaba que se resolviera de la mejor manera posible.

Dacal insistió en saber si yo conocía a la familia Bitar.

»—Son libaneses como usted, ¿no?

»—En realidad, no —dije—. Mi familia es de libaneses de Ambato. Y nunca he tenido mucho vínculo con la comunidad de Guayaquil.

»—Lo de Bitar va a terminar mal —dijo Dacal—. Parece que han acorralado a los secuestradores.

»—¿Y tú como sabes eso? —le preguntó Biscay.

»Dacal iba a responder cuando sonó el teléfono. A mí me dio un susto, Raulito. Biscay levantó el teléfono. Sonrió primero, como si del otro lado de la línea pudieran verlo, luego cambió la entonación y habló lento, de manera familiar, dejando de vernos. Con voz más alta y clara dijo que saldría luego de atender a una visita, que le disculparan el retraso y que también iría Tuong para ayudarla a traer los muebles. Que él la llamaría cinco minutos antes de salir. Se despidió y colgó.

»—No quiero incomodar —dijo Dacal poniéndose de pie, y se disculpó por haber venido de improviso. Lo llamaría durante la semana para invitarlo a una cena.

»—Siempre eres bienvenido en mi casa —dijo Biscay—. Sólo que ahora tengo que resolver un pequeño problema. Se muere un amigo y deshacerse de su cuerpo es un trámite expeditivo: cementerio o cremación y en menos de cuarenta y ocho horas está despachado el muertito. El problema no es el cuerpo sino las viudas. El muertito les agita un testamento impredecible con una media sonrisa. En fin, mi querido Dacal. No te levantes todavía. No terminaste de explicar lo de Bitar. ¿Dices que han acorralado a los secuestradores del banquero?

»Dacal no se volvió a sentar.

»—En la empresa para la que trabajo hay acciones de Bitar. Ya han pagado el rescate. Para sorpresa de todos pidieron que el pago se hiciera aquí en Francia.

»—Pican alto esos delincuentes —dijo Biscay.

»—El gobierno no quiere dejar que se escapen los subversivos. Ellos podrían soltar a Bitar, pero si lo hacen los milicos los acribillarían. Ahora Bitar es un salvoconducto.

»Dacal no dijo más. Se despidió y Biscay lo acompañó hasta la puerta. Eso fue todo, Raulito. Yo me sentía pésimo, como si allí, tan lejos del horror que se estaba pasando por el secuestro en el que había participado mi hermano, yo fuera el culpable, sentado en el cómodo sillón de la casa de Biscay, tomando un té de menta frío en el calor de agosto en París.

»Biscay volvió, cerró la puerta y de entrada me preguntó si cuando yo lo había llamado esa mañana lo había hecho desde mi departamento. Dije que sí.

»—Pues lo han intervenido, Álvaro. Dacal nunca ha venido intempestivamente. Él sabía que estabas aquí. No vuelvas a utilizarlo para hablar con tu madre, o peor: con Rogelio. Aunque él no creo que sea tan ingenuo. No digas nada por teléfono.

¿Eso dijo Biscay? Eso mismo, flaco. Entonces el viejo ya tenía sus sospechas sobre Dacal, Álvaro, ¿y por eso nunca quisiste hacerte amigo de él los meses que pasaba por Barcelona? Simplemente no busqué tratarlo y él tampoco. No había que darle muchas vueltas al asunto. Dacal estaba comprometido con los negocios y la familia de Bitar, y es probable que buscara informarse por su cuenta. Es mucho más que eso, le dijo Kazbek, Dacal está metido hasta el fondo, y no sólo con los Bitar. Eso fue el comienzo. Ni yo lo sospechaba.

»Biscay tocó la campanita para llamar a Tuong. Apenas esté se asomó por la puerta, le pidió que trajera un poco de agua. El

tailandés volvió de inmediato y el mismo Biscay me sirvió un vaso.

»—Estás pálido. Bebe un poco.

»Biscay también se sirvió. Dio un sorbo pequeño, luego sacó una pastilla de una cajita y se la tomó.

»—No estoy muy seguro —dijo Biscay—. Aunque te lo dije hace un tiempo. Tu hermano se ha metido donde no debería haberse metido. No sé qué es lo que sabes y no es necesario que me digas nada. La que está destrozada es tu madre. Deberías pensar en ir a verla.

»—¿Y qué voy a hacer allá, Jean-Louis?

»—Lo digo para que la acompañes —dijo, y durante unos segundos se me quedó mirando, como si le costara decir lo que me iba a decir, pero lo dijo—: Fue ella quien llamó hace un momento.

»No supe qué decir, Raulito. Biscay me miraba con una mezcla de expectativa y compasión, como si el espectáculo del ocultamiento y el asombro fuera siempre el mismo: no saber y no anticiparse a lo oculto y luego caer rendido por ese desconocimiento.

»—¿Dijo algo en especial? Deberíamos llamarla. Estará esperando.

»—Desde aquí no —dijo Biscay.

»Pensé que me estaba volviendo paranoico. Le pregunté si creía que él también estaba intervenido.

»—Eso nunca se sabe —dijo sonriendo, como para diluir la atmósfera de la conversación—. Dacal sabe que me gusta que me avisen antes de venir. Pero *nuestra gente* no aprende, así que siempre debo esperar visitas intempestivas.

»Dijo *nuestra gente*, Raulito. Si no hubiera estado nervioso por todo lo que estaba pasando, podría haberme reído disfrutando la manera en la que se desenvolvía. Escucharlo decir *nuestra gente*

me parecía una exageración, una confidencia inexplicable. No lo era en realidad. Se sentía extranjero en todas partes. Finalmente, Biscay se levantó y me dijo que lo siguiera. Salimos de su salón, de su departamento, fuimos hasta el ascensor. Se asomó a las escaleras como si desconfiara, volvió y entramos al ascensor. Pero no bajamos. Subimos tres pisos más, al ático. Al abrirse la puerta, la decoración, la limpieza, el acabado, eran completamente distintos, como si a través del ascensor hubiéramos pasado hacia años de abandono. Fuimos a la izquierda. Había un corredor con varias puertas. Biscay sacó una llave y abrió una de las puertas. Al entrar me cegaron la luz y el calor de la pequeña buhardilla. Porque eso era, Raulito, una buhardilla. ¿Puedes creer que tanto haber hablado de París, tanto haber soñado con ir allá, y cuando ya no vivía allí y me había marchado harto de su esplendor y su miseria, me di cuenta de que nunca había estado en esas famosas buhardillas parisinas? Lo que me llamó la atención es que no estaba tan abandonada como yo suponía. Los muebles eran muy viejos pero limpios. Un sillón estaba apoyado junto a la pared, con una mesita oblonga al lado cargada de un puñado de libros. Una estantería con puertas de cristal encerraba una serie de juguetes antiguos y cuadernos escolares. Lo único extraño de la habitación es que no había cama, ni siquiera una litera. Era como una habitación satélite, fuera de la órbita del departamento de Biscay. Allí el calor era más extremo. Biscay abrió la ventanita, encendió un ventilador con aspas encerradas en celdilla, tomó un teléfono de baquelita de una repisa y lo colocó sobre la mesita. El cable atravesaba el paso entre la salita de estar y la ventana. Esa *chambre de bonne* de Biscay, Raulito, esa buhardilla que había sido seguramente su refugio de niño y adolescente, y que guardaba casi intacto para encerrarse del mundo, era su sitio seguro para llamar. Yo quería escuchar a mi madre aunque sabía lo que iba a escuchar. Y no me iba a resultar agradable. Mientras

Biscay esperaba a que contestaran, mientras preguntaba por mi madre, mientras se excusaba con ella por haberle hablado en francés y como si fuera otra persona porque era imprescindible hacerlo, yo seguía mirando por la pequeña ventanita que daba al cielo gris y a los techos de pizarra negra, que ardían por el sol de la tarde. Biscay me pasó el auricular y escuché de mi madre la misma noticia que nos dio Dacal, contada ahora en otro tono, de que habían dicho por televisión que un comando de élite había entrado a la casa donde se atrincheraron los secuestradores de Nassib Bitar. Murieron todos, incluido Bitar. La voz se le iba quebrando. Luego hubo un silencio y entonces la escuché llorar, Raulito. No sabía qué decirle, no sabía si decirle que Rogelio estaba bien y que yo estaba, si no bien, al menos a salvo, como si fuera un refugiado en esa buhardilla, a miles de kilómetros de donde pasaban las desgracias, siempre lejos pero a la escucha de la trasmisión que sentencia que la guerra ha terminado y que los vencedores avanzan pletóricos. Sólo que yo no podía alegrarme, Raulito. Yo era, sin haberlo elegido, sin haber tenido la opción de que me preguntaran, agazapado en el último escondite, sin compañeros, sin municiones —o a lo mejor guardando una sola munición, la redentora e irreversible—, un enemigo vencido y sin fuerzas que olfatea en el aire los pasos del rencor a punto de encontrarme a la vuelta de la esquina. Yo no había hecho nada, Raulito, o quizá había empezado a hacerlo, guardando un secreto, hablando por teléfono desde un sitio escondido. Me sentía como si fuera el culpable de lo que estaba pasando. No se me ocurrió otra cosa que decirle a mi madre lo que me había sugerido Biscay, que iría a verla, que tomaría el próximo vuelo y que estaría con ella. Al despedirme, Biscay me pidió el auricular y se lo pasé. Ahí me di cuenta de que me temblaba la mano. Lo cogió rápidamente. Me quedé sin saber qué hacer ni decir. Lo escuché comentarle a mi madre que él se encargaba, que ella no hiciera

nada y que volviera a su casa y no se moviera de allí. Así que ella tampoco estaba en casa, pensé. No se me había ocurrido. ¿Desde dónde habría llamado? ¿Estaría con Tomasito o en la casa de una amiga? ¿Tendría ella también un lugar secreto como el de Biscay? Fue como darme cuenta en ese momento, Raulito, de que yo en realidad desconocía muchas cosas y lugares, como si me lo hubieran ocultado siempre y no hubiera tenido la capacidad para darme cuenta de los indicios, de las mínimas señales que me advirtieran que debía estar más atento. Luego de que Biscay colgó volvimos a su departamento y le pidió a Tuong que me sirvieran una infusión de manzanilla. Me dijo que le avisara cuando supiera el día y la hora de mi vuelo. Y añadió algo que me sigue dando vueltas cada vez que vengo a verte:

»—No intentes entender lo que te va a ocurrir allá —dijo—. Lo importante es que no dejes que te metan más en el laberinto y que tu madre sepa resistir.

¿Puedes creerlo, Raulito? Biscay ya sospechaba lo que iba a pasar después. Y yo no entendí lo que había dicho. Salí de su casa, fui a comprar el pasaje. Tuve que esperar dos días hasta la salida de mi vuelo. Debí caminarme medio París de un extremo a otro, en pleno calor, bebiendo de las fuentes, echándome en los parques. No tenía ganas de volver al departamento de la rue Lafitte, como si huyera de una ratonera bajo vigilancia. No estaba ninguno de mis amigos de la época en que viví allí. Todos se habían marchado de vacaciones. Así que no tenía más alternativa que dar vueltas. Fue la primera vez que me sentí solo en París. No era cualquier soledad. Las piedras, los monumentos, las calles de toda la vida me parecían levemente desgastadas, como si hubiera podido ver cómo se ajaba la ciudad, ya no la inmutable, la perfecta, la que reservaba sorpresas a la vuelta de la esquina. Se había esfumado esa fascinación, y el resultado era más bien darme cuenta de que probablemente la ciudad

nunca la tuvo, sino que era nuestra la fascinación, y que había sido la ciudad la que se nutrió de nosotros, que ingenuamente la habíamos creído a nuestra completa disposición. Nadie me esperaba, no tenía que ver a nadie. Me dejé llevar esperando encontrarme con alguien como por accidente. Pero no me crucé con nadie. Parecía que volvía a tener diecisiete o dieciocho años, dedicándome a vagabundear. Cuando me di cuenta de que no me encontraría con nadie conocido y que ya era medianoche, me largué por Clichy y me hice el recorrido sucio por el norte, Pigalle, La Chapelle, Stalingrad, las callecitas de Combat y Belleville, casi como si quisiera que me pasara algo, y no, parecía intocable o invisible, más bien como si yo fuera la amenaza o a quien debían evitar. Cuando llegué a Nation amanecía. Me desagradó saber que no vería el amanecer en el Luxemburgo, en el jardín sobre el que habían girado mis buenos años en París, así que tomé el metro y llegué justo cuando lo estaban abriendo. Me quería ir a sentar en la gran explanada central. Fui uno de los primeros, allí, en el enorme descampado, sentado con los pies sobre el borde de la gran pileta, como un muchachito perdido. Me acordé de Olenka. Y cometí el segundo error. Se me ocurrió llamarla. Claro, no podía hacerlo tan temprano. Me fui al Café Le Rostand y esperé. Bajé las escaleritas y marqué su teléfono en Nantes. Quise que no siguiera siendo el mismo número, que no fuera fácil ubicarla de nuevo, darla por perdida. Cuando me contestó, se quedó callada un buen rato. Era ella. Escuché gritos de niños y el llanto de un bebé. Volví a saludarla, le dije que era yo. Siguió callada. Hasta que escuché un golpe, como si alguien hubiera tropezado, y un niño reventó a llorar a gritos y ella dijo *Merde!* Colgó sin haberme dicho nada. Tampoco había nada que decir. Llamé a Biscay para decirle que me iba al día siguiente, que había conseguido un pasaje. Habló efusivamente, diciéndome que disfrutara mucho nuestro país,

que saludara a los amigos y que la próxima vez que hiciera una exposición le avisara para darse una escapada por Barcelona. Estaba hablando desde el teléfono de su casa. Sabía que nos estaban escuchando. Volví al departamentito de la rue Lafitte, cogí las maletas y me marché al aeropuerto.

***

¿Y fue entonces cuando volviste a Ecuador y trabajaste con los fondos rojos para las cantuñas de Coloma? ¿Luego del asesinato de Nassib Bitar? ¿Fue así, Álvaro?

Álvaro escuchó la pregunta de Kazbek y por un instante se confundió, como si hubiera dado un salto en el tiempo y en el espacio. Ya no la conversación aquí, contigo, Raulito, ni la otra allá, con Kazbek. No la desmemoria paulatina en la que entrabas, la necesidad de evocar lo que habíamos compartido y que se te desvanecía, pero tampoco el relato abriéndose camino por primera vez hacia Kazbek, informándole todo lo que él desconocía y que escuchaba con avidez. Más bien un solo tiempo, un solo flujo que ya no distinguía orillas, Raulito, sino hechos, detalles, nombres, que pasaban por mi voz como pudieran pasar por la voz de otro, indistintos al cauce, enteros en su caudal. ¿No era todo *aquí ahora* en este ir contando, en la pura duración del relato, como si la longitud de onda se acortara hasta dejar la distancia en tinieblas y finalmente se tocaran los extremos? ¿Y así, repetido una y otra vez, como si estuviera ocurriendo ahora mismo, o como cuando estabas a punto de olvidarlo y yo tenía que evocártelo para que no desapareciera, como cuando ya no hablabas y yo no estaba seguro de que me escuchabas de verdad, Raulito, y yo muerto de ganas de hablar porque si no reventaba? ¿Recuerdas que te hablé, Raulito, de ese vórtice donde el pasado y el presente y los protagonistas se marchaban y volvían, des-

apareciendo, apareciendo, metamorfoseándose, suplantándose entre sí, y todos rotando en la misma marcha irreversible, ya no sé si huyendo o a la búsqueda, demasiado remotos el final y el principio?

Fue más o menos así, flaco. Yo llevaba unos meses haciéndole los fondos rojos a Raulito, pero mi regreso intempestivo fue por lo de la muerte de Bitar. Han pasado veintiún años y lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. De mis vacaciones de ese verano sólo me quedaban dos semanas para ir a Ecuador. Las dos semanas se convirtieron en un mes de pesadilla. Me lo imagino, Álvaro. No, Kazbek, no te lo puedes imaginar. Mis visitas a Quito, las pocas que había hecho en todos los años que llevaba fuera, no pasaban de quince días. En esas visitas estaba siempre ocupado yendo de una reunión a otra, de un almuerzo en familia a una cena con amigos, o en el taller con Raulito, o con las caminatas de media jornada que hacíamos —todavía no a la Residencia, eso vendría después—, que apenas me daba tiempo para volver a entrar en la realidad de la que me había separado. Yo mismo bloqueaba la comprensión de lo que pasaba a mi alrededor. Así que ese pasar rozando las cosas, ese estar por encima lo pagué en ese viaje. La deuda era alta. Fue como entrar en dos mundos paralelos. Por una parte todo seguía igual, Raulito trabajando a tope con sus cantuñas y la gente viviendo como si nada estuviera pasando, y en realidad estaba pasando de todo en ese mismo momento. Ni me lo digas, Álvaro, que de esa época no recuerdo ninguna cosa en especial, quizá me pasaba lo que te ocurrió a ti, que estaba encerrado en mí mismo. ¿No te dabas cuenta de lo que pasaba, flaco, ni un poco? Nada, Álvaro, qué me iba a fijar, yo debía tener nueve o diez años, era un mocoso. Lo de Bitar parecía un secuestro de ladrones de alto nivel por obtener una pequeña fortuna, y si recuerdo algo es porque se trataba del tío de un compañero de mi clase en el colegio, Zamir

Bitar. Zamir andaba cabizbajo y lo que más recuerdo es que llegaba rodeado de dos autos y lo dejaban en la misma puerta del colegio y no se iban hasta que hubiera entrado, y a la salida era lo mismo. Estaban afuera esperándolo. Nosotros casi siempre nos íbamos a una heladería que quedaba al frente a la escuela y nos sentábamos en la mesa enorme del fondo. Nuestro amigo ya no podía venir y comentábamos, más que lo de su tío, lo de sus guardaespaldas. Zamir tenía la afición de coleccionar monedas y dos o tres de nosotros también le seguíamos los pasos en la numismática. Claro, él siempre se llevaba las mejores monedas y sólo nos dabamos cuenta mucho después. Nassib Bitar era uno de sus tíos más cercanos, quien le había hecho descubrir la numismática. Le regalaba verdaderas joyas. Por lo que le pasaba a Zamir, nos dimos cuenta de que había más compañeros de clase con guardaespaldas. Les decíamos *perros*. Sólo que eran discretos, hacían de choferes o de ocasionales acompañantes del chofer, y a veces bromeaban con nosotros. Qué tan desinformado estaría, Álvaro, que sólo empecé a preguntar por Zamir cuando faltó a clase varios días. Nadie hablaba del asesinato de su tío. Pero luego el asunto pasó. Zamir volvió a clases y no escuché más del tema. Se lo veía triste a ratos. Eso sí, nunca volvió a sacar el tema de la colección de monedas. El secuestro y la muerte de Bitar fue como la aparición de un pez saltando sobre la superficie: resplandeció, no entendimos nada, luego se hundió rápidamente en el fondo del mar y volvimos a la calma.

Pues yo sí que estaba abajo, viejo, en el fondo del mar. Eso quise decirle a Kazbek, sólo que allá abajo no vi ningún pez resplandeciente, sino la indiferencia, el silencio abisal. ¿Cómo decirle eso, Raulito, cómo para que no suene a lloriqueo incomprensible? Pero debía hacerlo de alguna manera, debía comentarlo aunque hubiera pasado tanto tiempo. Así que hablé, viejo, tuve que ponerlo en antecedentes y le conté lo que hice

cuando llegué a Quito. No le dije, no era necesario, cómo fue el reencuentro con mi madre, que ya no tenía ninguna de sus ínfulas, pobre viejita, angustiada por la desaparición de Rogelio, delgada y con el pelo completamente encanecido. Tomasito la acompañaba, afable como siempre, tan cercano que de no haber sido porque era conocida su homosexualidad, yo podría haber pensado que se estaba acercando demasiado a ella, ahora sola porque nadie más la acompañaba. Hasta sus amigas se habían distanciado cuando empezaron los rumores de las actividades de Rogelio.

Lo primero que hice fue llamar a la casa de Raulito para decirle que había llegado. Yo quería darle el alegrón de siempre, flaco, pero la sorpresa la tuve yo cuando me contestó su tío Strudel. Me había olvidado que compartían casa. Strudel me explicó que Raulito estaba hospitalizado, había tenido un «incidente» y le estaban haciendo análisis. Le dije que iría a verlo al día siguiente al hospital. Mejor espérese unos días, mijo, dijo Strudel. Me explicó que Raulito había tenido una extraña pérdida de memoria. Tres días atrás, en esos mismos días en los que yo era un sonámbulo vagabundo por las calles de París, Raulito salió temprano del taller de Chimbacalle rumbo a la casa que compartía con Strudel y se «extravió». ¿Cómo que se *extravió*, Álvaro? Eso dijo Strudel: Raulito había perdido la memoria parcialmente. A mitad del camino entre el taller y la casa que compartía, Raulito no supo dónde estaba, ni a dónde iba, ni de dónde venía. Fue así, de pronto, como un paréntesis en blanco. Ni siquiera se atrevió a pedir ayuda. Pasó toda la tarde y la noche intentando orientarse. Tampoco recordaba el número de teléfono de su casa, no cargaba ni una libretita de notas, ni siquiera tarjetas. Lo único que lo orientó fue caminar por el centro de Quito. Luego de deambular varias horas, entró a la Iglesia de la Compañía de Jesús. Se quedó extasiado como si viera por primera vez los al-

tares barrocos, ese resplandor de oro que ciega en el interior de la Compañía. Pero luego se detuvo en las paredes y columnas en las que nunca se había fijado: observó la geometría continua de rotaciones y deslizamientos de las lacerías mudéjares de madera bañadas en pan de oro, que subían entrelazándose, solapándose entre sí, como si no pudiera dejar de seguir su movimiento reticular. Qué trampa para los ojos, contó después Raulito: era una red laberíntica de polígonos quebrados. Se agarró a ese juego, como si no tuviera nada mejor que hacer hasta que le volviera la memoria. Cuando iban a cerrar la Compañía, uno de los empleados vino a decírselo, pero él ni se movió de la banca en la que estaba sentado. Se acercó uno de los curas y conversó con él un rato. Raulito entonces le explicó de sus cantuñas inyectadas de oro. Allí, rodeado de esos altares bañados en pan de oro sobre fondo rojizo, en ese desquiciante cogollo barroco, sintió como si estuviera dentro de una de sus cantuñas, oro por dentro y piedra por fuera, como estar en el fondo de una gruta de estalactitas. Al cura debió parecerle que Raulito deliraba. Entre comprensivo y un poco harto, le explicó que el propósito de la Casa de Dios era acoger a los fieles, pero que ya debía marcharse porque iban a cerrar. Raulito le dijo que no quería marcharse, que lo dejaran allí, cargándose de las irradiaciones del oro, que si era *su* casa entonces no molestaba. El curita se fue y vinieron a sacarlo a la fuerza dos guardias. Cuando Raulito se puso de pie y vieron lo alto que era, los guardias no se atrevieron a tocarlo y le pidieron amablemente, con la mano, que se retirara. Se fue entonces a la Plaza de San Francisco, a la vuelta de la esquina. La explanada ligeramente inclinada de la plaza se anteponía a la iglesia, le daba un respiro de espacio en el que empezaban a merodear las sombras de la noche. A fin de cuentas, fue allí donde se cumplió la noche de los mil demonios de Cantuña. También se cumpliría la de Raulito. Subió por la escalera principal que

a mí tanto me gusta, la de los dos niveles en semicírculos que diseñó Bramante. Espera, Álvaro, espérate un ratito, ¿cómo que Bramante? Te explico luego, flaco. Sí sí, mejor sigue. Raulito fue directo hacia la esquina izquierda del atrio, a la capilla de Cantuña. Tanto haber pensando en el vivísimo de Cantuña y no había ido nunca a conocer la capilla que tiene su nombre. Pero estaba cerrada. Se quedó un buen rato, tocando las rejas, el candado, como queriendo encontrar una explicación. Abren de siete a ocho de la mañana, le dijo una monja que pasó sin detenerse a esperar respuesta. ¿A dónde más tenía que ir, si ya no sabía a quién dirigirse, ni quién lo esperara? Decidió quedarse allí, a ver si se acordaba de alguien. Perder la memoria es quedar reducido a un yo mínimo, flaco, sentir la inminencia de que todo vendrá y no viene, y sin embargo algo en nosotros resiste por la expectativa. Es la esperanza que funda nuestra naturaleza: ser reconocidos, que se nos vuelva a conocer. Conocer dos veces es empezar a tener inmortalidad. ¿Eso te dijo Coloma, Álvaro? Esto no, flaco, esto es lo que he pensado luego de tanto tiempo. ¿Y entonces qué pasó con él? ¿Se quedó ahí? Sí, flaco, Raulito se quedó allí toda la noche. Se fue a sentar en la escalera de la que te hablé, en el mismo centro de la escalera de Bramante, al pie de los escalones cóncavos, como resguardándose, solo como nunca lo estuvo. No quiero ni imaginar el frío que debió pasar, quizá compartió algún par de tragos de botellas de aguardiente con los borrachitos habituales, quizá debió pelearse en el delirio del alcohol y la noche. O no, flaco, a lo mejor estuvo firme en su vigilia, como un soldado secreto, esperando la clave o el brillo en el cerebro que debía devolverle la memoria y el sentido. Tampoco quiero imaginar las últimas horas, al alba, acurrucado en los escalones cóncavos de la escalera de Bramante, cuando empezaba a asomar el sol y el frío remitía. Quedaba ver cómo venían a abrir la capilla. Sólo que nadie vino ni a las siete ni a

las siete y media, ni a las ocho. Raulito preguntó a un costado y al otro, a todo el que pasaba, a los curitas que atravesaban la capilla cerrada, y sin respuestas, cansado, vencido por el sueño y la desesperación, empezó a sacudir las rejas, a ver si abrían, si alguien se preocupaba en explicarle por qué no abrían la capilla de Cantuña. Lo únicos que vinieron, del lado de la calle Cuenca, fueron unos policías que le preguntaron su nombre y qué era lo que quería. Sólo entonces se hizo la primera luz en su mente: pudo decir que se llamaba Raúl Coloma y no recordaba nada más. Strudel había estado a punto de poner una denuncia por la desaparición cuando le dijeron en la Comisaría que había un reporte de un tal Raúl Coloma con amnesia parcial. ¿No te puedo creer, Álvaro? Pues créelo, flaco, era una desmemoria rarísima, asimétrica, como si te acordaras del nombre remoto de tu primera novia, en la adolescencia, por ser el más antiguo, y no de la mujer con la que te acabas de casar y con la que vas a tener hijos y nietos. Raulito tampoco tenía documentos. Se los habían robado o se le habían caído. Nunca se supo. Al principio pensaron que su desmemoria habría sido porque se había dado un golpe, o le habrían dado un golpe al robarle. Pero lo descartaron de inmediato porque no había ninguna señal de violencia, sólo rastros de un vómito del propio Raulito. Incluso sospecharon que le podían haber dado algún tipo de droga o alucinógeno, ve tú a saber. El neurólogo, el doctor Villarreal, le preguntó a Strudel por los antecedentes y entonces fue que vinieron las primeras sospechas. Raulito era hijo de alcóholico y él mismo había bebido mucho, aunque en esa época ya no bebía. O quizás había vuelto a la bebida y nadie se había percatado. Además, durante los últimos meses, Raulito se pasaba entre diez y quince horas en el taller trabajando en sus piedras, esculpiendo, puliendo, aprendiendo a fundir oro. Apenas comía o comía mal, rápido y tarde. Villarreal no dudó en sugerirle que lo hospitalizaran para

hacer análisis. Villarreal no tenía nada claro, o no se arriesgaba a darnos un diagnóstico preciso. Tiempo después dijo que podía ser algún tipo de demencia vascular, pero no estaba seguro. ¿Demencia vascular? En realidad no era tan grave como suena, Kazbek. Lo peor vendría después. Pero como te digo, debió pasar un tiempo hasta tener el diagnóstico final. Y allí, cuando lo tuvo, saltó la alerta:

—Háblenle —dijo el doctor Villarreal—. Recuérdenle viejos tiempos, experiencias compartidas, nombres de parientes y amigos, calles y barrios.

Entonces dijo la frasecita que no puedo olvidar: el cerebro es un músculo y su movimiento la memoria. Así que teníamos que ponerlo en marcha. El mismo Raulito tuvo la iniciativa: retomó sus larguísimas caminatas, las interminables caminatas. Había sido así desde muchacho, yo que pensaba ser el caminante cuando salíamos del colegio. Con el tiempo me di cuenta de que los paseos habían sido por iniciativa suya. Era un caminante incansable, Kazbek, como si huyera siempre, y el retorno era una resignación, una exigencia para luego volver a marcharse. Y todo circunscrito a la ciudad, a salir de la ciudad, a ir por sus bordes, como si trazara círculos y no pudiera realmente marcharse más lejos, un desterrado inmóvil, un nómada circunscrito, obsesivamente circular. ¿Y cómo estaba cuando salió de la clínica, Álvaro? ¿Lo pudiste ir a recoger? Fuimos con Strudel. La verdad, cuando lo vi, mi primera impresión fue que no tenía absolutamente nada. Más flaco sí que estaba, fue lo único que encontré diferente. Nos esperaba en la recepción de la clínica, leyendo una revista, perfectamente vestido y peinado, con la ropa limpia guardada en un maletín que le había llevado su tío, y con la cara de haber dormido mejor que nunca. Nosotros habíamos llegado media hora antes para llevarlo y él ya estaba esperándonos. Apenas me vio abrió los ojos y los brazos y al grito de

Cónsul, qué sorpresota, me dio un abrazo potente, tanto que pude sentir cómo me crujían los huesos mientras yo le decía, una vez más, que no me dijera Cónsul.

—Bueno, bueno, no te lo volveré a decir, mira que eres quisquilloso, Ñato.

Incluso parecía más fuerte. Se notaba que el trabajo con las piedras, el traslado de las canteras, los desbastes, usar el combo, el martilo y el cincel, lo habían templado el último año. Con lo alto que era, hasta se le había reducido la panza que llevaba desde chico. Viéndolo así, nadie habría dicho que tenía el menor problema de salud ni que estaba desnutrido, salvo por la habitual mirada ligeramente rojiza y turbia que ahora se le había desvanecido por los días de reposo y dieta en la clínica. Strudel asentía, le cogía el maletín y sonreía, cansado, como un padre acostumbrado a los desvaríos de un hijo díscolo, y por primera vez lo vi viejo como no lo había visto nunca. Raulito dijo que se moría de hambre, que la comida de la clínica era un asco y que estaba antojado de comerse unas morcillas en los fogones de La Vicentina.

Fuimos para allá, camino a la casa de Strudel, y en el camino empezó a proponerme que nos fuéramos a hacer una caminata por Mulaló, al sur de Quito. Ni siquiera se le ocurrió preguntarme por qué había venido en agosto y no en diciembre, como hacía siempre.

—¿Qué se te ha perdido en Mulaló, viejo?

—Verás —dijo Raulito—. Es una piedra gigante que le dicen la Chilintosa. Tienes que verla. Y yo quiero tocar de nuevo ese piedrón.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando, flaco. Fue Strudel quien me explicó que la Chilintosa era una piedra gigantesca de origen volcánico, que se habían ido los dos a Mulaló meses atrás para verla.

—Te encantará, Cónsul —dijo Raulito—. Es una vaina monumental, como si fuera un meteorito, pero intacto. La esculpió el volcán Cotopaxi hace añales y bajó con los lahares. Fíjate que Mideros pintó en uno de sus lados una Virgen allá por 1930. Imagínate, Ñato, nada más que Mideros interviniendo la piedra. Sólo falta que yo le inyecte un poquito de oro y será una Cantuña Chilintosa. ¿No te parece genial?

Raulito lo decía convencido y muerto de la risa, flaco, como si nada hubiera pasado. ¿Y lo de las piedras intervenidas? ¿Coloma ya estaba en la línea de las intervenciones en la cordillera y los volcanes, Álvaro? Eso vendría después, Kazbek, lo que te cuento fue el inicio de su locura expandida de las cantuñas.

Cuando llegamos a los fogones de La Vicentina aparcamos junto al parque y Strudel bajó a comprar para llevar a casa.

—No —dijo Raulito—. Quiero comer aquí. Se van a enfriar las morcillas para cuando lleguemos a casa.

—Si vivimos aquí cerquita, mijo.

—Lo sé, tío. Pero no sabrán igual de ricas si se enfrían. Comamos aquí, ¿no?

Ahí me pierdo, Álvaro, ¿a qué lugar fueron? Un sitio de medio pelo, en el límite entre La Floresta y la Vicentina, donde hacen comidas criollas en la vereda de un parque, tripas y demás porquerías que yo no como. Raulito quería y había que darle gusto. Se pidió sus morcillas, Strudel no comió nada y yo una empanadita y un vaso de morocho. Esto sí que no estaba mal. Y allí nos sentamos a comer, al aire libre, en medio del parque. No quedaban sillas disponibles y Raulito se agachó mientras yo seguía de pie. Y me dio una pena enorme, Kazbek, verlo agachado como si fuera un orangután, comiendo con avidez, hablando con la boca llena de los piedrones volcánicos que había lanzado el Cotopaxi y que estaban dispersos por el sur y hasta por el oriente, que lo que quería hacer eran intervenciones en

los mismos sitios donde estaban las piedras, que ya estaba bien de hacer cantuñas para que las compraran los gringos, que eso se tenía que acabar. Strudel no decía nada, a ratos me miraba y sería por la desesperación de ver a su sobrino perdiendo el sentido de la realidad que terminó tomándose una cerveza, siempre de pie, impasible. Comprendí que algo estaba profundamente descolocado, que yo no sabía qué mismo estaba haciendo allí, que no podía estar con mi madre y Tomasito, en ese otro Quito que ahora nos empezaba a dar la espalda, pero tampoco allí, en ese sitio de comidas populares al aire libre, envuelto por el humo de las frituras de manteca, en un sitio al que nunca habría ido por mi propia cuenta. Yo no encajaba en ningún sitio, Kazbek, mientras que Raulito parecía volcado a sus propias fantasías, sin darse cuenta, o sin querer darse cuenta de lo que le había pasado. Strudel tocó el tema de mi viaje y le confesé que había venido a acompañar a mi vieja porque nos tenía preocupado Rogelio, que lo habían implicado con el secuestro y la muerte de Bitar. Strudel se quedó pensando un rato. Luego dijo que lo había escuchado en la radio. No había querido mencionarlo para no incomodarme. Esperé una reacción de Raulito, que se incluyera en la conversación, que se preocupara un poco por lo que me pasaba, pero él estaba dedicado a engullir los trozos de morcilla y beber su Coca-Cola, allí agachado al lado de nosotros, sin escucharnos. Tenía la mente en otro sitio.

—Si puedo hacer algo, mijo, cuente conmigo —dijo Strudel—. La cosa se ha puesto fea aquí. Están persiguiendo a medio mundo.

Le pregunté si conocía a alguien entre la policía o los militares que pudiera ayudar, porque nadie tenía pistas del paradero de Rogelio. Pero no entiendo, Álvaro, ¿tu hermano no te había dicho que se iba para Libia? Lo sé, flaco, pero no podía fiarme de lo que contaba mi hermano. Quizá había buscado enviarme al

despiste, como lo había hecho antes, o podían haberlo matado, así que tenía que empezar a averiguar lo que pudiera. Strudel era de confianza como para preguntarle por algún contacto.

—Es posible —dijo Strudel—. Para nosotros el asunto tampoco es fácil.

¿Por qué no lo era para ellos?, pensé. Raulito se paró, se limpió la boca con la manga y tiró el plato en el tacho de basura. Me miró a los ojos y luego a la media empanada que yo terminaba de comer. Me preguntó si me la iba a acabar. Cómetela, le dije, yo había perdido el apetito. Se la engulló y dijo que tenía más sed, que si nos tomábamos una bielita.

—No puede, mijo —dijo Strudel—. El doctor prohibió bebidas alcohólicas.

—No sea malito, tío, unita nomás.

Strudel meneó la cabeza:

—Es por su bien, mijo, espérese unos días y luego hablamos.

Ver a mi alto amigo inclinado hacia su tío, pidiéndole permiso, me dio ternura y compasión.

—Mejor tómese otra colita, mijo.

—Está bien —dijo Raulito—. Y creo que me pediré unos chinchulines. Me muero de hambre.

Se alejó hacia el fogón y esperó a que le prepararan los chinchulines a la brasa. Con el platito en la mano, sonriendo de oreja de oreja, se aproximó y se agachó, colocando la botella a un lado y trinchando con un tenedor de plástico los cinchulines. Era su hambre monumental de toda la vida.

—¿Entonces, Ñato? —dijo alzando el rostro—. ¿Te animas a que vayamos a inyectar a la Chilintosa?

—Me parece una locura, viejo. Van a terminar picando la piedra para robarse el oro. Mejor haz otras cantuñas y déjate de esas tonterías.

—Ay, Ñato, estás perdiendo temple —dijo Raulito terminando de comer—. ¿Acaso no ves las locuras que hacen los artistas por medio mundo? ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? Te imaginas los titulares: *Coloma convierte en «cantuñas» piedras expulsadas por el Cotopaxi*. ¿No le parece fenomenal, tío?

Strudel no le respondió. Me preguntó si me llevaba a mi casa y le dije que más tarde, que los acompañaría a casa. Estaban ahí al lado, cerquita del redondel de la Floresta, donde termina la calle Madrid.

¿Eso por qué parte de Quito queda, Álvaro? Hacia el norte, Kazbek, el noroeste, en realidad, poco antes de la bajada a los valles.

—Aunque sea vente conmigo al paseíto —insistió Raulito—. Nos podemos acercar a Latacunga y nos comemos unas allullas. Yo invito.

—Está bien, Raulito, iremos —dijo Álvaro—. Pero estos días tengo que estar con mi vieja, apenas me desocupe te aviso.

—Hecho entonces, Ñato, mira que cuento contigo.

La casita de La Floresta donde vivían estaba bien organizada, supuse que debido a Strudel. Sólo que tenía ese orden triste y gris de solterón viejo. Raulito subió a dejar su maletín e ir al lavabo. Empecé a tomarme el café que preparaba Strudel. Me ofreció uno de sus pasteles de manzana y lo rechacé. Con el silencio que había, no me pude contener.

—¿Y Laura?

Strudel no dijo nada. Se me quedó mirando, como si se contuviera, hasta que finalmente se rindió:

—Es delicado hablar de ella —dijo—. Le ha pasado de todo.

Fue allí donde me contó del encuentro con Néstor Arango y el encontrón con el policía para hacerlo hablar, y que ella, cuando pudieron contactarla, no quería saber nada de su familia, que nunca respondió las cartas de su madre. ¿Seguía en el teatro?, insistí. ¿A qué se dedicaba?

—No me preguntes más de ella, mijo —dijo Strudel—. Es mejor no saber nada en detalle ni decir nada. Todo ha sido un descalabro con Laura. Carmencita se fue hasta Cali ante tantas negativas. Discutieron mucho. Laura echó pestes de medio mundo y hasta cometió el error de contarle que había tenido relaciones con Raulito y me metió en la colada. Carmencita volvió hecha una furia y me vino a reclamar. Luego nos reconciliamos. Y un año y medio después, para más espanto de Carmencita, se apareció Laura con una niña. Se llama Tania. El padre es vasco o descendiente de vascos. Se la dejó encargada a la criatura y se volvió a Colombia. Cuando puede envía algún dinero para la niña, y luego no se sabe más de ella.

—¿Raulito lo sabe?

—Es como si fuera su padre, mijo. Gran parte de lo que gana lo da para los gastos de Tania. Se le está pasando la mano, ahora que por primera vez empieza a vivir bien. Lo de este problema de amnesia debe ser por el estrés. Pero a mí no me hace caso. Mejor no sigamos hablando que no quiero que Raulito llegue de pronto y volvamos sobre el tema.

Cuando Raulito bajó, Strudel nos dijo que se iba a descansar y que nos dejaba para que conversáramos tranquilamente. Entonces le conté a Raulito lo que te he contado a ti, Kazbek: la última visita de Rogelio en Barcelona, mi viaje a París y el encuentro con Biscay y Dacal. Raulito me escuchaba como si no creyera lo que le decía. A ratos se desconcentraba y miraba el reloj o a la escalera por la que había subido Strudel. ¿Afectaría la desmemoria a la atención de lo que ocurría en el presente? Con ver los movimientos inquietos de Raulito me di cuenta de que él no retenía nada de lo que yo le estaba contando. Terminé de hablar y dijo que le apenaba lo que me había pasado, que la vida era una putada, Ñato, una vaina impredecible, ¿no? Me preguntó que qué iba a hacer si no averiguaba nada sobre Rogelio. La

verdad no lo sé, le dije, de algo me enteraré, por el momento me interesa acompañar a mi vieja mientras se calman o se resuelven los rumores. Raulito cambió el tono de voz, como si se disolviera detrás de un acento que no le pertenecía, que yo no podía reconocer:

—¿Tienes prisa, Cónsul? —preguntó—. No me quiero quedar encerrado otra vez.

—¿A dónde quieres ir?

Raulito miró hacia las escaleras, como comprobando que Strudel no los escuchaba.

—Te lo explico afuera.

Se acercó a las escaleras y le gritó a Strudel que iba a salir conmigo a comprar cigarrillos y dar una caminata. Sólo alcancé a escuchar un *bueno, mijo*, y salimos a la calle.

Cruzamos el redondel de la Floresta y nos detuvimos en el punto más empinado de la calle Madrid desde donde se veía la ciudad. Allá abajo, larga y angosta, como una serpiente encajada en un surco estrecho, Quito parecía retorcerse mientras se iluminaba con un titilar de luces que se encendían, vacilaban y se volvían a encender. Bajábamos por la calle empinada, dispuestos a sumergirnos en esas entrañas luminosas de la ciudad, cuando Raulito me dijo que quería ir a la vieja casona del parque Andrade. ¿Te acuerdas?

—Claro —le dijo Álvaro—. Cómo voy a olvidarla. El parque de los altos eucaliptos oscuros, la vieja casona de tres pisos, con esa media agua en el patio, y el perro, Bobbie, que dormía en el estrecho jardín con rejas, y la terraza cubierta donde celebramos su fiesta de doce años.

—Qué memoria, Ñato, no sé para qué te lo pregunto.

Fue allí donde me emborraché por primera vez, flaco. Fue allí donde vi llorar a Raulito porque había perdido a su madre. Fue allí donde conocí a su primita Laura, que lo hizo pedazos.

Por eso él quería ir a la casona. Ella había venido de Colombia para visitar a su hija. ¿Entonces la pudiste ver, Álvaro? ¿Cómo estaba? ¿Cómo se lo tomó Coloma? Eso mismo era lo que yo me preguntaba, flaco. No me cuadraba el asunto. Yo daba por hecho que Raulito la había olvidado y ahora resultaba que no. Como te dije, no me di cuenta de que él en realidad nunca había salido de su crisis, que los buenos momentos habían sido apariencias, a pesar del giro vital por las cantuñas. Luego ya no pude seguir pensando. No me gustaba lo que veía en las calles. Al pasar la avenida 12 de Octubre y tomar por la Foch, todo me pareció sombrío, como si fuera un barrio de periferia, abandonado o *botado* como decimos en Quito. No era ni la mitad de peligroso de lo que es ahora, pero ya en ésa epoca empezaba a tener esa atmósfera de abandono y clandestinidad. Raulito ni se daba cuenta. Yo en cambio sentía la mirada de los guardias, de los tipos que pasaban cabizbajos por el frío, soportando las calles en vez de estar resguardados en un bar o en sus casas, si las tenían. Cuando entramos en la Amazonas noté que había sido algo más que las miradas al paso. Nos estaban siguiendo. Cauto, sin prisa, como si fuera un rabdomante buscando ríos subterráneos en medio de la noche, no pude distinguir cómo iba vestido, quizá una chompa de cuero, una gorrita o boina que lo abrigaba y, al mismo tiempo, le cubría el rostro. Le dije a Raulito que cruzáramos a la otra acera. El rabdomante no repitió nuestros pasos pero no desaceleró la distancia. Cuando llegamos a la Veintimilla, luego de pasar la curva que da la calle, vi que el tipo volvía a asomarse detrás de nosotros, a una cuadra de distancia. Una vez que alcanzamos el parque y vimos la casona, Raulito me preguntó si no me importaba esperarlo un rato afuera, para ver cómo estaba el ambiente, y que si no había problemas me diría para pasar. Le dije que ni hablar, que nos estaban siguiendo probablemente

desde que salimos de La Floresta pero que yo apenas me había dado cuenta unas calles atrás.

—Paranoias, Ñato —dijo, y avezado empezó a mirar a nuestro alrededor sin identificar a nadie en concreto. Tampoco yo volví a encontrar al rabdomante—. Ves que son puras fantasías… Sólo te pido que esperes un ratito, Abu. A fin de cuentas no avisé que vendría y ya sabes que Laura es medio complicada.

—¿Vale la pena lo que quieres hacer? —dije, pensando que podría hacerlo recapacitar—. Laurita te las ha hecho pasar negras como para que insistas.

Raulito dio media vuelta en dirección a la casona:

—Ya no es lo mismo que antes —dijo—. Me preocupa la niña.

A pesar de lo que había dicho Strudel, Raulito estaba al tanto de todo lo que le pasaba a Laura. Le indiqué que entrara, que yo me iba a caminar por el parque, y que esperaría su señal. Me dio una palmada en el hombro y se acercó a la casa. Yo entré en el parque, en medio de los eucaliptos todavía más grandes de lo que habían sido doce años atrás, y más a oscuras, salvo por el lado de la avenida 10 de Agosto, donde pasaban las luces de los autos, indiferentes al parque. Allí, en medio de esos eucaliptos, yo estaba bien escondido de medio mundo, como para que no me reconocieran Laura o la tía Carmen.

Las luces de la sala de la casona se encendieron. No así la terraza cubierta, en lo alto, completamente a oscuras: ni un solo rastro de mi recuerdo de esa noche del cumpleaños. Llenamos sitios, los vaciamos, los volvemos a llenar, pensé, y lo que fue fiesta se marcha a otro sitio que ya no alcanzamos a ver. Me dio un poco de pena sentir cómo había pasado el tiempo. Tuvimos doce años en esa fiesta, flaco, y ahora teníamos veinticinco y todo había cambiado, ni la sombra de lo que sospechábamos que seríamos. Miré todavía más arriba, por si el cielo estaba es-

trellado. Nada. Era la oscuridad total. De pronto se encendieron las luces de la terraza. Debían ser Raulito y la tía Carmen acercándose al corredor de los cuartitos del alero, el mismo lugar donde mi amigo había tenido su habitación cuando llegó a Quito. Quizá allí dormirían Laura y la niña. O a lo mejor iban a ver a la niña dormida. O Laura estaría haciendo dormir a la niña. No era tan tarde. Debían ser las ocho o nueve de la noche.

No pude seguir observando más hacia la casona. Un carro entró de la 10 de Agosto a la Veintimilla y se detuvo en la esquina del parque. El rabdomante se les aproximó. Tres individuos bajaron del auto en la esquina, conversaron entre ellos, miraron hacia donde yo me encontraba y empezaron a acercarse. Yo seguía debajo de los eucaliptos, una sombra entre las sombras.

2

Dijo que había sido el Cuervo quien nos libró de la policía. ¿El Cuervo Ramírez, el profesor de la facultad de Bellas Artes? Ése mismo, flaco, le dijo Álvaro a Kazbek, quién iba a imaginarlo. Ni mi vieja, ni Tomasito y sus amigazos de Cancillería, sino nuestro antiguo profesor que nos tenía entre ceja y ceja y a quien yo detestaba porque no tenía la menor idea de mi trabajo y le importaban poco mis monocromías. Qué iba a saber yo que Raulito se había vuelto a encontrar con él cuando empezó a despuntar con las cantuñas y eran de nuevo amigos, o al menos pretendía serlo el Cuervo, que estaba encantado con lo que hacía su antiguo alumno, el descarriado, la ovejita perdida, y ahora resultaba que andaba metido en un proyecto interesante que despertaba la atención del medio artístico quiteño y de los galeristas norteamericanos. El Cuervo se encargó de presentarlo a sus amigos escultores, que lo acogieron como si se tratara de una iniciación en la secta, de la que Raulito se fugó discretamente. Cuando nos llevaron presos, Raulito lo llamó de inmediato. Yo tampoco entendía qué tenía que ver Ramírez con la policía, porque a fin de cuentas fue un asunto de la policía que había desatado redadas de sospechosos esas semanas del secuestro de Nassib Bitar. Resulta que el Cuervo Ramírez venía de familia de milicos y tenía todos los contactos posibles para mover cielo y tierra, especialmente su primo, el general Ramírez. Yo me esperaba lo peor esa

noche que fuimos caminando desde La Floresta hasta la casa de los padres de Laura, allí, de pie entre las sombras del parque Andrade, cuando se me abalanzaron como si me fueran a robar esos tres tipos que resultaron ser policías. Apenas Raulito vio que me rodearon, vino corriendo y ya lo sujetaron a él también y nos empezaron a caer a golpes. Nos treparon a la patrulla a la fuerza, sin preguntar nada, sin pedirnos identificación, como si el rabdomante que nos había estado siguiendo por la Amazonas tuviera clarísimo quiénes éramos y cuáles eran nuestros «delitos», sobre todo yo, que estaba completamente aturdido, no por mí, sino por lo que debía callar sobre mi hermano. Fue al llegar al retén que a Raulito se le ocurrió decir que su tío era el general Ramírez. Los policías se quedaron de una pieza, le preguntaron que confirmara lo que estaba diciendo, y él añadió que quería hacer una llamada por teléfono. Lo hicieron de mala gana y Raulito llamó al Cuervo. Yo recién ahí me di cuenta de que estaba con un ojo derecho inflamado porque apenas veía a Raulito con el otro y sentía cómo me dolían las costillas y las piernas. Raulito le dijo al Cuervo en qué comisaría estábamos. Asintió una y otra vez y terminó por colgar. A las dos horas, luego de un revuelo de llamadas telefónicas que puso patas arriba la comisaría, nos sacaron del retén y nos dejaron esperando en la recepción a que llegara el Cuervo en medio de una fauna marginal y desmadrada que yo no había visto nunca en Quito. Pensé, Kazbek, en la desgracia que era nuestro país, en mi propia desgracia, porque aunque me había metido en un montón de antros en mis viajes, en barrios de verdadera mala muerte en distintos países, tenía que ser en el mío, en mi propio país, donde quienes debían protegernos nos daban una paliza y nos encarcelaban. Te juro que en ese momento me prometí que no volvería nunca a Ecuador, que esta vez sí me iría para siempre y no volvería jamás a ese país de mierda que es el nuestro. Y lo cumpliste, ¿no, Álvaro? ¿No

volviste en mucho tiempo? La última estadía larga fue en ese maldito 1985. Hice un viaje breve al año siguiente por las investigaciones sobre mi hermano, y luego, tres años después, cuando enfermó y murió mi madre. Después vino la zona blanca, el hiato de diez años en el que no volví. Esto no significaba que lo había olvidado, a veces me venían recordatorios o alertas, como las fieles cartas de Raulito. Así se fueron pasando años que, por supuesto, no estuvieron vacíos y mucho menos inmóviles. Todo lo contrario. Viajé mucho a otros sitios, que algunas veces me salían más baratos que volver hasta Ecuador. Fui a lugares que ya no fueron los de siempre, a los que me tuvo acostumbrado mi familia, o mis residencias o mis compromisos, lugares lejanos y discordantes: Lisboa, Palermo, Estocolmo, Dresde, El Cairo, Jerusalén, Atenas, Nueva Delhi. Llegué hasta Tokio y Seúl. Fue un país por año, como si estuviera reemplazando el mío. Hasta que un día, en Túnez, en 1998, caminando por los corroídos alrededores del zoco, vi a un lustrabotas con la espalda apoyada sobre una pared desconchada y me acordé de un gesto parecido en los lustrabotas que están en las arcadas del Palacio Arzobispal. Me quedé absorto viéndolo, como si me hubiera dado un duchazo con la imagen que recordaba, y me pasó lo que nunca me había ocurrido, la sensación de querer ir a Quito con la misma curiosidad, las mismas ganas con las que iba a descubrir tantas ciudades desconocidas, quizá porque había mucho que no había visto, o había visto mal o no estaba capacitado para ver. Fue en 1999 que empecé a volver con frecuencia, cada año. Pero habían sido diez años los que permanecí distante, como si hubiera quemado todos los puentes, todas las naves. ¿Incluso con Coloma?, le preguntó Kazbek. ¿No lo volviste a ver en todo ese tiempo? Nos escribíamos, como te conté, sobre todo él, y yo le hacía llegar las notas de prensa que encontraba sobre su trabajo en las revistas de arte, a veces le añadía alguno de mis tar-

jetones con mis reflexiones sobre pintura, más bien retorcidas sentencias del callejón sin salida en el que me encontraba, hasta que dejé de escribirlas y solamente le enviaba recortes donde elogiaban o comentaban su trabajo. Siempre me los agradecía y me preguntaba cómo me iba, qué hacía, que cuándo vendría de visita. Mis respuestas se postergaban y terminaban por no llegarle nunca. Incluso una vez que le envié una crítica negativa, cuando empezaron a salir, cuando dejaron de ser novedad las cantuñas o se hicieron repetitivas por las falsificaciones, me respondió sin complicarse, riéndose de sí mismo. «Me han descubierto», me escribió. Salieron más menciones negativas, pero esas ya no se las envié. Alguna vez pensé, durante ese hiato, en ir solamente para visitarlo, y no ver a nadie más, no sentirme señalado como el hermano de un subversivo, pero también evité ir de visita para no sentirme que debía darle cuentas a Raulito sobre qué mismo estaba pintando o por qué no exponía. Nunca pensé que me ocurriría lo que me había pasado con mi buen amigo: era él quien tenía éxito, él quien era mencionado en todas partes y vendía sus cantuñas sin haberse movido de su ciudad o de su barrio, y no sólo eso, que era lo de menos en realidad, y que me alegraba por él, que había pasado tantas estrecheces, sino la perplejidad que me dejaba el no haber sabido reconocer las posibilidades de su talento, o mejor dicho, ver que él no necesitaba toda esa inversión y derroche intelectual para darle forma a su trabajo, valiéndose apenas de su especie de ingenuidad naif, de un entusiasmo sin tregua, que me incomodaba porque parecía borrar, ni siquiera de un manotazo, sino de un delicado soplo, con una suerte de gracia, todos mis tormentos intelectuales y la búsqueda en la que yo llevaba años. Luego supe que no era cierto. En la Residencia de Reposo a la que se había trasladado cuando recrudecieron sus esporádicos ataques de amnesia, encontré varias carpetas con fotos y apuntes de su trabajo, que me

fue mostrando a petición mía, a veces para saber mi opinión, otras para pedirme que le explicara quién era tal o cuál crítico de quien yo le había enviado un artículo, y allí me daba cuenta de que el artículo estaba subrayado, glosado, a veces ampliado o corregido por papelitos cuadriculados que arrancaba de cuadernos escolares y que sujetaba con un clip, amontonado todo en un par de cajas que tenía bajo la cama. Eso lo supe cuando empecé nuevamente a ir de visita a Ecuador.

No fue fácil contarle todo eso a Kazbek, Raulito, mientras pude yo iba postergando tocar el tema de Rogelio, reconstruir todas las penurias que tuve que pasar para averiguar dónde encontrarlo, qué había sido de él, si estaba vivo o muerto. Me parecía inútil reconstruirle a Kazbek mis absurdos pasillos por ministerios y dependencias policiales, las largas conversaciones con el Cuervo Ramírez para saber a quién llamar o a quién visitar. El doctor-pintor Ramírez… ¿Te acuerdas, viejo? El Cuervo nos ayudó un montón. Además que te adoraba, Raulito, se le notaba, se sentía orgulloso de su alumno y de mí ni siquiera se le ocurría preguntar qué era de mis cuadros, de mi vida en Europa, es cierto que se dedicó a darme una mano, sin juzgar, sin pretender opinar nada de lo que había hecho Rogelio. Hasta que un día, al año siguiente de tu primera crisis y el incidente con la policía, quedamos con el Cuervo para visitar a un funcionario al que debía llevar una denuncia que yo había hecho en la sede del Cómite Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, y me empezó a hablar de que tú tenías problemas, Raulito… Sé que me escuchas aunque ya no me reconozcas. Me bastaría que me hicieras una señal con los ojos, un parpadeo, no te pido mucho, viejo, sólo una señal para que me digas si realmente sabías lo que había estado pasando, sólo una señal como ese asentimiento que hiciste para que fueramos con Tania a las termas de Papallacta… Porque el Cuervo empezó a decirme que yo estaba removiendo

muchas cosas y que su primo, el general Ramírez, le había llamado la atención, que su antiguo alumno, Raúl Coloma, anduviera con cuidado porque había un asunto realmente grave en el que estaban implicados varios miembros de su familia. Se ve que el Cuervo se sintió en conflicto de hablarlo contigo y me lo estaba pidiendo a mí que lo hiciera, y cuando yo quise contártelo tuviste esa recaída por el regreso sorpresivo de Laura y su ocurrencia de instalarse a vivir en la selva, el robo a Strudel que lo dejó maltrecho durante meses. ¿Yo qué iba a saber de los problemas en los que estaban metidos Strudel y Laura? Fue un infierno esa visita, sólo me quedé quince días yendo de un sitio para otro, con mi vieja hecha una ruina escuchando las noticias de los guerrilleros que caían muertos, a la espera espantosa de que en el momento menos pensado dijeran el nombre de Rogelio, y yo con la paranoia de que vendría de nuevo un policía, o quién sabe quién, a caerme a golpes. Quise irme lo más pronto posible y sólo pude despedirme de ti por teléfono. Por suerte, viejo, un año después me llegaron tus primeras cartas de la mejoría de Strudel, del cierre de Discos Bedoya y la apertura del nuevo localito, más pequeño. Por eso, cuando volví luego de esos diez años de no querer saber nada de Ecuador, cuando el doctor Villarreal, luego de tantos años de hacerte un seguimiento, diagnosticó que tu amnesia no había sido un simple golpe accidental como supuso en un principio, sino que era una enfermedad heredada, ese despiadado y silencioso síndrome de Korsakoff que me describió como un proceso gradual e irreversible de borramiento del mundo, en parte génetico por el alcoholismo de tu viejo y por todos los años que tú también te dedicaste a la bebida, y recomendó que te hiciera largas evocaciones del pasado, como una especie de rehabilitación, «es el mejor regalo que puede darle a su amigo», yo me dediqué a recordártelo todo, sin prisa, sentados ahí afuera en la banca amarilla, entre los dos eu-

caliptos. Hasta Judith, la enfermera de toda la vida, se emocionó al verme luego de tanto tiempo: Caray, don Álvaro, a los siglos que se le ve, ahorita le aviso a don Raúl. Tú te morías de ganas de salir apenas Judith te avisaba de mi llegada. Y luego ya nada. Y ahora, ¿ya ves?, la banca y los eucaliptos y los avisos de Judith no te importan. ¿Te das cuenta, Raulito?

¿Me escuchas?

En general estaba bien, le dijo a Kazbek, aunque se había quedado casi calvo, y el poco pelo que le quedaba se lo rapaba, como un monje budista, y en realidad empezó a parecerse a un monje. Raulito había adelgazado, y con lo alto que era, se lo notaba más flaco y más alto todavía, pero en general se lo notaba bien. Le dio por vestirse de negro, con chilabas, que junto con su cabeza rapada le daban un aire excéntrico. Como siempre había sido friolero, llevaba debajo de la chilaba una camiseta negra y a veces también una chompita de lana ligera, y se envolvía con una bufanda. Muy atrás había quedado el Raulito recién llegado de la Costa con sus camisetas chillonas. ¿Te conté que Raulito decía que el frío le entró en los huesos el día que se lanzó a la piscina del Mejía? Sí, le dijo Kazbek, sí me lo contaste. Pues ahora decía que el frío le calaba cada vez más hondo, que se le había empozado dentro. Le encantaba tomar té caliente y salir al sol y quedarse horas, y no me preguntes cómo hacía para no broncearse, pálido siempre. El mismo Raulito se reía de su vestimenta y su calva diciendo que se parecía al tío Lucas de esa serie, *Los locos Adams*. ¿Uncle Fester?, le preguntó Kazbek, ¿el gordo calvito con ojeras y abrigo oscuro? Ése mismo, en versión flaco. Aquí en España le dicen Tío Fétido. No friegues, flaco, ¿Tío Fétido? Tal cual, Álvaro. En cualquier caso, el pelo rapado y las chilabas de Raulito eran cuestión práctica más que una voluntad excéntrica. Me dijo que así no debía peinarse ni plancharse la ropa negra y que, además, toleraba las manchas ocasionales de

comida y rápidamente se sacudía las cenizas de los cigarrillos que había empezado a fumar. Ése se volvió finalmente un placer compartido, y yo le traía de España varias cajas de cigarrillos y puritos. Lo cierto es que luego de la muerte de Strudel le resultó imposible vivir a solas, no sólo por el mantenimiento de la casa sino porque los episodios de desmemoria le generaban muchos problemas. No sé cómo se las arregló para conseguirse esa Residencia de Reposo, que dicho así suena como a sanatorio, pero en realidad es un sitio caro, una especie de pequeña urbanización de lujo donde tiene un bungalow y toda la atención médica que necesita, cuando la necesita, porque apenas si requería de ella la primera vez que lo visité. Allí en el bungalow, ubicado en una esquina de esa pequeña urbanización que es la Residencia de Reposo, flanqueado por un muro natural de eucaliptos donde está encajada la banca amarilla donde nos sentábamos a conversar durante horas, Raulito ocupaba una habitación para dormir y el resto era su taller, o como él lo llamaba, su *espacio para pensar*. Ésa fue mi primera sorpresa. Si bien guardaba sus apuntes en esas dos cajas de las que te hablé, la sala del bungalow estaba repleta de materiales de trabajo y de una pequeña biblioteca de diez o quince libros de poesía japonesa, budismo, varias ediciones del Tao Te King. Me quedé mirando un rato los libros. Lo único que tenía relación con su trabajo era un tratado sobre suisekis y el ensayito de Roger Caillois sobre las piedras. En esos diez años de no haberlo visto era inevitable que algo cambiara en él, aunque nunca sospeché que cogería ese rumbo que parecía un poco místico y hermético. Hasta llegué a pensar si no habría sido la misma interpretación sobre su obra lo que lo llevó a esas lecturas, a lo mejor para entender de qué hablaban, para entenderse a sí mismo, para entender, y esta era la paradoja que me turbaba, en qué consistía esa verdad que había descubierto sin darse cuenta. Sin embargo, no alardeaba ni reclutaba ni conven-

cía. Nunca decía nada de esas lecturas. Cuando yo le preguntaba por los libros, daba un gruñido de que si quería llevarme alguno, me los prestaba. También había portarretratos con fotos de su madre, de Strudel, una que nos habíamos tomado el primer año en Bellas Artes, otras de Laura y él junto a la hija de ella, Tania, cuando esta tenía seis, diez, doce años. Luego una foto enmarcada, reciente, me explicó Raulito, donde sólo aparecía él junto a Tania, que había cumplido quince años; estaban en las ruinas de Machu Picchu. De ese viaje sí me había contado. Los galeristas japoneses que se habían vuelto compradores de sus obras, le habían organizado una exposición en Lima, y Raulito, luego de los compromisos, aprovechó para llevar a Laura y Tania de viaje por Perú.

También había muchas fotos de sus cantuñas.

—Las que vendí pero no quiero olvidar —dijo riéndose.

Otra estantería, esta con cristalera, estaba repleta de lo que se había vuelto un furor los últimos años y que multiplicaron sus ingresos: las *cantuñitas*. Fue lo primero que conocí de él, le dijo Kazbek a Álvaro, y fue lo único que me podía comprar. Creo que cambiar de formato terminó siendo un mecanismo compensatorio, dijo Álvaro, las cantuñas normales eran un fardo, de manera que luego de que descubrió la ligereza de los suisekis japoneses, se quedó fascinado y se dedicó a crear esas versiones reducidas, que además no tenía que esculpir sino hallar a la orilla de los ríos, y que luego intervenía con sus inyecciones de oro o plata o injertando piedras preciosas. Mi cantuñita tenía sólo una inyección de plata, le dijo Kazbek, y costaba lo suyo, pero compensaban porque las colocabas en un sitio visible y tranquilo te concentrabas en ella. Lo curioso, Kazbek, es que para los japoneses el principio del suiseki es que las piedras no sean intervenidas, sino *halladas*. Aún así, encontró mercado en Japón y en otros países. No sé de dónde sacó Raulito toda esa vertiente ja-

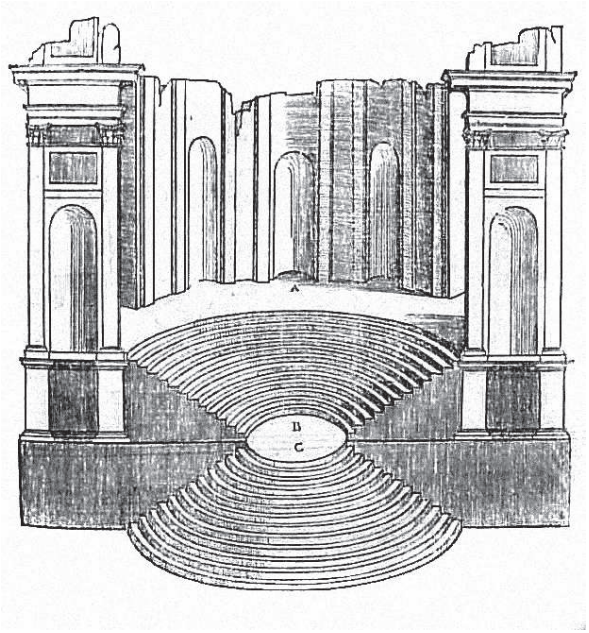
ponesa, se volcó a ella y a los haikus y a leer sobre budismo. Fue la única faceta intelectual que le conocí. A veces he pensado que fue por ahí que terminó con esa actitud casi monástica, porque con el dinero que tenía podía haberse construido o comprado una casa con taller incluido, contratado enfermeras y empleados, en fin, y no retirarse a esa Residencia de Reposo. Creo que en el fondo lo que más le gustaba de los rituales del suiseki era el placer de salir a buscar piedras. Lo acompañé cuando lo volví a ver en mi regreso. Pensé que iríamos a unas de sus largas caminatas habituales. Resultó que nos dirigimos al río San Pedro y estuvimos horas siguiendo la ribera mirando el suelo y buscando piedras de formas especiales. Hasta yo me sumergí en el rastreo y me di cuenta de que el mundo se me borraba, que la mirada se concentraba tanto en la búsqueda, casi te diría que en ese juego de asociar las curvas accidentales de cualquier piedra con la forma de una montaña, de un animal, de una persona de perfil. No te dabas cuenta y tenías una bolsa repleta de piedras y las horas habían pasado volando. Luego venía el ritual de limpiarlas con un cepillo, extenderlas sobre las hierbas, hacer una nueva criba, y de ese ajetreo quedaban apenas dos o tres que sí eran especiales, y todo por el pulimiento de la piedra por el agua. En realidad él no necesitaba ir a recolectarlas. Lo hacía por placer. Cuando empezó a producirlas en serie, lo ayudaba el Omoto Pérez, luego se encargaron sus talleristas, e incluso llegó a tener un proveedor. Ahí se empezó a banalizar su trabajo. Un par de talleristas dejaron a Raulito y poco después proliferaron cantuñas y cantuñitas que parecían señalar el auge del artista. Más bien representaron lo contrario, su decadencia fatal. Él mismo se apersonaba en los lugares donde encontraba imitaciones y armaba un alboroto que terminaba en peleas y encontronazos de las que lo sacaba, o se las evitaba, el paciente y fiel Omoto. Sólo las piedras que Raulito encontraba en los cauces

medios de los ríos, el lugar ideal para encontrar suisekis, tenían ese toque tan suyo, esa especie de aura que irradiaba de la combinación de la forma perfecta que se había detenido a observar con el añadido ensamblado de metales o piedras preciosas. El dinero que ganó se le volvió algo abstracto que él mismo no manejaba, sino la tía Carmen, que se volvió su administradora, muy prudente por cierto, y la única persona a la que él le hacía caso, y la que disponía que ese dinero fuera para el mantenimiento de Laura en el Oriente y de su hija Tania, que terminó regresando a vivir a Quito para terminar el colegio, convertida en una chica sensata que adora a Raulito como si fuera su padre. Desde que volví de visita a Quito, en 1999, me la encontraba siempre. A mí me resultaba incomprensible que Raulito terminara refugiándose en la Residencia de Reposo sólo por la atención médica. Es cierto que sus baches de memoria podían ser aterradores, llegaba a olvidar el año en el que estaba, la hora del día, y hasta el nombre de las personas que lo llamaban. Lo peor vino cuando un día olvidó su propio nombre y le pidió a la enfermera que se lo dijera. A partir de ese día le prohibieron salir a solas a sus caminatas. De manera que cuando yo llegaba esa era nuestra actividad principal. A veces me lo llevaba a mis paseos por el centro de Quito, por el que me aficioné, quizá porque no lo había apreciado antes, cuando viví allí, pero que desde Europa empecé a ver como una especie de lugar revelador. A él le importaba poco. Y fue por él que me interesé en ver, como si lo hiciera por primera vez, y así la vi, la Iglesia de la Compañía de Jesús, con su fachada barroca, de piedra, y su interior de oro, esa como *Ur*-Cantuña en la que Raulito vio por dónde tomar con sus esculturas de piedra, inyectándoles oro. Un día, recuerdo, debió ser en 2003, le dije que quería que fueramos por el centro de Quito, quería ver la Iglesia de la Compañía, darme una vuelta por la explanada de San Francisco, a lo mejor visitar la capilla de

su querido Cantuña. Sí, fue en 2003, porque ese año se publicó un libro de cuentos de Francisco Proaño Arandi, *Historias del país fingido*, que incluía un cuento titulado «Cantuña», por eso lo compré. Allí se describía al paso la doble escalera cóncava y convexa que da acceso a la iglesia de San Francisco, y la descripción decía que esa escalera, curva en ambos sentidos, y vista desde arriba, era como el resultado de que alguien hubiera lanzado una piedrita en guijarro en medio de ese océano de piedras, desatando las ondas concéntricas. Le leí el cuento a Raulito, pensando que le interesaría porque había hecho de sus cantuñas el centro de su vida. Le dio igual, como si pensara en otra cosa. Lo llevé a verla y mientras yo me quedaba extasiado contemplando las proporciones y la plasticidad concéntrica de esa escalera, Raulito estaba como desesperado porque tenía ganas de irse a comer un cebiche al barcito de San Agustín. Ni me hacía caso. ¿Tú la has visto?, le preguntó Álvaro a Kazbek, ¿te has fijado en esa escalera? He estado allí, Álvaro, nunca me he detenido a verla. Pues deberías verla, verla bien, sin prisa. En la mitad de la escalera hay una especie de vacío, una pequeña meseta circular, perfecta, desde la que puedes observar cómo el tramo de peldaños cóncavos que vienen de la plaza se achican mientras suben, una especie de embudo en el que se vierte la amplitud de la plaza, toda la gente que anda pululando por ahí como perdida, y luego, una vez que llegas al círculo vacío del centro, puedes ver hacia arriba el segundo tramo, donde se invierte el sentido de las curvas, con los peldaños convexos expandiéndose en ondas hacia el corredor del pretil y dando a elegir a dónde quieres ir, si a la Iglesia central o a las dos capillas laterales. A mí me interesó esa escalera y de vuelta a Barcelona me puse a investigar. ¿Sabes lo que encontré? Resultaba que era un proyecto de Bramante, el arquitecto italiano del siglo XV. Hay una escalera famosa en la entrada a los museos vaticanos. Esa seguro que la has visto, fla-

co. ¿La que tiene forma de caracol?, le dijo Kazbek, ¿que parece que va en un solo sentido y son dos escaleras entrelazadas, como en espiral? Esa misma, la que está justo en la entrada a los museos. Ésa se la atribuyen a Bramante. En realidad fue otro arquitecto. La verdadera de Bramante es otra, que no tienes escalones sino rampas, y que da acceso a otro edificio del Vaticano. La de San Francisco nunca la llegó a construir, fue apenas un proyecto, la pensaba colocar también en el Vaticano. Finalmente algún Papa no lo aceptó y quedó en una idea que rescató otro arquitecto, treinta años más joven que Bramante, Serlio, en un tratado de arquitectura del que conseguí aquí un ejemplar. Allí está, exacto, el modelo en el que se inspiró la escalera de San Francisco. Raulito se aburría con mi fascinación viéndome subir y bajar por la escalera, deteniéndome a observarla desde todos los ángulos, como si quisiera detectar, exactamente, cómo era el momento en el que se producía la metamorfosis, y que no era necesariamente dentro de la iglesia, sino antes, en ese centro vacío donde se contempla el tramo que falta para entrar. La lectura también puede invertirse, porque cuando uno sale de la iglesia no va directamente a ese mundo. La escalera, de bajada, hace que te detengas, que ocurra una nueva metamorfosis, un cambio o desvelamiento mínimo, en el mismo centro vacío, como si allí, en cambio, uno se volviera a poner la ropa de cada día. Es una zona de transición, un punto hueco indispensable para pasar de un mundo a otro, porque de lo contrario, sin esa transición arqueada, sin los semicírculos de piedra, no se sería consciente de los dos mundos, el de arriba y el de abajo, el terrenal y el espiritual, y que en realidad no vivimos en un solo mundo, ni siquiera en los dos mundos, sino también en esas zonas de transición, en ese vacío de frontera, ese pequeño círculo vacío que es, a su vez, un pequeño mundo, probablemente el único que nos pertenece porque es allí, sólo allí, donde podemos vernos dejar lo que fui-

mos a lo que vamos a ser, lo que queremos ser y lo que realmente podemos llegar a ser, si el mundo nos deja o si lo doblegamos. A fin de cuentas, le dijo Álvaro a Kazbek, el pasado es la materia de la que estamos hechos. Pero ese pasado lo esculpen nuestros deseos para el futuro. Y lo esculpen hoy. Así de paradójico.



¿Cómo decirle a Kazbek, Raulito, cómo explicarle que esa escalera me parecía el mejor retrato de mi vida? ¿Cómo decirle que ese doble movimiento semicircular era la sensación que tenía cuando conversaba contigo y luego, cuando conversaba con Kazbek, y cuando estaba a solas, sin ninguno de los dos, era como si estuviera en el pleno centro de ese movimiento expansivo y ondulado, centrífugo y centrípeto al mismo tiempo, en el que debía elegir hacia dónde ir? No hay nada más movible y fluctuante, paradójicamente, que esa escalera de dura piedra,

de esa piedra andesita, la misma que usas en tus cantuñas, y que cumplía el sueño de Bramante, rescatado por Serlio, rescatado a su vez por algún desconocido maestro de obras de Quito al que se le endilgó el nombre de Cantuña para fundar una leyenda. Todo iba y venía, un vaivén interminable, como en mis viajes, yendo y viniendo, sin parar.

Al final nos fuimos a San Agustín a comer el dichoso cebiche que quería Raulito. De camino, para llevarlo nuevamente a su pasión perdida por la historia de Cantuña, le dije que había una contradicción esencial en su leyenda del pacto con el demonio.

Sólo ahí me hizo caso.

—¿Y cuál es esa contradicción, Ñato? —preguntó Raulito.

—Hay un dato en el que no me había fijado —dijo Álvaro—, y que Juan de Velasco señala en su *Historia del Reyno de Quito*. Cantuña era hijo de Hualca, un lugarteniente de Rumiñahui, ese general indígena que luego de la derrota frente a los españoles y la muerte de Atahualpa, hizo una retirada de tierra arrasada, recogió todo el oro que quedaba y lo escondió o lanzó a algún abismo de los Llanganatis. Cantuña entonces era indígena. ¿Cómo iba a pactar con el demonio, a la manera occidental, católica, si es que no creía en esa fe? Es absurdo que haga un pacto con el demonio cuando eso no existe en sus creencias. ¿Cómo le iba a vender el alma a un demonio de una fe extranjera? ¿Cómo se iba a condenar a un infierno cristiano que para él no existía? ¿O es que hay un demonio indígena que pudiera asimilarse al demonio de la Iglesia?

—Bueno —dijo Raulito—. Hay uno. El Supay. No es como el demonio cristiano. Es doble, tanto bueno como malo. O irritable. Los indígenas no le rehúyen pero se preocupan por no irritarlo.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le preguntó Ábugatás.

—En mi familia toda la mitología indígena es un tema del que se habla con normalidad —dijo Raulito—. Me refiero a la rama de los Bedoya. ¿No te acuerdas de los *Taitas Maestros* que venían a las fiestas y reuniones en mi casa? Ahí calladitos como los veías, cuando estábamos en una comida con poca gente o de visita en sus pueblos, se mandaban unas historias larguísimas y alucinantes.

—Eso sí que me lo he perdido —dijo Álvaro.

—Es que vos sos turquito nomás… —dijo Raulito marcando el acento andino, y empezó a reirse—. Perdona, Abu, broma de mal gusto.

—En cualquier caso, viejo —dijo Álvaro—. ¿No te parece demasiada vaina eso de que alguien, por lo general artista o pensador, pacte con un demonio?

—¿Y tus propios demonios? —dijo—. ¿Dónde está *tu* demonio? ¿O tu *daimon* como te gustaría decirlo?

Me quedé parado en la acera. Él dio un par de pasos más adelante. Volteó a ver y se regresó a mi lado. No sé qué cara debí poner.

—Mejor deja de pensar en esas vainas —dijo Raulito—. El San Agustín está a la vuelta. Me muero de hambre.

En esos momentos, te juro que pensaba que mi amigo estaba completamente sano, que todo no era más que un mal sueño. Fue ahí que me acordé, le dijo Álvaro a Kazbek, de otro cebiche que habíamos comido por la Amazonas luego de escuchar la conferencia del pintor alemán al que había invitado el Cuervo Ramírez, un día memorable para mí, porque ese pintor contó su fórmula para pintar un pedazo de carne. Se lo dije a Raulito y él no se acordaba de nada. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado algo que habíamos visto juntos? No me lo explicaba. De todas maneras, no me alargué mucho en ese momento. Raulito ya me estaba celebrando: qué memoria, Ñato, tienes una memoria

del carajo. Yo más bien quería agarrarme a la pregunta que me había hecho sobre el *daimon*. No iba a tener otra oportunidad. Le comenté que yo no creía en eso del *daimon*, del demonio personal, y menos en lo de un pacto fáustico. No creí hasta después de esa conversación, le dijo a Kazbek, y no es que ahora crea pero empiezo a tener mis sospechas.

—Mira, Abu —dijo Raulito—. Si quieres buscar infiernos y demonios, los tienes aquisito nomás. Date una vueltita por las erupciones del Tungurahua y verás el mismísimo infierno. O nos subimos aquí al Pichincha y nos vamos del lado del cráter que soltó ese hongo de ceniza que parecía anunciar el fin del mundo. Qué pena que te lo perdiste. ¿O sí lo llegaste a ver?

—Fue un mes después de mi visita, en octubre —dijo Álvaro—. Yo me había regresado a Barcelona a inicios de septiembre. Fue justo el año que empecé a volver de visita, viejo, en 1999. Tú decías que era el fin del mundo.

—Más bien el infierno, Ñato —dijo Raulito—. En realidad, aquí todo lo es. Con tantos terremotos, volcanes y erupciones, este país está parado sobre el mismísimo infierno.

Cuando volví a Barcelona, me acordé del ejemplar del *Faustus* de Rogelio. Me dio curiosidad revisarlo. Yo no le había hecho mucho caso a la novela, me resultó pesada, un libro de otra época, y mi ignorancia en música y teología la hacía lejana. Recordé un capítulo en el que el protagonista, Leverkühn, habla con el demonio, o mejor dicho, en el que el demonio habla sin parar. ¿La has leído, Kazbek? En realidad no, Álvaro, no he leído ninguno de sus tochotes. Lo que me importaba, le dijo Álvaro, era revisar esa escena. Espera que lo tengo en la biblioteca y lo revisamos.

Se fue a su despacho y regresó con la pequeña edición de bolsillo. Kazbek lo observó acomodarse de nuevo en el sillón y pasar las páginas. Esto es, le dijo Abugatás, capítulo veinticinco.

Lo leí varias veces y me sorprendió lo que encontré. Creo que recién ahora entiendo que detrás de todas esas apariencias, bajo los rimbombantes sombreros de copa, como decía Biscay citando a no sé quién, el viejo Mann escondía bombas. Pone a hablar al demonio sobre arte y composición contemporánea. ¿Puedes creerlo? Bueno, contemporánea a esa época, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, en pleno auge de las vanguardias. Fíjate la modernidad en la que se mueve Mann, porque no hay otra manera de explicarse la nostalgia que tiene por lo perdido. Lo tengo subrayado, mira: «¿Quién sabe todavía hoy, quién sabía siquiera en las épocas clásicas lo que es la inspiración, la verdadera, la vieja inspiración primordial, la exaltación en estado absolutamente puro de toda crítica, de toda reflexión paralizante, de toda inspección mortal de la razón, el éxtasis sagrado? La gente tiene al diablo por el espíritu crítico disgregante, ¿no es eso?... Si tiene horror a alguna cosa, si algo en este mundo le es contrario es la crítica disgregadora. Lo que él quiere, lo que proporciona, es la triunfante proyección fuera de sí mismo, la magnífica irreflexión». ¿Te das cuenta, Kazbek, el demonio pidiendo que se lo distinga de la crítica, del razonamiento, pidiendo para sí todos los poderes creadores del arrebato? Y mira, mira lo que dice poco después, sobre las maneras de relacionarse con la inspiración: «¿Pero una idea súbita modificada es todavía una idea súbita? Toma los cuadernos de esbozos de Beethoven. Ninguna concepción temática queda como Dios la ha dado. La transforma y añade al margen: *Meilleur*. En ese *meilleur* nada entusiasta, se expresa una mínima confianza en la inspiración de Dios, un mínimo respeto hacia él». Mann es un poco enrevesado, Álvaro. Pero si está clarísimo, Kazbek, lo que está diciendo es que Beethoven, como compositor o artista clásico, aunque reciba esa «concepción temática», o motivo, o nota musical, esa mínima revelación o idea súbita, siempre corrige,

y lo corregido está mejor que la idea súbita. A continuación el diablo advierte que lejos de esa inspiración corregida, arduamente corregida y mejorada, está la otra, la del arrebato que no necesita mejorar o a la que no se le aplica ninguna corrección, y dice, literalmente, que esta «inspiración no es posible con Dios, que deja demasiado terreno a la razón; no es posible sino con el diablo, verdadero señor del entusiasmo». Eso era lo que me dejaba inquieto, le dijo a Kazbek, el entusiasmo, la sensación de que las cantuñas le habían venido a Raulito como una idea súbita, se montó a ella como si ese «señor del entusiasmo» se subiera a un cubo volador y desde su alto y demoníaco vuelo empezara a introducir añadidos, pero no correcciones, sin necesidad de corregir o replantearse el hecho, sino simplemente aumentando. Y todo lo hacía con entusiasmo, como si no tuviera que pensarlo mucho, como si se dejara llevar por un arrebato. Yo no le había hecho mucho caso a Mann, un poco como tú, Kazbek, porque me parecía un autor de otra época. Pero en realidad, Mann está haciendo un balance de las vanguardias, a fin de cuentas, porque él mismo había atravesado dos mundos diferentes, había nacido a fines del siglo XIX y vivía su plenitud en el XX, terminó huyendo de los nazis a California donde nació la idea de su novela o la empezó a escribir. Debía tener como setenta años cuando publicó *Doktor Faustus*. El asunto es que lo que pone en boca del demonio es la conclusión de que la gran mayoría de artistas contemporáneos tiene un pacto fáustico, o al menos pretenden dar esa apariencia, o la invocan. ¿Y cómo? Pues dejándose guiar por la idea súbita, mejor dicho, sin pretensiones de corregir las ideas súbitas. El demonio no exige, según Mann, la corrección, y el mismo demonio se niega la propiedad de crítica disgregadora, cosa que no es cierta, sino que instaura una dialéctica distinta, incluso más compleja, que sustenta o justifica por mil razones la impronta de lo súbito. A mí, en cambio, lo que menos me

interesaba era quedarme en la idea súbita. Es cierto que había nacido así mi flechazo por el color rojo, esa mirada que yo volcaba al rastro del rojo en todos los cuadros. Siempre me bailó y me sigue bailando en la mente esa línea de un cuadro de Araceli Gilbert, el *Réquiem por Sidney Bechet*. ¿Te hablé de ese cuadro, no? Sí, le dijo Kazbek, que te apasionaba, y hasta me contaste la historia del músico. Bien, el rojo fue una idea súbita. De eso me he dado cuenta y lo entiendo ahora. Lo que yo no me esperaba, lo que no podía haber sospechado nunca y que me ha hecho recordar todo eso, es que el ensayo que me diste la semana pasada iba a tratar de Kurt Landor. Al principio no me lo creía, podía tratarse de un homónimo, pero cuando seguí leyendo ya no tenía la menor duda y mi sorpresa seguía creciendo. ¿Cómo era posible que ese profesor y pintor, al que yo había escuchado casi treinta años atrás, y del que no había vuelto a saber nada, fuera el tema de tu ensayo, y, además, en el colmo de las coincidencias, haya terminado viviendo también en Cataluña y se hubiera convertido, póstumamente, en una figura mundial? ¿Y lo que dices en tu ensayo de la voluntad y el tesón de Landor en corregir y pulir su obra obsesivamente, como el Beethoven que corregía y corregía hasta poner *meilleur*, y que le dio sentido a mi recuerdo de la lectura de Mann y a lo que le había ocurrido a Raulito? Nunca me contaste qué conocías a Landor, bien guardado te lo tenías. No lo conocía, le dijo Kazbek, él murió en 2003 y yo recién llegué a Barcelona tres años después. Cuando Peer me dio esos dibujos de los bichos me dijo que uno de sus mejores amigos había vivido en la Costa Brava y me encargó llevarle una serie de serigrafías de regalo a la viuda. —Maggie es una crítica de arte argentina que vive desde hace mil años en Europa —le había dicho Peer a Kazbek—. Seguro que te caerá muy bien. Es divertidísima, ha escrito varios libros y ensayos, es una excelente lectora y te podrá presentar a su círculo de amistades. Ella es

lo contrario de lo que era mi amigo. Hace excentricidades de todo tipo y le interesa el arte contemporáneo. Ahora creo que está dirigiendo una revista de cultura, en formato digital, no recuerdo el título de la revista, excéntrica como ella, porque las colaboraciones no pueden pasar de las cien palabras, el haiku de las revistas culturales.

Así fue como conocí a Magdalena Martínez, la viuda de Kurt Landor, le dijo Kazbek a Álvaro. Yo no había escuchado nada de Landor. Pero entre lo simpática que es Maggie, así la llama todo el mundo, y el enigma de la obra final de Landor, me dio ganas de escribir al respecto. No te quise contar hasta que tuviera terminada la primera parte del ensayito para que lo leas y me des tus opiniones. Gracias a ti me he animado a escribir sobre arte, y quizá por eso acepté el reto del señor Peer de escribir «lo que quisiera» con sus bichos. Deberías conocerla, Álvaro. ¿Ya concretaste si este verano alquilas el departamento en Tossa o la habitación en el Hotel de Empúries? No, le dijo Álvaro, todavía no he definido nada, lo haré esta semana para no quedarme sin plaza. Si te vas a Empúries, le dijo Kazbek, avísame, porque estás al lado de Sant Pere Pescador y la podemos visitar. ¿Vive ahí? No, ya no, ahora está en Llançà. Convirtió su casa en una fundación para conservar la obra y los archivos de su marido. Por supuesto, flaco, me encantaría ir contigo. De hecho, tu ensayo me hizo caer en cuenta de muchas cosas, desde el recuerdo de Landor y otras más que todavía tengo que asimilar. Quiero volverlo a leer antes de hacerte mi comentario. De hecho, fue Landor quien, sin saberlo, saboteó mi idea súbita del color rojo. Esa única vez que lo encontré había ido a la facultad de Bellas Artes a dar una conferencia invitado por el Cuervo Ramírez y habló sobre los *cuerpos inertes*. Fue el título de su conferencia: «Los cuerpos inertes en la técnica al óleo». Resultaba curioso que no utilizara el término *naturaleza muerta* o en plan

agringado, «Los *still life* y el óleo». No, eran los *cuerpos inertes*. Él mismo se encargó de explicar que inerte significa tanto «sin vida» como «inmóvil». Al final de la conferencia explicó que para pintar un pedazo de carne cruda, que todavía sangraba, se necesitaban seis colores. Ninguno de los seis colores era el rojo. Y no sólo eso, sino que enfatizó a continuación que *nunca* debíamos usar el rojo. Lo recuerdo como si hubiera pasado ayer, dijo *nunca* tres veces. ¡Y ahora tú vienes con un ensayo sobre él! Fíjate que apenas ahora entiendo que la mía había sido una idea súbita, la de usar sólo rojo, mientras que Landor hablaba desde la experiencia de saber que debía corregirse esa idea súbita y evidente del rojo para pintar un pedazo de carne con sangre. Todo lo contrario: se debía recurrir a seis colores distintos. Qué mejor lección contra lo súbito, Kazbek. Luego, cuando me dediqué a poner capa de rojo tras capa de rojo en mis cuadros, como si quisiera que se pudiera tocar la materia, cuando incluso abandoné la rapidez del acrílico y opté por el óleo, el lento óleo, para trabajar con veladuras, que necesitaban tanto tiempo para secar y que parecen estar siempre dispuestas a la corrección, una vida entera de correcciones, como el loco de Bonnard que iba al Louvre a corregir sus cuadros de juventud. Con eso, lo súbito se acabó para mí. Y quizás por eso me detuve luego, no lo sé, le dijo Álvaro.

Pero sí que lo sé, Raulito, no quería darle a Kazbek la sensación de que tenía tantas certezas y parecerle pretencioso. La tengo, sí que la tengo, al menos en mi trabajo sí. No puedo tener certezas de ti, de lo que pasó con Rogelio, no puedo tenerla de mis propias relaciones sentimentales. De mi pintura lo he sabido siempre. Me estanqué porque no encontré salida, porque me resistía a pensar que luego de haber aceptado la idea súbita de volverme un pintor monocromo, en rojo, tenía que cumplir lo que venía inmediatamente a continuación, el

papel de saltimbanqui, ir saltando de una ocurrencia a otra tal como había hecho con la primera. Me di cuenta de que luego de aplicarme a mi color, a estudiarlo y desarrollarlo, me resistía a que la pintura muriera así, borrada por completo como si la única vía posible fuera destruir lo anterior y empezar de nuevo. Todos queríamos ser artistas fáusticos arrasando con todo lo que venía detrás, como si no pudiéramos, y no podíamos, de hecho, separar un proyecto radical de la radicalidad huraña de tener veinte años. Llevamos haciéndolo casi cien años, queriendo arrasarlo todo. Creíamos abrir nuevos caminos y terminamos abriendo la Gran Confusión. Y las llamadas al orden eran y son excepciones que confirman esa Gran Confusión. No te debe sonar raro, Raulito. Todos habíamos pactado con el diablo, Malévitch el primero con su cuadrado negro en 1915, luego el urinario de Duchamp en 1917, y después todos los demás que no han parado de multiplicarse año tras año, hasta ayer mismo, desde los ready-made a las performances monumentales, o las esculturas monumentales, como la que vi ese 2003 también, vaya año, mejor dicho fui exprofesamente a verlo, en mayo, el *Marsyas* de Kapoor, la enorme escultura de 150 metros de largo encajada en la sala de Turbinas de la Modern Tate de Londres, una trompeta descomunal en ese rojo Kapoor que me hizo sentir en familia y que, aunque no sonaba, bastaba que te pusieras debajo de ella para creer que allí escuchabas un sonido de otro rango, Raulito, como si pudieras sentirlo, inminente. Y ese mismo 2003, en Barcelona, la perfomance de los miles de cuerpos desnudos que fotografió Spencer Tunnick, eso ya fue por junio, poco antes de venirme a Quito de vacaciones. Fui a ver a esa marea humana de gente desnuda esperando desde las cuatro de la mañana en la plaza de España, hasta que Tunnick empezó a tomar las primeras fotos desde las Torres Venecianas. Miles

de cuerpos, viejo, entre siete y ocho mil, dijeron los periodistas, todos cuerpos inertes como los fotografía Tunnick. ¿Toditos lluchos?, me preguntaste. En pelotas, te aclaré, en cueros, como Dios los trajo al mundo. No me friegues, Ñato, la de cosas que me pierdo por no vivir allá. De mucho no te perdías, Raulito, esa playa de cuerpos desnudos que se ven tan bien en la foto de Tunnick, me parecieron desoladores, se morían de frío a esa hora de la mañana, muchos se resfriaron, y al verlos así amontonados parecían almas condenadas a la espera de que se abrieran las puertas de algún infierno de Brueghel o el Bosco. Y allí también estaba el pacto fáustico, viejo, la idea súbita llevada al extremo masivo. Me ocurrió como seguramente debe ocurrirle a todos los que han hecho un pacto con el diablo: que no se dan cuenta, que no reconocen que firmaron y en que estuvieron de acuerdo, que firmaron hace tanto tiempo, muy temprano, casi en los inicios. Qué ironías, viejo, yo pensando en estas cosas porque tú mismo me dejabas inquieto, pensándolas en función de ti como toda la vaina de Cantuña tentado por el demonio, y resultaba que de pronto era yo el que había sido tentado hace tiempo. Qué poca broma, Raulito, viendo desde mi terraza de Barcelona el Tibidabo, que me calmaba recordándome ese tope, esa referencia maciza y oscura del Pichincha, y, de pronto, darme cuenta de que ese monte había estado siempre allí, iluminado de noche el templo que lo corona, y que debía recordar el significado de su nombre, Tibidabo, que me había explicado mi amigo catalán, Miquel, cuando me instalé en Barcelona, sobre las tres tentaciones que el demonio hizo a Cristo en un monte del desierto, y la mayor de todas que consistía en el ofrecimiento del mundo. Todo esto te daré, le dijo el demonio, *haec tibi omnia dabo si cadens adoraveris me*. Todo esto te daré si te postras para adorarme. Y nos postramos ante la idea sú-

bita, viejo, o al menos yo me postré, el primero de los dos, y luego me di cuenta de que el mundo prometido era una cadena de postraciones, y que yo no podía ni debía seguir más en ese juego definitivo y perverso. Que le ocurriera a otros: ¿no se habían quedado sin salida el mismo Klein, que por suerte murió joven, o Rothko o Barret Newman? Sobre todo, no tenía que irme muy lejos, viejo, porque estabas tú aquí cumpliendo ese mismo papel, con tu idea súbita de las cantuñas. Yo mismo quería entenderlo, saber cómo había ocurrido y cómo iría a acabar. Cada vez que venía, cada vez que quería explorar contigo el tema de la idea del pacto fáustico, me rehuías o me salías con lo del infierno real que era el país, que se había ido a pique con la crisis, o volvías con el tema de los volcanes en erupción. O si no estaba allí Tania, como si ella te defendiera de tener que hablar de estas cosas, interpuesta por ti, o por las circunstancias, y nos tocaba irnos a dar paseos, acompañarte a visitar alguna galería o dar vueltas por tu taller. Quizá yo exageraba la nota porque algo se estaba removiendo lentamente en mi trabajo y la alegría y el entusismo de Tania despejaba el aire enrarecido que tienes de monje en expiación, aunque tú cada vez te ibas quedando más callado. Y pensar que sólo dos años después de ese 2003 ni me reconocías, casi ni hablabas, y te quedabas viendo el patio o el muro de eucaliptos desde tu bungalow, sin ganas de hacer nada, sin hacerme puto caso, y entonces sólo me quedaba conversar con Tania —que hoy llegará un poco tarde, ya me avisó— hasta que volvieras en ti mismo, si es que volvías, como cuando nos diste una sorpresa y dejaste de ver por la ventana y te volviste unos segundos, quizá al escucharnos a Tania y a mí riéndonos de anécdotas que habíamos pasado tú y yo en el colegio, como cuando le rompiste la nariz al pobre Jara por haberte dicho ñaño mono y el padre Espinosa, coloradote, hecho una furia,

nos castigó, o cuando le conté a Tania mi primera borrachera en la que terminaría siendo la casa de su abuela. De pronto te volteaste, Raulito, y nos miraste sonriendo, lo que nos cogió por sorpresa, no lo esperábamos, nos pareció tan natural que nos seguimos riendo, como si nada te hubiera pasado con esa enfermedad, sino que simplemente habías estado pensando en tus cosas y ahora te incorporabas a nuestras risas. No duró mucho, claro, y luego volviste a tu posición habitual, absorto en ti mismo. Tania y yo nos miramos y no fue necesario decir nada, ella se levantó, te preguntó si querías tomar un té. No dijiste nada. Luego me preguntó si yo quería un té, se lo acepté y ella, antes de prepararlo, se acercó a ti y te puso una frazada y tú le sonreíste como siempre, y entonces Tania se agachó y te dio un beso en la mejilla y volvió, toda seria, en realidad temblándole los ojos como si fuera a llorar, y se fue a la cocina como para que yo no la viera que estaba triste, y preparaba el té con una delicadeza en la que no se escuchaba ni un ruido. Al rato me preguntó si quería azúcar y ya su tono se había recuperado, demasiado joven como para detenerse mucho tiempo en la pena, pero también demasiado joven para la madurez con la que abordaba tu enfermedad, sus estudios, su vida en casa con su abuela Carmen, la vida que había empezado a tener viviendo sola, alquilando un departamentito, tal como nos lo había contado dos años atrás, ese 2003, justo el año que tuviste la mejor de todas las recuperaciones, tanto así que hicieron dudar incluso al doctor Villarreal, el mismo año que empecé a hablarte de los demonios de Cantuña, cuando Tania cumplió dieciocho años y nos contó, dándonos alcance en el San Agustín, con un poquito de retraso por sus clases en la Universidad, que empezaría a buscar un departamentito para instalarse a vivir sola, y tú le dijiste que para qué si tenía espacio de sobra en la casa de la abuela Carmen.

—Pero es que tío Raúl —dijo Tania haciendo un mohín de que empezaba a sollozar—, no es por el espacio sino por la independencia.

Tania me miró y añadió:

—Pregúntele a Álvaro si en Europa los chicos y chicas no se independizan a mi edad. ¿No es así, Álvaro? ¿No se van de sus casas y comparten departamentos?

Y yo para apoyarte, Raulito, y porque además no era cierto, le explicaba que no, que más bien en España se iban tardísimo, a los veinticinco o treinta años, casi siempre cuando se casaban, y por debajo de la mesa sentía que Tania me estaba dando pataditas, y me guiñaba el ojo sin que tú la vieras, para que no le sabotee su proyecto.

—¡Ya ves! —dijo Raulito.

Tania me puso cara enfurruñada, como si la hubiera traicionado. No le duró mucho. Dio un giro inmediato, una mirada pícara, una idea perversa que entonó como si fuera la única alternativa.

—Pues entonces me tendré que casar pronto —decía, y seguía tomando el helado de mora que era lo único que aceptaba tomar en el San Agustín.

De hecho, pensé que ocurriría eso, Raulito, que Tania se te iría pronto, que la hija de Laura, de la que ustedes dos nunca me contaban nada, se marcharía. Al año siguiente yo volvía y ella seguía visitándote, fiel y cariñosa, feliz con su nueva vida en el departamentito que alquiló por la 6 de Diciembre y Ventimilla, del que ella me iba contando cómo lo decoraba, los problemas que tenía con una ruidosa pareja vecina, cómo le gustaba sentarse a estudiar sus libros de antropología o leer novelas y poesía, o escuchar música mientras se tomaba un té, porque a diferencia de ti y de Strudel, ella no quería saber nada del café, solamente té o infusiones, y luego salía disparada para venir a

verte, traerte cosas ricas para comer o llevarte a una cebichería de las que habían abierto en los valles. Yo me preguntaba cómo hacía ella para no complicarse la vida, como si nada de lo que le había ocurrido a su madre, a ti, a Strudel, al padre que nunca llegó a conocer, como si nada de eso le afectara. Su manera desenfadada de moverse, como si todo fuera su territorio, me sorprendía, cómoda consigo misma, parecía siempre dispuesta a sacarle el mejor partido a lo que se diera, capaz de improvisar o adaptarse para llevarte a los sitios que te podrían animar o traer recuerdos, o simplemente distraerte, sin poner trabas de ningún tipo, como ese día, luego que diste ese cambio brutal, definitivo, el 2005, y que nos fuimos a las termas de Papallacta y ella ya no quiso volver a Quito para traer su ropa de baño diciendo que íbamos a perder mucho tiempo, que ya compraría algo que ponerse en cualquier tiendita. Ése fue el año en que desaparecieron tus esporádicos episodios de recuerdos y vino la atrocidad del permanente estado de olvido, casi catatónico, y desde entonces ella y yo hemos cruzado los dedos, hemos hecho todo lo que ha sido posible para que te vuelvan la conciencia y la memoria, y no vuelven, no hay manera de hacerte volver. Aquí me tienes, hablándote durante horas a ver si alguna te hace brillar los ojos, o al menos te hace sonreír, eso ya me bastaría. Pero ¿ella, Raulito? ¿Tania, aquí, tanto tiempo? A veces me da pena que la pase con nosotros. Que se vaya con sus amigos, que haga otras cosas, se lo dije ayer mismo, viejo, que ya me encargo yo, y solamente pude convencerla para que venga un poquito más tarde, que yo quería conversar contigo, le dije. Me miró extrañada, sabiendo que no es posible conversar contigo, que sólo se te puede hablar, que no sabemos si escuchas, y ella me dijo que ok, que igual vendría porque tiene que traerte unas mantas y no sé qué más, y que no hablara mucho contigo porque si no luego ya no tendría ganas de hablar con ella. Y más que hablar, viejo, más

que hablar, más bien parece que me estoy confesando contigo, pidiendo tu comprensión, pidiéndote una señal, una sola señal. ¿Me la darás, Raulito?

¿Me escuchas?

Tanto se transformó, le dijo Álvaro a Kazbek, que Tania y yo fuimos a hablar con el doctor Villarreal y nos explicó una vez más, como si no quisiéramos aceptarlo, que ese síndrome de Korsakoff era eso precisamente, un síndrome, y que los procesos patológicos variaban de un individuo al otro. Que Raulito tanto podía sufrir una amnesia anterógrada que no le permitiría crear nuevos recuerdos, como también podía tener problemas para recordar su pasado. Se forman enormes vacíos del pasado reciente y del remoto, dijo. Y ese vacío corre siempre el riesgo de ser el campo de pruebas para ideas de persecución, fantasías de acoso, delirios, asociaciones arbitrarias, o cruce de recuerdos combinados.

—Lo mejor —dijo Villarreal—. Es que tenga contacto con la naturaleza, que se airee, que camine al aire libre y rompa la rutina de quedarse encerrado en esa Residencia.

Mis visitas a Quito desde el 2005, los últimos tres años, han sido una secuencia de excursiones y paseos con Raulito y Tania. Así ha terminado el gran artista, tu admirado Coloma. Álvaro se levantó del sillón y le dijo que salieran un rato al balcón para fumar. Sí, cómo no, respondió Kazbek. Observaron la tarde despejada sobre Barcelona, sobre todo el cielo azul arañado en lo alto por la estela blanca de los aviones que la atravesaban a miles de metros de altura. Mientras encendía su cigarrillo, la atención de Álvaro se volcó a un sonido zumbante que venía suave desde Montjuich, y lo buscó con la mirada sin detectarlo todavía, intuyéndolo. Era, otra vez, un helicóptero detenido en el aire, como a la espera. ¿Dónde estaba? Reconoció el helicóptero del lado del Eixample, y pensa-

ba, intimidado: como cuando estuvo Rogelio. Tengo la sensación, le dijo Kazbek, de que te has enamorado un poco de la chica, ¿no? Álvaro dio una calada al cigarrillo y expiró el humo. Ya le había confesado media vida. Kazbek era un buen amigo, el mejor que tendría a partir del silencio de Raulito, en realidad el mejor que había tenido los dos últimos años, como si le hubiera tomado la posta a Raulito, pensó. ¿Se me nota tanto?, le dijo a Kazbek. Un poco sí, y por lo que me has comentado parece que a ella también. Álvaro agachó la cabeza para mirar su pie derecho al aire con la sandalia, esa mínima libertad ganada cuando el verano empieza a recrudecer en julio. Apoyando el pie sobre el talón, lo movió de un lado a otro, como si saludara o se despidiera, como si el pie se hubiera convertido en mano e hiciera un gesto de negativa. Hay algo que no te conté del paseo a las termas de Papallacta, le dijo a Kazbek. Álvaro levantó la cabeza y se llevó el cigarrillo a los labios, sin fumarlo, suspendido como si no quisiera perder la idea para decirla. No quiero pasarme hablando de mí, y no te he comentado nada de tu ensayo sobre Landor. Te he marcado algunas cosas, si quieres lo traigo y te lo indico. Álvaro dio una calada al cigarrillo mientras Kazbek se carcajeaba. La ceniza creció demasiado y cayó al piso. Aguanta, compadre, le dijo Kazbek, no me vas a dejar colgado con la historia de la chica. ¿Qué pasó en Papallacta? Bueno, conociéndote ya me lo supongo. ¿Te acostaste con ella? O mejor no me cuentes. No me digas que pensaron que Coloma no se daría cuenta y él se despertó o le vino la conciencia y los cogió con las manos en la masa. Abugatás alzó las cejas, mirándolo risueño: En seguida te sale el morboso mal pensado. Pues no, no fue así. Me subestimas. Ni siquiera he tocado a Tania… En *ese* sentido, quiero decir. En realidad, me llamó la atención desde la primera vez que la vi, en 1999. No fue hasta el 2003 que realmente me fijé

en ella, si es que eso es exacto, porque más bien fue ella la que se me impuso. Allí sí que se transformó. Tenía diecinueve años. Yo me lo negué. Tania era como la hija de Raulito y además yo le llevo veintidós años, Kazbek. Es fácil zanjarlo cuando ves o descubres parejas que se llevan esa diferencia de edad. Cuando te pasa a ti es cuando salen todos los escrúpulos. Claro, ella debía tener sus historias, pensé en ese momento, ese año, los novios de turno, pero aún así nunca había señales de ellos, ni siquiera la coincidencia de que la fueran a dejar a la Residencia de Reposo, o que la fueran a recoger, siempre era yo quien la pasaba recogiendo y la llevaba de vuelta. Cuando la llamaban al celular era su abuela Carmen o alguna compañera y casi ni hablaba por teléfono, lo tenía sólo para emergencias, decía. Nunca ninguna alusión a ningún novio, ni siquiera de parte de Raulito, como si Tania se mantuviera blindada, en reserva absoluta, eso fue lo único que me recordaba a su madre. Una vez que fui a recoger a Tania a su departamento para ir a la Residencia, no bajó como solía hacerlo cuando la llamaba yo por el intercomunicador, sino que me pidió que subiera porque no estaba lista todavía. Así que subí hasta su departamento, me hizo pasar, me dio un beso en la mejilla y me dijo que saldría en un ratito. Me acerqué a los ventanales y recorrí de un vistazo el departamento. Era impecable, de una sobriedad que no parecía de una chica de su edad, de la que podías esperar que estuviera recargada de afiches o iconos de la moda de turno. Había una especie de provisionalidad serena, casi minimalista te diría, si no fuera porque no era eso exactamente. Miré el pequeño balcón. Había una bicicleta y dos macetas de cannabis al lado de tres macetas de albahaca. Ése era el aroma que parecía infiltrarse cuando la tenía a mi lado, entre la suavidad del jabón, del pelo sedoso, de la ropa recién planchada, había siempre un rastro de albahaca y humo dulce. Al rato

salió ella, se dio cuenta de que miraba a su balcón y con un gesto pícaro me dijo que le encantaba preparar spaghetti al pesto y que estaba lista. Por un segundo parecía como si yo la hubiera venido a recoger para una cita. Guapa como siempre, le dije. Ella sonrió inclinando levemente la cabeza, dijo gracias y salimos. Eso fue en 2004. Y no pasó nada. Desde entonces hasta hoy, en estos cuatros años, no ha pasado nada. No me lo puedo creer, le dijo Kazbek. Yo tampoco lo creo. Lo de las termas de Papallacta fue un error de cálculo mío, no debí haber cedido, ni lo pensé. Hasta mi memoria se nubla, ya ni recuerdo cómo mismo fue que salió el tema, creo que me lo había pedido Raulito el año anterior y yo le había prometido que iríamos. Eran como las once de la mañana de un sábado y estábamos ahí, acabando de desayunar junto con él. Había que darle la comida en la boca y Tania lo hacía con una suerte de gracia, como si no le pesara. De pronto salió el tema de que yo nunca había ido a las famosas termas y que seguramente bañarse allí le vendría bien a Raulito. Yo estaba lavando los platos en el fregadero cuando Tania dio un gritito y me dijo: Ha dicho que sí, ha dicho que sí. Volteé a ver a Raulito y efectivamente asentía. Mientras me secaba las manos, me aproximé. Tania casi lloraba de la felicidad y Raulito nos miraba alternativamente. Fueron unos segundos porque luego se volvió a desentender de nosotros. Vamos, vamos, dijo Tania, ni ella ni yo teníamos ropa de baño, dije que podíamos subir a Quito para ir a buscarlas y ella que no, que íbamos a perder un par de horas, que el tráfico estaba cada vez más insoportable y que mejor resultaba parar en cualquier tiendita y ya encontraríamos algo que ponernos. Así que nos pusimos en marcha, subimos a Raulito a mi auto y nos fuimos rumbo a Papallacta. Bastó salir de los valles y empezar a remontar la cordillera para darnos cuenta de que el clima no ayudaba porque empezó a caer

una garúa. Ya era tarde para volver. Yo había comprado un shorcito de baño azul y Tania el único bikini que había encontrado de su tamaño, una medida más grande que la suya, de color blanco, porque todos eran para mujeres mucho más gruesas que ella. Cuando llegamos a Papallacta, la llovizna era continua. Más rico, dijo Tania, el agua tibiecita y la lluvia. Te gustará, tío, le decía a Raulito. Al llegar a los vestidores le dije a Tania que yo me encargaría de cambiar a Raulito. Ni hablar, me dijo, yo soy experta. Sin darme chance a réplica, tomó de la mano a Raulito y lo llevó al vestidor individual. Cuando salí con el traje de baño puesto, Tania salió con Raulito cambiado y lo dejó sentado a mi lado, en una banca de madera, bajo el techo de la cabañita de los vestidores. Allí estábamos sentados los dos viendo cómo caía la llovizna mientras Tania se cambiaba. No sé si Raulito realmente veía a los pocos hombres y mujeres que se estaban bañando en la piscina más grande, la que está en lo alto. En esas termas hay varios niveles, le dijo a Kazbek, nosotros estábamos en las más altas. Había dos japoneses sumergidos en el agua hasta el cuello, cerca del surtidor, la zona más caliente. También una señora jugando con una niña que entraba y salía de la zona más baja. Tania se demoraba y yo le dije a Raulito que quién iba a imaginarnos allí, bajo la llovizna, a punto de meternos en el agua caliente. Pero no me decía nada. En eso vino Tania cubierta con una toalla, dejando sus hombros desnudos, apenas atravesados por las tiras del bikini blanco y con las sayonaras que también había comprado en la tiendecita y dijo que ya estaba. Nos acercamos a la piscina mientras nos mojábamos con la llovizna, sumergí lentamente a Raulito, que apenas si reaccionó con el agua caliente. Allí fue que Tania se quitó la toalla dándonos la espalda. La vi apenas unos segundos. Las tiras blancas del bikini se templaban alrededor de su cuello y de la espalda, los omóplatos estaban li-

bres, desnudos. Fue como si nunca me hubiera fijado en los omóplatos de una mujer. La piel lisa, tersa en su uniformidad, era un velo para ese hueso más parecido a un armazón, a un ala cercenada de raíz. Sentí como si tuviera que evitar que se desencajaran con mis manos, tocarlos para sentir cómo crujían cuando ella moviera los brazos y así no olvidar que ella se sostenía a sí misma, que no era la niña que yo había supuesto. Me había quedado paralizado mirándola. Pero no era parálisis: todo se había puesto en movimiento y más bien no sabía cómo asimilar ese movimiento soterrado e irreversible. Me sumergí perplejo en el agua caliente hasta la barbilla. Me vino a la memoria un verso que había aprendido de adolescente: *Trovai Amore in mezzo della via*. Como te decía, ya no había marcha atrás. Pude sentir cómo Tania introducía el pie al lado nuestro, estaba probando la temperatura con la punta de los dedos. Está calentita, dijo. No quise mirar. No debía mirar. Sentía cómo ella entraba hasta que estuvo completamente sumergida y yo pude respirar un poco y verla directamente, volver a conversar. Nos quedamos una hora. Raulito no quería moverse de donde estaba, así que Tania y yo nos movimos a la zona más caliente. Cuando nos acercamos a los japoneses resultó que eran peruanos, y nunca nos quedó claro qué relación podían tener entre ellos, porque a ratos parecían dos colegas, a lo mejor en unas vacaciones de la empresa, a lo mejor dos hermanos. También parecían padre e hijo, porque el uno le daba consejos prudentes al otro. Tania quiso jugar a que adivináramos de qué hablaban, en qué trabajaban, y yo le seguí la cuerda, riéndonos por las bromas que hacíamos. En una de esas, alguien se lanzó de golpe a la piscina y removió el agua salpicando a medio mundo. Los peruanos gruñeron y Tania reaccionó dando un saltito y chocó suavemente conmigo. Fue ahí, Kazbek, cuando sentí su cuerpo bajo el agua, sus manos que

se apoyaron instintivamente sobre mis hombros, en ese momento me di cuenta de que estaba jodido, que no iba a resistir esa tortura de tenerla tan cerca, tan disponible. Ella apenas notó mi reacción, se reía por el agua que la había salpicado y se alejó un poco para quitarse las gotas del rostro. ¿Cómo podía ella moverse con esa naturalidad mientras yo estaba prácticamente paralizado? Entonces, quizá por los dos peruanos, me contó el viaje que había hecho con Raulito y su madre al Perú y cómo se lo recordaba a él los últimos años.

—Siempre me pedía que le contara la misma historia —dijo Tania—. Cómo habíamos subido juntos al cerro puntiagudo de Machu Picchu, cómo subimos por el caminito de mula, que en realidad era más peligroso de lo que él suponía y yo estaba aterrada caminando por ahí.

—Eso no fue lo que me contó —dijo Álvaro—. Más bien me dijo que ibas y venías de lo más confiada.

—Qué va, era horrible —dijo Tania—. Cuando llegamos a la cima fue un alivio. Descansamos un rato y luego nos sentamos sobre un saliente de vértigo, parecido a un balcón, sin baranda de protección. Había un pequeño rellano debajo, el resto caía en picado. Desde ahí te podías caer el abismo y matarte en algún punto que ni siquiera se podía distinguir allá abajo. Él se puso a leer ese poema de Martín Adán que le habían regalado en Lima los galeristas japoneses. Esos sí japoneses —se rio bajito Tania guiñándome el ojo y mirando en dirección a los peruanos, y de reojo chequeó cómo estaba Raulito—. El tío Raúl creía que yo estaba extasiada con el poema, calladita a su lado, cuando en lo que estaba pensando era cómo íbamos a hacer para bajar. Yo estaba preocupadísima y tío Raúl leyendo el poema de Martín Adán.

—¿Te acuerdas del título?

—*La mano desasida* —dijo—. Está en la Residencia. Ahora que volvamos te lo muestro. Lo leí hace poco. Es magnífico

pero muy largo, y me arrepiento ahora de no haber sabido disfrutarlo allá con él, preguntarle lo que pensaba. Debió ser un momento muy especial para él haber visitado las piedras de Machu Picchu. El año pasado, luego de que te fuiste, le dije que se lo quería leer en voz alta y me escuchó entusiasmado. Y después se puso a contar historias que había tenido contigo, una fantasía medio rara que tenían ustedes de chicos en la que tú saltabas de un trampolín y te quedabas flotando sobre Quito y él te sostenía con una cuerda, como si fueras una cometa. Le brillaron los ojos y de pronto se le apagaron. Se puso blanco, como si le hubiera dado un escalofrío o un corte digestivo. Me asusté cuando en vez de decir mi nombre me dijo Laura, estoy cansado, quiero echarme un ratito. No supe qué hacer. ¿Desmentirlo? ¿Decirle soy Tania, tío? Me quedé callada y lo ayudé a levantarse de la banquita y entramos a la Residencia. Desde ahí todo se fue a pique. Después ya no quiso ni sentarse en la banquita amarilla donde siempre ha conversado contigo. No sabes cómo me gustaría que volviera en sí mismo y nos dijera algo.

Ese *nos*, Kazbek, ese *nos* dicho así al paso, como si ella también estuviera esperando una señal de Raulito, una especie de aprobación, se me clavó más que haberla visto medio desnuda de espaldas. Me sumergí en el agua caliente para despejar las ideas y me quedé un rato allí debajo. Estaba desarmado. Me retumbaba el verso *Trovai Amore in mezzo della via*. Cuando menos lo esperaba, de pronto ella estaba allí, como una revelación, sin ninguna posibilidad de preveerla. Si me quedaba un momento bajo el agua, pensé, a lo mejor cuando salga todo se habrá desvanecido, y podré estar a solas, como si se hubieran confundido los tiempos. Cuando yo sacara la cabeza del agua descubriría que estaba tranquilamente a solas, disfrutando de las termas, sin esa inquietud que escalaba año tras año y de la que me liberaba porque se acababan mis vacaciones en Quito y regresaría a Bar-

celona para olvidar a Tania, para también olvidar que Raulito ya no iba a ser nunca el mismo, para olvidar todo, y así ocurriría, o así pensé que iba a ocurrir, como tantas veces atrás. Pero ahora mismo la situación se invierte, y es aquí, tan lejos, cuando noto que, sumergido mientras se me acaba el aire, falta poco para sacar la cabeza a la superficie, solamente unas semanas, y volveré a estar frente a ella.

3

Le dice que no se mueva, y ella, bocabajo, con la espalda desnuda, lo mira con el rabillo del ojo y le dice que tiene frío y Álvaro replica que el sol entibia la habitación. Afuera el cielo está azul, sin una nube, sin rastro de la tormenta de anoche que más que recibirlo pareció rechazar la llegada de su vuelo, y aún así, vencido el rechazo, se sometió a la ablución descomunal del aguacero y de los relámpagos y del mundo detenido a la espera de que vuelva la tranquilidad. Una vez cumplida la purificación de la lluvia, el mundo desplazó las sombras que desdibujaban los contornos del paisaje y dejó paso a la mañana clara. ¿Qué paisaje?, pregunta Tania con el contrapunto de su voz suavemente ronca, sé concreto. Él siente de nuevo cómo brota el impulso de poseerla, ese abocamiento por su piel que borra sus límites y su conciencia y que nunca antes había sentido como lo siente con ella. Pero acepta el desafío, refrena el deseo, lo postergará unos minutos. Mira por el ventanal y ordena despacio lo que ve, de lo próximo a lo remoto: el bosque de eucaliptos en la ladera del Auqui, le dice, la bruma azulada sobre los valles, las estribaciones de la Cordillera Oriental, la cima nevada del Cotopaxi. ¿Ningún pájaro?, exige ella. Ninguno, dice él.

Mira bien, insiste ella.

Él observa. No ve nada volar. No hay ninguno, repite él, ¿por qué te interesan? Si lees el paisaje tienes que encontrar su

alfabeto, dice ella con una convicción práctica que nada tiene de lírica, con un resto de voz ronca que se afina al despertar. A lo mejor no los ves, añade, si no hubiera pájaros deberíamos vestirnos y salir corriendo porque está a punto de temblar la tierra o erupcionar un volcán. ¿Así que los pájaros son un alfabeto de emergencia?, pregunta él. Son el alfabeto del aire, corrige ella. De quien menos esperaba palabras, callada y discreta como la recordaba años atrás, demasiado joven e intocable, ahora él las está escuchando todas. Apenas le da tiempo para preguntarse qué sustenta su teoría, dónde la aprendió, seguramente en la selva, porque ella se adelanta y le pregunta si no hay nubes sobre la Cordillera Oriental.

Él se fija. A pesar del cielo azul, a lo lejos, en la línea del horizonte, un colchón nimbado remonta desde atrás el perfil de las cimas de la Cordillera Oriental y le dice que sí, que del lado de la ruta a Papallacta está trepando un regimiento blanco, mi general. Ella sonríe. Conozco de memoria esa ruta a la selva, dice, la he hecho mil veces. Iba a seguir hablando pero se detiene, aprieta los labios como si contrayera la lengua en su boca seca, los entreabre. La quietud de sus pupilas mirándolo le dejan descubrir que en los de ella hay pinceladas de marrón, de un naranja espeso, y mínimos verdes en las estrías.

¿Y del otro lado de este edificio, del lado que no puedes ver?

Él sonríe, no sólo por el juego que ella propone, sino porque piensa que le parece mentira lo que está pasando, que tan sólo hace unas horas, la noche anterior, con esa tormenta, le haya contado todo lo que pasó los últimos dos días, lo que habían reprimido entre ellos los últimos años, tantos que le parece inverosímil, y que se hayan acercado, quizá por habérselo contado. O más bien por haberse acercado, por sentir la inminencia de que finalmente estaban solos y tan próximos, fue que pudo contarle. Ahora, a media mañana, un nuevo encuentro, todavía cansados,

todavía soñolientos, bajo el asombro de haber estado tan unidos y ahora con una mínima distancia que les devuelve sus propios mundos. La voz de Tania tiene una modulación que no había escuchado hace tanto tiempo, esa modulación de las mujeres de su país con las que ya no tenía relación, y además, en ella, el registro individual, específico e intransferible, que se combina con su aroma. Aunque no pudiera verla, con escucharla y olerla podría figurarla de cuerpo entero. De nuevo el deseo araña su diafragma removiendo el aire en sus pulmones y tensándole los músculos. Otra vez la necesidad de refrenarse, de seguir el juego demorado y el reto. ¿Lo que no veo? Lo que no veo es la mole ominosa del Pichincha, dice, la combada cintura de la ciudad a lo ancho, la modosa virgencita del Panecillo. Ella mueve las piernas bajo la sábana trasparentada por el haz de sol que entra por la ventana. Pones adjetivos como si dieras brochazos de pintura, le dice. No te muevas, ordena él. Ella le pregunta si la va a pintar y él dice que no hace retratos. Entonces me buscaré un retratista, le dice ella, y le pediré que me pinte así para que puedas verme sin tener que resfriarme. Él le dice que eso *nunca*. Ella se ríe. Nunca, nunca, nunca, lo imita riéndose. Siempre te quejas de las prohibiciones, te encantan las palabras definitivas, Señor Nunca, Señor Siempre, Señor Mundo. No te muevas, por favor, dice él. No me muevo si me describes lo que estás viendo de mí.

Esta vez él no encuentra palabras porque se desliza de un punto a otro de su espalda. Le pide que cierre los ojos para que no lo distraiga. Tania extiende los brazos debajo de la almohada, eleva su cabeza y voltea el rostro hacia la pared. Su pelo oscuro y lacio, con una tersura acarbonada que resiste como la última prenda íntima de su desnudez, se agita y se remansa en aristas que parecen retirarse de su espalda. Álvaro se siente libre para observarla. La suavidad de la piel de Tania ya no puede disimular que la sostienen huesos pequeños y firmes. Cree ver en su espal-

da un valle inclinado que nace entre los omóplatos tensados. El valle está atravesado por un surco donde podrían correr aguas torrenciales. El surco está seco, apenas marcado por un relieve de vértebras. Álvaro piensa en un desierto. El pensamiento se transforma de inmediato: esa desnudez desértica no es árida. En el vello casi imperceptible se han cristalizado microscópicos rastros de humedad que dominan la superficie de la piel. Si la tocara, si la rozara con la huella ardiente de su dedo índice, quebraría esos cristales, vibrarían las raíces del vello, y el cuerpo de Tania se voltearía para reconocer al demonio que la despierta. No te vayas a mover, dice él, y de un tirón le retira la sábana dejándola completamente desnuda.

¡Ey!, Tania da un gritito. Se estremece un poco. No se mueve salvo para voltear a verlo. Dobla ligeramente la pierna izquierda, arquéandose más. El muslo combado baja menguando hasta la punta saliente de la rodilla, con su rótula mécanica y eficaz. La otra pierna, en cambio, está extendida y su alargamiento parece interminable porque continúa en el pie de empalme arqueado, marcado por las falanges y los dedos, tan ceñidos entre sí que parecen confundirse en una punta de lanza. Él no ve eso, sino el talón rotundo y la planta blanquísima del pie, arrugada, el último confín donde el cuerpo esconde y gestiona sus repliegues, su soporte, su contacto diario con el peso del mundo. Te he visto antes, dice él. Ah, sí, sonríe ella, seguro que sí, en otras. En otra, dice él, pero no puedes tener celos. Ah, sí, repite ella, ¿en quién? Fue hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras. No sigas por ahí, le advierte ella, volveremos a lo mismo. Él deja de mirarla. No recuerda cómo se llama la escultura. Era una mujer echada boca abajo, como ella, no tan delgada, seguramente una copia romana de un original griego. Sí, lo recuerda ahora. La vio en el museo de Villa Borghese. A ella no le da la referencia. Se ha acostumbrado a callarlas, porque cada vez que las menciona hace

sentir a los demás que se aleja, y sólo las dice cuando ha pasado el momento, cuando ya son inocuas y no quiebran el hechizo en el momento de la revelación. ¿En qué piensas?, le pregunta ella, mejor dicho: ¿qué estás recordando? Él le dice que en nada, no estoy pensando en nada. Mala respuesta, Señor Nada, otra vez le abres al monstruo tu palacio. Él vuelve a mirarla a los ojos: Tú también tienes buena memoria. Algo, dice ella, no como la tuya, sólo que ahora me voy a preocupar porque si recuerdas y no hablas es porque me ocultas algo. Pues no le estoy abriendo el palacio al monstruo de mi memoria, esta vez no. Y no tengo nada que ocultarte. Sólo que hay veces en que mi memoria no trae lo que le pido, se esconde en las habitaciones más alejadas y quiere que la busque. Ella le dice que si quiere lo acompaña a buscarla. Sólo dame una pista, una sola. Ya me va a venir, no te muevas. Está bien, no me muevo, bueno, sí, un poquito el pie. ¿No pasa nada, no? Él le dice que lo está distrayendo y añade: Sabes que había un pintor que quería que sus modelos se quedaran quietas durante horas. Ella dice: Qué tortura, qué inútil, ya las va a dejar quietas una eternidad en el cuadro como para además tener que torturarlas. No existe esa eternidad de la que hablas, dice él. A lo mucho, con suerte, la pintura durará unos siglos y después adiós. Sólo quedará el relato. Un relato de esos cuadros desaparecidos, y después también adiós. Estás fatalista, Señor Adiós. Y tú te sigues moviendo. Entonces déjame que te ayude a recordar. No puedes, no te he dicho nunca esas palabras. ¿Es una cita lo que quieres recordar? Es que las palabras que me vienen son otras. Dilas, no te cortes. Sólo son tres palabras. Él se pasa las manos por el pelo, lo estira hacia atrás, respira, exhala con una pequeña queja y pronuncia despacio, claramente, las vocales.

Iam te sequetur.

Ella reacciona con un movimiento rápido, juguetón, se da vuelta por completo, bailotean sus tetas, se sienta con las pier-

nas cruzadas, curiosa por seguir escuchando mientras se cubre las piernas con la sábana. Vaya, no sabía que supieras latín. Él menea la cabeza. No lo sé, nunca lo estudié, y por no haberlo estudiado me he aprendido algunas palabras como si fueran un exorcismo. ¿Puedes repetir esas palabras? *Iam te sequetur*. ¿Qué significa? Quiere decir: *ella te seguirá*. ¿Eso es todo? ¿Viene algo más? Eso es justamente lo que no puedo recordar en latín, aunque sé la idea. Vaya, vaya, dice ella, ¿y de quién es el poema? De un Papa seguro que no, ¿no? Él se ríe. Es de Horacio, Señora Preguntas. ¿Y eso era lo que no podías recordar? No, eso es lo que no pensaba recordar y me vino de pronto. Yo quería decirte otra cosa, pero voy a destrozar los versos si te explico lo que quiero recordar. No te preocupes, aquí no hay más auditorio que yo, di la idea. Bueno, mira que te avisé. Horacio dice algo como así que no te preocupes por lo que digan los demás o que no pierdas tiempo en otras cosas y que sólo deberías interesarte por la muchacha que se ríe cuando se cubre el cuerpo desnudo con una sábana. Él menea la cabeza, se lamenta, nuevamente se pasa la mano por el pelo. Dicho de esta manera es torpe, tan torpe, no puede haberlo dicho con esas palabras. Ella se enfurruña de pronto, frunce el ceño y él se sorprende de verla así: es la única arruga que asoma en su rostro. No debí hacerlo, piensa Álvaro, no debí tocarla, ahora ya es tarde. Ella dice: Así que eso era, lo sabía. No me estabas viendo, estabas recordando. Se lo habrás dicho a otras. Y él le responde, sin pensarlo, porque es otro el pensamiento que lo retiene: He dicho muchas cosas, no esto. Y entonces las palabras asoman finalmente con una claridad que no puede contener: *Ella te seguirá y el tiempo feroz que te robó años se los habrá dado a ella.*

Eso era, confirma, como esperando que ella se alegre con él. Ella, en cambio, se repliega, dobla las rodillas, apoya la espalda en el respaldar de la cama, mira al suelo, a los zapatos. Uno de

los zapatos está medio volteado, inerme, y el otro en pie, como atento a la conversación o dispuesto a salir corriendo. Dime, lo impele ella, ¿todo esto también es una repetición?

Él sonríe, se levanta, se acerca a la ventana y con la mano abierta toca el vidrio. Sí que hace un poco de frío, dice. No me cambies de tema, dice ella, ¿soy una repetición? Él se acerca, se sienta en el borde de la cama, le acaricia el brazo. Ella mira hacia la ventana. Nunca serás una repetición, le dice él, lo sabes tú mejor que nadie porque con nadie he tenido tantos años de espera. Es más, por eso mismo la memoria me trajo palabras distintas a las que quería decirte. Hasta a mí me sorprende que me vinieran otras palabras, las que no le había dicho nunca a nadie. ¿Y sabes por qué? ¿Quieres saberlo? No, no quiero. Ah, Señora Indiferente, pues tendrás que escucharme. Tania lo mira y Álvaro descubre en sus ojos más que una tristeza ligera, un punto de incertidumbre que la tiene preocupada, y que ella no sabe cómo resolver. Se lo preguntará después, sin apresurarse. El deseo está ahora recubierto de un sentimiento de cobijo, de un conato de comprensión que no quiere palabras. No se lo digas todavía, piensa él, vuelve a lo que le estabas diciendo. Si me han salido otras palabras, añade él, es porque se trata de una verdad que nunca se me había presentado hasta que llegaste tú. ¿Las escuchaste bien? *Ella te seguirá y el tiempo feroz que te robó años se los habrá dado a ella.* Ella no dice nada. Él se sube a la cama, se sienta frente a ella, le frota las rodillas por encima de las sábanas para hacerla entrar en calor. A ratos ella hace un rápido movimiento de ojos para verlo, pero vuelve de inmediato a la ventana. En realidad no es por ti, no te sientas aludido, dice ella, me he acordado de mi madre con lo que has dicho, y tiene un sentido diferente. Tu poeta se refiere a un hombre y a una mujer, a mí me recuerda a mi madre. Yo la seguí, no podía hacer otra cosa, era una niña, los años pasaron y todo fue una repetición de lo mismo, ir de un

sitio a otro, en ese pasar le quitaron los años a ella y me los dieron a mí. Aquí tienes tu tiempo feroz, sólo que a ella ya no la seguiré.

Él le quita las manos de las rodillas, se levanta, mira a su alrededor buscando los cigarrillos y cuando los encuentra coge la cajetilla. Ella le dice que abra la ventana si va a fumar. Ésta no se puede abrir, dice él, está sellada. Vamos a la sala, entonces. ¿Te preparo un té, vale?, dice él, y de inmediato se corrige: Quiero decir si te parece bien. Lo de decir *vale* es de las pocas expresiones de Barcelona que se me han pegado. A mí me gusta, dice ella, y repite *vale, vale*. ¿Te estás burlando otra vez?, se acerca él y le pone las manos en sus hombros pequeños y ella menea la cabeza, juguetona, repitiendo *vale vale vale*, hasta que él la besa.

Tania abre los ojos y dice: Buena idea, vamos a la sala y me preparas un té. Da un salto de la cama como si estuviera de nuevo contenta y hubiera olvidado el recuerdo de su madre. Se pone los jeans, la blusa, le dice que va un momento al baño mientras él va a la cocina y calienta el agua. Ella tarda un poco en venir de manera que él la espera con las tazas humeantes. Cuando aparece, él descubre que se ha puesto encima una chaqueta suya. Te queda bien, le dice, y ella sonríe mientras disfruta calentándose las manos con la taza caliente. Huele bien, dice, ¿de qué es? Té de naranja, le responde él. Ahora cuéntame más de lo que me estabas contado. Ella sorbe de la taza. Y sabe bien, dice. Él enciende un cigarrillo y ella le pide que le dé uno. Ella lo enciende, da una calada, lo mira en medio del humo que se disipa despacio. Hemos hablado tanto, dice ella, y es como si todavía no hubiéramos dicho lo que queríamos decir. Y también nos hemos quedado callados, dice él alzando una ceja. Estabas hecho un manojo de nervios con lo que te había pasado en la casa de Landor. Él no responde. Pero ya no vamos a hablar de eso, dice ella, ¿no?, y da otra calada más al cigarrillo, lo apaga aunque esté a la mitad, toma otro sorbo de té y le dice: Te voy a contar sobre

la época en la que yo me bañaba desnuda en la misma orilla de los lagartos, con los demás niños…

***

Tania se bañaba en la misma orilla de los lagartos, con los demás niños. Reía, daba gritos, confundida en el chapoteo, feliz por perderse, por desaparecer, una más en el tumulto que nadaba en la orilla donde rondaban, de cuando en cuando, los lagartos. Sólo en el agua, en la orilla, podía olvidar dónde estaba, de dónde había venido, a dónde debería irse. Quién sabría cuándo debía marcharse de nuevo, yendo de un sitio a otro, en una huida sin fin, en una búsqueda sin fin, ya no lo sabía.

Aunque ella sí lo sabía. O lo intuía más bien. Se marcharían cuando su mamá pusiera su cara de medio dormida, cuando se quedaba callada varios días, o cuando se pusiera a llorar al hablar por radio, cuando había radio, que era casi nunca, o cuando se quedaba leyendo los periódicos durante horas o esos papeles que sacaba de la maleta, y sobre todo cuando sacaba los cuadernos negros donde escribía sin parar, durante horas, a veces toda la noche a la luz de una vela, o de un foco, nunca de día, sólo en la noche porque así ella ya se había dormido. A veces se despertaba y espiaba a su mamá escribiendo en los cuadernos abiertos como si fueran las alas de un cuervo en pleno vuelo. La espiaba hacer una pausa para mirar con los ojos grandes, como hechizada, la luz de la vela o el foco solitario que pendía de una boquilla que pendía a su vez de un cable. No era un descanso, era más bien como si ahí, mirando el vacío su mamá estuviera sacando de sí recuerdos para inmediatamente volcarlos en los cuadernos negros. Cansada de espiarla, con ganas de que su mamá viniera a la cama, se levantaba diciéndole que tenía pipi o que tenía sed y su mamá, todavía hechizada, con los grandes

ojos abiertos, parpadeaba como para barrer su visión y volver a la realidad y volver a ella que estaba paradita a su lado, restregándose los ojos, repitiendo tengo pipi por si no la había escuchado, y su mamá le sonreía, se levantaba, la tomaba de la mano, salían a la noche y allá afuera, sobre la tierra, la acompañaba a orinar.

Quizá en esos momentos sabía que iban a marcharse de nuevo. No lo sabía con exactitud, lo presentía. Entonces ella debía olvidar y adaptarse. Eso le decía su mamá: olvidar y adaptarse. No se lo decía como si fuera una niña, sino más bien una adulta, como si la madre, en realidad, estuviera hablando para sí misma, en voz alta, y a ella le tocase escuchar y descifrar ese pensamiento de adulto. Sólo que a ella, aunque se adaptaba a cada sitio nuevo, no le interesaba olvidar, especialmente los nombres de sus amigos, los nombres de los juguetes de sus amigos, los nombres de los pueblos y de los árboles y de las lagunas y de los ríos y de los pájaros. Sobre todo los pájaros, le dice, no te puedes imaginar cuántos pájaros. Los nombres eran su equipaje secreto, con distintos compartimentos y bolsillitos, claramente diferenciables. Sólo en el agua de las lagunas, cuando se zambullía y nadaba, o cuando se estiraba en la orilla y miraba el cielo, el mundo se volvía uno solo. Allí podía volcar su equipaje secreto, mezclarlo y dispersarlo, y por un buen momento, olvidarlos. Las lagunas y las orillas eran una zona franca y brevísima que nadie reclamaba para sí, donde los nombres y las palabras se borraban y no eran necesarios. A veces, tapándose la nariz con los dedos, se zambullía bajo el agua y empezaba a contar uno dos tres cuatro cinco… y así seguiría hasta treinta, cuando volvería a salir para tomar aire, y entonces vería que el mundo había cambiado, que un viento salvaje había arrasado todo. Nunca podía estar más de treinta segundos bajo el agua.

Tú también estabas bajo el agua, piensa él mientras la escucha, tú también, más adelante te lo podré decir.

Ella le dice que no olvidaba los nombres.

Había pueblos que daban a la orilla de lagunas y ríos y todos sus nombres le sonaban raros, había que pronunciarlos con unos movimientos de boca y garganta muy especiales. Los lugareños se reían cuando la escuchaban pronunciarlos. Cuando llegaba a un nuevo lugar y la dejaban junto a otros niños de su edad, ella se quedaba callada pensando que por no hablar pasaría como una más, pero vestía diferente, siempre con sus blusitas y pantalones, nunca un vestidito, nunca una faldita, parecía un niño, y su piel de un suave canela, sin mácula, lisa y ceñida, más clara que la de ellos, como si fuera más frágil. Más que hacerla sentir diferente y excluirla, la recién llegada les daba pena y ella lo notaba. Mamá, decía, sin saber cómo articular sus dudas, señalaba sus blusas, sus zapatos, su piel cuando la desvestía a la orilla de la laguna, y mamá sonreía, que no se preocupara, que se fuera a jugar, que les mostrara sus muñecas, sus rompecabezas, y ella lo hacía, sacaba sus dos muñecas y los niños la miraban todavía más extrañados. La primera vez que se las mostró, uno de ellos se fue corriendo y volvió al ratito con la cabeza de una muñeca que ella nunca había visto: era una muñeca fea, sucia, tenía los ojos cerrados, el pelo larguísimo, y los labios amarrados y atravesados por tres espinas de chonta. Parece una muñeca triste, pensó, mientras ellos seguían sorprendidos con sus muñecas, tocándoles el pelo, los vestiditos, manipulándolas delicadamente mientras le preguntaban si podían jugar con *Muñeca*, decían. No se llama *Muñeca*, les explicaba, esta se llama *Lorelei* y esta *Susana*. Y la de ustedes cómo se llama, les preguntó indicando la cabecita que ella todavía no había tocado. *Tzantza*, dijeron en coro. Ella alargó la mano para coger a *Tzantza*, pero ellos no, no podía tocarla, se la alejaron y el que la trajo se la llevó corriendo.

Ella no entendía, se quedó triste pero las niñas entendieron y le dieron sus wapuchis para que ella los arrullara como a bebés, y los niños le mostraron sus cerbatanas y le demostraron cómo soplaban y cómo salía volando el dardo que se clavaba en el tronco del árbol. Cuando ella pidió hacerlo le dijeron que no porque había adultos que los estaban viendo. Sólo días después, detrás de la cabaña más remota de la comunidad, pudo disparar la cerbatana sorprendida por la fuerza con la que el dardo salía disparado y luego cimbreaba clavado en la corteza del árbol. En realidad no la trataban mal. Sus juguetes no terminaban de gustarles, jugaban un poco con esas mujeres chiquitas vestidas de ropas tan limpias, tan blancas como ella, o cogían una pieza del rompecabezas, le daban vueltas, lo miraban por delante y por atrás, no entendían y lo dejaban y salían corriendo y al ver que ella se quedaba sentada la llamaban para ir a las lagunas o al río. Dejaba atrás sus juguetes en un rincón del cuartito que le había acomodado su mamá en la nueva casa. Iba con ellos a donde la llevaban, especialmente al muelle desde donde saltaban y veían llegar las canoas cargadas de gentes y frutas y animales para vender en el mercado. Se aprendió el nombre de todos y ellos la llamaban por su nombre sin que les sorprendiera, como ocurría con los niños blancos que siempre se preguntaban: ¿Tania? Y ese nombre, ¿cómo se come? Pero ellos, los niños *shuar*, lo pronunciaban bien, como si fuera propio. Con ellos pasaba horas en el río o en las lagunas o jugando en las cascadas, como si nunca fuera suficiente el agua de tanta lluvia que se convertía en el rumor de su nueva vida, que la asustaba al comienzo, que la desanimaba, tanto como a su mamá, aunque menos que a su mamá, que se ensombrecía y entonces ella se acercaba y le decía mamá ¿te duele la espalda? y mamá le decía que no y ella insistía: ¿estás triste? Mamá ya no respondía nada y se quedaba mirando por la ventana o por la puerta la cortina intermitente y

frágil de la lluvia que las obligaba a quedarse encerradas durante varias horas, durante varios días, y sólo entonces ella volvía a sus juguetes que empezaban a ensuciarse, sin el color que tenían cuando se los enviaron sus abuelos y sus tíos desde Quito. Se quedaba jugando a solas, no se atrevía a pedirle a su mamá que viniera a jugar con ella, cuando finalmente la veía alejarse de la ventana y la puerta y se sentaba en su mesa a leer periódicos y libros y las montañas de papel que tenía en cajas y carpetas, hasta que se levantaba a prepararse un café y entonces ella sí que se acercaba y le alargaba una de sus muñecas, una de las piezas de sus rompecabezas y le susurraba ¿jugamos? Su mamá terminaba el café, dejaba la taza a un lado y entonces, a pesar de la lluvia, de esa tristeza soporífera en la que vivían, hacía bailar para ella su sonrisa de dientes tan blancos, sus ojos achinados, con un brillo que para ella era un pequeño sol y su mamá se abalanzaba a tomar la muñeca o el rompecabezas. De inmediato los hacía a un lado y la tomaba a toda ella, como si recién la hubiera recuperado o descubierto allí, y la abrazaba dándole besos y diciendo mi pequeña, mi tesoro. Ella tenía que aguantar tanto besuqueo de su mamá, se restregaba esa nueva humedad con las mangas de la camisa o con el dorso de las manos. Ella sólo quería jugar mientras siguiera lloviendo, no quería besos y abrazos en ese momento y su mamá reía regañándola: no se limpian los besos de mamá, y ella entendía que había hecho algo malo y se reía y se los limpiaba de nuevo y se reía y la lluvia era el murmullo del mundo.

Le dice que había risas, que a pesar de todo había risas.

Apenas escampaba, volvían los silbidos de los cielos remotos, los susurros de árboles y arbustos, el griterío de los niños que corrían por más agua y se lanzaban a las lagunas. Dominga, su última mejor amiga —antes lo había sido Gubaro y antes María Flor y antes Humberta—, se acercaba hasta su casa, se

asomaba por la ventana y le decía que viniera, que se iban a las lagunas, y entonces ella miraba a su madre pidiéndole permiso y mamá se lo daba. Abría la puerta y Dominga la tomaba de la mano e iban las dos rezagadas, corriendo, mientras el grupo alcanzaba la orilla escampada. Aprendió a nadar como ellos, aprendió a beber el agua sin hacer ascos, aprendió a sumergirse durante mucho rato sin desesperarse, y aprendió a mirar a las orillas como quien no quiere la cosa, como una costumbre más, alerta al menor movimiento, no a cualquier movimiento, sino a la cimbrante ondulación del follaje de los bejucos y los zalangos que advertían salir de agua porque llegaban los lagartos. La primera vez que los vio dio un grito y los demás niños se rieron de ella, y ella no entendía por qué ellos no se asustaban por ese monstruo enorme, de mirada mala, parecido a un tronco, con la piel igualita a la corteza resquebrajada de la madera, y que avanzaba ondeando por las aguas y que tenía esas fauces tan grandes de colmillos gigantes, y ellos reían y Dominga suavemente la volvía a tomar de la mano y la acercaba a la orilla. Ella aprendió a reírse del lagarto, no así su madre, que siempre insistía en que tuviera mucho cuidado, que no se metiera mucho en las lagunas, y ella reía porque se acostumbró a ver a los lagartos como los otros niños y porque un día le contaron la leyenda del lagarto y el niño *shuar* y entendió que los lagartos eran buenos, que venían de visita, que habían sido maestros de los guerreros *shuar*. La mamá de Dominga, Isabela Ankuash, le había contado la historia y ella había escuchado atentamente. Era una historia muy antigua, le decía. Cuentan que un niño *shuar* se bañaba a la orilla de las lagunas y de pronto vio a un pequeño lagarto, tan pequeño como él, y se hicieron amigos y nadaban juntos y jugaban, hasta que el pequeño lagarto desapareció y el niño *shuar* no lo volvió a ver. Ella se preguntaba si algún día jugaría con un pequeño lagarto porque los pocos que había visto a la orilla eran muy gran-

des. Tan grandes que abría mucho los brazos para describírselos a su madre. Debía poner una carita de sufrimiento alargando los brazos para que se entendiera lo realmente grandes que eran los lagartos. Cuando había visitas era uno de los números que debía hacer. A ver, hija, cuéntanos del lagarto, y ella ponía cara de asombro y decía uy ayer vimos al lagarto y la madre ¿cómo era? y ella uy era muy grande y la madre ¿qué tan grande? y ella abría los brazos cada vez más, fruncía la carita, y decía que era así y así y así de grande. Los adultos y su mamá reían, sobre todo la abuelita y el tío Raúl. Qué pena que no se quedaran más tiempo, pensaba, los extrañaba apenas se iban, pero tampoco duraba su pena, había tanto que hacer en la aldea y tanto por jugar con los otros niños y tanto por dormir.

Le dice que la pena se habría ido del todo si no hubiera sido por su madre. La veía entristecerse cada vez más. También estaba contenta. En realidad, se sentía confundida. La madre trajinaba mucho durante el día, aunque le costaba empezar en la mañana, se quedaba dormida hasta tarde, ella la despertaba, y luego era la madre la que se acostaba tardísimo. La suya era de las últimas luces en apagarse. Incluso el jefe Kayap le había llamado la atención. Por eso y por algo más que ella no entendía. Su madre se enfurruñaba, se tragaba las reacciones delante de Kayap, se remordía cuando ya estaba en su casa y luego se echaba a llorar en la cama. Sólo que no era un llanto triste, no, tenía algo diferente, porque cuando realmente estaba triste su mamá no lloraba. Eso le resultaba extraño. El llanto que tenía luego de las llamadas de atención era de rabia y sin embargo delante de Kayap ni señal de rabia, asentía y asentía y luego cerraba la puerta y esperaba unos minutos y entonces se enfurecía.

Le dice que Kayap significa piedra en lengua *shuar*.

Ella aprendió que lo mejor era quedarse en una esquina jugando o salir a las lagunas, buscar a Dominga y a los otros

niños, pero nada de quedarse allí luego de las discusiones porque su madre ponía una cara fea, arrugaba la frente y la nariz y un fuego le nacía en los ojos y ya no parecía su madre sino otra mujer, muy diferente, una mujer que no le hacía caso aunque estuviera allí sentada. Una vez, mientras jugaba con sus dos muñecas, sintió que la estaban mirando y ella alzó los ojos y sí, esa otra mujer la estaba mirando. Tuvo miedo, porque se parecía a su madre. No era su madre, no podía serlo porque tenía los ojos grandes y el pelo revuelto y la miraba sin verla, como si la atravesara, con la misma fijeza que debía tener el tigre cuando está a punto de lanzarse sobre su presa. Así que mejor era marcharse antes, ir a las lagunas, buscar a Isabel Ankuash y escucharle de nuevo la historia del lagarto y el niño *shuar*, porque siempre que la volvía a contar había nuevos detalles. Repetía la historia para recuperar y añadir lo que había olvidado. Así la historia, aunque era la misma, cambiaba siempre, nunca se volvía aburrida, le salían brazos y piernas nuevas por todas partes y la historia se iba caminando por un rumbo distinto. Y así era: cuando volvió a escuchar la historia supo que el niño iba a la laguna no sólo para bañarse sino para ver los rayos del sol reflejándose en la superficie del agua. Al niño le gustaba ver el centelleo de la luz en las brevísimas ondulaciones de la superficie. Ella, por supuesto, volteaba a ver la laguna y veía cómo se espejeaba la luz del sol mientras Isabel Ankuash seguía contando que un día, mientras el niño observaba las aguas, vio aparecer al lagarto. El niño se había asustado. Cuando se dio cuenta de que era un lagarto pequeño el niño concluyó que no podía hacerle daño, así que se puso a conversar con él y se hicieron amigos. Conversaron durante varios días. Luego el pequeño lagarto desapareció y el niño *shuar* no lo volvió a ver. Ella creía que allí se detendría de nuevo el relato de Isabel Ankuash, pero no, siguió contando. El lagarto volvió a aparecer por la

laguna años después. Ya no era un pequeño lagarto sino uno muy grande que se acercaba a la orilla, hasta encontrar a su amigo *shuar*. Finalmente coincidieron, el niño *shuar* también había crecido, decía Isabel Ankuash, era un joven apuesto que dentro de poco se convertiría en guerrero. Tanto el lagarto como el joven se reconocieron y se pusieron contentos luego de tantos años sin verse. La presencia del lagarto no pasó desapercibida para los otros *shuar*, que al ver al joven *shuar* en la orilla junto al lagarto pensaban que lo iba a atacar, de manera que se abalanzaron a la orilla con palos y piedras para detener al lagarto. Se armó un revuelo en la orilla, brillos y rumores de agua estallaron por los aires. Ella escuchaba esta parte del relato y se ponía triste como el resto de los niños porque ellos nunca hubieran hecho eso. ¿Lo mataron?, preguntaban al unísono. ¿Mataron al lagarto? Isabel Ankuash se quedaba en silencio unos segundos, los miraba uno a uno y entonces decía que no, que parecía que hubiera muerto. Sólo estaba herido. El joven *shuar*, que había gritado que aquel lagarto era su amigo y que no lo estaba atacando, se desesperaba porque en la confusión nadie lo había escuchado, así que se lanzó laguna adentro hasta alcanzar el cuerpo flotante del lagarto. Los demás *shuar* salieron de las aguas, se sentaron en lo alto de la orilla y se pusieron a observar cómo el joven *shuar* traía al lagarto hacia la orilla, pero ya no les inquietaba porque creían que había muerto y no representaba ningún peligro. Cuando el joven alcanzó la orilla, abrazó muy fuerte al lagarto y lloró pidiéndole disculpas por lo que le habían hecho sus amigos. Lloró con tristeza y con rabia, y por la rabia dejó al lagarto en el suelo y se volteó hacia los guerreros *shuar* y les increpó lo que habían hecho. Aquel lagarto había sido amigo suyo desde muy pequeño. Se habían encontrado de nuevo y no representaba ningún peligro y había sido un error atacarlo con palos y piedras cuando simplemente

podían dejarlo ir. Habían matado a uno de sus mejores amigos. Isabel Ankuash se volvía a detener en su relato y los miraba: Así como ustedes, que ahora son amigos y van a serlo para toda la vida. Ella, entonces, también miraba a los demás y los demás la miraban a ella y sentía que sí, que ellos también serían sus amigos toda la vida y que nunca, nunca, nunca les ocurriría lo que ocurrió con el lagarto y el joven *shuar*.

Le dice que esa continuación del relato se la contó a su madre y como respuesta le dijo con un suspiro: Ojalá fuera como en los cuentos, hija. Le preguntaba si ella también había tenido amigos de infancia. La madre se quedaba callada y ella le volvía a preguntar y sólo entonces decía que sí. ¿Dónde estaban esos amigos?, preguntó ella, y la madre respondía que seguirían viviendo en su ciudad. Le preguntó si no le daba pena no volver a verlos y la madre respondía que sí, un poquito de pena, pero no tanta porque había hecho amigos nuevos y que a lo mejor extrañaba más a estos amigos nuevos. Y ella no entendía cómo podía extrañarse más a los amigos nuevos y no a los más antiguos, a los primeros, y se lo preguntaba. La madre entonces se transformaba, se ponía triste de noche, volvía a sus papeles, o se acercaba a la ventana a fumar un cigarrillo tras otro. A ratos se interrumpía y le mesaba los cabellos aunque estuviera dormida, o haciéndose la dormida y le explicaba que no había nada más hermoso que los amigos, esa camaradería que les hace compartir historias y aventuras y viajes, como si fueran uno solo. Al día siguiente ella le decía que debían buscar a esos amigos y la mamá algún día, tesoro, algún día. Seguro que al jefe Kayap no le queda ningún amigo porque es feo y antipático. ¿Qué significa su nombre?, y la madre se lo explicó.

Ahora ella le dice a él que al jefe le pusieron de nombre Kayap porque al nacer era muy débil y el nombre debía darle fuerza, la fuerza de una piedra.

Algunas veces no era necesario ir a buscar a los amigos de su madre. No eran visitas como cuando venían los abuelitos o el tío Raúl. No avisaban. No había cómo preparar nada. Era la pura sorpresa y eso la divertía. A veces llegaban muy temprano o incluso muy tarde, y su madre estaba siempre lista, con la linterna, o incluso se iba a la pista de aterrizaje a despedirlos, y eso sí que quedaba lejos porque había que tomar la canoa y navegar durante dos horas y luego allí caminaban una hora más, no había manera de saber exactamente a qué hora llegarían si había un retraso porque no se podía llevar la radio que pesaba mucho, y entonces las dos se quedaban conversando hasta que la madre se ponía de pie y señalaba a lo lejos lo que parecía un mosquito, un pájaro, que se inclinaba y enfilaba hacia la pista y aterrizaba mientras ella daba saltitos de emoción viendo la alegría en el rostro de su madre. Cómo se transformaba su madre, qué cambio, de inmediato arreglaba la cabaña y preparaba comidas y se ponía guapa y la ponía guapa también a ella, aunque luego se olvidaba de ella, preocupada en hacer largas caminatas o quedarse conversando hasta muy tarde con sus amigos nuevos, tan tarde que ya rondaba el jefe Kayap para que apagara la luz, molesto no sólo por la luz, sino por esas visitas, mientras ella se quedaba dormida escuchando las entusiasmadas conversaciones de su madre con los amigos nuevos. No siempre reaccionaban hostilmente en el pueblo. No al menos cuando venían la abuelita y el tío Raúl. Ella notaba que con estos amigos nuevos, imprevistos, siempre distintos, se hacía el silencio en el pueblo y no lo entendía. Venían con rifles, pero los amigos eran muy simpáticos, dejaban las armas apoyadas contra la pared de su casa y se iban a saludar al jefe Kayap y le entregaban algún regalo, por lo general camisetas y pantalones y gorras para sus hijos. Sin embargo, el ambiente siempre seguía extraño y ella no se lo explicaba, porque luego, cuando esos amigos venían a casa y se quedaban a

dormir allí, si es que dormían, porque siempre se la pasaban hablando, a ella le parecían muy buenos porque eran muy buenos con su madre. Y no era porque fuera de noche, porque incluso de noche se escuchaban los ruidos y los murmullos de los vecinos, pero había un silencio distinto que hasta ella percibía con preocupación, como si sólo en su cabaña se estuvieran haciendo ruido, como si el pueblo y la selva hubieran enmudecido. Los amigos se quedaban dos días y luego se marchaban con gran tristeza de su madre y con la que ella también sentía porque los días siguientes todo sería distinto, incluso se arrepentía de que esos amigos hubieran venido. A diferencia de cuando venía la familia, que dejaba a la madre contenta durante semanas, luego de las breves visitas de sus amigos se ponía mucho más triste y aparecía la otra mujer, la que a veces la miraba sorprendiéndola porque no era su madre. ¿Cómo era posible que su madre se transformara? No se lo explicaba, o al menos no lo entendió hasta que escuchó otro de los relatos mutantes de Isabel Ankuash: cuando el joven *shuar* recriminaba a sus amigos por haber matado a su amigo el lagarto, llorando por haberlo perdido, llorando como nunca había llorado el joven *shuar*, se dieron cuenta de que en realidad no estaba muerto, que el lagarto se removía en la orilla y, para asombro de todos, se transformaba en un joven como su amigo, aunque adolorido por los golpes. Fue entonces que les explicó que él nunca había sido un lagarto sino que la Bruja de las Aguas Oscuras lo había transformado porque siendo muy joven se había adentrado en la selva sin el permiso de sus padres. Como castigo, debía vagar por lagunas y ríos hasta encontrar a alguien que lo quisiera y llorara por él y cuando eso ocurriera volvería a su forma humana, y finalmente lo había encontrado en ese joven *shuar* que se estaba secando las lágrimas de puro contento de ver que su amigo el lagarto estaba vivo aunque ahora convertido en otro joven como él. Ella y los

demás niños sonreían, alegres por el buen final del cuento, pero Isabel Ankuash les decía que no debían apresurarse porque el cuento no había terminado. ¿No? No, pasó algo más. En gratitud hacia el joven amigo *shuar*, el que había sido lagarto le enseñó técnicas de guerra que no conocían en su pueblo, le explicó que era muy rudimentario que sólo pudieran defenderse con palos y piedras, así que les enseñó a hacer lanzas de chonta, escudos de kamaka, les mostró cómo hacer una buena cerbatana y saetas de congoke y cómo guardar las saetas en canutos de tunda, y sobre todo los instruyó para saber utilizarlas y que nunca más tuvieran que volver a las rudimentarias piedras y palos. Y esas armas, les advirtió, nos las deberían emplear contra otros lagartos. Isabela Ankuash terminaba su relato y ellos se iban corriendo donde el jefe Kayap para verlo trabajar en los hilos de ceibo de las saetas, afilando las lanzas de chonta y el jefe Kayap los miraba feo y ellos murmuraban dudando si no habría sido él aquel niño *shuar* pero ninguno se atrevía a preguntárselo. Volvían donde Isabel Ankuash y se lo preguntaban y la mujer reía a carcajadas y los dispersaba para que se fueran a seguir jugando.

Le dice a él que no todo fueron juegos, que un día el jefe Kayap fue a verlas a la casa. Fue justo cuando habían venido de visita cuatro amigos de su mamá. Dormían todos apelotonados en la casa, pero ella estaba contenta, al menos hasta que llegó el jefe Kayap y le dijo a la madre que quería hablar y la madre quiso hacerlo pasar. Él dijo que no, que ella debía salir. Ella estaba agarrada a los pantalones de su madre cuando el jefe Kayap le dijo que sólo debía venir la madre. Los vio alejarse hasta la orilla del río. Ella se quedó en la casa, sentada en el escalón de la puerta, mientras los amigos dormían profundamente. El jefe Kayap movía las manos señalando las casas, a la gente, al río, a los árboles, hablaba y hablaba y su madre escuchaba atentamente con las manos en los bolsillos del pantalón, lo escuchaba y lo

miraba moverse indicando lo que estaba alrededor hasta que finalmente el jefe Kayap se quedó callado. La madre también seguía callada, ya no lo miraba, miraba hacia el río, aunque más que el río parecía mirar hacia la orilla tupida de la selva al otro lado del río. Tampoco era eso, debía tener esa mirada perdida que a veces tenía en casa cuando se quedaba de noche mirando sus papeles o escribiendo en los cuadernos negros, y quizás ya no sólo miraba, sino que podía estar hablando. Ella no lograba verla porque la madre estaba de espaldas mientras que sí podía ver al jefe Kayap, que tenía el rostro duro, la mirada firme, y no se la quitaba de encima a su madre. La madre estaba hablando cuando el jefe Kayap empezó a menear la cabeza una y otra vez. Finalmente el jefe Kayap hizo un gesto firme con la mano y se retiró. Su mamá se quedó allí, sacó otro cigarrillo y se lo fumó mirando al río, como si estuviera esperando a que apareciera el lagarto del joven *shuar*. Pero no apareció ningún lagarto, la madre echó la colilla al piso, luego se arrepintió, la cogió, la apagó bien, sopló sobre ella y se la metió al bolsillo y volvió hacia la casa. Cuando despertaron a los amigos, su mamá les dijo que debían marcharse, que ellas los acompañarían a la pista de aterrizaje. Había un aire triste en la casa. Hablaron por radio y acordaron una hora para que viniera la avioneta. Prepararon algo de comida, guardaron su ropa en las mochilas, y hasta su mamá hizo una mochila pequeña con comida, agua, y algo que le llamó la atención es que guardó dos de sus cuadernos, y salieron y en el pueblo nadie se acercó a despedirlos como ocurría siempre que se iban los abuelos y el tío Raúl.

Fue allí que tuvo un presentimiento: vio las cabañas y las sintió ajenas a ella misma, vio el suave rastro de humo gris que se desdibujaba por encima de las cocinas, incluso podía sentir cómo la seguía la mirada de Isabel Ankuash —¿o era Dominga?— desde el quicio de una ventana, sólo que al voltear para

corroborarlo, no había nadie. Luego vio el farallón aparentemente impenetrable de los árboles de la selva. Pero no vio a nadie más que a ellos mismos, a su madre, a los amigos de ella, subiendo a la canoa como si se marcharan clandestinamente, y conforme se alejaban y el pueblo se iba haciendo más chico, una franjita descampada apenas visible a lo largo del río Panki, franjita tragada por la selva en la primera curva del río, ella creía que sus amigos, finalmente autorizados por Kayap, salían para ir a jugar al río.

El viaje en canoa fue largo. Su mamá no paraba de conversar con sus amigos que de pronto parecían preocupados y limpiaban sus armas como si no hubiera ninguna otra cosa divertida por hacer. ¿Por qué, se preguntaba, si ellos también eran guerreros, no se asomaba a la superficie del Panki el guerrero *shuar* con forma de lagarto? ¿Por qué ese silencio del río y del mundo cuando venían los amigos de su madre? Cuando llegaron a la orilla por la que irían a la pista de aterrizaje, fijaron en tierra la mitad de la canoa y se adentraron en la selva. La pista se revelaba en unos cuantos metros como un claro de bosque. Colocaron sus armas y el equipaje en un extremo de la pista, del lado izquierdo, y se sentaron a seguir conversando. La avioneta tardaba en llegar. Ella entonces se fue caminando al centro de la pista, sola, pensando que era extraño ver un espacio así abierto en medio de la selva sin que hubiera un río al lado, miraba hacia lo alto esperando que llegara la avioneta y sólo veía pájaros que pasaban chillando, como si desconfiaran de sobrevolar sobre el descampado de la pista. Sin embargo, de vez en cuando agachaba la vista y veía en la tierra de la pista cómo creían hierbajos, como si poco a poco la misma selva fuera a reconquistar esa pequeña franja rapada. Cuando escuchó el grito de su madre diciéndole que se alejara, que fuera donde ellos, reconoció al instante que ahí venía, oscilando en el aire, como si al mover

su cabeza la avioneta le estuviera reprochando que se hubiera puesto justamente allí, en mitad de la pista, esta niña malcriada. Los amigos de su mamá ni se preocupaban por ver el espectáculo del aterrizaje, más bien centrados en cargar y ajustarse las mochilas, ir a orinar, o empezar a despedirse de su mamá con largos abrazos. Fue allí donde los escuchó preguntarle a su madre si no quería irse con ellos. La madre los miraba y luego la miraba a ella y en ese momento creyó que se iban a ir, así sin más, sin haberse despedido de sus amigos, de Dominga y de Isabel Ankuash. Pero la madre dijo que no, sacó algunos de sus cuadernos y los encomendó a ellos para que llegaran a su destino. Cuando se fueron y la avioneta bamboleó de nuevo como si le hiciera a ella un guiño al marcharse, su mamá estaba triste de nuevo.

El retorno fue larguísimo. Ella hubiera querido que fuera más largo todavía, hubiera querido no volver nunca, haberse marchado en esa misma avioneta, quién sabe qué otra cosa habría querido para no ver, luego de escuchar el zumbido de un helicóptero que pasaba por algún lado más allá de la orilla del Panki, para no ver, mientras se aproximaba al pueblo, aunque todavía demasiado lejos, ya no el humo doméstico y desdibujado de las cocinas sino las turbias humaredas que no podían ser de las cocinas, que más bien debían ser de todas las cabañas ardiendo juntas en ese mismo instante como una hoguera enorme. Eso habría querido no ver. Su mamá redujo la velocidad del motor y abrió los ojos como siempre hacía y empezó a putear, a preguntarse por qué por qué por qué, y ella se empezó a asustar otra vez, no tanto porque su madre insultara sino porque sabía que ya no podían volver, que ya no vería a su amiga Dominga, como ya no veía a Gubaro ni a María Flor ni a Humberta, que ya no escucharía el relato mutante de Isabel Ankuash, que quizá lo mejor sería que en ese instante saliera del río la Bruja de las Aguas Oscuras y se las tragase para siempre y no tuvieran que

ver lo que estaban viendo y seguir viajando de un sitio para otro, de un sitio para otro…

***

Me cansé de ir de un sitio para otro, dice Tania, quizá por eso me alejé de mi madre. Apaga otro cigarrillo más y cuando bebe de su té de naranja se da cuenta de que está frío. ¿Te preparo otro?, dice él. Sí, gracias, le responde ella. He hablado hasta por los codos, te tengo que haber aburrido. Para nada, dice Álvaro, me ha gustado escucharte. Además, todo eso con tu madre, venir a declarar ante la Comisión, tiene que haberte resultado muy difícil. Él le entrega la nueva taza y añade: me habría gustado acompañarte. ¿Cómo ibas a saberlo? ¿Quién te iba a avisar? Podías habérmelo dicho tú misma. Tienes mi teléfono y mi correo, no te costaba nada escribirme. Te he escrito siempre, Álvaro. Sí, lo sé, y no te imaginas cómo me ha gustado ese afán tuyo de enviarme recortes sobre arte y pintura, todo lo que salía publicado sobre Raulito, nunca he estado tan al día sobre lo que pasaba aquí. Pero ahí mismo podrías haber puesto una carta, o una nota más larga que esos papelitos ultrabreves donde apenas me saludabas. Y mencionarme lo de la Comisión, escribirme algo personal, no sólo los envíos y esas notitas: para que estés informado. Me daba vergüenza, dice ella, no sabía qué decirte. No percibías que a mí también se me movía el piso, que no podía entender cómo asumir lo que me estaba ocurriendo. Y luego, con lo de mi madre. ¿Tú te imaginas que te escribiera o llamara para decirte: cuando vengas a Quito no te pierdas que voy a declarar sobre las torturas que sufrió mi familia porque mi madre se dedicó a actividades subversivas, sobre la postración en la que dejaron al abuelo Strudel, y mil cosas más de las que yo no sabía ni me daba cuenta? Ni loca. Pues fíjate, dice él, que a la gente le

ha sorprendido tu firmeza, que vinieras a nombre de ella, que trajeras su testimonio. Lo hice, lo interrumpe ella, porque me lo pidió, pero no lo he hecho con gusto. ¿Qué quieres decir? Pues eso que justamente dice tu poeta, lo de los años que pasaron de ella a mí. Siempre ha sido como si yo tuviera que vivir otra vida, la suya, como si la aventura y lo heroico sólo hubieran ocurrido en esa época y por ella, y yo en la mía no tuviera nada que contar. Nada más que evocarla. Y no quería eso, no quiero eso. Quiero ser yo misma, no ser otra. Cuando me vine a Quito a estudiar los últimos años de colegio, cuando pensaba que lo empezaba a olvidar, volvió todo de nuevo. ¿Te imaginas? La que había sido mi historia secreta, de pronto se volvía a tocar y se exponía a la vista de todos. Fui a la Comisión por deber, por cumplir con ella, que estaba aterrada de volver a Quito, de subirse a un bus, un manojo de nervios, enferma. Lo hice, le dice, porque había que hacerlo, no porque yo quisiera y me sintiera a gusto. Nunca he creído en lo que hizo ella, en la vía que eligió. Finalmente eligieron la destrucción, mataron gente y provocaron otras muertes. Un desastre con el que no estoy de acuerdo. Necesitaban aventuras y heroísmo porque les hicieron creer que había que cumplir un tipo de heroísmo y sólo trajeron muerte.

Entiendo, dice él.

No, no entiendes, no podrías entenderlo. Tania resopla, molesta consigo misma por su agresividad, y él la observa sin necesidad de añadir nada, para qué explicarle. Además, dice ella, ya tenías tu propia historia como para tener que cargar con la de otros. El tío Raúl me decía que era irónico que mientras él sufría por perder la memoria, por no poder recordar fechas o nombres que le parecían importantes, o nimiedades, como dónde había dejado un cincel, o una marca de busarda, o las llaves, tú, en cambio, lo que querías era olvidar. Y sin embargo, le contabas de todo. No sabes cómo le gustaba saber que estabas por

llegar. Para él era una ilusión que le alegraba la vida. Hasta se ponía más lúcido, como si le dijera que le habían enviado un paquete de regalo. Hasta yo me ilusionaba con tu llegada. ¿Tú? Casi nunca coincidíamos, salvo cuando entraste a la universidad. ¿Por qué dices que te ilusionaba? No lo digo en el sentido que te imaginas, aclara Tania. La verdad es que ni siquiera me fijé en ti. Me parecías demasiado mayor para mí. Lo soy, dice él. Eso vino después, sonríe Tania, no me refería puntualmente a la diferencia de edad. A los diecisiete, a los dieciocho años, eras el modelo de lo que yo quería ser: irme, borrarlo todo, dejarlo atrás. No conocía a nadie que se hubiera marchado de Ecuador y que estuviera vinculado a mi familia. Todos aquí han sido muy arraigados. Se han ido un tiempito a otras partes del país, pero nunca fuera. El extranjero es otro planeta. Y ése es un planeta que yo quería conquistar como tú, olvidando el resto. ¿Por eso te fuiste, verdad?, le pregunta ella.

Álvaro se frota los ojos con el dedo índice y el pulgar y termina juntado los dedos en el tabique de la nariz como si se quitara el resto de modorra de la mañana. Vas a tener que hablar, piensa, ahora postergado el deseo, invadido por la memoria que despierta su enmarañado y preciso engranaje sin que nada se mueva ni se altere en la superficie.

En parte me fui por eso, dice él. Si quieres que te diga la verdad, nunca hice esa distinción tan marcada entre aquí y el extranjero. Siempre estuve acostumbrado a irme del país y a volver. Un poco como lo que te pasaba entre Quito y la selva. Para mí era… *es* como un ritmo natural e inevitable. No es natural, le replica ella. De acuerdo, puede que no sea natural, pero estoy acostumbrado. ¿No te puedes quedar en ningún sitio?, pregunta Tania con la mirada ansiosa, ligeramente inquieta. Álvaro sabe que debe ser preciso en su respuesta, que ella está a la espera, lo que digas en los comienzos te sentencia. Estoy en un solo sitio,

dice. Vivo en Barcelona desde 1984, son ya veinticuatro años, los mismos que tienes tú. Ni siquiera me he movido del mismo departamento que compré al llegar. No puedo dejar de viajar, de venir acá de visita. Ella alza los hombros, ahora está tranquila. Has dicho lo correcto, piensa él, mientras ella le dice que, sin embargo, durante muchos años, él no había vuelto. ¿Cuántos años fueron? Demasiados, dice él, hasta que retomé mis viajes de visita por el 2000. Justo el año que vine a terminar el colegio en Quito, dice Tania. Sí, añade él, me lo contaste anoche: viniste el 15 de agosto de 2000. Ella se hace hacia atrás, alza las manos, abre los ojos: no hay cómo contarte nada, es como si te lo sellaran con fuego. Ella se le acerca como si quisiera tocarlo y él puede olerla de nuevo y su aroma de humo dulce, bufandas arrumadas, anís y durazno se convierten en un deseo despiadado e ineludible. Lo único bueno de tu memoria, dice ella, es que me contarás con pelos y señales lo que hiciste todos estos años. ¿Pero no que querías que olvidemos?, replica Álvaro. De las historias de mi madre, del abuelo Strudel, de todo eso sí, de ti quiero saber. Él, de inmediato, se siente lacerado por una sospecha que no nace de ella sino que viene de él mismo, desde muy atrás, atravesado por las mujeres con las que estuvo, y pide al dios imposible de la desconfianza que ahora no entre, que se quede al margen, que ella no le pregunte sobre las ciudades en las que ha ido y va a la deriva, por favor que no me pregunte cómo es la vida allá, que no quiera apoyarse en mí sin verme, nunca más un peldaño, nunca un guardaespaldas, nunca un semental, nunca un proveedor, concédemelo ahora o que ya no sea nunca.

Quiero saber por qué dejaste de pintar, dice ella. No sabes la admiración con la que el tío Raúl hablaba de ti. Así que dime, ¿por qué dejaste de pintar?

Ella alza los hombros y sube las piernas cruzándolas sobre la silla, dispuesta a escucharlo, cómoda para escucharlo, sonrién-

dole como si abriera la ventana a un cielo de gaviotas suspendidas en el aire, a la espera. ¿Cómo le voy a explicar que nunca dejé de pintar, que es otro el problema que me ha inmovilizado?, piensa Álvaro. ¿Qué palabras deberé usar para justificar que mis cuadros rojos hayan acumulado demasiados años casi sin darme cuenta? ¿Cómo resumir en un instante, con una claridad tan limpia como esta habitación luminosa, que luego de ese largo ayuno en el desierto, luego de quedarme como un santo desolado sobre la columna de estilita, he bajado a tocar la tierra? ¿Cómo confesar mi vergüenza por la envidia que sentía cuando Raulito se entregaba con furia a sus cantuñas y cosechaba éxitos por medio mundo? ¿Cómo explicarle mi incomprensión de que él lo hiciera aparentemente sin ningún esfuerzo de conciencia, entregado a un rapto que a mí se me había negado por mis escrúpulos de conciencia? ¿Cómo razonar que esos escrúpulos y esa inteligencia que yo pedía en mi auxilio borraron de un manotazo casi veinte años y que me estoy dando cuenta cuando empieza a ser tarde y todo urge y el horizonte se ha plantado aquí, a mis pies, en ella?

Nunca he dejado de pintar, dice él. No he expuesto, que es muy distinto. Eso, dice ella, ¿por qué no has expuesto? ¿Por qué no has querido que nadie viera tus cuadros rojos? Él le reclama: ¿cómo que nadie los ha visto?, si acompañan varias de las cantuñas de la primera etapa de Raulito. ¿Entonces son eso? Bueno, no exactamente, las que son estrictamente mías están poco más trabajadas. Todas están en Barcelona. Si tú quieres venir, dice él, te los mostraré. Ella frunce el ceño, le da un golpe en el brazo con la palma de la mano y pasa a su lado de regreso al salón. Eso dolió, se queja él. Pues bien que te lo mereces… por guardártelo para ti. ¿Guardarme qué?, le pregunta. Tus secretos, dice ella. No hay secretos, le dice él. Ella coge la cajetilla de cigarrillos, el encendedor y el cenicero, va hasta el sofá, se echa en una

esquina, sube las piernas doblándolas hacia un lado y empieza a fumar. Él la observa de perfil. Sabe que no debe esperar más.

Tienes razón, dice él, pérdoname. Todo es tan reciente. Y no me refiero a nosotros. En realidad, no sé lo que pasó. De pronto me pareció inútil lo que hacía. Me dejé llevar por el trabajo. Aunque tampoco es eso, añade. Me secuestró la mente. Pensaba que debía destilar una idea contundente, una idea definitiva, para ponerme a pintar. Me aturdió durante años ver el desfase que había entre lo que yo quería pintar y lo que se pintaba, entre el pensamiento sobre la pintura que yo había aprendido y el que se disparaba en mil sentidos cuando me fui a vivir a Francia y luego a Barcelona. Lo fui dejando todo para mañana y de pronto el mañana llegó y me encontré con que había llenado decenas de lienzos rojos y hasta ayer que hablamos y me contaste todo lo que sabías recién me di cuenta de que *estaban en blanco*. Me habían estado esperando, como tú.

Ella lo vuelve a ver, relaja la expresión de la boca y le alarga su cigarrillo para que se acerque y le dé una calada. Él se aproxima, toma el cigarrillo. Se lo devuelve y se sienta a su lado. Me resistí, dice. Hasta hace unas semanas que Kazbek me dio el ensayo que él había escrito sobre Landor. Ella apaga el cigarrillo en el cenicero, se sacude las manos, le pone una mano sobre el brazo. Su ensayo es una especie de relato sobre las distintas interpretaciones sobre la obra del alemán. Lo que no esperé es que me despertara una serie de dudas sobre mí mismo. Sobre todo que uno nunca sabe exactamente lo que hace, que casi da lo mismo lo que se pueda interpretar sobre tu trabajo, y que las razones de fondo, o las causas que te llevan a pintar o a hacer cualquier cosa, a fin de cuentas son insondables, no se pueden rastrear con exactitud, y que es inevitable ser imperfecto y hacer un dispendio, un derroche quiero decir, necesario para saber qué es lo que estás queriendo sacar de ti mismo. Y luego vino lo

que te conté anoche, los días que pasé en la playa en el hotelito de Empúries, la invitación a la casa de la viuda de Landor, el desenlace al que Kazbek se prestó. Todo, finalmente, cerraba el círculo. Sólo que no es un círculo, como siempre. Sigue dando vueltas y más vueltas, encima, en espiral.

Piensas demasiado, le dice ella. ¿No tienes ninguno de tus cuadros por aquí? Él mira hacia la habitación con la puerta entreabierta al otro lado de la sala, junto a la cocina. Estuve pintando mientras dormías, le dice. Ella se sorprende: ¿Sí? ¿Dónde está? ¡Quiero verlo! Ella sigue su mirada y también observa la puerta entreabierta. ¿Ahí?, pregunta, y se levanta de inmediato, sin darle tiempo a él para ninguna explicación, para detenerla. Ella avanza hacia la puerta, antes de abrirla lo mira como esperando que le diga que puede entrar. En realidad, no espera nada y empieza a abrir la puerta y ve una habitación desordenada, cajas apoyadas una sobre otra y encima varios tubos de pintura, una paleta, un manojo de pinceles, una espátula, tarros de aguarrás, y cuando termina de entrar ve el caballete centrado contra la ventana, y un lienzo horizontal, todo rojo, atravesado por una única línea blanca.

Él se acerca hasta ella, vuelve a percibir su perfume, la mezcla dulce de sudor y de un laberinto de aromas perfumados donde todavía puede sentir el roce de las sábanas. No se atreve a tocarla. Pero el deseo ha vuelto, lo tensa, quiere alejarlo de él. No me digas nada, por favor, esto es sólo el comienzo. Ella se acerca al cuadro. Luego se aleja. Voltea a verlo. Es enigmático, dice Tania. No deberías verlo todavía, dice Álvaro. Sigues pensando demasiado, insiste ella: me encanta el cuadro, digas lo que digas. Él la abraza y cambia rápidamente de tema. Se te está haciendo tarde para llegar donde Carmen. No tengo ganas de ir, Álvaro. Pero tienes que ir. Yo aprovecharé para ver a Raulito, quedarme unas horas con él, contarle todo lo que ha pasado, luego me re-

coges y nos vamos a cenar, si quieres. Claro que quiero, se voltea ella y lo abraza alrededor del cuello. Pero no sé si te haga bien torturarte de nuevo con el asunto. No sé para qué le hablas a mi tío si sabes que ya no te escucha. No lo sé, Tania, nunca pierdo la esperanza de que recupere la conciencia y volvamos a hablar como siempre.

Ojalá, dice ella.

4

Dijiste que había que devolverlas al fuego, que son hijas del fuego. Lo que daría por escuchar de nuevo tus preguntas escépticas, Raulito, es como si te estuviera escuchando: ¿Eso dije, Ñato? ¿O te lo estás inventando ahorita, metiendo labia como siempre? Eso mismo me dijiste una vez, Raulito: que había que devolver las cantuñas al fuego, que son hijas del fuego, que con eso volverían a sus orígenes y se cerraría el círculo. Lo dijiste cuando fuimos al cráter del Guagua Pichincha. No me invento nada, nunca me inventé nada, simplemente recuerdo, simplemente te hablo para ver si te vuelve la conciencia con un brillo en los ojos, esperando un gesto tuyo, aunque sea un guiño, sólo eso, y saber que me estás escuchando, que estás aquí conmigo, como siempre, aunque más viejos, aprovechando el poco tiempo que queda hasta que llegue Tania, antes de que deba marcharme de nuevo, en este vaivén en el que siempre te dejo y siempre vuelvo. Porque el tiempo se acabará, Raulito, no sólo el puntual de estas vacaciones de agosto, sino el más largo, el que nos queda, y del que soy cada vez más consciente, y por eso quiero volver al pasado, contártelo de nuevo, remover tu memoria. A fin de cuentas, viejo, el pasado es la materia de la que estamos hechos y nuestros deseos del futuro dan la forma de lo que somos hoy. ¿Ves qué extraña triangulación, Raulito, pasado y futuro operando hoy? Quizá si no estuvieras callado no me atrevería a decirte estas cosas. Ya me habrías dicho que estoy hablando pendejadas, que

me deje de vainas sentimentales e intelectuales. Sí, viejo, quizá por eso hablo y te puedo contar lo que a lo mejor no te habría contado nunca. Una idea disparatada la tuya de lanzar las cantuñas al fuego, pero también de una lucidez estricta con lo que has hecho. A todos nos toca darnos cuenta de que llega el momento de cerrar el círculo, aunque termine siendo infernal. Sólo estos días me he dado cuenta de que estabas en lo correcto, que una vez más habías acertado conectando lo que parecía separado. A mí también se me cierra el círculo. Se lo dije a Tania hace unas horas, varios círculos o semicírculos, como los de la escalera de Bramante, uno infernal los últimos dos días, y a lo mejor este lunes otro círculo, mucho más benévolo, no lo dudes. El viejo Biscay, al saber que coincidiríamos estos días en Ecuador, me tentó con la posibilidad de ver el *Réquiem de Sidney Bechet*. Se había enterado de que lo tiene una amiga suya en Guayaquil. Mira a dónde fue a parar mi cuadro favorito, viejo. Le dije a Biscay si no iba a venir por Quito, y me respondió con un gruñido que la altura andina lo mata. Así que me iré a la costa mañana domingo, muy temprano, haremos un paseo a la isla Puná y el lunes volveré a ver el cuadro de Araceli Gilbert, y allí se cerrará el otro círculo. Imagínate, Raulito. Cada vez que he venido a visitarte, me alegra encontrar colgada la reproducción del *Réquiem* que te regalé hace años. Verlo es como un guiño, y ahora creo que siempre fue una premonición: la línea roja del cuadro que marca el límite entre la vida y la muerte de Bechet, antes de ese amplio espacio negro de la derecha, quizá representa tu propia vida, sumergido en esta extraña noche donde no hablas y no sé si me escuchas. La última línea no es la muerte, da a entender Araceli Gilbert, es sólo un punto de paso a un espacio de otro color. Ya veremos qué nuevas ideas me da ver el cuadro este lunes. Quiero también mostrarte lo que he pintado esta mañana, una tontería, pero es un comienzo. Una línea apenas, viejo, y blanca, sin más,

sobre el fondo rojo, con una curvita o plegadura al final. Para mí es un paso enorme, porque se acabaron mis cuadros monocromos. ¿Será que sólo de saber que veré de nuevo el *Réquiem* la ha provocado? No sé, no quiero pensar más en eso. El martes estaré de vuelta en Quito y me quedaré quince días más. Haremos varias salidas. Si quieres iremos a las termas de Papallacta, te llevaremos a comer cositas ricas a los fogones de La Vicentina. ¿Ves que todo viene junto cuando menos lo esperas? Mejor que sea así. Ya no tenemos tiempo para perder, ¿no, Raulito? Sin embargo, ¿cuánto tiempo pasó hasta que empezaron a cerrarse los círculos? Sólo ahora que han pasado dos días, y que ya no me tiembla el cuerpo, puedo hablarte del primer círculo, aunque no me escuches. Si no hablo reviento, se me pudren las palabras dentro, viejo, es la única manera de drenar mi memoria.

—Te llamaré antes de irme a Ginebra —había dicho Kazbek—. Te llevaré la segunda parte del ensayo sobre Landor.

Cumpliendo mi costumbre de pasar en la playa los primeros días de mis vacaciones, antes de venir para acá, reservé una habitación en el hotelito que está junto a las ruinas de Empúries, en la Costa Brava. Pensé que ya no vería a Kazbek porque no habíamos hablado y seguramente se había marchado a Ginebra para reunirse con su novia. Pero me llamó y me dijo que podía pasar al día siguiente, el miércoles al mediodía, acompañarme esa noche y el jueves se marcharía a Ginebra. Yo no tenía ningún otro plan más que dormir largas siestas, leer, bañarme en la playa, hacer caminatas por el paseo marítimo y trabajar un par de horas en unos bocetos que había empezado a garabatear luego del estímulo del ensayito de Kazbek sobre Landor. No había nada en concreto, viejo, sólo que esas páginas sobre las interpretaciones del trabajo del pintor me dieron, más que ideas precisas, una especie de desasosiego positivo, que yo conocía bien, aquél que se resolvería con mis papeles y lienzos en blanco. Tenía ade-

más que reunirme con Kazbek porque me dijo que me daría la segunda parte del ensayo, sobre las notas del museo personal que había ideado Landor. Su visita no sería la única sorpresa. Apenas llegó el mediodía del miércoles, nos fuimos a la terraza del hotel que da hacia la playita de Portitxol, nos tomamos un par de cervezas mientras él me leía las páginas del ensayo —un borrador, dice siempre— y luego nos fuimos a caminar por el paseo marítimo a la sombra de los pinos. Cuando llegamos a la altura del muelle griego, nos quitamos las sandalias, bajamos a la arena y metimos los pies en el agua. Las ruinas de Empúries es uno de mis rincones favoritos, viejo. Y aunque no me creas y supongas, como siempre has supuesto, que estoy exagerando, no tengo el menor escrúpulo en decirte que es el sitio más hermoso de la tierra… ¿Cómo describírtelo, Raulito?... ¿Por qué nunca te animaste a viajar para llevarte allí?

—Y sabes por qué este lugar es el más hermoso de la Tierra —le dijo Álvaro a Kazbek señalándole el limpio arco de la bahía de Roses—. Porque aquí todo es esférico. Si vas a la parte romana de las ruinas, allá arriba, te darás cuenta de que estás rodeado de medias esferas. La colina, estas playitas que parecen herraduras de arena blanca, la llanura de las marismas del Ampurdán subiendo las suaves estribaciones prepirenaicas, el extremo norte del golfo de Roses que se estira *in extremis* hasta los acantilados de Cap Norfeu, cerrando en arco el golfo a la misma altura de la línea del horizonte. Desde lo alto de la colina romana ves que todas son curvas. Y con este cielo azul tienes la sensación de que estás en medio de una bóveda gigantesca, como un planetario a cielo descubierto. ¿Por qué crees si no que los griegos escogieron este lugar para fundar sus remotas colonias?

—Ahora entiendo también por qué Landor pintó ese *Cielo de Empúries* —dijo Kazbek—. De eso quería hablarte…

Fue allí, viejo, en ese momento, no en ese *preciso* momento, sino en ese *jodido* momento, que empezó a crujir el primer círculo.

—La viuda de Landor nos ha invitado a almorzar mañana —dijo Kazbek—. Ha venido desde Llançá a su antigua casa, aquí al lado, en Sant Pere Pescador. Estamos a unos quince minutos en auto. Es increíble que hayas venido tantos años a veranear tan cerca de donde vivió Landor y no te hayas enterado nunca ni lo hayas visitado.

Me inquietó la invitación, Raulito, mejor dicho: la posibilidad de ese reencuentro. Kazbek me había contado que la viuda de Landor vivía más al norte de la Costa Brava y que en algún momento podíamos visitarla, pero yo me había olvidado del asunto, o había querido olvidarlo. Sí que me parecía una ironía haber estado tan cerca de ellos y no habernos cruzado nunca. O quién sabe, a lo mejor algún día ellos también estuvieron caminando por el paseo marítimo y no nos reconocimos. Ir a su casa sería como volver a verme con ese fantasma que había despertado Landor con su prohibición del rojo y que, paradójicamente, luego de su muerte, con los ensayitos de Kazbek, me estaba devolviendo las ganas de empezar nuevos cuadros, borronear algunas ideas. ¿Se acordaría Magdalena de aquel muchachito impertinente, tímido y torpe que había querido replicar a su marido en una conferencia que dio casi treinta años atrás? No se acordaría, pensé, no tenía de qué preocuparme. Pero me equivoqué, viejo, una vez más me equivoqué. No soy el único que tiene una memoria que es como un látigo súbito e impertinente. Tenía que haberle dicho que no a Kazbek. Intenté poner el reparo de que al día siguiente debía volver a Barcelona para terminar de hacer las maletas porque mi vuelo a Quito salía el viernes. Me dijo que no nos quedaríamos hasta muy tarde, que lo mejor sería ir sólo en su auto para que así Maggie no tuviera pretextos de retenerme más tiempo porque él marcharía a Gine-

bra a eso de las cuatro y tendría que pasarme dejando en el hotel. Habría sido mejor no ir, no tentar a fantasmas tan remotos. No me di cuenta, no podía saber en lo que me iba a meter, viejo. Le dije que sí y luego fuimos a almorzar a una de las terrazas que tienen los restaurantes de Sant Martí d'Empúries, el pueblito que está al final del paseo marítimo. Nos quedamos conversando hasta tarde, un almuerzo larguísimo, nos bebimos dos jarras de sangría. Kazbek se había quedado entusiasmado cuando le conté que en algún tramo entre Roses y Cadaqués, a lo mejor justo delante de donde estábamos comiendo, habían capturado a Cervantes cuando volvía de Nápoles y lo habían llevado a su cautiverio en Argel. Había notado a Kazbek un poco inquieto durante el almuerzo. La cereza que le di con la anécdota del escritor lo hizo hablar sin parar sobre el *Quijote*. En realidad, más que del *Quijote* habló de la vida de Cervantes, de Lope de Vega, del supuesto Avellaneda, luego saltó a Juan Montalvo y a la continuación que éste escribió del *Quijote*. Nunca termino de entender a los escritores, Raulito. Nosotros podemos pasar horas hablando de materiales y detalles de un cuadro, y ellos en cambio sólo hablan de chismes y anécdotas de escritores, como si los libros fueran un accidente y no lo esencial. Luego se puso a hablar de los lugares de la Costa Brava a donde habían ido actrices y directores de cine. Kazbek era un delirio de referencias, viejo, lo habrías enviado al carajo. Él había recorrido a pie un tramo del camino de ronda entre S'Agaró y Playa de Aro, porque allí transcurría una escena con James Mason y Ava Gardner en *Pandora y el holandés errante*, y ya se había hecho el propósito de recorrer toda la Costa Brava escribiendo sobre los distintos lugares de otras películas o historias. Pero nunca había ido a las ruinas de Empúries. La sangría le había soltado la lengua. Sería por la misma sangría o por la larga deriva quijotesca y cinéfila de Kazbek, o porque ya iban a ser las seis de la tarde, que me

empezó a dar somnolencia. Pagamos y remontamos el paseo marítimo para despejarnos.

Cuando llegamos al hotel quien se quedó dormido fue él y a mí, en cambio, se me fue el sueño. Me pasa siempre cuando voy a ese hotelito. Serán el calor y la proximidad del mar. No sufro por eso. Suelo salir a la terraza del hotel y me quedo sentado observando cómo se alarga la luz del día en el verano. Me he acostumbrado a tantas cosas en España, pero eso no deja de asombrarme. Son las siete o las ocho *de la tarde*, como dicen allá, quizá porque todavía hay sol. No van a decir las *ocho de la noche*. Así que estaba ahí sentado, escuchando el rumor de las olas y viendo cómo el cielo azul se adensaba. En esos momentos, Raulito, soy feliz. Sí, justo ahí, viejo. Sólo que en esta ocasión la presencia de Kazbek y la invitación para el día siguiente me provocaron un torbellino de imágenes y recuerdos. Algo me inquietaba también a mí. En dos días iba a venir para acá. Te volvería a ver, Raulito. Acaso esta vez sí estarías consciente, quizá podría hablar contigo como lo hacíamos siempre, contarte lo que me ha pasado con Tania y que he tratado de eludir, de rehuirle, de no querer aceptarlo, y sí, viejo, tener de alguna manera tu aprobación, saber que estás al tanto. No había manera, pensaba, no me dirías nada y yo hablaría durante horas, tal como lo estoy haciendo. Confiaba en que me escucharías, que algo te llegaría aunque no hicieras ni un gesto. Aunque no pueda tener todavía claro qué ocurrirá entre Tania y yo, quiero que sepas que no quiero hacerle daño, que debo resolver algunos pendientes, que luego de lo que ha pasado, de lo que pasó al día siguiente en Empúries con Kazbek, de lo que me ha contado la misma Tania, debe venir un remanso, un tiempo de calma para poner en orden las cosas. Allá, echado en la playa, pensé también en mi madre, que se murió con la angustia de saberme sin familia, en Rogelio, pensé incluso en mi propio viejo. Pero no quise seguir

en ese momento con esos recuerdos, a fin de cuentas en dos días vendría para acá y tendría tiempo para darle mil vueltas. Miré la bóveda del cielo para despejar las ideas, un poco con la disciplina de hacer limpieza y poner la mente en blanco, y lo que tenía era un vastísimo azul. No había ni una sola nube. Pensé en los cuadros que quería pintar, quería remover por dentro para ver a dónde dirigir mi trabajo. Sólo que el cielo no estaba del todo despejado, lo atravesaba a unos diez mil metros de altura un avión que trazaba lentamente, detrás suyo, una línea blanca. Era el puro escombro contaminado del mundo que estamos arruinando, viejo, nada romántica la vaina. Visto desde tan lejos como yo lo veía, en lo que menos pensaba era en eso, sino en la línea rotunda y blanca que dejaba el avión sobre el fondo del cielo. Había visto la misma escena, muchas veces, desde el balcón de mi departamento en Barcelona. De hecho, el cielo se pasa trenzado de rayas blancas en constante difuminación y hasta puedo ver los aviones que bajan para aterrizar en el aeropuerto del Prat, uno cada dos minutos. Será por eso que ya no me llama la atención. Sólo que allí, en la playa, luego de que el avión se había marchado, la estela se empezó a ensanchar, disipándose. Ganó en anchura y empezó a adquirir los tonos anaranjados, rosados y grises del sol en el ocaso, que en ese mismo momento no se puede ver de frente. La playita de Portitxol mira hacia el este, su espectáculo es el amanecer. Sólo las nubes, o en ese momento la estela blanca del avión, pueden recoger los últimos efectos de luz.

Me eché sobre la arena y creo que ya ni escuchaba el rumor del mar ni de las familias que guardaban esteras y sombrillas para volver a casa. Me quedé sordo, viejo, mientras veía límpiamente el cielo atravesado por la estela blanca que mutaba de color. Cerré los ojos, y como cuando has recibido un *flash* y los cierras y sigues viendo la luz, así seguía yo, como si la línea blan-

ca no se hubiera desvanecido. Me sentí solo, Raulito, pero me sentía tranquilo. Quizá yo necesitaba hacer lo que había hecho ese avión con su estela: rayar mis lienzos rojos, trazar una línea blanca en algún sitio, como un rastro o huella, hendir esa oscuridad roja que había borrado las otras figuras del mundo que yo no quería reproducir figurativamente, de manera realista. Seguí con los ojos cerrados e iba desplazando en mi mente todos los lienzos rojos que había pintado como si estuvieran *en blanco* pero *en rojo*. Cómo decirlo: no vacíos, porque están cubiertos de rojo, sino disponibles como un lienzo en blanco. Me trabo, viejo. Es absurdo que quiera explicarlo. Tú ya me entenderías si pudieras escucharme. No sé cuánto tiempo pasé así. De pronto me llegaron murmullos y ruidos, nuevamente el rumor de las olas y el otro rumor, el de las fiestas nocturnas de verano en L'Escala, o de las parejas o grupos de amigos que conversaban cada vez más alto y más cerca.

Abrí los ojos y era de noche. Me había quedado dormido. Eran las once de la noche. Volví al hotel por si Kazbek tenía ganas de cenar algo. Seguía dormido profundamente, sin el menor asomo de que se fuera a despertar. Como tenía calor y un poco de arena, volví a la playa y me metí al agua. Me debí quedar nadando una hora más. Fue una limpieza completa, viejo, y un placer la noche estrellada y la luna irisando el oleaje del mar. Algo había cambiado, no sabía qué, tuve esa sensación. Debía ser la una o las dos de la mañana cuando volví a mi habitación y me quedé finalmente dormido.

Cuando me desperté, bastante tarde, no vi a Kazbek en su cama. Me dejó una nota en la que decía que se había marchado a nadar y que me daría alcance en el desayuno. Cuando bajé a desayunar no lo encontré y no llegó en ningún momento. No se me había ocurrido llamarlo al celular. Bajé a la playa y lo llamé. Sonaba ocupado. Estaba en eso cuando lo vi venir por el paseo maríti-

mo hablando precisamente por el celular. Me reconoció, me hizo un saludo y que esperara un ratito. Siguió con su llamada, dando vueltas y más vueltas en círculos. Cuando terminó se acercó y se disculpó. Hablaba atropelladamente. Se había ido caminando hasta el muelle griego y luego se fue a tomar un café a Sant Martí. Es una maravilla nadar aquí, dijo. Seguía inquieto, pensé que seguramente había estado hablando con su novia en Suiza y a lo mejor discutieron. Le pregunté cómo estaba ella y no entendió mi pregunta. Luego me dijo que sí, que estaba bien, y empezó a explicarme algo que ya me había dicho un mes atrás, que ella había conseguido por su hermana un trabajo en Ginebra y que posiblemente se quedaría a vivir allá. Eso le permitiría tenerla más cerca, relativamente, dijo, y que ahora su dilema era saber cuánto tiempo más estaría en ese ir y volver permanente a Ginebra, hasta ver cómo avanzaba la relación. No se imaginaba viviendo en Ginebra, pero tampoco tenía claro si ella se trasladaría a Barcelona. Bienvenido al Club del Vaivén, le dije pensando en Tania, y sólo entonces sonrió un poco. Volvimos al hotel, le pedí que me dejara leer de nuevo la segunda parte de su ensayo sobre Landor porque yo quería marcarle algunas observaciones, así que volvimos al hotel y nos quedamos un par de horas conversando sobre el ensayito. Le expliqué, sin ánimo de herirlo ni desanimarlo, que su ensayo completo enfatizaba demasiado en anécdotas literarias y no entraba en problemas de pintura, que no estaría mal que ahondara en cuestiones técnicas. Asintió, dijo que lo sospechaba, y me hizo preguntas sobre aspectos técnicos, que apuntó en el reverso de las páginas de su escrito. También le dije que su ensayo me había animado mucho para nuevos proyectos. Eso lo sorprendió y lo alegró. Cuando terminamos de trabajar, era la una y media y debíamos ir al almuerzo a la casa de su amiga.

Fuimos en su auto, como me había dicho, para que luego no me retuvieran. La casa quedaba un poco apartada. Cuando lle-

gamos a Sant Pere Pescador nos alejamos por una carretera polvorienta flanqueada de arbolitos. Pasamos al lado de una masía abandonada y cien metros más adelante se alzaba la casa, en la que destacaba una torre con un reloj de sol. Había cuatro autos aparcados. No íbamos a ser solamente nosotros tres. Cuando bajamos, miré hacia el reloj de sol. No sé cómo se lee la hora en esos relojes, pero sí pude leer claramente la inscripción esgrafiada que estaba debajo: *Favet Neptunus Eunti*.

—Álvaro conoció a su marido —le dijo Kazbek a Magdalena—. Lo escuchó en una conferencia en Quito. ¿En qué año fue, Álvaro? ¿1979?

Quería matarlo, Raulito. Kazbek seguía metiéndome en camisas de once varas cuando yo quería entrar en esa casa de puntillas, tener tiempo para ver cómo había cambiado esa mujer que me había mirado con ojos tan amables, sentir cómo el tiempo nos jugaba una más de sus perversas tretas, y de pronto Kazbek me daba un empujón directamente al vacío. Magdalena había envejecido, por supuesto. Para empezar, no quedaba casi nada del largo pelo con ese brillo dorado de jarabe de maíz que contrastaba con el negro cuello de tortuga del suéter, tal como la recordaba. Ahora vestía toda de blanco, con una ancha falda ceñida por un cinturón marrón apoyado en sus gruesas caderas. Llevaba la nuca descubierta y en la coronilla el pelo castaño entreverado con mechas de canas. Dos aretes de argolla de oro blanco alargaban todavía más el cuello desnudo y arrugado. Fue como ver a la madre de la mujer que yo había conocido. Sólo los ojos, esos grandes ojos que atenuaban sus rasgos y hasta el entorno con una suave irradiación de fondo marino, verde y acuosa, seguían siendo los mismos, risueños y pícaros, centrados en una fijeza seductora y, al mismo tiempo, benevolente con la pasión que ya no podrían devolver, como si dieran a entender que el mundo, a pesar de esfuerzos y locuras, no da espacio sufi-

ciente a todas sus posibilidades, pero al menos concede la oportunidad de habernos conocido. Pensé, Raulito, que treinta años atrás, cuando yo busqué en los ojos de Magdalena una forma de comprensión, lo que encontré fue una mujer en su plenitud, y ahora, en cambio, cuando esa plenitud se había desvanecido, la comprensión que quedaba era más intensa todavía.

—¿Ah, sí? En un ratito me lo contás en detalle —dijo Magdalena mirándolos a los dos, y posando suavemente sus manos en sus hombros—. Primero pasemos a la terraza que les quiero presentar a unos amigos y que tomen algo. Está haciendo mucho calor.

—Sólo un detalle, Maggie —dijo Kazbek—. Tendremos que irnos a las cuatro. Álvaro vuelve a Barcelona y yo marcho para Ginebra.

—No se preocupen —dijo Magdalena—. Willie se comerá sus postres.

Salimos al jardín. Aunque corría brisa, el ambiente parecía detenido en el tiempo. El césped del jardín y las macetas estaban ligeramente descuidadas, como si las regaran ocasionalmente, pobladas de hierbas que colonizaban las flores. Incluso de las lajas del muro medianero asomaban más hierbajos alrededor de macetas colgantes de petunias lilas y moradas. Apegada al muro, había una mesa galvanizada con cuatro macetas de bonsáis. Lo que realmente presidía el recinto era un limonero. Estaba cargado de limones que brillaban bajo el sol junto a otros limones semiocultos en medio del espesor de las hojas verdes. El juego de luces y sombras variaba la tonalidad de los limones. El limonero daba un aroma fragante al jardín. Debajo, desteñida por el sol y con algunas roturas, una tumbona estaba apoyada contra el tronco. Kazbek me hizo una seña y me dijo que era donde Landor solía ponerse a pintar y se daba largas siestas durante el otoño y el verano. Se percibía que ya nadie vivía allí. Kazbek me había contado

que la casa se le venía encima a Magdalena luego de la muerte de su marido, pero la mantenía con el proyecto de convertirla en una fundación dedicada a la obra de él, y que iban a construir un museo concebido por el mismo Landor. Aún con ese aire de leve abandono, el jardín era acogedor. Los invitados conversaban echados sobre cojines en unos sillones de mimbre. Voltearon a vernos cuando Magdalena nos presentó. Mis dos amigos ecuatorianos, dijo. A quien reconocí de inmediato fue a Willie Greiner, el editor de los manuscritos de Landor, que estaba acompañado de su novia y una amiga de esta, una chica eslava o inglesa de veraneo en la Costa Brava, pensé en un primer momento viéndola tan bronceada, y que resultó ser mallorquina. Los tres estaban en un sofá. Frente a ellos, al otro lado de una mesita baja, un hombre mayor, de aspecto impecable, se reía hablando en susurros mientras le quitaba una pelusa del polo a un hombre más joven que él, sentado a su lado, y que parecía somnoliento, como si no le hiciera ningún caso. Luego de quitarle la pelusa, el hombre siguió alisando los pliegues del polo, nos vio de reojo, dio dos palmaditas en la pechera de su amigo y volteó hacia nosotros.

—Gringo —le dijo Magdalena—. ¿Hace tiempo que no vas por Ecuador, no?

—Una eternidad —dijo, y mirando a Álvaro agregó: —. ¿Viven allá?

Magdalena sólo lo había presentado como Gringo, sin pronunciar su nombre. Kazbek respondió que no, que él tenía dos años en Barcelona y yo media vida.

—Les puedo ofrecer vino blanco, gin tonic, vodka, zumo de piña… —dijo Magdalena—. ¿Qué quieren tomar?

Kazbek pidió una cerveza y yo una copa de vino blanco. Willie se levantó de inmediato para servir las bebidas. Magdalena le hizo un gesto ligero con la mano, ya se encargaba ella. Se acercó al carrito de las bebidas. Sacó una botella de cerveza de la

heladera que estaba en la mesita, cogió un destapador del carrito de las bebidas y se los entregó a Kazbek.

—Soy mala abriendo botellas —le dijo, y luego se dirigió a Álvaro—. Aquí hay vino blanco. Tengo en la nevera un Crémant de Burdeos bien frío, por si te apetece. Yo quiero tomar una copa antes de la comida, pero nadie me sigue la corriente.

—*Cal prendre el cava amb les postres* —dijo la mallorquina.

—No siempre, querida —dijo Magdalena—. Sienta estupendo como aperitivo. Y a mí me cae fatal con los postres.

—El crémant no es un cava —dijo Álvaro.

—Es mucho mejor que el cava, menos burbujeante, más reposado —dijo Magdalena—. Ahora me querrán desterrar de Cataluña.

—No exageres, Maggie —dijo la novia de Willie.

—No exagero —dijo Magdalena—. Siempre me quieren desterrar de aquí. No bebo cava. No me gustan el jamón serrano ni las setas. Dalí me parece un bluf. No soporto a los nacionalistas catalanes. Y ya ni hablo como argentina. Tengo todas las de perder, encanto.

—Yo me apunto al crémant —dijo Álvaro.

—Yo también —dijo Willie.

—Por fin dos cómplices —dijo Magdalena—. ¿Vos no querés algo más, Gringo?

El hombre meneó la cabeza para indicar que estaba bien y que en la mesita del centro todavía le quedaba bebida en su copa, un gin tonic en el que se deshacía una rodaja de limón.

— ¿Y tú, Pascal?

—*Oui* —dijo el hombre joven despertando de su somnolencia—. Otra cerveza. Me sirvo yo mismo.

Magdalena me pidió que la acompañara a la cocina. Sacó la botella de crémant de la nevera y se la pedí para abrirla. Me costaba, viejo, ese corcho estaba firmemente encajado.

—Disculpá que todo esté como en un campamento —dijo Magdalena, empezando a tutear a Álvaro—. No vivo aquí hace mucho y vengo poco. Sólo Willie viene a trabajar cada día. Es una joya con los archivos de mi marido, pero no tiene la menor mano para el jardín.

Finalmente destapé la botella, Raulito. Fue escuchar cómo sonó el gas de la botella para darme cuenta de dónde conocía al Gringo. Lo había visto donde tu tío Strudel, una vez, mil años atrás, y también le decían *gringo*. Bueno, tú mismo llamabas gringos a todos los extranjeros, Raulito. O quizá se le parecía, pensé, pasaba tanta gente por el local de tu tío que no me fiaba de mi memoria. No podía ser que allí, tan lejos, luego de tanto tiempo. Entonces pensé: ¿será que los únicos círculos que se cierran son los infernales? Pero ahora algo se cerraba.

Serví el crémant en la copa de Magdalena, la de Willie y la mía. Volvimos a la terraza. Ella no tenía ninguna prisa, como si quisiera conversar un momento a solas conmigo. Obviamente no iba a conversar conmigo a solas, no todavía, era muy pronto. Hablaría delante de los demás para seguirnos introduciendo en el grupo, que parecía conocerse hace tiempo. Kazbek le contaba a Willie que había terminado su ensayo sobre Landor y que le gustaría dárselo para que lo leyera. La novia de Willie y la mallorquina escuchaban la conversación mientras esta balanceaba una pierna sobre la otra. El Gringo parecía haber olvidado que yo estaba allí, más preocupado en que Pascal no le prestara la atención que él esperaba por escuchar lo que decía Kazbek. Magdalena daba lentos sorbos a su copa, mirando el limonero. Quizá ella también se acordaba de la vez que me había visto.

—Estuvimos varias veces en Ecuador. Teníamos… Tengo allí a un viejo amigo en común —dijo Magdalena señalando a Kazbek con la copa—. Seguramente estuvimos en Quito en 1979 porque, si mal no recuerdo, había terminado la dictadura

militar… ¿Cómo era el apodo de ese general que estuvo antes del Triunvirato?

—*Bombita* —dijo Álvaro.

—Ése —dijo Magdalena—. Kurt daba conferencias por todas partes y teníamos siempre el pretexto de reunirnos con Peer y con otro viejo amigo checo, que lo llevó a Ecuador.

—Parece que fue una conferencia muy especial —dijo Kazbek.

Seguía machacando el tema, no había cómo pararlo. Tuve que contarles que Landor había prohibido usar el rojo para pintar un pedazo de carne todavía fresca. Willie se interesó porque no recordaba haber leído en ninguno de los apuntes de Landor esa fórmula. Magdalena me empezó a mirar con curiosidad, a la espera de más pistas. Por un momento me pareció que se estaba transformando, como si se le hubiera despertado desde adentro una especie de chispa juvenil, traviesa, que borbotearía en algún comentario.

—La conferencia se titulaba *Los cuerpos inertes en la técnica al óleo* —dijo Álvaro—. Su marido habló de Rembrandt, de Zurbarán, de Simonet. Habló de los colores que se necesitan para pintar un pedazo de carne en un bodegón o colgado de un gancho de carnicería.

—¿Recuerdas qué colores eran? —preguntó Willie.

No podía quedarme callado. Tomé un sorbo del crémant, que efectivamente estaba bien frío, y hablé, viejo, como te hablo a ti ahora.

—Eran seis —dijo Álvaro—. Púrpura, blanco, siena natural, gris, azul y amarillo de Nápoles. Pero nunca rojo. Lo repitió tres veces. Nunca, nunca, nunca. Incluso se trabó en un momento porque no encontraba una palabra para traducir la que dijo en alemán. Esa sí que no la recuerdo. Usted estaba allí Magdalena y la tradujo. Sí recuerdo su traducción: *Inminencia*.

—¡Pero eso fue en 1979! —dijo Willie, boquiabierto—. ¡Hace veintinueve años!

Magdalena no se movía de su sitio, viejo, y ahí me dije que sí, que se debía acordar, que no se le podía haber borrado por más que hubiera pasado tanto tiempo, porque volví a sentir en su mirada esa profunda comprensión que había visto en ella al final de la conferencia de Landor, y que volvía intacta, imperecedera, igual de radiante, como si me hubiera estado esperando todos esos años, viejo, como si mi vida hubiera sido un paréntesis demasiado arduo pero también demasiado veloz que finalmente se cerraba, volviendo al origen, como tú habías dicho. No esperaba que ella dijera nada. A fin de cuentas, ¿qué podía hacer más que quedarse desarmada ante el recuerdo de un desconocido? Otra vez me equivocaba, viejo, una vez más.

—Fue la época de Chardin —Magdalena parpadeó, bebió un sorbo de su copa y habló sin que se alterara el tono de su voz—. Quiero decir que fue cuando estaba fascinando por el pintor francés. Le había dado uno de sus furores de turno. Se podía pasar semanas o meses hablando de Chardin o del que tocara en ese momento y luego los olvidaba, como si hubiera absorbido o entrado en posesión del pintor. Salvo con Durero y Van Eyck. Eran los únicos de quienes nunca se cansaba… Perdón que haya dado un rodeo. Me acordé cuando dijiste lo de inminencia. Chardin era la «inminencia absoluta», decía Kurt.

Magdalena me empezó a tutear, así, de pronto, seguramente porque se había acordado de mí.

—Pero Landor no habló de Chardin —dijo Álvaro.

—Ni lo iba a hacer —sonrió Magdalena—. El muy pillo usaba en cada conferencia el impacto que le había producido el pintor de turno y se cuidaba mucho de no revelar la fuente que lo inspiraba. Te podía mencionar decenas de otros pintores que corroboraban lo que él sostenía. No era más que un

despiste. Siempre ocultaba su fuente. Yo se lo reprochaba, que así nadie podía *renvoyer l'ascenseur* con su propia obra, y él me decía que no era así, que no era una cuestión de plagio, sino de percepción. Que había sido él quien había *visto* y *sentido* tal o cual obra o pintor y que eso había removido su percepción y su reflexión. En esa época se la pasaba hablando de los bodegones de Chardin. Esos cuadritos sencillos y pequeñitos con teteras y cabezas de ajo, o copas y vasos de agua. Y de los retratos le gustaba *Bénédicité*. Todavía sigue una reproducción en su estudio, ¿no, Willie?

—Sí, Maggie. Allí está.

—Bueno —dijo Magdalena—. Estaba obsesionado con Chardin. Decía que lo hacía temblar ante la sensación de lo que debía haber ocurrido o iba a ocurrir.

Habló mucho, viejo, pero no se acordaba de mí, ni por asomo. Se acordaba de Landor, me quedaba claro, y la verdad que tampoco me importaba que se acordara de mí. Por suerte yo no le había contado a Kazbek que en esa conferencia interrumpí a Landor para reprocharle, tontamente, si no había visto cómo mataban animales en los camales o si había visto a un herido sangrando como para no usar el rojo. Eso no lo iba a sacar a colación. Era más importante lo que ella había explicado. Landor iba por otro lado y yo me había quedado en lo que él no quería tratar, lo evidente. Estábamos en dos coordenadas completamente distintas y yo había pretendido un cruce, un cortocircuito.

Kazbek volvió de nuevo al ataque y explicó que yo pintaba monocromías, y luego, no sé cómo, terminó diciendo que tú y yo eramos muy buenos amigos. Te coló repentinamente en la conversación, Raulito.

—¿Coloma? —dijo Magdalena—. ¿El de las *Inca Stones* y las piedras quebradas?

—Las cantuñas —dijo Kazbek.

—Un enigma —dijo Magdalena—. Creo que sos la primera persona que encuentro que lo ha conocido. No he leído ninguna entrevista suya, pero dicen que vive hace años en una especie de sanatorio. Hace unos cuatro años me pidieron de una revista japonesa una nota sobre la técnica de *kintsugi* utilizada por artistas occidentales. Tu amigo estaba incluido. No he vuelto a saber de sus obras desde hace unos años. ¿Está trabajando en algún proyecto?

Conté de tus primeras pruebas con las piedras, de los interiores de oro de la Iglesia de la Compañía que te habían inspirado, de los fondos que trabajamos juntos siguiendo a Brancusi, hasta conté de dónde habías tomado el nombre para tus piedras, la leyenda del pacto de Cantuña con el demonio. Les encantó lo que escucharon de ti, Raulito, como siempre, ya tenían ganas de venir a verte, de buscar tus cantuñas. Estaban fascinados contigo, viejo, se la pasaron hablando de tu trabajo, y fue un alivio no tener que entrar en el laberinto de reticencias o explicaciones cuando insistían en saber de mí, que por qué no exponía, que me podrían conseguir un buen galerista, que un marchante, que una participación en ferias o bienales. Y aquí sí, sólo en este punto, Kazbek se quedó callado.

—Ya no —dijo Álvaro—. Ha perdido la memoria y no reconoce a nadie. Ni siquiera puede hablar.

—Qué pena —dijo Magdalena, y lo repitió, sorprendida por la noticia—. Qué pena.

—No sabía que habías escrito sobre los *kintsugis* —dijo el Gringo—. Pensé que no te interesaba nada de los japoneses luego de que abandonaste estos pobres bonsáis.

—Vas a comer sushi, Gringo, así que no te quejés —dijo Magdalena—. Y a mis bonsáis vengo a verlos una vez por semana. Willie hace lo que puede. No están mal.

—Están hechos un desastre, querida —dijo el Gringo—. Otra cosa es que te recuerden a Kurt. Siempre te pasabas dis-

cutiendo con él por los bonsáis. En eso sí te di la razón. Nunca entendí por qué lo irritaban. Por muy genio y famoso que se haya vuelto, querida, no tenía la menor consideración hacia estos hermosos.

Entonces fue que no me aguanté, viejo, tenía que saber si lo había visto o no, si mi memoria me estaba haciendo una mala pasada. Le pregunté si él no había escuchado de Coloma, a lo mejor había visto alguna de sus esculturas en sus viajes.

—No lo recuerdo —dijo el Gringo—. Vi mucha pintura y compré algunas cosas de Guayasamín y por recomendación de Maggie un par de cuadros de Tábara. Creo que alguna vez fui a un barcito de artistas cubierto a tope de cuadros. Malos todos, eso sí.

—¿Por qué época fue? —preguntó Álvaro.

—Fines de los ochenta —dijo el Gringo—. ¿Cuándo fue lo de los Tábara, querida?

—Por esa época —dijo Magdalena—. O a inicios de los noventa. En realidad, no me acuerdo muy bien. No tengo una memoria tan buena como la de nuestro amigo.

—Entonces era el Woodstock —dijo Álvaro—. Lo llevaba el chino Villalba. Raulito no iba mucho, pero iba.

El hombre no me dijo nada, sino que giró hacia Magdalena:

—¿Ves, querida? —dijo—. A lo mejor tienes a dos testigos de tu artista.

El Gringo cogió su vaso de gin tonic con la intención de beberlo. Cuando vio que el hielo se había disuelto y la rodaja de limón flotaba deshecha, abandonó el vaso y se quejó:

—Me deshidrato —dijo—. ¿Pascal?

—*Oui* —dijo Pascal.

—¿Puedes prepararme otro *gin tonic*?

Pascal dio un breve bufido, hizo un mohín de pereza.

—Nadie los hace como tú, querido —dijo el Gringo.

—*Bien sûr* —dijo Pascal, y se levantó cogiendo el vaso.

Sonó una doble campanada lenta del timbre de la puerta. Magdalena se puso de pie para ir tras Pascal. Le indicó dónde había más hielo y que en la cocina encontraría más limones para cortar. Antes de salir, se dirigió a todos:

—Comemos en cinco minutos.

A la novia de Willie y a la mallorquina les dejó de interesar nuestra conversación y se levantaron tras Magdalena ofreciéndose a poner la mesa. Parecía que el tema no iba a prosperar, cuando Kazbek me sorprendió.

—Villalba fue un soplón de la CIA —dijo Kazbek—. Por él se descubrieron a decenas de subversivos en esa época. Muchos de ellos murieron por él. El Woodstock era una tapadera. Mejor dicho: una ratonera.

Me quedé de piedra, viejo, no tenía la menor idea de que Chiang Kai-shek se dedicara a eso. ¿Tú estabas al tanto? ¿Te lo olías, Raulito? ¿Por qué yo nunca me enteré? No dije nada en ese momento porque era demasiada coincidencia que yo conociera al chino Villalba, y además hiciera el ridículo de no estar al tanto.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le preguntó Álvaro a Kazbek.

—Están saliendo reportajes sobre la Comisión de la Paz —dijo Kazbek—. Con el escándalo, han desmontado parte del aparato de espionaje de los norteamericanos y muchas vainas más. Seguro que en Quito te encontrarás con el revuelo que se está armando: testimonios de torturados, juicios a militares y políticos, manifestaciones por todas partes.

Pero en Quito lo que me encontré, cuando llegué el viernes en la tarde, fue una tormenta del fin del mundo, raro para inicios de agosto una tormenta así. El avión daba vueltas y vueltas entre tanta montaña sin saber cuándo entrar al aeropuerto. Hasta que de pronto, como si hubiera visto un boquete, el avión se hundió en picado como si no quedara otra oportunidad y entonces sí,

ahí, aunque gris y mojada, fría bajo la lluvia, pero recogida en sí misma, apacible, más bien como vencida por el frío y la altura, se extendía finalmente Quito. Aliviado de dejar de dar tantas vueltas, pensando que nos íbamos a estrellar en la ladera de alguna montaña, tenía ganas de bajarme del avión y tocar tierra firme. Saldría del control de aduanas y vería de nuevo, entre el gentío que esperaba, a Tania y al Omoto, que de inmediato me quitaría las maletas de las manos para que abrazara a Tania. Sólo que esta vez no estaba el Omoto. Estaba Tania, extrañamente sombría, como si hubiera dormido mal, con el rostro fatigado a pesar de que me sonreía y tenía en los ojos la ilusión de verme de nuevo. Antes de que yo le dijera nada fue ella la que me sorprendió preguntándome si estaba bien, que tenía una cara de susto, que en qué estaba pensando. Yo me excusé diciéndole que el aterrizaje había sido una pesadilla, que desde que llegamos al sur de Colombia y durante todo el trayecto hasta Quito, la tormenta sacudió al avión como si quisiera revolvernos dentro.

—No sabía que tuvieron represión en Ecuador —dijo Willie—. Siempre lo asocié con las dictaduras de Chile, Argentina y Uruguay.

—En todas partes, Willie, es el deporte nacional de Sudamérica —dijo Magdalena asomada a la terraza con una bandeja de makis y sashimi—. Seguimos conversando en la mesa, queridos. Pasen, que está servido.

La lluvia aquí en Quito no amainaba, viejo, más bien parecía caer más fuerte, como si el mundo se viniera abajo en esa tormenta interminable. Tania y yo estábamos empapados cuando subimos al auto, y yo más por meter en la maletera mi equipaje, con las maletas siempre cargadas de regalos, tus cigarros, que ya ni fumas pero que te sigo trayendo por si acaso, los jamones para el Omoto, los aceites de oliva para Carmen, los libros y los jabones de fruta para Tania, y esta vez yo con mis acrílicos y los lien-

zos enrollados, a ver si me dejaba llevar, si pintaba, cargado de cosas para no pensar, para no seguir pensando en lo que había pasado. Me subí a mi asiento y dejé de pensar en todo cuando vi que Tania estaba allí, al volante, con el pelo mojado, tan turbada como yo, y al mismo tiempo contenta, como si no supiéramos qué hacer, mientras afuera seguía lloviendo, protegido nuestro pudor por la inagotable cortina del diluvio.

Cuando llegamos a mi departamento lo encontré limpio, con unas flores en la mesita del comedor. Y con la refrigeradora llena, dijo Tania, porque el Omoto había ido en la mañana y había dejado todo en orden. Lamentaba no poder ir a recogerme porque tenía un compromiso. Yo estaba cansado y aturdido. Me quedé viendo por la ventana del salón cómo llovía sobre los valles. Tania me preguntó si quería tomar un té o un café, que debía estar cansado luego de un vuelo tan largo, ¿son dos horas de Barcelona a Amsterdam, y diez de Amsterdam a Quito, no? Yo seguía observando las nubes negras y los relámpagos que cimbraban la noche, casi no tenía fuerza para hablar y estaba turbado por estar a solas con ella, percibiendo apenas el destello de su preocupación por haber averiguado lo que tomaba mi vuelo, como si también hubiera recorrido el mapa imaginando que me acercaba a ella. Si quieres me voy y te dejo dormir, dijo Tania, y repitió: debes estar cansado. Cansadísimo, le dije, pero no dormiré hasta que acá sea medianoche, porque si me duermo ahora me levantaré en la madrugada. Más bien me tomaría un whisky, le dije. Debe quedar del año pasado, dijo Tania, juraría que vi una botella en uno de estos cajones, espera que la busco. Si tienes que hacer tus cosas, le dije, no te preocupes, que ya tengo para distraerme deshaciendo las maletas y lo busco yo. Era como si nos rehuyéramos, como si necesitáramos la confirmación del otro de que no molestábamos. Tania levantó la botella y dos vasos, triunfante: Creo que hay hielo en la nevera. Volcó

los cubitos, cogió los dos vasos con una mano y con la otra la botella. No me imaginaba que ella tomaría un whisky. De hecho, bebió apenas unos sorbos, armándose de valor por acompañarme. Yo me tomé mi vaso y me di cuenta de que necesitaba hablarle, contarle lo que me venía carcomiendo, que no podía guardármelo más, ya ni sabía distinguir en qué día estábamos, ni qué hora era, todo revuelto por el viaje, el *jet lag*, la dichosa tormenta. A Tania le brillaban los ojos, como asustados, como sorprendida y muerta de la curiosidad al mismo tiempo, y al mismo tiempo como si ya supiera lo que yo iba a decir. Me sirvió otro whisky. Otro año más, ¿no?, dijo, y aquí estamos de nuevo, y ahí sí que me sentí culpable y desarmado, Raulito.

—Fue una mala época para tu país —dijo el Gringo, mientras recibía el gin tonic de manos de Pascal—. Había mucho dinero que había entrado por el petróleo y robaron que daba miedo. Y luego lo que dice Maggie, represión como en todas partes. Fue un infierno.

—Conoces muy bien Ecuador —dijo Abugatás.

—Algo —dijo el Gringo—. Dejé de ir hace mucho tiempo. Casi no me muevo de Suiza, salvo ahora que Pascal quiso venir a la Costa Brava y yo visitar a Maggie.

—También dejaste de comprar arte —dijo Magdalena—. Y no me hagás acordar del tiempo que hace que no venís a verme. Si no fuera por Art Basel y los seminarios en Lausanne, no te vería nunca, ingrato.

Afuera llovía y estábamos los dos solos. *Solitos*, habrías dicho tú, Raulito. Era absurdo seguir callando, hacer como que no nos dábamos por enterados. Yo quería contarle lo que había ocurrido, pero ella se me imponía allí a mi lado. Esperé mucho, viejo, créeme. Me lo negué, pero ya no podía hacerlo. Ella estaba ahí conmigo, no había un argumento más contudente e inevitable, no en ese momento.

—¿Para qué voy a comprar más obras de arte si no tengo dónde ponerlas, Maggie? —dijo el Gringo—. Pascal tiene copado el departamento con sus fotos. Ya no cabe un alfiler.

—Era un gran comprador de arte —dijo Magdalena a los demás—. Por eso nos conocimos. Todavía vivíamos en París, poco antes de venirnos para acá. ¿Te acordás, Gringo, del día que llegué a la imprenta de Milos y los encontré conversando?

—Cómo lo voy a olvidar, querida —dijo el Gringo.

—Cuando Milos me presentó, dijiste que yo era a quien buscabas, y a mí que habías conocido a mi padre en Buenos Aires, durante la dictadura de Onganía, y que querías consultarme sobre galerías de arte y algunos artistas alemanes y suizos, mi especialidad. ¡Cuánto tiempo!

Fue como un paréntesis, o más bien como si se quebrara el paréntesis en el que habíamos dejado en suspenso el acercarnos, y quedamos finalmente a la intemperie. Sentí que estaba solo y que, de pronto, ya no lo estaba, pero de inmediato, como si no tuviera tregua, de nuevo me volvía a sentir solo, como si al romperse esa distancia entre Tania y yo se hubieran abalanzado muchísimas cosas más que estuvieron retenidas. Hablé, hablé mucho, como si hubiera querido picar a punta de palabras los escrúpulos sobre lo que nos estaba pasando. Le conté lo que había ocurrido los dos últimos días, lo que pasó en ese almuerzo. No sólo fue por quebrar esa distancia, que quería ser vencida, entre Tania y yo y que nos ardía, sino porque no había podido hablar con nadie. Ella me miraba y me escuchaba, resuelta en sus ojos la comprensión, dispuesta a comprender incluso si le hablaba de abismos. Todo en ese almuerzo había sido rondar un abismo. Kazbek me dejó en el hotel y marchó de inmediato a Ginebra, disculpándose, aturdido también. Y luego yo tuve que dejar el hotel, volver a Barcelona, cerrar nuevas maletas. Casi no dormí esa noche y ya me tocaba salir de madrugada para tomar

el vuelo de las seis de la mañana. Sin parar, viejo, tres días sin parar, sin dejar de pensar, un infierno de diez horas de vuelo a solas conmigo mismo. Cuando ya no pude más, me encerré en el baño del avión y lloré, lloré como un pendejo, como un mariquita, habrías dicho tú. Me eché a llorar en ese cajoncito del baño a diez mil metros de altura. Lloré como un hombre, Raulito, como lloran los hombres, a solas, sin máscara, sin público, inútiles y derrotados, ridículos, sin esperanza. Y fue un alivio. Y aún así, no bastaba. Recuperada la cordura, tenía todavía que hablar.

—El sushi está buenísimo —dijo la chica mallorquina.

—Es de un japonés de Rosas —dijo Magdalena—. Yo ya no estoy para estos trotes de cocina. A veces voy a la lonja de Llançà, porque la tengo al lado, y compro atún fresco. Sólo hago sashimi. A menos que venga mi hijo. Él es un experto haciendo sushi. Aprendió de su padre. Saca su cuchillo de un solo filo, se pasa media hora afilando como un verdugo sin prisa y luego corta los trocitos de atún y de salmón. Con un cuchillo de esos nos podría cortar el cuello y seguiríamos hablando sin darnos cuenta.

¿Para qué debía ir yo a ese almuerzo?, quería preguntarle a Kazbek, pero estábamos en plena comida. Con que lo hubieran invitado a él habría sido más que suficiente, ¿no? ¿Por qué conmigo en la encerrona a ese tipo? ¿Para que no se sintiera sólo en el lío en el que había aceptado meterse, y de paso meterme a mí? ¿Para que yo corrobore sospechas? Claro, todo encajaba, en ese momento apenas lo intuí, por eso era que Kazbek había llamado sorpresivamente, por eso andaba inquieto, meras intuiciones, viejo. Empecé a mirar a Kazbek como pidiéndole que me aclarara el asunto, sólo que él, mientras comíamos, señaló con los palillos una bandejita que alternaba el atún rojo y el rosado salmón y empezó con una idea disparatada.

—Los veo —dijo Kazbek—. Y no sé por qué pienso en el retrato de Landor que le hizo a esa mujer, con los ojos de dos colores.

—La *Heterocromía de Dora Lerner* —dijo Willie.

—Sí —dijo Kazbek—. No sé dónde colocarla en mi ensayo. Algún lugar debe tener para que también la haya completado Landor luego de décadas y justo cuando estaba pintando *Waldig* y *Cielo de Empúries*. ¿Usted la conoció, Maggie? ¿Es cierto que fue novia de Peer? Cuando se lo he preguntado, siempre evita el tema.

—Era la hermana de Milos Lerner —dijo Magdalena—. Media hermana, en realidad. Fue una tragedia. Todo lo de Lerner ha sido una tragedia. Dora no estaba bien de la cabeza. Había sido modelo de Kurt en Dresde, una modelo única me decía él. Inmóvil como no volvió a encontrar a ninguna otra. Luego entendimos que estaba con depresión. Se quedaba volada durante horas. Se marchó a París a buscar a su medio hermano y luego Peer la siguió. Si no hubiera sido por ella, porque Peer luego invitó a Kurt para que fuera a visitarlo, mi marido se habría quedado en Alemania. Días después de que Kurt llegó a París levantaron el muro en Berlín. No habría podido salir. Dora se puso peor en París. Había intentado suicidarse. Milos la envió con Peer a una casita que tenía en la costa del Loira, y ya no volvió. Peer se descuidó una tarde y Dora aprovechó para lanzarse al mar, atada a unas piedras. Eso nunca te lo contará Peer. En esa época eran habituales esas historias porque París estaba llena de sobrevivientes y refugiados. Milos nunca se perdonó a sí mismo lo que le pasó a su hermana y creo que por eso se marchó a Ecuador, y de paso se llevó a Peer. Sólo que Peer sí volvió a la vida, y el pobre Milos, en cambio… Terminar asesinado por unos delincuentes, y a su edad, atado a una silla, solo, desangrándose…

Mejor no hablemos del tema. Ese cuadro de Dora Lerner me trae malos recuerdos. A veces quisiera destruirlo.

¿Cómo supiste su nombre?, me preguntó Tania. Yo le conté que lo supe luego de que terminamos el almuerzo, cuando salimos en el auto de Kazbek, apenas Magdalena había cerrado la puerta de su casa. Yo temblaba, Raulito.

—Se nos ha hecho tarde, Magdalena —dijo Kazbek—. Todavía tengo que dejar a Álvaro y tengo varias horas hasta Ginebra.

—¿A Ginebra? —comentó el Gringo—. Buen viaje te espera.

—Lo espera su novia —dijo Magdalena—. Quizá pueden verse allá contigo, Gringo. ¿Cuándo volvés?

Mi madre sospechaba de lo nuestro hace tiempo, aunque no hubiera pasado nada. Tuve que contárselo, Álvaro, tarde o temprano iba a salir el tema. Mi madre insistía tanto, me dijo lo que yo sabía que me iba a decir, que nos separan tantos años, que no vives aquí, aunque vengas siempre, que a Raulito no le habría gustado que pasara algo entre nosotros. Le dije que eso no podía saberlo, que yo ya no soy una niña. Pero ella no me escuchaba. Me dijo que tú tampoco debías estar bien, que lo de tu hermano era una lápida para ti, que estábamos demasiado cerca sin saberlo.

Creo que ahí me erguí en el sofá, Raulito, y me separé suavemente de ella. ¿A qué te refieres?, le pregunté a Tania. Y me contó quién era el Gringo, si es que era el mismo tipo, si no había una confusión de por medio, pero debía ser él, sin duda, las pocas cartas que había recibido su madre estaban firmadas simplemente por el Gringo. Me daba vueltas la cabeza, viejo, quise recordar segundo a segundo lo que había pasado, ver si todo encajaba.

—Nos iremos cuando Pascal se canse de la playa —dijo el Gringo—. Yo por mí me volvería mañana. Esto revienta de turistas.

—Que Pascal se quede todo el tiempo que quiera —dijo Magdalena—. Si no es por él, no me visitabas en años. Estás peor que una viejita ginebrina que le tiene terror a salir de su barrio. Después de los postres nos iremos a dar una vuelta por Cadaqués y podemos cenar allá.

—Como quieran —dijo el Gringo.

Nos despedimos. Fue así, tal cual, Raulito: Magdalena me dijo que la podía visitar en Llançà y sólo en ese momento me dijo que tenía curiosidad por ver mis monocromías. Le dije que cuando ella quisiera, a mi vuelta de Quito, a partir de las primeras semanas de septiembre. Casi me olvidaba de preguntarle por los cuadros de *Waldig*, si era posible verlos. Magdalena dijo que no estaban allí, que se los habían llevado para una exposición en Bilbao, pero que cuando nos reuniéramos en septiembre, ya estarían de vuelta. Fue extraño que Kazbek no se despidiera más que de Willie, de su novia y la chica mallorquina. Levantó la mano saludando al Gringo y a Pascal, y le dio un par de besos a Magdalena.

—Peer me dijo que está por salir tu librito sobre sus *bichos* —dijo Magdalena a Kazbek—. Espero un ejemplar, querido.

—Lo tendrá, Maggie. Prometido.

Yo sí estreché la mano del Gringo y de su pareja. El Gringo no me dijo nada. Se me quedó viendo, como si algo se hubiera interrumpido. No me preguntes qué, viejo. Fue así, como si algo se cortara en ese instante.

Cuando estábamos en el auto y Magdalena nos saludaba desde la puerta de su casa, le dije a Kazbek que todo había sido muy raro. No me dijo nada. Arrancó el auto. Sudaba. Pensé que quizás era porque el auto había estado con las puertas cerradas y seguía caliente por el sol del verano. Nos alejamos de la casa y él seguía mirando por el retrovisor como para ver si Magdalena ya había cerrado la puerta.

—¿Qué ves? —le dijo Álvaro.

—¿Magdalena ya entró? —preguntó Kazbek.

Volteé a mirar y en efecto, la puerta estaba cerrada.

—¿Qué pasa, flaco? —dijo Álvaro.

Kazbek no decía palabra. Pasamos junto a la masía abandonada y vi un par de autos estacionados detrás. No estaban cuando habíamos llegado. Los ocupantes podían haberse bajado para entrar a la masía, sólo que seguían sentados dentro. Había cuatro tipos en cada uno. Ocho en total, creí ver. Kazbek los pasó y de inmediato se hizo a un lado, detuvo el auto y me miró y me dijo: Discúlpame, Álvaro. Yo podía escuchar cómo se abría la puerta de uno de los autos y bajaba uno de los ocupantes. ¿Qué pasa, flaco?, le pregunté.

—Quizá no debí pedirte que vinieras —dijo Kazbek—. Era un compromiso, un favor que me pidió.

—No entiendo, flaco, explícate.

Kazbek seguía sudando cuando vi que uno de esos hombres, el que había bajado del auto, se acercaba. Llevaba gafas oscuras. Se inclinó a la ventana de Kazbek para saludar.

Lo reconocí cuando se quitó las gafas.

No lo había visto hacía tanto tiempo. Seguía idéntico, con el rostro impasible, con canas en las sienes y con arrugas, pero completamente reconocible, con la misma mirada fija y turbia que había tenido cuando lo conocí en el departamento de Biscay en la avenida Foch.

—¿Cómo está, Álvaro? —dijo Dacal—. Media vida que no nos veíamos.

El nombre clave del Gringo era Taltibio, me explicó Tania, y lo conocían como Thomas Markai, pero ya nadie puede asegurar nada. Sólo ahora que me lo dices he caído en la cuenta. No puede ser otro. Era él.

—Magdalena le dice gringo —explicó Kazbek a Dacal con un hilo de voz— y su pareja es un francés o suizo que se llama

Pascal. Creo que luego de la comida van a ir a pasear a Cadaqués. También están Willie, su novia y una amiga de esta.

—Es él —dijo Dacal.

Y dirigiéndose a Álvaro:

—Lamento que lo hayamos metido en esto. Era la única manera de comprobar que Markai estaba aquí. A lo mejor hasta podríamos averiguar sobre el paradero de su hermano. Espero verlo en Barcelona.

—¿Le pasará algo a Magdalena? —preguntó Kazbek.

—No —dijo Dacal—. Esperaremos a que salga cada uno en su auto.

Ni siquiera pude abrir la boca, viejo. Kazbek arrancó y nos quedamos un buen rato callados. Hasta que él me volvió a pedir disculpas. Le di una puteada como no había hecho con nadie, que por qué me había metido en una vaina policial, que me interesaban un comino las cuestiones políticas.

—Pensé en tu hermano —dijo Kazbek agarrado al volante, sudando, mientras se acercaba al hotel—. Cuando Dacal me dijo que Markai pudo haber tenido contacto con tu hermano, pensé que valía la pena intentarlo. Pero no podía decirte nada. Dacal dijo que había que corroborar que estaba aquí. Como viste, Markai estuvo en Ecuador en esa época.

Aún sabiendo de la ubicuidad de Dacal, de su extraña aparición en el departamento de Biscay cuando pasó lo de Nassib Bitar y cuando Rogelio dio las últimas señales de vida, le pregunté a Kazbek qué tenía que ver Dacal con Markai.

—Yo tampoco lo sé muy bien —dijo—. Dacal siempre ha sido un misterio para mí. A fin de cuentas, no hemos hecho nada. Lo hará Dacal.

—¡Hemos hecho todo! —dijo Álvaro—. ¡Todo, maldita sea!... ¿Qué más sabes que no me has contado?

—Según Dacal —dijo Kazbek, que paró el auto por los nervios que tenía—, Markai es un internacionalista que trabajaba para los cubanos y para más gente como agente doble. Saboteó a la guerrilla ecuatoriana y colombiana cuando se le estaban yendo de las manos a Fidel Castro por las directrices de los colombianos, que andaban en una onda muy distinta. Todos terminaron muertos o disueltos. Y por medio está el asunto del secuestro y la muerte de Bitar. Yo me acordé de mi amigo Zamir, el sobrino de Bitar. Me acordé de ti. Pensé que había que hacer algo. Dacal me lo pidió como un favor. No podía negarme.

—¿Eso es todo? —dijo Álvaro—. ¿No hay nada más?

Tania me dijo que no era sólo eso. El gringo Markai había reclutado a Laura cuando tenía diecinueve años. Tenía todo un grupo de mujeres operando en América Latina, que él mismo reclutaba, entrenaba y dirigía. Informantes, infiltradas, unas activas y otras dormidas, a la espera, dijo Tania, como había hecho con mi madre enviándola a la selva. Sólo que ella siguió viéndose con sus antiguos camaradas, ya te lo contaré con detalles en algún momento, Álvaro. ¿Y esto lo contaste también en la Comisión de la Paz? ¿Lo sabe todo el mundo menos yo? No lo sabe nadie, Álvaro, es lo único que mi madre me prohibió contar. Ella quedaría como una delatora y dice que ya pagó su culpa, enterrada en la selva. ¿Si hacen hablar a Markai puede ser que salga a la luz?, preguntó Tania. ¿Perseguirán a mi madre? Le dije que no lo sabía, que quizá no, porque ahora ella era la intocable con la Comisión de la Paz. Se lo dije para que no se preocupara, Raulito, aunque no tengo ninguna certeza, salvo la brecha que Kazbek abrió con lo que me dijo cuando yo me iba a bajar de su auto.

—Algo se sabrá de tu hermano —dijo Kazbek.

La lluvia amainaba, viejo, el mundo se apaciguaba después de la tormenta y de todo lo que le había contado a Tania. Ella

me decía que debía calmarme un poco mientras me acariciaba la cabeza. No sé cuánto tiempo pasó, no sé cuántos whiskies me tomé. No pienses más, dijo Tania, ya no podemos hacer nada y ya no dejaremos que otros decidan lo que hacemos.

Me recosté sobre su hombro. Ella me seguía acariciando la cabeza. Quería dormir, Raulito, descansar, ya me despertaría al día siguiente como quien sale de un mal sueño, te vendría a ver para contarte lo que había pasado, que siempre tuviste razón y que los círculos, no como creemos, nunca como quisiéramos, tarde o temprano, se cierran. Pero resulta que los círculos no se cierran nunca, Raulito, sólo recomienzan, y ya no sé hacia dónde van.

5

Salen del avión y sienten el golpe de calor. La vaharada se filtra por los intersticios del túnel de desembarco adosado a la puerta del avión. Es un instante, hasta que llegan al interior del aeropuerto con la temperatura regulada. En la puerta de salida los espera Tuong, vestido con una guayabera que le quita la apariencia de mayordomo rígido y hierático. Álvaro ahora sí lo encuentra viejo. Sin embargo, se lo ve feliz. Le toma unos minutos entenderlo, hasta cuando salen del terminal rumbo al parqueadero descubierto, saturado de sol, y el calor los envuelve y ciñe apretándoles la ropa todavía impregnada del frío andino. Tuong, en cambio, no parece ajeno al clima y la humedad, como si estos lo devolvieran, con su ligera guayabera de algodón, a esa libertad de piel desceñida, aireada y flotante que seguramente tuvo durante su infancia en Tailandia. ¿Qué historias tendría Tuong? Nunca se lo había preguntado a Biscay. Al lado de ellos, mientras arrastra los maletines con ruedas que les ha quitado de las manos sin apelación, parece un viejo señor de la Costa: pómulos cobrizos, ojos rasgados, pupilas negras y turbias, auroleadas de amarillo, pelo lacio y sedoso, aunque Tuong se deja canas en la sien. Recuerda la teoría de Paul Rivet de que los antepasados de los pueblos de la costa emigraron desde Oriente por Siberia, atravesaron el estrecho de Bering y bajaron a lo largo de los siglos por las costas americanas del Pacífico. Álvaro también recuerda los mapas que su

padre recorría dando pasos de gigante con sus dos dedos, pero Tania le agarra la mano. Qué calor, ¿no?, dice ella. JeanLouis Biscay está sentado en el asiento delantero, con las ventanas cerradas y el aire acondicionado encendido. Mira fijamente hacia delante, ensimismado. Ni siquiera reacciona cuando Tuong abre el maletero para dejar el equipaje. Álvaro se acerca a la ventana del asiento delantero y toca el vidrio con los nudillos. Biscay parpadea como si saliera de su trance, quiebra la boca con un conato de sonrisa y menea ligeramente la cabeza. Con la mano le indica que suba atrás. Una vez que han entrado, voltea ligeramente la cabeza y les dice que lo disculpen por no bajar a saludarlos en ese momento porque el calor lo aturde de una manera, y enfatiza acentuando las sílabas, *inimaginable*. Mira de reojo a Tania, se vuelve a acomodar mirando al frente, y, sin ninguna transición, como si ella no estuviera allí, le dice a Álvaro que ella es mucho más guapa de lo que había supuesto y que habría sido imperdonable no conocerla.

Tania alza las cejas y mira a Álvaro. Él abre la palma de su mano señalando el asiento de Biscay como diciéndole aquí lo tienes, en persona. Por supuesto, añade Biscay, no los he invitado para torturarlos con este calor infame y este aire acondicionado también infame. El paseo a la isla Puná nos dejará disfrutar el calor en su entorno natural, es decir, refrescado por la brisa marina, y no en esta barbarie de ciudad y tráfico en que se ha convertido Guayaquil. Pero primero vamos a casa para que dejen el equipaje y se cambien. Estamos justos de tiempo. El *Discovery* sale a las diez de la mañana. Y almorzaremos temprano en Puná, que lo puneños comen a la misma hora que los franceses, si no le importa a Tania, y supongo que tú no habrás adquirido la horrenda costumbre española de comer tan tarde. *Pas du tout*, dice Álvaro. Excelente, dice Biscay, entonces vámonos de este infierno, Tuong.

Biscay tiene un departamento en el último piso de un edificio en el malecón del Guayas. Cuando están por llegar, pasan delante de un palacio con cúpulas plateadas y paredes grises, estilo renacentista. Tania lo observa mientras se detienen en un semáforo. Sólo conocía el municipio en fotos, dice. Biscay se voltea de nuevo hacia atrás, alzando una ceja. ¿Nunca lo habías visto? Es la primera vez que vengo a Guayaquil, dice Tania, una tía abuela era de aquí. Murió muy joven. Nunca la conocí. Era la madre de mi tío Raúl, dice mirando a Álvaro. Hiciste bien, dice Biscay, si no tienes a nadie que te sepa mostrar esta ciudad, no vas a entender nada. Siempre me pareció fuera de sitio que hubiera aquí un edificio como ése, dice Tania, y posando el dedo en un punto de la ventana señala hacia lo alto: esas esculturas de allá arriba, ¿son cóndores? ¿Cóndores en la costa? Horroroso, ¿verdad?, dice Biscay, no recuerdo el nombre del que diseñó la idea de los cóndores. Los planos del Palacio Municipal los hizo un italiano, Francesco Maccaferri, que no tenía la menor idea de cómo era esta ciudad, los hizo para un concurso cuando vivía en Italia. Tania lo interrumpe, entusiasmada: como la escalera que está al pie de la Iglesia de San Francisco, dice, la diseñó un arquitecto italiano del Renacimiento, pero nunca se construyó allá, sino en Quito. Cuéntale, Álvaro.

Pero Álvaro no está animado para recordar en ese momento aquella escalera por la que su memoria ha subido y bajado una y mil veces, donde se condensan y se expanden las historias de sus dos mundos. Ahora no quería ponerse a recordar, entregado más bien a que el día fluyera en su deriva. Es típico, dice Biscay, desde hace siglos estamos atiborrados de los restos de locuras europeas que nunca pudieron realizar allá. No me había fijado nunca en esa escalera. No voy a Quito hace mil años. Es la que hizo Cantuña, dice Tania. Eso dicen, responde Biscay. No estoy seguro de que haya sido Cantuña. Tuvo que haber

sido un Maestro de Obra Mayor del que hoy nadie recuerda su nombre... Como te decía del palacio municipal, Maccaferri logró que el edificio resistiera de todo en esta ciudad, hasta a sus alcaldes. Se vino a vivir aquí y supervisó la construcción al detalle. Es tan sólido como el Panteón en Roma. Si esta ciudad llega a ser destruida, probablemente inundada por el calentamiento global, los futuros pobladores verán sobresalir de las aguas a las cúpulas de este palacio mientras los demás se habrán ido a pique. Y la historia no termina allí. Macaferri cometió dos errores. Primero, se quedó a vivir en Guayaquil. Segundo, tuvo la mala suerte de que se le vino abajo un edificio, el Cucalón. Cogió una depresión de mula. Ni siquiera fue culpa suya, sino del maestro de obras que en vez de unir las vigas con varillas de hierro, el muy bestia utilizó cabuya… ¡Cabuya!, da un gritito Biscay. Así es este país, pura trampa.

¿El demonio no le había tendido una trampa a Cantuña y éste se había escapado en el último momento?, piensa Álvaro. ¿Qué piedra era la que faltó en esa escalera de San Francisco para que Cantuña salvara su alma del demonio de la leyenda? Y ahora, después de tanto tiempo, recién se pregunta por qué Raulito puso el nombre de Cantuña a sus piedras cuando se supone que la piedra importante es la que nunca puso el demonio. Una piedra-vacío.

En fin, dijo Biscay, mejor fíjense en el frente, en el malecón. Ésa si es la verdadera maravilla: La Torre Morisca junto al río. Pasamos de los italianos a Al-Ándalus. A fin de cuentas, aquí han venido gentes de todas partes. Pero mejor visítenla mañana que los domingos hay mucho turista. Yo no podré acompañarlos porque no puedo subir tantas escaleras. Además, me trae demasiados recuerdos. Allí fumé mi primer porro… Biscay suspira con un marcado histrionismo con el que parece reírse de sí mismo. Tania no contiene la carcajada, se cubre la boca y

se arrima a Álvaro. Y no les digo cuándo pasó, añade Biscay, para que no quieran patentar la marihuana como antioxidante, poniéndome a mí como ejemplo.

Parece otro, piensa Álvaro, ahora risueño e irreconocible frente al que había visitado en sus cuarteles de la Avenue Foch. ¿Será que el calor tropical aplana e iguala el carácter en el mismo registro dicharachero? ¿No le ocurría lo mismo a Raulito en Quito? Y a él mismo, ¿no le habían zumbado siempre en la cabeza mil lenguajes inciertos, miles de matices de palabras, entre los que tenía que ir tanteando como quien debe afinar el oído para salir de un túnel oscuro siguiendo la pista de un murmullo?

El departamento donde se hospedan tiene una amplia vista al río. Parece detenido en el tiempo, con muebles estilo art déco, sólo que la madera embutida está ajada, un poco sombría, y los facetados ligeramente carcomidos en las esquinas. El lugar está limpio, pero es evidente que Biscay no tiene el menor interés en renovarlo. En la habitación, que también da al río, Tania se divierte tocando las monturas de cromo niquelado de las lámparas, las curvas y el chapado del mobiliario. Ella dice que el departamento parece un museo y Biscay le resulta divertido, te hace sentir importante. Es que lo eres, dice él. Otra vez no me estás escuchando, dice ella, y deja de mirarme así. Lo que quiero decirte es que yo pensaba que sería un tipo estirado, el típico aniñado o burguesito guayaquileño. Y lo es, dice Álvaro. Tampoco acierto a calcular bien su edad. Debe tener unos sesenta años, ¿no? Tiene setenta y cuatro, dice él. ¿Cómo va a tener setenta y cuatro años? Él siempre me ha dicho que Francia conserva en alcohol a los latinoamericanos, los hace dormir y comer temprano, cambian de clima por las estaciones, y el frío los detiene en el tiempo. Pues nada que no tengan los viejitos de aquí en Vilcabamba, dice ella. Al escucharla, él reconoce los mismos argumentos de Raulito, la misma manera de igualar mundos.

Una hora después suben por la rampa del muelle a una embarcación turística a la que llegan familias con niños, parejas adolescentes, dos mormones con camisetas blancas y corbata y pequeñas mochilas colgando de un hombro, una banda de rockeros con jeans rotos y polos negros sin mangas como si fueran al paseo para despejar la resaca. Aunque Biscay camina lento y seguro por la rampa, Tuong lo sigue un paso detrás por si fuera necesario sostenerlo. Tania se aleja para recorrer la embarcación, roza con la mano la baranda, da golpecitos con los nudillos a las placas laminadas de la terraza superior. Las paredes del *Discovery* están recubiertas tantas veces de pintura que parece una piel con relieves.

Diez minutos después, cuando se han acomodado todos los pasajeros, suena la bocina y zarpan. Tania conversa con las madres con niños en brazos, señala hacia la orilla de la isla Santay y las mujeres le dan explicaciones. Álvaro y Biscay están ubicados en los asientos acolchados de la popa y sienten la brisa mientras el *Discovery* avanza por las aguas turbias del río, de un color de café diluido en leche. Sólo necesitamos unos minutos lejos de este monstruo de puerto, dice Biscay, y el calor terminará por desaparecer. El sol seguirá punzando, pero la brisa y el aire del mar lo camuflarán. Entonces se recuperará el equilibrio y la piel se relajará y podremos respirar à *plein air*.

Guayaquil se va quedando atrás, reduciéndose los relieves de edificios, casas, astilleros, hasta convertirse en una línea punteada entre orillas verdes que desaparecen en una curvada lejanía, cerrándose los manglares en un farallón definitivo, alto y tupido. Lo único que queda del ritmo de la ciudad son los pasajeros del *Discovery*, cediéndole espacio al espectáculo moroso de avanzar en las aguas del Guayas.

Cuando suelta sus ironías y requiebros, a Biscay se le alzan inmediatamente la moral y el buen humor, como si necesitara

liberarse de ideas largamente rondadas. Sentado allí, en unos cojines blancos gastados por el uso y la intemperie, rajados por el sol, con las manos apoyadas en sus rodillas, escuchando el bullicio de las familias dando de comer a sus hijos, biberones a los bebés, o los hombres y mujeres que traen vasos de plástico llenos de cerveza y jugos de frutas; Biscay parece liberado de esa contención prudente y distante que tantas veces había visto Álvaro en las reuniones en el departamento de la avenue Foch o en las caminatas por el *Jardin d'Acclimatation*. Quién sabe qué recuerdos tendría Biscay de estos paseos por la desembocadura del río. Si lo vieran desde otra embarcación, creerían que se trata de un humilde patriarca de pueblo al que sus hijos y nietos le han organizado una excursión para celebrarle su cumpleaños, y él, descansando un momento, contempla el espectáculo de la vida de la que toma la distancia final.

Me ha sorprendido Tania, dice Biscay, supongo que ella será la definitiva. Álvaro recoge el brazo que tiene alargado sobre la baranda, mira a Tania conversando junto a la cabina del capitán, mientras ella señala con las manos hacia unas colinas que se alzan en la orilla este, perfectamente aisladas y sobresaliendo del muro de los manglares. No es necesario que me respondas, dice Biscay, ya sabes que soy un curioso impertinente. La chica es un encanto. Ella quiere vivir en Quito, dice Álvaro, y yo… Bueno, yo voy y vengo. Siempre necesito venir. Así también necesito marcharme. Lo comprendo, dice Biscay, ha sido mi espíritu de familia.

Álvaro sonríe al escuchar la expresión de André Gide. Se acuerda de Raulito cuando le preguntó qué era «Lelan aquí». Cómo había pasado el tiempo, Raulito, piensa Álvaro, te habría gustado venir a este paseo, quizá debimos traerte a pesar de las prohibiciones de los doctores, de tu viejo miedo a salir del recinto de la Residencia. Imposible pensar en traerte en avión, o quizás no te habrías dado cuenta, finalmente inmune a tu propio terror.

Biscay sigue hablando. Álvaro ha perdido el hilo de lo que le está diciendo. Los padres no lo saben o lo saben a medias, dice Biscay, son ellos los que marcan los desplazamientos o la fijación. El problema es que a algunos los preparan y a otros, como en mi caso, lo dan por asumido, como si pudiéramos adquirirlo con naturalidad. Quizá eso me faltó a mí y es lo que tú tienes: me habría gustado que mis padres me hubieran dicho una palabra sobre tantos desplazamientos. Mis primeros recuerdos conscientes no son los de mis primeros años en Francia, sino los de aquí, cuando veníamos de visita, como si el calor me hubiera bautizado la percepción. Increíble, ¿no? Veo que te lo pasas muy bien aquí, Jean Louis, dice Álvaro, ¿no has pensado en volver definitivamente?

Biscay gira para responderle, pero se distrae por algo ubicado detrás de Álvaro, a lo lejos del barco. Mira, le dice mientras señala las mismas colinas por las que Tania ha preguntado unos minutos antes al capitán. Son los cerros de Churute, explica Biscay, demasiado perfilados como para ser estribaciones andinas. Hay quienes dicen que son pirámides. Están llenos de tolas precolombinas. Fíjate que por los años cincuenta se dijo que se había encontrado un tesoro que estuvo años en una habitación blindada en Guayaquil. El tesoro se esfumó de un día para otro hace unos años. Un día, en París, no te puedo decir el nombre de quien me vino a ver, me mostró piezas de oro de una belleza excepcional. Eran todas de Churute. Le dije a esa persona que qué iba a hacer. Me dijo que venderlas. Quería que yo le presentara a compradores franceses. Así son en este país, Álvaro. Tanto se llenan la boca de patria y demás *conneries*. Apenas pueden le venden su madre al mejor postor, sin ningún escrúpulo. Corruptos hasta el tuétano, Álvaro. Y en Quito son peores, con perdón por tus paisanos. Ésa es una de las razones por las que no volvería a instalarme aquí. ¿Y qué pasó con las piezas?, pregunta Álvaro.

Biscay suspira, como si se liberara de un peso. Compré algunas, dice, y las doné al museo del Banco Central.

Biscay se saca el sombrero, se mesa los cabellos blancos y le pide a Tuong que le traiga una limonada. Tuong se levanta de inmediato y mira a Álvaro por si él también quiere beber una limonada. Sí, le responde, gracias. Cuando se marcha, Biscay se vuelve a colocar el sombrero. Pese a esa miseria, me gusta esta tierra, dice, no puedes imaginar cómo me gusta. Es mi recuerdo más remoto pasear por este río o ría, o como quieras llamarlo. Momentos como éste me hacen sentir libre de una manera que nunca encuentro a diario en Europa. No exageres, dice Álvaro. Bueno, sí, estoy exagerando. En ciertas cafeterías de París me siento muy libre también. Eso es frívolo, querido, y sobre todo previsible. Quizá es más natural cuando me voy a mi casita en Oudon y camino por la orilla del Loira, allí me siento tan bien como aquí. Aun así no es lo mismo. Aquí me pasa algo distinto que todavía no sé definir. Pero, así como me gusta, también puede ser terrible como te dije, y no me quiero exponer demasiado a la virulencia de este país, menos a mi edad. Agosto es el mes más tranquilo. La temperatura, a pesar del infierno que sigue siendo, es mucho más fresca y los ánimos, digamos, se calman un poco. Pero un mes de paraíso no justifican once de infierno. Quito sería interesante por el clima, pero la altura me mata y el esmog y el tráfico la están destrozando. Y como sabes, aunque tú eres una de las buenas excepciones, los quiteños me considerarían un guayaquileño más y no entenderían nada de mí. Tú tampoco los entenderías, dijo Álvaro, si hasta a mí me resultan incomprensibles. No, querido, dice Biscay, son capitalinos y por lo tanto son previsibles, como los mismos parisinos. Los que damos problemas de comprensión somos los que pertenecemos a zonas de frontera. Habla con un bretón o un vendeano, o si quieres recuerda a tus catalanes, o a tus paisanos libaneses

que migraron a Guayaquil o Ambato, y verás entonces lo que es quebrar la imagen fija de las cosas. Para mí lo mejor es quedarme en París. Allí moriré tranquilo y aburrido, que es lo mejor que me puede pasar a mi edad. No digas tonterías, replica Álvaro. Es que no lo son, dice Biscay, me queda poco tiempo y quiero pasarlo en mi mediocre tranquilidad. Nunca he pedido más.

Biscay se queda callado un momento. Tania está tomando fotos. Cuando ve a Tuong llevando dos limonadas le pide que se quede quieto y le toma una foto. Tuong alza los vasos y mira a la cámara sin sonreír. Tania le agradece y sigue con la cámara por el barco. Tú no deberías esperar lo mismo, dice Biscay, y no me quedaría tranquilo si no te digo lo que pienso. Álvaro toma la limonada que le ofrece Tuong y empieza a beberla. Biscay, en cambio, se queda mirando el vaso. En una época, dice, ofrecíamos en mi casa limonadas azules. Te lo conté, creo, cuando Klein hizo una de las antropometrías azules. Qué época. ¡Limonadas azules! Hay que estar un poco loco para tamaña ocurrencia.

Biscay da un sorbo a su limonada y luego la posa en el piso de la embarcación.

Te decía que no debes esperar lo mismo que yo, le dice. Sé que no lo esperas, pero por si se te pasara por la cabeza. Tú te has buscado un horizonte. Yo simplemente acepté, cómodamente, el que se me dio. Tampoco es bueno que te sigas alejando para alcanzar una línea fantasmal que siempre está moviéndose más allá. Yo, de ti, no dejaría escapar a Tania. Además de guapa, mírala cómo colonizó el barco. Ya debe saber lo indispensable sobre la ruta, el sitio al que vamos a ir, el nombre del capítan y la extensión del casco de esta embarcación. No ha perdido ni un segundo. Álvaro termina su limonada de un solo trago. Tuong le pide el vaso para llevárselo. A veces veo a Tania, dice Álvaro, y no puedo dejar de pensar en lo que le pasó a ella misma, a su

madre y a mi amigo Raúl. Ella es hija de Laura Coloma. Lo sé, dice Biscay, he leído los reportajes de la Comisión de la Paz. Tania ha sorprendido a medio mundo hablando con absoluta serenidad sobre su madre. Se van a remover muchas cosas más con la Comisión de la Paz. Y ve tú a saber qué le va a sonsacar Dacal al tal *gringo* Markai. Quizá, dice Álvaro. Puede que Dacal te vuelva a buscar, Jean-Louis, aunque sea para hacerte sentir que en esa ocasión, en París, anduvo cerca. No creo que Dacal reaparezca, dice Biscay, no lo he visto hace años. Siempre fue un fantasma. A mí me pareció muy de carne y hueso, dice Álvaro, él único que realmente está convertido en un fantasma es mi amigo Raúl. ¿Tan mal está? ¿Sigue sin hablar? Completamente, Jean-Louis, lleva así tres años. Lo lamento, dice Biscay, debe ser terrible perder el contacto con un buen amigo. Hemos hablado tanto él y yo, dice Álvaro, que nunca estoy seguro si realmente he perdido el contacto con él. Su voz me resuena como si me estuviera siempre replicando o enfatizando algo que he dicho. Quiero creer que sí me escucha. Ayer me sorprendió. Yo le quería mostrar una foto ampliada del cuadro que había hecho. Una pena que no la tenga ahora para mostrártela. No importa, sigue contando, dice Biscay. Es un cuadro muy sencillo. En una de mis monocromías rojas cae una línea blanca vertical en el extremo izquierdo. La línea no llega a tocar la parte de abajo del cuadro, queda como suspendida y se quiebra en una breve diagonal. Es una simple línea blanca. Pero a mí me está abriendo un camino nuevo. Por eso también tengo ganas de ver el *Réquiem de Sidney Bechet*. No sabes cómo me entusiasmó cuando me dijiste que había la posibilidad de volver a ver el cuadro de Araceli Gilbert. Quiero ver esa línea roja que trazó ella para señalar el momento de la muerte de Bechet. ¡Lo que hay que recorrer para dibujar tan sólo una línea! ¿Seguro que mañana podré ir a verlo? Está arreglado, dice Biscay, te aviso que te llevarás una sorpresa. Mi

amiga lo tiene guardado en una bodega porque ya no le quedan paredes y lo ha puesto en posición vertical, un horror.

Biscay levanta la mano y con el dedo traza en el aire una línea vertical.

¿Sabes lo que decía Utamaro, el gran pintor japonés? No espera la respuesta y dice: Utamaro quería un trazo de pincel que dibuje todo el universo.

Álvaro asiente. Luego de asimilar lo que le dice Biscay, como si quisiera despejar la mente de lo que remueven en él las palabras de Utamaro, vuelve a su relato. Yo le quería mostrar a Raulito mi cuadro, así que le llevé la foto. Luego de pasarme una hora contándole todo lo que me había pasado los últimos días, el almuerzo con el tal Markai, el encontronazo con Dacal, tantas cosas, hice una pausa para poner a hervir una cafetera. Tania no llegaba a la Residencia y Raulito seguía en esa posición incómoda en la que se pasa horas en la silla de ruedas. Entonces pensé que no le había mostrado la foto de mi cuadro. Lo busqué en la pantalla y abrí el archivo. Se lo puse sobre las piernas y le expliqué: Mira lo que ha ocurrido, Raulito, mira en lo que van a terminar mis cuadros rojos, rajados por una línea blanca. Volví a la cocineta del bungalow para servirme el café y cuando lo estaba virtiendo en mi taza escuché que algo se movía. Me di media vuelta y lo vi. Raulito apoyó sus dedos en la pantalla y la recorrió desde arriba hasta abajo, como si estuviera siguiendo la línea blanca de mi cuadro. Se me regó el café y me quemé. Me remojé las manos y dejé la taza y la cafetera en la mesa de la cocina. Me fui corriendo hasta donde estaba él. La mano ya estaba reposada sobre sus piernas, temblaba ligeramente. Raulito no decía nada. Tenía la mirada perdida sobre la foto del cuadro, y la cabeza había vuelto a su continuo bailoteo ensimismado. Ahora mismo dudo si realmente vi su gesto o me lo estoy imaginando. ¿Pero no dijo nada?, pregunta Biscay, ¿ni una palabra? ¿Te miró? No.

Me parece terrible que a su edad esté así. ¿Cuántos años lleva en ese estado? Tres años, dice Álvaro, pero llevaba tiempo con problemas de desmemoria y ciertas manías persecutorias. Creo que de esto último llegó a ser consciente, o le temía, y empezó a quedarse encerrado en la Residencia donde ha pasado prácticamente la última década. Él temía que pudiera hacerle daño a alguien. En sus buenos momentos salía con el Omoto Pérez, su asistente. Una de las últimas veces que lo vi consciente y conversaba, hace cuatro años, tuvo una idea disparatada. Quería que hiciéramos una excursión al cráter del Guagua Pichincha. Le dije que no estábamos en condición física y me respondió que, según el Omoto, era facilito, con un Jeep había que subir por Lloa y luego caminar un poco hasta el refugio. Así que fuimos. Llegamos a la dichosa explanada y el Omoto seguía con eso de que aquisito nomás estaba el refugio. Tardamos cuatro horas y ya no dabamos más por la altura y su asistente se reía a nuestras espaldas. Nos quedamos un par de horas descansando en el refugio, todo de color rojo.

—Buena señal para ti —dijo Raulito.

El refugio era rojo, le dice Álvaro a Biscay, pero yo ni aire tenía para pensar en nada. Nos rendimos sólo de pensar en seguir hasta el altar de la Virgen del Volcán, más de cuatro mil metros, no dábamos. Y aún así nos sacamos el aire y llegamos al borde del cráter cuando caía la tarde. Raulito se quedó plantado viendo el paisaje, con el cielo despejado y el sol que ya se iba a sumergir en el horizonte. Yo seguía jadeando, sin aire para hablar. Y Raulito empezó a echarse un discurso que al principio no entendí bien. Lo atribuí al cansancio o que a esa altura me faltaba el oxígeno y no pensaba con claridad. Me dijo que había que devolver las cantuñas al volcán, que había que echarlas al fuego, que son hijas del fuego. Apenas si alcancé a decirle que no lo entendía y le pregunté qué sentido tenía echar sus esculturas al volcán.

—Ése es su origen, Ñato —dijo Raulito—. Tanto de la piedra como del oro y los metales que les inyecto. Ambos vienen del fuego. Me di cuenta cuando fui a ver la Chilintosa. ¿Sí la fuimos a ver juntos, no?

—No, Raulito… —dijo Álvaro, resoplando, aturdido por la falta de oxígeno—. Finalmente no pude… No pudimos… Recuerda el problema con la policía…

—Ah, cierto —dijo Raulito—. Qué pena, Ñato, te habría encantado. Pues ahí, tocando esa piedrota, pensé que La Chilintosa había salido expulsada del cráter del Cotopaxi hace décadas o siglos atrás, ve tú a saber cuándo, y caí en la cuenta de que mis piedras se movían en el elemento del fuego, que todas habían salido de allí. Ayer cuando comíamos el ceviche y me estuviste hablando de que Cantuña era hijo de Hualca, el lugarteniente de Rumiñahui, pensé que la leyenda de que éste había escondido el oro de los incas en la profundidad de las montañas es puro cuento. Si Rumiñahui aplicó la táctica militar de tierra arrasada para que los españoles no tuvieran nada, ¿para qué iba a guardar todo el oro? ¿Para que los españoles de su tiempo o del futuro lo encuentren tarde o temprano y se beneficien? ¡Y un carajo que se los iba a dejar facilito! Fundió todo el oro, Ñato, lo lanzó al cráter de algún volcán que estuviera activo en ese momento y sanseacabó. De paso, los cuenteó para que se quedaran con las ganas y se pasaran siglos comiéndose el coco sobre dónde está escondido el tesoro. Un genio ese compadre.

—Ahora eres tú el que está hablando pendejadas, Raulito —dijo Álvaro, poniéndose de pie, cerrando la chaqueta y acomodando la bufanda—. ¿Cómo explicas entonces que Cantuña haya dispuesto de ese oro del que habla Juan de Velasco? ¿O ahora sí crees que pactó con el demonio?

—Puta que eres ingenuo, Ñato —dijo Raulito meneando la cabeza.

El viento le sacudía la chilaba mientras caminaba por el suelo gris, cubierto por una alfombra de ceniza que parecía lamer las negras piedras volcánicas del borde del cráter, tanto que reaccioné instintivamente alargando el brazo como para sujetarlo. Raulito dio un paso atrás.

—Sigues creyendo en los cuentos —dijo—. Supongamos que se quedaron con un poquito. Una yapita, Abu, lo necesario para que fueran tirando quienes quedaban con vida. Sería una minucia, Ñato, una huevadita para todo lo que echaron al volcán.

Raulito estaba convencido, no quise discutirle más y lo dejé hablar para saber a dónde quería llegar. Y ahí empezó su desvarío. Dijo que ése sería su testamento, que la lógica de las cantuñas lo pedía, ser devueltas al fuego, completamente fundidas entre sí, al menos las cantuñas que todavía tenía en su poder, porque las otras ya no le pertenecían, lamentablemente habían sido vendidas.

—Fue un error —dijo Raulito—. Tuve que vender por necesidad. Yo siempre había sido un bueno para nada, un borrachito inútil, ¿no, Abu? Mi viejo estaba en la ruina, había que mantener a Laura y a Tania, Strudel nunca terminaba de recuperarse y ya me había mantenido durante mucho tiempo. No tenía alternativa. Pero se acabó. Le he dicho a la tía Carmen que cancele todas las deudas y que fije un fondo porque ya no venderé más cantuñas. —Tus antiguos talleristas se van a llevar a todos tus clientes.

—Eso no importa, Abu —dijo Raulito alzando los hombros—. Lo que quisiera es que hagas cumplir lo que te acabo de decir.

Hacía un frío del carajo en el Guagua Pichincha, Jean-Louis, y no me quedaba claro qué mismo era lo que me estaba pidiendo Raulito, si quería que yo controlara que Carmen no vendiera

más las cantuñas o que vigilara que todas fueran a dar al fuego. Raulito se volteó y me miró directamente a los ojos, pero yo casi no podía ver su rostro. La luz del atardecer le daba por la espalda y él, arqueado, tenía su rostro en sombras.

—Tómalo como mi testamento, Álvaro, mi última voluntad —dijo Raulito, cambiando el tono de voz, y llamándolo por primera vez por su nombre completo, nada de *Abu*, ni Ñato, ni *Cónsul*: el nombre completo para que reconociera su petición definitiva—. Esta maldita enfermedad me va a dejar hecho un trapo el momento menos pensado. Eso me ha dicho Villarreal. Si no puedo hacerlo yo, ¿lo harás por mí?

Cómo iba a cumplir esa locura, Jean-Louis. Le discutí a Raulito todo el camino de regreso y al día siguiente y los pocos que me quedaron en esa visita. Qué iba a saber yo que sería una de las últimas veces que podríamos conversar, que él no volvería a estar lúcido, que no habría más diálogo entre nosotros sino mis monólogos en los que insisto en hablarle por si el momento menos pensado, por si de pronto, vuelve en sí. Cuando se lo comenté a Kazbek un par de años después, él también se quedó de una pieza. Me preguntó qué iba a hacer yo con la última voluntad de Coloma y le dije que nada. A lo mejor Raulito se recuperaba y, cuando despertara, se le había ido esa ocurrencia.

Se lo conté también a Tania. Ella lo retó como a niño pequeño, que cómo se le ocurrían esas barbaridades, que en menos de lo que cantaba un gallo se quedaría sin dinero. Le dijo que por ella no tenía que preocuparse porque se podía conseguir un trabajo, ¿pero quién pagaría la Residencia, los gastos de la enfermedad de Strudel, el sueldo del Omoto? Además, la abuelita Carmen se moriría del aburrimiento sin hacer facturas, contabilidad y reuniéndose con los galeristas y los compradores.

Raulito se calmó.

Al año siguiente, no volvió a tocar el tema. Le advertimos al Omoto que nos avisara a la menor señal. El Omoto nos confesó que algo le había dicho y que luego se olvidó del asunto porque empezó a trabajar en las cantuñas quebradas. Y eso fue el repunte final. Esculpía las piedras, las quebraba y luego recomponía los pedazos juntándolos con un fundido de oro o plata, siguiendo las técnicas del *kintsugi* japonés, sólo que aquí no eran meras cerámicas reparadas, sino los piedrones de las cantuñas. Podían llegar a medir un metro o metro y medio. Él las rompía de manera espectacular y luego recomponía soldando los pedazos con el metal fundido, que a su vez parecía un chorro de lava recorriendo la ladera de una montaña. Hasta pensé que la ocurrencia de echar las piedras al volcán sólo era la señal de que Raulito estaba buscando un nuevo camino, una nueva etapa en su trabajo.

Hizo pocas, debieron ser unas treinta o cuarenta, pero el furor por sus obras volvió de pronto y todo ese año hablaron de su trabajo con estusiasmo, como había ocurrido quince años atrás. Hablaron del renacimiento de Raulito. Las nuevas cantuñas quebradas se vendían a cuentagotas. Carmen se dedicó a rechazar pedidos elevando el precio de las que lograba convencerlo de vender porque era necesario equilibrar las cuentas, comprar el departamento que alquilaba Tania, cubrir la liquidación del Omoto y pagar el seguro médico de Strudel y Laura, que sigue viviendo allá en la selva, sin indicios de que vaya a volver nunca a Quito, cada vez más enferma y postrada. Si no hubiera sido por Tania, que los alegraba siempre, y el bueno del Omoto que ayudaba en todo, aunque vendía con éxito y tenía mucha difusión, la situación familiar era la de un derrumbe deprimente, por más que la prensa hablara del renacimiento de Raulito.

Un año después, en Schiphol, haciendo escala para ir a Quito, encontré ejemplares de *Art Press* y *Omphalos* que le dedicaban

reportajes a las cantuñas quebradas. Compré las revistas para dárselas a Raulito. Fue entonces, al llegar a Quito, que me encontré con que ya no reconocía a nadie. Tania no había querido decirme nada para que no viajara desanimado, había ocurrido apenas unas semanas atrás. Simplemente un día no se levantó de la cama y no respondió más a lo que se le decía.

Desde entonces, dice Álvaro, me siguen atormentando las mismas preguntas. ¿Por cumplir su voluntad debo destruir el trabajo que medio mundo admira y del que viven los suyos? Raulito me llegó a decir, y no sé si fue por provocarme, que echar las cantuñas al fuego era la *performance* perfecta. Ahí fui yo el que lo mandó al carajo.

—Qué performance ni qué ocho cuartos ni qué perro al fuego —dijo Álvaro mientras bajaban traqueteando por el camino de Lloa luego del paseo por el Guagua Pichincha.

Raulito se reía a carcajadas por verme molesto. Sacaba el brazo por la ventana y aporreaba la puerta del Jeep como si fustigara a un caballo. Otra vez estaba con su hambre voraz de siempre y nos abría el apetito diciendo que en Lloa conocía una hueca donde preparaban un caldo de gallina criolla que levantaba muertos. El pobre Omoto se relamía conduciendo.

Ese paseo es uno de los mejores recuerdos que tengo de Raulito, quizá porque fue el último, Jean-Louis. Y aún así he querido olvidar lo que me pidió. Allá en Barcelona lo olvido a ratos, pienso que la vida sigue abierta, que hay mucho por hacer, hasta que pienso en Tania y vuelve todo. También pienso en dónde podría estar Rogelio, por qué desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra, que quizá muerto, o que quizá esté viviendo en algún sitio, quizá con Marzi Khoury, perdido en algún pueblito del Líbano, quizá con otro nombre, él sí dispuesto a olvidarse de todo, incluso de mí. Las historias no se cierran nunca, Jean-Louis, eso lo he sabido siempre, siguen girando en

espiral, una y otra vez. Tengo la sensación de culpa de que pude haber hecho más, como si le hubiera dado la espalda no sólo a él, sino a Raulito, a la misma Tania, como si no pudiera darme cuenta. Te has dado cuenta, dice Biscay. Pero tarde, dice Álvaro. Eso no importa, responde Biscay, el asunto es que te has dado cuenta. Podrías seguir sin saber nada, sin interesarte por nada. Ahora ya te has dado cuenta.

Tania se acerca con dos limonadas en las manos. Bebe de una de ellas. La otra se la da a Tuong, que le agradece con una sonrisa y con las primeras palabras que Álvaro le escucha decir en un español lento: Muy amable, no tenía que haberse molestado. Tantos años de haberlo conocido y recién ahora se entera que siempre, desde el primer día, Tuong había comprendido todo lo que hablaban. Le da a Biscay un ligero golpecito con el codo mientras le deja entender que de dónde se sacaba Tuong hablar en español. Sabe cinco idiomas, dice Biscay, pero es mejor que parezca un despistado. Tuong se levanta para cederle el asiento a Tania. No es necesario, dice ella, quiero que Álvaro me acompañe un momento a la punta del barco. El capitán dice que en un ratito vamos a ver el cruce de las aguas del río con las del mar, que es un espectáculo que no hay que perderse. Vayan, dice Biscay poniéndole una mano en el hombro a Álvaro, los esperamos aquí, que cuando lleguemos a Puná habrá que caminar.

Tania toma de la mano a Álvaro y atraviesan el barco hasta la amura izquierda y se apoyan en la baranda. El río se abre gradualmente, cada vez más pequeñas y alejadas las murallas de los manglares en medio de la apertura y disolución de las aguas. La fuerza del sol, que parece fajar la piel contra los huesos, se atenúa con la brisa cada vez más salobre y fresca, un aire crudo que al mismo tiempo acaricia los poros y entra en los pulmones con una suave posesión. La ropa se vuelve ligera y así perciben

que entran en una zona de metamorfosis, aunque sea leve en la superficie frente a lo que ocurre dentro de las aguas.

La línea del horizonte, cortada por la isla Puná, es vasta y perfilada, y aunque sigue siendo una fantasía geométrica inalcanzable está perfectamente templada sobre la movediza superficie del mar. Frente a ellos se alza el perfil de Puná, y el barco, en un movimiento a contracorriente, bascula en el remanso. Desde la cabina se asoma el capitán. Aquí empieza, le dice a Tania. Ella asiente. Álvaro mira de un extremo a otro la apertura del golfo limitada por las costas remotas. ¿No te parece como si nos estuviéramos lanzando al espacio?, dice Tania, ya no hay tierra firme de dónde agarrarse. Álvaro palmea la baranda del barco. Agárrate de aquí, le dice. Pero ella no lo escucha. Le señala hacia un punto de las aguas, en el que se trazan, nítidas, dos densidades de color, la del avance terroso de las aguas del río, con ese color de café diluido en leche que los ha acompañado a lo largo de la travesía, y una nueva, de un oscuro azul plateado, espeso y compacto, indolente, sombríamente metálico porque emerge de una profundidad mayor que la del río y lo enfrenta. Ruge el motor del barco, acelerado por el capitán, pero no para avanzar sino como si también quisiera batir con las aspas de la hélice esa frontera silenciosa y contrastada. Más bien parece como si el barco se hubiera detenido unos segundos para que vean mejor el choque de las aguas. Lo que han visto claramente diferenciado empieza a girar y diluirse en ligeros remolinos, donde las aguas calientes del río se expanden en la superficie hacia mar afuera, con una densidad débil, aunque están plenas de oxígeno, revolviéndose con las masas océanicas, salobres y frías, creando una contracorriente de manera que los nutrientes del mar dan nueva vida a las aguas tras el largo viaje del río. Esta síntesis enturbia la visibilidad submarina en un umbral arre-

molinado donde enloquecen los peces de agua dulce y los de agua salada: corvinas, lisas, rayas, cangrejos y camarones a la deriva. Sólo que ése es el espectáculo evidente, mientras que el verdaderamente complejo es el de los millones de anélidos y larvas y masas de plancton que en ese momento están forjando eslabones de la cadena alimenticia, ocultos a la visión de los hombres.

Álvaro apenas alcanza a ver cómo se revolucionan las aguas en ese caldo primigenio de colapsos súbitos, umbral donde todos los seres vivos ya no pueden decidir si volver, si adaptarse, morir o volverse más fuertes. Sólo los peces pueden buscar una salida al cataclismo que no entienden, agotando su último vigor, huyendo de lo irreversible. Recuerda que Landor dijo que había que apartar impurezas y distracciones para captar el brillo agónico y salvar la leve materia de la vida en un cuadro definitivo, pintando un pedazo de carne cruda con seis colores. Sólo que allí, en esas aguas, la verdad de Landor no le sirve, porque la vida está cifrada en la impureza, en la distracción perpetua del movimiento y la mutación que escapa a la percepción del ojo humano.

El barco se mueve bruscamente. Tania se tambalea y se agarra del brazo de Álvaro. Él se apoya en la baranda y siente cómo ella se aferra. Piensa por un momento que no hay nada firme y que lo que parece serlo —esa baranda, su brazo, la isla como un lugar estable para descansar de la turbulenta mezcolanza del delta, toda la Tierra— va a la deriva en un movimiento perpetuo, continuo, y por eso mismo rítmico, creando la ilusión de lo inmóvil, como inmóvil le había parecido ese grave y redondo centro de la escalera de Bramante; aunque también es una ilusión, también móvil, nunca quieto, indetenible y ondulante como las aguas. Quizá conviene no saberlo, no pensar; y en el caso de pensarlo, de ser conscientes de cómo crujen los desplazamien-

tos, hay que aceptar las sacudidas, el vaivén, la irremediable tensión de fuerzas en la aparente quietud del equilibrio.

A lo lejos, en el muelle de la isla, algunos niños agitan los brazos y les dan la bienvenida como si vinieran de muy lejos y finalmente hubieran llegado.

6

PROTOCOLOS DE LA DESCOMPOSICIÓN

Los protocolos para el museo de Landor fueron escritos por el pintor en una serie de fichas halladas junto a su *Breve tratado sobre la selva del arte*. Las indicaciones son exactas respecto al tema central de este proyecto de museo donde el pintor quería que se exhibieran los seis cuadros de su última obra. Los protocolos no estipulan mayores detalles sobre la fachada exterior, aunque se sugiere un estilo sobrio. Hace varias menciones dispersas de dos museos: l'Orangerie, en París, con los cuadros de los nenúfares de Claude Monet, y la Capilla Rothko, en Houston. De ambos, Landor señala la sensación de claustrofobia al no haber ventanas sino claraboyas en el techo:

«Monet quiso un techo en claraboya filtrado, sin ventanas, y Rothko sigue el mismo enfoque, pero lo clausura por completo. Concentración irreal. Olvido completo del mundo. Soberbia. No será así el Museo de Waldig. Debe quedar en lo alto una franja horizontal abierta —al menos en cinco de los seis lados del hexágono— donde se pueda percibir la entrada de la luz e incluso que se vea el cielo. Mínimo una quinta parte de la altura interior. En S. P. (Sant Pere Pescador) casi siempre habrá cielo azul. Será punto de fuga. También punto de entrada. Problema con Empúries».

Se puede entender esta última frase en otra ficha, donde Landor especifica que el cuadro *Cielo de Empúries* tendrá una ubicación diferente al Salón Hexagonal. No hay ningún dato que certifique que Landor haya visitado la Capilla Rothko. En el 2001, en una nueva visita a l'Orangerie, Landor conoció a un joven arquitecto mexicano, Juan Carlos Cano, que parecía más interesado en estudiar las paredes y el techo de las salas ovaladas. Terminaron haciéndose amigos, a pesar de la diferencia de edad. Cano vivía en esa época en París y le comentó a Landor que había visitado la Capilla Rothko. Intercambiaron direcciones y unas semanas después Cano le envió una carta desde el DF a Landor detallándole su visita a la Capilla Rothko y las reflexiones que le había suscitado su encuentro en l'Orangerie. La carta consta en los archivos de la Fundación Landor y está fechada el 12 de septiembre de 2001, al día siguiente de los atentados en las Torres Gemelas de Nueva York:

«Yo estaba muy emocionado por conocerla —escribe Cano refiriéndose a la capilla de Rothko—, pero cuando llegué me produjo algo de decepción, quizá más por la contundencia de los dos edificios vecinos, la Menil Collection y la Galería de Cy Twombly, ambos de Renzo Piano, que son obras maestras. La Capilla Rothko, terminada por un arquitecto local llamado Eugene Aubry, creo, falla donde más debía ser precisa, es decir, en la manera en que incide la luz en su interior. Mucho influye, por supuesto, que Rothko se mató a destiempo y no pudo ver su conclusión. El octágono es una gran idea, la colocación de las pinturas también, y ni qué decir de esas pinturas negras que son hermosas. La luz es nebulosa y oscura, grisácea, lo cual también suena fantástico, así era la idea: ver las pinturas en penumbra. Sin embargo, hay algo entre esta luz y la textura rugosa del concreto utilizado en la capilla que no tiene sentido; en vez de sentir algo cercano a la espiritualidad, uno se pierde, se siente en un espacio

tosco, abetunado. Digamos que uno se siente en el purgatorio, cuando los cuadros negros de Rothko supuestamente deben llevar a lugares menos siniestros, más bien esperanzadores. Al suicidio, por ejemplo. Influye mucho, como le decía, la Menil y la Cy Twombly. En la Menil, Renzo Piano reproduce de manera contemporánea las láminas grises y horizontales de las casas vecinas en el exterior del museo. Genial. Y en la Twombly, tanto la luz que proviene del techo como los muros tienen el mismo color y textura que los cuadros del pintor, ese ocre ahuesado que sirve de fondo sereno».

El tono de la carta luego se vuelve apesadumbrado al comentar los atentados terroristas del día anterior y termina con la promesa de que la próxima vez que vaya a Barcelona, irá a visitarlo a Sant Pere Pescador.

A vuelta de correo, Landor le escribió describiendo, a su vez, la visita que había hecho a la Domus Aurea de Nerón, que Cano no conocía. Le explicó que Rothko se había inspirado de alguna manera en la Sala Octogonal:

«El principio de la entrada de luz superior de l'Orangerie de Monet también viene de la Domus Aurea. Pero es Rothko quien literalmente copia la Sala Octogonal donde Nerón dispuso que se colocaran conjuntos escultóricos de primer nivel, como el *Laocoonte y sus hijos*. Lo más sorprendente es que los ocho espacios destinados a las obras, seguramente todas esculturas, permite que éstas sean vistas por detrás».

Siguen más detalles sobre los famosos visitantes a la Domus Aurea, desde Sade a Casanova y Maarten van Heemskerck. Landor aprovecha este nombre para tentar la curiosidad del arquitecto mexicano, y lo incita a descubrir la pintura del holandés. Luego vuelve al tema principal.

«En este punto —escribe Landor— todas son diferencias frente a l'Orangerie y todavía más frente a la capilla del ameri-

cano. Monet, o su arquitecto, aislaron el espacio interior. Y por lo que me cuenta, querido amigo, en la del americano ni siquiera hay ventanas. En el caso de l'Orangerie se optó por las paredes blancas, una limpieza estrictamente ascéptica. Si yo hubiera sido Monet, habría optado por vidrios oscuros. *Los nenúfares* parecerían imágenes intensificadas de la realidad, que estaría detrás pero opacada. Así los lienzos aportarían su propia realidad sin anular el mundo exterior. Usted me comentaba que era la primera vez que visitaba l'Orangerie. Yo, por mi edad, he podido ir varias veces. Esta vez, en la que felizmente coincidimos, me dio una sensación de claustrofobia y quizá por eso me llamó la atención verlo a usted explorar las paredes. Creo que ya no volveré más. En cambio, como compensación al sofoco, hice un descubrimiento sobre la importancia de la curvatura en los largos lienzos. Ahora entiendo por qué en *Les Deux Saules* del fondo, en la segunda sala, el lienzo de Monet tiene ese gran ángulo curvo de 180 grados. El espectador debe colocarse en la línea que va del extremo de la izquierda al de la derecha, como si estuviera en medio de los dos extremos de una herradura. Al ver hacia el frente sentirá el efecto de abismarse en el estanque de los nénufares.

Nunca entendí por qué Monet había colocado los dos árboles en los extremos. Ahora lo entiendo. Son puntos de apoyo. Como si el espectador tuviera que agarrarse a ellos y *no caer* en el estanque».

Landor divaga un poco más alrededor de esta idea de un asidero para el espectador. «Espero, mi joven amigo, que en algún momento usted nos sorprenda con obras radicalmente nuevas, suavemente inspiradas en la antigüedad. Y si no las construye, trácelas o dibújelas como el buen Serlio, que la materia no sea nunca un impedimento para sus fantasías, o escríbalas como sus estupendos poemas». Landor termina la carta comentándole

los libros de poesía que Cano había empezado a editar con unos amigos en el DF, de los que le había enviado dos ejemplares, y le indica que adjunta un par de litografías y un boceto —trazado a mano, con carboncillo, y unas cuantas palabras— de la idea que tiene para un pabellón donde se expondrían unos cuadros sobre unos árboles en los que quería trabajar, y que quedaba a la espera de sus comentarios. Ese boceto manuscrito de Landor se le perdió al arquitecto mexicano. Quizá aquel boceto reproduce lo descrito en otra de las fichas, escrita al mismo tiempo que la carta, donde Landor señala:

«Hay que seguir el principio de la Sala Octogonal de la Domus para el Museo Waldig, que se vean los reversos. Allí se tocará el bosque. Se caerá en él. No habrá más agarraderas que la propia corteza de los árboles. El claro del bosque es el vacío». Esto explica que las tablas del ciclo *Waldig* tengan por la parte de atrás el tratamiento curvo, de corteza de árbol, que las caracteriza.

Aunque se perdió el borrador de Landor, la respuesta del arquitecto mexicano tardó sólo dos días y deja entrever algunas de las inquietudes del pintor. Al parecer, quería que cuando el espectador entrara al salón principal sólo estuviera iluminada la posición del mismo espectador, que se encendieran luego las luces y se iluminaran los cuadros.

«En fin, saldrá algo —escribe Cano en su respuesta—. Por otro lado, entiendo la necesidad escenográfica de la luz al centro, lo que no me convence tanto es la artificialidad de encender las luces. Estaría mejor que fuera luz natural. De hecho, lo más complejo (si no es que imposible) es conseguir que al entrar el espectador sólo vea la luz de su asiento y al sentarse descubra otros sitios por donde entra la luz que ilumina los cuadros, pero que sólo sea posible desde la perspectiva del individuo sentado, o más bien, no ver los sitios por donde entra la luz, sino los cua-

dros iluminados. Con la luz natural también estaría involucrado otro factor, el tiempo, la sutileza del movimiento de la luz al paso de las horas y que quizá ese efecto específico sólo pudiera suceder en cierto momento del día, en cierta estación del año».

En este punto la correspondencia empezó a fluir rápidamente. El arquitecto mexicano abrió un archivo porque había aceptado llevar adelante el proyecto. Se fueron afinando las ideas a lo largo de dos meses, entre cuatro cartas manuscritas de Landor y varios mensajes de Cano. Landor finalmente le confesó al arquitecto mexicano que no sólo quería que se sintiera la presencia del exterior, sino que no fuera una construcción perenne, todo lo contrario: «Debía destruirse gradualmente. Entrará el aire y dejaremos que el tiempo *carcoma* los cuadros».

En respuesta, quizá percibiendo un sentimiento fúnebre o de mausoleo final en la fantasía de Landor, Cano le mencionó el caso de la tumba que el arquitecto paraguayo Solano Benítez le dedicó a su propio padre, instalada en medio de un bosque. Se trata de cuatro bloques de concreto que conforman un espacio cuadrangular con las esquinas abiertas. Al cruzar el umbral se observa que por el lado interior los bloques de concreto están forrados con espejos, de manera que el reflejo duplica la imagen del bosque una vez que se ha entrado. «Evidentemente no es lo mismo, Kurt, pero algo en la idea me remitió a esta obra».

Landor le envió más cartas donde siguió detallando sus expectativas sobre la descomposición de su museo personal para los cuadros que estaba ideando. Nunca le llega a decir el nombre del ciclo de *Waldig* o *Claro del bosque*. Va ganando confianza y empieza a tutear al joven arquitecto mexicano y termina diciéndole que quizá ese pequeño museo sería:

«Mi única *performance*, mi lenta y degenerativa *performance*, que acumule tiempo y su consecuente destrucción. O mejor dicho que se perciba, desde un principio, la *inminencia* de la destruc-

ción. Ahora resulta que me he convertido en un artista postmoderno, querido Juan Carlos. Como para poner hecha una furia a mi mujer, que es experta en este tipo de artistas, y cuando descubre charlatanes los hace papilla».

Cano le planteó sus inquietudes sobre la destrucción paulatina del museo: «¿Cómo conseguir eso? ¿Cómo hacer para que al mismo tiempo que la producción del material para construir el museo sea detallada y cuidada, la destrucción de ese material sea igualmente detallada y lenta? Imagina que existiera un registro semanal durante años de la degradación paulatina del espacio donde estuvieron los cuadros...».

El joven arquitecto mexicano quedó en preparar un texto razonado del proyecto y unos bocetos. Landor ya no respondió porque empezó a pintar el ciclo de *Waldig* mientras esperaba los avances de Cano.

El cotejo de las fichas deja en claro que el Museo Waldig deberá estar compuesto por tres ambientes claramente diferenciados en un orden jerárquico. El acceso al museo debe ser gratuito. Más allá del ingreso y el *hall* de recepción, el visitante entrará al Primer Ambiente, que consiste en una gran sala diáfana rectangular en la que sus paredes servirán para la primera etapa de la exposición.

En el ala izquierda de la sala se dispondrán fotos en blanco y negro del bombardeo de Dresde que no excedan de la medida de 19 x 20 centímetros. En las fotos no se mostrarán restos humanos ni tropas ni ninguna figura humana viva, sino únicamente restos urbanos de la destrucción de la ciudad.

En el ala derecha se expondrán fotos en blanco y negro de las edificaciones construidas en Alemania a lo largo de los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XX, hasta el derrumbe del Muro de Berlín, siempre en blanco y negro, en el mismo formato máximo de 19 x 20 centímetros, y sin ninguna presencia humana.

El ala central del Primer Ambiente se caracteriza por todo lo contrario a un paisaje urbano deshumanizado: a lo largo de la pared, apenas interrumpida por la pequeña puerta que lleva al Segundo Ambiente o Ambiente Central, se distribuyen centenares de fotos de rostros de personas, en blanco y negro, que hayan sido tomadas a lo largo del siglo XX. En la pared por la que se entra habrá dos estanterías con libros expuestos no por sus lomos sino por las portadas, que serán tratados de pintura clásicos y ensayos sobre arte, de ser posible en distintos idiomas además del original. En un lugar destacado se colocaría en letra de 24 puntos y con una amplia orla, el poema *Waldig* de Paul Celan, en su idioma original, y al pie de éste varias traducciones al español, francés, italiano, inglés, japonés y chino. También pidió que incluyeran todos los folletos de sus exposiciones, las revistas en las que había críticas de su obra, y todos los libros que fueran publicados posteriormente.

¿Cómo interpretar el Primer Ambiente? Es una mezcla de testimonio de época del siglo XX, también una indicación explícita de la importancia que daba el pintor a la tradición pictórica, a la pauta reflexiva que muchos de sus artistas favoritos habían compartido sobre el oficio. En este ambiente pueden entrar varias personas y debe haber cómodos sillones para sentarse y leer. Pero ¿qué ocurrirá con ese archivo si la finalidad de Landor es que el Museo Waldig se deteriore?

La situación es diferente en la Sala Principal. El acceso se hará únicamente para una persona. El tiempo de permanencia en el interior puede tener una duración máxima de media hora y el espectador puede retirarse antes si así lo prefiere.

«Debe ser una experiencia solitaria —escribe Landor en una de las fichas—. No debe haber murmullos de guías turísticos. No debe haber explicaciones en el momento del contacto con la obra. No debe haber indicaciones de textos, nada, ni una nota.

El espectador puede volver a entrar las veces que quiera. Pero sólo uno por vez».

Este punto todavía se discute. La gestión de un museo así hace que en el mejor de los casos tenga visitantes que sólo permanezcan quince minutos. Incluso si completan la media hora, el número de ingresos oscilaría entre 16 y 32 visitantes, lo que podría restar atractivo y financiamiento. Landor no dio ninguna especificación adicional sobre este punto. Magdalena Martínez propone la creación de un pabellón lateral donde se expongan otras obras de Landor para compensar esta reducción de visitas.

El centro del museo es la Sala Hexagonal con los seis cuadros de *Waldig*. El espectador debe sentir como si estuviera colocado en medio de un bosque, en un simulacro de claro de bosque. Un único asiento disponible, giratorio, sin respaldar, estará colocado en el centro. También podrá levantarse y rodear los cuadros y tocar la corteza de los árboles en la parte posterior. Lacroze, en su ensayo *Le vagabond de la fôret*, ha querido ver en esta disposición hexagonal un homenaje a los años de Landor en Francia, país conocido también como *L'Hexagone*, por los tres lados de mar y los tres de tierra.

En otra ficha, Landor sigue el modelo de l'Orangerie, de crear a continuación de la sala hexagonal de los cuadros de *Waldig*, otro ambiente donde se exhibiría *Cielo de Empúries* en una sala en forma de cono horizontal, respetando la idea de la franja superior para el ingreso de la luz. Allí sólo estaría ese cuadro y sí podrían quedarse varios visitantes luego de abandonar la Sala Principal. *Cielo de Empúries* sería como un punto de fuga, donde se pasaría del bosque claustrofóbico a una mirada abierta al cielo, como si Landor hubiera querido que el espectador aprenda a observar de cerca las texturas de las cortezas y luego tenga que adaptar su óptica y aprenda a mirar hacia arriba, a la vastedad

de un cielo abierto y liberador en el cual no puede caer, pero sí volcarse a su apertura máxima.

Todavía está pendiente la realización del museo personal de Landor a partir de las observaciones y los bocetos realizados por el arquitecto mexicano. Landor le alcanzó a enviar una tarjeta personalizada en la Navidad de 2001, disculpándose con él por no haberle escrito, y revelándole allí el nombre de *Waldig* para los seis cuadros y el museo. Luego ya no hubo más mensajes. Cano no había dejado de trabajar. Cuando se agravó el cáncer de Landor en el verano de 2002, Cano le envío una carta con las adaptaciones técnicas del proyecto. Había algunos cambios. Landor, echado en la cama mientras recibía la devastadora quimioterapia, se entusiasmó y le leyó lentamente a Magdalena las reflexiones del arquitecto mexicano:

«El Museo Waldig se ubica en medio de un bosque de abetos —escribió Cano—. Pero eso ya lo sabíamos. El Museo Waldig *es* un claro en el bosque. Aquí la idea es que el claro exista tanto afuera como adentro del museo. Hay un área exterior que sirve de preámbulo al edificio y en el interior del espacio principal hay otro claro, más abstracto, que será la metáfora del anterior.

»El edificio, por lo tanto, no se compone de los tres ambientes originalmente propuestos, sino de 6.

»Sí, Kurt, 6 ambientes…

»El primero es el acceso donde se ubican la taquilla, el guardarropa y los servicios. Éste es un volumen independiente, separado del resto del edificio por un pequeño remanso de árboles. Luego se pasa al Segundo Ambiente, con su ala izquierda y su ala derecha y las fotos en blanco y negro. Este espacio se conecta con el Tercer Ambiente, donde se encuentra el ala central con las fotografías de rostros de personas y las estanterías con libros en los muros, además de las zonas de lectura. Después viene un Cuarto Ambiente compuesto por dos espacios vacíos que se van estrechando hasta llegar al Espacio Principal, el hexágono donde están los seis cuadros de los troncos y que es la culminación del proyecto, aunque existe un espacio más, el Sexto Ambiente, que es el de salida, donde está expuesto *Cielo de Empúries*.

»La disposición de estos distintos espacios, que casi forman una espiral pero sin llegar a ella, generan una envolvente sutil alrededor del claro del bosque exterior. Cuando uno va acercándose al edificio, identifica el claro del bosque por una serie de

muros de concreto semienterrados y un hexágono construido de madera.

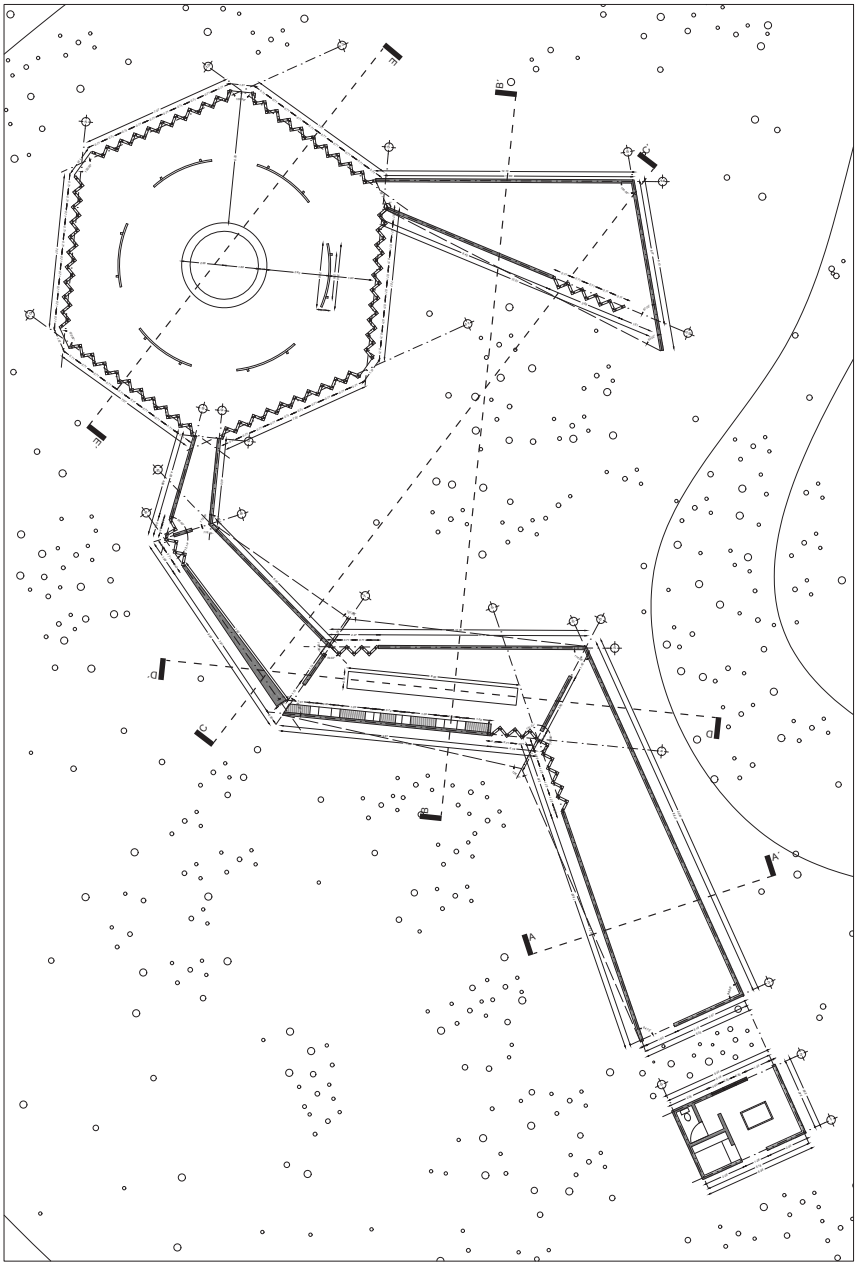
Todo esto se confunde con los abetos circundantes.

»Ésto nos lleva a la elección de materiales. El Espacio Principal está construido de madera de abeto, tomada del bosque de los alrededores. Los demás espacios tienen muros de concreto y techumbres de madera. Son, salvo el acceso, más trapezoidales que rectangulares. Al exterior son muros irregulares que fluctúan tanto con los desniveles del terreno como en sus techos, surgen y se entierran en un aparente desorden, pero en realidad forman un recorrido claro hacia el espacio hexagonal.

»Los muros no tocan el techo, sino que dejan una franja horizontal abierta a lo largo de los espacios por donde entra la luz de manera uniforme. En el proceso de construcción, estos muros serán cimbrados por la misma madera de abeto que se usará en el Espacio Principal, cortada en tiras verticales de 15 centímetros de ancho, provocando un efecto de duplicidad en la textura de los materiales, ya que la veta de la madera quedará impresa en el concreto y al paso de las estaciones, dependiendo de la luz, concreto y madera se podrían llegar a confundir. Con el transcurso del tiempo, los muros se cubrirán de vegetación, mientras que el espacio hexagonal de madera quedará destruido. Será una combinación de los esqueletos abandonados de los graneros rurales tradicionales y de aquellos búnkers alemanes varados en las costas de Normandía».

Cano especificó que en vez de un Primer Ambiente que sirviera como preámbulo para la Sala Principal, había pensado en una secuencia de espacios. Además de contener el material, las fotos y los libros, funcionaría como un ritual de entrada hacia el hexágono de madera.

«Todas las proporciones de los espacios —escribió Cano— tendrían una relación directa con la medida de 2 x 3 metros de



los cuadros de *Waldig*, es decir, las medidas de todo el conjunto siempre mantienen una proporción de 1 a 1.50.

»Así, el acceso mide 3.55 x 5.33 metros y el remanso de bosque mide lo mismo. Los tres siguientes ambientes, así como el ambiente final, tienen formas trapezoidales con esta misma relación.

»Los muros longitudinales del Segundo Ambiente miden 18 metros, mientras que los muros de acceso y salida miden 5.33 metros.

»El Tercer Ambiente tiene muros laterales de 12 metros y acceso y salida de 5.33 y 3.55 metros, y las dos piezas del Cuarto Ambiente se desdoblan en muros de 5.33 y 8 metros para acabar en un acceso pequeño a la Sala Principal de 1 metro».

Según Cano no se debía entrar frontalmente a los espacios, sino por pequeñas aberturas en los muros divisorios.

«Estas transiciones se ubican ya sea del lado izquierdo o del derecho, dependiendo del ángulo en el que giran los espacios trapezoidales al pasar de uno a otro. Esto provocará, junto con el diseño de los techos inclinados, que las perspectivas se vuelvan más pronunciadas, más dramáticas. Cada transición se convertirá en un misterio. Además, en cada vértice de transición los muros de concreto no llegan a formar una esquina, sino que son suplantados por piezas verticales de madera de abeto.

»Al salir del Acceso y cruzar el remanso de bosque, se entra al Segundo Ambiente y a partir de aquí se debe entender el recorrido como una procesión. Por eso en este ambiente sólo están del lado izquierdo las fotografías de Dresde y del derecho, las fotografías de los edificios alemanes. Sólo eso. Hay que caminar un poco más para llegar al Tercer Ambiente, donde se encuentra una mesa alargada al centro del espacio, una vitrina horizontal, a la manera de los gabinetes de curiosidades, donde están expuestos los centenares de fotos de personas del siglo XX. En uno

de los muros longitudinales se alternan los estantes de libros con nichos incrustados en el muro donde uno puede sentarse a leer con la luz natural del exterior, como en los monasterios medievales. El Cuarto Ambiente, un par de pasillos estrechos, no contiene nada. Concreto y luz. Como para enfatizar el vacío que deja todo lo anterior. Como los últimos pasos de una preparación necesaria».

Landor casi lloró cuando le leyó esto a Maggie. Era como si pudiera verlo, como si todos los rostros lo acompañaran hacia la Sala Principal.

«El techo, como había mencionado antes —escribió Cano— está construido con tablas y vigas de madera de abeto con la protección necesaria para que los elementos naturales la conserven un tiempo, supuestamente diez años, eso no se sabe con precisión, y después se comience a degradar. Habrá humedades, goteras, insectos, empezarán a surgir hoyos por donde entre la luz y así, lentamente, iniciará el proceso de conversión a ruina. La iluminación en este espacio y en los dos pasillos se da por medio de las aberturas horizontales entre muros y techos y en algunas troneras verticales muy estrechas ubicadas en puntos estratégicos. Que cada cambio de espacio sea a través de aberturas mínimas y que los ambientes se vayan haciendo cada vez más estrechos y pequeños, es una lección de las casas de Luis Barragán, donde cada espacio habitable tiene un vestíbulo. Mientras que los espacios principales siempre tienen alturas generosas, los vestíbulos son casi claustrofóbicos, consiguiendo de esta manera comprimir y distender los espacios casi escenográficamente, llevar las sensaciones espaciales al límite para provocar asombro cada vez que hay un cambio de ambiente.

»Así pues, el Espacio Principal es el protagonista del museo, construido completamente con madera de abeto. Se entra por una de las aristas del hexágono, por una puerta pequeña

de 1 metro de ancho y 1.70 de altura, para tener que agacharse al entrar. En cada lado del hexágono se encuentran los seis cuadros de *Waldig*, con sus cambios de líneas del horizonte, la formación implícita de la W y la sensación de que los troncos son los que ocupan la mayor parte del área del cuadro.

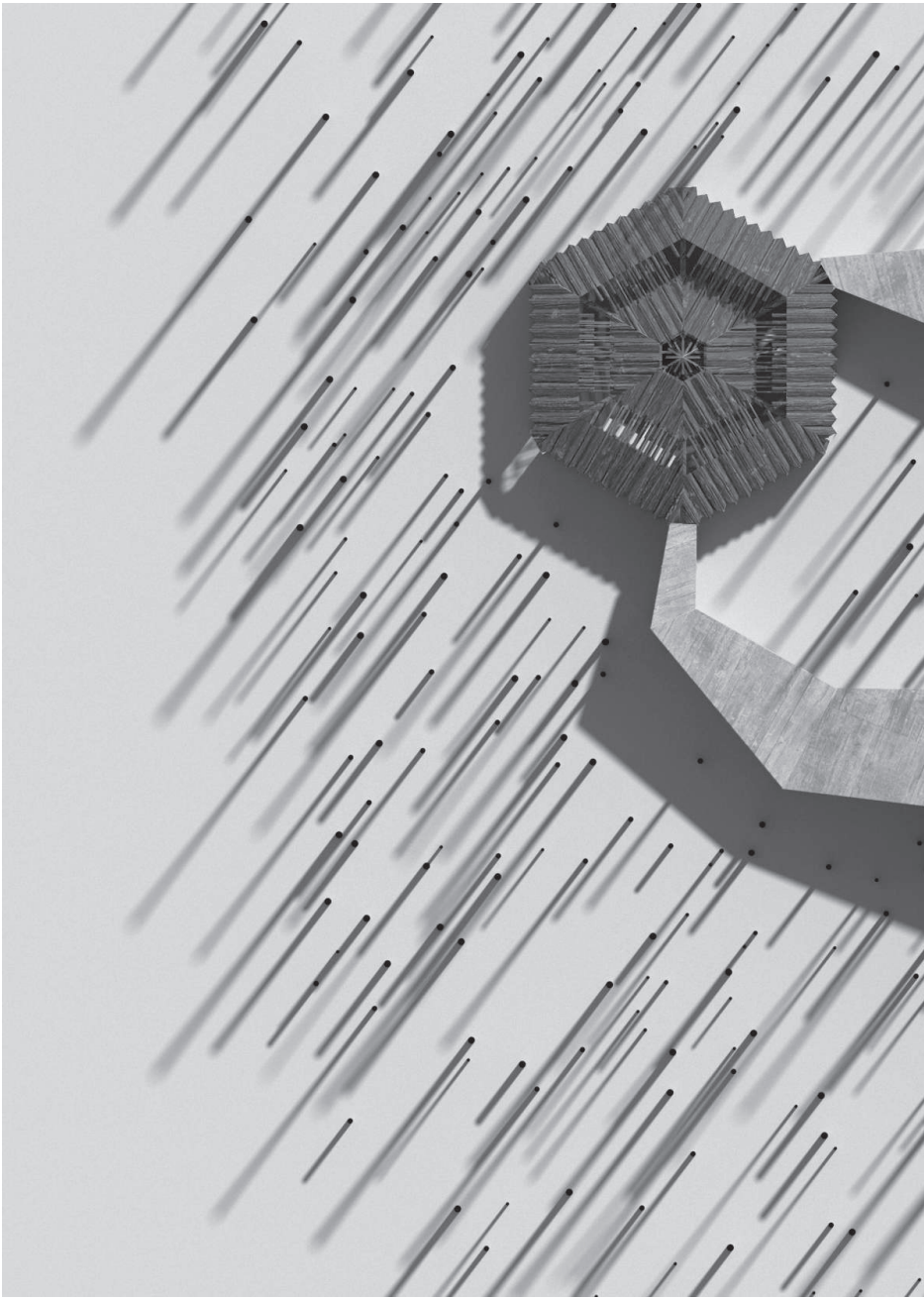
»Al centro de la Sala Principal no se encuentra precisamente un sillón giratorio, sino una banca circular de piedra que rodea un estanque negro donde se acumula el agua que entra en el espacio. Las pinturas se encuentran a su alrededor a 4 metros de distancia. La banca circular de piedra está trazada a partir de la curvatura de las propias pinturas, que de extremo a extremo, en sus 2 metros, generan una curva de 50 centímetros, la corteza del abeto. Pensé que no existía un bastidor para enderezar el anverso de las pinturas, sino que también en su frente tuvieran la curva, esto tendría más sentido con el espacio, al igual que *Los nenúfares* de Monet».

Aquí Landor no coincidía. Se lo dijo a Magdalena. Sus cuadros no serían curvados por delante, sino planos. Seguramente Cano se quedó con sus comentarios sobre los cuadros abismados de Monet, pero no era su propósito. Sin embargo, a partir de los sauces que servirían como soporte, probablemente Cano hizo la propuesta que Landor no sabía cómo resolver: el soporte de los cuadros.

«Los cuadros están flotando en el espacio —escribió Cano—, sostenidos por dos postes metálicos cuadrados muy ligeros, que se colocarán en la parte trasera del cuadro y estarán fijos en el piso y el techo. Así, cuando uno se encuentre frente a la pintura notará que la línea continúa, muy ligera, por detrás, pero se confunde con los muros posteriores. Estos muros están construidos con vigas de madera colocadas verticalmente, formando una estructura estable en zig-zag. Esto genera una textura irregular pero modulada y dibuja líneas verticales en su

superficie, con lo cual, el fondo de los cuadros es la continuación del bosque. Tendría el mismo efecto producido por los cuadros de Botticelli, el infinito del bosque como escenario de fondo. Más aún, en cada arista del hexágono, salvo la entrada y la salida, hay una apertura hacia el bosque (la presencia exterior) y en cada apertura estarán plantados estratégicamente árboles a distintas distancias. Es un juego de espejos sin espejos. El cuadro que representa al árbol, el metal que delinea la continuación de ese árbol, la madera trabajada como metáfora del bosque y, por último, el bosque real, que en este juego casi se convierte en la representación del bosque, ya que el cuadro *es* el bosque real.

»Por último, la techumbre. No es una techumbre plana, sino con varios pliegues que se doblan con distintos ángulos, también construida con vigas de madera entrelazadas que permiten, sólo en el perímetro inmediato a los cuadros, la entrada de luz, tamizada por un vidrio-membrana con un leve esmerilado para emparejar los reflejos lumínicos. El techo del espacio tiene variaciones de altura, siendo la más alta de 9 metros, justo arriba de donde se ubican los cuadros. Al centro, la altura es de 6.6 metros. Aquí la referencia directa es el Museo Hiroshige diseñado por Kengo Kuma, que inauguraron el año pasado. La repetición continua, tanto de la estructura como de la luz y los pliegues, provoca que la luz entre en el perímetro designado a la vez que permite recolectar agua. En el centro sucede el mismo efecto, pero más puntual, aquí sí controlado por un par de espejos que dirigen la luz al punto central del estanque de agua y la banca circular de manera escenográfica. Muros y techo poseen una continuidad constructiva, pero el efecto lumínico hace que todo, excepto el asiento y los cuadros, quede en penumbra. Una penumbra a la Tanizaki, querido Kurt, una penumbra que incita al descubrimiento y al recogimiento. O ir al *WC*, como Tanizaki…».



Landor sonrió con lo del *WC*, y de inmediato le preguntó a Magdalena quién era Tanizaki. Ella le explicó que era un escritor japonés que había escrito un ensayo breve titulado *El elogio de la sombra*. Habrá que ponerlo en la biblioteca del museo, le dijo a Magdalena.

«La salida —concluyó Cano en su carta— no se encuentra en el extremo opuesto a la entrada sino en una de las aristas derechas del hexágono. Esto con el propósito de generar el claro del bosque exterior descrito al inicio. Esta puerta lleva a la sala del *Cielo de Empúries*, nuevamente una sala de concreto con techo de madera con forma de trapecio irregular, el más exagerado de todos. El acceso desde la Sala Principal es de 1 metro, desde donde se abre el espacio con dos muros longitudinales de 8 y 12 metros, respectivamente, y remata con un muro al fondo, también de 8 metros, donde se ubica el cuadro, marcando la salida del espacio a su izquierda, gestualizando el fin del recorrido e invitando a continuar por la salida al bosque real».

Cuando Landor terminó de leerle el proyecto a Magdalena, ella se dio cuenta de que le temblaba la voz.

—¿Es así como lo quieres? —le preguntó.

—Sí —dijo él—. Tú alcanzarás a verlo.

En septiembre murió Landor. Al mes siguiente el arquitecto mexicano remitió a Magdalena su propuesta completa para el Museo Waldig y las fotocopias de las cartas manuscritas. Cano respetó el proyecto de descomposición y fue afinando con Magdalena los detalles de los protocolos. Combinarían lo imposible: una arquitectura precisa y eficaz que se mantuviera impecable durante diez años y luego se degradara al ritmo de la carcoma. Nuevos abetos brotarían del suelo y poco a poco inundarían la sala tomando posesión del museo.

Landor nunca buscó la perduración. Recuperó antiguas tradiciones y técnicas de pintura. Lo más importante —solía

decir— es la inminencia de lo inevitable. Fue consciente, hasta un límite fulgurante, de que el tiempo es un soplo, un resplandor, como el agua de una cascada que se pulveriza en el aire antes de tocar la tierra. Las formas de su época se perderían para dejar en movimiento un rastro, una huella, una ruina.

Agradecimientos

El autor agradece el apoyo de la Maison des Écrivains Étrangeres y Traducteurs, en Saint-Nazaire, y de la Maison Julien Gracq, en Saint-Florent-leVieil, donde el primer borrador de esta novela llegó a término.

Las seis maneras de leer un mensaje señaladas en los informes de Taltibio fueron tomadas del ensayo «James Jesus Angleton (1917-1987)», de Eliot Weinberger, incluido en su libro *Invenciones de papel* (Editorial Vuelta, 1992). El poema de Paul Celan, «Boscoso», fue tomado de su libro *De umbral en umbral* en traducción de Jesús Munárriz (Ediciones Hiperión, 2000). La frase de Utamaro en el último capítulo fue tomada del poema «Los gorriones» de José Watanabe en *La piedra alada* (Editorial Pre-Textos, 2005). La fórmula de Landor para pintar un pedazo de carne fresca fue tomada del libro de apuntes de Rudolf Häsler, *1971-1989. La obra* (Editorial Hydra, 1989).

Así mismo, agradezco a quienes resolvieron mis consultas y dudas, muchos de ellos amigos cercanos, como Nicolás Buenaventura, Pilar López, María Barrera-Agarwal, Hernando Santamaría, Milagros Aguirre, Luz Marina Segura, Juan Carlos Pino, Zulma Sierra, Cecilia Dávila —por el *mullu* luminoso, gracias— Iván Carvajal, Santiago Carcelén, Javier Izquierdo, Miguel Molina, Peter Mussfeldt, Octavio Escobar Giraldo, Antonio Flórez, Arturo Bolaños, Luz Mary Giraldo, Juan Cuvi, Igor Guayasamín, María Clara Eguiguren, Joaquín Hernández,

Margarita Borja, Aurelio Gracia, Rolando Sánchez Mejías, Pier Nouhra, Diego Gortaire, Juan Castro y Velázquez, Omar Puebla, Xavier Michelena y Ernesto Hernández Busto. De manera especial a Carlos Arcos Cabrera, Will H. Corral, Antonio Villarruel, Ana Becciu, Santiago Vizcaíno, Simón Ordóñez y Leo Felipe Campos, por sus observaciones y sugerencias que salvaron este manuscrito de una hecatombe de erratas y despropósitos. A Juan Carlos Cano, por los planos que elaboró a partir de los *Protocolos de la descomposición* y las dudas arquitectónicas que ayudó a resolver. Y a Norberto Sayegh, no sólo por su amistad, sino por enseñarme las técnicas para pintar al acrílico, y que a punto estuvieron de hacerme abandonar la escritura cuando me di cuenta de que, durante meses, al despertar, quería ver los lienzos en blanco, sentir la materia de la pintura y tomar los pinceles, antes que escribir. También mi gratitud a Rodolfo Häsler por permitirme ver en su casa de Sant Cugat los cuadros, esbozos y apuntes de su padre, Rudolf Häsler, antes de que fueran trasladados a la Kunthaus de Interlaken. A Nella, de nuevo, porque gracias a ella esto fue posible. Y a Mauro y Olivia, que nacieron al poco de iniciar esta novela y al concluirla.

La primera edición de este libro
se terminó de imprimir en Madrid
en el mes de enero de 2024